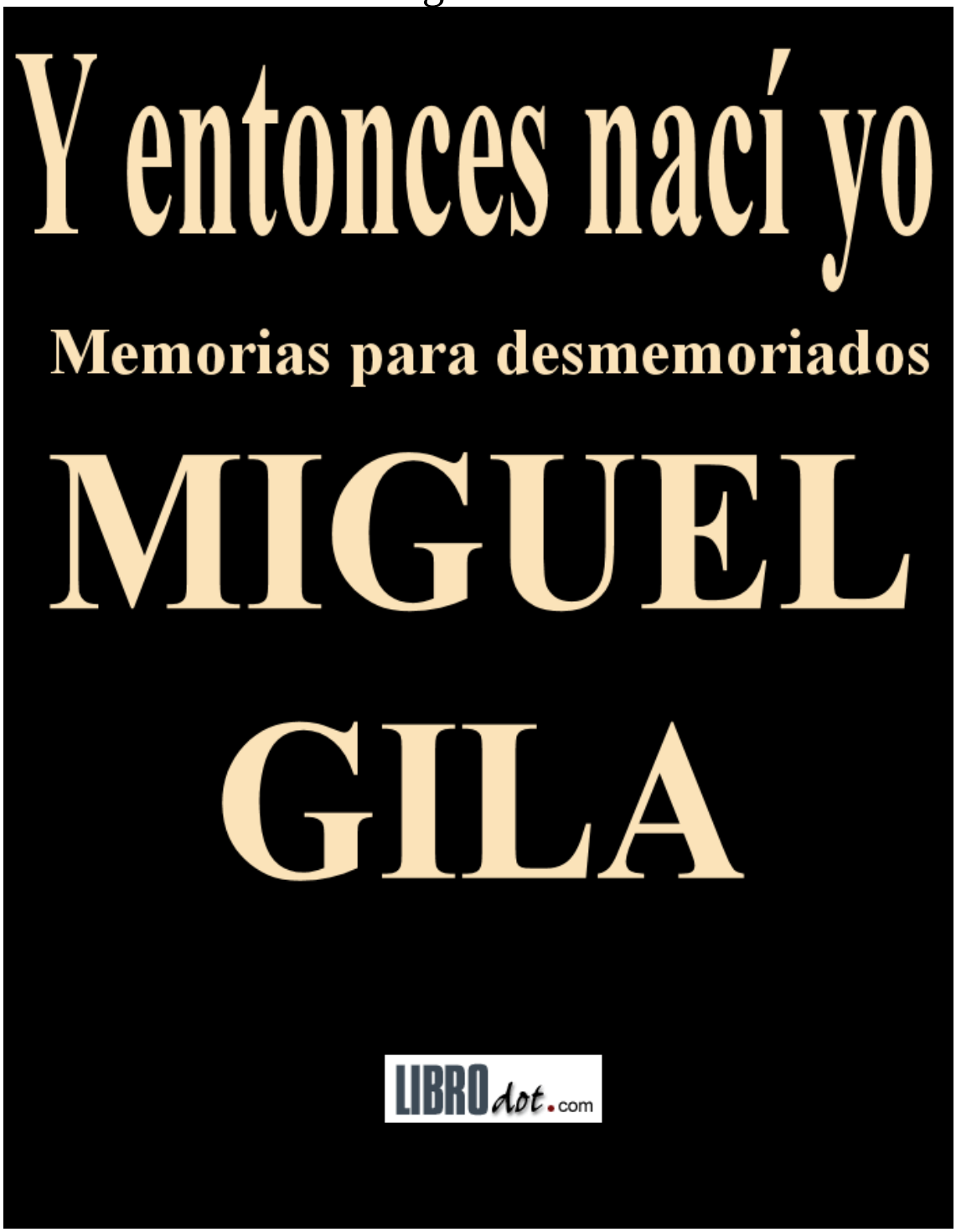
Y entonces nací yo, Memorias para desmemoriados
Miguel Gila



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Colección España Hoy/36
Temas de Hoy
Miguel Gila Cuesta, 1995
Ediciones Temas de Hoy, S.A. 1995
Paseo de la Castellana, 93.
28046 Madrid
Impreso en Grafiris Impresores, S.A. (España)

Compuesto en: Fernández Ciudad, S.L.
I.S.B.N.: 84-7880-503-6
Depósito Legal: M. 4.956-1995

Pocos serán los que no hayan reído alguna vez con la "guerra" de Gila, la narración de su peculiar nacimiento o sus hazañas como gángster a las órdenes de Al Capone.

Pero lo que Miguel Gila cuenta de sí mismo en los escenarios no ocurrió tal como nos lo relata en sus magistrales monólogos. Es cierto que su padre no estaba en casa el día que nació, pero no porque trabajara en Londres como tambor de la Orquesta Sinfónica: había muerto con la mirada congelada a las puertas del Hospital Clínico de Barcelona, a los veintidós años, esperando una cama libre; es cierto que vivió una guerra, pero no una guerra tierna e hilarante como esa a la que nos tiene acostumbrados, sino otra, cruel y fratricida, en la que fue mal fusilado, y de la que, junto al recuerdo amargo, conserva imágenes que provocarán la sonrisa o la carcajada; es cierto que vivió en Latinoamérica, pero no al servicio de una mafia, sino escapando del asfixiante clima político y moral de la España de los años cincuenta y sesenta, de la humillación de verse perseguido por vivir con la mujer a la que amaba.

En las páginas de estas memorias, el genial humorista recuerda la humilde buhardilla de Zurbano 68 en la que vivió su infancia, su paso por el 5º Regimiento y la durísima posguerra que le tocó sufrir, de la que es capaz de rescatar anécdotas divertidas; revive sus difíciles comienzos en el mundo del espectáculo; rememora su relación con Tono, Mihura o álvaro de Laiglesia y su trabajo en La Codorniz, los felices días de estreno junto a Tony Leblanc y Lina Morgan, sus encuentros con Anthony Quinn, Hemingway, Fidel Castro, el Che o tantos otros.

Esta obra, fiel testimonio de una vida, hará reír en ocasiones, como no podía ser menos siendo quien es su autor, pero en otras pondrá un nudo de emoción en la garganta de los lectores.

Como todo lo que les pueda contar sobre mi vida está escrito en las páginas de estas memorias -fechas, datos, estudios, alegrías y tristezas me resulta complicado decir algo nuevo.

Si me he animado a contar mi vida ha sido sólo con el propósito de establecer las distancias entre el ayer y el hoy; y, si consigo que ustedes, los lectores, tomen conciencia de que estamos en el mundo de visita, daremos, entonces, la espalda a los que actúan como si fuesen inmortales.

Creo que no necesito tarjeta de presentación, pero por si alguien no me conoce, me llamo Miguel Gila y soy humorista.

A Manuela Reyes y Antonio Gila, que me criaron, me educaron y que murieron antes de que pudiera pagarles lo que hicieron por mí.

La vida es un camino que comienza en el nacer y termina en el morir. Camino áspero si se recorre con los pies desnudos del fracaso.

M. Gila

Introducción

Luis Buñuel, en su libro de memorias Mi último suspiro, dedica una parte a decir lo que le gustaba y lo que aborrecía. Me he tomado la libertad de, imitando a Buñuel, manifestar las cosas que me gustan y las que aborrezco.

Me gusta la música clásica, preferentemente Mahler, Mozart, Smetana, Bartok y Dvorak, prefiero los adaggios a los allegros. Me entusiasma el jazz, en particular el interpretado con saxo -Gerry Mulligan es, sin lugar a dudas, mi preferido-, y por supuesto el tango, tal vez porque durante muchos años ha sido el fondo musical de mi vivir feliz en ese Buenos Aires donde tuve la oportunidad de descubrir los afectos. Según mi estado de ánimo elijo entre Astor Piazzolla, Aníbal Troilo con El Polaco Goyeneche o el maestro Osvaldo Plugiese, sin que esto signifique que no me gusten Canaro, Roberto Firpo, Osvaldo Piro, el negro Rubén Juárez, Susana Rinaldi y muchos más con los que compartí escenarios y que, aparte de sentir por ellos una gran admiración, son amigos entrañables. Aborrezco el rock, salvo cuando quien lo canta es gente a la que quiero, como Miguel Ríos o Loquillo. Personalmente, la música me entra por las orejas o por la piel. La que me entra por las orejas se va por el sumidero del olvido, la que me entra por la piel se hace imborrable, como esos tatuajes que lucen algunos marinos en sus brazos. Lloro feliz con Serrat, porque en el contenido poético de sus canciones hay siempre un algo que hemos vivido y que teníamos olvidado en quién sabe qué oscuro rincón de la memoria. Me enternece Joaquín Sabina, me inyectan ideología Víctor Jara, Quilapayún, los Parra, Víctor Heredia, Ana Belén y Víctor Manuel. Me asombro y me divierto con Facundo Cabral. Me hinchan las pelotas el pasodoble y el chotis. Creo que las canciones que más me han impresionado son Si la muerte pisa mi huerto de Joan Manuel Serrat y Ay, Carmela de Jesús Munárriz y Luis Eduardo Aute, cantada por Rosa León, posiblemente porque me transporta a mis dieciocho años, cuando estaba combatiendo en el frente de Madrid. Lo cierto es que no la puedo escuchar sin que se me haga un nudo en la garganta. También Aleluya de Luis Eduardo Aute. Tengo un gran respeto y una gran admiración por Montserrat Caballé, José Carreras y Plácido Domingo, pero, como he dicho anteriormente, con toda la música me ocurre lo que con el tango, depende de mi estado de ánimo el elegir una u otra; lo que es innegable es que no podría ser feliz sin la música.

Dedico muchas horas a la lectura, tal vez porque ahora, a esta altura de mi vida, cuando he superado la barrera de los setenta, hay en mí una necesidad de acercarme a todo lo que me fue negado por haber vivido una infancia en una familia de condición, no pobre, pero sí humilde y, más tarde, una juventud perdida en una guerra civil y en una dictadura que no me dieron posibilidad de leer. Me aburre la novela, soy un entusiasta de los cuentos. Admiro a los rusos Chejov, Averchenko y Pushkin, a los latinoamericanos Borges, Cortázar, Horacio Quiroga, Marco Denevi, Beatriz Guido,

Ernesto Sábato, Múgica Laínez y a la norteamericana Flannery O.Connors. Admiro y envidio la personalidad narrativa de Gabriel García Márquez. Me gustan los libros testimoniales como los del antropólogo óscar Lewis y las biografías, si son de los grandes hombres de la literatura, de la música, del arte, o recorren una vida curiosa, y al mismo tiempo interesante y divertida, como es la de Terenci Moix.

Aborrezco las biografías de los que deben su fama a triunfos militares, las de los dictadores, las de los millonarios y las de aquellos que su popularidad es debida a un título nobiliario o a algo tan estúpido como pertenecer a una familia de aristócratas.

Estoy convencido de que el ruido es el enemigo natural del pensamiento, por esa razón aborrezco las motos y los coches, y si estuviera en mis manos el poder para borrarlos del planeta, ya no existirían ninguno de estos vehículos.

Me gusta el avión, por su comodidad y su rapidez. Me gustan los viajes en barco, de los que he disfrutado durante muchos años. Aborrezco los viajes en tren, donde por lo general nos toca compartir asiento con alguien que se empeña en contarnos su vida, la de su familia y la de sus amigos, o duerme dando ronquidos con la boca abierta. Sin embargo, puede parecer una paradoja, pero me gustan las estaciones. Hay en ellas el eco de voces que están flotando, tal vez desde hace cien años, en el techo, donde algunas palomas hacen sus nidos; personajes que parecen haber nacido ahí, en ese mismo banco donde dormitan con la barbilla sobre el pecho o con la cabeza colgando hacia atrás, como si estuviera a punto de desprendérsele del cuello. Hay en las estaciones un arco iris de olores y colores que se mezclan con el ruido y el chirriar de los vagones, el sobresalto que nos produce el tren que anuncia su salida con un pitido que nos provoca una momentánea y breve arritmia. Despedidas con

la incertidumbre de cuándo volveremos a ver al amigo o al familiar que se nos aleja en ese tren, que se va achicando hasta perderse. Hay algo de magia en las estaciones. Pero el vehículo que amo por encima de todos, son mis piernas. Creo que no hay nada comparable a un paseo por las calles. Me gustan esas plazas donde sentados en un banco hay varios ancianos que son amigos de tomar el sol.

Me gusta el invierno, aborrezco el verano y aborrezco a los turistas de playa. Aborrezco a la gente que habla a gritos. Aborrezco a esa gente que entra en un restaurante donde están vacías todas las mesas y se sientan precisamente en la que está junto a la nuestra. Aborrezco a los que, mientras me están contando algo, repiten cada dos minutos: "No sé si me entiendes", de la misma manera aborrezco a los que acompañan sus palabras dándonos golpecitos en el pecho, en el estómago o en el brazo. Aborrezco a los que cuando sale en la pantalla del cine la torre Eiffel, le dicen a su mujer: "Mira, París".

Esto puede parecer irreal, onírico, pero envidio a los pobres, no a los pobres que padecen hambre y no consiguen o no pueden mantener una familia, amo a los pobres vocacionales, a los que han dado la espalda a la sociedad, envidio su libertad, su haber sabido descolgarse de la burocracia, de las cuentas bancarias, de los créditos y los préstamos.

Supongo que no debe ser agradable dormir los inviernos tapado con una vieja manta en el hueco de un portal, pero creo que no debe ser mucho más agradable despertarse rico, con la constante preocupación por el dinero a conseguir para invertirlo en comprar el afecto, la amistad y hasta el amor.

En uno de los muchos viajes que hice en barco desde Buenos Aires a Barcelona, viajaba un millonario brasileño, hablaba de lo importante que es tener una gran fortuna. Cuando el barco pasaba junto a la isla Fernando de Noronha, el millonario brasileño dijo:

--Con dinero se puede comprar todo. Si yo quisiera me compraba esa isla.

Y un hombre de pelo cano que escuchaba al millonario, dijo:

--No lo crea. Yo también tengo mucho dinero. Cuando se casó mi hija, le quise comprar la Quinta Sinfonía de Beethoven y lo único que le pude comprar fue un long play.

Aborrezco ese trapo de colores conocido con el nombre de corbata. Amo el calzado y la ropa cómoda.

Hay muchísimas cosas más que amo y aborrezco, pero si tuviera que citar todas no terminaría jamás. Lo dejo en éstas que he mencionado y que creo son suficientes para definir, de alguna manera, mi modo de pensar.

Y entonces nací yo

Yo tenía que nacer en invierno, pero como hacía mucho frío y en mi casa no tenían estufa, me estuve esperando para nacer en verano, con el calorcito. Así que nací por sorpresa. En mi casa, ya ni me esperaban. Mi madre había salido a pedir perejil a una vecina, así que nací solo, y bajé a decírselo a la portera. Dije: "¡Señora Julia. Soy niño!" Y dijo la portera: "Bueno, ¿y qué?" Dije: "¿Cómo que y qué? Que he nacido y no está mi madre en casa, y a ver quién me da de mamar". Y me dio de mamar la portera, poco porque estaba ya la pobre que ni para un cortado, de joven había sido nodriza y había dado de mamar a once niños y a un sargento de caballería. que luego ni se casó con ella ni nada. Un desagradecido, porque me enteré que era un tragón, que cuando mamaba mojaba bizcochos en la teta. Después de que la portera me dio de mamar, me fui a mi casa y me senté en una silla que teníamos para cuando nacíamos y cuando vino mi mamá con el perejil, salí a abrir la puerta y dije:

"¡Mamá, he nacido!" Y dijo mi mamá: "¡Que sea la última vez que naces solo!" Entonces le escribimos una carta a mi papá, que trabajaba de tambor en la Orquesta Sinfónica de Londres, y vino y se puso muy contento porque hacía más de dos años que no venía por casa. Y dijo: "Ahora sí que hay que trabajar", porque ya éramos muchos en mi casa. éramos siete hermanos, mi papá, mi mamá y un señor de marrón, que no le conocía nadie y que estaba siempre en el pasillo. Le vendimos el tambor a unos vecinos, que no tenían radio ni gramófono, y con el dinero que nos dieron por el tambor, en lugar de gastárnoslo en champaña y en taxis y eso, lo echamos a una tómbola y nos tocó una vaca. Nos dieron a elegir la vaca o doce pastillas de jabón, y dijo mi padre: "La vaca que es más gorda". Y dijo mi madre: "Tú, con tal de no lavarte, lo que sea". Y nos quedamos con la vaca. La llevamos a casa y le pusimos de nombre Matilde, en memoria de una tía mía que se había muerto de una tontería. Mi tía se

murió porque tenía un padrastro en el dedo gordo, empezó a tirar y se peló toda. La vaca la pusimos en el balcón para que tuviera la leche fresca. Se conoce que tenía un cuerno flojo, se le cayó a la calle y se le clavó en la espalda a un señor de luto. Al poco rato llamaron al timbre y cuando salió mi papá a abrir la puerta dijo el señor de luto: "¿Es de usted este cuerno?" Y dijo mi papá: "¡Yo qué sé!" Porque mi padre era muy distraído. Total, que el señor de luto se murió y a mi papá lo metieron preso por cuernicidio. Se escapó un domingo por la tarde que estaba lloviendo y no había taxis y empezó a gritar: "¡Estoy libre! ¡Estoy libre!" ¡En qué hora se le ocurrió gritar que estaba libre! Se le subieron ocho encima. Ahí murió, en el tumulto.

Entonces, como éramos muy pobres, mi madre hizo lo que se hacía en aquella época con los niños huérfanos. Nos fue abandonando por los portales. A mí me abandonó en el portal de unos marqueses que eran riquísimos, tenían corbatas y sopa y cuando estaban enfermos se hacían las radiografías al óleo, y en la cisterna del retrete

ponían agua mineral. Por la mañana salió el marqués, me vio, me levantó y me preguntó cómo me llamaba. Dije: "Como soy pobre, sólo me llamo Pedrito". Y dijo: "Pues desde hoy te vas a llamar Jorge Javier, Luis Alfredo, Juan Carlos y Sebastián". Y luego me llamaban Chuchi para abreviar. Los marqueses querían que estudiara el bachillerato, para aprender los ríos y las montañas y todo eso que, cuando somos mayores, nos sirve para hacer crucigramas, pero a mí no me gustaba estudiar, así que me escapé y me metí de ladrón en una banda, pero lo tuve que dejar, porque me puse enfermo del estómago y todo lo que robaba lo devolvía. Luego me puse a trabajar con un

fotógrafo buenísimo que en las fotos te sacaba muy favorecido. Retrataba a un sargento de Infantería canijo y en la foto le salía un almirante de Marina con los ojos azules que daba gloria, pero un día me equivoqué y en lugar de poner el magnesio para una foto, puse dinamita y maté una boda. Bueno quedó un invitado, pero torcido, ni parecía invitado ni parecía nada, así que me fui a Londres y me coloqué de agente en Scotland Yard. Yo fui el que descubrí lo del asesino ese tan famoso que lo habrán oído nombrar, Jack El Destripador, que nunca lo he contado por modestia, pero se lo voy a contar a ustedes. La cosa fue así. Resulta que apareció un hombre en la calle como dormido, pero como hacía más de un mes que estaba allí, dijo el sargento: "No sé. Mucho sueño para un adulto". Entonces llamamos al forense, que ni era médico ni nada, pero como tenía un Ford le llamábamos El Forense. Vino corriendo, se acercó al tumbado, le dio seis patadas en los riñones y dijo: "Una de dos, o

está muerto o lo que aguanta el bestia este". Y estaba muerto. Entonces llamamos a Sherlock Holmes, vino con la lupa, le echó una mirada al tumbado y dijo: "Ha sido Jack El Destripador, y dijimos: "¿Por qué lo sabe?" Y dijo: "Porque soy Sherlock Holmes y a callar todo el mundo". Me enteré dónde se hospedaba Jack El Destripador, alquilé una habitación en el mismo hotel y como yo no soy partidario de la violencia, le detuve con indirectas. Nos cruzábamos en el pasillo y decía yo: "Alguien ha matado a alguien". Al día siguiente nos volvíamos a cruzar y decía yo: "Alguien es un asesino". Hasta que a los quince días dijo: "He sido yo, lo confieso, no me torture más", y le detuve. Y lo de Londres lo dejé porque había mucha niebla y tenía que hacer la ronda palpando y me daba cada leñazo en la frente que dije: "Me voy a matar, mejor lo dejo".

Y lo dejé y ya me dediqué a esto que hago ahora.

Durante muchos años y como parte de mi repertorio, he estado contando esta absurda y disparatada historia de mi vida, pero la realidad es totalmente distinta. El que no estaba en casa cuando yo nací era mi padre.

Mi padre era ese soldado de Ingenieros que había en una fotografía descolorida, colgada en una de las paredes del comedor de la buhardilla en que nací y viví mi niñez y mi juventud, hasta el comienzo de la Guerra Civil.

Mi padre era cornetín de órdenes del Cuartel de la Montaña en Madrid. Se hizo novio de la que después sería mi madre por el sistema sencillo y al mismo tiempo complicado de aquella época, el piropo, el rubor, la palabra, la cita para el domingo y la laboriosa tarea de la insistencia hasta llegar al beso. Ese primer beso que produce calor en el estómago. Después, los paseos y el contarse cosas de su vida cotidiana.

Ni los padres de mi madre ni los de mi padre eran partidarios de que aquella relación se hiciera firme. Argumentaban que no tenían ni edad ni medios para casarse. Finalmente, mis abuelos maternos aceptaron que el matrimonio se llevara a cabo. Creo -nunca lo supe, ni me preocupa- que la prisa por la ceremonia se debía a que mi madre estaba embarazada, algo que no estaba bien visto en aquel entonces. Mis abuelos paternos, no sólo se negaron a este casamiento sino que ni siquiera fueron a la boda.

Como, efectivamente, no tenían dónde vivir ni de qué vivir, mis padres se alojaron en la casa de los padres de mi madre, mis abuelos maternos. Mi padre siguió cumpliendo con su servicio militar como cornetín de órdenes y mi madre trabajando de estuchadora de azúcar.

Al mes de estar casados, el que iba a ser mi padre, el cornetín de órdenes del Cuartel de la Montaña, recibió una bofetada de un sargento, y sin medir las consecuencias que esto le podía traer, respondió con un puñetazo en la boca. El sargento, que estaba cerca de la escalera, cayó rodando por ella, hasta el final, y en la caída sufrió la fractura de un brazo y de varias costillas, aparte de otras lesiones. Mi padre huyó del cuartel, llegó a su casa, metió alguna ropa en una pequeña maleta y, sin ningún comentario, se fue a la estación de Atocha, se metió debajo de uno de los vagones de un tren, se acostó sobre las tablas que hacían de fondo en el vagón y así, de esa manera incómoda y peligrosa, viajó de polizón hasta Barcelona.

En Madrid, mi padre era buscado por agresión a un superior y por prófugo. Nadie de la familia, ni siquiera mi madre, sabía nada de él.

Días más tarde mi madre recibió una carta de su marido, en la que decía que estaba en Barcelona, en casa de la tía Clotilde, que ya había encontrado trabajo como ebanista y que le giraba dinero para que cogiera un tren y viajara hasta Barcelona, donde la esperaba. Así lo hizo mi madre, y en Barcelona, en casa de la tía Clotilde -hermana de mi abuela Manuela Reyes-, que tenía una peluquería de señoras en el primer piso de la ronda de San Antonio 18, se instalaron. Allí vivieron un par de meses, hasta que alquilaron un pequeño piso en la Barceloneta.

Mi padre era simpático y muy amigo de sus amigos. Los domingos iban hasta el rompeolas y, valiéndose de un palo largo que tenía al final un lazo corredizo hecho con alambre de cobre, pescaban cangrejos. Uno de esos domingos, cuando estaban pescando, una ola muy fuerte arrastró a mi padre, que aún no lo era, y le golpeó contra las rocas. Los esfuerzos y los gestos que hacía para mantenerse a flote provocaron la risa de todos sus amigos, pero las carcajadas se apagaron cuando, después de aferrarse a las rocas y salir, vieron el gesto de dolor que se reflejaba en el rostro de mi padre, del que iba a ser mi padre.

No dijo nada al llegar a su casa, no hizo ningún comentario, se limitó a acariciar el vientre de mi madre, ya con embarazo de seis meses.

Habían pasado varios días desde el accidente. Al que iba a ser mi padre le brotaron en un costado, a la altura de la cadera, unas pequeñas manchas rojas que le molestaban, lo comentó con mi madre y con su tía Clotilde, pero no le dieron importancia, dijeron que seguramente serían picaduras de pulgas, que en la Barceloneta eran muy comunes. Las pequeñas manchas se fueron agrandando y comenzaron a tomar un color violáceo. El que iba a ser mi padre sentía que aquello era algo más que la picadura de unas pulgas. Tenía -se lo comentó a mi madre- un fuerte escozor interno allí donde había sufrido el golpe, algo así como un fuego que le abrasaba.

Aquello se agravó, y el que iba a ser mi padre sufrió un derrame interior o una gangrena, nunca quedó claro.

Le subieron a un tranvía y le llevaron hasta el Hospital Clínico. No había camas. Esto no es un patrimonio de la monarquía ni del pasado, ahora, en una democracia y después de más de setenta años, seguimos sin camas en los hospitales.

El que iba a ser mi padre murió sentado en una silla, en la puerta del Hospital Clínico, con los ojos muy abiertos, como si el asombro de morir con veintidós años le hubiera provocado una hipnosis para un viaje sin retorno.

La muerte del que había de ser mi padre hizo que mi madre, viuda con diecinueve años, se viera obligada a viajar a Madrid con un billete de caridad, para dar a luz en la casa de mis abuelos.

Esto me lo contó mi madre unos años antes de morir, en un viaje que hicimos desde Colmenar Viejo a Madrid. Hasta ese momento yo no tenía muy claro el porqué de mi orfandad. Aunque, sinceramente, nunca me preocupó. Sabía que al igual que Alfonso XIII, yo era hijo póstumo. El resto de la historia no me importaba. Yo era un niño feliz, pero...

En 1969, José María Gironella publicó un libro titulado Cien españoles y Dios. El libro se basaba en una serie de preguntas sobre la fe en Dios, hechas a varios hombres y mujeres populares. En ese año, Franco estaba más obsesionado que nunca con la masonería. De modo que contestar a aquellas preguntas, salvo para los muy católicos, era algo comprometido, a tal punto que el propio Gironella me contó que habían sido muchos los que se habían negado a responder, bien con evasivas o sencillamente con un no. Acepté el desafío y me presté a dar respuesta a sus preguntas, que eran: "¿Cree usted en Dios?", "¿Cree usted que hay algo en nosotros que sobrevive a la muerte corporal?", "¿Cree usted que Cristo era Dios?" y varias más, todas referentes a Dios, a la Iglesia y al Vaticano. No voy a reproducir cuáles fueron mis respuestas porque todas ellas fueron muy extensas. Me limitaré a recordar, únicamente, la que me pareció que tenía que ver conmigo, con mi orfandad, la que decía:

"¿Cree usted en Dios?" Y a la que respondí: "La capacidad de considerar la existencia de Dios depende de la medida en que cada ser humano la sienta, la reconozca y la palpe individualmente. Yo no tengo definidos ni la forma ni el concepto de Dios. De niño creía que la muerte le estaba destinada a los ancianos, no aceptaba la muerte de los jóvenes y mucho menos la de los niños. Cuando pregunté por primera vez por qué mi padre había muerto con veintidós años, me dijeron: "Porque Dios lo necesitaba a su lado". ¿Para qué necesitaba Dios, que todo lo tenía, a un humilde y sencillo carpintero de veintidós años? ¡Yo sí lo necesitaba! ¡Y lo necesitaba mi madre! La respuesta que dieron a mi pregunta, nunca me ha convencido".

Pero sigo con la historia. Mi madre, viuda, viaja con su billete de caridad hacia Madrid. A través del vidrio sucio de la ventanilla se ven algunas luces que parpadean, denunciando tímidamente la presencia lejana de humildes casas donde algunas familias duermen la noche de un año que tiene solamente dos meses de vida. La gente, en el compartimiento del vagón, reposa su cansancio en ridículas posturas, con caras grotescas que recuerdan las pinturas de Solana. Sólo una mujer joven permanece despierta, sus manos se apoyan sobre su vientre. Ahí dentro, en ese vientre, estoy yo en posición fetal.

La Primera Guerra Mundial ha terminado. Europa está ocupada en recomponer su geografía según los dictados de la paz. La mujer joven no es capaz de entender la muerte de su marido, no puede abarcar en toda su dimensión el significado de la palabra "viuda".

En Europa los cañones han enmudecido, pero la situación es complicada; cada país en particular tiene sus problemas, y a la vez, todos los países en general se disponen a afrontar a un monstruo que se agita implacable con sus miles de cabezas, la posguerra.

La mujer joven tiene en sus ojos la imagen de su marido agonizante y en sus oídos aún suenan las palabras de los empleados del Hospital Clínico: "No tenemos camas, no tenemos lugar".

Se firman tratados de paz, el de Versalles con Alemania, el de Neuilly con Bulgaria, el de SaintGermain con Austria. Alemania va de convulsión en convulsión, se

funda el Partido Nacionalsocialista y entretanto se propagan los disturbios comunistas. En Italia se crea el partido de los fasci y en Moscú la Tercera Internacional. Gandhi inicia en la India su movimiento emancipador.

Un hombre de cejas gruesas que viaja frente a la mujer joven, frente a la viuda joven o joven viuda, ronca ruidosamente y luego mastica su propia saliva con sabor amargo de mal dormir. Yo continúo en mi posición fetal, sin sentir siquiera el calor de esas manos que sujetan el vientre donde viajo, sin pasaje, hacia un destino que ignoro.

El tren se ha detenido en una estación, aún es de noche, pero en el cielo comienza a clarear. Algunos pasajeros se han despertado al frenar el tren y tratan, con ojos soñolientos, de averiguar dónde están. El tren arranca de nuevo y el hombre de cejas gruesas vuelve a sus ronquidos. Los campos ahora ya tienen luz del día, las alondras levantan el vuelo al paso del tren y, en algunos caminos cercanos a las vías, se recortan las siluetas de los labriegos que con sus caballerías van hacia los campos a trabajar las tierras. El tren está llegando a su destino, va disminuyendo su marcha lentamente, hasta detenerse. La gente que espera en el andén da pequeños saltitos o se alza sobre la punta de los pies para ver a los que llegan. La gente que llega saca la cabeza por las ventanillas para ver a la gente que espera. Cuando el tren se detiene definitivamente, se mezclan chirridos de hierros con gritos de júbilo. La mujer joven, hijo en el vientre y maleta en la mano, va al encuentro

de los que para marzo van a ser mis abuelos paternos. Tan sólo ellos, a través de la tía Clotilde, saben de la muerte de su hijo.

El que va a ser mi abuelo escucha atentamente lo que le cuenta la nuera viuda, con embarazo de siete meses, mientras la que va a ser mi abuela trata de adivinar, en el vientre de su nuera joven, la reencarnación del hijo que ha muerto en una silla, en la puerta del Hospital Clínico de Barcelona.

El andén se está vaciando de gente, algunas palomas picotean entre las vías. En la calle, los vendedores de periódicos vocean las últimas noticias, algunos mendigos muestran sus deterioros físicos, al tiempo que extienden el único brazo que les queda en espera de una moneda. Alfonso XIII ha salido a cazar. De las churrerías sale un fuerte olor a aceite hirviendo. Sentado en el tope de un tranvía viaja un muchacho de aspecto raquítico y pelo grasiento. A mí me quedan dos meses para abandonar el vientre de mi madre viuda, ser testigo presencial de todo esto y entrar a formar parte de esta comparsa.

Mi madre, para ganarse la vida, trabaja como asistenta en varias casas, donde le dan un sueldo de miseria y una comida. Como tenía que amamantarme, me llevaba con ella. En algunas casas le permitían que me dejara sobre una cama mientras ella fregaba los suelos y hacía la limpieza, en otras no lo consentían, entonces me ataba a sus espaldas con un mantoncillo o una pañoleta y, arrodillada, fregaba los pisos conmigo a sus espaldas como un pequeño jinete.

Cuando mi madre cumple los veinte años y yo comienzo a dar mis primeros pasos, me deja en la casa de mis abuelos paternos durante las horas que dedica a su trabajo de asistenta. Mis abuelos tratan de convencer a mi madre para que se case de nuevo y rehaga su vida. Pretendían que ese matrimonio fuese con un hermano de mi padre, dos años mayor que él; pero mi madre rehusó esta unión, tal vez, nunca se sabrá, para no herir el recuerdo de su joven marido, y prefirió mantener su condición de viuda.

Seguía fregando pisos. Pasado un año conoció a un hombre, estuchista de profesión, de nombre Ramón Sanmartín, gran persona, con quien se casó.

Mis abuelos paternos, tal vez porque veían en mí la reencarnación del hijo que habían perdido y, posiblemente, por sentir cierta culpa por no haber asistido a la boda,

convencen a mi madre para que yo siga con ellos algún tiempo más, al menos hasta que esté segura de que su nuevo marido me va a aceptar como un hijo propio. Este tiempo se prolonga y lo que en principio era provisional, se va transformando en algo fijo.

Mi madre tiene hijos con su nuevo marido, y yo me crío y crezco con mis abuelos, a los que llamo padre y madre; en la misma casa viven tres hermanos de mi padre que aún están solteros, Antonio, Manolo y Ramón, mis tíos.

Mi madre sigue viniendo a verme a casa de mis abuelos, siempre me trae alguna cosa, un juguete, unos zapatos, algo, y ayuda a mi abuela a lavar la ropa, a coser y planchar. En cada visita que hace intenta llevarme a vivir con ella, pero ya hay una relación entre mis abuelos y yo difícil de romper. Mi abuela argumenta que ella, mi madre, ya tiene hijos y ellos, en cambio, me necesitan a mí para no quedarse solos cuando mis tíos se vayan casando.

A mi madre la llamo Jesusa y por más que ella me dice: "Yo no soy Jesusa, yo soy mamá", yo, con mi media lengua, repito insistentemente: "Te llamas Jesusa".

Y por más que lo intenta, no me puede convencer. Desde que aprendí a decir mis primeras palabras, llamaba madre a mi abuela y padre a mi abuelo, y aunque ellos me decían que sí, que mi madre se llamaba Jesusa, pero que también era mi mamá y ellos mis abuelos, a mí aquello no me entraba en la cabeza.

Durante mi niñez no tuve muchos juguetes, alguna pelota, algún coche de hojalata, que mis tíos me traían el día de Reyes. Los domingos, mi tío Manolo acostumbraba a ir al Rastro y me traía un "Nicanor tocando el tambor", un pequeño monigote de cartón que tenía un pito y tirando de una cuerda daba golpecitos en un pequeño tambor, o un "Bartolo meando solo", que era un niño hecho de vaya usted a saber qué material, al que se le apretaba la cabeza y le salía agua por el pito; también, una madera con una gallina, que tenía en la parte de abajo un cordelito con una bolita de plomo que, girándola, hacía que la gallina picara unos granos de arroz pegados a la madera. Había otro juguete, hecho con unos listones en forma de equis que tenían en un lado un torero y en el otro un toro, y moviendo los listones de afuera hacia adentro y de adentro hacia afuera se conseguía que el torero se arrimara al toro. O construcciones y soldados de cartulina, que yo recortaba con unas tijeras y

luego pegaba con Sindeticón. Me gustaba mucho dibujar con lápices de colores. Mi abuelo llevaba con él uno de mis dibujos, que enseñaba a sus clientes y amigos con orgullo.

Cuando me dispuse a escribir este libro, entré en el desván de mi memoria.

Me llegaron conversaciones de muy lejos. Me llegaron risas mezcladas con el murmullo del viento. Un fuerte oleaje golpeando en el acantilado de alguna costa, mientras en algún bosque las hojas doradas de los olmos se desprendían de las ramas, para ir a morir sobre el campo agonizante del otoño. Algunas plazas donde los gorriones picotean la hierba quemada por la escarcha en busca de alimento. Se mezclaban nieves y veranos calurosos. Se escuchaban los gritos de los chicos en el patio de una escuela. Una zanja con olor a pólvora y a sangre. Unos pies caminando por el barro. Dos monjas cruzando una calle. Titulares de periódicos donde se publican guerras y muertes. Varias parejas de jóvenes besándose en los parques. En alguna iglesia una anciana arrodillada reza una oración. Un mendigo duerme encogiendo su desnutrición en un oscuro portal. Una madre joven, sentada al borde de una cama amamanta a su hijo. Un perro vagabundo olisquea en la basura. Algún borracho, una alcahueta,

un militar con su pecho cubierto de medallas, un soldado sin vida yace boca abajo en el barro, un grito, un balcón...

Y en el rincón más oculto del desván, entre todas estas imágenes, estaba yo, descansando mi fatiga del vivir, con los ojos cerrados y mis oídos abiertos, adormecidos mis brazos y mis piernas.

Había en el desván de mi memoria aguafuertes de mi niñez, de mi juventud y de mi hoy, y en esos aguafuertes estaban las caras de los que se fueron y de los que aún están.

Es imposible que en el desván de mi memoria estén ordenados todos esos aguafuertes; pero, de cualquier modo, ahí están, como en una de esas cajas donde se guardan las fotografías familiares, mezcladas las épocas, las gentes y los lugares.

Zurbano 68

La casa de ladrillo del 68 de la calle de Zurbano (que ahora es el 82), con sus dos patios, sus cuatro escaleras y sus sesenta y dos viviendas, más la taberna del señor Urbelino y la tienda de comestibles del señor Andrés y la señora Edelmira, estaba habitada por familias de condición humilde, aunque algunos vecinos, como los Tabares, tuvieran piano. La casa de ladrillo rojo de la calle de Zurbano era una isla pobre situada en un archipiélago donde había otras islas con palacetes de nobles, como el del conde de Alcubierre o palacios como el del conde de Romanones. En otras islas habitaban políticos como Luis Bello, Niceto Alcalá Zamora, Ruiz de Alda y Francisco Largo Caballero, este último en una casa de vecinos de García de Paredes, y grandes artistas como Sorolla y Mariano Benlliure. Y como un océano de calles mal pavimentadas que rodeara este archipiélago, muchos solares abandonados, algunos sin nada, otros con zanjas hechas para una edificación, que luego no se llevó a cabo y a las que la lluvia y el tiempo les dieron el aspecto de un campo de batalla después de finalizada una guerra. Al final de la calle, frente a Bretón de los Herreros, el Colegio de Sordomudos y, en la otra esquina con Ríos Rosas. el campo de fútbol de La Tranviaria; en Abascal, los depósitos de agua de Santillana, esa agua que llamábamos "agua gorda" y que tenía un sabor extraño, y en Zurbano, Boetticher y Navarro, la fábrica de toldos, el alquiler de carros de mano de El Borracha, los estudios de cine Ballesteros y el Parque Avícola, donde los pavos reales durante la noche lanzaban sus graznidos, que a mí me daban terror porque eran lo más parecido a los lamentos de un espíritu vagando en la noche. Al final de la calle, cruzando Ríos Rosas, el hipódromo, y a la derecha, subiendo una pequeña loma, el museo de Ciencias Naturales, con el esqueleto del Diplodocus y los huevos de avestruz. Detrás del museo el canalillo y, donde ahora están instalados unos grandes almacenes, el lavadero que los chicos llamábamos "del tiñoso", y la huerta que habíamos bautizado con el nombre "del tío, coge y vete", donde robábamos lechugas y tomates. Y "el ojo de lagarto", nombre con el que alguien llamaba a aquella extensión de terreno sin edificios, con tan sólo el campo de fútbol de Chamartín, del Real Madrid, con la carretera de Maudes y el asilo de San Rafael en uno de sus costados. En esa casa de vecinos, de ladrillo rojo, vivíamos nosotros.

Vivíamos en una buhardilla, decía mi abuela que el vecino de arriba era Dios. La buhardilla tenía dos habitaciones, una cocina y un comedor. Los techos de cada habitación y el de la cocina y el comedor empezaban a una altura de cuatro metros y luego iban descendiendo hasta llegar a un metro setenta, más o menos. El lado bajito lo usábamos para las camas, el lado alto para los armarios de caoba, hechos por mi abuelo. Ni el comedor ni ninguna de las habitaciones tenían ventana, se ventilaban por un

tragaluz que daba al tejado y por ese tragaluz, que en mi casa llamaban "montante", entraba la luna blanca, cuadrada, a sentarse en los baldosines del comedor y de las habitaciones.

Sobre las tejas que formaban el techo de la buhardilla se acumulaba en los inviernos la nieve, y eso suponía vivir y dormir a veces con temperaturas de bajo cero. Mi abuela, con una plancha de hierro, calentaba las sábanas antes de acostarnos y luego nos metía en la cama, en la parte de los pies, una botella con agua muy caliente. Mis tíos, en invierno, se subían en una silla con una olla llena de café, sacaban medio cuerpo por el montante, le daban vueltas a la olla de café sobre la nieve acumulada encima de las tejas y hacían café helado, un lujo que no nos podíamos permitir en el verano, que es cuando hubiera sido lógico, pero en el verano no había nieve sobre el tejado. En el verano el sol castigaba y calentaba las tejas durante todo el día. Acostarse, dada la cercanía de la cama con el techo, era una verdadera tortura, pero milagrosamente uno se acostumbra a todo eso y lo acepta como algo natural. Cuando tenía mucho calor, llenaba un vaso de agua fresquita del grifo, le

añadía un poco de vinagre y azúcar y me hacía unos refrescos que estaban deliciosos. Mis tíos hacían unos refrescos más elegantes, con agua y polvos de dos sobres: uno de los sobres era blanco y el otro, que se echaba después, azul, y aquel refresco sí que debía de ser bueno, porque hacía burbujas como la gaseosa.

Pagábamos veinticinco pesetas de alquiler por la buhardilla. Después, más tarde, durante la Guerra Civil, a los que tenían algún familiar combatiendo en el frente, el Gobierno de la República les rebajó el precio del alquiler al cincuenta por ciento; así, durante el tiempo que duró la guerra, pagábamos solamente doce pesetas con cincuenta céntimos.

La única ventana que había en la buhardilla estaba en la cocina. En una casa donde vive mucha gente, la ventana no descansa nunca. La ventana de la cocina servía para dejar la leche al fresco y para que mi abuela tendiera la ropa, para tener el botijo con agua fresca y para saber si afuera hacía sol o llovía. La ventana servía también para que cuando yo jugaba en la calle mi abuela me tirara por ella la merienda envuelta en un papel de periódico; la merienda que era siempre la misma, pan con aceite y sal, aunque algunas veces cambiaba por pan y una onza de chocolate marca Elgorriaga, aquella onza de chocolate que tenía en relieve un niño tomando chocolate en un tazón. En la ventana teníamos también una fresquera, que había hecho mi abuelo con estantes y alambrera metálica para que pasara el fresco y no entraran las moscas; ahí se ponían los tomates y las otras verduras, y había macetas con geranios. En esas macetas jugaba yo a las guerras. Mis soldados eran las pinzas de

madera de tender la ropa y el campo de batalla las macetas; si las pinzas iban solas se suponía que era la infantería y si colocaba una sobre otra, la caballería. Cuando me castigaban sin salir a la calle, me asomaba a la ventana y escuchaba las risas y los gritos de mis amigos en sus juegos, entonces le pedía perdón a mi abuela para que me dejara bajar. Si el castigo había sido impuesto por ella, después de pedirle perdón seis o siete veces, al final de rodillas, terminaba por dejarme bajar, pero si el castigo me había sido impuesto por mi abuelo, aunque estuviese fuera y no viniera hasta la noche, no había perdón. Los castigos de mi abuelo se cumplían a rajatabla. Nadie en la casa, ni siquiera mi abuela, era capaz de concederme el indulto de un castigo impuesto por mi abuelo.

La comida de cada día, el "arreglo" que llamaban en mi casa, donde éramos muchos hombres, era el cocido diario. Los domingos comíamos arroz, pero sólo los domingos, y por las noches para todos lentejas, judías pintas con arroz, "empedraíllo" que es como lo llamaban en Jaén, o patatas guisadas, menos mi abuelo que cenaba una

rodaja de merluza hervida, que aliñaba con unas gotas de aceite de oliva y un poco de limón, o dos huevos pasados por agua. Mi abuelo me dejaba las cáscaras para que yo las rebañara con una cucharilla. Algunas veces no me gustaba la cena y cuando decía: "Esto no me gusta", me mandaban a la cama sin cenar, al día siguiente me levantaba para ir al colegio, pedía el desayuno y por orden de mi abuelo me ponían lo que no había querido en la cena, y si no lo quería, me lo ponían a la hora de comer y así hasta que el hambre hacía que me lo comiera. De esa forma no me quedó otro remedio que comer de todo. Mi tío Manolo, cuando me mandaban a la cama sin cenar, se

acercaba hasta la habitación y me llevaba pan, aceitunas o algo de fruta, pero todo esto en el mayor de los secretos, sin que mi abuelo se enterase. Lo único que nunca pude comer, ni a la hora de la cena ni al siguiente día ni a la siguiente noche, fueron las sopas de ajo; cuando el hambre me obligaba a comerlas a la fuerza me provocaban vómitos. A todo lo demás me acostumbré, no me quedaba otro remedio. El desayuno era un tazón de café con leche con picatostes, los picatostes eran el pan que había sobrado del día anterior frito.

En Semana Santa mi abuela hacía pestiños, "gusanillos" que los llamaban en mi casa, algunos con miel por encima. Y también comíamos "hornazos" que nos mandaban de Jaén, unos bollos con un huevo cocido en la parte de arriba, y otros bollos que tenían pimentón dulce encima y que llamaban "ochíos".

Solamente cuando venía mi tía Capilla de París había comidas especiales.

En la casa había una sola pila, que estaba en la cocina y servía para que mi abuela lavara la ropa, para lavarnos la cara, para fregar los cacharros con estropajo y asperón, para que mis tíos se afeitaran frente a un espejo que colgaban en la pared, y para beber agua cuando teníamos sed, con un jarrito rojo de porcelana que estaba colgando de una escarpia. La pila era de hierro. Para lavar la ropa, mi abuela ponía una tabla de aquellas de surcos ondulados que le había hecho mi abuelo y en esa tabla frotaba la ropa con un cepillo de raíz, jabón Chimbo o Lagarto y un poco de añil. A veces usaba el jabón que nosotros mismos hacíamos con los desperdicios del tocino y la grasa que sobraba del cocido. Metíamos todo ese sobrante en una lata grande, se ponía al fuego en la placa de la cocina, se le añadía sosa cáustica y se le daba vueltas con un palo hasta que tomaba consistencia, después se sacaba, se ponía en un molde y cuando se enfriaba se cortaba en trozos con un alambre de

cobre.

Mi abuela me contó que cuando mi padre tenía dos años se bebió un bote de sosa cáustica que mi abuelo tenía preparado para quitar la pintura de unas sillas, y que se le puso en carne viva desde los labios hasta el estómago y no podía comer; le daban cucharadas de aceite de oliva para curarle, se había quedado tan flaquito que parecía la cría de un mono y, para que no le vieran los vecinos, le tenían detrás de la puerta de entrada. Fue un milagro que se salvara.

La única forma de bañarnos era poniendo en el centro de la cocina un barreño de cinc con agua caliente y refregarnos con estropajo y jabón. Nos bañábamos una vez a la semana, los sábados por la tarde, y también la ropa interior nos la cambiábamos una vez por semana, los sábados por la tarde después del baño, que estábamos limpitos.

En otro lado de la cocina, sobre una especie de pequeño banco de madera, teníamos una orza grande de barro llena de aceitunas que llamábamos de "machacamoya". Eran aceitunas que nos mandaban de Jaén y que yo machacaba con una piedra antes de echarlas a la orza y que luego mi abuela aliñaba con laurel, tomillo, aceite y no sé cuántas cosas más, y que al cabo de un par de semanas estaban riquísimas.

Encima de la puerta de entrada a mi habitación había un jaulón donde mi abuelo criaba canarios, que después vendía a buen precio. El jaulón tenía dentro un pequeño arbolito seco, para que los canarios y los jilgueros volaran de una rama a otra, y en un lado del jaulón una diminuta ventanita, en la que mi abuelo había puesto una rejilla para que los pájaros no se le escaparan y tomaran sol. Para abrir la ventanita había que tirar de un cordel. Y a los costados del jaulón los nidos y un puñado de estopa, de la que mi abuelo usaba para tapizar los sillones, con la que los canarios, laboriosamente, hacían sus nidos para poner los huevos; después de incubarlos la hembra se rompían y asomaban del nido unos pequeños canarios sin plumas que pedían el alimento asomando sus pequeñas cabecitas y piando. Una de las grandes habilidades de mi abuelo era el cruce de jilguero con canario o canaria, de ahí salían los llamados "mixtos", que parece ser que eran mas caros porque cantaban mejor.

Mi abuelo me enseñó a aprovechar el alpiste que los canarios tiraban al comer: se sujetaba un plato con una mano y con la otra en alto, se iba dejando caer el alpiste lentamente y se soplaba; el alpiste bueno, con el peso, caía en el plato y las cascaritas de poco peso, con el soplido, se separaban. También me enseñó a machacar los cañamones con una botella: los colocaba en un papel de periódico y hacía rodar la botella sobre los cañamones; esto facilitaba a los canarios el comerlos, sin tener que hacer ningún esfuerzo para romper con el pico la cascarilla. Y me enseñó a quitar las cañas que cruzaban la jaula de un lado a otro, porque en su interior se ocultaban los piojillos. Se quitaba la caña, se sacaba de la jaula y se golpeaba la caña contra una chapa, entonces caían los piojillos, y con alcohol y una cerilla los quemábamos.

Me hice un experto en la cría y cuidado de los canarios.

Teníamos también una tórtola que andaba suelta por la casa y que se pasaba el día cantando el mismo soniquete: "Tórtola! ¡Tórtola! ¡Tórtola!" Le habíamos puesto de nombre Claudia y a la hora de comer daba un vuelo y se subía a la mesa. Pero la pasión de mi abuelo eran los canarios.

Recuerdo la muerte de uno de los preferidos de mi abuelo y mío. Yo le había puesto de nombre Turpin como uno de los personajes de las aventuras que más me gustaban, las de Dick Turpin.

Turpin, como algunos otros elegidos, no dormía ni habitaba en el jaulón, ni iba a ser vendido a nadie, Turpin tenía una jaula para él solo, hecha con alambres dorados.

Turpin murió mientras dormíamos. Su cuerpo inerte yacía en el metálico piso de su pequeña prisión de alambres dorados. Un terrón de azúcar picoteado en sus esquinas, una mustia hoja de escarola y el diminuto columpio con su balanceo velaban el pequeño cadáver. Sus últimos trinos tal vez se habían escapado por entre los finos barrotes y habían salido por la ventana de la cocina, buscando respuesta en alguna hembra de su especie que como él estaba presa en alguna jaula.

Llevé el pequeño puñado de frío y plumas a uno de los solares que había en la esquina de nuestra calle. Hice un hoyo y enterré a Turpin. Coloqué sobre la diminuta tumba una crucecita de madera, con una pequeña corona que hice con unas flores amarillas que crecían en el solar.

Cuando, ya de noche, pasé por la cocina para ir a mi habitación eché una mirada a la jaula vacía y muda y creo que antes de dormirme sentí en mis oídos el canto alegre de Turpin.

En una de las paredes, en la única que quedaba libre, teníamos los vasares, donde se ponían los vasos y la jarra del agua y los tazones del desayuno.

Los vasares estaban decorados con un papel que vendían en la cacharrería y que tenía dibujados un gato, una flor, una hoja, una taza y seguía luego otra vez el gato, la flor, la hoja, la taza, y así desde el principio al final del papel.

Recordando aquella buhardilla, sus dimensiones, sus muebles, las camas y, en particular, la cocina con sus sillas, la mesa camilla, el barreño colgado de la pared, el jaulón de los pájaros, la orza de las aceitunas, la pila, la cocina, el banco de carpintero de mi abuelo, las tablas, los vasares con los platos, los tazones, las ollas y tantas y tantas cosas, me pregunto si será cierta esa ley de la impenetrabilidad de los cuerpos de la que nos habla la física.

Lo que no había en la buhardilla era retrete. El retrete estaba en el pasillo y lo compartíamos todos los componentes de las seis familias que vivíamos en ese pasillo. Estaba al fondo del todo, cerca de nuestra puerta, y era de dimensiones reducidas. El lugar para hacer nuestras necesidades estaba en un rincón, era de pizarra negra, con un agujero redondo en el centro. Para no poner el culo en la pizarra casi todos los vecinos del pasillo tenían su tabla para sentarse, con forma triangular y el agujero redondo en el centro. La tabla nuestra era la mejor de toda la vecindad, mi abuelo se había esmerado y la había hecho de buena madera, bien lijada y pulida y hasta le había dado una mano suave de barniz. Algunos no usaban tabla, se colocaban en cuclillas y con una gran puntería hacían diana en el agujero. En el otro rincón del retrete había una pequeña pila de hierro con un grifo y en una de las paredes un gancho de alambre, en él se colgaban trozos de periódico,

cuidadosamente cortados en cuadritos, que usábamos como papel higiénico. Lo que significaba que nos limpiábamos el culo con la noticia de un crimen o con la dimisión de algún ministro. La ventana del retrete que daba al estrecho patio estaba junto a la de nuestra cocina. En verano, algunos vecinos cagaban con la ventana abierta y desde nuestra cocina escuchábamos los pedos, entonces mi abuelo, que tenía un par de pelotas, salía al pasillo, golpeaba en la puerta del retrete y decía:

--Haga el favor de cerrar la ventana marrano, o marrana, y guárdese los pedos para cuando esté en su casa.

Compartir con tantos vecinos aquel pequeño retrete era muy complicado, y más con aquella manía que tenían en esa época de purgarnos una vez al mes. El aceite de Ricino o el agua de Carabaña hacían que las puertas de todos los vecinos se abrieran constantemente, en espera de que el retrete se desocupara, y volvían a cerrarse y se abrían de nuevo. Cuando el retrete quedaba libre, se organizaban carreras para llegar los primeros, cada uno con su tabla bajo el brazo. Y si el que lograba entrar el primero tardaba en salir, empezaban las voces de los vecinos: "Vamos, vamos, que ya está bien".

En aquel retrete compartido, un día apareció una rata. Aquella rata tenía atemorizados a todos los vecinos. La señora Petra, la vecina de la letra D, fue quien la vio por primera vez, salió gritando, sacudiéndose la falda; corría sin parar y gritaba:

--¡Una rata, una rata!

Nos asomamos todos los vecinos al pasillo. La rata había desaparecido. Con rata o sin rata, no había más remedio que seguir yendo al retrete, pero siempre con el miedo de que la rata apareciese de nuevo. Unos la vieron y otros no; pero lo cierto es que la rata seguía haciendo visitas de vez en cuando. Algunos días después, mientras mi abuela vaciaba en el retrete un cubo de agua sucia, apareció la rata; mi abuela hizo un intento de ahuyentarla, la rata se le metió entre la falda y la enagua, mi abuela con una mano sujetó a la rata, que estaba entre las dos prendas de vestir, dejó el cubo sobre la pizarra del retrete y, ya con las dos manos, apretó y apretó hasta que la rata cayó muerta. Mi abuela, sin dar ni un grito ni comentar nada a nadie, entró en casa y con la mayor naturalidad dijo:

--He matado a la rata.

Aunque en la vecindad ya conocían los lados opuestos de Manuela Reyes, su bondad y su valor, aquello fue comentado, no sólo en el edificio entero, también en el barrio y en el mercado.

Para contrarrestar la falta de un retrete, teníamos debajo de la cama un orinal, porque en invierno salir al pasillo durante la noche era correr el riesgo de coger una pulmonía. Pero era obligación, por orden de mi abuelo, que cada uno se encargara por la mañana de ir hasta el retrete y vaciar su orinal.

La puerta de la buhardilla no tenía timbre, había una campanilla dentro del comedor, que tirando de un tirador que había a un costado de la puerta sonaba como las que se usan en las misas. Tampoco teníamos contador de la luz, lo que teníamos se llamaba limitador, era un aparato que si se pasaba del consumo contratado con la compañía, saltaba y se quedaba la casa a oscuras, pero mi tío Manolo, que era muy habilidoso, había puesto una trampa y si nos pasábamos de consumo, el limitador hacía un ruido extraño que desaparecía con un golpe de escoba.

Tampoco teníamos teléfono; pero mi tío Manolo había puesto un alambre que bajaba por el rincón del patio hasta la tienda del señor Andrés, y cuando nos llamaba alguien para hacerle algún encargo a mi abuelo, el señor Andrés o su mujer, la señora Edelmira, tiraban del alambre y en la cocina de mi casa sonaba una campanilla, que tenía un sonido distinto a la de la puerta, y nos avisaba para que bajáramos a atender la llamada.

Ningún vecino del pasillo tenía radio de galena, nosotros sí. Como todo lo que se hacía en mi casa, que no fuese carpintería, la había hecho mi tío Manolo con una bobina de cartón forrada de hilo de cobre y para oír la música había que pinchar una piedrecita de galena con un muellecito de alambre de cobre que tenía una afilada punta. Lo malo de la radio de galena es que para escucharla había que ponerse unos auriculares en las orejas. Nosotros teníamos dos auriculares, uno para cada oreja, y un casco de alambre para sujetarlos y escuchar la radio con las manos libres. Mi abuela no se acordaba nunca de lo del casco y cuando llamaban a la puerta o se salía la leche, se levantaba y se llevaba colgando la radio de galena y detrás iba el cable de la antena.

Casi todos los días teníamos que esperar a que volviera mi tío Manolo del trabajo y lo colocara todo de nuevo en el mismo sitio. Cuando ya lo había colocado, pinchábamos la piedra de galena con el muellecito y mi abuela volvía a sus zarzuelas, hasta que se salía la leche otra vez y mi abuela arrancaba todo de la pared de nuevo.

A mí lo que más me gustaba oír en la radio eran los anuncios. Había uno de cafés La Estrella que lo cantaba un hombre y decía:

Las broncas de don Facundo,
al ir a desayunar,
eran lo más tremebundo
que se puede imaginar.
Antes de ir a la oficina
le servían el café,
que era un agua de cocina
mezclada con no sé qué.
Y el hombre aquel,
cambiado en basilisco,
el panecillo el plato y el tazón
cada mañana transformaba en cisco,
contra los hierros del balcón.

Y la pobre cocinera,
que era la mayor culpable,

dentro de la carbonera,
se ponía negra y hasta indeseable.
Si queréis un buen consejo,
le diréis a la doncella
ponga en vuestro desayuno
café torrefacto marca de La Estrella.

Para mi abuela, tanto si se sentaba a coser como si estaba planchando, aquella radio de galena era su felicidad. Que nadie la interrumpiera si estaba escuchando La verbena de La Paloma, Agua, azucarillos y aguardiente o Doña Francisquita. Algunas veces, siguiendo lo que estaba escuchando, la oía cantar: "Lagarteranas somos, venimos todas de Lagartera..."

Era un placer ver su cara con una sonrisa y toda su atención puesta en la música, esa música que era su única compensación a la complicada y al mismo tiempo sufrida tarea de cuidar la casa, la comida, la ropa, lavar y planchar, coser y zurcir, ir a la compra, en una casa donde no había más mujeres que ella, donde la única ayuda que tenía era la que yo le podía prestar, como era ir a la carnicería a comprar el arreglo del cocido o ir por las tardes a buscar la leche.

Mientras escuchaba la radio, sonreía, me miraba y, con su atención puesta en lo que estaba escuchando, me decía:

--Cucha, cucha, cucha.

Yo no escuchaba nada, pero correspondía a su sonrisa, como para de alguna manera compartir su felicidad.

¡Bah! No sé si mi abuela era feliz o se resignaba a su destino como algo irremediable, pero aquella galena era para ella todo un mundo.

Como ya era costumbre y sabía que a mí me gustaban las canciones de los anuncios, en cuanto ponían alguno me llamaba:

--Miguelito, Miguelito.

Me pasaba los auriculares y durante el tiempo que duraban los anuncios yo era dueño y señor de aquella galena.

Me gustaba mucho el del señor que rompía el plato y el tazón contra los hierros del balcón y otro del teatro Fuencarral, que cantaban animando a la gente a ir al teatro porque habían puesto acomodadoras:

Están las chicas más guapas
y las más encantadoras,
y allí te vuelves tarumba,
¡Ay mi madre!,
con las acomodadoras.

Y terminaba diciendo:

Risa para todo el año,
con Heredia y con Bretaño.

Recuerdo otro de una peletería, cantado por una mujer, éste con música de chotis. Decía:

Pekan es hoy día lo mismito que La Dalia
la mejor peletería que tenemos en Madrid,
pero, sin embargo, tiene precios reducidos,
por eso la Greta Garbo sus encargos hace allí.
Maura y Lerroux, Belmonte y Valle Inclán
compran allí su piel para el gabán.
Si desea agradar a una dama,
cómprele usted pieles,
porque viendo un Renard o un Armiño
ya se hacen de mieles;
pero deben comprar en La Dalia,
que es lo más juicioso,
dirigirse a la calle del Carmen,
Carmen dieciocho,
Carmen dieciocho.

Pero como decía antes, a mí el que más me gustaba era el de las broncas de don Facundo, el del café torrefacto, porque en aquellos años era costumbre poner en las puertas de las tiendas de ultramarinos una especie de globo terráqueo de hierro, metían dentro el café en grano, le añadían azúcar, le ponían fuego debajo y daban vueltas al globo, que despedía un olor a café que alimentaba.

En el invierno los chicos nos calentábamos las manos arrimándonos a esos globos terráqueos.

En el verano las cosas no eran igual, en las tabernas donde servían comidas ponían un letrero en el escaparate que decía: "Las comidas dentro, por el calor". Y daba mucha tristeza asomarse a aquellos escaparates y no ver el jamón ni los chorizos ni las albóndigas con salsa ni el conejo desollado que siempre tenía los ojos abiertos, como si en lugar de haberle matado de una perdigonada le hubieran matado de un susto.

Mis abuelos eran andaluces, de Jaén, como esos aceituneros altivos de que nos habla Miguel Hernández, y en busca de un horizonte mejor y más amplio, con cinco hijos varones habían emigrado a Madrid, pero en su hablar y en su comportarse seguían teniendo el andalucismo muy arraigado. Cuando yo me balanceaba en una silla, mi abuelo me decía:

--Nene... Para ya con la silla, joé, que la vah a jolillar.

Manuela Reyes

Mi abuela se llamaba Manuela Reyes. Mi abuela era ágil, menudita, despierta. Los ojos de mi abuela eran azules, de un azul claro. Los ojos de mi abuela habían visto crecer cinco hijos varones. En su fatiga estaba siempre el recuerdo de la única hija que vino, pero que murió sin llegar a hacerse mujer. Y en su bregar diario estaban la incomprensión y el dolor de haber perdido aquella niña, que hubiera compartido con ella el duro trabajo de tener limpios cinco hijos, un marido y un nieto.

Mi abuela bajaba a la calle docenas de veces y siempre se le olvidaba algo y volvía a bajar los cinco pisos y los volvía a subir otra vez y su fatiga la escondía detrás de una sonrisa.

Manuela Reyes era buena y cariñosa; pero tenía sus métodos particulares de educarme. Una de las cosas que no soportaba era que cuando me mandaba hacer algún

recado yo respondiera: "Luego". Y lo que no aceptaba de ninguna forma era que dijera malas palabras o le diera una mala contestación. Tenía un sistema muy particular de castigarme. Me obligaba a sacar la lengua y me la restregaba con una guindilla. La lengua me picaba como demonios.

Y lo que más la sacaba de quicio era que cuando trataba de darme un azote o un sopapo, yo diera vueltas alrededor de la mesa camilla, esquivando el golpe. Eso la ponía furiosa y si estaba lavando, me tiraba a la cabeza la pastilla de jabón o lo que tuviera en la mano, y cuando conseguía alcanzarme, me agarraba de una oreja con una mano y con la otra me daba capones en la cabeza.

Cuando mi comportamiento superaba los límites de su paciencia, me decía: "¡No te aguanto más! ¡Ahora mismo te llevo con tu madre y que te aguante ella!"

No sé por qué razón, después, cuando me hice hombre y lo meditaba, para mí el hecho de ir a vivir con mi madre y dejar la casa de mis abuelos era algo tremendamente dramático. No tenía motivo para preocuparme, después de todo, no me llevaba a ningún orfanato; pero vaya usted a saber por qué, aquella amenaza me horrorizaba.

Algunos días, mi abuela se vestía de calle, me vestía a mí, me ponía en una bolsa una manzana o un panecillo y una onza de chocolate, llegábamos por Zurbano hasta Martínez Campos, por donde pasaba el tranvía 18, su recorrido era: Obelisco, Puerta del Sol, San Francisco, subíamos en el tranvía, Martínez Campos arriba y Eloy Gonzalo abajo. Yo ya sabía, porque esto ya se había repetido varias veces, que si al llegar a la glorieta de Quevedo, el tranvía giraba a la derecha por Bravo Murillo, íbamos en dirección a la casa de mi madre y si daba la vuelta a la plaza y giraba a la izquierda, era para ir por la calle de Fuencarral y aunque esto me lo había hecho muchas veces, sólo cuando el tranvía daba la vuelta a la plaza y entraba en la calle de Fuencarral yo me quedaba tranquilo.

Bajábamos en la parada de Fuencarral y la calle Olid y nos metíamos en el cine Proyecciones, no sin antes prometerle que me iba a portar bien con ella y no le iba a dar ni una mala contestación ni un disgusto.

Ahí, en ese cine, con mi abuela, veía películas de Tom Mix, de Cayena, de Tom Tyler, Chispita y Vivales, de Charlot, Tomasín, Ben Turpin, Sandalio, el Gordo y el Flaco. Las películas eran mudas, pero en el foso que había junto al escenario, cerca de la pantalla, un quinteto de músicos o un pianista amenizaba la proyección. Y aunque las películas tenían, de vez en cuando, un letrero con lo que decían o pensaban los personajes, a veces ponían un explicador que se situaba sobre el escenario, a un costado de la pantalla, y con un puntero largo la señalaba y decía: "Ahora viene el malo y se lleva a la chica con el caballo". Y entraba el malo, que siempre tenía un pequeño bigotito, y se llevaba a la chica con el caballo. Y seguía el explicador: "Pero llega el bueno y al enterarse de que el malo se ha llevado a la chica, sale en su persecución". Y aparecía el bueno y, tal como había dicho el explicador, salía en persecución del malo. Y así, de esta manera tan peculiar, a los

espectadores no se nos pasaba nada por alto. Yo sentía una gran admiración por aquel explicador que sabía todo lo que iba a pasar en la película.

Una vez vimos una que se titulaba Honrarás a tu madre. Era la historia de una mujer viuda que tenía dos hijos y uno de ellos se iba al extranjero y se colocaba en un sitio donde ganaba mucho dinero y le ponía giros a su madre todos los meses. El otro hermano, que se había quedado con la madre, era un degenerado y el dinero que mandaba su hermano, en lugar de dárselo a su madre, se lo gastaba en las tabernas con los amigos o con mujeres de mala vida y se emborrachaba. Después de dos años, el

hermano que se había ido al extranjero vuelve para visitar a su madre y los vecinos le dicen que está en un asilo. Con un marcado gesto de dolor y de rabia se va hasta el asilo y ve a su madre arrodillada fregando el suelo y, ante el asombro de todos los ancianos, le da una patada al cubo y se lleva a su madre a casa, la deja en un sillón y se va a buscar a su hermano, al borracho. Después de recorrer varias tabernas lo encuentra abrazado a una mujer de mala vida, le da una paliza y

cuando está en el suelo, lo coge del cuello de la chaqueta y lo lleva arrastrando por la calle, ante las burlas de la gente, hasta llegar a su casa, donde le hace ponerse de rodillas y pedir perdón a su madre.

Mi abuela empapó el pañuelo de lágrimas y todas las mujeres al salir del cine, lo mismo que mi abuela, iban secándose las lágrimas.

A mí la película me gustó, pero no como las de Tom Mix, que él solo con dos pistolas mataba seis o siete bandidos y veinte o treinta indios.

Muchos días, mientras mi abuela estaba en la compra, yo me subía en una silla y con un trapo le limpiaba el polvo de la cómoda y el de aquellos retratos de parientes para mí desconocidos. Mi abuela me decía: "¡Qué lástima que no fueses una niña! ¡Cómo me ayudarías!", aunque la ayudaba mucho, lo mismo que a mi abuelo Yo iba a buscar la leche todos los días, a la vaquería de Martínez Campos. Algunas veces hacía trampa, me daba una carrera y me iba hasta Fernández de la Hoz, a la lechería de Kananga, allí valía cinco céntimos más barato el litro, pero mi abuela se daba cuenta, porque decía que no hacía la misma nata, y me daba un pescozón. En invierno yo bajaba a encender el brasero en la calle. Y le ayudaba cada quince días a limpiar las camas de chinches. Quitábamos el colchón, mi abuela me daba unas tenacillas de la cocina con un algodón mojado en alcohol, luego con una cerilla le prendíamos fuego y pasábamos el algodón ardiendo por todos los rincones y los muelles del

somier, las chinches explotaban con un olor nauseabundo. También le cuidaba el cocido, nuestro menú cotidiano. Me decía: "Nene abre el tiro", "Nene, quita una arandela", "Nene cierra el tiro", "Pon la arandela". Y le ayudaba a pelar patatas y a limpiar las lentejas y a cortar las judías verdes. La verdad es que, sin ser una niña como ella hubiera deseado, le ayudaba mucho.

Manuela Reyes me enseñó las letras y los números, mojando su dedo índice con saliva y escribiendo en un baldosín de la cocina. Al cumplir los seis años fui a mi primer colegio.

El colegio estaba en la plaza de Chamberí, encima del parque de bomberos, en el único piso que había sobre el parque, donde estaban los coches y los bomberos, siempre atentos a cualquier llamada.

El maestro tenía el pelo blanco y una muy cuidada barba que nos impedía ver con claridad si estaba sonriente o serio. Vestía siempre de negro y camisa blanca con cuello de pajarita, se llamaba don Juan. Los chicos le llamábamos don Juan Chistera y cuando no nos oía, le cantábamos: "Don Juan Chistera con la cara de palo y las orejas de madera". Don Juan poco a poco nos enseñaba a componer frases con palabras, la ortografía y las cuatro reglas, que entonces se aprendían cantando todos a coro: "Cinco por una, cinco; cinco por dos, diez; cinco por tres, quince". Y así cada día, hasta que las memorizábamos. Yo no era muy estudioso, me gustaba más pintar monigotes en los cuadernos, que hacer cuentas de sumar o de restar. Por eso don Juan me castigaba casi todas las tardes. A mí no me entraba en la cabeza que a don Juan le gustaran más los números que los soldados que yo dibujaba. Cuando don Juan colocaba su mirada por encima de las estrechas gafas de armadura de plata, yo ya sabía

lo que venía detrás.

--¿Qué estás haciendo? Ven aquí. ¡No, no escondas nada!

Y cuando todos los chicos del colegio se habían ido a sus casas y ya la plaza donde estaba el colegio vestía luz de gas, yo seguía en la clase, recogiendo papeles. Don Juan se quedaba estudiando hasta muy tarde, pero a la hora me mandaba marchar a casa.

Una tarde del mes de noviembre en que yo, como ya era costumbre, estaba castigado, don Juan me pidió que avisara al portero. El portero subió y habló con don Juan. Y fue el portero, con su cara de mono, el que me mandó a casa aquella tarde.

Al día siguiente don Juan no volvió al colegio. Don Juan estaba muy enfermo y murió pocos días después. ¡Ojalá nunca le hubiera cantado aquello de "Don Juan Chistera con la cara de palo y las orejas de madera".

Gracias a una recomendación, de alguno de los clientes de mi abuelo supongo, cuando ya sabía leer de corrido me consiguieron una plaza en el colegio de frailes de la Inmaculada Concepción, en la calle Raimundo Lulio, cerca de la Plaza de Olavide. Desde Zurbano y Abascal hasta Raimundo Lulio había una distancia muy considerable; pero en mi casa pensaron que mejor que los frailes no me iba a educar nadie. Así, al cumplir los ocho años, edad exigida para el ingreso en este colegio, empecé a hacer mis cuatro viajes diarios, los dos de la mañana y los dos de la tarde.

La tarde del jueves no había colegio. En aquellos años, tal vez porque apenas había coches y muy pocas casas con calefacción, en Madrid eran frecuentes las grandes nevadas todos los inviernos, y cada mañana, al ir al colegio, caminaba sobre la nieve.

Al mismo colegio iba Juanito García Sellés, un hijo de los porteros de Boetticher y Navarro. Hacíamos el trayecto Zurbano, Martínez Campos, glorieta de la Iglesia, Eloy Gonzalo, Juan de Austria y Raimundo Lulio. Los dos usábamos el mismo tipo de cartera. Nos la habían hecho en nuestra casa, era de lona roja y se colgaba al hombro. Nunca se cumplió mi sueño de que me compraran una mochila o un portalibros como llevaban otros chicos del colegio.

Subiendo por Martínez Campos, antes de llegar a la glorieta de la Iglesia había un convento de monjas de clausura. Juanito y yo entrábamos en el oscuro portal del convento y poniendo voz de pobre decíamos:

--Una limosnita, que Dios se lo pagará.

Y a los pocos instantes, el torno de madera giraba y en él venían media docena de bizcochos, que Juanito y yo devorábamos muertos de risa. Después, y ya cruzando la glorieta de la Iglesia, en Eloy Gonzalo esquina a la calle Castillo, había una churrería. Los churros estaban dentro, pero en la puerta ponían unas bandejas grandes, de chapa, con los churros y porras que se habían roto al hacerlos, los vendían más baratos y los llamaban "puntas". Juanito García Sellés y yo, cuando estábamos cerca de la churrería, nos parábamos, tomábamos impulso, dábamos una carrera y al pasar por las bandejas donde estaban las "puntas" metíamos la mano y nos llevábamos con nosotros un puñado de aquel desecho, que no tenía buena presentación, pero que estaba igual de rico que las porras o los churros perfectos.

Juanito y yo nos parábamos en el escaparate de una pastelería que había en la calle de Eloy Gonzalo, mirábamos a través del cristal y decíamos:

--Me pido los merengues.

--Y yo me pido la tarta de fresas.

--Y yo la de chocolate.

Y así, nos hacíamos los dueños y disfrutábamos el sabor de todos aquellos pasteles que estaban en el escaparate, aunque tan sólo con la mirada.

A mí el colegio no me gustaba nada, es decir, no me gustaba nada de lo que los frailes querían que me gustara. Demasiado catecismo, demasiados rezos. Se me atravesaba la Gramática y las Matemáticas y nadie en mi familia me ayudaba a la hora

de hacer la tarea, los deberes que lo llaman ahora. Esto motivaba que sacara muy malas notas, con la consiguiente bronca cada vez que las tenía que firmar mi abuelo.

Lo único que me interesaba y me divertía era la Historia. La Sagrada por lo de Noé metiendo en el arca dos conejos, dos jirafas, dos canguros, dos leones, dos cangrejos y dos de todo. Me imaginaba al pobre Noé buscando en la selva dos animales de cada especie, mirando cuál era el macho y cuál la hembra, y me preguntaba cómo sabría Noé si una tortuga era macho o era hembra. Y también imaginaba a Moisés, en la cestita de mimbre, navegando por el Nilo, y a David dándole una pedrada en la frente a Goliat. Y Dalila, que le cortó el pelo a Sansón y lo dejó sin fuerzas. Lo de no tener fuerza con el pelo corto me tenía preocupado, porque a mí me lo cortaban al dos con flequillo. Con todas estas historias yo me lo pasaba bárbaro.

También me entusiasmaba con la Historia de España. La batalla de Lepanto, Cristóbal Colón descubriendo América y Hernán Cortés luchando contra los indios en la selva. Todo aquello me hacía soñar aventuras en el mar y en las selvas tropicales, tribus de indios que cazaban con flechas. Nunca podía imaginar que, con el correr de los años, visitaría y viviría en esos países, aunque ya sin indios que me tiraran flechas. También me gustaba el Dibujo, la Geometría y la Geografía. En todas estas materias siempre sacaba un sobresaliente que ensuciaba con el cero en Conducta, el suspenso en Gramática y el aprobado o el notable en Matemáticas.

La clase del colegio olía a tinta barata y a humedad, la sotana de los frailes, a rancio. Decía Mariano Cifuentes, uno de mis compañeros de clase, que era porque los frailes después de mear no se la sacudían, y uno, que se apellidaba Sanabria, decía que los frailes no se la sacudían porque sacudírsela era pecado y Cifuentes le decía que sacudírsela no era pecado, que lo que era pecado era meneársela y el Maceda, que se sabía de memoria el catecismo, decía que meneársela no era pecado, que era pecado si se la meneabas a otro. Nunca se ponían de acuerdo.

Un día nos fuimos de campo a Villaviciosa de Odón, que para nosotros, que no viajábamos nunca, era como ir a Australia. Nos llevaron en un viejo y destartalado autocar. Era un hermoso día de sol del mes de marzo. Bajamos del autocar dando gritos de júbilo, echamos a pies, elegimos cada uno a los que creímos mejores para nuestro equipo y empezamos a jugar un partido de fútbol. Cuando estábamos en pleno juego se acercó una vaquilla, primero muy despacio, pero inmediatamente tomó carrera con intención de cornearnos; perseguidos por la vaquilla, corrimos hasta el autocar, abrimos la puerta y nos metimos dentro precipitadamente. Cuando entramos encontramos al hermano Arsenio, que, arrodillado, masturbaba a un compañero de la clase. El hermano Arsenio y nuestro compañero, que no se esperaban aquella repentina entrada nuestra, quedaron como esas imágenes que en el cine llaman imágenes congeladas, el hermano Arsenio sin soltar el pequeño miembro del chico y el chico sin saber cómo reaccionar. Aquello fue entre dramático y divertido. Al hermano Arsenio lo cambiaron de colegio, al chico lo expulsaron y a nosotros se nos complicaron más las dudas que teníamos sobre la masturbación. Ya no sabíamos si era un pecado o era un delito.

Cuando regresábamos en el autocar nos mirábamos, pero nadie decía nada ni se cantaba ninguna canción, como habíamos hecho a la ida. El hermano Arsenio en uno de los asientos delanteros, junto al conductor, y el "masturbado" en el asiento de atrás. Creo que todos, dentro de nuestra mentalidad de chicos, sentíamos pena de aquel compañero.

Hasta la clase nos llegaba el pregón del hombre de los zapatitos de caramelo:

Ha bajado el calzado...

son a cinco, a perra chica.
¡Ay, señora María...,
qué bonito y qué barato...!
A perra chica el par.

O pasaba el de: "Al bueeeeen requeeeeesón de Miraflores de la Sierraaaaa. A treinta el molde entero y a probarlo". O el de "Vaya toallas que voy a dar por seis perras grandes" o "Gaaaannnchooooossss para la ropa, a treiiiiiiiintaaaaaa" o el de los "Pichones, buenos pichones, a doce reeeeales pareja" o el "paragüero lañaor" o el afilador. Todos estos pregones ponían una nota musical en los aburridos silencios de la clase.

Recuerdo al hermano Agustín con su libro en la mano y nosotros con los codos sobre el pupitre y las orejas atentas:

--Cuando Dios quiso crear el hombre, dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y tenga dominio sobre la Tierra". Formó pues el Señor el cuerpo del hombre con barro, le infundió el alma y le dio vida.

Y llegaba la Gramática:

Presente imperativo del verbo amar: ama, ame, amemos, amen.

Entonces era cuando me aburría. Pero al día siguiente, mi plato favorito, la Historia: "Pese a la superioridad de la flota turca, los hombres de don Juan de Austria, animados por el ejemplo de su generalísimo, combatieron con gran heroísmo, alcanzando por fin la victoria. Murieron veinticinco mil turcos y cinco mil cayeron prisioneros. Cerca de ocho mil hombres de la flota de don Juan hallaron la muerte".

Cuando por la tarde regresaba a mi casa, le contaba a mi abuela lo de la flota turca; pero a mi abuela le importaban tres puñetas los turcos y don Juan de Austria.

A mi abuela lo que le gustaba era que le leyera en voz alta la página de sucesos de La Libertad, que era el periódico que cada mañana nos echaban por debajo de la puerta. Y mientras ella planchaba, yo se los leía:

Dolores Sarrieta, vecina de Pueblo Nuevo de la Concepción, fue mordida por un perro el día 26 del pasado mes de noviembre. El perro fue muerto a tiros por un hermano político de Dolores, llamado Mariano Mayoral, éste le cortó la cabeza al perro y la llevó al Instituto Nacional de Higiene establecido en La Moncloa. Como el día que ocurrió el hecho era domingo, la cabeza del perro quedó depositada en la cámara frigorífica del Instituto, a disposición de los doctores que habrían de proceder al análisis de la masa encefálica. A la víctima se le dijo que volviera el martes siguiente, para darle el resultado de las investigaciones llevadas a cabo por los médicos; así lo hicieron la víctima y su acompañante, el matador del perro. Un señor, cuyo nombre ignoran, les mostró un libro en el que se hacía constar que del análisis practicado se había sacado en consecuencia que el perro no estaba hidrófobo. Y aunque la mordida pidió que le aplicasen las inyecciones, se negaron a hacerlo,

alegando que podía resultar contraproducente. Así quedaron las cosas, hasta que a los treinta y cinco días de ocurrir el hecho se le presentaron a Dolores Sarrieta los primeros síntomas de la hidrofobia que ha acabado con su vida a las cuarenta y ocho horas. La muerte de esta infeliz ha sido horrible. En el hospital intentaba morder a todo el que se ponía a su alcance y entre varias enfermeras y enfermeros lograron, al fin, atarla con cuerdas y sujetarla.

En tan horribles circunstancias ha dejado su vida la infeliz mujer. ¿Y qué dicen a esto los encargados de hacer los análisis en el laboratorio del Instituto Nacional de Higiene Alfonso XIII?

Cuando terminaba de leerle la noticia, mi abuela decía:

--¡Pobre mujer! ¡Qué muerte horrible!

Y me contaba algo parecido que había pasado en un pueblo de Jaén cuando ella era joven.

Además de La Libertad, cada semana mi tío Manolo nos compraba el Mundo Gráfico, que era más interesante y más ameno que La Libertad porque traía fotos del fútbol, donde se veía a Zamora haciendo una parada a Samitier, y fotos de las carreras de bicicletas, con Cañardo, Berrendero, Luciano Montero, Carretero y otros ciclistas de fama. También venían muchas fotos de artistas y de las Infantas. En una foto, estaban las Infantas en Santander y debajo de la foto decía: "Sus altezas reales las infantas doña Beatriz y doña Cristina, durante un paseo por las calles de Santander, dando limosna a un ciego, acto de generosa espontaneidad que conmovió al público que las seguía". En el Mundo Gráfico también venía una foto de Sus Majestades los Reyes haciendo consumo en un puesto de refrescos instalado, con motivo de la fiesta de la flor, por los señores marqueses de Urquijo en el paseo de la Castellana, y noticias de robos, de crímenes y de accidentes en Madrid y en las provincias, pero

a mí lo que más me gustaba eran los anuncios. Había uno que decía que curaba la impotencia, se llamaba Orkidina Universus. Yo no tenía la menor idea de qué quería decir la impotencia y, como siempre, cuando no sabía qué quería decir algo se lo preguntaba a mi abuela.

--¿Qué es la impotencia?

Y no me contestaba.

Los anuncios que más me gustaban eran los que llamaban telegráficos. Había algunos llenos de misterio como uno que decía: "Buena. Apenada situación. Plazo interminable. Necesito otra solución, próxima jornada. Tranquila, sin sueños. Engorda. Te idolatra, E."

Por más vueltas que le daba a la cabeza no entendía nada. La sección de anuncios telegráficos estaba llena de cosas extrañas que yo intentaba descifrar: "Para hacerse amar locamente, dominar a los hombres, conquistar a las mujeres, basta mandar sello de 0,25 a Buenavista 11 en Barcelona y en una semana recibiréis La Llave del Amor". ¿Qué sería La Llave del Amor?

Lo que no me gustaba nada era cuando en verano mi abuela me llevaba a la Corredera a comprarme ropa.

Con un sol de castigo subíamos por la empinada acera de la Corredera mirando los escaparates. Bajábamos de nuevo hasta donde habíamos iniciado la subida y otra vez a subir la cuesta, cuando habíamos recorrido la mitad entrábamos en una de las tiendas. Mi abuela le decía al comerciante:

--¿Qué precio tienen esos pantalones que hay en el escaparate?

--¿Los marrones?

--Sí, los marrones.

--Catorce pesetas.

--Si me los deja en once me los llevo.

--Lo siento, señora, pero no puedo.

Entonces me decía a mí:

--Vamos, nene.

Y otra vez a subir la cuesta con el sol abrasador. Y cuando ya habíamos caminado unos treinta metros, se asomaba el hombre de la tienda:

--Señora, señora, venga.

Y mi abuela:

--Vamos, nene.

Y otra vez a bajar la cuesta.

--Se los puedo dejar en trece.

Y mi abuela:

--Once.

Y el hombre:

--Lo siento, señora, no puedo.

--Vamos, nene.

Y vuelta a subir la cuesta con el sol de castigo. Y otra vez el hombre asomado a la puerta:

--Señora, señora.

--Vamos, nene, que nos los deja en once.

Y llegábamos a la tienda. Y el hombre:

--Ni para usted ni para mí, en doce.

Y mi abuela:

--Once.

--Está bien, señora, once.

Y mi abuela entonces se sentía satisfecha. Nos llevábamos los pantalones.

--¿No te lo decía yo? Sabía que me los dejaba en once pesetas. Pero éstos para los domingos.

Y sólo los domingos me ponía aquellos pantalones, que habíamos conseguido como una medalla a la insistencia. Para los días de diario tenía otros, con remiendos en cada nalga por bajar las cuestas de los solares sentado en una lata o en un cartón, aunque los parches del culo los tapaba el guardapolvos, que era la prenda habitual de los chicos de entonces. Cuando jugábamos a algo que había que correr nos anudábamos el guardapolvos a la cintura, y entonces se veían los parches del culo, pero ni a mí ni a ninguno de los chicos del barrio nos importaba.

Con los zapatos no teníamos problema, durante la semana alpargatas marca El Indio y los días de paseo o para ir de visita las botas, unas botas que me compraron grandes, por aquello de que los chicos crecen cada día. Las botas, no recuerdo a qué edad me las compraron, pero metiendo algodones en la punta, que iban sacando a medida que me crecía el pie, me duraron hasta que hice la Primera Comunión. Las botas se compraban en Calzados Segarra que decían que eran las que duraban más. No sé de qué estarían hechas, pero a la media hora de caminar con ellas puestas los pies pedían a gritos una amputación. Algún tiempo después me compraron unas de crêpe, que las llamaban, de suela de tocino.

Los niños ricos del barrio, que eran muy pocos, Raniero, Gustavo y alguno más, usaban pantalón bombacho y medias altas.

Otra cosa que no me gustaba nada era ir al dentista. En mi casa solo mi tío Antonio tenía cepillo de dientes, los demás nos limpiábamos con el dedo, lo mojábamos en el grifo y luego lo metíamos en la sal o en la ceniza del fogón de carbón de encina, que estaba junto al que se usaba para el cocido, y nos refregábamos los dientes. Yo usaba la dentadura para abrir botellas, para doblar alambres y para docenas de cosas que hacían que se me rompiera alguna muela. Como aún eran las muelas que llamaban de leche, la mejor solución era la extracción. íbamos hasta la Puerta del Sol, allí estaba nuestro dentista, nos sentábamos en la sala de espera llena de gente, algunos con un

pañuelo anudado en la cabeza, como para que no se les cayera al suelo el flemón. Pedíamos la vez. Se abría la puerta donde tenía el sillón el dentista y salía un hombre o un chico con la cara desencajada, seguramente del sufrimiento. Se asomaba la enfermera y decía:

--A ver, el siguiente.

Se miraban todos con el terror de ser "el siguiente". Finalmente, como una cortesía, los de la sala de espera señalaban al "siguiente". Cuando entraba y se cerraba la puerta, los de la sala de espera creo que sentían un gran alivio sabiendo que aún no eran "el siguiente". Había un silencio total, como intentando detectar algún gemido o algún grito desgarrador del que acababa de entrar con la enfermera.

La gente en la sala de espera se miraba sin decir nada, pero en el rostro de todos estaba reflejado el terror.

No lo sé, supongo que era el miedo, pero cuando había pasado un rato yo le decía a mi abuela:

--Ya no me duele nada.

Y la convencía para irnos a casa.

Si por la noche me volvía el dolor, en mi casa se usaba un remedio para combatirlo. Me llenaban la boca de vinagre y me decían que lo tuviera un rato y luego lo escupiera. En efecto el dolor disminuía; pero cuando me llegó la edad de analizar el remedio casero del vinagre, descubrí que era tan solo un juego mental, lo que realmente ocurría era que al tener la boca llena de vinagre el dolor aumentaba de tal manera que al escupirlo daba la sensación de que el dolor había disminuido, pero sin lugar a dudas era el mismo que se tenía antes.

En aquella época, cuando se escuchaba el ruido del motor de un avión, la gente se asomaba a las ventanas gritando:

--¡Un aeroplano, un aeroplano!

Y se quedaban boquiabiertos viendo pasar el aeroplano.

El día que pasó el zeppelín, la calle estaba repleta de gente que miraba hacia arriba, viendo con asombro aquella cosa tan grande flotando por los aires. Fue algo parecido a lo que años más tarde nos mostró Fellini en Amarcord con el trasatlántico gigantesco. Aquello, como en la película de Fellini, nos dejó hipnotizados. Al día siguiente no se hablaba de otra cosa.

Una semana después en el Mundo Gráfico venía una foto del zeppelín volando sobre Madrid. Por eso digo que los periódicos eran mejor que lo que nos explicaban los frailes en el colegio, porque nunca en el Mundo Gráfico venía una foto de San Sebastián atado a un árbol, con la noticia de que le habían matado a flechazos. Las únicas fotos de San Sebastián que venían en el Mundo Gráfico eran las de los veraneantes bañándose en la playa de La Concha.

Por eso a mí me gustaba más leer los periódicos que los libros. Los libros que leía en el colegio eran muy aburridos, con el presente indicativo y el pretérito pluscuamperfecto. En el periódico explicaban todo muy claro, mientras que para entender lo de los libros los frailes nos tenían que poner ejemplos en la pizarra. Yo me hubiera sacado un sobresaliente si en lugar de preguntarme la conjugación del verbo cantar en todos los tiempos del modo indicativo me hubieran preguntado sobre la mujer a la que mordió un perro rabioso, al que después le cortaron la cabeza.

Otra noticia que le leí a mi abuela, mientras me hacía un jersey de lana de ochos, que estaban de moda, fue la del sangriento crimen de Atocha.

Ocurrió en mayo de 1929, cuando yo acababa de cumplir los diez años. En la estación de Atocha, en un baúl, que estaba depositado en consigna desde el mes de

diciembre de 1928, se encontró el cadáver de un hombre al que le faltaba la cabeza. El baúl había sido remitido desde Barcelona.

El cadáver era el de un tal Pablo Casado, que se hallaba en la Ciudad Condal en viaje de negocios. Las sospechas sobre el autor del crimen recayeron en Ricardo Fernández, el criado del asesinado. Ricardo Fernández alegó en su defensa que estaba harto del trato despótico. Lo de despótico no lo entendí muy bien, mi abuela me explicó que el muerto trataba con despotismo al criado. Tampoco entendí qué era el despotismo, pero seguí leyendo la noticia. El criado había matado a su señor golpeándole con una plancha, después serró el cadáver, lo metió en un baúl y lo facturó para Madrid. Lo que no apareció nunca fue la cabeza, decía el periódico que a lo mejor el asesino la había tirado al mar en el puerto.

Las noticias le gustaban mucho a mi abuela. A mí me gustaban más los anuncios. El anuncio que más se repetía era el de una pomada para curar las hemorroides. Decía: "Hemorroides irritantes. No hay palabras adecuadas para expresar el exquisito alivio que se consigue y el bienestar que se obtiene con la crema Azeline. Ensáyelo hoy". Y había otra pomada, también para curar las hemorroides, que se llamaba Pomada de Nuestra Señora de Lourdes, con la que, según decía el anuncio, en tres días se curaban.

Con las hemorroides me pasaba como con la impotencia. Yo no sabía qué eran las hemorroides y se lo preguntaba a mi abuela.

--¿Qué son las hemorroides?

--Pues una enfermedad.

--¿Qué enfermedad?

--Pues una.

Pero nunca me explicaba qué eran las hemorroides ni la blenorragia ni las enfermedades venéreas, que también venían en los anuncios.

Un día, mi tío Ramón me dijo que las hemorroides eran almorranas. Seguí sin enterarme, pero la palabra almorranas me pareció una palabra graciosa y me pasaba el día entero repitiendo en voz alta: "almorranas, almorranas", hasta que mi abuela decía:

--¿Te quieres callar, tonto, que pareces tonto?

Una noticia que me causó una gran impresión fue la de los doscientos pobres envenenados en Chamartín. También se la leí a mi abuela:

Un descuido en las cocinas de los padres jesuitas en Chamartín de la Rosa ha sido la causa de que se intoxicasen más de doscientos pobres, de los cuatrocientos que diariamente son socorridos con la clásica sopa por aquella comunidad. A las seis de la tarde comenzaron a llegar los primeros intoxicados a la casa de socorro de Tetuán de las Victorias, donde se hallaban de guardia los doctores Infante, Fernández Alfañaque y Biesa, con el practicante don David Sánchez, todos los cuales se desvivieron y se multiplicaron para auxiliar a los pacientes que, en numerosos grupos, llegaban demandando su asistencia facultativa. Gracias a su actividad y a su ciencia, al auxilio prestado por la Cruz Roja y por la profesora de cirugía doña Dolores Burnes, y a los trabajos del alcalde, el suceso no revistió caracteres de catástrofe. En la foto podemos ver al religioso encargado del reparto de sopa a los pobres, distribuyendo limosnas de veinte céntimos a los que concurren después del suceso.

Y en la foto se veía a un cura de espaldas y un pobre con la mano extendida recogiendo los veinte céntimos.

En la misma página donde venía la noticia del envenenamiento de los pobres venía un anuncio que decía: "Fosfatina Falieres es el alimento más recomendado para

las personas de estómago delicado". Y pensaba yo que por qué los padres jesuitas, en lugar de darle a los pobres una sopa envenenada, no les habían dado la Fosfatina Falieres, porque los pobres, pensaba yo, tienen el estómago delicado de comer poco y mal.

A mí, esto de que hubiera pobres que hacían cola para que les dieran una sopa no me parecía normal, no me entraba en la cabeza que hubiera gente tan pobre que no tuviese dinero para comerse una sopa. Y dándole vueltas al asunto se me ocurrió un invento para acabar con los pobres en diez años. Se lo expliqué a mi abuela, era muy sencillo. Todos los domingos, cada uno de los veintiocho millones de españoles le dábamos dos pesetas al Gobierno y el Gobierno, el lunes las repartía entre veintiocho pobres. De esta manera, cada semana, veintiocho pobres disponían cada uno de dos millones de pesetas, que yo calculaba era el capital que tendría en aquel entonces el conde de Romanones.

Teniendo en cuenta que en diez años hay quinientos domingos, multiplicados por veintiocho, en diez años catorce mil quinientos sesenta pobres serían millonarios. No sé el número de pobres que hay en España en la actualidad, pero estoy convencido de que si mi abuela me hubiera hecho caso, habría ahora en España alrededor de cien mil pobres menos y cien mil millonarios más, pero mi abuela, siempre que yo le contaba algún invento raro, decía: "¡Este chico es tonto!"

Cómo llegar al cielo

Los frailes nos daban unos vales de distintos colores y distinto valor -azules, verdes, rojos, amarillos-, decían que juntando siete mil puntos ya nos habíamos ganado el cielo. Yo se los cambiaba a los chicos de mi clase por una barra de regaliz o por paloduz. Nunca llegué a tener puntos, ya no para subir al cielo, ni siquiera para subir a un entresuelo. Tampoco sé si los que me daban el regaliz y el paloduz a cambio de los vales llegaron a juntar siete mil puntos y están en el cielo.

A la salida del colegio, en el invierno, por la tarde, jugábamos a tirarnos bolas de nieve, y después venían los sabañones que picaban como diablos. Los dedos de las manos y de los pies se hinchaban, se ponían rojos y a veces se producían grietas que reventaban y escocían a rabiar. El remedio, recomendado por no se sabe quién, era mearse en los dedos. Este método curativo también se usaba en mi casa cuando nos hacíamos un corte con algún formón o con cualquier otra herramienta. Decían que así se curaban los sabañones. Algunos de mis amigos los tenían en las orejas y nos moríamos de risa cada vez que le decíamos: "Agáchate, que te meamos las orejas".

En aquellos inviernos fríos, en la buhardilla nos pasábamos la vida en la cocina, en la mesa camilla con su larga falda, como si fuese una señora antigua con su miriñaque, y las ranuras para meter las piernas. Cuando llegaba la hora de comer mi abuela ponía un hule, que era el mapa de España de tamaño gigante con todas sus provincias. En el sitio donde yo comía estaba Málaga y a mí me parecía que comiendo en la parte de Málaga estaba más calentito que mi tío Ramón, que comía en la parte de los Pirineos, justo donde empezaba Francia. Debajo de la mesa estaba el brasero. Mi abuelo, de vez en cuando, me decía:

--Nene, échale una firma.

Y yo me agachaba, metía la cabeza debajo de la mesa y con la badila movía el cisco del brasero y luego lo apretaba para que conservara el calor. A veces nos visitaba una prima, que se llamaba Sagrario. La tal Sagrario ayudaba a mi abuela a lavar la ropa. Tenía dos enormes tetas que con el movimiento de lavar la ropa le bailaban, y a mí me

excitaba. Cuando la Sagrario terminaba de lavar se sentaba con nosotros a la mesa y yo, cada vez que mi abuelo me decía eso de "Nene, échale una firma", aprovechaba para verle a mi prima Sagrario los muslos y el vello que le asomaba por la entrepierna de las bragas.

Creo que mi prima Sagrario fue la que despertó en mí los primeros deseos sexuales.

Tal vez por haber nacido y haberme criado en aquella buhardilla, donde cada invierno la nieve se acumulaba encima de nosotros, yo no he tenido frío nunca. No usé un abrigo hasta que cumplí los treinta años. Durante mi infancia, como mucho, un jersey de lana hecho a mano por mi abuela y, eso sí, una bufanda también de lana; pero si en pleno invierno tenía que salir a la calle, a buscar la leche o a cualquier otro mandado, usaba la misma prenda que tenía puesta en mi casa, una camiseta de mi abuelo, que me llegaba por debajo de las rodillas, y en los pies unas alpargatas. La portera cuando me veía salir decía: "Ahí va Adán el Pillo, desnudo y con las manos en los bolsillos".

El frío es algo que nunca ha existido para mí. Ni siquiera durante la guerra, en Somosierra, ni en el frente de Teruel, he sentido el frío. Es posible, insisto, que esto sea debido a que encima de mi cama, cada invierno, había dos palmos de nieve y el techo era de un grosor que no llegaba a los quince centímetros, esto lo comprobé el día que se prendió fuego la chimenea de nuestra cocina y los bomberos derribaron el techo.

Estábamos los chicos del barrio jugando en un solar, esquina a García de Paredes, cuando escuchamos la campana de los bomberos. Abandonamos el solar y corrimos detrás del coche de los bomberos. Se detuvo en el portal de Zurbano 68. Ahí los chicos hicimos cálculos pensando dónde sería el fuego, hasta que alguien me dijo: "Es en tu casa". Subí los escalones de dos en dos y cuando llegué a mi casa, me encontré con los bomberos derribando a golpes de pico y hacha el techo de la cocina y echando cubos de agua en las maderas que mi abuelo tenía preparadas para su trabajo. En el montante o tragaluz del comedor habían puesto una escalera de mano y arriba del todo estaba subida la Julia, una vecina solterona de muy buen ver que vivía sola. Me pedía cubos de agua que yo le llevaba con entusiasmo, porque la Julia no llevaba bragas y desde abajo de las escaleras yo le veía el conejo.

Lo que no podía entender es que en mi casa hubiera un fuego, si en el portal de la casa de ladrillos había un letrero que decía: "Esta casa está asegurada contra incendios". Siempre, hasta ese día, creí que ese cartel quería decir que no podía haber ningún incendio porque la casa estaba asegurada contra este tipo de catástrofe.

Para incendio tremendo, el del teatro Novedades. Desde nuestro barrio se veían las llamas. Los chicos, con nuestro espíritu de nómadas, sin ningún temor a las distancias, nos acercamos hasta donde la policía nos permitió y fuimos testigos de aquel trágico siniestro. Decían que la culpa de que quedaran atrapadas tantas personas había sido de un cojo al que, cuando la gente bajaba las escaleras atropelladamente, se le enganchó la muleta entre los barrotes de la barandilla y los que bajaban tropezaban con la muleta del cojo y caían por las escaleras, y que por eso no pudieron llegar hasta la puerta.

La verdad es que nunca se supo el motivo de aquella catástrofe.

Antonio Gila

Mi abuelo se llamaba Antonio y era carpintero o ebanista, nunca he sabido muy bien cuál es la diferencia entre una cosa y otra; creo, según escuché alguna vez, que el

ebanista es más fino que el carpintero, que el trabajo de los ebanistas es más delicado que el de los carpinteros, aunque en mi abuelo era difícil establecer la diferencia, ya que lo mismo hacía puertas y ventanas para alguna obra, que tallaba con su juego de gubias un mueble biblioteca, tapizaba un sillón o barnizaba a muñequilla y, como un arte muy particular, hacía cajas para peines, cortando maderas muy finas en largas tiras que luego barnizaba con distintos colores, las embutía cubriendo toda la caja con dibujos, que recordaban el arte de los árabes, y en el interior de la tapa de la caja ponía un espejo. Recuerdo que mi abuela tenía una de esas cajas de peines, que era admirada por todas las mujeres de la vecindad. Mi abuelo era un artesano de su profesión. Trabajaba por cuenta propia. Tenía su taller

instalado en la cocina, junto al puchero del cocido estaba el bote de la cola.

Mi abuelo era excesivamente serio, son contadas las veces que le vi reír, pero tenía un gran sentido del humor. Cuando en nuestra casa no iba bien el trabajo y nos lamentábamos de la falta de dinero, él, en lugar de ponerse de mal humor, si entraba por la puerta después de no haber cobrado algún pago pendiente, cantaba:

No tenemos dinero,
no tenemos dinero,
pondremos el culo
por candelero,
pondremos el culo
por candelero.

Y nos íbamos agregando a la canción hasta formar un coro.

No tenemos dinero,
no tenemos dinero,
pondremos el culo
por candelero.

Nos reíamos y se nos olvidaba el problema del dinero.

A mi abuelo le importaban tres puñetas las leyes laborales y me hacía trabajar con él después de que yo saliera del colegio. íbamos a las casas a hacer lo que él llamaba chapuzas y yo le acompañaba con una pequeña maleta de madera donde llevaba sus herramientas.

Una de las cosas que más recuerdo de mi abuelo es que antes de colocar un tornillo en algún mueble, se metía el tornillo dentro del oído y le daba un par de vueltas, decía que con la cera del oído el tornillo entraba con más facilidad; pero yo pensaba que cualquier día se iba a trepanar el oído. Y cuando tapizaba un sillón se llenaba la boca de tachuelas, que iba sacando a medida que las clavaba; yo pensaba siempre en un estornudo o en un golpe de tos, pero nunca se tragó ni una sola tachuela. Mi abuelo tenía sus clientes fijos, don Antonio, un abogado que vivía en el paseo de Recoletos; don Alfredo, que vivía en la calle de Barceló y otros que vivían en otros sitios, en otras calles. Los sillones que rompían las visitas de don Alfredo entraban en mi casa con los muelles asomando. Mi abuelo les metía los muelles dentro y los cosía; algo así como hacían entonces con los caballos de los picadores en las plazas de toros, cuando el caballo era corneado. Luego tapizaba el sillón

con telas de colores sobrios y lo remataba con una greca dorada, llena de pelotitas colgando. Las visitas de don Alfredo volvían a sentarse hasta que los muelles del sillón volvían a salirse.

Cuando mi abuelo me colocaba el sillón terminado encima de la cabeza para que se lo llevara a don Alfredo, me advertía que no me sentara en él durante el trayecto. El trayecto era desde Zurbano y Abascal hasta Barceló, esquina a Fuencarral.

A los veinte minutos de andar con el sillón encima de la cabeza se me empezaba a poner cara de chino y tenía la sensación de que, como hacen las tortugas, la cabeza se me estaba metiendo dentro del cuerpo. Pedía ayuda a alguien que pasara por la calle, dejaba el sillón en el suelo y me sentaba en el bordillo de la acera y después de un rato, cuando el cuello volvía a su longitud normal, con la ayuda de algún transeúnte me ponía de nuevo el sillón sobre la cabeza y llegaba hasta la casa de don Alfredo, donde su señora o la criada me daban veinte céntimos de propina, al tiempo que me colocaban en la cabeza otro sillón con los muelles asomando y faltándole algunas pelotitas que había arrancado el gato.

Mi abuelo me mandaba al almacén de maderas de Adrián Piera, a por tablas y a llevar sillas con un carrito de mano, y a la calle Vargas, donde tenían máquinas de serrar, de labrar, de sacar a grueso, de cepillar y una Tupí, que era la que hacía los dibujos en los cantos de las maderas. El que manejaba la Tupí se llamaba Pedro, pero todos le conocíamos por Pedrín. Le faltaban varios dedos de las manos, se los habían segado las cuchillas de la Tupí. Mi abuelo me mandaba también a por clavos y a por cola. Me hacía bastante la puñeta, pero yo le quería porque él quería mucho a mi abuela, a quien yo quería con locura.

Los cantacrímenes

De todo lo que mi abuelo me mandaba hacer, lo que más me gustaba era ir a la Farmacia Obrera, que estaba en la glorieta de Iglesias, a buscar los medicamentos que le recetaba don Baltasar, nuestro médico de cabecera, ya que según lo complicada que fuese la receta, don Julián, el boticario, me mandaba volver a recogerla en una hora o en media hora; el tiempo que tardaba el boticario en preparar la medicina me servía a mí para escuchar a los ciegos que, en la puerta de la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, cantaban los últimos crímenes. El crimen de las encajeras, el vampiro de Vallecas y las niñas desaparecidas. No eran ciegos los dos, sólo el que tocaba el violín y cantaba, el otro sostenía en una mano un palo largo que, apoyado en el suelo, servía de sostén a una especie de pancarta con varios cuadritos en colores, y en cada uno de los cuadritos había pintada una escena del suceso. Señalaba alguno de los cuadros y decía: "Aquí vemos al vampiro llevándose a su víctima

hacia una cueva desconocida, y aquí, en este otro, podemos ver cómo el vampiro le rompe el vestido a la víctima". En la otra mano sostenía los papeles con las letras de las canciones y cuando el ciego terminaba de cantar, el otro, el que no era ciego, voceaba:

--Conforme se van cantando, van escritas en el papel. Cinco la primera parte, diez la colección completa. ¡El vampiro de Vallecas, que las cogía del pelo y las arrastraba a una cueva, con intenciones siniestras!

Frente a estos dos cantadores de crímenes siempre había un grupo de gente con el corazón encogido y los ojos muy abiertos, particularmente mujeres. Recuerdo una de las canciones, se trataba de una niña que había sido secuestrada por un desconocido, que la llevó a un campo y la violó.

De aquel suceso, de aquella violación, como de todo lo que ocurriera y que despertara el interés de la gente, los cuentacrímenes sacaban tajada. Y de este suceso

mucho más, porque al tratarse del secuestro y la violación de una niña, le llegaba más a la buena gente que escuchaba a los dos hombres.

El ciego del violín que tenía voz de barítono desafinado, era el que la cantaba.

La engaña con caramelos
porque con ella gozar quería.
El hombre quiso abrazarla,
pero la niña se defendía.
Ven mamita, ven,
que este hombre me hace mucho daño.
Ven mamita, ven,
ven corriendo, te estoy esperando.
Y aquel sádico malvado
violó a la pobre Rosa María,
después la dejó amarrada,
mientras el cielo se oscurecía.
Ven mamita, ven,
que este hombre me ha hecho mucho daño.
Ven mamita, ven,
ven corriendo, te estoy esperando.

Y al terminar la canción, el compañero, el que no era ciego, el de la voz ronca, entraba a vocear:

--Conforme se van cantando van escritas en el papel. Cinco la primera parte, diez la colección completa.

Después de escuchar a los de los crímenes, volvía a la farmacia a buscar la medicina, que casi siempre era la misma, porque lo que mi abuelo tenía es que tosía mucho, ya se lo había dicho don Baltasar: "O deja de fumar o se muere". Y eso es lo que le pasó a los ochenta y siete años de haber nacido, que por no dejar de fumar se murió de tanto toser.

Otras veces, mientras el boticario me preparaba la receta, me acercaba a escuchar a aquella mujer que, en Eloy Gonzalo esquina a Trafalgar, estaba sentada en una silla, con los ojos vendados, y que adivinaba todo. El hombre que estaba con ella se acercaba a alguien de los que formaban corro a su alrededor, le pedía cualquier prenda, como un pañuelo, y le preguntaba a la adivina de los ojos vendados.

--¿Qué tengo en la mano?

Y la de los ojos vendados decía:

--Un pañuelo.

--¿De señora o de caballero?

--De señora.

--Concéntrate bien y dime. ¿De qué color es el pañuelo?

--Verde.

Y acertaba. Luego hacía lo mismo con una pluma o con una cartera, un bolso o un paraguas.

Después vendían una pomada curativa que decían lo curaba todo, no importaba si eran diviesos, verrugas o sabañones.

En el barrio, los chicos jugábamos a imitar a la adivina, a uno le vendábamos los ojos y le preguntábamos:

--¿Qué tengo en la mano?

--Una pluma.

--¿De qué estilo?

--Estilográfica.

O si era un pañuelo decíamos:

--Escucha, compañuelo, ¿qué tengo en la mano?

--Un pañuelo.

--¿A ver-de qué color es?

--Verde.

Y nos matábamos de risa.

Cuando yo tenía tos nunca llamaban a don Baltasar o sí le llamaban, pero no había que ir a la Farmacia Obrera, me pintaban en el pecho una especie de reja con tintura de yodo o me ponían un parche, que se llamaba Parche de la Virgen y que luego no lo despegaba ni Dios.

Algunas veces tampoco llamábamos a don Baltasar cuando mi abuelo tosía. Mi abuela le ponía ventosas en la espalda. Con miga de pan hacía una especie de pequeñas palmatorias, colocaba una cerilla en cada una, las ponía sobre la espalda de mi abuelo, encendía las cerillas y la espalda de mi abuelo parecía un paso de Semana Santa con las velas encendidas, sobre cada una de las cerillas colocaba un vaso boca abajo, las cerillas se apagaban y en la espalda de mi abuelo se iba haciendo un bulto en el interior de cada vaso, las dejaba un rato y luego retiraba los vasos. Aquello olía que apestaba y en la espalda de mi abuelo quedaban marcados unos círculos de un color violáceo, abultados como si le hubieran salido chichones en la carne.

Tenía también otro remedio casero para aliviar la tos. Mi abuela le ponía sobre la mesa una olla con agua hirviendo y en la olla un puñado de sal y hojas de eucalipto, mi abuelo colocaba la cara cerca de la olla y se ponía una toalla sobre la cabeza, así pasaba un buen rato y sudaba mucho, pero decía mi abuela que eso le ablandaba la tos.

Pero seguía tosiendo mucho, porque siempre trabajaba con un cigarro en la boca. A veces se le apagaba y se convertía en una colilla amarillenta, que después guardaba en una de las muchas jaulas vacías que había en la pared de la cocina. Cuando ya estaban secas de saliva, las deshacía y con ellas liaba otro cigarro.

Teníamos familia en Jaén y en úbeda. No recuerdo si por parte de mi abuelo o de mi abuela; una hermana de alguno de los dos estaba casada con un señor muy rico, que se llamaba Lorenzo y que tenía en úbeda una fábrica de aceites y jabones. Llamaron a mi abuelo para que les hiciera la carpintería de una casa que se estaban construyendo, para vivir lejos del olor a aceite. Le encargaron las puertas, las ventanas y también los muebles. Mis abuelos, aprovechando que era verano y no tenía colegio, me llevaron con ellos para estar allí durante el tiempo que durase la obra. Era la primera vez que yo hacía un viaje en tren. Lo hice de pie, asomado a la ventanilla viendo los pueblos, los ríos y los rebaños de ovejas. Sólo me senté para comerme el bocadillo de tortilla que me había hecho mi abuela. La gente que iba en el tren era muy simpática y cuando iban a comer decían:

--¿Si gustan?

Y mi abuela decía:

--Muchas gracias, que aproveche.

Y la gente cortaba el pan y el chorizo o el queso con una navaja.

Y yo, asomado a la ventanilla:

--Madre, un río; madre, ovejas; madre, un pueblo...

Y llegamos a Jaén, donde nos esperaban mis primos, que nos llevaron en un coche hasta úbeda.

Nos alojaron en la casa de mi bisabuela Eloísa, yo dormía con ella. Mi bisabuela se tiraba pedos en la cama, sin ruido, pero con olor. Yo me tapaba la nariz con los dedos y ahuecaba la sábana para que se fuera el olor.

Detrás de la casa tenían una huerta con pimientos, tomates, rábanos y lechugas, también había dos higueras. Tenían camiones para transportar los pellejos de aceite, hechos de piel de vaca. Mis primos, los dos más jóvenes, Luis y Vicente, eran los que manejaban los camiones.

A veces, cuando tenían que hacer un reparto, me llevaban con ellos en el camión, a Jaén, a Baeza y a otros pueblos de la provincia.

Había una especie de pilón grande de ladrillo y allí, a un costado del pilón, amontonaban los rábanos, yo me encargaba de lavarlos y quitarles la tierra.

En aquella casa tampoco había retrete privado, el único retrete estaba en la parte de atrás del corral. Tenía unas paredes de ladrillo y un techo de chapa. Sobre dos piedras, que servían de sostén, había una tabla con un agujero y ahí había que cagar. Y mientras se hacía de vientre, que es como le llamaban a cagar para ser más finos, las gallinas picoteaban en la caca. Para mear no era necesario el retrete, bastaba con salir al campo y hacerlo en un árbol o en una chumbera.

De vez en cuando me subía a las higueras y comía los higos, que estaban maduros y dulces, pero calientes. Mi bisabuela me decía que era malo comer los higos calientes, que me podían dar descomposición, y yo pensaba si los pedos que se tiraba en la cama serían por comer higos calientes, pero a mí nunca me pasó nada por comer los higos calientes, ni descomposición ni pedos, tampoco me pasó nada por comer los higos chumbos que se criaban en el campo, a las afueras de úbeda. Sólo me pasaron dos cosas que nada tuvieron que ver con los higos.

Aparte de los rábanos, las lechugas, los tomates y los pimientos, también criaban un cerdo todos los años para la matanza.

A mí, el cerdo no me caía ni simpático ni antipático, era un bicho sucio que hozaba en el barro, y recuerdo que le dije a mi abuela:

--Qué acertado estuvo el que le puso a este animal el nombre de cerdo, porque mira que es guarro.

Pero, por una de esas malas pasadas que nos juega el destino, llegó el día de la matanza.

Yo había visto en mi casa, por las Navidades, cómo mi abuelo le cortaba el pescuezo a una gallina o a un pavo, o cogía de las patas a un conejo y le daba con el canto de la mano un golpe seco en la nuca que acababa con su vida, aunque aquello me resultaba cruel, no tenía nada que ver con la crueldad de la matanza del cerdo.

Entre todos los hombres de la casa sujetaron al cerdo y lo pusieron sobre una mesa, lo único que quedaba fuera era la cabeza, le ataron el hocico, colocaron debajo de la cabeza del cerdo un barreño de barro. El cerdo, a pesar de tener atado el hocico, chillaba como si supiera ya lo que iban a hacer con él. Yo no tenía idea de qué forma lo matarían. Los gruñidos o los gritos o los llantos de aquel animal, intentando soltarse de sus verdugos, me daban escalofríos.

Uno de los hombres, con un cuchillo afilado, de un solo y certero tajo en la garganta del cerdo, hizo que brotara un chorro de sangre que salpicó la ropa de todos, el cerdo seguía gritando o chillando o llorando, no lo sé, al tiempo que seguía intentando soltarse de sus verdugos.

La sangre comenzó a llenar el barreño y alguien, uno de los hombres, me dijo:

--Mientras se va desangrando dale vueltas al rabo para que la sangre salga más deprisa.

Obedecí y comencé a darle vueltas al rabo del cerdo, como si fuese la manivela de un organillo. Mi colaboración en la matanza no duró mucho, sentí que todo daba vueltas a mi alrededor, se me aflojaron las piernas y caí al suelo desvanecido.

Cuando recobré el conocimiento, un corro de hombres a mi alrededor se reía a carcajadas.

Cuando llegó la hora de la cena, en los platos había una especie de filetes con agujeros, algo parecido al queso de gruyére, pero de color negro, era la sangre frita del cerdo que habían degollado por la tarde. Me acosté sin cenar y me alegré: cuando se acostase mi bisabuela yo estaría dormido y aunque se tirase pedos, no los sentiría.

Durante muchas noches antes de quedarme dormido tuve conmigo la imagen de aquel degüello.

Estos actos, esta crueldad de los hombres se transmite a los chicos, que de alguna manera practican como un juego la tortura de animales, desde matar gorriones, arrancar las alas de las moscas, sacarle el aguijón a una avispa y meterle dentro una pluma de pájaro para que al volar fuese un insecto extraño, hasta darle pedradas a los perros vagabundos. Yo, lo digo con mucho orgullo, nunca hice mal a ningún animal, pero sí mataba gorriones con el tirador que siempre llevaba conmigo en el bolsillo trasero del pantalón, y puse cepos para cazar tordos.

Los chicos del barrio decíamos que emborrachando a una lagartija tocaba la guitarra.

Cazábamos una lagartija en cualquiera de los solares, la sujetábamos, con un palillo le abríamos la boca y le metíamos tabaco de alguna colilla. La lagartija quedaba panza arriba, le colocábamos entre las patas delanteras un palito y los chicos disfrutábamos viendo cómo la lagartija tocaba la guitarra moviendo las patitas.

La lagartija no tocaba la guitarra, el movimiento de sus pequeñas patas eran convulsiones, producidas por el veneno del tabaco que le habíamos metido por la boca. Cuando moría dejaba de tocar la guitarra.

Estas pequeñas o grandes crueldades son, sin lugar a duda, la herencia que los chicos reciben de los adultos.

Los días iban pasando, mi abuelo hacía su faena mientras yo limpiaba los rábanos o me subía a las higueras.

Mis primos me seguían llevando con ellos en el camión. Un día que yo jugaba en la calle con varios aros de los que se usan para sujetar las tablas de los barriles, mi primo Luis salía de viaje con su camión. Me dijo que no me llevaba porque iba muy lejos y no volvería hasta dentro de tres días. Puso en marcha el camión y yo, sin soltar los aros, me subí en el parachoques trasero, intenté agarrarme a la parte de arriba, me enredé con los aros y caí del camión en marcha. La gente le gritaba a mi primo:

--¡Que ha atropellado a un chico, que ha atropellado a un chico!

Pero mi primo, con el ruido del camión, no escuchó nada y siguió su marcha. Cuando me levantaron, aparte de algunas pequeñas heridas en los brazos y en las rodillas, tenía un fuerte dolor en el hombro. Llegué a la casa y dije que me había subido a una tapia a ver una matanza y que, igual que la otra vez, me había mareado y me había caído de la tapia. Ni se me pasó por la cabeza decir que había sido por subirme a la trasera del camión. Aquella noche no pude dormir del dolor. Al día siguiente me llevaron a un médico. Tenía, dijo, fractura de clavícula, me hizo un vendaje provisional hasta que regresáramos a Madrid y me hicieran una radiografía. Se me acabó el subirme a las higueras.

Mi abuela y yo hicimos el viaje a Madrid. Mi abuela preocupada y yo con un dolor cada vez mayor. En Madrid, después de hacerme una radiografía, me escayolaron

el brazo en una postura incómoda: la mano derecha sobre el hombro izquierdo, el codo a la altura de la barbilla y un raro armazón de alambre que no me dejaba bajar el brazo. Tenía problemas para dormir y para comer con el brazo en aquella incómoda postura.

Mis tíos

El mayor de los hermanos de mi padre se llamaba Mariano, cuando yo nací ya estaba casado con una gallega que había heredado de sus padres una gran fortuna. Gracias a esa herencia, mi tío había montado un gran taller de carpintería en Tetuán de las Victorias. Se dedicaba a la instalación de Cines, teatros y grandes almacenes.

Mi tío Mariano tenía un hijo de mi misma edad, que se llamaba Pedrito. Los dos tendríamos cinco años. Cuando algunas veces, muy pocas, venían a mi casa a visitar a mis abuelos, el tal Pedrito me veía sentado en algún lugar y decía:

--Yo quiero sentarme ahí, donde está mi primo.

Y mi abuela me decía:

--Deja que se siente ahí tu primo.

Yo me levantaba y me sentaba en otro sitio y él, de nuevo, decía:

--Ahora me quiero sentar ahí.

Y otra vez a levantarme para que se sentara él. A mí aquello no me preocupaba, porque yo sabía que él era así. En una ocasión mi madre, que había venido a verme, me había traído un tren de hojalata. Mi primo, que estaba de visita, me pidió que le prestara el tren. Le dije que no, que me lo había traído mi mamá y era mío. Los dos queríamos el tren y forcejeabamos por él, mi primo lloraba y yo no soltaba el tren. En medio de aquella pelea, mi tío Mariano se levantó, cogió a su hijo de la mano y se fueron a la calle. A la media hora volvieron. Mi tío Mariano le había comprado a su hijo un tren con vías que funcionaba dándole cuerda, un tren muy superior al que mi madre me había regalado.

Mi tío Mariano hacía años que insistía en que yo tendría que vivir con mi madre y que si mi madre no quería que viviera con ella, que me metieran en un asilo de huérfanos. Nunca supe el porqué de aquel odio de mi tío Mariano hacia mí. No lo sé, lo único que recuerdo es que cada vez que venía de visita se originaba algún lío con mi primo Pedrito.

No he sabido nunca si aquel niño tenía algún tipo de problema, porque murió antes de cumplir los diez años. Puede que ese fuera el motivo del odio de mi tío Mariano hacia mí, no lo sé. La cuestión es que un día les hizo un planteamiento a mis abuelos que los dejó sumidos en el mayor de los asombros: "El niño o yo". Se refería a él y a mí.

Mis abuelos no lo dudaron y mi tío Mariano no volvió nunca más por la buhardilla.

Mi tío Antonio, también hermano de mi padre, que seguía en edad a Mariano y con quien habían pretendido que se casara mi madre al quedarse viuda, era también ebanista. Había aprendido el oficio de mi abuelo y también trabajaba por su cuenta. Tampoco quería depender de ningún patrón. Era muy serio y, al contrario que Mariano, me quería mucho. Había estado en Marruecos y me contaba cosas de la guerra con los moros, del desembarco en Alhucemas y de un tal Abd el-Krim. Para mí, mi tío Antonio era un héroe, como los que venían en los libros de Historia. También se dedicaba a trabajos importantes, como instalaciones de tiendas, bares y almacenes. Siempre que volvía de su trabajo me traía algo, un paquete de galletas o un puñado de caramelos y a veces una lata de anchoas, que en mi casa no se conocían ni en foto. él sabía que me

gustaban. Aunque no era bebedor, algunos días antes de la comida entraba a tomar un vermut en la taberna del señor Urbelino y me daba el palillo de aperitivo que le ponían con el vermut y que tenía pinchada una aceituna y una anchoa. Aquella anchoa para mí era un manjar. Lamentablemente, con mi tío Antonio tuve muy poco trato, se casó cuando yo era muy niño. Lo mismo que mi abuelo, era serio, pero educado. De no haberse casado yo hubiera aprendido mucho de él.

La boda se celebró en un merendero de Cuatro Caminos que se llamaba Casa Angulo. Palmira, su mujer, era muy cariñosa conmigo. Y como había hecho su hermano Mariano, mi tío Antonio, que tenía algunos ahorros, compró un local y montó su propio taller de carpintería, también en Tetuán de las Victorias.

A medida que se casaban mis tíos, mi abuela iba teniendo menos trabajo y, aunque la vivienda no cambiaba de tamaño, se iba haciendo más amplia.

Mi tío Manolo, al contrario que todos sus hermanos, era mecánico, trabajaba en Boetticher y Navarro y era considerado uno de los mejores en su oficio. Ganaba doce pesetas diarias y cuando quería una subida de salario nunca recurría a ningún tipo de huelga, la exigía apoyándose en sus valores como profesional. Se iba directamente a ver al ingeniero jefe y le decía: "Quiero que me suban el sueldo a catorce pesetas". Si el ingeniero jefe decía que lo tenía que consultar con sus superiores, mi tío Manolo le daba un plazo de una semana para tener una respuesta y si a la semana no se la daban, le decía al ingeniero jefe: "Como veo que no hay respuesta a mi petición de aumento de sueldo, a partir del lunes me dan de baja". Y le concedían el aumento, porque en los talleres del Parque de Artillería estaban locos por conseguirlo como operario, no sólo con un sueldo mayor sino con la propuesta de nombrarle encargado.

Mi tío Manolo tenía veintiséis años y una bicicleta. En verano, todos los domingos, salíamos a las siete de la mañana, me llevaba hasta el puente de San Fernando, al río Jarama, sentado en un sillín de madera que él había colocado en el cuadro. Me gustaba el canto de las cigarras que había en los árboles de los costados de la carretera.

Cuando llegábamos al río, buscábamos un sitio donde el agua nos llegara hasta la cintura, nos bañábamos y comíamos unos bocadillos que nos había preparado mi abuela.

Al caer la tarde regresábamos a casa. Yo le contaba a mi abuela mis proezas de nadador y cómo me había tirado de cabeza desde el "tronco de la muerte". Con este nombre había bautizado yo a un viejo tronco que en perezosa agonía se asomaba a las escasas aguas del Jarama.

Mi abuela, que no conocía el lugar, imaginaba el tronco de la muerte como algo fantástico y peligroso. Mi tío, cuando yo me descuidaba, le explicaba a mi abuela en qué consistía ese tronco, y ella, más tranquila, ponía una atención a mis narraciones que me hacían sentirme una especie de Tarzán.

Mi tío Manolo me enseñó a cazar grillos, que metidos luego en una jaulita pequeña nos daban la tabarra durante los meses de verano. Había dos formas de que los grillos salieran del agujero, o urgando con una pajita o meando en él.

Cuando un domingo por la tarde volvíamos del río, al subir la cuesta de Canillejas, la respiración de mi tío se hizo fatigosa. Paró la bicicleta, nos bajamos y subimos a pie. Caminamos con la bicicleta de la mano, hasta llegar a la calle de Alcalá, que era cuesta abajo.

Aquel día se acabaron las excursiones. Yo pesaba mucho para llevarme en el sillín y en mi casa no había dinero para comprarme una bicicleta.

No sé si el tronco de la muerte seguirá en el mismo sitio o si murió y fue transportado al sepulcro en las sucias parihuelas de alguna crecida del río.

Sentí una gran tristeza al no poder seguir con aquellas excursiones, pero me alegré al saber que me estaba haciendo hombre, sin darme cuenta de que al hacerme hombre ya nunca más volvería a ser niño.

Mi tío Manolo, al igual que sus hermanos, se casó, con Gloria, una guapa mujer de Pamplona, con la que llevaba muchos años de novio, y se fueron a vivir a Cuatro Caminos a la calle de los Artistas. La buhardilla comenzó a resultar más espaciosa y ya solo vivíamos en ella mis abuelos, mi tío Ramón y yo.

Mi tío Ramón, el más pequeño de los hermanos, también era ebanista, aunque no trabajaba por su cuenta, sino como obrero en una empresa. Había trabajado también en una cristalería y tenía un dedo que no podía mover porque se había cortado un tendón al cambiar la luna de un escaparate. Ya le habían echado de varios talleres por faltar al trabajo.

Con mi tío Ramón no tenía buena relación, no se parecía en nada a sus hermanos. Mi tío Ramón, además de ser un inútil, era un guarro. A la hora de acostarnos, mientras se desnudaba se tiraba pedos, pero no silenciosos como los de mi bisabuela la de úbeda, al contrario, se esforzaba en que los pedos fueran muy sonoros. Después siempre me gastaba la misma broma:

--El que no lo quiera para él. ¿Lo quieres tú?

Si yo decía que no, él decía:

--Pues para ti.

Y si yo decía que sí, me decía:

--Pues para ti.

Mi tío Ramón era el más conflictivo, o el único conflictivo. Le gustaba el juego y, a veces, para pagar sus deudas metía la mano en un cacharro donde mi abuela guardaba el dinero y sacaba algunas pesetas. Por supuesto que "nunca había sido él". A veces se iba de casa y no volvía en varios días.

Mi abuelo tenía un sistema muy particular para la educación de sus hijos. En un cajón dentro del banco de carpintero guardaba una correa sin la hebilla. Con esa correa nos golpeaba, y digo nos golpeaba porque yo también la probé en varias ocasiones. Cuando me encerraban castigado en mi cuarto, a través del montante me subía al tejado y desde ese tejado pasaba al patio de una casa vecina, para después alcanzar la calle deslizándome por la cañería de desagüe. Esto, teniendo en cuenta que vivíamos en un quinto piso y que las tejas eran muy resbaladizas, de las llamadas alicantinas, era muy peligroso, aparte de que al bajar por la cañería corría el riesgo de que ésta se desprendiera y de matarme en la caída. Algunas veces conseguía, después de estar jugando un buen rato en la calle con mis amigos, regresar a mi casa usando un sistema parecido al de la fuga, pero con menos riesgo: subía sigilosamente las escaleras hasta el quinto piso y, una vez en el pasillo, que era estrecho,

apoyando un pie en cada una de las paredes y ayudándome con las manos, escalaba hasta el tragaluz que había en el techo; después, por el tejado llegaba hasta mi habitación y me metía por el montante. Algunas veces, antes de mi regreso, abrían mi cuarto y descubrían que no estaba en él. Al no encontrarme, adivinaban que me había fugado de aquella manera peligrosa y de ahí lo de los correazos.

Mi abuelo tenía además de la correa dos cosas que a mí me impresionaban mucho: una navaja curva muy afilada, con la que capaba los gatos de toda la vecindad, y una faca enorme que, de joven, cuando vivía en Jaén, llevaba metida en la faja, porque me contaba que en sus años mozos eran muy frecuentes los duelos. La faca la conservo yo, está hecha en Albacete y tiene nueve muelles, el solo hecho de abrirla impresiona. También tenía un arma de verano, pero sólo la utilizaba para matar las moscas que se atrevían a entrar en casa, el arma era una goma elástica que manejaba con envidiable

maestría; cuando una mosca se posaba en la mesa o en cualquier otra parte, mi abuelo con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha sujetaba la goma, con el índice y el pulgar de la otra mano la estiraba, apuntaba a la mosca, soltaba los dedos de la mano izquierda y la mosca caía fulminada. El arma de mi abuelo, lo digo sin ningún pudor, la uso yo en la actualidad y si alguno de ustedes viene
de visita a mi casa, no verá una sola mosca.

Pero es curioso que mi abuelo, hombre serio, del que de forma vaga recuerdo una sonrisa de vez en cuando, tuviese paradójicamente aquel gran sentido del humor. No recuerdo en qué año, el Gobierno de la dictadura creó una cosa o un decreto o una ley, que llamaban "el plato único". Se suponía que todos los viernes, cada familia española tenía que abonar el importe de una comida para ayuda a Auxilio Social. Me contó mi abuela, que una mañana que estaba sola vinieron dos falangistas.

--Buenos días, señora. Venimos a cobrar el plato único.

Mi abuela, como no entendía de qué iba la cosa, dijo:

--Vengan por la tarde, porque ahora estoy sola y a la tarde estará aquí mi marido.

Cuando llegó a casa mi abuelo y se sentaron a comer, mi abuela le contó lo del plato único. Mi abuelo no hizo ningún comentario. Como era costumbre en él, después de comer se recostó en un silloncito que teníamos en el comedor y durmió lo que él llamaba la siesta del cura. Se recostaba sujetando en la mano un llavero con varias llaves y cuando el llavero se desprendía de la mano, las llaves caían al suelo, el ruido de las llaves le despertaba y mi abuelo comenzaba su trabajo de la tarde.

Llegaron los falangistas. Mi abuelo les abrió la puerta.

--Buenas tardes, señor. Venimos a cobrar el plato único.

Mi abuelo como si estuviera "gagá", dijo:

--Es que nosotros ya tenemos sociedad médica y no queremos hacernos socios de nada.

Los falangistas quedaron desconcertados. Uno de ellos trató de aclarar el porqué de su visita.

--Perdone usted, señor, no se trata de una sociedad médica, se trata de una ley del Gobierno por la que cada familia tiene que pagar un día a la semana el plato único.

Mi abuelo hizo como que no había oído bien.

--Perdón, joven, ¿cómo dice?

Y el falangista intentó repetir la misma cantinela.

--Digo que no se trata de una sociedad médica, se trata...

Y mi abuelo le cortó.

--Es que también estamos pagando la cuota del entierro, porque entra en nuestra sociedad médica. Por eso le digo, joven, que lo siento, pero no queremos hacernos socios de nada.

El falangista, que debía ser muy tenaz, insistía:

--No se trata de una sociedad, abuelo, se trata del plato único.

Y mi abuelo dijo:

--¡Ah, ya entiendo! Pues sí, nosotros comemos plato único, unos días unas lentejas, otro día unas patatas, otro día unas pescadillas, pero siempre plato único.

Los dos falangistas se rindieron, dieron media vuelta y se fueron, supongo que diciendo: "¡Qué viejo más imbécil!"

Mi abuela escuchaba desde la cocina con un ataque de risa. Mi abuelo siguió con su trabajo.

Otra cosa que no me estaba permitida era abrir la boca mientras comíamos si no era para meterme en ella la cuchara. Si alguna vez se me ocurría hacer algún

comentario, me decían: "Tú, cuando digan bacín, dices ¡presente!"; o me daban un revés en la boca. Entiendo que no era un buen sistema de educarme, pero los disculpo, pienso que no conocían otro.

Por las noches, al terminar de cenar, yo era un simple espectador de las conversaciones de los mayores. Casi siempre, los temas eran siniestros. O se comentaba algún crimen reciente o contaban aquello de que durante la epidemia de cólera, en Jaén, habían enterrado a mucha gente creyéndolos muertos y lo único que tenían era un ataque de catalepsia y cuando se despertaban no podían salir del ataúd; lo comprobaron porque abrieron uno y se encontraron con que el muerto, en un intento de salir, había desgarrado con las uñas el interior. El forense comprobó después que la causa de la muerte había sido un infarto producido por el terror. Para evitar que esto se repitiera, tomaron la determinación de antes de sepultarlos, amontonar apilados a todos los muertos del cólera, pero esto fue más grave, porque cuando alguno volvía de su estado de catalepsia, salía del cementerio con el horror de verse entre tantos cadáveres y aparecía en su casa, donde sus parientes le estaban llorando:

cuando éstos le veían entrar imaginaban que era un espíritu, con lo que el terror se apoderaba de toda la familia. También contaban como suya esa anécdota que estoy seguro se la atribuían muchas familias, porque se lo he oído contar a docenas de gentes. Eso de que un familiar se había apostado una cena con un amigo a que era capaz de cruzar el cementerio de noche y que cuando lo estaba cruzando se le enganchó la capa en una tumba y creyó que era un muerto el que le sujetaba y murió del susto. De todos modos, esa costumbre de hablar de muertos y de cementerios me tenía aterrorizado. Detrás de la puerta de mi alcoba había una percha donde se colgaban los abrigos, las gabardinas y las gorras. Algunas noches me despertaba, miraba fijamente hacia las prendas de la percha, y, a causa de la luz de la luna que entraba por el montante, me parecían fantasmas o ladrones.

Entonces, el terror se apoderaba de mí y en voz muy baja, decía:

--Tío, tío, hay un hombre detrás de la puerta.

Y mi tío Ramón, con un gran vozarrón, me gritaba:

--¿Te quieres callar, coño, y dejarme dormir?

El vozarrón de mi tío aumentaba mi miedo y yo pensaba si el hombre que había detrás de la puerta le habría oído y nos apuñalaría.

Aquellas conversaciones de sobremesa después de la cena me tenían aterrorizado. Detrás de cada sombra o de cada ruido de la noche imaginaba a uno de aquellos muertos del cólera. Y lo peor de todo es que no me dejaban tener encendida la luz de mi cuarto, porque comentaban que se pagaba mucho, cosa que yo no entendía, porque con darle un escobazo al limitador, asunto resuelto, pero me decían que para acostarme tenía bastante con la luz que entraba de la cocina.

Tampoco me dejaban leer en la cama, y eso que en mi habitación había una bombilla de quince vatios que daba menos luz que una vela. Por suerte, el estar jugando todo el día hacía que al caer en la cama me quedara frito en diez segundos.

Y cuando la conversación no venía por el lado del terror, venía por el lado de la política. Mi abuelo, mi tío Antonio y Manolo eran socialistas, mi tío Ramón decía que él era anarquista, pero nadie le hacía caso. Mi abuela en estas conversaciones no opinaba, sólo cuando hablaban de algo relacionado con los curas decía que no los tragaba, y es que parece ser, según escuché alguna vez, que siendo joven un cura se había propasado con ella, y desde entonces los odiaba. Yo no podía opinar, pero saber que mi abuela odiaba a los curas me daba la oportunidad, cuando estábamos solos y había tenido algún problema en el colegio, de hablar de los frailes, con la intención de culparles de mis malas notas. Pero mi abuela me decía que los frailes no eran como los

curas, que los frailes hacían una buena labor en la enseñanza, mientras que los curas sólo pensaban en llenarse la barriga. El que mi abuela odiara a los curas no quiere decir que no fuese católica. Nunca iba a misa, pero antes de

dormir rezaba sus oraciones y tenía sobre su cama una reproducción en grande de la Santa Faz de Jaén y, colgando de una de las barras del cabecero de la cama, un rosario, que me imagino usó en alguna ocasión.

También estaba prohibido cortar el pan con cuchillo, decía mi abuela que era una ofensa a Dios, porque él, en la Santa Cena, cuando repartió el pan con los apóstoles lo cortó con las manos, y si se caía un trozo de pan al suelo, había que besarlo antes de ponerlo sobre la mesa. Mi abuelo y mi tío Antonio hablaban mucho de Pablo Iglesias y de un tal Primo de Rivera que decían que era un dictador. Yo les escuchaba, pero no entendía qué querían decir con eso de que era un dictador; pero debía de ser algo muy malo, porque un día leyeron en el periódico una noticia en la que decía que el tal Primo de Rivera había muerto en París y mi abuelo y mis tíos se pusieron muy contentos.

Yo lo único que hacía era escuchar, pero no entendía por qué unas veces se ponían tan contentos y otras veces no. Una noche hablaron de que en Jaca había habido un intento de sublevación y que habían fusilado a dos militares que se llamaban Fermín Galán y García Hernández, y de que estaba a punto de caer la monarquía y entrar una república. Luego hablaban de un tal Berenguer y de un tal Franco, que se llamaba Ramón, como mi tío.

Cuando estaba a punto de dormirme, después de cenar, y ya la conversación de los mayores era para mí solamente un murmullo, me mandaban a la cama, pero antes tenía que retirar mi plato, mi vaso y mi cubierto, llevarlo a la pila y fregarlo.

Y al día siguiente, otra vez a aguantar a los frailes con su catecismo y la conjugación de los verbos.

Cuando volvía del colegio, después de hacer la tarea bajaba a la calle a jugar con los chicos, hasta que pasaba el farolero con su largo palo al hombro, encendiendo los faroles de gas, que era el momento obligado para subir a cenar.

El pan y quesillo, el palo fumeque y otras porquerías

Ahora, a mis años, pienso de qué estaría hecho el estómago de los chicos de mi época; nos comíamos unas flores blancas, pequeñas que llamábamos "pan y quesillo", que nacían en no recuerdo qué árboles, creo que en las acacias, y también comíamos una cosa que llamábamos "panecillos", que arrancábamos de unas plantas que nacían en los solares, masticábamos unos rodillos que tiraban también en los solares, que eran de las máquinas de las imprentas, de sabor a miel y hechas sabe Dios de qué material. En el verano íbamos hasta un puesto de agua de cebada y horchata que había en la calle Miguel ángel esquina a Martínez Campos, metíamos la mano en un cubo grande donde tiraban el sobrante de las chufas machacadas y nos comíamos aquella cosa que era lo más parecido al serrín. Cuando hacían alguna zanja en la calle o derribaban algún árbol, cogíamos las raíces, las dejábamos secarse al sol y cuando estaban secas las fumábamos, lo llamábamos "palo fumeque". Cerca del río se criaban unas

plantas que creo se llamaban hinojo, al menos así la llamábamos nosotros, y masticábamos aquella planta que tenía sabor a anís, y de anís eran los cigarrillos que vendían en los quioscos, en cada paquete venía un puro que también era de anís. Aquellos cigarrillos eran mejores que el "palo fumeque", porque sabían y olían a anís y no picaban. Otras veces buscábamos colillas, las deshacíamos, nos acercábamos a las terrazas del paseo de la Castellana, recogíamos de entre las mesas los papeles que

protegen las pajas de tomar la horchata, los llenábamos con el tabaco de las colillas y nos hacíamos unos cigarros largos que compartíamos entre todos los chicos. Llenábamos un frasco con agua, metíamos dentro una barra de regaliz, lo agitábamos y luego lo bebíamos como si fuese un licor traído de un país tropical, masticábamos paloduz, comíamos algarrobas, que hacíamos caer de los árboles a pedradas, y almendras verdes a las que llamábamos "almendrucos", moras, zarzamoras y majuelas.

Había que ser muy experto con las majuelas, porque había unas plantas muy parecidas con bolitas del mismo color que no se podían comer, porque decían que eran venenosas, las llamábamos "tapaculos", porque aparte del dolor de barriga, si se comían, no había manera de ir al retrete en varios días. Como no teníamos pañuelo para los mocos, nos restregábamos la nariz con las mangas del guardapolvos y en sus mangas se formaba una corteza brillante y dura. También comíamos collejas, una hierba que cogíamos del campo y que se comía en ensalada o en tortilla.

Enfrente de mi puerta, en la letra B del pasillo de la buhardilla, vivía doña María, una señora viuda que tenía tres hijos. Pablo, el mayor, había querido ser boxeador y contaban que para dedicarse al boxeo tenían que romperle la ternilla de la nariz, lo que hacían de tres puñetazos, uno cada quince días, y se comentaba en la vecindad que después de recibir el primero se le quitaron las ganas de dedicarse al boxeo, pero la nariz le quedó deformada para toda la vida; el otro hermano, el mediano, José Luis, trabajaba de botones en un hotel. El más pequeño, que tendría mi edad, se llamaba ángel, Angelín le llamábamos los chicos, y estaba enfermo. El médico le había recetado unos frascos con una leche especial de color marrón que tenía un sabor extraño a medicina. Ahora deduzco que lo que tenía el Angelín era una tremenda anemia, o tal vez tuberculosis. Me daba mucha pena de aquel chico con la cara pálida, que se pasaba la vida sentado en un sillón o en la cama, apenas salía a

la calle y cuando salía lo hacía acompañado de su madre o de la abuela, y nunca jugaba como los otros chicos, ni al "rescatao" ni a la "toña" ni al "traspasao no visto y salvo".

Los días de sol le llevaban a la Castellana y le sentaban en un banco. Yo, muchas tardes, en lugar de bajar a la calle a jugar con los amigos, me metía en su casa y le hacía compañía. Yo era muy aficionado a dibujar guerras, y luego a cada uno de los soldados le ponía un globo que salía de la boca y decía: "¡Ay, madre, qué tiro!" o un soldado le decía a un soldado enemigo: "¿Yo qué te he hecho para que me mates¿" o "¡Ten cuidado, imbécil, me has dado un tiro en una pierna!" El Angelín se lo pasaba en grande con aquellos dibujos. Otras veces hacíamos casitas con las construcciones que vendían en las cacharrerías. No le gustaba tomar aquella leche de color marrón y cuando su madre o la abuela le ponían el vaso en la mano, él se esperaba a que salieran de la habitación y me decía que lo tirase al retrete; pero había que salir al pasillo, porque la familia del Angelín, como todos los vecinos que vivíamos en las buhardillas, compartía retrete. Yo sabía que aquello era para que se

curase de su enfermedad y trataba de convencerle para que se lo tomara. A veces me obedecía y otras veces me lo tenía que beber yo, para evitar que le regañasen. Realmente, el sabor de aquella cosa era asqueroso, pero como digo, ignoro de qué estaba hecho el estómago de los chicos de aquel entonces.

El Angelín murió antes de cumplir los doce años. Aquello para mí fue un golpe muy duro, por esa idea que tenía yo de que los únicos que se podían morir eran los viejecitos, salvo, como en el caso de mi padre, por algún accidente.

Mi abuelo el trapero

Mi abuelo materno se llamaba Abdón y era trapero, recorría las calles con un pequeño carro tirado por un borrico y atado en la parte de abajo del carro el Sultán, un perro golfo, pero muy inteligente. Mi abuelo Abdón recorría las calles gritando: "¡El trapeeeroooo!". Tenía una casa en un campo pasando el paseo de Ronda. Allí apartaba el papel, los trapos, las botellas, el hierro, el plomo, el metal y ganaba mucho dinero. En la casa criaba gallinas y cerdos.

Yo iba de vez en cuando a hacerle una visita. Siempre me daba pan con chorizo o pan con jamón y una cesta con huevos, para que me los llevara a casa. Mi abuelo Abdón era muy cariñoso conmigo, pero cuando pasaba por la calle de Zurbano gritando: "¡El trapeerooo!", yo me hacía el distraído y me escondía, porque los chicos del barrio, cuando mi abuelo decía lo de trapero, gritaban: "¡Haber nacido ministro!" y luego echaban a correr. Otras veces esperaban y cuando se llevaba la mano a la boca y estaba a punto de lanzar su pregón, decían: "¿Quién es un gilipollas¿" Y mi abuelo decía: "El trapeeeeroooo". Y los chicos se desternillaban de risa. Por eso nunca les dije que aquel era mi abuelo.

Mi abuela materna se llamaba Isidora y aparte de cuidar a sus hijos, tres hembras y dos varones, ayudaba a su marido a criar las gallinas y los cerdos y a hacer el apartado de los trapos, el papel, el metal, el plomo y todo lo demás. Conmigo era muy cariñosa y tengo muy vivo el día de su muerte. El féretro estaba en el suelo y, agarrado a él, llorando a gritos, el pequeño de sus hijos, mi tío Crescencio. Es una imagen que parece sacada de una película de Buñuel. Tendría yo diez o doce años y aquellos gritos y aquel llanto me quedaron grabados en la memoria durante mucho tiempo.

En esa misma casa vivieron después mi madre y mis hermanos, de donde fueron saliendo para casarse.

Los hermanos de mi madre eran Antonio, Evarista, Lucía y Crescencio; el mayor de todos, al que no conocí hasta pasados muchos años, se llamaba Luis, vivía en Santander y era sordomudo.

Aunque yo iba a visitarlos de vez en cuando, no tuve mucha relación con ellos. Sólo con mi tío Crescencio, que era cuatro años mayor que yo y alguna vez me tuvo en brazos cuando yo tenía un año.

Mi tía Lucía se casó en Francia con Indalecio, un exiliado que había estado primero en los campos de concentración franceses, vigilados por soldados coloniales que los maltrataban. Estuvo en Argelés, Colliure y después en Septfrond. Cuando los campos de concentración franceses se fueron desalojando, unos optaron por alistarse en la Legión Extranjera francesa y otros se ofrecieron para integrar las compañías de trabajo militar destinadas a construir fortificaciones urgentes ante el alud ofensivo alemán. Mi tío Indalecio luchó en la resistencia francesa, fue hecho prisionero por los alemanes y pasó a los campos de prisioneros nazis, de donde logró fugarse y seguir luchando en la resistencia francesa. Nunca más volvió a España. Después de finalizada la guerra, en los viajes que hice a París seguí visitándolos. Mi tía Lucía moriría años más tarde, de un cáncer. De su marido, de mi tío Indalecio, nunca más he vuelto a saber nada.

Si para mí mis abuelos eran mis padres, es lógico que sus hermanos fuesen también mis tíos. Una hermana de mi abuelo era organista de un convento de clausura en Alcalá de Henares. Mi abuela me llevaba de visita al convento. Nunca supe cuál era su verdadero nombre, en el convento la llamaban sor Patrocinio de San José. Yo sólo conocía de sor Patrocinio de San José la dulzura de su voz, a través de la tupida y oscura celosía del convento, y su bondad, a través del torno por el que me hacía llegar las

almendras garrapiñadas que hacían las monjas, los bizcochos, las aceitunas, las yemas de San Leandro y los polvorones. Como yo cantaba en el coro del colegio, cada vez que iba de visita, mi tía hacía que sus compañeras se acercaran a aquella oscura y tupida reja y me pedía que cantara. Le cantaba el Corazón Santo y el Corazón Divino mientras ella tocaba el órgano, y al finalizar, las monjas me aplaudían.

Sor Patrocinio tenía una ambición, que yo llegara a ser solista del coro del colegio. Se lo prometí.

Conseguí ser solista del coro, pero demasiado tarde. En una de nuestras visitas, la hermana portera del convento nos dijo que sor Patrocinio de San José había sido elegida por Dios, algo parecido a lo que me dijeron cuando pregunté por qué mi padre había muerto con veinte años, aunque esta vez pensé que era más lógico que Dios se llevara a una monja que a un ebanista.

Aquel día ni siquiera entramos en el convento. Ese día no comí bizcochos ni yemas de San Leandro ni almendras garrapiñadas.

Cuando cantaba en la pequeña iglesia del colegio, después de su muerte, sentía dentro de mí que era sor Patrocinio de San José la que hacía vibrar el teclado del órgano, cumpliendo así su promesa de acompañarme cuando yo consiguiera ser solista, y me sentía tan feliz que no echaba de menos ni las garrapiñadas ni los bizcochos ni las aceitunas rellenas ni las yemas de San Leandro.

Mi tía la rica

Mi tía Capilla, hermana de mi abuelo, era rica y sabía hablar varios idiomas. Era, en París, ama de llaves de unos príncipes rusos huidos del comunismo. Cuando venía mi tía Capilla, en mi casa había un tremendo cambio. No se ponía en la mesa el hule con el mapa de España, se ponía el mantel blanco de hilo que se usaba también en Nochebuena y Navidad. Cuando venía mi tía Capilla de París, yo bajaba a la tienda de la señora Edelmira y al pedir una docena de huevos ya sabían en la tienda que había venido mi tía Capilla de París, porque pedir una docena de huevos rompía la costumbre de los "dos huevos de a real" que yo compraba todas las semanas para que mi abuelo cenara los domingos huevos pasados por agua, que ya era costumbre en él. También el frutero, al pedirle una docena de plátanos, sabía que había venido mi tía Capilla, porque en mi casa sólo se comía postre cuando venía mi tía Capilla, y lo sabía también Guillermo, el carnicero, cuando le pedía un kilo de filetes de ternera en lugar de los cuarenta y cinco céntimos de morcillo, la punta de jamón, el tocino y todo lo necesario para el cocido, que en mi casa era el menú de cada día. Yo odiaba a Guillermo, el carnicero, porque tenía la costumbre de untarme la nariz con manteca y reírse a carcajadas, por eso, cuando se daba la vuelta con su delantal a rayas verdes y negras horizontales, metía un ganchito de alambre por el hueco que había entre el cristal y el mármol del mostrador y le robaba un trozo de jamón.

Para mí, las visitas de mi tía Capilla eran un placer. Por falta de camas me acostaban en la cocina, echando un colchón en el suelo, cosa que me divertía mucho porque rompía la monotonía de dormir siempre en el mismo lugar, aunque más tarde, cuando ya mi tío Ramón estaba en Málaga, si venía mi tía Capilla de París, dormía en la cama que quedaba libre; pero para mí, compartir la habitación con ella no era como compartirla con el cerdo de mi tío, porque mi tía Capilla era una señora, elegante y educada que no se tiraba pedos, ni con ruido ni sin ruido.

Cuando venía mi tía Capilla no se aprovechaba el pan del día anterior, comíamos huevos fritos mojando pan tierno y hasta bebíamos un vaso de leche antes de

irnos a la cama, pero lo que más me gustaba de cuanto ocurría en sus visitas era el ir a buscar el taxi para que, cuando tenía que volver a París, la llevara a la estación. Lo iba a buscar lejos, para que el paseo fuera más largo. Cuando llegaba al portal de mi casa, los chicos del barrio también sabían que había venido mi tía Capilla de París, porque solamente cuando ella venía usábamos taxi.

Al día siguiente de haberse marchado, Alejo, el trapero que recogía la basura, sabía que había venido mi tía Capilla de París, porque en el cubo de la basura había cáscaras de plátano y cáscaras de huevo.

Todo el mundo sabía que había venido mi tía Capilla de París y a mí no me importaba, porque cuando ella venía yo era muy feliz.

Otro de mis tíos, hermano de mi abuela, mi tío Pepe, era guardia civil, vivía en Jerez de la Frontera y murió en la guerra, defendiendo el santuario de Santa María de la Cabeza en Andújar. Tal vez parezca muy extraño que un guardia civil tuviera un sentido del humor tan especial, pero cuando por razones de servicio venía a Madrid, cenaba con nosotros y, con su marcado acento andaluz, contaba chistes y anécdotas de gitanos que nos mataban de risa. A mí, el que más me gustaba era el del cerdito. Decía que iba un gitano con un cochinillo al hombro y de pronto se tropieza con una pareja de la Guardia Civil. Y uno de los guardias le dice:

--¿De dónde has sacado ese cochinillo?

Y dice el gitano.

--¿Qué cochinillo?

--El que llevas en el hombro.

El gitano, como si no se diera cuenta, distraídamente, se mira el hombro, mira al cochinillo y como si fuera una mosca, le da con la mano y dice:

--Vamos, bicho, bájate de ahí.

Luego mira al guardia civil y se sonríe.

--Pues eso es que al pasar por el campo se ma posao ahí arriba y menos mal que ma avisao usté, porque si no me llega a avisar, me mancha la camisa que me la ha lavao mi mujé esta mañana.

Los frailes seguían enseñándonos para que de mayores fuésemos chicos preparados para la vida. Juanito García Sellés y yo seguíamos yendo juntos al colegio, ya estábamos en tercera clase.

En la glorieta de la Iglesia, el ciego y su acompañante seguían cantando los sucesos de actualidad.

Los periódicos habían publicado una noticia en la que se decía que un prestamista había contratado a un barrendero para que, en el carrito de la basura, llevara a cierto lugar unas bolsas con dinero. En el trayecto, según el periódico, dos individuos asaltaron al barrendero, le mataron y le robaron el dinero. Los cantacrímenes o cuentacrímenes, como siempre que ocurría algún acontecimiento que se prestara a ello, le hicieron una canción.

Cuatro tiros le pegaron
al pobre del barrendero,
cuando iba custodiando
los saquitos del dinero.
Y él creyendo que salvando
los saquitos, le darían
para poder establecerse

con una peluquería...

--¡Conforme se van cantando van escritas en el papel. Cinco la primera parte, diez la colección completa! ¡"El vampiro de Vallecas", "El crimen de Fuencarral", "El barrendero asesinado"!

En Martínez Campos, entre Fernández de la Hoz y Modesto Lafuente, estaba el campo del Racing de Madrid. Casi todos los días había entrenamiento. Yo era admirador de los tres hombres que defendían la portería, el portero Martínez y los defensas Perico Calvo y Perico Escobar, también admiraba a Ricardo Zamora y a Ciriaco y a Quincoces y a Gaspar Rubio y a Alcántara, pero como para ir al colegio tenía que pasar, forzosamente, por el campo del Racing, me era más fácil presenciar los entrenamientos. En la portería estaba Martínez, me situaba detrás de él, dejaba la cartera de los libros en el suelo y estaba pendiente de algún fallo de Martínez para hacer mi parada. Varios jugadores del equipo le iban disparando balones a puerta, a veces Martínez tenía un fallo y yo conseguía detener el balón, entonces me aplaudían todos. Un día, en uno de esos fallos de Martínez, recibí un balonazo en la boca del estómago que me dejó sin respiración. Creí que me moría. Pero no por eso dejé de seguir asistiendo a aquellos entrenamientos. Y cuando seguía camino del colegio me soñaba defendiendo los colores de un equipo importante, ovacionado por una multitud de aficionados.

Aquella afición mía al fútbol me ocasionó un accidente del que salí con vida milagrosamente. Fue en el campo de la Gimnástica, que estaba al final de la calle Marqués de Zafra.

No puedo recordar qué equipos jugaban, sólo sé que faltaban muy pocos minutos y estaban empatados a dos goles. Las porterías no tenían red. Yo, como era mi costumbre en los entrenamientos del campo del Racing, me puse detrás de una de las porterías. Un delantero chutó y yo, impulsivamente, y creyendo que el balón había rebasado la línea de gol, hice una parada digna de Ricardo Zamora. Se armó una batalla. Unos que el balón iba a gol, otros que iba fuera. Afortunadamente, salí con vida de aquel lío. Una multitud de jugadores y espectadores se abalanzaron sobre mí, con la firme intención de matarme. No sé cómo lo hice, pero conseguí escabullirme y huir del campo. La pelea, me contaron al día siguiente, duró más de veinte minutos y hubo heridos.

Los domingos, cuando había partido en el campo de Chamartín, los chicos del barrio y otros que no eran del barrio íbamos a la carretera de Maudes y, como la tapia del campo era muy baja, veíamos el balón pasar por el aire de un lado a otro. Cuando el balón salía a la carretera, todos los chicos nos abalanzábamos para apoderarnos de ese balón que nos servía como pase especial para entrar en el campo sin pagar. Al final del partido, me acercaba a Ricardo Zamora, que me daba sus guantes, y se los llevaba hasta la entrada de los vestuarios. Para mí aquello era un orgullo. Cuando llegaba a mi casa se lo contaba a mi abuela:

--Le he llevado los guantes a Zamora.

Por supuesto que a mi abuela le importaba un pimiento Zamora, pero como venía tan contento, aprovechaba para mandarme a algún recado. Bajaba los escalones de dos en dos o me agarraba a la barandilla, tomaba impulso y me lanzaba hasta el siguiente descansillo. Curiosamente, durante muchos años estuve soñando con esa forma de bajar las escaleras, pero en el sueño no bajaba de un descansillo a otro sino que bajaba las escaleras hasta abajo del todo, con un solo impulso; otro sueño que tuve, durante muchos años, es que tomaba impulso, me elevaba y con los brazos abiertos

volaba por encima de los edificios. Tal vez un psicoanalista fuese capaz de interpretar estos sueños; pero vuelvo al fútbol que es lo que estaba recordando. Con Mariano García de la Puerta no era necesario esperar a que el balón saliera del campo para entrar. Cuando jugaba Mariano García de la Puerta los chicos nos colocábamos a la entrada y cuando llegaba, le gritábamos vivas. Con Mariano García de la Puerta la cosa era muy sencilla, decía: "Si no entran los chavales no juego". Así de sencillo. Y por más que le rogaran los directivos del club, o entrábamos los chicos o no jugaba.

Mariano García de la Puerta ha sido, sin lugar a dudas, aunque olvidado, el mejor delantero de la historia del fútbol español. Hacía cosas que ningún jugador sería capaz de hacer en la actualidad. Si faltaban veinte minutos para terminar el partido y su equipo iba perdiendo por dos goles a cero, García de la Puerta hablaba con sus directivos y decía: "Si me dan treinta duros, meto tres goles". Y los metía.

Decían que, además de ser un gran jugador, era carterista y maricón. Tal vez fuese verdad, pero para mí y para todos los chavales del barrio, García de la Puerta era un ídolo, porque no sólo era un fenómeno con el balón en los pies sino uno de los mejores saltadores de trampolín de la época. él me enseñó, en la piscina Tritón, todos esos saltos que, años más tarde, me permitieron ganar el campeonato de saltos de Castilla en la piscina Samoa de Valladolid, dos años consecutivos.

Había en el fútbol grandes jugadores a los que los chicos admirábamos, Samitier, Gaspar Rubio, Monjardín, Alcántara, Quesada, Valderrama..., pero ninguno como Mariano García de la Puerta.

Hoy, un jugador como Mariano García de la Puerta causaría asombro en los aficionados al fútbol.

También los domingos, nos juntábamos los chicos en el portal para ver salir a los joqueis, que se hospedaban en algunas viviendas de la casa de vecinos pobres. Salían hacia el hipódromo con sus vistosas camisas de seda roja con lunares blancos o azules con lunares negros o verdes con lunares blancos y su pantalón, sus botas de montar, su gorrita con visera y su fusta en la mano. Los chicos los acompañábamos hasta la entrada al hipódromo.

Ya estaba en cuarta clase, pero los días que había Gramática no iba al colegio, me iba hasta el río Manzanares, y si ya hacía calor, me bañaba. Mi abuela sabía muy bien cuándo no iba al colegio porque mi ropa y yo teníamos un olor especial, y lo que no dejaba lugar a dudas era mi pelo, sucio, áspero y con un apagado color pardo. Lo más curioso es que yo no me daba cuenta de estos detalles hasta la segunda bofetada de mi abuela.

Los frailes del colegio seguían educándonos:

--Y David, llevando en una mano una espada y en la otra la cabeza de Goliat, entró en la ciudad, en medio de los aplausos de la multitud que cantaba: "Saúl ha muerto a mil y David a diez mil".

En mi casa no había muchos libros, pero uno de ellos era de fotografías de toreros famosos, El Guerra, Frascuelo, Lagartijo... Para mí, esa entrada de David con la espada en una mano y la cabeza de Goliat en la otra, en medio de los aplausos de la multitud, me resultaba lo más parecido a una buena faena de alguno de aquellos toreros famosos. Y eso me inspiró para hacer un dibujo donde David, vestido de torero, llevaba en una mano la espada y en la otra la cabeza de Goliat, y abajo, en la arena, botas de vino, ramos de flores y abanicos que le habían tirado los aficionados. Mis compañeros de clase se mataban de risa viendo el dibujo, que se iban pasando de uno a otro, pero hubiera sido dramático que hubiera caído en manos del hermano Isidro. El dibujo humorístico era mi gran vocación.

Pepe el de la Carola, el Nenín, el Gregorio y varios más

En la casa de ladrillos de Zurbano nos juntábamos alrededor de veinte chicos de la misma edad y, como los tres mosqueteros, teníamos hecho un juramento: "Todos para uno y uno para todos". A todos ellos los recuerdo; pero de algunos en particular tengo un recuerdo imborrable, Pepe el de la Carola. A Pepe el de la Carola le llamábamos Pepe el de la Carola porque en la casa había muchos Pepes.

Pepe el de la Carola era uno de nuestros héroes. Tenía un perro llamado Canelo, era un perdiguero, pero no conocía la caza, no hubiera sabido distinguir una perdiz de una pescadilla. El Canelo tenía cara de sacristán de pueblo y era holgazán como la madre que lo parió, la perra del alquiler de carros de El Borracha, que no se levantaba ni para ladrar. Pepe el de la Carola, con mucha frecuencia, se escapaba de su casa, se hacía una chabola con latas y cartones en algún solar cercano y vivía varios días alejado de sus padres y sus hermanas. Dentro de la chabola también vivía el Canelo. Los chicos robábamos en nuestras casas tomates, pan y naranjas, metíamos en un pedazo de pan el tocino y la carne del cocido y se lo llevábamos a Pepe el de la Carola. Era nuestro héroe, porque sólo él era capaz de fugarse de casa.

La Carola no se preocupaba ni de su Pepe ni del Canelo.

Cuando Pepe el de la Carola se cansaba de vivir en la incómoda chabola, volvía a su casa con los riñones doloridos y los ojos irritados por el humo de las hogueras que hacía para matar el frío. También el Canelo volvía con él, con su cara de sacristán de pueblo.

A mí me hubiera gustado mucho tener un perro como el Canelo, pero en mi casa no estaban permitidos ni los perros ni los gatos. Lo único que me dejaban tener eran los gusanos de seda en una caja. Todos los chicos del barrio teníamos nuestra caja con gusanos de seda, que hacían el capullo, y salía una mariposa que ponía huevos pequeñitos, para que después de cada uno de ellos saliera un gusano; pero teníamos que ir a buscar las hojas de morera hasta el parque del Oeste, y aunque criar gusanos era muy entretenido, yo hubiese dado cualquier cosa por tener un perro como tenía Pepe el de la Carola.

Pepe el de la Carola murió en la Guerra Civil. Durante muchos meses, ya en la posguerra, la Carola sacaba una silla a la calle, la arrimaba a la pared cerca del portal y se sentaba en ella con la vista perdida en el fondo de la calle, seguramente pensando que su hijo y el Canelo vendrían algún día. Pero Pepe el de la Carola no volvió, porque esta vez se había ido para siempre.

A todos los chicos del barrio nos tenía intrigados el Bizco. Nos tenía intrigados porque nunca sabíamos con cuál de los dos ojos nos miraba. El Bizco era gracioso, tenía siempre el chiste oportuno y la broma adecuada. Era el menor de la pandilla y todos sentíamos un deseo común de protegerle, no por bizco, ya que en las peleas desconcertaba al contrario con su mirada y colocaba el puñetazo antes que nadie, todos sentíamos deseo de protegerle por su pobreza. En casa del Bizco comían sólo pan con aceite, tomates con sal y sardinas arenques.

El Bizco no tenía padre. Decía que se había muerto del susto al nacer él, para hacernos reír, claro, porque el padre del Bizco había muerto de una borrachera de aguardiente. Su madre también se emborrachaba, y al Bizco, que ya se había acostumbrado, no le importaba nada, porque decía que el señor Andrés, el tendero, le había prometido colocarlo de dependiente cuando tuviera la edad para trabajar, porque

el señor Andrés había dicho que teniéndole detrás del mostrador nadie, creyéndose vigilado por la mirada del Bizco, aunque en esos instantes el Bizco estuviera mirando la báscula o el techo, se atrevería a robar.

En el invierno, robábamos patatas y castañas, hacíamos una fogata en un solar de la esquina de Abascal y mientras las asábamos, el Bizco, con sus ojos descolocados, irritados por el humo, nos contaba el chiste del loro que se comía el chorizo del cocido y el de la beata que regañó con San Pedro. Nosotros se los habíamos oído contar cientos de veces, pero nos reíamos siempre con las mismas ganas, porque el Bizco ponía cara de loro, cara de beata y cara de San Pedro.

El mismo día que enterraron a la madre del Bizco, vinieron a buscarle unos señores. Le vimos salir de su casa con la ropa metida en una caja de cartón atada con una cuerda, con los ojos descolocados, enrojecidos y el pelo sucio y revuelto como siempre. Cuando estaba a punto de doblar la esquina de García de Paredes, volvió la cabeza y no supimos si su mirada iba dirigida a nosotros o a la casa donde había nacido y vivido su niñez. Ninguno recordábamos su nombre, pero le dijimos adiós con la mano y todos silenciamos su apodo. El Bizco quedaba en nuestras reuniones alrededor de la fogata contándonos el cuento del loro que se comía el chorizo del cocido y el de la beata que regañaba con San Pedro. El que se iba con su ropa en una caja de cartón era nuestro amigo, huérfano y desnutrido, que ya nunca trabajaría en la tienda del señor Andrés.

Otro personaje típico era el Gregorio, de nuestra misma edad, pero que sabía boxear como un profesional. Siempre que alguien de otro barrio se ponía gallito, llamábamos al Gregorio. El Gregorio se colocaba frente a su contrincante, cerraba los puños, colocaba sus brazos al mejor estilo pugilístico, daba varios saltitos, colocaba la guardia y el contrario no le duraba más de tres minutos. Tenía una habilidad especial para el boxeo. En una ocasión estaba yo con tres chicas del barrio en el cine Luchana, que en aquel entonces era un cine al aire libre, cuando desde unas filas detrás de la nuestra empezaron a tirarnos pequeñas piedras, resistimos creyendo que dejarían de hacerlo, pero insistieron y le dieron en la cabeza a una de las chicas, yo no pude aguantar más, me salté las sillas y al que creí era el que había tirado la piedra le di un puñetazo en la boca. Ni él ni sus amigos dijeron nada, dejaron de tirar piedras. Al terminar la película salimos del cine y paramos en un

puesto que había a la entrada a comprar pipas. Poco después bajábamos por el paseo del Cisne y al llegar a la altura del colegio de los maristas, la pandilla nos estaba esperando, a las chicas no les hicieron nada, fueron a por mí. Me arrimé a la tapia para así proteger mis espaldas, tenerlos de frente y defenderme, pero eran como seis u ocho y no pude evitar que me dieran una paliza. Al día siguiente, lo conté en el barrio.

Pero el destino quiso que unos días después, el más grande de la pandilla acertara a pasar por mi barrio. Le reconocí y ya me iba a por él cuando el Gregorio me dijo:

--Déjamelo a mí, que estoy falto de entrenamiento.

Se dirigió al muchacho y señaló hacia mí.

--¿Te acuerdas de este chaval?

El muchacho, que era mayor que nosotros y con un físico fuerte, dijo:

--Pues no, no me acuerdo.

--Pero sí te acuerdas que hace unas noches estuviste en el cine Luchana.

El muchacho trató de evadirse y esbozó una sonrisa. El Gregorio no esperó más.

--Ponte en guardia, que vamos a ver si eres tan fuerte como aparentas.

El muchacho, a pesar de su estatura mucho mayor que la nuestra, no quería pelea, pero el Gregorio le incitó a pelear. Se colocaron uno frente al otro y como si fuese un profesional, el Gregorio esquivaba cada puñetazo que le lanzaba el grandullón, al mismo tiempo que le encajaba golpes en el hígado y en el mentón.

Finalmente, el grandullón salió corriendo, mientras todos los chicos levantamos la mano del Gregorio como hacían con los boxeadores cuando ganaban un combate.

El Gregorio tenía un hermano mayor que él, se llamaba Luis, y cuando jugábamos al fútbol en la calle, los dos hermanos se daban patadas y se ponían zancadillas. Al final decían: "Ahora este partido lo vamos a jugar a cabreo", y ahí valía todo, la patada en la espinilla, el codazo y todo el juego sucio que justificara que el partido era a "cabreo". Poco a poco, los demás chicos nos íbamos retirando hasta que se quedaban solos el Gregorio y su hermano Luis.

Luis, durante la Guerra Civil se hizo piloto. En un combate un aparato enemigo alcanzó con su ametralladora al caza que pilotaba. Luis logró saltar con el paracaídas, pero cuando se abrió y descendía lentamente hacia la tierra, el mismo caza alemán que le había alcanzado con sus disparos dio otra pasada y ametralló el cuerpo que descendía colgado del paracaídas. Llegó a tierra, pero ya sin vida.

Gustavo era alemán. Era hijo del señor Guido, ingeniero de Boetticher. En casa de Gustavo todo era distinto. No tenían botijo en verano ni brasero en el invierno y no tenían hacha en la cocina, ni soplillo de paja, ni barreño grande de chapa colgando de la pared. En la casa de Gustavo no olía ni a humedad ni a cocido. También los juguetes de Gustavo eran distintos, su aro tenía timbre, sus canicas eran de cristal, su peón de música y su patín tenía ruedas de goma y radios de alambre, como los de las bicicletas, y de lado a lado del pasillo tenía una barra para hacer ejercicios, pero yo lo que más envidiaba era su Meccano.

El día de su cumpleaños nos invitaba a merendar, pero antes de darnos la merienda, su madre nos obligaba a lavarnos las manos y nos colocaba una servilleta en el cogote.

Cuando me cansaba de vivir la vulgaridad de mis otros amigos del barrio, chicos como yo, de hacha en la cocina, de soplillo de paja y barreño de chapa colgado de la pared, me llenaba los bolsillos de cajas de cerillas vacías, chapas de las botellas de cerveza y "güitos" y con este equipaje me iba a casa de Gustavo, que era como ir al extranjero. Sus padres no le dejaban jugar con aquellas cosas sucias y extrañas, por eso yo se lo daba todo a escondidas, como un traficante de drogas, y él, a cambio, me dejaba que jugara con el Meccano.

De todo lo que había en casa de Gustavo lo que más envidiaba, aparte del Meccano, era la bañera, grande, en la que cabía una persona mayor. Hubiera dado cualquier cosa por tener una bañera como la de Gustavo, para llenarla de agua y echar en ella los barcos que yo me hacía con la herramienta de mi abuelo y un trozo de madera. Sin embargo, a mí me daba mucha pena de Gustavo, porque no tenía trampa en la luz y no vivía la emoción de sentir un vuelco en el corazón cada vez que venían a hacer revisión los de la compañía de electricidad. Al empezar la Guerra Civil, Gustavo y toda su familia se fueron a Alemania. No volvieron nunca. Años después nos llegaron noticias de que había muerto en la Segunda Guerra Mundial. Las guerras iban acabando con los amigos como una epidemia. De un lado Franco y de otro lado Hitler, los iban eliminando de a poco, Luis Cerezo, Pepe el de la Carola, Gustavo y algunos más dejaron su vida joven al servicio de unos dictadores.

También eran amigos míos los hijos de Luis Bello Trompeta, que durante la República sería, creo que algo así como ministro de Educación. Se llamaban Carlos y César y vivían en una de esas pequeñas islas que formaban el archipiélago donde estaba la casa de ladrillos rojos de Zurbano 68. Vivían en un pequeño chalet en la esquina de Zurbano y la calle de Málaga. Tanto don Luis Bello como su mujer sentían un cariño especial por los chicos de familias humildes y nos invitaban a merendar con mucha frecuencia. Julia, una de las criadas, nos ponía en los pies unos paños con los que patinábamos por el parqué del pasillo y, al mismo tiempo que nos divertíamos, le sacábamos brillo a la cera que habían dado al parqué. Al cumplir los catorce años, a Carlos y a César los mandaron a estudiar a El Escorial. A partir de entonces se acabaron los patinajes y aquellas meriendas que nos hacían tan felices.

Nos escribíamos cartas muy divertidas, en las mías yo les contaba cosas del absurdo que tenían el sello o el estilo de humor de los artículos y dibujos que publiqué muchos años más tarde en La Codorniz. Cuando terminó la guerra, a Carlos y César los fusilaron.

Pedro Tabares

Uno de mis mejores amigos era Pedro Tabares. En su casa, tenían piano y aunque su hermana Consuelo era la pianista de la casa, Pedro tocaba de oído. Pedro y yo nos llevábamos muy bien, hicimos una "agencia privada de detectives" Buscábamos en las basuras cartas rotas, juntábamos con mucha paciencia los pedacitos, los pegábamos y nos enterábamos de enredos de hombres casados que tenían una querida, o de alguna mujer, también casada, que tenía un amante. No ejercíamos el chantaje, pero estábamos al corriente de todos los líos de la vecindad. Fuimos amigos durante muchos años, y hasta llegamos a tener novias que eran amigas.

Cuando comenzó la Guerra Civil, fuimos juntos a Francos Rodríguez para alistarnos como voluntarios, pero a él lo destinaron al Batallón Alpino y a mí al 5º Regimiento.

Pedro Tabares fue el que subió conmigo a coger el cajón que nos mandaron bajar los milicianos el 20 de julio y que finalizada la guerra nos costó la cárcel. Tabares lo pasó peor que yo. Estuvo muchos meses en alguna de las muchas prisiones improvisadas por el franquismo y muchos años en el penal de Burgos. No sé qué ha sido de él, pero le recuerdo con cariño porque formábamos yunta.

Aparte de tocar el piano de oído, manejaba el idioma como un profesional de la literatura. Recuerdo una carta que le escribió a una chica que había conocido en Valencia, decía:

Distinguida señorita:

Aún no han transcurrido dos días desde que nos conocimos en esa hermosa ciudad del Turia, cuando ya comienzo a sentir nostalgia; pero no la nostalgia pura y axiomática que pudiera sentir un ciego si recobrara la vista y después de descubrir los colores y la luz, volviera a sumirse en la oscuridad, yo siento la nostalgia de la dulzura de su voz, del calor de su mirada y del tacto de sus manos. Espero volver a ver mi imagen reflejada en sus hermosos ojos y no desisto de la idea de que nuestro próximo encuentro sea más duradero y nos dé la oportunidad de conocernos en profundidad.

Reciba un cariñoso y respetuoso saludo de su admirador.

Pedro Tabares

A mí, esta forma de expresarse me tenía alucinado, porque a esa edad, en el barrio, se acostumbraba a mandar a un chico menor que nosotros con un mensaje de palabra: "Que dice el Angelín que si quieres ser su novia". Y la que recibía el mensaje, por el mismo mensajero, le mandaba la respuesta: "Dile que no". Y el mensajero venía y decía: "Ya se lo he dicho y me ha dicho que no".

El amor de mi vida era Katharine Hepburn. Tenía una caja llena de fotos de "mi amor" y en la pared de mi cuarto, encima de la mesilla de noche, un cartón que había forrado con terciopelo azul, sobrante del que mi abuelo usaba para tapizar sillones, y pegado al terciopelo un corazón rojo y junto al corazón una fotografía de "mi Katharine".

Pedro Tabares me escribió una carta, que después copié de mi puño y letra y que iba destinada a mi amor de Hollywood. Recuerdo la carta porque hice una copia que tuve en mi poder hasta muchos años después, tantos que la puedo memorizar, decía:

Distinguida y admirada Katharine:

Aunque la distancia y los años crean entre nosotros un abismo imposible de salvar, no puedo resistirme a la tentación de escribirle esta carta.

Tengo tan sólo quince años, pero eso no impide que esté profundamente enamorado de usted. Con esta carta no pretendo ser correspondido en lo que al amor se refiere, porque sería una utopía o un sueño. Lo que sí le puedo asegurar es que la amo y seguiré amándola toda mi vida.

A cambio de ese amor imposible, lo único que le pido es que me envíe una foto dedicada. Me llamo Miguel, Miguel Gila, y vivo en Madrid (España), en la calle de Zurbano 68, Escalera Principal, Piso Quinto, letra A.

En espera de ser correspondido en mi petición, aprovecho para desearle lo mejor de la vida.

Atentamente, besa su mano.

Miguel Gila

Y escribimos en el sobre: "Katharine Hepburn. Hollywood. Estados Unidos".

Nunca recibí contestación a aquella carta, ni siquiera sé si la recibió. Yo pensaba que tal vez no habíamos escrito bien la dirección y que teníamos que haber puesto en el sobre la calle donde vivía, el número y el piso. De cualquier manera, eso no impidió que durante muchos años siguiera siendo el amor de mi vida.

La novela por entregas

Cada semana por debajo de la puerta entraba un cuadernillo, un capítulo de la novela por entregas Gorriones sin nido. Los dos gorriones sin nido eran Carabonita y Perragorda, dos huerfanitos desamparados que dormían en la calle y vivían de la caridad. El autor, no recuerdo su nombre, les hacía pasar hambre y frío. Los cuadernillos estaban ilustrados por un dibujante de la época y en cada uno de ellos había varias ilustraciones que a mi abuela y a mí nos partían el corazón. Carabonita, la niña, tendría siete años y Perragorda nueve o diez y, aún hoy, a pesar del tiempo transcurrido desde entonces, en mi memoria fotográfica permanece una de aquellas ilustraciones en la que los huerfanitos, cubriendo sus cuerpos con periódicos viejos, dormían acurrucados en un portal rodeados de nieve.

Aquellos folletines duraban meses y meses y cada semana terminaban en una situación dramática con la palabra "continuará".

También, por debajo de la puerta, nos echaron La hija del pueblo y El soldado desconocido, pero no eran de tanta pena como Gorriones sin nido porque, como decía mi abuela, sólo eran de amor.

Hicimos una banda, nos pusimos de nombre "Los leones" y Emilio Sáez, el Nenín que le llamábamos los chicos, cuatro años mayor que nosotros, nos hizo un tatuaje en el brazo, que representaba la cabeza de un león. Nos lo hizo con el sistema de aquella época, seis agujas de coser atadas con un hilo que mojaba en tinta china y nos iba pinchando punto por punto el dibujo de la cabeza del león en el brazo derecho. A mí, aquello me costó una paliza en mi casa. Se me puso el brazo como el de Popeye y durante varios días estuve con una fiebre muy alta. Durante la guerra me lo quise borrar quemándomelo con el cigarrillo, pero sólo lo conseguí a medias, aún lo llevo conmigo.

Para entrar en la banda de "Los leones" teníamos que pasar dos pruebas de valor.

El Hospital Obrero estaba en un edificio con forma de castillo, que aún existe, en el paseo de Ronda, antes de llegar a Cuatro Caminos. Allí era donde los que queríamos ser de la banda de "Los leones" teníamos que pasar nuestra primera prueba de valor.

Por una ventana, que estaba a unos dos metros de altura, se podía ver el lugar donde hacían las autopsias.

Nuestra prueba de valor consistía en demostrar que mirando por la pequeña ventana, éramos capaces de aguantar hasta que los demás contaran hasta diez, viendo hacer una de aquellas autopsias.

Como no alcanzábamos a la altura de la ventana, uno de nosotros se apoyaba en la pared con las dos manos y el que iba a pasar la prueba de valor, con la ayuda de los demás, se subía sobre los hombros del que estaba apoyado en la pared. Cuando ya su mirada estaba frente a la ventana y podía presenciar la autopsia, los que estábamos abajo empezábamos a contar, uno, dos, tres, cuatro... Ninguno llegábamos hasta el diez, aunque después nos disculpábamos diciendo que el de abajo se había movido. Alguno cuando no habíamos llegado al cuatro, gritaba: "¡Abajo, abajo!" Le bajábamos y ya en el suelo resoplaba por la nariz, con el terror reflejado en la cara. El muerto estaba desnudo sobre la mesa y apenas el forense comenzaba a manejar la sierra y el escalpelo, venía el derrumbe.

La segunda prueba no tenía el carácter macabro de la anterior. Consistía en meterse en una alcantarilla en la calle de Miguel ángel o Abascal y salir por la calle de Vargas. Todo el trayecto de una alcantarilla a otra había que hacerlo solo y sin más luz que la de una vela. Cuando el aspirante a "león" entraba en la alcantarilla, los chicos subíamos Abascal arriba y le esperábamos en la salida de la calle Vargas. Ante el asombro de la gente que pasaba por allí en ese momento, se levantaba la tapa de hierro de la cloaca y por ahí aparecía el aspirante a "león", con la cabeza llena de telarañas y las alpargatas mojadas.

Aunque este recorrido por las alcantarillas lo hacíamos muy a menudo, llegando incluso hasta Bravo Murillo, hacerlo en grupo no era lo mismo que hacerlo solo. Por la alcantarilla corrían ratas del tamaño de una liebre que impresionaban.

Otra prueba, ya no para entrar en la banda de "Los leones" sino para demostrar nuestro valor y nuestro aguante, era la que llamábamos "la prueba del esquimal". La hacíamos en invierno, en aquellos inviernos crudos del Madrid de mi infancia, cuando las heladas de la noche formaban una capa de hielo en el agua depositada en los

alcorques de los árboles. Nos descalzábamos y, rompiendo la capa de hielo, metíamos los pies dentro del agua y lo mismo que en la ventana de las autopsias contábamos, uno... dos... tres... cuatro... Por supuesto que ninguno aguantábamos más de seis o siete segundos. Solo el Nenín, el que nos había hecho el tatuaje, era capaz de hacerlo. El Nenín tenía una gran habilidad con el lazo, como los mejores vaqueros del Oeste. A veces estábamos bebiendo agua en la fuente, llegaba el Nenín con el lazo, lo hacía girar sobre su cabeza y después de darle unas cuantas vueltas lo lanzaba. La mano con que estábamos apretando el grifo quedaba aprisionada con la fuente

por el lazo del Nenín.

Paradójicamente, de todo el barrio los más golfos eran los de la calle de Las Virtudes y muy particularmente uno al que llamaban el Judas. El Judas era tan malo que cuando el ciego que cantaba los crímenes abría la boca, el Judas le metía dentro un moñigo de caballo o la cagada de un perro.

Los de la banda de "Los leones" los desafiábamos a "pedreas". Elegíamos el campo de batalla en alguno de los solares y allí organizábamos las "pedreas", con onda, tirador o a mano. Algunos salían escalabrados. Las chicas del barrio colaboraban con nosotros en calidad de enfermeras.

Un día en nuestro recorrer alcantarillas nos encontramos un feto, estaba envuelto en trapos. Nos causó mucha impresión aquel hallazgo; pero como siempre que había algo que a todos nos impresionaba, Pepe el de la Carola se hizo cargo del feto. Lo llevamos a la comisaría de Chamberí, que estaba entonces, creo recordar, en la calle de Santa Feliciana, y se lo entregamos a uno de los policías, nos preguntó dónde lo habíamos encontrado, se lo dijimos y lo escribió con una máquina de escribir, luego nos dio cinco pesetas. A partir de aquel día, de vez en cuando, alguno de nosotros ponía voz de vendedor de un mercado, gritaba:

--¿Quién se viene a buscar fetos?

Algunos, los más aprensivos, se negaban a esta búsqueda; pero los más nos metíamos en las alcantarillas y buscábamos algún feto para llevarlo a la comisaría y que nos dieran diez pesetas, pero no encontramos ninguno más.

Todo lo que encontrábamos era un gato muerto o un preservativo, que llenábamos de agua en la fuente y lo volteábamos en el aire para asustar a la gente que pasaba junto a nosotros.

Los solares que abundaban en el barrio estaban tapiados con vallas de tablas, nos juntábamos los chicos, nos agarrábamos a las tablas y al grito de "¡Ya!", las arrancábamos, después las hacíamos astillas, las juntábamos en los guardapolvos a modo de bolsa, íbamos hasta las pastelerías y desde la puerta gritábamos:

--¡Hay leña por escorza!

Salía alguien de la pastelería y a cambio de la leña nos daba todos los pasteles que se les habían roto. Llamábamos "escorza" a los pasteles rotos y "garulla" a las galletas rotas.

Aparte de los amigos, en el barrio había personajes típicos, que ya eran clásicos. Eran gentes que por distintas circunstancias estaban involucrados en nuestra infancia, como si nos pertenecieran.

La Jaleo debía tener alrededor de veinticinco años. Tenía también dos cejas anchas y negras y un culo gordo que movía mucho al andar, de aquí para allá o de allá para aquí.

La Jaleo no se llamaba Jaleo, pero ninguno sabíamos su nombre y a ella no le importaba que la llamáramos Jaleo. La llamábamos así porque cantaba siempre eso de: "Señores, venga jaleo...". La Jaleo se reía siempre. Era como si sólo tuviera una

expresión, ésa. Los chicos nunca le estropeábamos su risa porque hacíamos lo que le gustaba a ella, que era mirarle los muslos y el vello que asomaba por los laterales de las bragas cuando se levantaba la falda. Nos dejaba que le pasáramos la mano por la entrepierna, pero siempre por encima de las bragas.

La Jaleo no lo hacía gratis, cobraba diez céntimos, el mismo precio que costaba ver dos películas en un cine al aire libre. Decía el Julián, el de la escalera B, que él le había visto el chocho a la Jaleo y que hasta había dejado que se lo tocara por dos pesetas, pero nadie se lo creía.

La Jaleo vivía sola en una de las buhardillas más pequeñas del mismo pasillo donde vivíamos nosotros, en la casa de vecinos pobres; era la primera buhardilla, estaba al principio del pasillo, daba a un patio interior y sólo tenía la cocina y una habitación, claro que a ella le bastaba con esto, porque no tenía más muebles que una mesa de cocina, dos sillas y un camastro, ni más parientes que una gata, que no era pariente, pero como si lo fuera.

Años después, cuando los chicos nos hicimos hombres, la Jaleo pasaba junto a nosotros con la misma sonrisa; pero ya no nos enseñaba los muslos. Hacía constantes viajes a la taberna del señor Urbelino a buscar una jarra de vino y un poco de escabeche, debía ser para tomarse el vino con algo, y volvía a pasar junto a nosotros, con su misma sonrisa; pero sus muslos no debían ser los de antes, porque su andar ya no era firme. No sé cuándo habrá muerto ni dónde estará enterrada. Ni siquiera sé si su nombre está escrito en alguna lápida, pero la Jaleo es uno de los aguafuertes que aún están vivos en el desordenado desván de mi memoria.

Tenía el aspecto de un busto de Benlliure que iba a ser colocado en alguna glorieta. El hombre del carrito venía casi a diario y se detenía junto a la acera, cerca del portal de nuestra casa. Pelo negro y cejas tupidas, los pómulos como dos pequeñas pirámides colocadas a los costados de la cara, las dos piernas cortadas muy por encima de las rodillas. Nunca supimos la causa de su mutilación, nos llamaba más la atención el carrito en que iba subido. Un carrito con dos ruedas de una pequeña bicicleta y como animal de tiro un perro blanco con manchas negras, o negro con manchas blancas, que cuando se detenía sacaba la lengua para evacuar por ella el esfuerzo de tirar del carrito con aquel busto humano.

El hombre del carrito no pedía, no era necesario, la gente del barrio le daba comida para él y para su perro, también algunas monedas.

El hombre del carrito tocaba la armónica, como si su mutilación no fuera suficiente para justificar su mendigar.

Cuando terminaba su actuación y recogía el premio en alimentos o monedas se alejaba, hasta hacerse un punto en el fondo de la calle.

En aquella época, cuando se inauguraba una frutería, una huevería, una tienda de comestibles o cualquier otro tipo de negocio, los dueños contrataban una banda de músicos, ponían en la calle varias mesas con limonada y a veces algunos dulces o almendras, nueces y avellanas, y era libre el consumo para cualquiera que pasara por allí en ese instante. Los chicos del barrio nos acercábamos a los músicos, nos poníamos frente a ellos y chupábamos medio limón. A los que tocaban instrumentos de cuerda esto les traía sin cuidado, pero a los de instrumentos de viento se les llenaba la boca de saliva y no podían hacer sonar su trompeta o su saxofón. Este es un fenómeno extraño que ni sé de quién lo aprendimos, pero no fallaba nunca. Para los músicos de viento era algo insuperable: por más que trataran de ignorarnos acababan mirándonos y dejaban de tocar; después venía el "¡La madre que os parió, hijos de puta!" y la carrera, esquivando los golpes que nos lanzaban. Luego, nos moríamos

de risa.

Otro de nuestros juegos favoritos era el de espantar parejas. Este juego lo practicábamos de noche.

Pegado al museo de Ciencias Naturales había un cuartel de la Guardia Civil y cerca del cuartel unas canchas de tenis, que durante la noche estaban abandonadas. En un costado de la cancha había un muro de ladrillo y ahí iban las parejas a hacer "guarrerías", que decíamos los chicos. Cada uno de nosotros llevaba una lata grande y un palo. Nos acercábamos sigilosamente y cuando las parejas estaban al borde del orgasmo, comenzábamos a golpear las latas, que armaban un gran estruendo. Las mujeres, asustadas, se subían las bragas y se bajaban las faldas, mientras los hombres nos llamaban hijos de puta, se cagaban en la madre que nos parió y, con la bragueta desabrochada y la pilila fláccida por el susto, trataban inútilmente de darnos alcance.

Era curioso que en aquellos solares de mi barrio crecieran matas con tomates de un tamaño superior al de cualquier huerto. Nosotros, día a día, vigilábamos la mata y cuando los tomates tenían el color rojo y un tamaño considerable, los arrancábamos y con un poco de sal, que llevábamos en un papel, nos los comíamos; aquello era un festín. Alguien, un día, nos explicó por qué aquellos tomates sabían tan ricos. En aquel barrio entonces lleno de solares, cualquier ciudadano entraba en uno de ellos, se bajaba los pantalones y hacía sus necesidades, después se limpiaba con una piedra o con un manojo de hierba y si el individuo había comido tomate, expulsaba las pepitas, que con el abono de su caca hacían que creciera una mata que daba unos tomates superiores a los de los huertos. Algunos no volvieron a comerlos nunca, por el contrario otros nos pasábamos los días vigilando los solares para comer aquellos tomates tan ricos a los que les pusimos de nombre "tomates culones".

A pesar de haber tantos solares, un día, al volver del colegio, bajando por García de Paredes no pude llegar a ninguno. No puedo saber qué fue lo que me provocó aquellos retortijones, tal vez los altramuces, que los chicos llamábamos "chochos" y que había comido en cantidad, lo cierto es que de vez en cuando me tenía que parar y apretar las piernas con fuerza. El retortijón se paralizaba un instante, pero apenas había dado unos pasos, me volvía de nuevo. No lo pude evitar y antes de llegar a Zurbano me cagué.

Llegué hasta mi casa caminando con dificultad, tratando de evitar que la cosa no pasara de los calzoncillos y lo conseguí. Cuando mi abuela abrió la puerta notó que algo extraño me pasaba, pero no dije nada. En la casa no había nadie más. Me metí en mi habitación, me quité los pantalones y los calzoncillos. Los pantalones milagrosamente no se habían ensuciado, pero los calzoncillos olían que apestaban.

Como no me atrevía a decir nada, metí los calzoncillos en un paraguas con idea de lavarlos aprovechando que mi abuela saliera a hacer algún recado. Me puse unos calzoncillos limpios. Mi abuela no salió, dejé los calzoncillos dentro del paraguas.

Ese día no pasó nada; pero el destino quiso que, al día siguiente, viniera de visita una amiga de mi abuela, que estaba casada con un senador. Cuando terminaron de hablar y la señora del senador se disponía a salir empezó a llover. Mi abuela le dio el paraguas. Cuando la señora del senador llegó al portal, abrió el paraguas para salir a la calle y los calzoncillos le cayeron en la cabeza. Se armó la de Dios es Cristo.

Aparte de la paliza, me hicieron lavar los calzoncillos. Y eso no fue lo más grave, lo peor fue que alguien que estaba en el portal cuando abrió el paraguas la señora, lo comentó y se enteró todo el barrio de que me había cagado en los pantalones.

En otro solar, no el de las zanjas ni el de los "tomates culones", en otro, en la esquina de Zurbano y Abascal, estaba la cabra de la señora Luisa.

La cabra de la señora Luisa debía ser muy lista, estoy seguro que hasta sabía que el destino de las cabras es el de surtir de leche durante su juventud y servir unos cuantos kilos de dura carne en su vejez.

La cabra de la señora Luisa se pasaba el día en el solar. Se alimentaba de hierba, cardos y trozos de periódicos. Lo mismo se comía una flor silvestre, que la noticia de un cambio de Gobierno.

Todas las tardes, a las cinco como en el poema de Lorca, a las cinco en punto de la tarde, la señora Luisa soltaba a la cabra de la larga cuerda con que estaba atada, abría la puerta del solar y la cabra emprendía una carrera hasta la tienda de la señora Luisa. Allí era ordeñada y dormía hasta el día siguiente, en que volvía de nuevo al solar.

A las cinco de la tarde de un día de sol, yo jugaba con otros chicos del barrio a la pelota. Vi venir a la cabra en su veloz carrera, como todos los días, me quité el guardapolvos y me dispuse a darle un pase que dejara boquiabiertos a mis amigos. Yo no debía estar muy ducho en materia taurina porque la cabra acertó a toparme en la barriga, obligándome a expulsar el aire de mi estómago y el de mis pulmones. Caí de espaldas, mis amigos se desternillaban de risa y gritaban: "¡Que le den la oreja, que le den la oreja!" No cesaron de reír hasta que la cabra de la señora Luisa estuvo en la tienda ordeñada y dormida.

Creo que este percance no me hubiera ocurrido de haber nacido en otro país, pero mi sangre española fue la que me dio ese impulso taurino con la cabra de la señora Luisa que en paz descanse.

Por el barrio desfilaban toda clase de atracciones, los gitanos con la cabra, el mono y el camello. Los chicos nos subíamos en el camello y nos llenábamos de pulgas. El mono tenía un palo en la mano, el gitano decía: "¿Cómo hacen los pastores cuando llevan las ovejas al campo¿" y el mono se colocaba el palo por detrás del cuello y ponía sus brazos sobre los extremos del palo; cuando el mono terminaba la actuación le tocaba el turno a la cabra, el gitano tocaba la trompeta y la cabra subía por una escalera hasta que al llegar a la cima se quedaba quieta con sus cuatro patas en un pequeño tocho de madera.

Los chicos seguíamos a los gitanos, y eso que en casa nos advertían que nos podían raptar, pero bastante tenían los gitanos con tener que alimentar a la cabra, al mono y al camello.

A los que también seguíamos siempre era a los de las marionetas, que los chicos llamábamos "curritos". Hacían una corrida de toros con los muñecos y a la hora de matar el "currito" que hacía de matador se colocaba delante del toro con su muleta y el estoque y con su voz aflautada de "currito" preguntaba:

--¿Por dónde le pincho? ¿Por el morrillo o por detrás que tiene un agujerillo?

Y los chicos gritábamos:

--¡Por el agujerillo!

Había otro personaje típico que frecuentaba el barrio, éste, al igual que los cantadores de crímenes, hacía su espectáculo en la glorieta de la Iglesia o en Quevedo. Era un negro. Ponía en el suelo un pañuelo extendido para que le echaran en él las monedas. La gente se iba acercando hasta que se formaba un grupo a su alrededor. No hacía su número si en el pañuelo no había dos pesetas. Cuando contaba las monedas y se cercioraba de que ya había alcanzado la cantidad exigida para su actuación, recogía las monedas se las metía en el bolsillo, sacaba varios ladrillos de una bolsa y se los

rompía contra la frente. A cada ladrillazo que se daba el público respondía con aplausos. En la frente tenía un abultado callo de los golpes que se daba para romper los ladrillos.

Ahora, a mi edad, sigo sin entender el grado de crueldad a que puede llegar el ser humano. Y no me estoy refiriendo a aquellos años donde la ignorancia era lo cotidiano; aún hoy, cuando está a punto de finalizar el siglo XX, se celebran fiestas en nuestro país en las que mozos del pueblo arrojan una cabra desde un campanario o pasan con sus caballos al galope y arrancan las cabezas de unas gallinas o gallos vivos, que están atados a una cuerda por las patas, o se corre detrás de un lechón untado de manteca a ver quién es capaz de cogerlo. A veces se hace con un conejo sin untarle grasa. En el año 1953, mientras rodaba una película en un pueblo cercano a Madrid, fui testigo de cómo soltaban un conejo, todos los mozos del pueblo corrían persiguiendo al conejo, se abalanzaban sobre él y al finalizar se levantaban muertos de risa, llevando cada uno en las manos un trozo del conejo.

Aquella crueldad morbosa de la gente alrededor del negro que se rompía los ladrillos en la frente es uno de los aguafuertes que tengo archivados en el desván de mi memoria.

Lo dijo Mark Twain: "A mi edad, cuando me presentan a alguien, ya no me importa si es rico, pobre, negro, blanco, judío, musulmán o cristiano, me basta y me sobra con saber que es un ser humano. Peor cosa no podía ser". Por suerte no todos los personajes que pasaban por el barrio eran siniestros. Había uno, del que nunca supimos el nombre, que iba siempre con sandalias, un pantalón de tela muy fina y una camisa, lo mismo en invierno que en verano. Llevaba en una bolsa de red frutas de varias clases, manzanas, peras, ciruelas y también zanahorias y tomates. Nunca, ni en los inviernos más crudos, cambiaba de ropa.

Tenía una larga barba blanca y una larga melena, blanca también, para nosotros era como un apóstol o el propio Mesías.

Dejaba la bolsa en el suelo y con un gesto hacía que nos acercáramos a él. Ni pedía ni daba. Nos contaba historias en verso. Siempre, todo lo que decía era en verso. Recuerdo una de las historias:

Era una hermosa doncella,
en un castillo encerrada
en lo más alto del monte.

Pasaba noches enteras,
siempre fija su mirada
en el lejano horizonte,
esperando a un caballero
que luchaba en las cruzadas.
El caballero murió,
en un cruzarse de espadas.
Y la princesa siguió,
en el castillo encerrada,
y en el castillo murió,
sin saber del caballero,
a quien ella tanto amaba.

Los chicos nos divertíamos con aquellas historias en verso, pero lo más divertido de todo era que si alguno decía algo, él contestaba en verso.

Algún chico:

--¡Más fuerte que no oigo nada!

Y el hombre, sin inmutarse, decía:

--Para lo que estás pagando, bastante estás escuchando.

Un día me puso una mano en la cabeza, en mi corte de pelo al rape -o al dos con flequillo que viene a ser lo mismo, era el corte de pelo clásico de casi todos los chicos del barrio-, paseó su mano por mi cabeza y metió los dedos de su otra mano en su cabellera y dijo:

La melena en el león,
es un signo de arrogancia,
en el hombre de prestancia,
y en algunos de ignorancia,
darle forma de melón.

Era un personaje encantador y al mismo tiempo misterioso. ¿Qué hacía? ¿De qué vivía? ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde venía? Nunca lo supimos. Y lo que les digo a continuación les puede parecer extraño, pero le seguí viendo después de finalizar la guerra, exactamente igual que como le veía de niño, con la misma ropa, la misma melena, la misma barba y su bolsa de red con la fruta dentro. No creo en los milagros, pero algo hay de misterioso en este personaje. Estoy convencido de que existe, que aún está entre nosotros.

Otro personaje que recuerdo con cariño es Gerardo, el peluquero que, cumpliendo órdenes de mi abuelo, me cortaba el pelo al dos con flequillo. La peluquería estaba en la calle de Trafalgar cerca de la plaza de Olavide, el corte de pelo valía treinta y cinco céntimos, pero en mi casa me daban cinco céntimos más para la propina, que Gerardo nunca me aceptaba. Me decía: "Para que te compres una bicicleta". Gerardo, mi peluquero, tenía un sentido del humor fuera de lo común.

Un día, mientras me pasaba la máquina de cortar el pelo por la cabeza, en los dos sillones que estaban junto al mío había dos individuos que hablaban de caza y presumían de tener, cada uno de ellos, el mejor perro de caza. Gerardo me guiñó un ojo, se dirigió a los dos individuos y dijo:

--El mejor perro de caza que hay es el mío, no se le escapa un conejo y eso que es cojo.

Los dos individuos le miraron sin decir nada. Luego uno de ellos dijo:

--¿Cojo?

Y Gerardo siguió:

--Sí, un día, estando de cacería en un monte de Toledo mi perro corría detrás de un conejo y uno de los que venían conmigo disparó la escopeta y en lugar de darle al conejo le dio a mi perro. Le tuvieron que cortar una pata delantera menos mal que fue la izquierda.

Los individuos estaban intrigadísimos.

--¿Y cómo puede cazar con tres patas?

Gerardo dijo:

--No caza con tres patas, caza con dos.

Los individuos estaban cada vez más asombrados.

--¿Con dos?

--Sí, porque cuando el veterinario le cortó la pata, yo le puse una pata de palo y en la punta de la pata una tuerca de las que se usan para sujetar las traviesas de las vías

del tren. Se esconde y cuando pasa un conejo le sujeta con la pata buena y con la de la tuerca le da un golpe en la nuca al conejo que lo deja tieso.

Al concluir, los dos individuos empezaron a reírse -y yo también-, pero le habían creído hasta la mitad de la historia.

Gerardo era un tío simpático y gracioso, siempre de buen humor.

Faustino, el cartero, también era muy querido por toda la vecindad. Entraba en el portal, andando de costado por el peso de la cartera de cuero que llevaba colgando del hombro, llegaba hasta el patio, sacaba un puñado de cartas, hacía sonar un silbato, esperaba unos segundos y luego gritaba: "Aurora Parrado, Domingo Belmonte, Consuelo Tabares, María del Pilar Montesa, Alfonso Gómez Paz, Isidoro Ruiz, Mercedes Olivos Castro, José Ganchegui". Y los aludidos bajaban a buscar las cartas, o las postales, así, los vecinos nos enterábamos de que habían recibido carta Aurora Parrado y Domingo Belmonte y Consuelo Tabares y todos los que Faustino había ido nombrando a gritos.

Unos días antes de las Navidades, Faustino encargaba en una imprenta sus tarjetas de felicitación, que nos pasaba a cada vecino para recoger su aguinaldo.

Chamberí, mi barrio, como todos los barrios de Madrid, tenía su tonto.

El tonto de mi barrio se llamaba Benito.

Benito, el tonto de mi barrio, se ganaba la vida rifando pichones. Vendía cartas de aquellas barajas pequeñitas que había en las cacharrerías. Las vendía a la entrada del mercado o en la puerta de la carnicería, de la pescadería o de la frutería. Cuando al día siguiente algún comprador de la rifa le preguntaba a Benito qué carta había salido en el sorteo, Benito respondía con una pregunta:

--¿Qué carta tiene usted?

Y si la señora o el señor decían que el seis de bastos, Benito decía que la carta premiada había sido el as de copas. A veces le hacían decir primero la carta premiada y si coincidía con la que había comprado el que preguntaba, al reclamar los pichones que había ganado, Benito, con su voz medio tartamuda, decía:

--Se man, se man volao. Los tenía en el hombro y se man, se man volao.

Nadie exigía nada a Benito, porque en realidad aquella rifa era sólo un motivo para ayudarle.

Juegos y maldades

A la salida de la misa de la iglesia de los Paúles, pintábamos en el suelo una raya con carbón, desde la pared hasta el árbol que estaba en el bordillo de la acera, y cuando estaban a punto de llegar las mujeres donde estaba la raya, gritábamos: "¡Cuidado con el alambre!" Miraban al suelo, veían la raya, se subían un poco la falda y levantaban los pies para pasar sobre ella. Y nosotros otra vez a revolcarnos de risa.

En los solares tiraban el carburo sobrante de los talleres de soldadura autógena, los chicos recogíamos el carburo, íbamos a un solar, hacíamos un agujero y echábamos en él el carburo con un poco de agua. A una lata vacía le hacíamos un agujero en la parte de abajo. Poníamos la lata sobre el carburo, la taponábamos bien con barro para que no tuviese más respiración que la del agujero, prendíamos un papel, lo arrimábamos al pequeño agujero y la lata salía disparada hacia arriba, como un cohete. Si la lata no salía disparada, es que no estaba bien taponada con el barro, entonces, por el pequeño

agujero de arriba salía una pequeña llama y los chicos decíamos: "Candileja, candileja", apagábamos la pequeña llama, nos asegurábamos de no dejarle ni un resquicio por dónde respirar, arrimábamos de nuevo un papel ardiendo y ahí se disparaba, con el júbilo de todos. Aquello era como un cabo Kennedy en barato.

Nuestros juegos eran muy variados, cada uno tenía su época. Durante los veranos jugábamos a las bolas, haciendo un gua, o a las tapas de las cajas de cerillas; marcábamos en el suelo un círculo con una tiza o un carbón, colocábamos dentro del círculo las tapas de las cajas de cerillas y desde una raya a unos diez metros de distancia tirábamos el tacón de un zapato, a ver quién sacaba más de cada taconazo. También jugábamos a los "güitos", que llamábamos a los huesos de los albaricoques: al igual que hacíamos con las tapas de las cajas de cerillas colocábamos los "güitos" en el círculo hecho con tiza o carbón, atábamos una tuerca grande a una cuerda, girábamos con fuerza la cuerda en cuyo extremo estaba la tuerca y con ella golpeábamos los "güitos" hasta sacarlos del círculo que habíamos marcado. Y jugábamos a la "toña", cortábamos un trozo del palo de una escoba, con una navaja le hacíamos una punta por cada uno de sus extremos y con el resto del palo que nos quedaba

golpeábamos a la "toña", que subía por los aires y había que acertar a golpearla antes de que cayera al suelo y ver quién la mandaba más lejos; también jugábamos a las "chapas", al "rescatao", al "rondi", al "traspasao no visto y salvo", a "a la una andaba la mula", al "Rusia al uno", a "pídola", al "zurriago por detrás", al "zurriago escondido", a las "tabas", que unas veces eran mete, saca, metecinco y arrebanche y otras, hoyo, tripa, liso y carnero.

Cuando nos cansábamos de jugar, nos sentábamos en el escalón de piedra de un colegio que estaba en la acera de enfrente de nuestra casa, muy cerca de García de Paredes, y cantábamos a coro canciones picantes.

Estaba un curita, estaba un curita
sentado en la cama, sentado en la cama,
a la medianoche, a la medianoche,
llamó a la criada, llamó a la criada.
Dame chocolate, dame chocolate.
No me da la gana, no me da la gana.
Métete en la cama, métete en la cama.
No me da la gana, no me da la gana.
Pero aquel curita, pero aquel curita,
la metió en la cama, la metió en la cama.
La quitó las bragas, la quitó las bragas.
y ella se dejaba, y ella se dejaba.
La tocó una teta, la tocó una teta,
y ella se dejaba, y ella se dejaba.
La tocó el culito, la tocó el culito,
y ella se dejaba, y ella se dejaba.

La tocó el chochito, la tocó el chochito,
y ella se dejaba, y ella se dejaba.
Para aquel curita, para aquel curita,
no hubo chocolate, no hubo chocolate,
pero la criada, pero la criada,
tuvo aquella noche, leche merengada,
leche merengada, leche merengada.

Los mayores del barrio, ya hombres, jugaban al "chito" en la acera de tierra de la calle Abascal. Colocaban el chito -un palo corto, redondo en el suelo y encima del chito las monedas. Marcaban una raya, a unos veinte metros de distancia, y desde esa raya lanzaban los "tejos", unos discos hechos de hierro pulido. Eran cuatro tejos, dos pequeños llamados "pulsos" y dos más grandes que llamaban "tacos". Los pulsos tenían que quedar cerca del chito y los tacos debían de golpearlo. Cuando acertaban a darle, el chito salía disparado. Las monedas que quedaban más cerca del tejo pulso que del chito eran las ganadas; por el contrario, las que se quedaban más cerca del chito eran las perdidas.

Uno de nosotros, de los chicos, hacíamos de lo que llamaban de "robatero". La misión del robatero era recoger el chito, los tejos y todas las monedas desparramadas, y colocar cada cosa en su sitio después de que cada jugador hiciera su tirada. También en las tareas de robatero entraba el trabajo de dar el "queo" cuando venían los guardias, porque el juego por dinero estaba prohibido.

Otras veces, los mayores compraban una sandía, la colocaban en la acera contra la pared de un edificio y lanzaban monedas de perragorda contra la sandía. Las monedas se clavaban en la sandía, ganaba el que conseguía que la moneda entrara por completo en la sandía.

En el campo de las calaveras, en Vallehermoso, donde antes había habido un cementerio, jugaban al "cané" y hacían sus ensayos los "trileros"; también allí se podía sacar una buena propina dando el "queo". Pero los que jugaban al cané eran gente muy peligrosa. Un día en que yo estaba dando el "queo", se armó una pelea y en ella le clavaron una navaja a un hombre joven; el hombre trataba de taponarse la herida que sangraba abundantemente, con un pañuelo. Todos echaron a correr y me dejaron solo con él. Me pidió que le ayudara a llegar a la casa de socorro. Pasó su brazo por detrás de mi cuello y apoyó en mi hombro la mano que le quedaba libre. Apenas habíamos dado unos cuantos pasos cuando el de la navaja pasó corriendo junto a nosotros y, sin detenerse, le dio dos puñaladas más. A mí me temblaban las piernas.

Conseguí llegar con él hasta la casa de socorro, pero nunca más volví por el campo de las calaveras. ¡A la mierda las propinas!

Yo me las rebuscaba para llegar al domingo con dos pesetas. Les limpiaba los zapatos a mis tíos, cada uno me daba diez céntimos; compraba una caja de cerillas y al anochecer me iba a la Castellana, a donde estaba la parada de los simones, y les encendía los faroles, cada cochero me daba cinco céntimos. Durante la semana, a la hora en que las mujeres venían de la compra cargadas con los capachos, yo me apoyaba en el portal y cada vez que llegaba una mujer decía: "Señora Gloria, o señora Antonia -o como se llamara la señora-: ¿quiere usted que le suba el capacho¿" Como en la casa no había ascensor y sí mucha escalera, casi todas me decían que sí, y de cada una sacaba cinco o diez céntimos. Apenas subía un capacho, ya estaba de nuevo en el portal esperando a la siguiente. También me iba hasta el hipódromo, a abrir las puertas de los coches y ayudaba a vender periódicos al señor Matías, el del quiosco de la calle Miguel ángel, subiéndome en marcha en el estribo de los tranvías.

Con todo aquello me ganaba algunas monedas, me las arreglaba para que cada domingo no me faltara mi peseta, y a veces superaba esa cifra.

En la calle Fuencarral vendían unos bocadillos de calamares que costaban veinte céntimos y los de dos sardinas de lata y un pimiento morrón quince, más diez céntimos para ir al cine de la Flor o al cine al aire libre de la calle Luchana, ahora convertido en un cine normal, y aún me quedaba para el pan de higo, las almendras, la caja de jalea, las pipas y el caramelo de coco.

Un día, en la calle de Hortaleza me encontré un billete de veinticinco pesetas, el corazón se me salía del pecho, corría con el billete en la mano pensando que sería falso. No podía creer que alguien hubiera perdido un billete de tanto valor. No paré de correr y mirar hacia atrás hasta llegar a la glorieta de Bilbao. Abrí la mano y miré el billete, me parecía bueno. Decidí que lo mejor era comprobarlo. Con la cara pálida y temblor en las piernas me acerqué a una pastelería, en el escaparate había todo tipo de pasteles, el más grande se llamaba un "chino" y valía setenta céntimos. No me atrevía a entrar, porque pensaba que si el billete no era bueno, me podían detener por intentar pasar un billete falso. Di un pequeño paseo por la calle de Luchana y traté de calmarme. Al fin lo conseguí.

El miedo había desaparecido, fui hasta la pastelería, entré y me compré dos "chinos", el hombre estiró el billete que yo había arrugado con el miedo, me dio los pasteles y la vuelta. Salí de la pastelería con los dos "chinos" envueltos y me metí por Cardenal Cisneros. Ahora tenía el temor de que el dueño del billete me hubiera seguido. Cada persona que pasaba a mi lado me hacía temblar.

Después de comerme los dos pasteles, hice cuentas de lo que me quedaba, aún tenía veintitrés pesetas con sesenta céntimos, eran las cinco de la tarde y no quería llevar dinero a mi casa; me compré un peón, varios tebeos y me bebí una horchata, pero siempre que hacía cuentas me quedaba tanto dinero que no había manera de acabar con aquello. El tiempo iba pasando y yo no podía ir a mi casa con ningún dinero en el bolsillo y, aunque tenía un escondite cerca de mi cama había levantado un baldosín donde guardaba mis tesoros que consistían en tabas, bolas o "güitos"-, si mi abuela, mi abuelo o alguno de mis tíos descubrían tanto dinero me interrogarían y no se tragarían que aquel billete me lo había encontrado en la calle. Antes de ir a mi casa tenía que consumir lo que me quedaba.

Encontré una única solución, en un puesto donde vendían libros y tebeos usados me compré novelas de Salgari y de Zane Grey, en mi casa dije que me las habían prestado. Gracias a Emilio Salgari y a Zane Grey logré librarme de aquel billete y llegar a mi casa sin dinero en los bolsillos. Sé que a quién lea esto en la actualidad le puede parecer extraño, pero les doy mi palabra de que gastarse en una tarde veinticinco pesetas era realmente imposible, al menos para mí.

Cuando recuerdo el valor del dinero de entonces, se me viene a la memoria una canción que me cantaba mi abuelo, decía:

Le voy a pedir a mi padre
una perra gorda
para comprarme un pito
y una pelota,
un molino de viento
y un Nicanor,
se tira de la cuerda
y hace pim pam pom.

Una de las cosas que más asombro me producen ahora, cuando voy a Madrid y tengo que desplazarme de un lugar a otro, son las distancias. Es como si en Madrid, alguien con poderes mágicos hubiera desplazado los monumentos y los lugares colocándolos más lejos. Los chicos de mi época éramos nómadas y nos desplazábamos de un lugar a otro como si no hubiera distancias. Lo mismo íbamos con el aro desde Zurbano o Abascal hasta Canillejas, que nos desplazábamos jugando a la "toña" hasta Atocha, lo mismo nos acercábamos al estanque de El Retiro a pescar carpas -que

después metíamos en un frasco y las vendíamos a real-, como a bañarnos en el estanque de Puerta de Hierro. Para bañarnos en el Manzanares nos daba igual ir hasta el Puente de los Franceses que al Puente de Segovia y, aunque algunas veces usábamos el tope de los tranvías como medio de transporte, casi siempre -sobre todo con el aro lo hacíamos a pie. Para nosotros estaba igual de lejos el Viaducto que la plaza de Castelar,

era como si las distancias no existieran, como si todo lo que buscábamos estuviera ahí, junto a nosotros.

Cuando íbamos a bañarnos al Manzanares, cruzábamos el parque del Oeste y al llegar al Puente de los Franceses doblábamos a la derecha, buscando un sitio donde poder nadar, que no era nada fácil porque el agua en ese poco caudaloso río nos llegaba como mucho por encima de las rodillas; por eso, algunas veces optábamos por irnos más allá del Puente de Segovia, donde el río ya estaba canalizado y cubría un poco más, aparte de que el agua, que salía por una gruesa cañería, salía calentita, imagino hoy, ya pasados los años, que eran aguas residuales de alguna fábrica que había cerca del río, pero nunca, milagrosamente, nos pasó nada. Otras veces cambiábamos de idea. Cruzando por la Dehesa de la Villa había dos estanques, uno que llamábamos el estanque de los caballos porque alguna vez habíamos visto bañar caballos en él y otro estanque, muy peligroso, que estaba al borde de una estrecha carretera cerca de Puerta de Hierro. Este estanque era profundo y en el fondo había mucho

cieno, ya se habían ahogado en él algunos chicos. El agua estaba estancada y con un olor asqueroso. Era un estanque abandonado, que seguramente alguna vez se había usado para regadío. Después cuando la República, hicieron la "playa de Madrid", cerca de El Pardo, y aquello nos parecía El Sardinero de Santander.

También íbamos a la piscina del Niágara. Una piscina instalada en el interior de un edificio de varios pisos en la cuesta de San Vicente, justo enfrente del Palacio Real y donde no entraba el sol en todo el día. El agua estaba fría, pero podíamos nadar y hasta tirarnos de cabeza desde unos salientes que había colocados en cada una de las columnas que servían de apoyo a aquel edificio, que era lo más parecido a una corrala. Era más o menos como uno de los patios de nuestra casa de Zurbano, sólo que en lugar de ser de piedra tenía agua.

Para ir hasta el estanque de Puerta de Hierro teníamos que hacerlo en el tope de un tranvía que bajaba por la Ciudad Universitaria. Apenas salir de la Moncloa, tirarse en marcha era jugarse la vida porque las vías eran iguales a las del tren, con traviesas y piedras, y el tranvía cuesta abajo iba a una velocidad endiablada. Si algún cobrador nos descubría subidos en el tope, corría la ventanilla y nos golpeaba en la cabeza con una caja de aluminio que usaban para llevar los billetes, otras veces nos tiraban a la cara puñados de arena, que utilizaban en los tranvías cuando le patinaban las ruedas, eso hacía que nos tuviéramos que lanzar en marcha, cosa que no era complicada en la ciudad, pero sí cuando teníamos que hacerlo en aquel tranvía de Puerta de Hierro.

Ahora, a mis años, no soy capaz de entender la crueldad que muchos de los cobradores empleaban contra los chicos; aunque no todos eran crueles, a algunos ya los conocíamos y sabíamos que con ellos no corríamos ningún peligro, lo más que nos hacían era, cuando el tranvía paraba, decir que nos bajásemos; pero eran los menos, la mayoría tenían mala leche y disfrutaban golpeando con su caja de aluminio en nuestras cabezas o tirándonos arena en la cara.

Muchos días nuestro juego era coger el tope del tranvía en la plaza de Isabel la Católica, llegar hasta la Cibeles y volver en otro de Cibeles a Isabel la Católica. Decía que no todos los cobradores eran crueles, pero había uno al que llamábamos El Zanahoria, porque era pelirrojo, con una enorme nariz también como el pelo, muy colorada. Era sin lugar a dudas el más cruel de todos los de la compañía de tranvías.

Sabía que íbamos subidos en el tope, pero disimulaba hasta que el tranvía alcanzaba la máxima velocidad, entonces sacaba su mano por la ventanilla y nos golpeaba en la cabeza con la caja de aluminio; con los golpes no nos quedaba más remedio que tirarnos del tope con el riesgo de rompernos una pierna, un brazo o abrirnos la cabeza. Y lo que más nos dolía era su risa al vernos caer.

Mi compañero de tope era Felipe, un chico tres años mayor que yo, que se ganaba la vida como limpiabotas. Felipe tenía una increíble habilidad para subirse a los topes en marcha. Se la tenía jurada a El Zanahoria.

El Zanahoria, igual que otros cobradores, llevaba, a un lado de la plataforma trasera, una banqueta parecida a una mesita que en la parte de arriba tenía una almohadilla para sentarse; la banqueta tenía una puerta sin llave y dentro, El Zanahoria llevaba una fiambrera, tartera que le llamaban en mi casa, con la comida o el almuerzo y una botella de vino. No sé cómo se las arregló mi amigo Felipe el limpiabotas, pero con su gran habilidad arriba del tope de los tranvías, aprovechó que El Zanahoria estaba en la plataforma delantera hablando con el conductor, se puso de pie en el tope, llegó hasta el estribo, metió la mano y la sacó con la fiambrera de El Zanahoria, y sin bajarnos del tope nos comimos la tortilla y los boquerones fritos que había en la tartera, y Felipe, tengo presente la imagen, subido en el tope, se bajó el pantalón, se cagó dentro de la tartera y la puso de nuevo en el lugar de donde la había cogido. Luego nos tiramos del tope y nos sentamos en un banco de

la Castellana a morirnos de risa imaginando la cara de El Zanahoria cuando llegara la hora del almuerzo, abriese la fiambrera y se encontrara dentro una mierda. Felipe cuando cumplió los diecisiete años se quiso ir de polizón en un barco a América, y para llegar hasta Valencia lo hizo subido en el techo de un tren. La Guardia Civil le detuvo y en un descuido se escapó y de nuevo se subió al techo del tren. Cuando corría por el techo, huyendo de la pareja de la Guardia Civil, le dispararon y murió de dos balazos en el vientre. Aquello fue un crimen. Felipe era un excelente muchacho y no merecía morir de esa manera.

En el colegio nos seguían explicando lo de la Santa Cena y lo del cielo y el infierno y lo del purgatorio y que el Ebro nacía en Fontibre cerca de Reinosa y que desembocaba en el Mediterráneo por Amposta y que tenía afluentes por la derecha y por la izquierda que se llamaban Arga, Aragón, Gállego y Segre y alguno más y que el río Ebro recorría 928 kilómetros. Yo me lo aprendía de memoria y aún a esta altura de mi vida me lo sé, pero me sigue pasando lo que me pasaba entonces, que me importa tres puñetas si el Ebro nace en Fontibre, como si nace en Lugo. Nunca, ni siquiera ahora sé dónde nace el Manzanares, que era mi río, el río donde yo iba a bañarme cuando hacía novillos y no iba al colegio, y no solamente no sé dónde nace ni dónde muere, sino que ni siquiera me tomo la molestia de informarme, pero en los colegios tratan o pretenden convertir el cerebro de los niños en enciclopedias. Todavía no logro entender por qué los frailes se empeñaban en que nos aprendiésemos de

memoria el nombre de los reyes godos que en paz descansen, pongo por caso. Para mí era algo así como si nos dieran un paseo por el cementerio de la Almudena y al salir supiésemos de memoria los epitafios de las tumbas. De todos modos, esas cosas que nos enseñaban los frailes me han sido muy útiles en algunos momentos de ocio para llenar crucigramas.

Y a propósito de los reyes godos, los chicos hacíamos maldades a los que pasaban por nuestra calle y que no eran del barrio, o a los que llegaban como nuevos inquilinos a la casa de Zurbano 68.

Uno de los juegos era el del "rey cojo". Uno de nosotros hacía de rey cojo, andaba saltando sobre un solo pie, porque con el otro pie, con el que no apoyaba en el suelo, intencionadamente, había pisado un moñigo de caballo o la cagada de un perro. Otro hacía de caballo y al novato le decíamos que hiciera de estribo. El que hacía de caballo se agachaba, el que no era del barrio hacía de estribo, entrelazaba los dedos y colocaba las manos en forma de estribo. Llegaba el "rey cojo" andando sobre un solo pie, apoyándose en el que hacía de lacayo, colocaba en las manos del que hacía de estribo el pie, que se suponía no le funcionaba, y se subía encima del que hacía de caballo. Las manos del que hacía de estribo se untaban de mierda y le decíamos, para consolarle, que era pintura, pero se olía las manos y decía:

--No es pintura, es mierda.

Y los chicos nos retorcíamos de risa.

Teníamos otro, el del "palo". Nos acercábamos a un solar y untábamos un palo en una mierda (en aquella época la gente se bajaba los pantalones en cualquier solar). Cuando veíamos aparecer por nuestra calle algún otro chico que no era del barrio, simulábamos una pelea.

--A que te mojo la oreja.

--Si eres valiente, mójamela.

--Te la mojo y te rompo la cara.

--¿A quién, a mí?

--Sí, a ti.

No hay nada que despierte más curiosidad en un chico que presenciar una pelea. El que pasaba, el que no era del barrio, se paraba a mirar y los dos que estaban compinchados seguían discutiendo.

--Anda, mójame la oreja si eres valiente.

--Porque tienes el palo.

Y el que tenía el palo le decía al que no era del barrio:

--Chaval, tenme el palo.

El que no era del barrio cogía el palo por la punta que estaba untada de mierda y lo soltaba rápidamente, se miraba la mano y le decíamos:

--Es pintura.

Se la olía y decía:

--Es mierda.

Y lo mismo que con lo del "rey cojo", los del barrio nos retorcíamos de risa.

También teníamos la costumbre de untar con mierda el picaporte de la taberna del señor Urbelino. Y es que en mi barrio había mierda para regalar.

Inauguraron en la calle de Abascal, entre Zurbano y Fernández de la Hoz, en lo que antes era Wateler, un restaurante-jardín con orquesta muy elegante, que durante la noche se llenaba de gente rica. Se llamaba Jardines Abascal. Las cocinas del restaurante estaban en un semisótano y tenían unas ventanas con rejas, que quedaban a la altura de la acera de la calle de Málaga. Abajo los cocineros preparaban las cenas, los chicos del barrio nos hicimos unas cañas con un clavo en la punta y cuando los cocineros se distraían metíamos la caña por entre los barrotes de la ventana y nos subíamos, pinchado en el clavo, una croqueta o un muslo de pollo.

Confesión y comunión

Todos los primeros viernes de mes teníamos que comulgar y antes había que confesarse. Yo no sabía si lo del "palo" y lo del "rey cojo" era pecado o no lo era,

pensaba que más bien era una travesura, así que nunca lo confesaba. Antes de acercarme al confesionario, repasaba los mandamientos de la ley de Dios. Mis pecados se centraban concretamente en cuatro, el cuarto, el quinto, el séptimo y el octavo. Lo de honrar padre y madre no lo entendía en su totalidad, porque no conocía en profundidad la palabra honrar, suponía que se refería a obedecer y yo a veces lo hacía y a veces no. El quinto también tenía para mí cierta duda, porque a veces con el tirador que siempre llevaba en el bolsillo había matado algún pájaro o alguna lagartija, el séptimo, el de no hurtar no lo cumplía, porque en la frutería de García de Paredes y Fernández de la Hoz robaba manzanas y plátanos y en la churrería de Eloy Gonzalo las "puntas", ese sí lo confesaba. Y el octavo, que era el de no mentir,

también lo confesaba porque si en mi casa decía dónde había estado o dónde había ido, me podía costar una paliza. A ningún chico nos gustaba confesarnos con el padre Nicolás, porque tenía siempre la obsesión de preguntarnos si nos masturbábamos, si jugábamos con las chicas a las casitas y qué hacíamos con ellas. Lo que nunca le confesaba ni al padre Nicolás ni a ninguno, era lo de la Jaleo.

A mí el catecismo no me acababa de entrar, porque había cosas que me eran complicadas como aquello de: "Los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne". Lo de la carne no terminaba de entenderlo bien. Yo suponía que aquello tenía que ver con las tetas de mi prima Sagrario, que cuando ayudaba a mi abuela a lavar la ropa se le movían de un lado a otro.

No obstante, y aunque con muchas dificultades, iba pasando de una clase a otra superior, ya estaba en la cuarta.

Le seguía leyendo a mi abuela las noticias del periódico:

Hoy ha llegado a Buenos Aires el Plus Ultra, hidroavión pilotado por los españoles Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada. Como se sabe, el vuelo sobre el Atlántico Sur fue iniciado el pasado día 22 de enero, desde Palos de Moguer (Huelva), y en él ha venido centrándose la atención mundial, debido a la heroica audacia que el empeño suponía. Ahora, y ya felizmente coronada la empresa, los protagonistas reciben las muestras de júbilo desbordante de la población bonaerense, que se une así al júbilo que en España ha producido la noticia de este gran acontecimiento.

Y llegó el año 1931. Dos años más y dejaría el colegio y con él, los frailes. Pero en ese año las cosas iban a cambiar, 1931 fue un año muy complicado.

De Boetticher y Navarro salieron los obreros en manifestación, dando gritos contra la explotación de los trabajadores. Hubo varias huelgas. Los frailes de mi colegio estaban asustados -algunos, otros nopero en el colegio se respiraba un clima muy raro, como que algo tremendo iba a pasar.

Hubo un asalto a las tiendas de comestibles. Recuerdo que la gente rompía las lunas de los escaparates y se llevaban todo lo que había dentro, otros colocaban sobre el borde de las aceras los bidones de aceite y abrían el grifo, el aceite corría hacia las alcantarillas como el agua en los días de lluvia mientras que los dueños aterrorizados observaban desde la calle a aquella multitud enloquecida. Todos los chicos del barrio nos metimos en una de las tiendas y, aprovechando aquella locura de la gente, nos llenamos los bolsillos de caramelos, de galletas y de chocolate. Cuando llegué a mi casa y le enseñé a mi abuela el botín que había conseguido, me cogió de una oreja.

--¿Tú por qué te tienes que meter en esos líos? ¿No te das cuenta de que te puede pasar algo? Nunca más. ¿De acuerdo?

--Está bien, madre, nunca más.

Pero luego, en la calle, nos reunimos los chicos y disfrutamos del botín.

En España había grandes conflictos políticos. En Barcelona es asaltada la cárcel Modelo y son liberados seiscientos presos. El 27 de abril se impone la bandera tricolor como enseña nacional.

Como era costumbre, al volver del colegio y después de hacer la tarea, bajaba a la calle un rato a jugar con mis amigos, luego subía y ayudaba a mi abuela a poner la mesa, siempre comíamos en la cocina, el comedor sólo se usaba en las Navidades o cuando venía mi tía Capilla de París.

En las Navidades, los chicos del barrio salíamos con nuestras panderetas y nuestras zambombas -o una sartén o una cacerola, que golpeábamos con un palo-, y nos recorríamos primero toda la vecindad y luego el barrio, intentando cantar villancicos, y digo intentando porque antes de aguantar el ruido y el escándalo de las zambombas, las latas, las sartenes, las panderetas y los pitos, muchos preferían darnos algo para que nos fuésemos con la "música" a otra parte. Con tanto ruido lo único que hacíamos era darle la tabarra a la gente. Yo creo que, cuando nos daban algo, lo hacían con la única intención de perdernos de vista. No obstante, al final, al sentarnos a hacer el reparto disfrutábamos con las nueces, el turrón, las almendras, las castañas y el mazapán, pero sobre todo con el dinero, que nos servía para comprar rodamientos y hacernos los carros de "roza", como llamábamos a los carros y los patines que nos fabricábamos con las ruedas de rodamientos.

En mi barrio sólo había una calle asfaltada, la calle Fortuny, y ahí era donde íbamos a disfrutar con nuestros carros de "roza".

Los carnavales se celebraban en el paseo de la Castellana, muy cerca de nuestra casa. Casi todos los chicos nos disfrazábamos de "destrozona". El disfraz de "destrozona" consistía en ponernos una falda y una blusa de alguna mujer de nuestra casa y un pañuelo en la cabeza, rellenábamos con trapos el pecho para simular las tetas y nos poníamos una almohada debajo de la falda en la parte de atrás, para simular el culo, en la mano una escoba y en la cara una careta de cartón. Nos íbamos hasta la Castellana y pretendíamos mezclarnos con la gente, que iba detrás de las carrozas con unos disfraces vistosos. Los guardias, que mantenían a la gente en las aceras, no nos dejaban pasar.

--Nosotros podemos pasar porque estamos disfrazados -decíamos.

--¿Disfrazados? ¡Vamos niños, iros a hacer puñetas!

Pero siempre encontrábamos un hueco y conseguíamos colarnos. Nos poníamos detrás de las carrozas y recogíamos caramelos y serpentinas.

Pepe el de la Carola se disfrazó de vagabundo con un abrigo, una gorra y unos zapatos viejos. En el hombro llevaba un palo y en el extremo del palo un pañuelo anudado lleno de piedras. Hacía como que no se daba cuenta y cuando pasaba alguien que no era del barrio se giraba y le golpeaba en la cabeza con las piedras que llevaba en el pañuelo, luego pedía perdón, pero el que recibía el golpe se llevaba la mano a la cara o a la cabeza y decía: "Joder, casi me salta un ojo". Y nosotros nos mondábamos de risa.

Un año me disfracé de Charlot con una chaqueta negra y unos pantalones que me prestó el señor Domingo, un vecino de la buhardilla, que era músico, mejor dicho, había sido músico y ahora se dedicaba a copiar partituras, pero aún conservaba un traje de etiqueta; él me consiguió también un sombrero muy parecido al de Charlot, un bastón y unos zapatos, que me estaban grandes. Me pinté el bigote y las cejas con un corcho quemado y me fui a la calle pensando que nadie me reconocería. Todos los que pasaban a mi lado me decían:

--Adiós, Miguelín, ¡qué disfraz tan bonito!

Al principio me dio rabia que me identificaran, pero luego me empezó a gustar. Ese año, los guardias me dejaron pasar, porque ese año sí que iba disfrazado.

Hubiera deseado que el Carnaval durase todo el año.

En el mes de julio se celebraba la verbena del Carmen, todos los juegos y las tómbolas se montaban en las calles de Eloy Gonzalo, álvarez de Castro y Trafalgar. La verbena olía a aceite de churros. Los chicos de mi barrio íbamos a la verbena y como los caballitos funcionaban a mano, el dueño nos "contrataba" para empujar.

Cuando los caballitos, gracias a nuestro impulso, empezaban a dar vueltas, nos dejaba subirnos en marcha y viajar gratis, hasta que se paraban y volvíamos a empujar de nuevo. En la calle instalaban merenderos, a los que se podía llevar comida, sólo había que comprar la bebida; algunas noches, mi abuela preparaba una tortilla y unos filetes empanados y cenábamos en uno de ellos. Para mí aquello era una fiesta. Había un aparato para probar la fuerza, en ese aparato por un real daban un mazo para golpear en una madera que había en la parte de abajo, al golpear con el mazo una pieza de hierro pesada subía por un carril y si la pieza de hierro llegaba a la parte de arriba se encendía una luz, sonaba un timbre, se abría una pequeña sombrilla o paraguas y el hombre encargado del aparato daba como premio una palomita de yeso, con una especie de escarcha brillante, que se sujetaba con un imperdible. Cuando alguno, con aspecto de hombre fuerte, pagaba el real y cogía en sus manos el

mazo, la gente esperaba el golpe, el hombre le daba la chaqueta a su mujer o a su novia, se escupía las manos, echaba el mazo hacia atrás y lo dejaba caer con fuerza sobre la madera que hacía de resorte, la pesada pieza de hierro subía hasta arriba, se encendía la luz, sonaba el timbre, se abría la sombrilla y la gente le aplaudía, el encargado del mazo le daba la palomita de yeso con escarcha y el ganador y su novia se iban cogidos del brazo, él con actitud de héroe y ella con una sonrisa y mirando a la gente como diciendo: "¡Qué macho es mi hombre!" También las barcas había que empujarlas a mano, hasta que los que iban subidos en ella hacían un movimiento que les permitía manejarse por sí solos. La noria sí tenía motor y también tenía motor eso que llamaban el "güitoma", que eran unos pequeños asientos colgados de una cadena que al girar a gran velocidad hacían que las mujeres gritaran y los hombres se desternillaran de risa.

Había muchas barracas de tiro al blanco, algunas con pelotas de trapo y otras con escopetas de aire comprimido. La más famosa era una en la que, cuando se daba en la diana, se abría una puerta y por ella salía un muñeco; por unas vías el hombrecito llegaba hasta el tirador llevando en las manos una bandeja con una botella de sidra o una pulsera, dependía de si era hombre o mujer el que acertaba en la diana. Antes de que se abriera la puerta se escuchaba una voz que decía: "Rosita para una niña" o "Rosita para un caballero".

A los chicos las que más nos gustaban eran unas que tenían una cama y en la cama una mujer acostada con un camisón transparente. Se tiraba con unas pelotas de trapo muy duras y cuando el tirador acertaba a dar en la diana, la cama se volcaba y la mujer caía al suelo, con su camisón transparente.

A veces se les salía una teta y los hombres le decían cosas mientras los chicos disfrutábamos.

En todas las verbenas había maricas que se aprovechaban del bullicio para meter mano a los chavales.

Una de las noches que estábamos en una tómbola viendo el sorteo, vino el Pedrín, uno de los chavales de mi barrio que usaba gafas y me dijo:

--Miguel, Miguel, ahí hay un señor que te hace una paja y no te cobra.

A todos nos dio un ataque de risa.

Lo que le pasó al Pedrín le pasó porque, además de ser miope, era medio "gilí", y como nos había oído decir que en la cuesta de Moyano había unas pajilleras que por veinte céntimos te hacían una paja, debió creer que lo suyo había sido una ganga.

Los maricas también merodeaban por los barrios y aprovechaban para meter mano a los chavales. Un día pasó uno por nuestra calle, estábamos jugando al fútbol y se acercó a nosotros.

--Soy representante del Real Madrid y estoy buscando chavales para el equipo infantil.

Uno a uno nos fue tocando los músculos de las piernas por fuera y por dentro. Quedó en volver al día siguiente para llevarnos al campo del Real Madrid y hacernos una prueba. No volvió nunca más, pero el marica nos dio un magreo a todos.

Alfonso XIII abandona Madrid

Ya estábamos en el mes de marzo, yo cumplí los doce años, luego vendrían las vacaciones, acabaría la cuarta clase y ya me quedarían solamente dos para terminar el colegio y buscar un trabajo en cualquier oficio, que era lo que yo quería y lo que querían en mi casa.

En abril de ese año leímos en el periódico una noticia que habría de provocar grandes cambios en el país.

El rey Alfonso XIII ha abandonado Madrid con su familia, rumbo a un puerto del Mediterráneo desde el que se supone saldrá para el extranjero. Aunque no ha abdicado ni renunciado formalmente al trono, Alfonso XIII antes de partir ha manifestado que acepta la voluntad nacional. El que hasta ahora fue comité revolucionario, compuesto por Niceto Alcalá Zamora, Manuel Azaña, Indalecio Prieto, Largo Caballero, Miguel Maura y algunos otros dirigentes republicanos, se ha erigido en Gobierno provisional de la República. El cambio de régimen, que se ha celebrado en toda España con gran entusiasmo, se ha llevado a cabo sin alteraciones de orden público y sin que haya habido que lamentar incidentes de ninguna clase.

Había un gran revuelo en las calles, gentes que gritaban. Los obreros de Boetticher y Navarro abandonaron el trabajo dando vivas a la República. Era el 14 de abril. Hacía un mes que yo había cumplido los doce años, ya sólo me faltaban dos para estar entre aquellos obreros, porque mi tío Manolo ya había hablado para que al cumplir los catorce entrara de aprendiz. Uno de los obreros me colgó un letrero al cuello que decía: "¡Viva la República!" Nos acercamos hasta la casa de don Niceto Alcalá Zamora, en Martínez Campos casi esquina a Zurbano.

Yo no tenía idea de qué significaba la República, ni de si era buena o mala, pero como vi a los obreros tan contentos, imaginé que era buena, y me uní a ellos coreando los gritos y los vivas.

Alcalá Zamora se asomó a uno de los balcones de su casa y después de un saludo con la mano, nos dirigió un breve discurso. Desde ahí nos fuimos a la Puerta del Sol. La Puerta del Sol estaba abarrotada de gente. Llevaban pancartas que, como en la que a mí me habían colgado del cuello, se leía: "¡Viva la República!"

Ya en el barrio, un grupo de gente me incitó a que pusiera una bandera republicana en la mano de la estatua del general Concha, conmemorativa de la batalla de Castillejos, que está en la Castellana, entre Abascal y María de Molina. Haciendo grandes esfuerzos y ayudado por algunos chicos del barrio, conseguí subir hasta la

estatua, pero cuando me deslizaba por el brazo hacia la mano del general, perdí el equilibrio y caí desde aquella altura hasta el suelo, me hice una brecha en la cabeza y me dejé la mitad de un diente en el pedestal de piedra de la estatua. No me maté de milagro, pero me aplaudieron como si hubiera ganado una batalla.

Desde abril de 1931 hasta el comienzo de la Guerra Civil, ocurrieron muchísimas cosas que para mí resultaban muy confusas. En mi casa, como cada noche durante la cena, comentaban los acontecimientos del día, y yo, aunque seguía siendo nada más que un chico sin voz ni voto, empezaba a tomar conciencia de que algo grave iba a pasar en España.

Seguía yendo al colegio, pero había habido cambios: algunos frailes se pusieron del lado de la República y continuaron dando clases, otros habían abandonado el colegio y no se sabía nada de ellos. Juanito García Sellés y yo seguíamos, cartera al hombro, con nuestros cuatro viajes diarios de casa al colegio y del colegio a casa. En el mes de junio, como cada año, nos dieron las vacaciones y como cada verano nos lo pasamos en la calle jugando al fútbol hasta que se hacía de noche y no se veía la pelota.

Alguno de mis tíos, no sé cuál de ellos, me hizo de una cosa que no sé si era del Partido Socialista o del Partido Comunista, algo así como, después, durante la dictadura, los Flechas y Pelayos. Se llamaba Salud y Cultura y nuestro uniforme era nuestra ropa de diario, pero llevábamos en la cabeza un gorro como el de los marinos americanos, que llamaban "merengue" y en el que mi abuela me había bordado con hilo rojo las siglas S. C. También llevábamos en el cuello un pañuelo rojo. Bajábamos por la cuesta del parque del Oeste hasta la Casa de Campo, cantando:

Somos de Salud y Cultura
nos queremos como hermanos
y el que nos quiera pegar
en la Casa Campo estamos.
Se le empinó, se le empinó
se le empinó para marchar,
para marchar,
y aunque venga la Legión,
va adelante el batallón.
Se le empinó,
se le empinó.

En la Casa de Campo nos daban charlas sobre el mal trato que le daban los patronos a los obreros, sobre la explotación de los campesinos a manos de los terratenientes y que esto se iba a acabar, que España era el país con más analfabetos del mundo y que un político republicano había dicho que España no sería una nación hasta que, en los pueblos, la escuela fuese más alta que la torre de la iglesia; que nosotros éramos el futuro y que teníamos que aprender a defender los derechos de los trabajadores.

Después nos daban una merienda y jugábamos hasta el final de la tarde, que volvíamos a casa.

Y en una de esas tardes en que volvía a casa, me llegó la liberación: mi tío Ramón se había alistado al cuerpo de Guardias de Asalto y le habían destinado a Málaga. Se fue tres días después. Para mí, aquello era un sueño, se acabaron los pedos y los sustos. Toda la habitación y la cama eran sólo y exclusivamente para mí.

Se crearon las escuelas de Artes y Oficios nocturnas; como a mí me gustaba mucho el dibujo, me anoté en una de estas escuelas en la calle de la Palma, y aunque a

mí el dibujo que me gustaba era el artístico, mi tío Manolo me convenció para que estudiara dibujo lineal, argumentando que cuando empezara a trabajar en Boetticher y Navarro me iba a ser muy útil. Y así fue como todas las tardes, después del colegio, me iba hasta la calle de la Palma a estudiar dibujo lineal. Esto me quitaba muchas horas de juego con los amigos del barrio, pero el dibujo me iba gustando cada día más. Mi tío me había comprado una caja de dibujo con un compás y un tiralíneas, una goma de borrar, un lapicero, un cuaderno, un cartabón y una regla. Aquel material era para mí un tesoro. Durante muchos años había soñado con tener una de esas cajas.

Y alternando el colegio con las clases en la escuela de Artes y Oficios y mis juegos con mis dibujos llegó 1932. En marzo había cumplido los trece años, me faltaban sólo tres meses para terminar la quinta clase y en otro año más la sexta y última, Ya con catorce años dejaría el colegio y empezaría a trabajar de aprendiz. Pero cometí la torpeza de gastarle una broma pesada al hermano Serafín, el de la quinta clase. Yo estaba, como era mi costumbre, haciendo modificaciones en el libro de Historia. En una ilustración estaban los Reyes Católicos recibiendo a Cristóbal Colón a su regreso de las índias. Pinté un globo sobre la cabeza de Isabel la Católica y dentro del globo una frase que decía: "Si no fuese porque mi marido es muy celoso, le daba un beso en el morro que se lo destrozaba". Y de la boca del rey salía otro globo que decía: "Pues por mí no lo dejes, que si te apetece, me hago el tonto".

El hermano Serafín era alto y gordo, pero tenía voz de vicetiple, era como si en lugar de hablar él lo hiciera un enano que llevara oculto debajo de la sotana. Cuando más nos hacía reír era cuando se enfadaba, porque parecía como si al enano que llevaba debajo de la sotana se le atiplara más la voz.

No sé cómo lo hizo, ni le oí acercarse, pero de un tirón me quitó de las manos el libro de Historia, miró el grabado de los Reyes Católicos, leyó lo que yo había puesto en boca de cada uno de ellos, cerró el libro y me hizo extender la mano con la palma hacia arriba. Intentó darme un golpe con la regla de madera, pero retiré la mano y dio un reglazo en el vacío. Había puesto tanto énfasis en el golpe que debió hacerse daño, porque sin soltar la regla, con un marcado gesto de dolor, se llevó la mano al hombro derecho. Se enfureció más, y aunque el enano que suponíamos llevaba debajo de la sotana no dijo nada, en el rostro del hermano Serafín se reflejó la mala leche por el fallo. Con un reglazo certero me golpeo con saña en la espalda, luego me ordenó que me sentara en la tarima donde él tenía su mesa. Me dolía la espalda del golpe. No dije nada, no quise darle el gusto de que disfrutara del castigo, apreté los dientes y disimulé el dolor, pero se la guardé. Dejé que pasaran

unos días y me porté bien, hasta que una vez, aprovechando que pasaba junto a mi pupitre, le enganché en la sotana con un alfiler, a la altura del culo, un letrero que decía: "No tocar, peligro de pedo". No se dio cuenta, pero cada vez que nos daba la espalda, la clase era una carcajada unánime. Ni él ni el enano que suponíamos llevaba debajo de la sotana sabían el porqué de aquellas carcajadas, porque cuando se volvía de cara, los chicos, aunque con grandes esfuerzos, contenían la risa. Al final descubrió el cartel, no anduvo con interrogatorios, vino derecho hacia mi pupitre con la regla en la mano. No le di la oportunidad de llegar, comencé a dar vueltas alrededor de las mesas. El hermano Serafín, regla en alto, detrás de mí. Los chicos me pusieron los libros y los cuadernos sobre el pupitre más cercano a la salida, los cogí en mi carrera y abandoné la clase y el colegio.

Aún faltaban dos meses para las vacaciones de verano, los dos meses me los pasé yendo a El Retiro, al río Manzanares y a otros lugares, esperando el mes de junio.

Para no cargar con la cartera, me llevaba un único libro, argumentando que ese día sólo teníamos Gramática, Cálculo o Geometría.

Y así llegó el mes de junio, las vacaciones y con ellas mi liberación. Lo que haría al año siguiente prefería pensarlo cuando llegara el momento.

El Gobierno de la República mandó construir varios grupos escolares, uno de ellos en la calle Cea Bermúdez, cerca de mi casa. Yo pensaba que tal como estaban las cosas -las huelgas y la quema de conventos-, acabarían por cerrar los colegios de frailes y con ello se me daría la oportunidad de terminar mis estudios en un colegio nuevo, sin tener que explicar en mi casa lo que me había pasado con el hermano Serafín.

Pero el colegio de la Inmaculada Concepción seguía en pie y al final del verano abriría sus puertas.

Todo lo que ocurrió durante la República está en los libros de historia y en las hemerotecas. La quema de conventos, la renuncia del príncipe de Asturias a la Corona, su matrimonio con la cubana Edelmira Sampedro, el levantamiento anarcosindicalista en Madrid, Cataluña y Valencia, la huelga general revolucionaria y las sublevaciones en Asturias y Cataluña o la represión en Casas Viejas. No voy a relatar nada de lo que, políticamente, aconteció en aquellos años, porque creo que esa labor le corresponde a los historiadores y porque sé que existe un gran abismo entre la visión de los hechos contados por un historiador y mi visión de chico. Aparte de que estoy convencido de que los historiadores escriben la historia influenciados por su ideología. He leído muchos libros de historia y en todos ellos hay una tendencia a contarla según el pensar y el sentir de cada historiador, de la misma manera que cada lector acepta como cierta la que más se adapta a lo que él piensa y a lo que

siente. En estos últimos años han salido unas seis biografías de Franco, ninguna es coincidente, en todas el biógrafo cuenta a su manera o condicionado por su ideología, la vida del que fue durante la dictadura el caudillo de los españoles.

Pretendo solamente contar mis vivencias de aquel entonces usando, como único medio, lo que esté archivado en el desván de mi memoria. Y lo que está archivado, en lo que a política se refiere, es muy poco, que en las elecciones de febrero de 1936 todos los chicos del barrio y yo fuimos al colegio de Sordomudos en el paseo de la Castellana, donde habían instalado las urnas para emitir los votos y le gritábamos a la gente que había que votar al Frente Popular. A esa edad, aunque en mi casa a la hora de la cena se hablaba de política, yo no tenía ni la menor idea de qué era y qué significaba el Frente Popular ni qué era la CEDA o la FAI, ni quiénes eran Berenguer o Sanjurjo. Tan sólo trato de rescatar del desván de mi memoria aquellos aguafuertes de las cosas que más me impactaron.

Se acabaron los frailes, la gramática y el catecismo

Habían transcurrido varios meses desde que el hermano Serafín me echara del colegio, ya estaban por terminar las vacaciones del verano y muy pronto me llegaría el momento de fingir que volvía al colegio. Hasta marzo del año siguiente no cumpliría los catorce años y el sólo hecho de pensar que aún me quedaba uno para poder entrar de aprendiz en algún taller me producía una angustia difícil de soportar. Y lo que era peor, tenía que estar nueve meses sin ir al colegio y fingir que lo hacía.

Me llegó la liberación cuando mi abuelo me dijo:

--Se que esto no te va a gustar, pero se acabó el colegio. Tus tíos se han ido casando y necesitamos que trabajes para ayudar a la casa.

No sabía mi abuelo lo que aquello significaba para mí. Se acabaron los verbos, el catecismo, la historia sagrada, la misa diaria y el comulgar todos los primeros viernes de mes, con la angustia de la confesión.

Cuando dejé el colegio para empezar a trabajar, me hicieron mi primer pantalón largo. Mi primer pantalón de hombre era de color caqui. Me lo hizo mi abuela de un uniforme que trajo mi tío Antonio de Marruecos cuando le licenciaron.

Mi primer pantalón de hombre sirvió para que mis amigos me gastaran bromas, preguntándome si iba a trabajar de cobrador en un tranvía (en aquellos años los conductores y cobradores de los tranvías usaban ropa de color caqui). Mi primer pantalón de hombre tuvo la culpa de que yo le rompiera las gafas de un puñetazo al Pedrín y por culpa del color de mi primer pantalón de hombre, la madre del Pedrín discutió con mi abuela, diciendo que le tenía que pagar unas gafas nuevas. Mi abuela, con aquello de la discusión, olvidó que tenía la comida en la lumbre y se quemó. Mi abuelo se cansó de oír a la madre del Pedrín, dio un portazo y se vino abajo el clavo que sujetaba un retrato grande de mis bisabuelos, haciéndose añicos el cristal. Días más tarde, mi tía Gloria se clavó un trocito de cristal en un dedo, se le infectó y no pudo ayudar a mi abuela en una semana. Como esa semana que mi tía no pudo ayudar a mi abuela hacía sol, por las tardes nos íbamos a pasear por El Retiro. Mi tía se distrajo y se enganchó en uno de esos alambres con púas que ponen en los jardines, como el alambre estaba a la altura de los tobillos, mi tía cayó al suelo, con tan mala suerte que se rompió un brazo.

Tal vez si mi primer pantalón de hombre no me lo hubieran hecho de color caqui, no hubiera pasado nada, pero el destino quiso que mi tío trajese de Marruecos aquel uniforme y que mi abuela lo aprovechara. Y cuando el destino se empeña en una cosa...

Mi primer trabajo, ya con mi pantalón de hombre, fue en El Cafeto, una fábrica de café y chocolate que estaba en el paseo del Pacífico. Mi trabajo consistía en meter una bolsa en un tubo que salía de un recipiente de cristal lleno de café, tirar de una pequeña palanca, esperar a que la bolsa estuviera llena, después pasársela a un compañero que se encargaba de cerrarla. y éste se la pasaba a otro que ponía a la bolsa el precinto y el sello de El Cafeto. El café se dividía en varias clases o categorías: común, caracolillo, torrefacto, mezcla y no recuerdo en cuántas más.

Durante toda una semana trabajaba en el café y la siguiente empaquetando chocolate. La semana que me tocaba el chocolate disfrutaba, porque de vez en cuando me comía una o dos onzas. A la salida nos registraban, nos cacheaban palpándonos la ropa, pero yo me metía entre los calcetines una libra de chocolate, que luego les llevaba a los amigos del barrio. La libra de chocolate con el calor del tobillo se deformaba y quedaba como una masa; pero ningún chico le hacía ascos al chocolate.

Mi sueldo era de nueve pesetas a la semana. Tenía que coger el metro en la glorieta de la Iglesia hasta Pacífico. El billete me costaba treinta céntimos, ida y vuelta, lo que suponía multiplicado por los seis días de trabajo, una peseta con ochenta céntimos, es decir, que mi sueldo se quedaba en siete pesetas con veinte céntimos. No era mucho, pero a mí me parecía un sueño cuando llegaba a mi casa el sábado y le daba a mi abuela un duro de plata y dos pesetas, más dos monedas de cobre de diez céntimos, perras gordas que se llamaban. No era gran cosa, pero llegaba para comprar el pan y eso suponía una ayuda. Los domingos, como ya ganaba un sueldo, me daban dos pesetas, que para un chico de trece años era una fortuna.

Me las ingenié para ahorrar algún dinero y añadirlo a las dos pesetas que me daban cada domingo.

El billete del metro valía de Iglesia a Pacífico veinte céntimos; pero de Iglesia a Chamberí o a la inversa sólo diez céntimos y lo mismo desde Pacífico a Vallecas o de Vallecas a Pacífico.

Para comodidad de los usuarios, vendían unos tacos de billetes sin fecha que se podían usar cualquier día de la semana. Compré uno de esos tacos y el primer día, en lugar de subir en el metro de Iglesia, subí en el de Chamberí y me guardé el billete, después, a la vuelta, en lugar de subir en el metro de Pacífico me subí en el de Vallecas. Por la tarde, al salir del metro en Iglesia di el billete que tenía guardado de Chamberí. y al día siguiente al bajarme en Pacífico di el billete de Vallecas. Haciendo esto todos los días ahorraba diez céntimos diarios, que cada semana suponían sesenta céntimos más para mis caprichos.

Lo de El Cafeto sólo duró tres meses, era mucho gasto de metro y comida. Estaba buscando algo más cómodo y como decían en mi casa, un trabajo más de hombre, porque eso de empaquetar café era un trabajo para mujeres que no tenía futuro. Tanto mis abuelos como mis tíos querían que entrara como aprendiz en Boetticher y Navarro, pero aún no tenía la edad y además estaban muy solicitados los puestos de trabajo en aquella empresa.

Un día, mi abuelo llegó a casa con una buena noticia, me había encontrado un trabajo en un taller de carrocerías en la calle de Eloy Gonzalo.

--Pasaba por la puerta, he visto un letrero: "Se necesita aprendiz" y lo he arreglado todo. El lunes te tienes que presentar a las ocho de la mañana, preguntas por el señor Luis y le dices que te llamas Miguel Gila.

Para mí, aquello fue como si de un solo salto hubiera pasado de chico a hombre. Me compraron un "mono" de peto y una camisa de cuadros y me sentí importante.

Y llegó el esperado lunes, me presenté en el taller de carrocerías, di mi nombre y de inmediato me pusieron a trabajar. Los talleres eran de cuatro socios, Mariano, Emilio, Luis y Leandro. El nombre del taller lo habían hecho con las iniciales de los cuatro dueños, se llamaba Carrocerías MEL.

En aquella época, los coches se hacían a mano y por encargo. Se traía un chasis con motor, que solía ser un Hispano Suiza, el señor Luis era el chapista, el señor Emilio era el que hacía el trabajo de toda la parte eléctrica y el señor Mariano el guarnicionero, el que tapizaba y hacía el forrado de las puertas y los asientos. El señor Leandro tenía a su cargo el trabajo de pintura.

Me pusieron al servicio del señor Leandro, en la sección de pintura, la más ingrata de todas. Mis primeras lecciones para llegar a ser un perfecto profesional de la pintura consistían en meterme en un foso sobre el que había un coche; yo, con una espátula, le quitaba el barro y la grasa que tenía pegado, lo lavaba luego con petróleo y, cuando estaba seco, pintaba los bajos con una brocha y una pintura que olía que apestaba. Como para pintar los bajos tenía que hacerlo con el brazo en alto, la pintura me corría por el brazo hasta el sobaco y entre el barro, la grasa y la pintura, cuando terminaba la jornada de trabajo no me hubieran reconocido ni en mi casa. Por eso, todas las tardes me lavaba en una fuente que había en el patio; pero a pesar del lavado, llegaba a mi casa con tanta mugre encima que mi abuela gastaba en jabón casi más de lo que yo ganaba; pero la teoría de mi familia era que no hay nada como ser un profesional. Mi abuelo tenía un lema y me lo repetía

constantemente: "Cuando seas un hombre, no me importa el oficio que tengas, si no eres el mejor, déjalo y búscate otro".

Aparte de pintar los bajos de los coches tenía que hacer los mandados. Eso lo llevaba peor que nada, aunque algunos, como ir a buscar una pieza a la calle de San Bernardo o una cajetilla al estanco, no eran pesados y me daban la oportunidad de salir a la calle; había uno en particular que era odioso: llevar a cromar los parachoques, los faros, las carcasas de los radiadores y los embellecedores de las ruedas.

El taller de niquelado y cromado estaba en la calle Cadarso, cerca de la cuesta de San Vicente y Carrocerías MEL en Eloy Gonzalo, casi esquina a álvarez de Castro.

No se cómo se las arreglaban para colocar sobre mis hombros, bajo mis brazos y colgando del cuello tantos accesorios que debía llevar al taller de cromado, pero lo conseguían: faros, parachoques, tapacubos, embellecedores de radiadores...

Cuando enfilaba Eloy Gonzalo hacia la glorieta de Quevedo, lo único que era visible de mí eran las piernas y la cabeza. Llegaba a la calle Cadarso y, ayudado por alguien, descargaba la mercancía. Me colocaban otro cargamento de piezas ya cromadas, y de vuelta a Eloy Gonzalo.

En el barrio, era admirado por los chicos de mi edad que seguían yendo al colegio. Aún llevaban pantalón corto, y yo, en cambio, "mono" de peto con sus tirantes, su bolsillo en el pecho, y una camisa de cuadros. Para las chicas era ya un hombre. Algunas veces me vendaba un dedo y lo manchaba con pintura roja, eso hacía que las chicas del barrio se interesaran por mí, y me preguntaran qué me había pasado. Yo ponía voz de hombre y decía: "Gajes del oficio".

Los talleres tenían un gran patio. En un rincón de ese patio se iban depositando los trozos de chapa, de cuero, las latas de pintura vacías y toda la chatarra que se sacaba de las naves. Una tarde, cuando me disponía a tirar unas latas, encontré acurrucados sobre un viejo asiento de coche cinco ratoncitos blancos, no dije nada, busqué una lata limpia y vacía, metí uno de los ratoncitos y lo llevé a mi casa. Busqué una jaula pequeña de las que mi abuelo usaba cuando vendía un canario y le puse un pedacito de queso. Metí la jaula en mi mesilla de noche con idea de al día siguiente enseñarle a mis amigos el ratón.

Por dónde y cómo se escapó, no lo sé. Al día siguiente la jaula estaba vacía. No dije nada, esperando que alguien gritara o en mi casa o en el pasillo y así fue. Se armó un alboroto cuando alguien vio pasar junto a ella el ratón, digo ella porque sólo una mujer es capaz de gritar de esa manera.

Por suerte, nunca se supo nada del ratón, creo que si le hubieran matado yo me habría llevado un disgusto.

Al día siguiente fui hasta el lugar donde había visto los ratoncitos y ya no estaban, seguramente la madre los trasladó a un lugar más seguro.

De todas formas me arrepentí de haberme llevado a casa aquel ratoncito, porque, pensaba yo, hubiera estado mejor con su madre y sus hermanos.

El señor Leandro me tenía un gran aprecio y yo sentía por él verdadera admiración. Cuando un coche estaba terminado, el señor Leandro, con un pincel muy fino, de pelo largo, fileteaba los costados de la carrocería sin que le temblara el pulso y si el coche era para algún conde o alguien con titulo de nobleza, el señor Leandro pintaba en las puertas traseras del coche el escudo que correspondía.

Le hicimos un coche a Victoriano de la Serna, un Hispano Suiza grande de lujo, y le hicimos otro coche, éste deportivo, rojo, a Pedro Terol.

Yo iba ascendiendo de categoría, ya el señor Leandro me mandaba hacer trabajos de mayor responsabilidad como lijar el plaste y la pirisulina gris, que después él pintaría al duco con pistola, y me encargaba sacar brillo a la pintura. Entró un nuevo aprendiz, que me relevó en la dura tarea de limpiar y pintar los bajos y de llevar a cromar toda aquella parafernalia hasta la calle Cadarso.

El señor Leandro llegó a encargarme que pintara los radios de madera de algunos coches. No cabe duda que yo iba en ascenso. Ya ganaba tres pesetas diarias.

Y llegó el 12 de marzo de 1933, yo cumplía mis catorce años, la edad exigida para entrar como aprendiz en Boetticher y Navarro. La petición de mi tío Manolo había sido aceptada. Sentía una gran alegría por empezar a trabajar en aquella empresa, ya

que, suponía, iba a ser el principio de lo que con los años sería mi porvenir, pero al mismo tiempo me daba mucha pena dejar al señor Leandro y a mis otros compañeros de Carrocerías MEL, sobre todo al Chaparro, el aprendiz de chapista, con el que me llevaba muy bien.

En mi nuevo trabajo tenía que presentarme el lunes, aún no había dicho nada en Carrocerías MEL, y aunque en mi casa me dijeron que tenía que decirles que me iba a trabajar a Boetticher y Navarro, no encontraba ni la forma ni el momento de hacerlo. Al acostarme, daba vueltas y vueltas en la cama sin poder dormir. Tenía la sensación de que irme del taller en el que había recibido tanto afecto era traicionar a mis compañeros y a mis jefes, y de una manera muy particular al señor Leandro, que había puesto un gran empeño en hacer de mí un buen pintor, capaz de llegar a filetear como él y hasta de pintar en las puertas de los coches el escudo de la gente de la nobleza.

Para darles la noticia de que me iba porque tenía el ingreso en Boetticher y Navarro tuvo que acompañarme mi abuela. En la despedida, cuando le di la mano al señor Leandro, se me hizo un nudo en la garganta y vi en su cara un gesto de tristeza. Recordé lo que me dijo un día durante una pausa en el trabajo:

--No tengo hijos, pero si hubiera tenido alguno, me hubiera gustado que fuese como tú.

Mi primera novia

Y cuando ya usaba pantalón de hombre, tuve mi primera novia, se llamaba Teresa y tenía doce años. Nos habíamos conocido en un cine de verano. No puedo recordar de qué hablamos ni qué hice para declararme, sólo sé que nos hicimos novios. Vivía en la calle de Viriato y todas las tardes, al salir de trabajar, iba hasta muy cerca de su casa y dábamos un paseo. Cuando pasaba alguien cerca de nosotros, disimulábamos nuestro noviazgo, porque los dos sentíamos la misma vergüenza.

Por primera vez besé a una chica en los labios y por primera vez sentí en el estómago ese calor del beso, que como un fuego me subía hasta la cabeza.

Teresa tenía unos ojos grandes y despiertos, un pelo largo y fino que descansaba sobre sus hombros y una risa limpia, como su alma de niña que empezaba a ser mujer.

Nuestra cita diaria empezaba a las seis y media de la tarde y terminaba con los gritos de su madre que se asomaba al balcón, ya con la mesa puesta para la cena.

Nuestro noviazgo fue corto. Teresa murió.

Fui hasta Fernández de la Hoz, salté la tapia del convento de los Paúles y arranqué las rosas más hermosas que encontré en el jardín.

Me colé en casa de Teresa y me asomé entre las personas mayores. Dormía, ya para siempre, vestida de Primera Comunión. Fui un intruso en su entierro.

Teresa se fue con mis rosas, se fue con doce años, y yo, viudo con catorce años recién estrenados, regresé a mi casa con la incomprensión de haber perdido aquella mi primera novia, que al igual que mi amigo Angelín no tenía edad para morir.

Meses después tuve una segunda novia, pero no era lo mismo. Se llamaba Dionisia Cañete y lo mismo su nombre que su apellido eran la burla constante de los chicos del barrio, me decían:

--¿Cómo vas con la "coñete"?

Aquello no duró mucho.

Tres días antes de incorporarme a mi nuevo trabajo, mi abuela me llevó a la calle Fuencarral, a una tienda que se llamaba Los azules de Vergara y me compró un "mono" azul, después me hizo un delantal de lona rojiza, igual al que llevaba mi tío Manolo para no ensuciarse tanto el "mono".

Y llegó el lunes.

En Boetticher y Navarro había alrededor de mil trabajadores, distribuidos en las distintas secciones. A mí me destinaron a la nave donde estaban los tornos, las fresadoras, los cepillos y las taladradoras. En otra nave, enfrente, estaba la maquinaria más sofisticada, las máquinas de mayor precisión y acabado. En esa nave trabajaba mi tío Manolo.

Aquella fábrica con tanta gente y tanto ruido me asustaba. Recordaba el taller de carrocerías y su plantilla, que era como una familia, y pensaba si no hubiera sido mejor seguir junto al señor Leandro. No podía olvidar sus palabras: "No tengo hijos, pero si hubiera tenido alguno, me hubiera gustado que fuese como tú". Una frase como esa no me la habían dicho en mi casa, porque estoy seguro que me querían, pero nunca tenían una palabra cariñosa para demostrarme su afecto. Nunca en mi infancia oí decir a nadie en mi casa un "te quiero".

Las dos primeras semanas de trabajo en Boetticher me las pasé mirando, barriendo y, diez minutos antes de sonar la sirena de salida, colocando la herramienta en su sitio.

La jornada de trabajo era por la mañana de siete y media a doce y media y por la tarde de dos a cinco y media. En total ocho horas y media, la media hora de más era para poder hacer semana inglesa el sábado por la tarde y no trabajar.

Para ir al trabajo sólo tenía que cruzar la calle, Boetticher y Navarro estaba justo enfrente del 68 de la calle de Zurbano, eso me permitía comer en mi casa.

Los que vivían lejos se llevaban la comida en una tartera y después de comer, hasta las dos que entrábamos de nuevo al trabajo, jugaban a lo que llamaban "el moscardón", que era un juego muy bestia. Uno cualquiera se tapaba la cara con una mano, colocaba la otra mano debajo del brazo con la palma hacia afuera, los demás se ponían detrás y otro le daba un fuerte golpe en la palma de la mano que asomaba por debajo del brazo, a la altura del sobaco, y todos movían la mano en el aire imitando el zumbido del moscardón; el que había recibido el golpe tenía que adivinar quién había golpeado y sólo cuando lo adivinaba dejaba de recibir golpes cediendo el puesto al agresor que había sido descubierto. Eran unos golpes tremendos, dados con fuerza y mala leche. Nunca entendí la diversión de ese juego. Otros días organizaban partidos de fútbol con una pelota hecha con estopa, de la que usaban para limpiarse las manos. El día que había fútbol yo terminaba de comer la sopa, los garbanzos y las patatas del cocido, metía en un trozo de pan el tocino, el chorizo y la carne, me bajaba a jugar con los otros aprendices y entre patada y patada iba mordiendo el bocadillo que me había preparado. En mi casa no se comía postre, salvo los domingos en verano que mi tío Manolo traía un melón o una sandía, o cuando nos visitaba mi tía Capilla.

Todos los que trabajábamos en la nave teníamos un apodo, mote que es como se le llamaba, el Caraolla, el Chino, el Violeta, el Cochero, el Latiguillo, el Culebrilla, el Tiralíneas, el tío Cuco, el Milagroso, el Verduras, el Ostión, el Mojarra...

Seguía asistiendo a la escuela de Artes y Oficios de la calle de la Palma. El dibujo lineal, tal como me había dicho mi tío Manolo, me era muy útil en mi trabajo. Poco a poco iba adquiriendo práctica. Empecé en una máquina sencilla, se llamaba cepillo, luego pasé a un torno revólver y de ahí a la fresadora, primero con trabajos fáciles y a medida que las semanas iban pasando, me confiaban trabajos más

complicados. Cuando tenía alguna duda lo hablaba con mi tío Manolo y él me echaba una mano.

En aquellos talleres, cuando se distraía el encargado, cada uno se hacía un trabajo para él. Algunos se hacían patas para muebles, otros, yo entre ellos, hacíamos sortijas en forma de sellos con metal delta, un metal que no se oxidaba ni se ponía feo, también me hacía herramientas, escuadras o compases, y aprovechando que se trabajaba mucho el acero inoxidable, hacía sortijas que después regalaba a las chicas del barrio; algunas vecinas me encargaban copias de llaves que hacía a lima, cobraba a tres pesetas cada una.

En Boetticher unos pertenecían a la CNT y otros a la UGT Los de UGT eran mayoría. Me hice de UGT, no por convicción, ya que a esa edad yo no sabía cuál era la diferencia entre un sindicato y otro, lo hice porque mi tío Manolo era el delegado y qué mejor que estar de su lado. A veces le acompañaba a la calle Piamonte, a la Casa del Pueblo, como se llamaba el lugar donde tenían sus reuniones.

Al finalizar la guerra mi tío Manolo fue encarcelado en una de las muchas cárceles improvisadas por el franquismo. Le pusieron en libertad gracias a la intervención de un senador de la monarquía, cliente de mi abuelo, pero mi tío salió de la cárcel con una tremenda tuberculosis.

Intentó volver a Boetticher y Navarro, pero le habían despedido y para encontrar otro trabajo tenía que presentar un certificado de la Guardia Civil como que estaba limpio de intervenciones políticas. Como había sido delegado de la UGT, ni siquiera se tomó la molestia de acercarse a buscar el certificado. Ya tenía mujer y dos hijos. Habló con su hermano Mariano y éste le dio trabajo: ir con un carrito de mano a llevar y traer maderas. Este trabajo, que hacía en pleno invierno, bajo el frío y la lluvia, agravó su tuberculosis y le hacían, me parece recordar que le llamaban, neumotórax artificial. Con un aparato especial le introducían aire limpio en la cavidad pleural, pero no pudo superar su enfermedad y al cabo de unos meses murió.

Una de las cosas más importantes de aquel entonces para saberse hombre era que en casa te dieran la llave del portal. Las llaves de los portales de entonces eran de hierro y pesaban un cuarto de kilo.

En el cine, los chicos del barrio armábamos un verdadero escándalo. Cuando la película estaba a la mitad, uno de nosotros se subía al anfiteatro y gritaba: "¡Antonio!" Y el otro desde abajo, desde el patio de butacas, miraba hacia arriba y decía: "¿Qué¿" Y el de arriba: "Yo me voy a casa, te tiro la llave del portal". En el patio de butacas se armaba un revuelo, la gente se cubría la cabeza con las manos y gritaba: "Que no tire la llave. Está loco". Los acomodadores con sus linternas trataban de localizar al que iba a tirar la llave. A veces encendían la luz de la sala intentando descubrir quién era el loco que iba a lanzar la llave al patio de butacas, pero se escabullía y no daban con él.

Mi primera experiencia sexual fue muy accidentada y azarosa. Mi primera experiencia sexual la realicé bajo una amenaza.

Raniero, uno de los chicos del barrio que usaba pantalón bombacho, era italiano y hablaba muy mal nuestro idioma, pero a los chicos nos hacía mucha gracia su forma de pronunciar el español. Vivía en la casa nueva que habían construido en la esquina de Zurbano y Abascal; no sé cuál era el cargo del padre de Raniero, tan sólo recuerdo que trabajaba en la embajada italiana.

Hoy, un chico de catorce años no hubiera vivido aquella experiencia como yo la viví, pero dados tanto los conocimientos políticos como la educación sexual en aquel entonces, era normal que a los catorce años nuestra mentalidad fuese muy inferior a la

de un chico de diez de hoy. En las casas, cuando la conversación de los mayores iba a tocar el tema del sexo, nos ordenaban abandonar la reunión. Y en los colegios nunca se hablaba de sexo, porque además de ser tabú, era pecado.

Yo, en algún descuido de mi tío Ramón que era el único aficionado a las novelas verdes, encontraba alguna que tenía escondida y en el retrete, cuando no era la "hora punta", me la leía. Recuerdo una que se titulaba Juana, Juanita y Juanón y lo que pasó en aquel vagón.

La novela relataba un viaje en tren. En un compartimiento de primera clase iba Juanita con doña Juana, que era su madre, y un hombre joven, fuerte y guapo. El hombre joven, fuerte y guapo entablaba conversación con las dos mujeres, doña Juana se quedaba dormida y el hombre conquistaba a Juanita y mientras Juanita contemplaba el paisaje a través de la ventanilla, el hombre le subía la falda, le bajaba las bragas y le hacía de todo. Al terminar, Juanita, cansada por lo que el hombre le había hecho, se sentaba y se quedaba dormida, en ese momento doña Juana se despertaba y entablaba conversación con el hombre joven y fuerte, que lo mismo que había hecho con Juanita le decía que se asomara a ver el paisaje y le hacía todo lo que le había hecho a Juanita, que dormía plácidamente. Después el hombre se bajaba en una estación y se despedía de las dos. El autor de la novela en un alarde de ingenio finalizaba la novela poniendo en boca del joven: "Me ha dado mucho gusto conocerlas", y

ellas, a dúo, decían: "A nosotras también nos ha dado mucho gusto". Y en la novela venían ilustraciones, en las que se veía a las dos mujeres asomadas a la ventanilla y al hombre joven detrás de ellas penetrándolas. Estas novelas me excitaban, pero no eran suficiente para desarrollar mis conocimientos sexuales. Pero volviendo a lo que iba a contar, mi primera experiencia sexual, la cosa fue así: yo no frecuentaba mucho la casa de Raniero, porque siempre que hablaba su madre lo hacía en italiano y porque mi pantalón con remiendos en el culo y mis alpargatas no encajaban en aquel piso lujoso; pero Raniero me tenía un gran afecto porque cuando llegó nuevo al barrio, los chicos le querían gastar la broma del palo untado de mierda y yo lo impedí. Salí en su defensa y me hice su protector durante mucho tiempo. Eso llevó a que me considerara su mejor amigo y me invitara a jugar a su casa, algo que para mí era algo extraordinario, particularmente en invierno, porque en el piso de

Raniero tenían calefacción.

Raniero tenía una criada que se llamaba Adela, que era la que nos daba la merienda cuando llegaba la hora de merendar. Adela era gordita y yo calculo que de unos veintisiete años, tenía la piel muy blanca, tal vez de no tomar sol, pero sus carrillos eran colorados y tenía un hermoso culo y dos tetas grandes, aunque muy tapadas por el uniforme que usaba, que era como el que llevaban las doncellas de las películas, delantal con encaje de puntilla y cofia.

Raniero juntaba cromos de los álbumes del chocolate Nestlé, yo anotaba los que le faltaban y los domingos que mi tío Manolo me llevaba al Rastro se los conseguía.

Una tarde, subí a llevarle unos de "Fenómenos de la naturaleza" que le había conseguido. Toqué el timbre de la puerta, me abrió Adela, pregunté por Raniero y me dijo que había salido con sus padres pero que volvería enseguida. Intenté irme, pero me hizo pasar y cerró la puerta.

--No tardarán mucho. Siéntate ahí y espéralos.

Aunque era un hombre simpático, que hablaba muy bien español y sabía que su hijo me apreciaba mucho, yo tenía un gran respeto por el padre de Raniero, y temía que al llegar no le gustara mi presencia. Le dije a Adela:

--No importa, vengo mañana, sólo venía a traerle estos cromos.

--A ver, a ver.

Y los miró uno a uno.

--¡Qué bonitos!

Yo no me había sentado, estaba cerca de la puerta. Me dijo:

--Ven, que te quiero enseñar unas postales preciosas que tengo yo.

Me cogió de un brazo y me llevó a su cuarto. Señaló un pequeño sillón.

--Siéntate.

No sé si aquella mujer me atraía con su hermoso culo y sus grandes tetas o si es que le tenía terror, la cuestión es que obedecí y me senté en el silloncito. Ella sacó de un pequeño armario una caja con postales, se llegó hasta la cama y golpeó en ella con la mano.

--Ven, siéntate aquí.

Yo estaba como hipnotizado, obedeciéndola, me senté en la cama. Apenas me había mostrado tres o cuatro postales cuando sacó, de no sé dónde, uno de aquellos alfileres que llamaban de cabeza gorda con los que las chicas del barrio jugaban en la calle y que cuidadosamente pinchaban en un acerico hecho de papel. Me acercó el alfiler a la cara.

--Si te mueves te lo clavo en un ojo.

Tragué saliva y me quedé inmóvil. Ella se subió la falda, me desabrochó la bragueta metió la mano y comenzó a acariciar mi identidad de muchacho hasta que logró la erección. Se quitó las bragas, se abrió de piernas y sin retirar el alfiler de mi cara, me dijo:

--Si no me la metes, con este alfiler te saco los ojos.

No podía hablar, tenía la boca seca y la cara ardiendo como si tuviese cuarenta grados de fiebre y al mismo tiempo un sudor frío en la frente. Intenté hablar y no podía. Me acercó el alfiler a los ojos. Dije:

--¿Y si vienen los señores?

--Los señores no regresan hasta la noche, así que haz lo que te digo o te saco los ojos con el alfiler.

¿Y qué podía hacer? O cumplía sus deseos o me dejaba ciego.

Fue mi primera experiencia sexual. Y con toda sinceridad a pesar del susto aquello me gustó muchísimo.

El tiempo iba pasando, los chicos íbamos creciendo.

Todos los amigos del barrio conseguimos tener una bicicleta, unas buenas y otras una basura; la de Gustavo tenía freno contra pedal, y la mía las dos bielas, pero un solo pedal. Yo llevaba siempre conmigo una llave fija y cuando habíamos recorrido varios kilómetros cambiaba el pedal de una biela a otra. Meses más tarde, mi tío Manolo, como regalo de cumpleaños, me regaló dos pedales, con sus rastrales, aquello ya era otra cosa. Cada domingo, a las cinco de la mañana, en verano, salíamos de casa todos juntos y dábamos la vuelta al Hoyo o íbamos hasta Miraflores, subíamos el puerto de la Morcuera volvíamos por los llanos de San Agustín y nos bañábamos en el Jarama, que suponía un gran sacrificio, porque la orilla del río estaba plagada de tábanos y nos devoraban a picotazos; cada vez que salíamos del agua nos llenábamos el cuerpo de arcilla, un barro rojo que cuando se secaba nos dejaba duros, como de cartón, y que sólo volviendo a meternos en el agua se nos iba.

Después de bañarnos, nos alejábamos del río y a la sombra de un árbol nos comíamos un bocadillo que nos habían preparado en nuestra casa, aunque a veces el presupuesto familiar alcanzaba tan sólo para dos tomates con sal y un huevo duro. Cuando se celebraba la vuelta a España íbamos hasta el alto de Los Leones a esperar la

llegada de los ciclistas y bajábamos detrás de ellos, pero los ciclistas pedaleaban a tumba abierta y los perdíamos de vista en apenas unos kilómetros.

Por la tarde nos arreglábamos y nos íbamos a bailar al Barceló o al Metropolitano.

Estaba de moda el pelo a lo Gardel, brillante, con raya en medio y muy pegado a la cabeza. Como en mi casa no había fijador me llenaba el pelo de jabón, me lo peinaba a lo Gardel y cuando estaba seco, me lo untaba con aceite. Ninguna chica me dijo nada, pero imagino que mi cabeza tendría un olor asqueroso. Más tarde vino la moda de la brillantina, y en cada peinado nos poníamos tanta cantidad que en el baile las chicas temblaban sólo de pensar que les acercásemos la cabeza al vestido.

También nos gustaba mucho el cine. Veíamos las películas de los Barrymore, de Greta Garbo, de Douglas Fairbanks, de Mary Pickford y algunas españolas de Faustino Bretaño y de un cómico que se llamaba Pitouto. En el cine Chamberí de la glorieta de Iglesia vimos la primera película sonora, que no era sonora, tan sólo se escuchaban los ruidos de la tormenta, la película se llamaba El diluvio. Luego, ya cuando se inventó el cine sonoro, vimos una que se llamaba Río Rita, que hasta cantaban canciones y todo. Después vimos King Kong y unas que nos gustaban mucho, en las que trabajaba Boris Karloff, El doctor Frankenstein y La momia. La que más nos gustó fue Melodías de Broadway, la vimos muchas veces. También nos gustaba mucho James Cagney y Vallace Weery. A mí, personalmente me gustaba Chaplin, La quimera del oro y El chico son para mí películas inolvidables.

Los domingos, mi abuelo me prestaba su reloj para que presumiera con los amigos y en el invierno me prestaba una gabardina que tenía un cuello hecho con la piel de un conejo, la piel estaba llena de peladas y los amigos del barrio cuando me veían con la gabardina decían:

--Hoy no se te resiste ninguna chavala, con el Longines y la gabardina con el cuello de visón te las llevas de calle.

Acababa de cumplir los dieciséis años cuando por primera vez fui con mis amigos a un cabaret. Se llamaba La Cigalle Parisien y estaba en la calle de la Aduana. La entrada con derecho a una botella de cerveza costaba dos pesetas con cincuenta céntimos. Fue una experiencia que recordaré toda mi vida. El espectáculo lo hacían mujeres que llevaban tan sólo una especie de bata o camisón de seda transparente que dejaba a la vista las tetas, se quitaban muy poco a poco aquella bata o camisón hasta quedarse sólo con las braguitas. Una de ellas llevaba al cuello una piel de zorro -supongo que en realidad era de conejo-, y mientras se frotaba entre las piernas con la piel, cantaba una canción que decía:

No me miren el conejo,
que me da mucho complejo.
Hay un viejo muy pellejo,
que se llama don Vicente
y le gusta mi conejo.
Pero yo soy muy decente,
y al viejo nunca le dejo,
que me toque mi conejo.
Tan sólo yo me lo veo,
cuando me miro al espejo.

Y seguía con su canción mientras se acercaba hasta donde estábamos los chicos y nos pasaba la piel por la cara con picardía. Nosotros estábamos entre azarados y tratando de comportarnos como hombres.

Otra, igual que la anterior, muy ligera de ropa, llevaba una jeringuilla en la mano, se subía la falda, se bajaba la braga, fingía que se ponía en la nalga una inyección y cantaba una canción cuya letra no recuerdo, pero sí el estribillo: "No me la saque doctor que me entra aire".

Aquella noche salimos del cabaret muy crecidos.

Empezó a aburrirnos la bicicleta, y aprovechando que desde muy pequeños jugábamos al fútbol y lo hacíamos bastante bien, formamos un equipo, le bautizamos con el nombre de Peña Sañudo, como homenaje a un delantero del Real Madrid por el que sentíamos una gran admiración. Fuimos a uno de los entrenamientos en Chamartín, se lo dijimos y se hizo padrino del equipo. Nos compró las camisetas, las botas, los pantalones, las medias y nos regaló un balón. Yo jugaba de interior izquierda y, modestia aparte, lo hacía bastante bien, apuntaba para profesional.

Jugábamos contra los Maristas, contra La Elipa, contra la Peña Zabala y contra muchos colegios. Uno de los colegios donde íbamos a jugar estaba en la calle Rodríguez San Pedro, a mí no me gustaba nada porque, aunque ya el campo de las calaveras estaba lleno de edificios, era obligado pasar por las cocheras donde estaban los coches de los muertos, con los caballos de penacho en la cabeza, y aquel lugar despedía un olor especial y desagradable. Salíamos de casa equipados y llevando con nosotros el balón, uno de aquellos con correílla que al rematar de cabeza nos dejaba atontados un par de minutos.

Los peores contrarios eran los del barrio de La Elipa. Un día que jugábamos un partido se armó una bronca descomunal, yo no quise participar y me quedé algo alejado. La bronca vino por una zancadilla. Como yo no había participado en la jugada pensé que lo mejor era mantenerme al margen, porque los de La Elipa eran de armas tomar. Estaba distraído, contemplando a distancia la pelea, cuando alguien me dio un golpecito suave en un hombro, me volví a mirar y no me dio tiempo a reaccionar, ni siquiera a saber quién había sido, recibí un puñetazo tremendo en un ojo, que me hizo ver estrellitas. Cuando llegué a mi casa, el ojo estaba casi cerrado.

Y en aquella época no existían las tarjetas amarillas ni las expulsiones por agresión a un contrario. Nunca más volvimos a jugar contra La Elipa.

Después pasé a jugar en la Balompédica de Chamberí, que ya era un equipo más serio, un equipo que era observado por algunos enviados de los equipos de alto nivel. Creo que de no ser por la Guerra Civil hubiera llegado a convertirme en un buen interior izquierda. ésta es una de las muchas cosas que no le perdono a Franco. A veces me pregunto: "¿Cómo se le ocurrió organizar una cruzada cuando yo estaba a punto de ser un gran futbolista, aclamado por las multitudes¿"

El straperlo, la crisis y el paro

En mi casa seguían hablando de política, de la crisis económica y del paro. En febrero de 1935, el paro obrero seguía en aumento. En España había, según un comentario de mi abuelo durante la cena, cerca de setecientos mil parados.

En el mes de septiembre se armó el escándalo del straperlo. Dos turbios individuos, Strauss, austríaco nacionalizado en México, y Perlo, holandés, inventaron una especie de ruleta. La legislación prohibía en España los juegos de azar, pero David

Strauss sabía moverse entre personas influyentes, intentando hacerles creer que en su aparato no decidía el azar, sino la rapidez en el cálculo y el poder retentivo. Se le concedió autorización para instalarlo en el casino de San Sebastián, pero intervino la policía y lo clausuró a las tres horas de ser iniciado el juego. Habían instalado otro en Formentor, en Mallorca, que siguió la misma suerte.

Strauss envió una denuncia al presidente de la República, pretendiendo una indemnización por los daños ocasionados. El asunto saltó al Congreso y a la prensa. Una de las personas influyentes a las que había acudido Strauss era Aurelio Lerroux, sobrino del presidente del consejo de ministros. éste pese a no haber pruebas contra él, no tuvo más remedio que dimitir. Le sustituyó un tal Chapaprieta. Pero hasta Lerroux llegaron las salpicaduras de aquel escándalo.

Los cuentacrímenes, o cantacrímenes, el ciego del violín y su acompañante se habían politizado. Con motivo del straperlo cantaban una canción con la música de una canción cómica, entonces de moda, que se titulaba La Cirila, a la que le cambiaron la letra para que estuviera relacionada con el asunto del straperlo, decía:

El estraperlo proporcionaba
unas ganancias sin parangón.
Y los ministros se preparaban,
a ver quién era el más ladrón¿.
Lerroux el joven, le dijo al viejo:
Maura desea también jugar,
don Alejandro le dio un consejo:
Pide permiso a Salazar.
Se reunieron por un buen rato
y discutieron sobre el contrato.
Sigfrido Blanco tuvo que ver
al presidente, que era Samper.
En Gobernación, hubo timba
con gran animación, en Gobernación.
Salazar vio jugar al estraperlo,
con muchísima emoción.
¡Ay qué ladrón, qué ladrón,
el Partido Radical!
Hay que terminar con estos radicales
que nos quieren robar,
Salazar, Salazar, Salazar.

--¡Cinco la primera parte, diez la colección completa! ¡Conforme se van cantando van escritas en el papel!

Lo de la colección completa lo voceaba el que acompañaba al ciego del violín, porque cantaban otra canción también con contenido político, de la que sólo recuerdo el estribillo, que decía:

Pero señores, qué cosas
que pasan en mi nación,
querer que vuelvan las Lises,
es una equivocación.

Y llegó el 16 de febrero de 1936, me faltaba un mes para cumplir los diecisiete años. Se celebraron elecciones, por primera vez en la historia de España se habían unido los partidos de izquierdas y ganó el Frente Popular.

En Boetticher y Navarro los obreros estaban enloquecidos. Nosotros, los chicos del 68 de la calle Zurbano, seguíamos nuestro curso para llegar a hombres.

En mi casa había división de opiniones. Mi abuelo, que era entusiasta de Largo Caballero, decía que no le gustaba que el nuevo Gobierno estuviera hecho solamente con republicanos y que se hubieran quedado fuera los socialistas. Falange Española dijo que no acataría los resultados de las urnas. Largo Caballero había amenazado con la guerra civil si el Frente Popular perdía.

Todo esto se hablaba en mi casa y se comentaba en Boetticher. Mientras, nosotros, los chicos, permanecíamos al margen. Lo nuestro era jugar al fútbol y salir con chicas de nuestra edad.

Pedro Tabares y yo teníamos novia, ambas vivían en la misma casa, en Fernández de la Hoz, frente al campo de fútbol de la Tranviaria y eran muy amigas. Nuestro único quehacer, marginados de los conflictos políticos, era salir con nuestras novias, unas veces a bailar, otras al cine y si algún día no teníamos dinero, nos conformábamos con un paseo y unos besos de despedida en el portal. La de Pedro Tabares se llamaba Patricia y la mía Maruja. Me dedicó una foto. En la dedicatoria decía: "Cuando esta foto hable, dejaré de amarte".

Pero yo de quien estaba enamorado era de una chica preciosa que vivía en una casa cercana a la mía. Aquella casa no era muy lujosa; pero tenía jardín con parrales y una verja con enredaderas y flores. La chica se llamaba Susana Villar Deloney. Su padre era español y la madre francesa. Susana había nacido en París y había venido al barrio hacía poco tiempo. Me enamoré de ella porque aparte de poseer unos ojos y un tipo bellísimos, hablaba el español con un acento que a mí me tenía sin dormir. Sus palabras tenían una musicalidad que despertó en mí un amor apasionado. Nos veíamos a escondidas, porque su padre le había prohibido que hiciera amistad con ningún chico del barrio, a los que calificaba de golfos. No sé a qué se dedicaba el padre de Susana, pero al año siguiente de haber llegado al barrio se fueron de nuevo a París.

Seguí mi noviazgo con Maruja, pero siempre con el recuerdo de Susana de la que nunca más volví a saber nada, pero que dejó en mi boca el sabor de unos besos que difícilmente podía olvidar.

Maruja era muy tímida y muy formal. Me había costado trabajo conseguir sus besos, pero nuestra relación se mantenía, aunque no pasaba de aquellos besos que tanto me había costado conseguir y que no se parecían en nada a los de Susana. Yo le hubiera cambiado la letra a esa canción que dice: "La española cuando besa, es que besa de verdad", por otra que dijera: "La francesa cuando besa, sí que besa de verdad".

Mi abuelo, hombre con grandes conocimientos políticos y socialista de alma, comentó a la hora de la cena que durante la celebración de un mitin de Indalecio Prieto en écija, éste había sufrido un atentado por partidarios de Largo Caballero que boicotearon el acto, y que se habían efectuado varios disparos.

La dirección del Partido Socialista se divide. El ala izquierda agrupa a Largo Caballero con Araquistáin y algunos otros, Prieto es partidario de una línea centrista con González Peña, De los Ríos y Zugazagoitia, y se forma un ala derecha con Besteiro, Trifón Gómez y Saborit, entre otros, todos ellos, según el comentario de mi abuelo, eran viejos funcionarios sindicales de la dictadura.

Aunque no logro entender con toda claridad lo que está pasando, leyendo los titulares de los periódicos empiezo a presentir que algo grave está por llegar.

A causa de los comentarios de mi abuelo y las reuniones de los obreros en Boetticher y Navarro, empiezo a interesarme por la política y ya no me limito a leer los titulares. Leo los artículos, pregunto, indago, consulto, analizo, saco mis conclusiones y tomo conciencia de la gravedad de lo que se avecina.

El 28 de junio, algunos militares, aduciendo que luchan contra la anarquía y el comunismo, llevan a cabo un levantamiento. Asustados por las profundas reformas sociales programadas por el Frente Popular, muchos aristócratas, terratenientes, mandos militares y grandes financieros deciden apoyar la sublevación contra un Gobierno que sospechan será comunista y anárquico. Los militares constituyen la fuerza esencial del levantamiento. Algunos de los que se unen a la conspiración son monárquicos, Orgaz, Sanjurjo y Fanjul; unos están en la lucha contra la República desde 1932, otros se han formado en la guerra de Marruecos: Mola, Franco, Goded. La mayor parte de ellos carecen de ideología política, pero la espoleta para que estalle la guerra es el asesinato del teniente Castillo, socialista, y la muerte del político Calvo Sotelo como represalia.

El 17 de julio nos llega una noticia que nos hace pensar que la guerra contra la República es un hecho. Elementos de la Legión y el Ejército se apoderan de la ciudad de Melilla. En mi casa hay una gran preocupación, y en Boetticher y Navarro los obreros dicen que hay que estar prevenidos porque se avecina un golpe militar contra la República. Los de la CNT y los de la UGT deciden unir sus fuerzas si se produce el esperado golpe militar. Influido por lo que escucho y por lo que leo, hablo con mi amigo Pedro Tabares y nos hacemos militantes de las Juventudes Socialistas. Al día siguiente, el 18 de julio, comienza la Guerra Civil.

En el portal de nuestra casa, chicos y grandes observan desconcertados el revuelo que hay en la calle. Se escuchan disparos, Madrid es al mismo tiempo un desconcierto y una locura total. Nadie tiene una noción clara de lo que está pasando. En la radio hablan de una sublevación militar. Los obreros piden armas al Gobierno. Pasan camiones cargados de hombres armados con escopetas de caza que se dirigen hacia la sierra, donde se supone están los frentes de batalla. Un coche se detiene delante de nuestra casa, bajan varios milicianos, nos señalan con el dedo a Pedro Tabares y a mí:

--Tú y tú, subid con nosotros, vamos.

Se meten en el portal y fusil al hombro suben las escaleras, paran en una puerta, golpean. abre una mujer, los milicianos entran con violencia, hacen un registro y de debajo de una cama sacan un cajón de madera. Nos ordenan:

--Coged ese cajón y bajadlo al coche.

Pedro y yo obedecemos, bajamos el cajón y lo metemos en el coche. Detrás de nosotros bajan los milicianos, se meten en el coche, lo ponen en marcha y se alejan.

El 19 de julio la Guerra Civil ya es un hecho.

Pedro Tabares y yo tomamos una decisión, vamos a la calle de Francos Rodríguez y nos alistamos como voluntarios en el 5º Regimiento.

En la casa de ladrillos de Zurbano 68 se han quedado mi niñez, mis juegos, mis amores jóvenes y mis intentos de hacerme hombre.

La etapa que me espera va a ser dura y de sufrimientos.

Julio del 36

Los aristócratas cedieron sus caballos de pura sangre a los coroneles y jugaron al bridge a beneficio de los hospitales. La Iglesia aprendió el saludo romano y multiplicó las bendiciones a los generales que colocaban obreros y campesinos delante de los piquetes de ejecución.

Bartolí en su libro Calibán

Previa autorización de mi buen amigo José Luis Coll, voy a reproducir un artículo que escribió para Diario 16 y que me viene como anillo al dedo. El artículo se titula "Olvidar" y dice:

Existe una corriente inhibicionista con propensión a la ceguera pretérita que cuando oye hablar de los "terribles tiempos" de la conflagración fraterna hispana, dice, asegura y pontifica, que "mejor es olvidarse de aquello", no remover cadáveres muertos y muy muertos, punto y aparte, colorín colorado y aquí no pasa nada. Pero como dice Wisenthal: "¿Qué derecho tenemos nosotros para perdonar en nombre de estos muertos?" Comprendo, hasta cierto punto, el perdón, pero jamás el olvido. Entre otras razones porque no se puede olvidar. El olvido es contrario a la razón. Es una imposibilidad mental. Un contrasentido cerebral. Y el hecho de que algo se quiera olvidar es suficiente para reforzar su recuerdo.

A cierto rey, le dijo cierto sabio astuto que le enseñaría a fabricar oro. El rey, como todo el que no fuera rey, se puso muy contento. Pero el astuto sabio le puso una sola condición, sin la cual le sería imposible la fabricación del oro. La condición era que no debería pensar en un elefante blanco mientras estuviera fabricando el oro.

Es obvio decir que precisamente esa condición hacía imposible el olvido. Yo también propondría una amnistía mental, lo cual sería una estúpida pérdida de tiempo. Muchos son los que toman el camino del perdón. Y hasta llegan a él con absoluta sinceridad. Pero no concibo ser humano que diga que ya no recuerda el objeto de su perdón.

Los grandes acontecimientos vitales se aposentan en la base del cráneo, que son esas vivencias que ya jamás se van de vacaciones; por la sencilla razón, repito, de que el olvido es una entelequia inasequible. A uno, tal vez, "se le pueden" olvidar ciertas nimiedades, pero nunca podrá olvidarlas por propia voluntad.

No olvidemos nunca, jamás. Digamos, me gustaría no recordar. Porque el olvido es la negación de los cimientos de la propia vida.

José Luis Coll

"Con la mano izquierda se sujeta el fusil a la altura de la cintura, se tira del cerrojo hacia arriba, después se corre hacia atrás, se coloca el cargador, se empuja el cerrojo hacia adelante, se gira hacia abajo y ya tenemos una bala en la recámara. Después se apoya la culata contra el hombro, aseguraos de que la culata esté bien apoyada en el hombro, porque si no lo hacéis así, el retroceso del fusil puede romperos la clavícula. Se apunta con un solo ojo, observando que esta ranura de arriba coincida con el punto de mira, se aprieta el gatillo y de esta forma se dispara. El gatillo tiene dos tiempos, uno que prepara el percutor y otro que golpea en el casquillo de la bala. Cada vez que se termina el cargador, se vuelve a hacer la misma operación. Es muy conveniente durante el combate tener la bayoneta calada por si tenéis que entrar en el cuerpo a cuerpo. ¿Enterados? Bien. ¡Rodilla en tierra! ¡Carguen! ¡Apunten! ¡Fuego!"

"Para lanzar las granadas de mano se aprieta esta palanca, se saca el seguro tirando de la anilla y una vez quitado el seguro, siempre con la palanca apretada, se espera el momento de lanzarla; cuando llega ese momento, antes de arrojarla se suelta la palanca abriendo la mano, contáis diez segundos y la lanzáis. No lo hagáis antes de contar diez segundos porque os la pueden devolver".

éstas fueron todas las instrucciones que recibimos durante cinco días; después, con tres cartucheras llenas de balas, un fusil Mauser con su machete y dos granadas de mano, nos subieron a los camiones. Yo buscaba a Pedro Tabares. No lo veía por ninguna parte.

Adelante milicianos
a luchar con el valor
que nos da nuestro coraje
empujando el corazón.
A aplastar a los fascistas,
la canalla sin igual,
que por no ceder sus fueros
quiere ahogar la libertad.
Camaradas, camaradas,
todos juntos a luchar
en la vanguardia.
Venceremos, venceremos,
que es de acero el Regimiento Pasionaria.
venceremos, venceremos,
nuestra consigna es aplastar,
a traidores y a fascistas,
que jamás han de pasar.

Y me preguntaba yo: si me he alistado en el 5º Regimiento de Líster, ¿qué hago en el Regimiento Pasionaria? ¡Qué más da! Lo importante es luchar contra los fascistas. Hacía mucho calor por aquella carretera en la que apenas había árboles, pero en el camión, con el aire, ni se notaba. Y seguí cantando como todos los demás:

¡Ay, ay, ay tirano burgués!
¡Ay, ay, ay, qué mal te vas a ver!
¡Ay, ay, ay, que viva nuestra unión
que somos comunistas
hasta el corazón!

O sea, que por lo que cantábamos, yo no era socialista, era comunista. Pero, pensaba yo, si pertenezco a las Juventudes Socialistas, ¿quién me ha hecho comunista? En fin, tampoco era momento de cuestionarme si era comunista o era socialista. Ni siquiera sabía cuál era la diferencia entre una cosa y otra.

Y así, subidos a los camiones, íbamos hacia el frente. Ese frente que iba a ser nuestro bautismo de fuego.

Yo seguía tratando de encontrarme con Pedro Tabares, pero alguien me dijo que lo habían destinado al Batallón Alpino. Lo mismo que me pasaba con lo del comunismo y el socialismo, no tenía ni idea de qué quería decir lo de "batallón alpino", si le habían destinado a un pinar o a los Alpes.

Cuando llegamos a Sigüenza, nos dividieron en pelotones y cada pelotón en escuadras de cinco individuos. Vimos gente corriendo de un lado a otro alocadamente. Algunos hombres llevaban escopetas de caza y otros esgrimían armas rudimentarias, sables, hoces, horquillas de hierro de las usadas para recoger las parvas, hachas, azadones, piquetas. Nos dijeron que estaban buscando fascistas. Aquello parecía la

escenificación de algún cuadro de El Bosco. Mi escuadra la componíamos Fernando, Fraguas, Medrano, Cabral y yo. Llegamos hasta una casa en la que había un gran revuelo, se oían gritos de mujeres. Entramos, cruzamos el comedor y fuimos hasta la cocina. En la cocina había una puerta trasera que daba a un pequeño campo mezcla de huerta y corral. En el suelo, en un gran charco de sangre, dos cuerpos tendidos, uno de ellos llevaba puesto el uniforme de la Guardia Civil, el otro una camisa y un pantalón, habían sido abatidos a tiros de escopeta; la cara del guardia civil era un amasijo irreconocible, la del otro, la del que vestía camisa y pantalón, tenía el espanto en sus ojos desmesuradamente abiertos, había recibido los disparos en el vientre y sobre la camisa se podían ver sus intestinos. Los hombres que los habían matado estaban con sus escopetas bajo el brazo y una sonrisa en el rostro. Nos recibieron en actitud de héroes, con su cara, su boina o su gorra quemadas de sol. Nos miraban a nosotros y a los dos hombres que yacían en aquel charco de sangre, y sujetaban sus escopetas bajo el brazo sin dejar de sonreír, solamente les faltaba poner un pie sobre cada uno de los muertos para hacerse una fotografía, como si hubieran ido a un safari y hubiesen capturado dos leones. Unas mujeres, con los ojos cegados por el llanto, contemplaban a aquellos dos hombres caídos, mientras daban gritos desgarradores. Unos niños se abrazaban a las piernas de las mujeres, en sus caras se reflejaban el terror y la incomprensión.

Uno, nos dijeron los de las escopetas, era el boticario y se llamaba Betegón, el otro era un teniente de la Guardia Civil, los habían cazado, ésa fue la palabra que utilizaron, cuando trataban de huir por la parte trasera de la casa. Eran, nos dijeron, dos fascistas.

La visión de los intestinos del hombre con camisa y pantalón y la cara del guardia civil completamente destrozada me provocaron un vómito que no pude evitar. Comencé a sospechar que la guerra iba a ser dura y sangrienta. Cuando tomé la determinación de alistarme como voluntario no supuse que esa guerra civil iba a ser aprovechada por muchos para realizar una serie de venganzas llevadas a cabo con la disculpa de estar del lado de la derecha o del lado de la izquierda.

Si dijera que al enrolarme lo hice apoyado en un profundo conocimiento de la política o de la ideología, estaría faltando a la verdad. A pesar de mi escuchar, de mi leer y de mi preguntar, tanto mis conocimientos ideológicos como políticos eran muy limitados, tan limitados que no sabía distinguir entre el comunismo y el socialismo, lo único que tenía claro, porque así me lo habían explicado en mi casa, era que los trabajadores corrían el riesgo de perder los derechos conseguidos gracias a la República, y que por eso había que defender la República, aunque para ello fuese necesario jugarse la vida.

Mi ideología se iría formando más adelante, durante los primeros meses de vivir la guerra con todos sus horrores, después de que me llegara la noticia de los fusilamientos de Badajoz, después del bombardeo de Guernica por la aviación alemana, después de los continuos bombardeos de Madrid, donde las mujeres aterrorizadas corrían con sus hijos en los brazos a buscar refugio en las estaciones del metro, y se afirmaría algunos meses antes de terminar la guerra, después de ser testigo directo del cruel comportamiento de los mercenarios traídos por Franco de África, después de las humillaciones que padecí y vi padecer a otros hombres jóvenes como yo en los campos de prisioneros y en las improvisadas cárceles de la dictadura. Porque aunque algunos traten de negarlo, la posguerra fue muchísimo más cruel que la guerra misma. Si durante la guerra hubo muchas venganzas personales, la posguerra la superó con creces en ese tipo de ajuste de cuentas.

Yo, a mis diecisiete años, pensaba que la guerra, aun tratándose de una guerra civil, iba a ser una lucha limpia entre dos bandos con distinta ideología o con distinta forma de pensar. Y de lo que estaba plenamente convencido era de que el levantamiento de Franco contra la República iba a ser cuestión de días.

Pienso que...

Se han escrito tantos libros sobre la Guerra Civil española que sería estúpido por mi parte dedicar decenas de páginas a este acontecimiento, que ya ha sido tratado por escritores, historiadores y periodistas con más autoridad que yo para hacerlo; me voy a limitar a bosquejar algunos aguafuertes de lo que viví de manera directa y de los que, estoy seguro, no fueron testigos esos periodistas ni esos historiadores. Es posible que aunque no sea esa mi intención, mi condición de humorista haga que, más allá de la tragedia que conlleva una guerra civil, alguno de estos aguafuertes esté en total oposición con el tono dramático, pero siempre, desde muy niño, el humor ha sido para mí fundamental.

De la misma manera que los aguafuertes de mi infancia éstos, los que se refieren a la Guerra Civil, tal vez estén desordenados; no hay un orden cronológico, ni creo que esto importe. Sólo pretendo rescatarlos para poner de manifiesto lo absurdo y cruel de aquella guerra, nacida de un golpe militar provocado por un general vanidoso y prepotente, tal vez herido en lo más profundo de su orgullo porque en Oviedo era conocido por El Comandantín. Más tarde, con el apoyo de Hitler y Mussolini, le creció la vanidad y hasta llegó a creerse muy importante, luchando contra algunos millones de ignorantes que no estábamos capacitados para ganar una guerra que, ahora estoy seguro, teníamos perdida desde el primer día. Y no utilizo la palabra ignorantes en tono peyorativo. Sé distinguir entre el bruto y el ignorante. De toda mi vida he sabido que el bruto es bruto desde que nace hasta que muere y el ignorante lo es porque no tiene acceso a la cultura.

No sé si Franco lo sabía, seguramente que sí. Para Hitler, España era el lugar ideal para ensayar lo que más tarde sería la Segunda Guerra Mundial, para Franco suponía sacar pecho y salir del destierro a que había sido condenado al ser destinado a Canarias.

No soy psicólogo, ni creo estar capacitado para entender en toda su dimensión el comportamiento o las decisiones de Franco. Me limito a escribir lo que creo o pienso que le sucedió. Para mí que Franco había fracasado como gallego. Mientras sus paisanos se atrevían a emigrar hacia las Américas en busca de lo que Galicia les negaba (el mayor ejemplo lo tenía en su propio padre que se fue a Cuba y más tarde a Filipinas), él, incapaz de imitar a aquellos arriesgados paisanos suyos, daba la espalda al mar. Toda su ambición y su orgullo radicaban en ser el general más joven de España, algo así como el niño precoz capaz de tocar de oído una sinfonía de Wagner para orgullo de sus papás. Deduzco, por todo lo que he leído sobre la niñez del que después fuera largos años "nuestro" Caudillo, que el comportamiento de su padre y de sus hermanos Nicolás y Ramón fue el detonante para que, a cualquier precio, intentara lavar la mala imagen que tenía de su familia, y la única forma de hacerlo

era con un comportamiento totalmente opuesto al de su padre y al de sus hermanos. Después, con el mando en su poder, más allá de sus motivos personales, se sintió un enviado de Dios, cuya misión consistía en conducir de la mano a los españoles hasta el mismo Dios. Esta idea que él tenía, se pone de manifiesto cuando, sin ningún

pudor, ordena o permite que en las monedas se acuñe: "Francisco Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios".

También sobre Franco se ha escrito tanto que no voy a intentarlo yo, tan sólo pretendo establecer la gran diferencia que había entre un ejército disciplinado y unos hombres, la mayoría de una cultura mediocre; obreros y gente del campo, sin más conocimientos que la mula, el arado, el pico y la pala o el martillo, y sin más escuela que una fábrica, un andamio, una cantera, una mina o un campo lleno de surcos y el sudor que, día a día, soportaban para ganar un sueldo de miseria que les permitiera llevar a sus casas el pan para sus hijos.

La espléndida película de Frederic Rosiff Morir en Madrid, tiene un comienzo escalofriante. Sobre el plano de un campesino, que camina por el campo árido de Castilla a lomos de un borrico, con el fondo musical de una guitarra española, van apareciendo estos datos:

España 1931
503.061km. cuadrados.
24 millones de personas.
En ese año de 1931, la mitad de la población, doce millones, es analfabeta. Hay ocho millones de pobres y dos millones de campesinos sin tierra.
20.000 personas poseen la mitad de España.
Provincias enteras son propiedad de un solo hombre.
Salario medio de los trabajadores de una a tres pesetas diarias.
El kilo de pan vale una peseta.
20.000 frailes, 31.000 sacerdotes, 60.000 monjas y 5.000 conventos.
15.000 oficiales, entre ellos 800 generales. Un oficial por cada seis hombres, un general por cada cien soldados.
Un rey, Alfonso XIII, decimocuarto soberano desde Isabel la Católica.

Sigüenza

Estábamos en Sigüenza, mi primer frente de batalla, donde curiosamente no había ningún frente de batalla, ni siquiera sé si había enemigos; tal vez, puede que sí que los hubiese, pero yo no vi a ninguno, o estaban muy lejos o se escondían en alguna parte, el caso es que la primera misión que me fue asignada como combatiente fue hacer de centinela en un lugar del viejo castillo en el que había unas tumbas de momias, vaya usted a saber desde qué época y de quién. Por un agujero que habían abierto en el suelo de una especie de patio cubierto circular se veían las momias, que habían sido sacadas de sus ataúdes y estaban recostadas en las paredes o esparcidas por el suelo. Parece ser que alguien, no sé si gente del pueblo o milicianos, había intentado encontrar algún tesoro oculto en aquel cementerio, en el que estaban enterrados varios obispos, cardenales y algunos nobles, que eran parte de la historia de Sigüenza. A mí, aquellos esqueletos esparcidos por el suelo y todos

aquellos ataúdes abiertos me tenían aterrorizado. Durante las dos horas que me asignaron como centinela de aquel lugar, me produjeron más terror los muertos que la posibilidad de que un enemigo se presentara de improviso. Yo sabía que el fusil que tenía en mis manos era capaz de matar a un hombre, pero tenía mis dudas sobre si ese fusil era capaz de acabar con alguna de aquellas momias, que aparentemente estaban

quietas, pero que a mí, después de mirarlas fijamente durante varios minutos, me daban la impresión de que se movían.

Me senté frente al agujero por el que se veían las momias, con la espalda contra la pared, una pared en la que había dos ventanas con rejas; me senté entre las dos ventanas y, durante las dos horas que duró mi guardia, no perdí de vista el pequeño cementerio en semipenumbra. Cuanta más atención ponía en las momias, más grande era la sensación de que se movían, de que me estaban mirando, de que en cualquier momento me iban a atenazar con sus huesos, cubiertos de aquella piel apergaminada, y me iban a meter en uno de aquellos ataúdes de donde las habían sacado a ellas.

Pensaba que aquello no tenía nada que ver con guerra alguna, al menos con las que yo había visto en el cine, como Sin novedad en el frente.

Durante el día también hacíamos guardia; pero yo seguía sin ver ningún enemigo. Estuvimos varios días sin establecer contacto con nadie. De vez en cuando se producía un tiroteo ciego y después, de nuevo la calma.

Queríamos ordeñar una vaca, ninguno de nosotros tenía ni la más remota idea de cómo se hacía aquello. Habíamos vivido siempre en la capital. Lo intentaron algunos, apretaban las ubres del animal, pero de allí no salía nada. Yo había visto alguna vez a Kananga -el lechero de mi barrio que tenía apellido de jefe de tribu africana- ordeñar, y recordaba que se escupía en la palma de la mano antes de cerrarla sobre uno de los pezones después de haber doblado el dedo pulgar; al tiempo que apretaba, daba un pequeño tirón, de esa manera salía un chorrito de leche que iba a parar al cántaro o al cubo que tenía colocado bajo la teta de la vaca.

Yo, imitando a Kananga, me escupí en la mano, doblé mi dedo pulgar, cogí uno de los pezones de la teta y comencé a apretar con fuerza, al mismo tiempo que estiraba. Se produjo el milagro, comenzó a salir un chorro blanco que, con fuerza, iba cayendo en el cubo que habíamos puesto justo debajo de la ubre.

Aquello fue como cuando en una película, después de muchos días de perforar el suelo de un desierto, sale un chorro de petróleo. Todos mis compañeros daban saltos de júbilo y gritaban a mi alrededor. Algunos, los más ansiosos, metieron la cabeza debajo de la vaca y bebieron la leche sin dejar que ésta llegara al cubo.

Apoderarse de algo que no nos pertenecía se llamaba "requisar". Así, en las casas donde había corral y que nos decían que eran propiedad de algún facha, "requisábamos" todo lo que fuese comestible, gallinas, conejos, cerdos... Algunos "requisaban" objetos o ropas y otras muchas cosas más que no eran comestibles. En aquel entonces no imaginábamos que más adelante, pasados dos años, nos veríamos obligados a comer cigüeñas y gatos. Muchas casas, las de gente de dinero, habían sido abandonadas por sus dueños, que se habían ido por temor a ser ejecutados por los rojos. En su huida se habían llevado lo justo para sobrevivir. Lo que hacíamos tenía más de saqueo y atraco que de "requisa". Aunque yo no era muy culto, desde mi niñez había aprendido a tener respeto por todo lo que me pertenecía, y mucho más por lo que pertenecía a otra gente. En ese ayudar a mi abuelo en sus chapuzas íbamos a casas donde había cuadros, lámparas, relojes, y, sobre algunos muebles, objetos de valor o pequeñas esculturas de bronce o mármol, y fue de mi abuelo de quien aprendí el valor de aquellas pinturas o de aquellas lámparas y objetos, hechos todos por artistas de gran talento, y el respeto por todo aquello que formaba parte de la cultura. Así, cuando me negaba a participar en alguno de los saqueos, que para mí no tenían otra finalidad que la destrucción, alguno de mis compañeros me decía: "¿No será que eres fascista¿" Y pensaba yo qué tenía que ver la destrucción de un piano, la quema de cuadros, de libros y de imágenes con la defensa de la República; pero el hecho de no participar en alguno de aquellos actos era motivo de sospecha para mis compañeros.

Y llegó el primer enfrentamiento con el enemigo. La Guardia Civil y algunos militares se habían hecho fuertes en la catedral y ahí, sin ningún tipo de disciplina militar por nuestra parte, tuvo lugar, como bautismo de fuego, una de las batallas más absurdas que me tocó vivir. Aquello era lo menos parecido a lo que yo pensaba que era una guerra. Disparábamos hacia no se sabía dónde ni contra quién. Tampoco yo sabía quiénes ni desde dónde nos disparaban. Corríamos de un lado a otro tratando de esquivar las balas que venían del campanario o de los ventanales, y disparábamos contra el campanario y los ventanales. Todo sucedía en un desmadre absoluto. Los heridos pedían socorro, algunos con amputaciones importantes; los menos graves también pedían ayuda, más por el pánico que por la importancia de sus heridas. En aquel desorden se evacuaba a los que se podía. Los muertos quedaban tendidos y abandonados sobre el mismo lugar donde habían caído. A fin de cuentas, en una guerra un

muerto es un soldado que ya no sirve para matar. Aquello era lo más parecido al infierno de Dante.

Al día siguiente, alguien con voz de mando ordenó la retirada. Obedecimos y salimos de Sigüenza en los mismos camiones que nos habían traído de Madrid. Nunca he sabido si aquella batalla la ganamos nosotros o el ejército enemigo. Ni si los disparos que hice con mi fusil alcanzaron a algún soldado enemigo. Es más, ni siquiera me he tomado la molestia de buscar en los libros de historia si después de aquello Sigüenza quedó en poder de las tropas franquistas o de los rojos. Para mí, lo más importante de aquel traslado era dejar de contemplar las momias que me tenían acojonado.

Nuestro siguiente destino fue Navalcarnero, donde se instaló nuestro cuartel general. Desde allí nos mandaron a combatir contra las tropas que avanzaban por la carretera de Extremadura hacia Madrid. Llegamos hasta Calzada de Oropesa. Allí entablamos el primer combate, del que salimos malparados. Retrocedimos hasta Oropesa, nos hicimos fuertes en Talavera de la Reina, pero los continuos disparos de la artillería nos obligaron a retirarnos hasta Santa Olalla y más tarde a Maqueda. Ahí, en Maqueda, vimos por primera vez los aviones enemigos. Lanzaban algo que brillaba con el resplandor del sol.

--¡Están tirando panfletos de propaganda! -decíamos.

Hasta que escuchamos el silbido de las bombas, que nada tenían que ver con los panfletos. Seguimos en retirada, las bombas lanzadas por los aviones y el fuego de la artillería del enemigo eran muy superiores a nuestro armamento y no servía de nada el valor, ni sirvió de nada el famoso tren blindado que se suponía que sería capaz de detener el avance de las tropas traídas de Marruecos, adiestradas para combatir.

Los días 27 y 28 de agosto los aviones alemanes bombardeaban Madrid por primera vez. Aquello influyó en nosotros en dos sentidos: de un lado provocó las ganas de acabar con aquellos mercenarios traídos de áfrica, y por otro desató el temor de que aquellos bombardeos -como así ocurrió- se hicieran costumbre diaria. Tratamos de hacer frente a aquellas tropas que avanzaban hacia Madrid, pero nuevamente nos vimos obligados a retirarnos. Las columnas del ejército de áfrica llegaron a Talavera de la Reina.

Nos instalamos a las afueras de Santa Cruz del Retamar, tratando de reponer fuerzas y a la espera de un armamento que no llegaba; ya no teníamos nada con qué combatir, estábamos sin munición y sin nada que comer, ni siquiera teníamos agua para beber. Intentábamos apagar la sed comiendo sandías, y hasta las usábamos para lavarnos las manos, que nos quedaban pegajosas. Allí aguantamos un par de días, pero, de nuevo, los bombardeos de los aviones y el fuego nutrido de la artillería nos obligaron a una

retirada más, hasta llegar a Valmojado, muy cerca ya de Navalcarnero. Ahí, tal vez para reponer fuerzas, el ejército enemigo detuvo sus ataques. El teniente Galindo, que sentía por mí un gran aprecio, me dijo:

--Chaval, esto es muy duro para ti. Quédate conmigo como asistente y no vayas más al frente.

Pasaron algunos días sin que el enemigo diera señal de vida o, dicho de otra manera, sin que diera señal de muerte.

De pronto, al sargento que hacía de ayudante del teniente Galindo le llegó la noticia de que dos mil anarquistas se habían negado a obedecer las órdenes de Riquelme y se retiraban hacia Madrid en autocares. El teniente Galindo no estaba en el puesto de mando, había ido a primera línea a conectar con los milicianos.

El sargento me dio una pistola y me dijo:

--Toma. Ponte en la carretera, y a los que intenten alejarse del frente, les das el alto, y si no te obedecen, dispara, pero nada de disparar al aire, dispara a matar.

Y obedeciendo la orden y con mi ingenuidad de diecisiete años me coloqué a un costado de la carretera, dispuesto a disparar a quienes intentaran huir del frente. De pronto apareció una muy larga columna de autocares y, asomando por las ventanillas, los anarquistas, con sus pañuelos rojos y negros al cuello o en la cabeza, al estilo de los piratas, y los fusiles apuntando hacia adelante. Por supuesto que ni se me ocurrió darles el alto. Me limité a saludarlos.

Los combates quedaron paralizados en aquella zona.

La disciplina como arma eficaz

Por un decreto o una orden del Gobierno había que hacer un cambio en las tropas de la República. Teníamos que pasar de ser milicianos a ser soldados. Nada de "¡Oye tú!", ni "compañero", ni ninguna de esas libertades tan libertinas, valga la redundancia, que usábamos los milicianos. La única forma de ganar la guerra era poniendo en funcionamiento el mismo sistema de disciplina que usaban las tropas de Franco. Para este fin enviaron unos oficiales instructores, que nos enseñarían cómo había que entender la disciplina: se trataba de cambiar el "¡Oye tú!" por el "¡A sus órdenes!"

Como primera clase nos pusieron como tarea la petición de un permiso a un superior, dando a conocer el motivo. Se suponía que éste tenía que ser un problema grave, así que cada uno de nosotros tratamos de encontrar un problema grave que justificara la petición.

El teniente instructor, militar de carrera, se colocó en un lugar que se suponía que era el puesto de mando, y cada uno de nosotros entraba para pedir el permiso. Aquello más que una clase teórica fue lo más parecido a un circo. Entró el primero, y de entrada -no había puerta- con la boca imitó el ruido de una llamada, "tam, tam", al tiempo que golpeaba en el aire con el puño. Los que esperábamos turno no pudimos evitar una carcajada, pero el teniente instructor no se dio por enterado y dijo:

--¡Adelante soldado!

El soldado, un madrileño castizo de Vallecas, pero bruto bruto, dijo:

--A tus órdenes, oye, teniente.

El teniente, con mucha paciencia, le explicó lo de el usted a los superiores y le dijo que suprimiera el "oye" y lo cambiara por "mi teniente", luego le mandó salir y entrar de nuevo. El de Vallecas obedeció y volvió a golpear en el aire con el puño y otra vez con la boca el "tam, tam". Y el teniente:

--¡Adelante soldado!

Y entró el de Vallecas. Esta vez al pie de la letra:

--¡A sus órdenes, mi teniente!

Nos dieron ganas de aplaudirle.

--¿Qué desea, soldado?

--Quiero que me des, o sea que..., coño me se olvida lo del usté, que me dé usté permiso pa irme a mi casa, porque han bombao el Puente Vallecas y a mi hermana l.an jodío una pierna.

El teniente le corrigió:

--Han bombardeado.

--Bueno, sí, eso.

--Está bien, soldado, tiene usted cinco días de permiso. El siguiente.

Y el siguiente, más bruto que el de Vallecas, dijo:

--¿Da su permiso pa. entrar?

--Adelante.

--Muchas gracias, teniente mío.

Aquello nos provocó otra carcajada. El teniente también estuvo a punto de reír, pero su condición de teniente se lo impidió; no obstante, con un gran sentido del humor, dijo:

--Procura decir "mi teniente" en lugar de "teniente mío", porque lo de teniente mío se presta a que yo te conteste: "Pasa vida mía".

Las peticiones de permiso eran de lo más variado y absurdo, pero de algún modo intentábamos alcanzar esa disciplina de obediencia a los superiores.

Subidos en los camiones, cantando las mismas canciones de siempre, nos trasladaron a Somosierra, concretamente a Buitrago. Ahí nos destinaron a distintos lugares de la sierra. Hicimos parapetos con sacos de tierra y se cavaron algunas trincheras. Nos distribuyeron por varios pueblos: Paredes de Buitrago, Gandullas... El enemigo estaba en algún lugar; pero, lo mismo que me había pasado en Sigüenza, yo no lo veía, aunque se sabía que estaba por allí. De vez en cuando surgía lo que llamábamos un tiroteo ciego. Algún centinela creía haber visto algo que se movía y disparaba su fusil. De inmediato se armaba un tiroteo y nadie sabía el porqué. Disparábamos hacia adelante, disparos inútiles que sólo servían para gastar munición.

Durante el día, como nos aburríamos, disparábamos a una botella o a una lata que habíamos colocado a cincuenta metros. Esto hizo que los mandos nos descontaran una peseta del duro diario que cobrábamos los que éramos voluntarios por cada bala que nos faltara al hacer el recuento de la munición. Se moderó el juego de tirar al blanco. Otro de los entretenimientos era matar los piojos que nos devoraban. Yo, y creo que mis compañeros tampoco, no los conocía. Alguna vez, cuando niño, se habían nombrado los piojos de la cabeza, algunos chicos los tenían en el colegio; los del cuerpo los tenían los vagabundos que dormían en los solares. Por mucho que lavábamos las camisetas, los piojos sobrevivían, la única manera de acabar con ellos era cociéndolas, junto al jersey, en una lata grande, pero las liendres sobrevivían, anidaban en las costuras de la ropa y la única forma de exterminarlas era quemándolas. Poníamos un palo en el fuego, y cuando en el palo se formaba ascua, lo pasábamos

por las costuras y las liendres explotaban.

Y ahí, en el frente de Somosierra, pasaban los días y las semanas. De vez en cuando nos visitaba Rafael Alberti o Miguel Hernández, nos sentábamos y ellos nos recitaban poesías al tiempo que nos animaban a combatir.

Nos enseñaron a hacer bombas de mano con las latas de tomate vacías. Decían que era un invento de El Campesino. Las latas se llenaban de pólvora o dinamita, dentro se metían clavos, tuercas o trozos de pedernal, luego se colocaba una mecha, se cerraba la lata herméticamente, con el cigarro prendíamos la mecha y cuando la llama llegaba a nuestro dedo pulgar, lanzábamos la lata bomba; algunos se precipitaban y la arrojaban apenas habían encendido la mecha, esto retrasaba la explosión, y entonces venía la bronca del teniente, que nos decía: "Si hacéis eso, el enemigo os la puede mandar a vuelta de correo".

Un día vino a visitarnos La Pasionaria, se acercó a mí, me midió con la mirada y me preguntó:

--¿Cuántos años tienes?

Mentí:

--Dieciocho.

Mentí porque en la guerra, si una madre reclamaba a un hijo porque no había cumplido los dieciocho años, lo mandaban a casa. Yo temía que mi abuela lo supiera y hablara con mi madre para que me reclamara por ser menor. Me parece que La Pasionaria no me creyó, pero disimuló. Yo tenía en mis manos una de las latas bomba que había hecho. Ella me preguntó qué era eso que tenía en la mano y se lo expliqué. La Pasionaria me dio un mechero que tenía en un costado la piedra y en la tapa una mecha de algodón.

--Toma, para que enciendas la mecha sin tener que usar el cigarro. Eres muy joven para fumar.

La mirada profunda y la voz de aquella mujer me quedaron grabadas para siempre. No obstante, debo confesar que cuando estaba en el campo de prisioneros de Valsequillo y nos llegaron las noticias de que la guerra había finalizado y que muchos políticos, entre ellos La Pasionaria, habían huido al extranjero, recordé aquella frase suya que decía: "Es mejor morir de pie que vivir de rodillas", y pensé por qué, no solamente ella sino todos los que se habían ido al exilio, no se habían quedado ni a morir de pie ni a vivir de rodillas. Para mí, aquello era como si me hubieran traicionado.

Años más tarde, siendo profesional del humor, en un viaje que hice a Chile por razones de trabajo, tuve un enfrentamiento con un exiliado que me reprochó el que yo fuese a La Granja a trabajar para Franco. Le recordé la frase de La Pasionaria y le dije que yo me había quedado a morir de pie y terminé viviendo de rodillas. Eso le cerró la boca, la bocaza diría yo.

Luego, cuando ya tuve un conocimiento más claro de la política, entendí aquel exilio de los que de haberse quedado en el país habrían sido fusilados y no hubieran tenido la posibilidad de regresar en algún momento a España y continuar la lucha contra la dictadura.

En diciembre de 1985, con motivo del noventa cumpleaños de La Pasionaria, en el Palacio de Deportes de Madrid se celebró un acto homenaje a esta mujer, que tanto luchó por los desposeídos. El acto fue presentado por Pepe Sacristán, Imanol Arias y Enriqueta Carballeira. Cantamos La Internacional. María Asquerino, con voz emocionada, recitó el poema de Miguel Hernández "Pasionaria". Yo dije algunas palabras que no recuerdo bien; pero me emocioné y ahí, en ese momento, me alegré de que se hubiera ido a Rusia. De otra manera no hubiéramos podido tenerla de nuevo con nosotros. Recordaba las palabras que me había dicho en Somosierra cuando me regaló aquel mechero:

--Toma, para que enciendas la mecha sin tener que usar el cigarro. Eres muy joven para fumar.

El tiro en el culo

Al Ignacio, el de Campo de Criptana, le dieron un tiro en el culo. Nos meábamos de risa. Decía:

--Estaba cagando tan tranquilo y estos hijos de puta me han dado un tiro en el culo -y añadía-: A traición, porque no tienen cojones para atacar de frente.

Y el Ferrán, que era un cachondo le replicó:

--Pues tú tampoco estabas muy de frente, porque estabas mirando al enemigo con el ojo del culo. O sea, que estabas cagando en retirada.

Le sacaron la bala que se le había alojado en una nalga, le taponaron la herida y, como no le podían vendar el culo, le pusieron una gasa con un esparadrapo en forma de cruz. El cachondeo fue en aumento.

--Ahora mira dónde cagas, porque con la equis en el culo eres como un tiro al blanco.

Entre el lugar donde nosotros estábamos parapetados y el lugar donde se suponía que estaba el enemigo, había un valle, y en el valle un pequeño pueblo abandonado, creo recordar que se llamaba Sieteiglesias. Durante el día y con mucho cuidado, nos acercábamos hasta el pequeño pueblo y entrábamos en un bar abandonado en el que había un organillo. Tocábamos el organillo y el enemigo de inmediato nos disparaba, con fusiles o con ametralladora. Por la distancia no nos llegaban las balas, pero disfrutábamos haciendo que gastaran su munición. En esa aldea nos encontramos una cabra flaca, nos la llevamos de mascota y le pusimos de nombre Margarita. La cabra no tenía leche ni para un cortado. Sus ubres estaban arrugadas y secas y era imposible ordeñarla como habíamos hecho en Sigüenza con la vaca. Nos encariñamos con aquella cabra. Le dábamos de comer para ver si engordaba y se llenaba de leche, pero ni por esas. De Madrid no nos llegaban provisiones, ya habíamos terminado con todo

lo comestible, y allí, en la sierra, no había dónde buscar comida. Después de discutirlo, se llegó a la conclusión de que la única solución para matar el hambre era comernos la cabra. Pero, ¿quién tenía valor para matar a Margarita? La cabra, cada vez que nos acercábamos a ella, dejaba de comer hierba, levantaba la cabeza y nos miraba con una mirada muy particular. Nadie se atrevía a terminar con la mascota, unos por superstición -"Matar a la mascota nos va a traer mala suerte", argumentaban-, otros por razones humanitarias. De todos modos, por una u otra razón, nadie tenía valor para matar a aquella cabra flaca que, estoy convencido, había adivinado nuestras intenciones.

Y pasaron los meses con tiroteos y desplazamientos cortos, vino el mes de diciembre y empezaron los fríos. La sierra se cubrió de nieve. Como no nos llegaban alimentos, decidimos comernos a Margarita. Alguien tuvo coraje para matarla, trocearla y asarla al fuego. Yo me sentí incapaz de comer aquella carne, y como yo, algunos más; otros no tuvieron ningún reparo en hacerlo. Y como para que nos sintiéramos culpables de aquella crueldad, al día siguiente nos anunciaron el envío de mantas y comida.

El nicho

Teníamos establecida la primera línea en Las Navas de Buitrago y el camión que nos traía el suministro sólo podía llegar a Lozoyuela. Era necesario bajar desde primera línea, hasta Lozoyuela, a buscar el pan y los víveres. Cada día, nos tocaba a dos cumplir esta misión.

La noche que me tocó bajar a buscar los víveres a mí, me acompañaba el Ginés, que tendría uno o dos años más que yo. Nos metimos en la taberna del pueblo a esperar el camión de los suministros. Su llegada se retrasaba, en la taberna había una estufa igual a la de mis abuelos, hecha con un bidón vacío de los que se usaban para el alquitrán. Nos dieron unas sardinas arenques y las comimos. El camión llegó muy entrada la noche, habían tenido una avería. Nos dieron los sacos con los víveres, yo me cargué el del pan y Ginés el de las latas. Había caído una gran nevada y los caminos estaban cubiertos por la nieve. Ginés y yo caminábamos sin otra orientación que el fuego que se veía a lo lejos, donde estaban refugiados nuestros compañeros. Nuestros pies se hundían en la nieve y de vez en cuando, en la oscuridad, pisábamos un charco en el que el hielo había formado una capa sobre el agua. Nuestras botas se empapaban de aquella agua helada. Perdí el equilibrio resbalé y caí entre

unas zarzas, las espinas se me clavaron por todo el cuerpo, quedé en una posición extraña, las piernas enganchadas en la parte alta de la zarza y el resto del cuerpo colgando. Hice varios intentos para liberarme de aquellas púas que tenía clavadas en las piernas, pero los brazos no me alcanzaban. Fue inútil mi intento de liberarme y opté por esperar a que alguien viniera en mi ayuda. El saco del pan se había escapado de mis manos. Comencé a dar gritos llamando a mi compañero. Lo único que me llegaba era el eco de mi voz, ni una señal del Ginés. Estuve un par de horas en aquella ridícula postura. Estudié la situación y la forma de desengancharme, no me fue fácil, pero lo conseguí. Ni siquiera me tomé la molestia de buscar el saco del pan, en la oscuridad intenté inútilmente llegar hasta la casa donde estaban mis compañeros del batallón. Había perdido el sentido de la orientación, ya ni siquiera veía el fuego, tampoco al Ginés. Comencé a caminar. Cuando me di cuenta estaba en el

cementerio de Lozoyuela, seguía nevando. Pensé que era inútil, en la oscuridad, intentar llegar hasta la casa y decidí quedarme a dormir en el cementerio hasta que se hiciera de día. Entré, vi un nicho vacío y pensé que era el mejor lugar para pasar la noche. Al igual que me había ocurrido en Sigüenza, sentía terror a quedarme entre los muertos, pero si no lo hacía, estaba condenado a morir de frío. Mi dilema estaba en si era mejor meterme en el nicho con los pies hacia dentro o con los pies hacia fuera, pensaba que si me metía con los pies hacia fuera, alguien me podía tapar el nicho y si lo hacía con los pies hacia dentro, algún muerto podía, tirando de mis piernas, meterme hacia la muerte. Finalmente tomé la decisión de hacerlo con los pies hacia dentro, y me desaté la manta que llevaba en bandolera. Aunque estaba muy húmeda, algo me resguardaría del frío. Me metí en el nicho, al menos me protegía de la nieve. No pude dormir, el terror era más fuerte que mi sueño. Al

hacerse de día me orienté y comencé a caminar. Apenas había avanzado doscientos metros cuando vi al Ginés tendido sobre la nieve. No tenía ninguna herida. Había muerto por congelación. Yo había oído decir que los que morían por congelación tenían un gesto en la cara como de reír. Siempre creí que se trataba de un chiste, pero en ese momento pude comprobar que lo que me habían dicho era cierto: el Ginés tenía en su cara una sonrisa. Lo levanté, lo cargué a mis espaldas y lo llevé hasta la casa que usábamos como refugio. No me fue fácil hacerlo. Estaba congelado, y por esa tendencia mía al humor, recordé el chiste de aquel señor que encuentran muerto en un sillón, y como no podían ponerlo derecho para meterlo en el ataúd, le llevan al cementerio sentado en el pescante con el cochero. A mí, en muchos momentos de la vida, el humor me ha jugado malas pasadas, como en esta ocasión. Afortunadamente lo supero y tomo conciencia de la realidad, pero no deja de ser tremendo ese verlo

todo bajo el prisma del humor.

Llegaron las Navidades y nos dieron una botella de coñac, ¿de coñac? Me inclino a pensar que se trataba de alcohol de quemar. Me la bebí entera mientras hacía la guardia. Cuando me llegó el relevo, en mi intento de llegar hasta la casa donde teníamos instalado el cuartel-refugio, caí al suelo y ahí quedé hasta el día siguiente, con la cara sobre el barro. Milagrosamente, no morí de frío. Fue la primera borrachera de las tres que he cogido a lo largo de mi vida.

Teníamos la costumbre de poner delante de nuestras trincheras una bandera republicana, clavábamos el mástil (no estoy muy seguro de si es correcto llamar mástil a ese palo que le poníamos a la bandera para que se sujetara, pero creo que le da más dignidad y más empaque a la bandera decir "el mástil" en lugar de "el palo"), bueno, pues como les decía clavábamos el mástil en la tierra y luego, para sujetarlo, poníamos piedras en la base.

Durante la noche, el enemigo, aprovechando la oscuridad, con el mayor de los sigilos, llegaba hasta donde estaba la bandera y se la llevaba. Aquello nos tenía de muy mala leche. Era como que se cachondeaban de nosotros. Entonces recordé lo que hacíamos en mi barrio cuando yo era chico. Cagamos varios, untamos todo el mástil con mierda y colocamos la bandera como cada noche. El que vino a arrancarla no pudo evitar un "¡La madre que parió a los rojos!" Había conseguido arrancar la bandera, pero se llenó las manos de mierda. Y la mierda no mata, pero humilla.

Pasaban los días y no estaba claro en qué consistía esta guerra. Los tiroteos se provocaban por algún disparo que involuntariamente se le escapaba a un centinela, pero les doy mi palabra que yo no veía a ningún enemigo, salvo alguno que a lo lejos pasaba de un lado a otro, agachándose. Nuestra misión era evitar que los nacionales avanzaran en dirección a Madrid, pero una de dos, o el enemigo no tenía intención de hacerlo o lo estaba intentando por otro frente. Los días se hacían largos y aburridos. Algunas veces salíamos a hacer intercambio, los nacionales nos daban tabaco de Canarias y nosotros les dábamos papel de fumar de Alcoy. El día primero de año de 1937 desafiamos al enemigo a un partido de fútbol. Concertamos la hora, salimos de las trincheras, construimos las porterías con ramas de árbol clavadas en el suelo y se inició el partido. Les ganamos por seis goles a dos. Cuando volvíamos y ya estábamos a punto de meternos en nuestras trincheras, comenzaron a dispararnos;

pero creo que no lo hacían porque éramos rojos y ellos nacionales, sino porque les habíamos metido seis goles. Esto fue lo que les cabreó.

Un enemigo amigo

Llegó el mes de febrero de 1937, los nacionales se habían acercado a Madrid y trataban de rodearlo. Nos trasladaron al frente de La Peraleda, en Aravaca. A la derecha de la cuesta de las Perdices, en la carretera de La Coruña, teníamos nuestras trincheras; en el lado izquierdo de la carretera estaban las de los nacionales, sólo nos separaba el ancho de la carretera. Las trincheras estaban cubiertas con maderas y sacos de tierra, ya que la escasa distancia que las separaba hacía posible lanzar granadas de mano desde cualquiera de ellas a la otra. Las trincheras se extendían a lo largo de toda la cuesta de las Perdices hasta Puerta de Hierro. Explicar cómo estábamos situados unos y otros sería como describir un puzzle gigantesco. En el sector de La Peraleda, hacia Aravaca, habíamos excavado otras trincheras. Delante de ellas, había unos campos cultivados, llenos de fresones. Cuando había un momento de tranquilidad, los más arriesgados salíamos de la trinchera con el casco en

la mano (nos habían dado unos cascos, decían que eran franceses) y en medio de los disparos de los fusiles y de las ametralladoras de los enemigos, cubiertos por el fuego de nuestros compañeros, recogíamos fresones a una velocidad de vértigo, que íbamos depositando en el casco; cuando lo teníamos lleno, nos dejábamos caer dentro de la trinchera.

Una de las noches que estaba de guardia, escuché a uno que cantaba en la trinchera enemiga. Me sentía tan solo que no pude evitar tomar contacto con él, aunque sólo fuese de palabra. Le di un grito:

--¡Eh, tú, el cantante!

Me respondió:

--¿Qué quieres?

--Nada. Es que te he oído cantar y por tu manera de cantar me parece que eres vasco o asturiano.

--No. Soy de Pamplona. ¿Conoces Pamplona?

--No. No la conozco, pero he oído hablar de los San Fermines. Creo que os lo pasáis bárbaro.

--Muy bien. Cuando termine la guerra te invito a mi casa en Pamplona para que los conozcas. Te vas a divertir.

Le pregunté cómo se llamaba y dijo:

--¿Y cómo quieres que me llame, coño? Fermín.

Y se echó a reír.

--¿Y tú?

--Miguel.

Cada noche, la hora y media que duraba la guardia era un diálogo permanente entre Fermín y yo. Ya se había hecho una costumbre. Yo, desde mi trinchera le preguntaba a qué hora tenía guardia al día siguiente, luego le pedía a mi sargento que me pusiera la guardia a la misma hora que la de Fermín.

Me contó que tenía novia, le dije que yo también, me dijo que le gustaba mucho el fútbol, a mí también. Me contó que trabajaba de camarero en un hotel, yo le conté que trabajaba de mecánico.

Fueron muchas noches de hablar y contarnos cosas. Fue un enemigo amigo, del que sólo llegué a conocer su voz. Ojalá que en el momento en que escribo esto aún viva y que al final de la guerra se haya casado con aquella novia de la que me habló y que junto a ella viva rodeado de sus hijos y sus nietos. Creo que de esa situación me nació el gran rechazo hacia los que, con la disculpa de defender una bandera, mandan a los jóvenes a ese matadero que es una guerra. Ya lo dijo Victor Massuk: "La fauna política ha reducido las masas a un soñoliento rebaño unificado estúpidamente en el aplauso, en el slogan y la hipnosis de la propaganda". Y yo repito lo que ya he dicho cientos de veces: "Un país es una nación a la que los militares llaman patria".

Yo tenía en el frente una bicicleta, con ella, subiendo la cuesta de la Dehesa de la Villa, me acercaba hasta mi casa a ver cómo estaban mis abuelos (mi madre y mis hermanos, que vivían en Tetuán de las Victorias muy cerca del frente habían sido evacuados a Alcira). Les llevaba algo de comida, algunas latas de carne rusa, algunas de sardinas en aceite y algo de pan. A veces me quedaba a dormir en mi cama de la buhardilla, pero pasaba más miedo que en el frente. En la trinchera tenía un arma para defenderme y en la buhardilla me sentía indefenso cuando los aviones dejaban caer sus bombas o los proyectiles de la artillería silbaban por encima de la casa. La gente de Madrid se había acostumbrado a los bombardeos, y cuando sonaban las sirenas, ya ni se molestaban en bajar a buscar el refugio más cercano.

El 12 de marzo de 1937 era mi cumpleaños. Le pedí permiso al sargento y, cuesta de la Dehesa de la Villa arriba, pedaleando en mi bicicleta, llegué a mi casa. Esa noche no regresé al frente, me quedé a dormir en mi cama.

Guadalajara

Al siguiente día, cuando regresé al frente de Aravaca me encontré con que mi regimiento, el Regimiento Pasionaria, había sido integrado en el 5º Regimiento que comandaba Líster y trasladado al frente de Guadalajara, porque por allí pretendían entrar en Madrid los italianos de Mussolini. En la bicicleta, me fui hasta Torija. Al llegar me encontré con algunos compañeros de mi batallón que estaban descargando un camión con botas y ropa para los soldados que estaban en primera línea. Me pidieron que les ayudara. Estábamos en plena faena cuando aparecieron los Junkers, o las "pavas", que también con ese apodo se les llamaba. Comenzaron a lanzar sus bombas, nos metimos debajo del hueco de la escalera de una casa. Una de las bombas hizo blanco en un costado del edificio y éste se vino abajo. Y ahí quedamos atrapados. Los escombros habían bloqueado la puerta y eran inútiles nuestros esfuerzos por salir. Dentro del hueco éramos cuatro personas que intentábamos respirar y tragábamos el polvo de los escombros. Golpeábamos en las paredes desesperadamente y después de intentarlo repetidas veces, conseguimos hacer un agujero en uno de los tabiques. Los aviones se habían ido, de todas las casas del pueblo apenas quedaban en pie diez o doce, las otras se habían venido abajo por las bombas o por la onda expansiva. Por suerte, ninguno de los cuatro estábamos heridos, tan sólo teníamos la garganta seca, eso era todo.

Me quedé en Torija hasta que se hizo de noche. Dejé allí mi bicicleta y caminando en la oscuridad traté de tomar contacto con mi batallón. Había llovido intensamente y los campos y los caminos estaban llenos de barro.

Vi el fuego de una hoguera a lo lejos y me dirigí hacia él. Cuando llegué, vi que unos cuantos soldados estaban a su alrededor. Pregunté:

--¿Sabéis dónde está el 5º Regimiento?

Sin inmutarse, como si se tratara de lo más natural, me dijeron:

--Nosotros somos nacionales. Tu regimiento creemos que está por allí.

Y en la oscuridad me señalaron hacia el otro lado de la carretera.

Yo, también con la mayor naturalidad, les di las gracias y me dirigí hacia donde me habían señalado. El terreno era chato, con arbustos y piedras en los sembrados empapados por la lluvia. Llegué hasta una paridera de ganado, y ahí estaban mis compañeros, que se llevaron una gran alegría al verme. También, como los nacionales, habían hecho una hoguera; me acerqué y me senté a calentarme las manos y los pies, que estaban helados. Era tan grande la confusión que ninguno de los mandos había notado mi ausencia. Fernando, uno de mis amigos, me había traído el fusil y la munición que me había dejado en el frente de Aravaca.

Pasamos parte de la noche en aquella paridera, y antes de amanecer nos situaron estratégicamente a los costados de la carretera. En Torija se habían concentrado varios tanques rusos. Los italianos venían subidos en camiones, sin sospechar que a los dos lados de la carretera estábamos nosotros, tumbados con nuestros fusiles y los pequeños cañones antitanques a punto. En uno de los camiones traían una banda de músicos que tenía la intención de entrar en Madrid tocando alguna marcha que adornara su "toma de Madrid". Teníamos orden de no disparar, de dejarles pasar y sólo cuando los tanques hicieran fuego contra los camiones, cerrarles la retirada. No habían

terminado de pasar todos los camiones cuando alguien, tal vez por nerviosismo, comenzó a disparar. Los italianos se dieron cuenta de la emboscada y trataron de dar marcha atrás pero los tanques avanzaron y comenzaron a disparar sus cañones. Los camiones, incluido el de la banda de músicos, volaban por los aires.

La retirada de los italianos fue desordenada, dejando los muertos sin enterrar y, desparramados por el suelo, armas, cantimploras y macutos con ropa. Los mandos italianos también abandonaron a los heridos. Los recogimos y los trasladamos al hospital de Guadalajara. Al anochecer caminamos por los surcos del campo empapados de lluvia, desde Torija hasta Gajanejos, sin encontrar ningún enemigo, sólo los muchos cadáveres abandonados en su retirada. Tal vez para frenar nuestro avance habían colocado a algunos de los muertos en pie, apoyados en un árbol, algunos sosteniendo en sus brazos una rama, como si estuvieran a punto de disparar. Aquello no era más que un truco macabro, bastaba darles un ligero empujón para que cayeran al suelo.

Pensaba yo, viendo aquellos cadáveres, hasta dónde llega la estupidez humana, cómo aquellos individuos habían elegido para morir un lugar que ni les importaba y que ni siquiera conocían.

Llegamos a la entrada de Gajanejos. Un hombre, un campesino, nos esperaba con un farol de carburo en la mano. Nos dijo que los italianos se habían retirado hasta el valle que había en una hondonada pasando Gajanejos, pero que un buen número de ellos se habían ocultado en una pequeña ermita que había a la entrada del pueblo. Los tanques rusos hicieron un cerco alrededor de la ermita y dispararon los cañones. Aquello fue una masacre. No quedó ni uno solo con vida. Murieron como los que habíamos encontrado durante nuestra larga caminata, estúpidamente lejos de sus casas, en un país desconocido.

Entramos en el pueblo y encontramos galletas, tal vez de los italianos, duras como baldosines, pero que nos sirvieron de alimento. Antes del amanecer, el comandante que estaba al mando del batallón nos dijo que abandonásemos el pueblo, porque estaba seguro de que apenas se hiciera de día vendría la aviación a bombardear. Salimos de Gajanejos y nos tumbamos esparcidos por el campo. El comandante no se equivocó, instantes después de amanecer llegaron los Junkers y, en vuelo cruzado, de tres en tres comenzaron a lanzar bombas. En el pueblo no quedó ni una sola casa en pie. Pero no se conformaron con la destrucción del pueblo. Comenzaron a lanzar bombas contra nosotros. Me tumbé boca abajo y junto a mí, Fernando y Fraguas, compañeros míos desde el principio de la guerra. Mientras las bombas bajaban hacia donde estábamos nosotros, a mí me dio por cantar un tango: "La muerte agazapada marcaba su compás. En vano yo alentaba febril una esperanza..." Y de pronto, aquello se convirtió en un infierno de gritos desgarradores y de muerte. Cuando los aviones se retiraron comenzó el auxilio a los heridos, no había suficientes camillas, los llevábamos en una manta hacia las pocas ambulancias que venían con nosotros.

Uno de los más graves era un muchacho de diecisiete años al que llamábamos Pancho, porque como cada uno de los milicianos vestía de acuerdo con su gusto o sus posibilidades, el muchacho en cuestión llevaba un sombrero de paja de ala ancha lo más parecido a un sombrero mexicano, de ahí el apodo de Pancho. No pude hacer nada por él, se me murió en los brazos. Saqué de su bolsillo una cartera empapada de sangre en la que había algunas fotografías, entre ellas una de su novia. Días más tarde le llevé la cartera a sus padres. La muerte de aquel muchacho aumentó mi rencor hacia los alemanes: "¿Por qué mierda tienen que venir a matarnos en nuestra propia casa¿" Lo mismo pensaba de los italianos, de los moros y hasta de los rusos. ¿Quién coño son para intervenir en un problema nuestro

¿Al día siguiente nos situamos a las afueras de lo que había sido, que ya no lo era, Gajanejos. Las lluvias se habían intensificado y todo el terreno era un barrizal. Los italianos se habían retirado hacia Utande y Muduex, pueblos que estaban en una hondonada. Los tanques rusos resbalaban en el barro que había acumulado en las carreteras de tierra, que además eran muy empinadas. No se pudo perseguir a los italianos. Aquello se paralizó. Al hacerse de noche nos situaron en línea, en el mismo borde de la empinada pendiente desde donde se divisaba el valle. Nos dieron órdenes de calar la bayoneta. Si algo me daba terror en la guerra era la orden de calar la bayoneta, el pensar en un cuerpo a cuerpo me producía escalofríos. Obedecimos la orden y calamos la bayoneta, mientras en la mano teníamos preparada una granada. Tal y como había pensado nuestro comandante, la Infantería italiana, sigilosamente, intentó ascender hasta Gajanejos. Teníamos orden de dejarles que se acercaran y

sólo cuando estuvieran a diez metros de distancia, a la voz de "¡Ahora!", lanzar las granadas y preparar la bayoneta por si alguno lograba alcanzar el llano. Esperábamos en silencio, escuchando cómo subían en la oscuridad, arrastrándose como reptiles. Cuando estaban cerca, el comandante gritó: "¡Ahora!" No lo pude evitar, grité: "¡ésta por mi amigo Pancho!" y lancé mi granada. Los italianos cayeron rodando por la empinada cuesta, unos sin vida y otros heridos. Ahí dejaron de jodernos.

Dormimos unas horas, envueltos en las mantas empapadas de lluvia. Cuando se hizo de día nos dedicamos a enterrar a los italianos que sus propios compañeros habían abandonado sobre los sembrados o entre los matorrales; algunos, muy pocos, estaban a medio enterrar, tal vez por la retirada tan precipitada a que se habían visto obligados. Para la desagradable labor de enterradores, los mandos nos organizaron en parejas. El que venía conmigo era medio gilipollas o lo era del todo. Buscando cadáveres por el campo encontramos uno medio sepultado, le asomaban los pies, y en los pies unas botas flamantes. Mi ayudante de enterrador miró las botas del muerto, luego miró las suyas y advirtió que las del muerto eran mejores; no lo pensó dos veces: se agarró a una de las botas del muerto y comenzó a tirar con fuerza hasta que cayó de espaldas con la bota en la mano. Pero dentro de la bota estaba el pie y parte de la pierna del muerto. Se puso lívido, lanzó la bota con el pie lejos de

donde estábamos y comenzó a frotarse las manos en el pantalón como para borrar el espanto.

Como los italianos en su retirada no habían tenido tiempo de enterrar a sus muertos, habían dejado junto a cada uno de ellos un palo con una botella o una lata, para saber dónde estaban. Tal vez pensaban volver y como Pulgarcito seguir el rastro por aquellas señales, pero no volvieron. Llovía sin cesar, ni los carros blindados ni la artillería podían subir la empinada y resbaladiza cuesta que había desde el valle hasta Gajanejos.

Aquello se paralizó y regresamos hacia el frente de Madrid. Aproveché que pasamos por Torija y recuperé mi bicicleta. Nos llevaron de nuevo al frente de El Pardo.

Vocación de piloto

Yo estaba aburrido de aquella lucha desordenada y decidí tomar otro rumbo distinto. Habían pedido pilotos para manejar los cazas rusos. Me presenté como voluntario y me llevaron a Alcantarilla, en Murcia, y allí ingresé en aviación. Para ser piloto había que hacer las prácticas en Rusia. Antes, en la base de Alcantarilla, dábamos las clases de teórica. Tuve que aprender álgebra y trigonometría. Cuando estaba a punto de salir hacia Rusia, me llamaron de la Capitanía.

--¿Te llamas Miguel Gila?

--Sí.

--No puedes ir a Rusia.

--¿Por qué?

--Es una orden.

--¿De quién?

--Del jefe de la base de "hidros" de Cartagena.

Era el hermano de mi tía Palmira, Mariano Perea. Pedí permiso para ir a verle. Me recibió.

--¿Por qué no puedo ir a Rusia?

--Porque vas a ser más útil para la República como mecánico que como piloto.

--Es que me gusta la idea de pilotar un caza.

--Mira, Miguel, todo lo que te van a enseñar en Rusia en dos meses tan sólo te va a servir para ser un piloto mediocre. Quédate conmigo como mecánico y convéncete de que cuando la guerra termine, llegarás a ser un número uno en la mecánica.

Tan sólo aguanté dos semanas en la base de "hidros". Me sentía desplazado de mi condición de combatiente. No podía entender que mientras otros luchaban yo era lo más parecido a un empleado. Tenía la sensación de haber abandonado la guerra. Así se lo hice saber a Mariano Perea y él lo entendió.

--Está bien. ¿Quieres combatir?

--Sí.

--En vista de los continuos bombardeos a que nos tienen sometidos los alemanes, estamos creando un cuerpo que se va a llamar la DECA, Defensa Especial Contra Aeronaves. Ahí tienes una oportunidad de combatir.

Aquello me gustaba más que reparar motores de aviones. Tal vez se me presentaba la oportunidad de vengarme de los que en Gajanejos habían terminado con la vida de mi amigo Pancho.

Mariano Perea me hizo todas las gestiones, estuve practicando y tomando clases en Alcantarilla con cañones traídos de Checoslovaquia, unos grandes del 7,7 y otros más pequeños de marca Oerlikon, también como los anteriores de origen checo. Estos últimos cargaban balas trazadoras que permitían corregir el tiro siguiendo la trayectoria del proyectil.

Me destinaron a Valencia. Por primera vez vi el mar, que me impresionó.

El cuartel estaba instalado en las Escuelas Pías, en la calle Carniceros. Teníamos cañones en el campo de fútbol de Mestalla, en el faro de El Grao y Oerlikons en algunos edificios altos repartidos por todo Valencia. Me asignaron una pequeña terraza circular, arriba de un edificio en la plaza de Castelar que después se llamaría igual que todas las plazas españolas, del Caudillo, y que ahora se llama plaza del País Valenciano. Desde aquel emplazamiento vigilaba con una Oerlikon y unos prismáticos la llegada de los aviones alemanes. Los cañones instalados en el campo de Mestalla, cuando los aviones estaban sobre la capital, abrían fuego, pero no era fácil acertar. Los sistemas antiaéreos de entonces eran muy rudimentarios: goniómetro, altímetro. Antes de disparar era necesaria toda una serie de datos, casi siempre sin tiempo para hacer un cálculo exacto. Altura, velocidad y distancia. Así, cuando se disparaban los cañones todo había cambiado: la velocidad, la distancia, la

altura. Los proyectiles hacían explosión muy lejos de los aviones que dejaban caer sus bombas.

Del improvisado cuartel de las Escuelas Pías de la calle Carniceros no nos dejaban salir, para que si venían los aviones estuviéramos listos para entrar en acción.

Recuerdo que alguno de los soldados, con cualidades poéticas, había escrito en una de las paredes de la escalera:

¡Oh, cuartel! ¡Oh, maravilla!
Tu nombre de mucha peca.
¿Eres cuartel de la DECA¿,
¿o eres penal de Chinchilla¿

Valencia, además de sufrir los bombardeos aéreos, sufría los de los barcos de guerra. Nuestra artillería costera también era muy limitada.

Pero les había dicho que no iba a escribir un libro sobre la Guerra Civil y de manera inconsciente estoy cayendo en la trampa de hacerlo. Voy a intentar dejar la guerra a un lado para seguir con mis vivencias.

En el café Martí de Valencia actuaban Miguel de Molina, Amalia de Isaura y Pirúlez. En la calle de Ruzafa había tres compañías de revista, representaban Las mujeres de la cuesta, Las tocas y otra revista más, que creo que se llamaba ¡Qué más da! Había en una de ellas un cómico genial en ese género llamado Gometes. Me gustaba el teatro, iba casi a diario y de una manera muy particular a ver a Gometes y a Miguel de Molina. Pirúlez era un cómico que contaba chistes y hacía una parodia de Mi jaca que titulaba Mi burra. Los cómicos, que entonces se denominaban caricatos, tenían casi todos una manera de trabajar común: Sepepe, Arthur, Pirúlez, todos ellos usaban el mismo sistema, el chiste burdo y la parodia. Tan sólo Roberto Font manejaba un humor original. Su monólogo era siempre el mismo. Salía al escenario y decía: "Estaban aquí y ya no están. Y estaban, pero se han ido, por eso no están, porque estaban pero como se han ido ya no están". Y con ese constante repetir "Que estaban pero ya no están" enfatizaba la soledad del ser humano y a medida que repetía aquello, sus ojos se iban humedeciendo con un llanto contenido, y cuando abandonaba la escena, los espectadores, que habían reído al principio, terminaban con un nudo en la garganta y rompían en aplausos. De todos los que he conocido era el más original. Estando en México, a la salida de un cabaret le apuñalaron y estuvo varias semanas entre la vida y la muerte. Años más tarde, en el teatro Victoria de Barcelona tuve la oportunidad de compartir escenario con él. Desconozco la causa que le llevó a esa situación, pero estaba totalmente alcoholizado, aunque cuando salía a escena interpretaba como si estuviera sobrio por completo. Su mujer le vigilaba, pero Roberto Font llenaba un botijo con vino blanco, lo dejaba en la cabina de los electricistas del teatro y antes y después de su monólogo, se pegaba un largo trago del botijo. Su mujer, me decía:

--No lo entiendo, Gila. Lo estoy vigilando, no bebe más que agua y sin embargo, le noto que está borracho.

A Ramper nunca tuve oportunidad de verle trabajar, pero por lo que me han contado, tenía una gran habilidad para manejar el humor político, con mucha audacia y una gran inteligencia. Dicen, aunque no sé si será cierto, que cuando Madrid estaba entre rendirse o no a los nacionales, Ramper salió a la pista del circo Price con un saco al hombro lleno de serrín. Daba vueltas a la pista voceando: "Serrín de Madrid. Serrín de Madrid". Y también cuentan -hay gente que me lo atribuye a mí y debo desmentirlo, por aquello de que al César lo que es del César y a Ramper lo que es de Ramper- que cuando Franco ya era Caudillo de España, Ramper salía a la pista del circo con una bicicleta y unos alicates y que después de urgar en la bicicleta, decía: "Voy a ser franco,

ni la arreglo ni me voy". Y que salió con una foto grande de Franco diciendo: "Le quiero colgar, pero no sé dónde".

Aun a esta altura se me atribuyen cosas que nunca hice o que nunca me pasaron. Cuentan que en una ocasión iba yo de viaje y me paré en una carretera, y que en el campo había un hombre con un arado. Dicen que me acerqué a él y que se estableció el siguiente diálogo:

--¿Qué tal maestro? ¿Cómo va el campo?

--Pues ahí andamos, luchando con la tierra.

--¿Sabes quién soy yo?

--No.

--Sí, hombre, me tienes que conocer, que salgo mucho en la televisión vestido de soldado.

--¡Ah, sí! Ya sé quién eres, Franco.

Como éste, gran cantidad de anécdotas chistosas, que ni tienen nada que ver conmigo, ni caben dentro de mi estilo de humor.

La gente es muy dada a inventar cosas que llegan a creer ellos mismos que son ciertas. Como pasaría en los años cincuenta con las portadas de La Codorniz. Hablan de una portada en que había una pareja de novios sentados en un campo y encima de ellos, en un pequeño terraplén, un hombre con una piedra gigante en la mano, y abajo del dibujo decía: "¿Se la tirará o no se la tirará¿" Gran estupidez que nada tiene que ver con el talento y el ingenio que había en La Codorniz, o aquella otra en la que contaban que había dibujado un huevo y decía: "El huevo de Colón. La próxima semana el otro huevo".

Pero me está pasando con Valencia como con la guerra, que sin darme cuenta me voy de una época a otra. Y aunque ya he advertido que estos aguafuertes no están ordenados cronológicamente, quiero seguir con lo que les contaba de Valencia.

Había cerca de la calle Carniceros un estrecho callejón llamado el callejón del Gato, ese era el lugar elegido por las prostitutas para conseguir su clientela, en el callejón, una taberna o un bar, donde nos reuníamos los amigos a tomar nuestro aperitivo. Ahí, en esa taberna o en ese bar del estrecho callejón, paraban las prostitutas Charo, Inés, Conchita y una de nombre Inmaculada, nombre que sonaba tan mal en su oficio que la llamaban Macu; y había otra, ya entrada en años, a la que llamaban Dens de ferro, porque cuando abría la boca enseñaba un puñado de dientes de acero inoxidable. Decía mi amigo Tomás que la Dens de ferro era una fiera en la cama, pero nadie salvo él se acostaba con aquella mujer. Su dentadura impresionaba. Tenía el aspecto de una tenaza con la que en cualquier momento, en un arrebato de placer te podía cortar la lengua o lo que es peor, el miembro.

Yo no había ido nunca "de putas". En mi barrio no era costumbre este tipo de aventura. Estábamos más por la bicicleta y el baile que por otra cosa. Salvo mi aventura con la criada de Raniero, toda mi experiencia sexual no pasaba del magreo; pero ya con dieciocho años se habían despertado del todo mis instintos sexuales. En parte por esos instintos y en parte por los amigos, que me incitaron a ello, se llevó a cabo mi primera experiencia. No me resultó nada agradable aquel acto sexual con una mujer desconocida que antes de meternos en la cama me pidió que le pagara, aquella palangana donde me lavó mis intimidades, su fingir que lo estaba pasando muy bien conmigo, cuando sus exagerados jadeos y sus movimientos epilépticos eran tan sólo el deseo de que aquello terminara lo antes posible para "ocuparse", que decían ellas, con otro hombre, que al igual que yo le pagaría unas pesetas. A pesar del orgasmo, aquello no me dio ninguna satisfacción. No volví nunca por ese bar. Aquel

día, con todos mis respetos a las que ejercen la prostitución como medio de vida, se me quitaron las ganas de ir a la cama con una prostituta. Para mí, era más excitante el beso de una novia o una masturbación.

Mi condición de mecánico me ha sacado de muchas dificultades. Uno de los jefes se enteró de que yo era mecánico y me liberó de aquella terraza, donde con la Oerlikon trataba de derribar algún avión de los que venían a bombardear Valencia, y me destinó al garaje y taller del paseo de San Vicente donde estaban los camiones de la DECA.

Yo no había conducido nunca un coche y mucho menos un camión, pero si disponía de algún rato libre, asesorado por Juan Reyes, un malagueño que me tenía una gran estima, cuatro años mayor que yo y excelente conductor, dentro del garaje aprendía a manejar el freno, el cambio de marchas por el sistema usado en los camiones, el del doble embrague. Y poco a poco me fui haciendo experto en el manejo de los turismos y de una furgoneta francesa Chenard Walker.

El garaje era amplio y me permitía maniobrar y aparcar donde había un hueco. Juan Reyes me corregía si cometía alguna equivocación. Fue amigo y maestro al mismo tiempo. Años más tarde, finalizada la guerra, nos vimos en Barcelona, se había casado con Carmen, también malagueña. No he vuelto a verle nunca más. No sé si vivirá, pero no quiero que nadie me diga que murió. Quiero conservar la imagen de cuando hablamos por última vez, sentados en un banco de la Puerta del ángel.

Mi debut como conductor fue un fracaso. Juan Reyes cuidaba su camión como si se tratara de su amante. Acababa de llegar de un viaje, me dijo:

--Te voy a dar la oportunidad de conducir. Mientras salgo a comerme un bocadillo, llévame el camión a lavar y engrasar.

No me alcanzaban los pies hasta los pedales en aquel camión de diez toneladas. Me puse un cojín en la espalda y salí con el camión, nervioso, pero al mismo tiempo orgulloso de poder manejar aquel vehículo fuera del garaje. Miraba a un lado y a otro como si por allí fuese a aparecer de repente mi abuela, mis tíos o mis amigos de la infancia y sentir la misma emoción que sentía yo. Aquella emoción que sentía cuando siendo chico iba a buscarle el taxi a mi tía Capilla. El lugar donde hacían el lavado y engrase estaba muy cerca, pero yo quería conducir durante más tiempo, y sobre todo hacerlo por las calles céntricas, como si el mundo se fuese a paralizar ante mi hazaña y la gente sufriera un ataque de asombro.

Me metí por la calle de Ruzafa, di la vuelta a la plaza de Castelar y enfilé en dirección a la Gran Vía Germanías. De repente, una camioneta que estaba aparcada en un lateral salió sin avisar. Pisé el pedal del freno, pero tarde, choqué contra la parte trasera de la camioneta, que no sufrió ningún daño, pero el camión de Juan Reyes se quedó sin los faros delanteros, con el radiador perdiendo agua y con uno de los guardabarros medio colgando. Como pude, llegué hasta el garaje. Juan no estaba, aparqué el camión, en el lugar más oculto, y le eché una mirada; aquello no tenía fácil arreglo, el radiador perdía agua por varios sitios. Dejé el camión en aquel rincón y me puse a trabajar en el motor de uno de los camiones averiados. Cuando llegó Juan de comerse su bocadillo me preguntó por el camión, por su camión.

--Ahí está -y salí disparado para la calle.

Al día siguiente me dijeron que Juan Reyes me buscaba con una navaja para matarme.

Por suerte se le pasó el enfado y con mi ayuda reparamos todas las averías.

Después de unos exámenes duros, entre ellos el psicotécnico, me dieron el carnet de primera especial, que me autorizaba a conducir camiones de hasta quince

toneladas, pero no tuve suerte, me dieron un camión ruso, un 3.HC, conocidos familiarmente como "Tres Hermanos Comunistas".

Los camiones rusos eran una basura, se calentaban tanto que el agua del radiador hervía hasta que el tapón salía disparado por los aires; luego, para poder seguir, había que esperar un buen rato, llenarlo de agua de nuevo y a falta de tapón, ponerle un trapo; otras veces las membranas de goma de la bomba de gasolina se pegaban y había que mojar un trapo en el agua fría de algún arroyo, si lo había, colocarlo sobre las membranas y esperar a que con el frío se despegaran. Cuando no lo conseguíamos, el ayudante que venía conmigo se subía en el techo de la cabina con una lata llena de gasolina y un tubo de goma que iba directamente al carburador sin pasar por la bomba.

Cuando era soldado de infantería en los frentes de Madrid, pensaba que los que manejaban los camiones eran unos privilegiados. Me equivocaba por completo. Ignoraba entonces los sufrimientos que me iban a deparar los camiones. En un día de lluvia y frío intenso, camino de Teruel, el camión se me fue de las manos y se metieron dos ruedas en una zanja, que a un costado de la carretera servía de desagüe. Bajé del camión, imposible sacarlo de allí. Después de más de dos horas en aquella situación, pasó un camión White de los que servían para transportar los tanques. Le hice una seña al conductor y paró.

Estos camiones llevaban un carrete grande con un cable de acero que usaban para cargar el tanque. Le pedí al compañero que me ayudara a salir de aquella situación. Desenganchó el cable del carrete, se metió debajo de mi camión, enganchó el cable y se subió en su camión, puso en marcha el carrete y el cable se fue tensando hasta que una vez tirante sacó mi camión de aquella zanja. Desde mi camión le di las gracias, él correspondió a mi saludo desde la cabina de su White y se fue. Puse en marcha el motor, metí la palanca de cambio y solté el embrague, el camión hizo un ruido extraño y se paró. Lo intenté de nuevo, fue inútil. Cada vez que lo intentaba el camión no sólo no avanzaba sino que se calaba el motor. Me bajé para ver cuál era la causa. Me quedé de piedra cuando vi que una de las ruedas delanteras miraba al norte y la otra al sur. Me agaché. El tarado aquel, en lugar de enganchar el cable al eje de las ruedas, lo había enganchado en la barra de la dirección y la había

doblado, de tal manera que ninguna de las dos ruedas estaba derecha. La lluvia y el frío iban en aumento a medida que pasaba el tiempo. No me quedó otro remedio que tirarme debajo del camión, soltar la barra de la dirección e irme hasta el pueblo más cercano, como cinco kilómetros andando bajo aquella lluvia que caía sin cesar; llegué hasta la herrería del pueblo, el herrero, con fuego y golpe de martillo, enderezó la barra, y de nuevo siete kilómetros bajo la lluvia hasta donde había dejado el camión, me metí debajo, sobre el barro, y coloqué la barra de la dirección. éste era uno de los muchos momentos en que hubiera deseado recibir un tiro que acabara conmigo y con tanto sufrimiento.

En otra ocasión llevaba una lata de aceite para el camión. Con la mano derecha conducía y en la mano izquierda, con el brazo fuera de la ventanilla, llevaba la lata, de diez litros de aceite. Por la falta de higiene tenía debajo de las axilas unos dolorosos y muy abultados golondrinos. En un bache, el peso de la lata tiró de mi brazo hacia abajo y la puerta del camión golpeó en los golondrinos: sentí un dolor tan intenso que solté la lata y el volante. El camión volcó, pero por suerte lo hizo hacia el lado donde había pared. Del otro había un gran barranco.

Fueron muchos sufrimientos los que padecí con los camiones. Con tantas y precipitadas retiradas, apenas tenía tiempo para dormir: aprovechaba los momentos en que cargaban el camión para dormitar y me dormía cuando iba conduciendo. Curiosamente cuando un conductor se duerme sigue viendo la carretera, pero en sueños.

Sólo me despertaba cuando pasaba sobre algún montón de grava que había en los costados de la carretera; en una guerra no sirve decir: "Voy a dormir un rato y después sigo". Ni siquiera me compensaba ir en el interior de la cabina: el camión no tenía cristales en las ventanillas y el frío era insoportable.

El Zapatones

Durante algún tiempo, mi misión fue abastecer de munición a una batería que estaba instalada en Sagunto y a otra en el frente de Teruel.

Había un hidroavión, al que bautizamos con el nombre de Zapatones, por los dos flotadores que le servían para amerizar. Aquel "hidro" era temido por nosotros. Como la carretera de Valencia a Sagunto tenía una recta de varios kilómetros, el Zapatones volaba bajo, sobre la carretera, ya que el único obstáculo eran los naranjos. El Zapatones cuando veía venir un camión de los rojos, encendía dos faros como los de los coches y daba la señal de cruce. A pesar de que durante la noche no encendíamos los faros, valiéndonos como única luz el resplandor de la luna, si el conductor no lo sabía, caía en la trampa, hacía también la señal de cruce y el "hidro" disparaba ráfagas de ametralladora, que la mayoría de las veces hacían blanco en el camión. Los que conocíamos el truco no nos dejábamos engañar, pero a pesar de todo y aprovechando una noche de luna llena, el "hidro" me largó una de sus acostumbradas ráfagas. Volaba tan bajo que los proyectiles entraron por el parabrisas y salieron por la ventanilla trasera de la cabina. Ese día llevaba en el camión además de a Vicente, que era mi ayudante, al teniente pagador que iba a abonar el sueldo a los de la batería de Sagunto. Vicente y yo salimos ilesos, pero al teniente pagador, uno de los proyectiles le perforó el pecho.

Los viajes con mi ayudante de Valencia a Sagunto y a Teruel teníamos que hacerlos casi a diario, bien a llevar munición o para llevar comida, siempre pendientes del Zapatones. En uno de los viajes de regreso, ya con el camión vacío, vimos un cerdo a un lado de la carretera; Vicente y yo nos pusimos de acuerdo para "requisar" aquel cerdo que estaba solo, sin ningún tipo de vigilancia, pero el cabrón del cerdo, a medida que nos acercábamos, aceleraba el paso y nos hacía regates; por fin le alcanzamos y mientras Vicente le sujetaba de una pata, yo le até el cinturón al cuello, creyendo que, como si fuese un perro, iba a venir conmigo. ¡Una leche! El cerdo iba de un lado a otro sin que hubiera manera alguna de controlarlo. Pasó un paisano subido en un burro y vio la lucha que nos traíamos con el cerdo.

--Así no lo van a poder llevar.

Vicente y yo sudábamos en aquella pelea. El hombre del burro, nos dijo:

--Métanle el dedo en el culo y lo llevarán donde quieran.

Creímos que el hombre nos estaba tomando el pelo. Ni Vicente ni yo nos animamos a seguir el consejo de aquel hombre. Se bajó de su cabalgadura, llegó hasta donde estábamos nosotros, metió el dedo índice de la mano derecha en el ano del cerdo y como si fuese un teledirigido lo llevó hasta el camión. El cerdo no opuso ninguna resistencia, el dedo del hombre marcaba dentro del ano del cerdo la dirección y el cerdo la seguía.

Para subirlo al camión bajamos la trampilla trasera y colocamos dos tablones apoyados sobre el lugar destinado a la carga. El hombre, sin sacar el dedo del culo del cerdo, le hizo subir por los tablones, después cerramos la trampilla trasera, el hombre montó en su burro y siguió su camino, nosotros nos llevamos el cerdo. Y ya con el camión en marcha y el cerdo arriba, yo pensaba lo que se puede aprender de esa gente a

la que despectivamente llamamos ignorantes. Y comentábamos, Vicente y yo, si el cerdo sería maricón y le gustaría que le metieran el dedo en el culo y nos atacábamos de risa.

Antes de llegar a Sagunto, a un costado de la carretera había un miliciano con su macuto y su manta, nos hizo una señal para que parásemos, paramos.

--¿Vais para Valencia?

--Sí.

--¿Me podéis llevar?

--Sube.

Y el miliciano con un salto ágil se subió al camión.

Como los cerdos tienen las patas cortitas y mucho peso en cada curva el cerdo perdía el equilibrio y rodaba de un lado al otro del camión, y en su rodar se llevaba por delante al miliciano. Daba la sensación de que en la caja del camión había una bolera: el cerdo hacía las veces de bola y el miliciano de bolo. Cuando llevábamos recorridos varios kilómetros y bastantes curvas, el miliciano nos golpeó arriba de la cabina y nos hizo señas de que parásemos, se bajó al tiempo que decía:

--No me han matado en la guerra y me va a matar este cabrón de cerdo. Gracias por llevarme, pero prefiero ir andando, total ya estamos cerca de Valencia.

Y se puso a caminar por un costado de la carretera.

Dos semanas más tarde, el "hidro", en uno de esos vuelos bajos, calculó mal la altura y se precipitó en el mar. Decían, no sé si será cierto, que en ese "hidro" llamado Zapatones fue donde murió el general Mola.

La guerra seguía, los nacionales querían alcanzar el Mediterráneo para dividir la zona roja.

Me destinaron a una batería antiaérea manejada por algunos españoles y varios voluntarios checoslovacos de las Brigadas Internacionales. Detrás del camión me engancharon un cañón Wikers del 7,7, arriba la munición y los soldados que manejaban el cañón, en total eran doce. Nos dirigimos hacia Segorbe. Después de pasar Sagunto paramos a hacer un corto descanso y una paella. El teniente que estaba al mando de la batería colocó a Josele, un extremeño que además de medio sordo era bruto de concurso, subido en las ramas de un árbol para que con unos prismáticos vigilara el horizonte y nos avisara si venía algún avión enemigo. Ninguno teníamos mucha fe en aquel centinela porque, por regla general, lo primero que anunciaba la llegada de los aviones era el ruido de sus motores, que seguro que el extremeño no oiría, y después sí se les podía ver como pequeños pájaros en ordenada formación. Hicimos la paella que tenía un aspecto y un olor que alimentaba. Cuando nos disponíamos a

meterle mano a la paella, el Josele, con su clásica voz de sordo, gritó: "¡Aviones por el oeste en diresión batería!"

Hacía tiempo que los demás habíamos oído el ronquido de los motores. Nos tiramos de cabeza a los costados de la carretera y allí, tumbados boca abajo en la pequeña hondonada que formaban las cunetas, aguantamos el bombardeo. La suerte quiso que no hubiera ni un solo herido, pero una de las bombas alcanzó la paellera.

¡La madre que parió a los alemanes! ¡Con lo grande que es el país y qué puntería la de estos hijos de puta!

Había que vernos, agachados, dando vueltas alrededor de la paellera, intentando encontrar alguna pieza de conejo. Cuando alguien conseguía encontrar una, la limpiaba frotándola en el pantalón y se la comía.

El Josele, obedeciendo órdenes, seguía en el árbol. De pronto, dio otro grito, con su hablar de sordo y su acento extremeño gritó:

--¡Güerven lohavione con las mismah intensiones!

¿Y con qué intenciones iban a volver? ¿A pedirnos disculpas por haber destruido la paella? ¡La madre que los parió!

Esta vez no eran Junkers, eran cazas, enfilaban hacia donde estábamos, en vuelo rasante disparando ráfagas con sus ametralladoras. Esta vez yo no me tiré a la cuneta, me subí a uno de los camiones que tenía arriba una Oerlikon de balas trazadoras, que yo había aprendido a manejar en los ensayos de tiro, con muy buena puntería. La Oerlikon tenía en la parte delantera una chapa de acero de un grosor de más de un centímetro para proteger al tirador. Esperé la llegada de los cazas que pasaron en vuelo rasante por encima de los camiones, disparando sus ametralladoras y aguanté agachado detrás de la chapa de acero, solté el seguro que sujetaba la rueda de giro de la Oerlikon y cuando pasó el último de los cazas, di una patada en la cureña, apunté hacia el último de los cazas y comencé a disparar sin respiro hacia el avión que se alejaba. La gran ventaja de aquellas balas trazadoras era que se podía ir modificando el tiro sobre la marcha sólo con seguir la estela que el proyectil

iba dibujando en el aire, así fui modificando la dirección de los disparos hasta que alcancé al caza, que cayó envuelto en llamas. Creo, sin lugar a dudas, que es el único testimonio que tengo de haber matado a alguien durante la guerra, pero era un alemán de mierda y que se joda. Más se perdió con la paella.

Cuando llegamos a Segorbe no había nadie. Segorbe había sido bombardeado por los Junkers y las pocas casas que quedaban en pie eran tan sólo ruinas. Nules y Vall de Uxó habían sido borradas del mapa.

Por ese ir y venir que he comentado tantas veces y que nunca conseguí entender, volvimos a Valencia, sin ni siquiera instalar la batería.

En el cine Rialto de la plaza de Castelar, nos pasaban películas rusas, El acorazado Potemkin, Los marinos de Krostand...

Cerca del colegio que teníamos como cuartel, en la misma calle, vivía la familia Benavides. El padre, la madre y seis hijos, Manolo, Nati, Encarnita, Angelines, Antonio e Ignacio. Eran de derechas y no lo estaban pasando bien. Tenían dificultades para conseguir comida. Me enamoré de Encarnita. Nos hicimos novios, pero sin que sus padres se enterasen, porque un rojo no era muy bien visto en aquella casa. No obstante me aceptaron y hasta llegué a llamarles papá, mamá y hermanos. A pesar de los años que desde entonces han transcurrido aún hay alguien que me dice: "Yo conozco mucho a su hermano Nacho" o "Soy muy amigo de su hermano Antonio". Nunca lo desmiento, porque en la familia Benavides yo era un hijo más.

Encarna tenía un gran parecido con Katharine Hepburn, el amor de mis quince años. Tal vez fue eso lo que hizo que me enamorara de ella.

Nuestro noviazgo era muy simple, tan sólo algunos besos cuando estábamos en su casa y nadie nos veía. Algunas veces íbamos al cine. Ahí vi por primera vez a los hermanos Marx en Una noche en la ópera.

A la familia Benavides, al no tener a nadie en el ejército rojo, le era difícil conseguir alimentos. Yo les llevaba fruta, pan y algunas otras cosas para comer y ellos me pagaban con cariño. Ignacio y Antonio, los más pequeños que tendrían ocho y nueve años respectivamente, subían conmigo en el camión y hacíamos excursiones por Valencia. Lo pasaban muy bien.

También muy a menudo iba hasta Alcira para ver a mi madre y a mis hermanos. Cada uno de ellos se alojaba en la casa de una familia distinta. Tan sólo mi hermana Antonia y Ramón, los más pequeños, vivían con mi madre en lo que antes había sido el cuartel de la Guardia Civil. Mi hermana Adela vivía en la casa de una familia que tenían abajo de la vivienda una funeraria. Mi hermana Adela ayudaba a

hacer los ataúdes, era la encargada del decorado final, de aquellas grecas doradas o de las puntillas blancas que los remataban. La primera vez que fui a visitarla me llevé el susto de mi vida cuando entré la vi dentro de un ataúd y me impresionó mucho. Se había acostumbrado a dormir la siesta en aquella caja porque decía que en la casa había mucha corriente y pasaba mucho frío.

La vida en Valencia se hacía aburrida, tan sólo el cine o el teatro eran lugares de entretenimiento. Mi noviazgo con Encarna no tenía encanto, la falta de libertad para ejercer nuestra relación me empezaba a resultar aburrida. Aquellos besos a escondidas, con el miedo a que en cualquier momento nos descubrieran, tan sólo me alcanzaban para una erección que luego se frustraba. Yo estaba convencido de que aquello terminaría en cualquier momento. Cada día se repetía la misma historia, las sirenas, los bombardeos y el refugio o la carrera.

Yo seguía llevando alimentos y munición a las baterías de Mestalla, de Sagunto o del faro de El Grao.

En el camino paraba junto a los naranjos o los ciruelos y llenaba un cajón que llevaba debajo del asiento. Cuando me tocaba llevar munición a Alicante, paraba cerca de las huertas y llenaba el cajón de tomates, que después comía a bocados con un poco de sal.

En uno de esos viajes de camino a Alicante vi un hombre tumbado en la carretera, paré el camión y le levanté. Era un miliciano. Tenía una herida en la cabeza de la que le brotaba sangre, le subí a la cabina del camión y le senté junto a mí. A medida que iba conduciendo, el hombre se me venía encima, particularmente al tomar una curva, yo le empujaba para ponerle derecho al tiempo que le decía:

--Tranquilo que pronto estaremos en el hospital de Alicante.

El hombre no decía nada, se mantenía sentado junto a mí. Yo trataba de darle ánimos, le daba palmaditas en la cara y le hablaba sin cesar.

Llegué al hospital de Alicante, que estaba instalado en el castillo, y se lo entregué a uno de los médicos. Le observó y dijo:

--Este hombre hace más de seis horas que ha muerto.

Un escalofrío me corrió por el cuerpo. Me había pasado más de cincuenta kilómetros hablando con un muerto.

Posiblemente se había caído de un camión en marcha y se había golpeado en la cabeza, porque no tenía ningún otro tipo de herida.

Por suerte, o tal vez por ingenuidad, me llevé una gran alegría cuando me destinaron al frente de Extremadura donde, aparte de los combates del Ebro, se estaban llevando a cabo los combates más importantes de aquel invierno de 1938. Teníamos el cuartel general en Pozoblanco y desde allí actuábamos defendiendo de los bombardeos aéreos a los combatientes de Hinojosa del Duque, de El Viso, Villaralto, Alcaracejos, Belalcázar y otros pueblos más donde se estaban desarrollando combates contra las tropas del general Yagüe.

Puede que a algunos lectores les parezca estúpido lo que voy a decir a continuación, pero yo me había alistado como voluntario en el 5º Regimiento para combatir, no para estar llevando la comida a los que se jugaban la piel.

Naturalmente la comida era necesaria no sólo para los que combatían en el frente, también para mi madre y mis hermanos.

El cochinillo

Un día que me estaba bañando en el río, completamente desnudo, acertó a pasar por allí un cochinillo que aún no se había hecho adulto; me lancé en plancha y le agarré de una pata trasera, el cochinillo chillaba sin parar, alcancé con la mano libre un cuchillo de monte que llevaba siempre conmigo y acabé con los chillidos del pequeño cerdo, lo metí en uno de los cajones de munición, lo tapé con varios proyectiles y seguí con mi baño. Al rato apareció un paisano con boina, y me preguntó:

--Perdón, ¿ha visto pasar por aquí un cochinillo?

--Sí -le dije-. Se ha ido por ahí.

Y señalé hacia unas encinas. El hombre se fue. Y yo, sin pensar en la distancia que había desde Pozoblanco hasta Alcira, carretera adelante con el cochinillo dentro del cajón de la munición me puse en camino. Por lo que yo acababa de hacer con el cochinillo, se me vino a la memoria la matanza de úbeda, pero pensé, tal vez como para descargarme de culpa, que una guerra es una guerra, donde vale todo.

Cuando llegué a Alcira era de noche. Golpeé con fuerza en el aldabón de hierro de la enorme puerta del cuartel de la Guardia Civil donde dormían mi madre y mis hermanos pequeños y no sé si por miedo o porque estaban profundamente dormidos, nadie me abrió. Di la vuelta al camión, un camión inglés marca Autocar que tenía la parte destinada a carga de chapa dura. Puse el camión de espaldas a la puerta, metí la marcha atrás y las enormes puertas del cuartel que servía de refugio se abrieron de par en par, con tanto estrépito que la gente salió al patio despavorida. Cortamos el cochinillo, lo asamos y lo comimos, sin pan, sin sal, tan sólo con hambre, acompañado de alguna fruta que había cogido por el camino. Esa noche mi madre y mis hermanos tuvieron una de las mejores cenas de su exilio. Guardé la mitad para llevárselo a la familia Benavides. Al día siguiente, apenas amaneció, me dirigí a Valencia. Durante el camino iba parando y llenando de naranjas el cajón que llevaba

siempre debajo del asiento. Cuando llegué a casa de los Benavides me recibieron con una gran alegría, que aumentó cuando les di todo lo que llevaba de comer. Quería volver a Pozoblanco, pero Encarna me pidió que me quedara al menos un día más. Dejé el camión en la calle, fuimos de paseo y por la noche dormí en un sofá. Al día siguiente, cuando salí a la calle, el camión había desaparecido. Alguien se lo había llevado. Aquello para mí significaba un grave problema. Me fui hasta el garaje donde estaban los camiones de la DECA. Allí estaba el mío. Un sargento que lo había visto en la calle era quien se lo había llevado. Por una escalera de mano me hicieron subir hasta un agujero que había en una de las paredes del garaje, luego retiraron la escalera. Aquel agujero hizo las veces de calabozo. Desde Valencia se habían puesto en contacto con mi regimiento en Pozoblanco y me esperaba un juicio por desertor, pero por esas cosas que siempre me han sacado de los malos momentos, el

coronel encargado de juzgarme, no sólo era franquista sino que formaba parte de la llamada quinta columna. Pensó que yo era de los suyos y que había desertado voluntariamente.

Me condenó a la pena menor. En un momento que nos quedamos solos me dijo muy confidencialmente, convencido de que yo era franquista:

--No puedo hacer otra cosa. Lo que has hecho te podía haber puesto frente a un piquete de ejecución. Te he condenado a que vuelvas al frente de Extremadura, pero no en calidad de conductor de la DECA, sino como un soldado de Infantería, más no puedo hacer.

Así fue: me incorporé al frente de Extremadura en calidad de soldado de Infantería.

En la guerra había una gran confusión. Nos trasladaban de un lugar a otro, de acuerdo con las necesidades de cada frente. Nos llegaban noticias del frente del Jarama

y de la feroz batalla del Ebro. Las tropas de Franco estaban por alcanzar el Mediterráneo, a punto de llegar a Tortosa, lo que supondría la ruptura del frente de Levante. Las informaciones no eran muy claras, pero precisamente por ello, nuestra lucha en Extremadura era también confusa y desordenada. La lluvia y el barro obstaculizaban cualquier estrategia que organizara los combates. Acosados por la artillería y sin armamento que nos diera fuerza para resistir, iniciamos una retirada hacia Pozoblanco donde habíamos tenido nuestro cuartel general. No teníamos munición para los cañones antiaéreos. Los camiones pinchaban y no nos quedaban ruedas de recambio, por lo que se hacía necesario llevarlos cargados y con el único recurso de sustituir las ruedas pinchadas con las ruedas gemelas. Los camiones, con tan sólo
dos ruedas traseras, eran incapaces de soportar todo el peso.

Con grandes apuros llegamos a El Viso de los Pedroches. Ahí una de las dos ruedas traseras reventó y el camión dijo: "No va más", y se paró, apoyándose en su cojera. Intentamos inútilmente que alguno de los camiones que venían en la caravana nos prestara una rueda, pero ninguno de los camiones tenía rueda de repuesto. Abandonamos el camión y comenzamos a caminar en dirección al pueblo, la lluvia menuda, pero constante, calaba los huesos.

Cuando nos dimos cuenta, los moros de la 13ª División de Yagüe nos habían cercado y nos hacían prisioneros.

Para mí, la guerra había terminado, pero me faltaba pagar el precio de la derrota.

Y como dijo Joan Manuel Serrat en su programa La radio con botas (sin lugar a dudas el mejor programa de radio testimonial de todos los tiempos), yo, como la mayoría de los españoles, iba a descubrir que "El arma más terrible de todas las guerras es la posguerra".

A todos los jóvenes que tuvieron la suerte de nacer cuando ya había muerto la dictadura.

A María Dolores Cabo que compartió conmigo persecuciones y un exilio de veinte años.

A Isabel, que también compartió con nosotros viajes, momentos de felicidad y momentos amargos, pero que se nos fue antes de que yo terminara de escribir esto.

A Malena, mi hija.

A través de los siglos fueron los llamados héroes los que construyeron la mayor fábrica de odio entre los hombres, conocida con el pomposo nombre de Historia.

M. Gila

Dos mil republicanos fueron ejecutados en la plaza de toros de Badajoz durante la primera semana del dominio franquista. Aunque esta cifra ha sido confirmada por muchas fuentes, me inclino por la más digna de crédito, la de Thomas Whitaker, que actuaba como corresponsal durante los primeros meses de la guerra, junto a las tropas del general Franco.

Cuando Whitaker hizo una observación sobre aquellos fusilamientos, el propio general Yagüe respondió: "¡Naturalmente que los hemos fusilado! ¿Qué suponía usted? ¿Que iba a llevar los mil prisioneros con mi columna teniendo que avanzar a contrarreloj? ¿O iba a dejarlos en la retaguardia para que Badajoz fuese rojo otra vez?

De todos los datos recogidos por los historiadores, periodistas y escritores tomo el que contiene la cifra menor, el del escritor Hugh Thomas que se inclina a la indulgencia a la hora de calcular las muertes cometidas por la dictadura franquista. Este escritor, tras minuciosas averiguaciones, considera que en los nueve meses comprendidos entre el 1 de abril y el 31 de diciembre de 1939, las fuerzas del gobierno de la dictadura ejecutaron a nueve mil personas.

En el año 1976 la Editorial Planeta me publicó un libro que titulé Un poco de nada.

Ese "poco de nada" es lo que los vencedores de la Guerra Civil española nos dejaron de herencia a los jóvenes que habíamos combatido en defensa de la República. Aunque el libro se publicó en 1976, cuando ya el dictador había fallecido, aún quedaban en mi mente secuelas de esa larga dictadura, que durante muchos años trató de convencer a los jóvenes de mi generación de que la única verdad y la salvación de España estaba en ese sistema de gobierno. Era difícil el conocimiento de otras formas de gobernar. Los medios de comunicación de la posguerra nos hablaban del caos mundial y del progreso nacional. Bastaba contemplar un NODO, que nos mostraba el contraste de nuestro progreso con el desastroso y caótico vivir del resto de los países. La Sección Femenina, el Auxilio Social, los Coros y Danzas y otras no menos patrióticas organizaciones eran las que hacían esa España "Una, Grande y Libre", que proclamaban los amantes de la dictadura. Solamente algunos privilegiados que tenían

la posibilidad de viajar y entrar en contacto con la vida y los sistemas de otros países podían tomar conciencia de que la dictadura no era el régimen idóneo. Eran únicamente esos pocos privilegiados que salían del país los que tenían acceso a los libros prohibidos o a ver películas que no llegaban a España, y si llegaban se exhibían mutiladas por la censura y, por si no era bastante la mutilación, se tergiversaban en el doblaje. Tan sólo esos privilegiados podían ser testigos de la libertad de que gozaban otros países, de esa libertad que nos era negada a los españoles.

Es posible que esos años de dictadura influyeran en mi mente joven hasta el extremo de arrinconar algunas vivencias que no relaté en Un poco de nada. Es posible también que algunas de las que puse por escrito fuesen, de manera inconsciente, suavizadas por el miedo y por ese haber crecido, como muchos jóvenes de mi generación, encerrados en la armadura de una dictadura que hizo que nuestro cerebro se desarrollara con un tremendo raquitismo.

Decía el filósofo Pascal que "todas las desdichas del ser humano tienen como único motivo no saber permanecer en reposo en una habitación". Tal vez la dictadura nos recetó a los jóvenes españoles este pensamiento de Pascal, pero en esa habitación en que reposábamos había una ventana abierta, y por esa ventana abierta entraban las voces de otros pensadores, escritores, poetas y luchadores que no pensaban igual, porque si Pascal trató de convencernos de que el reposo era nuestra única solución, Marcuse dijo que "olvidar los sufrimientos pasados es olvidar las fuerzas que los causaron y olvidarlas sin vencerlas". Y con ese pensamiento me lancé a escribir Un poco de nada.

El libro no fue muy difundido. El editor, don José Manuel Lara, esperaba que un libro de Gila fuese un libro de humor como todos los que su editorial publicaba de álvaro de Laiglesia, José Luis Coll o El Perich. Tanto es así que el día en que se hizo la

presentación del libro a los medios de comunicación, en Barcelona, Lara se acercó al micrófono y anunció:

--Esta noche tenemos el placer de presentar un libro divertidísimo del humorista Gila.

Y cedió el micrófono a Vázquez Montalbán, que dijo:

--No es un libro de humor, es un libro testimonial y tremendo.

Lara no se inmutó, se acercó de nuevo al micrófono y dijo:

--Está bien, si Gila lleva tantos años haciéndonos reír, le creo capaz de hacernos llorar. Y no es malo llorar de vez en cuando.

Y aunque los libros que estaban a la cabeza en ventas eran los de álvaro de Laiglesia, los de José Luis Coll y los de El Perich, y no era lógico que un humorista escribiera un libro que no fuese de humor, José Manuel Lara aceptó el desafío y me dio la oportunidad de que Un poco de nada fuese editado en la Editorial Planeta, lo que para alguien que como yo no es un profesional de la literatura fue muy gratificante. ¡Gracias Lara!

De cualquier modo aquel Un poco de nada, a mí, personalmente, no me dejó muy satisfecho.

Ahora que puedo escribir, sin dictadura y sin miedos, pretendo mostrar mis vivencias de la posguerra tal como realmente fueron. Es posible que reitere algunas cosas escritas ya en Un poco de nada, pero tendrán esta vez un valor añadido positivo, porque ahora están expresadas sin ningún tipo de condicionamiento y, lo que es más importante, cuando ya puedo sacar del desván de mi memoria cosas y hechos que tenía ocultos en el rincón de los miedos.

Creo -es decir, estoy seguro- que mi identidad política terminó en diciembre del año 1938 en el frente de Extremadura, cuando, unos instantes antes de caer prisionero en manos de los moros de la 13ª División del general Yagüe, tuve que romper mi carnet de las Juventudes Socialistas; pero la ideología que mamé en mi niñez, en mi casa de gente humilde y en las fábricas o talleres donde trabajé, sigue latente en mí. Lo que van a leer es el testimonio de un hombre que fue joven en una generación en la que el hambre, las humillaciones y los miedos eran los alimentos que nos nutrían.

"Cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

Burgos, 1 de abril de 1939.

Año de la Victoria.

El Generalísimo Franco".

Bajé del camión que nos traía del campo de prisioneros de Valsequillo en la provincia de Córdoba y tomé el metro que me llevaría a mi casa. En algunas ventanillas habían colocado unos letreros que decían: "Nada tienen que temer ni aun aquellos que influenciados por la propaganda marxista lucharon como voluntarios en las filas del ejército rojo".

Aquellos letreros me dieron cierta tranquilidad. Cuando me pusieron en libertad hacía cerca de un mes que había terminado la guerra, y varios desde que en El Viso de los Pedroches me hicieran prisionero los moros de la 13ª División del general Yagüe. Esto ocurría en diciembre del año 1938.

Los moros nos quitaron las cazadoras o los tabardos, la manta y las botas, luego nos ordenaron sentarnos en el suelo, bajo la lluvia. Una mujer, que tendría unos

treinta años, salió de una casa gritando vivas a Franco, los moros llegaron hasta ella, la metieron en la casa y sus vivas a Franco se convirtieron en gritos desgarradores. Instantes después, los moros salían satisfechos, habían violado a la mujer y llevaban en las manos gallinas, botellas de vino y algunos objetos robados con el "ábrete Sésamo" de los vencedores de batallas. Dicen, o decían, nunca supe si esto era cierto o no, que los mandos de la división del general Yagüe, cuando sus tropas tomaban un pueblo les daban veinte minutos para apropiarse del botín que encontrasen en el lugar conquistado. Ni lo puedo asegurar ni lo puedo desmentir, me limito a contar lo que oí decir. Lo de la violación lo puedo afirmar porque los moros nos ordenaron que nos levantásemos y nos encerraron en la misma casa de aquella mujer

que había gritado los vivas a Franco y que, aterrorizada y con sus ropas desgarradas, lloraba sentada sobre la cama en que los moros habían abusado de ella.

En el corral de la casa había un pozo, pero el agua estaba estancada y verdosa. Con tres cantimploras en la mano, me acerqué al moro que vigilaba la entrada y le rogué que me dejara salir a buscar agua. El moro sin decir ni una palabra me golpeó con la culata de su fusil en una cadera. Fue un golpe dado con saña, que me produjo un dolor tremendo. Desistí de mi petición y volví de nuevo al corral de la casa. A los pocos instantes de haber recibido el golpe en el costado me brotó un hematoma de un color morado. Recordé la gangrena que había causado la muerte de mi padre por un golpe en el mismo lugar donde el moro me había golpeado y pensé que, tal vez, mi muerte iba a ser igual a la suya. Pensaba si el destino no me habría buscado la misma forma y la misma edad para morir. No le tenía miedo a la muerte. Estaba tan agotado, tan devorado por los piojos, por el hambre, el frío, el cansancio y la sed, que morir podía ser una liberación.

Como la sed iba en aumento no tuvimos otra opción que beber agua del pozo, nos quitamos los cinturones, los unimos uno con otro y conseguimos que la cantimplora llegara hasta el fondo. Bebimos el agua y a los pocos minutos nos retorcíamos de dolores en el estómago. El dolor nos duró tan sólo un par de horas. Cuando estaba por anochecer, los moros nos sacaron de la casa y nos empujaron hasta un descampado a las afueras del pueblo. Ya nos habían despojado de la ropa de abrigo.

Nos fusilaron mal

Nos fusilaron al anochecer, nos fusilaron mal.

El piquete de ejecución lo componían un grupo de moros con el estómago lleno de vino, la boca llena de gritos de júbilo y carcajadas, las manos apretando el cuello de las gallinas robadas con el ya mencionado "ábrete Sésamo" de los vencedores de batallas. El frío y la lluvia calaba los huesos. Y allí mismo, delante de un pequeño terraplén y sin la formalidad de un fusilamiento, sin esa voz de mando que grita: "¡Apunten! ¡Fuego!", apretaron el gatillo de sus fusiles y caímos unos sobre otros.

Catorce saltos grotescos en aquel frío atardecer del mes de diciembre. Las gallinas tuvieron poco tiempo para respirar, el que emplearon los del piquete de ejecución en apretar sus gatillos. Y sobre la tierra empapada por la lluvia nuestros cuerpos agotados de luchar día a día.

Catorce madres esperando el regreso de catorce hijos. No hubo tiro de gracia. Por mi cara corría la sangre de aquellos hombres jóvenes, ya con el miedo y el cansancio absorbidos por la muerte. Por las manos de los moros corría la sangre de las gallinas que acababan de degollar. Hasta mis oídos llegaban las carcajadas de los verdugos mezcladas con el gemido apagado de uno de los hombres abatidos. Ellos, los

verdugos, bañaban su garganta con vino, la mía estaba seca por el terror. No puedo calcular el tiempo que permanecí inmóvil. Los moros, después de asar y comerse las gallinas, se fueron. Estaba amaneciendo.

La muerte en las guerras tiene mucho trabajo. La muerte en las guerras nunca tiene prisa. Se lleva a unos y deja a otros para más adelante. Me dejó a mí y dejó al cabo Villegas. De mí no se llevó nada, del cabo Villegas se llevó una pierna, la izquierda. Sangraba abundantemente, me arranqué una manga de la camisa y le hice con ella un torniquete a la altura del muslo.

Me fue difícil cruzar el río, sucio y revuelto por las lluvias. Lo crucé con mi carga al hombro. El cabo Villegas no pesaba mucho y yo, con mis veinte años, era un muchacho fuerte, pero el terror del fusilamiento había aflojado mis piernas. Al otro lado del río quedaba un paisaje gris de llovizna, con sabor amargo de guerra y doce hombres jóvenes con la vida quebrada en el sueño de alcanzar el final de esa guerra, no importa si como vencedores o vencidos.

El llanto por aquellos hombres jóvenes brotaría más tarde, cuando la espera de doce madres se hiciera dolor por la noticia. La muerte de las gallinas sólo se haría maldición en la boca de algún campesino.

Conseguí llegar con el cabo Villegas sobre mis hombros hasta Hinojosa del Duque, ya en poder de los nacionales, fui hasta la parroquia y se lo entregué al cura. Pensé en huir hacia Portugal cruzando sierra Trapera, pero sabía que si alguien del ejército rojo entraba en tierras portuguesas, era entregado a las tropas de Franco. Así las cosas, tomé la determinación de buscar dentro de aquel desbarajuste algún vestigio de gente con vida. Llegué a Villanueva del Duque, vi una hoguera en el interior de una casa y entré. El miedo se había quedado atrás, en el lugar del fusilamiento. Entré sin importarme quiénes eran los que estaban alrededor del fuego, si rojos o nacionales, el hambre y el frío me habían dado el valor o me habían eliminado la cobardía, lo mismo da.

Mi entrada y mi aspecto asombró a los que estaban alrededor del fuego. Ninguno echó mano a su fusil, mi cara demacrada y mis pies, que aunque me los había envuelto con trapos me sangraban, los desconcertó. Les dije que pertenecía al ejército rojo y que formaba parte de una columna de prisioneros que venía hacia el pueblo. Ellos, los de la hoguera, eran legionarios y odiaban a los moros. Uno de los legionarios al oírme hablar me preguntó si yo era de Madrid, le dije que sí, él también, y estuvimos charlando unos instantes. Me dejaron que secara mi ropa y mis pies, me dieron agua, una lata de carne, otra de sardinas, pan, tabaco, algunos tomates, una manta y unas alpargatas, después me dijeron que me fuese, para que si llegaba alguno de sus mandos no se vieran comprometidos. Así lo hice. Me senté a las afueras del pueblo y esperé la llegada de la columna de prisioneros en la que iban algunos de mis compañeros. Cuando llegaron donde estaba yo se llevaron una gran alegría al

verme vivo. Me uní a ellos.

En dos columnas, en fila, una a cada lado de la carretera caminábamos bajo la lluvia, vigilados por los moros desde sus caballos. Muchos de los prisioneros cargaban a sus espaldas sacos llenos de vainas vacías de los Mauser y si alguno, por debilidad, caía al suelo, los moros le disparaban y allí, en la cuneta de la carretera, amortajado por la lluvia, terminaba su sufrimiento.

Antes de llegar a Valsequillo y ya muy entrada la noche, hicimos una parada en Peñarroya. Seguía lloviendo lo mismo que cuando nos fusilaron, una lluvia menuda que calaba hasta los huesos, los moros nos entregaron a la Guardia Civil, se fueron, la Guardia Civil nos instaló en un solar, que era la parte trasera de un horno donde estaban haciendo pan. Llegó un teniente de Infantería acompañado de dos oficiales alemanes y

un médico también alemán. Querían probar, nos dijeron, una vacuna contra el tifus y pidieron voluntarios para la prueba, con la promesa de darnos doble ración de comida. Con aquel mi temperamento de entonces no lo dudé un momento, fui el primero en dar el paso al frente, conmigo algunos más. Nos pusieron una inyección en el vientre, una aguja curva que parecía un gancho de los que usan en las pollerías para colgar los pollos, y tal como nos habían prometido nos dieron pan y comida abundante, que compartí con algunos de mis compañeros, con los más débiles. Los

oficiales y el médico alemán dejaron pasar unas horas para ver qué efecto causaba la inyección. La cosa no fue muy grave, unos cuantos pequeños granos en la piel que picaban endemoniadamente, tal vez algo de fiebre y nada más. Apenas se hizo de día fuimos conducidos hasta Valsequillo, un pueblo destruido por la aviación y la artillería, que habría de ser durante algunos meses nuestro lugar de sufrimiento y humillaciones, obligados a trabajos forzados con pico y pala desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde, cuando nos daban la única comida del día, una onza de chocolate, dos sardinas en aceite y dos higos secos, el alimento necesario para mantenernos con vida. Nos habían distribuido por grupos y nos habían alojado en aquellas casas, semiderruidas a causa de los bombardeos. En la que me instalaron a mí, junto con otros prisioneros, no tenía techo. En un rincón había una lata grande llena de judías blancas, seguramente dejadas por los que antes de abandonar el

pueblo habían habitado aquel lugar. Las judías debían llevar allí muchos días, tenían encima un dedo de moho verde, apartamos el moho con una cuchara y comimos aquellas judías, frías, a ninguno nos pasó nada. Al día siguiente, apenas amaneció, nos afeitaron la cabeza y nos dieron palas y picos para trabajar. Al llegar la noche y apoyar la cabeza en las baldosas para dormir teníamos la sensación de que se nos iba a reventar alguna vena.

Yo, durante la noche, corría por las calles del pueblo y, esquivando los disparos de los centinelas, llegaba hasta las cuadras donde estaban los caballos de la Guardia Civil, metía la mano en la bolsa que tenían colgada del cuello y les robaba puñados de algarrobas, después, haciendo oídos sordos a los gritos de "¡Alto!" de los centinelas, corriendo en zig zag para burlar las balas, llegaba hasta donde estaban mis compañeros de cautiverio. En una lata cocíamos las algarrobas, bebíamos el caldo y después comíamos las algarrobas cocidas.

A veces me escapaba del campo de prisioneros, iba hasta la sierra y buscaba bellotas, que también nos servían de alimento, y si pasaba por algún lugar en el que hubiera habido trincheras, recogía colillas, que deshacíamos y fumábamos liadas con no importaba qué papel tuviéramos a mano.

El jefe del campo de prisioneros era un comandante de la Guardia Civil con gafas oscuras y muy mala leche. Nos ordenó cavar una zanja de tres metros de ancho por dos de profundidad, alrededor de todo el pueblo, para, decía él: "Que no se me fugue ningún prisionero".

Cada día al amanecer nos marcaban desde dónde y hasta dónde teníamos que cavar y sólo al terminar la tarea asignada íbamos a buscar la única comida del día, las dos sardinas, la onza de chocolate y los dos higos.

Un gato, seguramente tan hambriento como nosotros, tuvo la mala fortuna de entrar en el campo de prisioneros. Uno de los que compartían aquella casa derruida en que nos alojaron nos avisó de que había visto cómo el gato se metía en un agujero. Era un individuo cachazudo que llevaba en la boca una pipa, siempre sin tabaco, que formaba parte de su físico. Le preguntamos dónde estaba metido el gato y nos dijo que no nos preocupásemos, que él había tomado medidas para evitar que se fugara. Había tapado el agujero con una piedra grande. Llegamos hasta donde estaba el gato atrapado,

quitamos la piedra, nos dispusimos a cazarlo, pero el gato se resistía a salir. Uno de nosotros se quitó la camiseta, la pusimos en la boca del agujero, le prendimos fuego y con el humo, el gato salió. Nos abalanzamos sobre él. No disponíamos de navaja ni cuchillo; Ignacio, un individuo capaz de todo, se encargó de matarlo con la varilla de un paraguas y, acostumbrado a limpiar conejos, despellejó y

limpió al animal. Decían que era necesario esperar que el gato estuviera al relente durante toda la noche porque, según los entendidos, el gato al morir de esa manera conservaba en la sangre la rabia, que podía ser venenosa, y que sólo si permanecía durante la noche al relente, la rabia le desaparecía, pero teníamos tanta hambre que decidimos comérnoslo inmediatamente. Total, lo que nos pudiera pasar no iba a ser peor que lo que nos estaba pasando.

Ese día, aparte de las dos sardinas, nos habían dado un trozo de chorizo a cada uno. Cocimos el gato en una lata con el chorizo y nos lo comimos. Ahora, en el momento que escribo esto, me horroriza recordarlo, pero entonces para mí como para el resto de mis compañeros lo que hicimos fue algo natural, como si aquel gato fuese el más exquisito de los conejos.

Durante la retirada del frente de Extremadura, cuando ya habían pasado los últimos camiones republicanos, para evitar el paso de las tropas de Franco, alguien había volado con dinamita el puente de Berlanga, por el que había que cruzar el río Matachel.

Durante dos días, apenas había amanecido nos formaban y el comandante de la Guardia Civil hacía una pregunta:

--¿Quién de vosotros puso la dinamita en el puente Berlanga?

Nadie respondía. Los prisioneros éramos mudos. El comandante hacía la misma pregunta tres o cuatro veces; como no conseguía respuesta, comenzaba a pasear por delante de la fila y señalando a los prisioneros iba contando, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Y sacaba de la fila al que hacía el número diez, lo colocaba frente a nosotros, le obligaba a arrodillarse, sacaba la pistola y con la mayor sangre fría, le disparaba en la nuca. Y de nuevo la misma pregunta:

--¿Quién de vosotros puso la dinamita en el puente Berlanga?

Y otra vez el silencio, y de nuevo a contar hombres, y de nuevo el que hacía el número diez de rodillas y de nuevo el tiro en la nuca.

A esto se le llamaba "diezmar".

Así estuvimos dos días hasta que alguien, que tal vez no era el que había puesto la dinamita en el puente, pero que no podía soportar por más tiempo aquellas ejecuciones dijo:

--Yo.

Sorprendentemente, a ése no le dio el tiro en la nuca, se lo llevaron, no sabíamos dónde, pero lo imaginamos, porque aparte del tiro en la nuca, tenían métodos de tortura para convertir al prisionero en delator. La mayor obsesión de aquel comandante era acabar con los rojos llamados "dinamiteros", casi todos ellos asturianos, que habían trabajado en las minas y conocían bien el manejo de la dinamita, y que eran los que más trastornos les causaban o les habían causado a la hora de avanzar.

Caín y Abel

Dos días a la semana nos traían un cura, nos sentábamos en el suelo y el cura nos hablaba de la fe en Dios, de su infinita bondad y de su gran misericordia. No nos era fácil entender ni la infinita bondad ni la gran misericordia en las condiciones en que nos

tenían dentro del campo de prisioneros, pero los días que venía el cura no teníamos que cavar con pico y pala, lo que ya significaba para nosotros un acto de infinita bondad y gran misericordia.

Después de hablarnos de la fe y otros temas relacionados con Dios, el cura nos invitaba a que le hiciéramos cualquier pregunta sobre la religión. Eran muy pocos los que hacían preguntas, algunos por temor y otros por ignorancia. Uno de los prisioneros que compartía conmigo la casa derruida donde dormíamos, que había sido marino del Císcar, le hizo una pregunta. Es posible que no fuese exactamente como yo la recuerdo, pero fue más o menos así:

--Padre, yo he leído que Adán y Eva tuvieron dos hijos, Caín y Abel, y que Caín mató a Abel. ¿No es así?

--Sí, hijo.

--Y dice la historia sagrada que Dios le dijo a Caín: "Serás maldito y andarás errante por la tierra que has manchado con la sangre de Abel". Y que Caín, desesperado, abandonó su familia y se retiró al oriente del Paraíso terrenal, donde fundó la población más antigua del mundo a la que puso el nombre de Henoquia, derivado de Henoc, que era su hijo primogénito. Y dice la historia sagrada que los hijos de Caín fueron numerosos; pero que la maldición de Dios pesaba sobre ellos y sólo se distinguieron por sus crímenes y por su impiedad. Y me gustaría saber, ¿con quién tuvo los hijos Caín¿, porque la historia sagrada nos habla tan sólo de una mujer, Eva.

El cura quedó pensativo unos instantes tal vez tratando de encontrar una salida a tan complicada pregunta. En la cara de todos los prisioneros había una sonrisa de complicidad y, al mismo tiempo, el asombro que nos había causado el conocimiento que tenía aquel marino del Císcar de la historia sagrada. Todos miramos hacia el comandante de la Guardia Civil, que estaba cerca del cura, y pensamos que el marino del Císcar se había jugado la vida con su pregunta.

El cura salió airoso de la pregunta, diciendo:

--Mi condición de sacerdote se limita a la fe en Jesucristo. El resto es patrimonio de los teólogos.

Después, por la noche, cuando estábamos alrededor de la hoguera, preguntamos al marino del Císcar por qué sabía todo eso de Caín y Abel y de Adán y Eva y de dónde le venía su conocimiento de la historia sagrada.

Antes de la guerra había sido seminarista. Aunque él no tenía vocación, la familia quería que se hiciera sacerdote y aprovechó la persecución que durante la República habían sufrido los curas para convencer a sus padres de dejar el seminario y estudiar para marino.

Y cosa rara, el comandante de la Guardia Civil no tomó represalias.

Algún tiempo después, el comandante de la Guardia Civil fue relevado por un teniente, que pertenecía al tercio requeté Virgen de los Reyes. Un tercio requeté en el que había muchos vascos, gudaris de Aguirre, que habían sido hechos prisioneros en el norte y después fueron obligados a combatir en aquel tercio requeté. Aquello cambió nuestras vidas.

El nuevo jefe del campo de prisioneros se interesó por nuestro trabajo y nuestra alimentación. Cuando le dijeron lo que nos obligaban a trabajar y lo que nos daban para comer, se llevó las manos a la cabeza. No podía creer que aquello fuese una realidad. Ordenó suspender los trabajos de pico y pala, ordenó que se buscaran utensilios en los que se pudiera cocinar, mandó traer garbanzos, patatas, tocino, sal, aceite, carne y todo lo necesario para guisar, preguntó quién sabía algo de cocina y a los dos días teníamos frente a nosotros algo que nos parecía un sueño, un cocido completo. Algunos estómagos, empequeñecidos por el anterior sistema de alimentación, no fueron capaces

de soportar la digestión de aquellos garbanzos y fueron varios los que murieron. Resulta insólito que habiendo tanta gente que muere de hambre éstos murieran por comer, pero lo que les cuento es una realidad.

Aquello no duró muchos días, parece ser que a los mandos superiores al teniente les llegó la información y vino una orden suprimiendo aquellas comidas, que decían que eran de un hotel de lujo; volvimos a las conservas, pero en mayor cantidad y sin el castigo de los trabajos forzados, que habían sido suprimidos por el teniente.

Al campo de prisioneros llegaban caciques de pueblo subidos a caballo, escopeta en bandolera, llevando uno o dos nombres escritos en un papel. Los prisioneros que respondían a esos nombres eran entregados a los caciques, que les ataban los dedos pulgares o las muñecas con cuerdas o alambres a un extremo de la silla de montar y se los llevaban detrás del caballo, que primero iba al paso, luego al trote y más tarde al galope; el hombre que iba atado a la silla del caballo pasaba de caminar a ser arrastrado por el campo para acabar convirtiéndose en un amasijo, un despojo humano irreconocible. Hechos así se produjeron durante el tiempo que mandaba el comandante de la Guardia Civil. El teniente de los requetés no permitió a ningún cacique de pueblo entrar en el campo de prisioneros.

Yo, durante la guerra, había combatido junto a algunos vascos y había aprendido a decir muchas frases en euskera y a entenderme en ese idioma.

Mi amistad con aquellos gudaris fue para mí de una gran riqueza. De ellos, aparte de un mucho de euskera, aprendí a valorar cosas como la nobleza, el valor y el amor por sus raíces.

Pero al mismo tiempo aprendí la musicalidad de su forma de hablar castellano, y eso me fue de mucha utilidad en el campo de prisioneros.

Por uno de sus soldados de confianza supe que el teniente, antes de la guerra, trabajaba en el Banco de Vizcaya en Bilbao. Aunque ya había oído que cuando hablaban de él le llamaban el teniente Alcorta, me interesé por saber su nombre y apellidos. Se llamaba Ignacio Alcorta Menchaca y su cargo en el banco era el de subdirector.

Un día, me acerqué a él y en el mejor de los tonos con que los vascos hablan el castellano, dejándome caer, dije:

--Yo a usted le conozco mucho. Personalmente no, pero he oído mucho su nombre. ¿Usted se llama Alcorta Menchaca?

Se quedó pensativo unos instantes y yo seguí con mi historia, siempre imitando la musicalidad del castellano hablado por los vascos.

--¿Usted no era subdirector del Banco de Vizcaya en Bilbao?

Me respondió algo desconcertado y al mismo tiempo con curiosidad.

--¿Y por qué sabes?

--Porque yo antes de la guerra trabajaba de botones en el Banco de Vizcaya en Madrid y oí hablar mucho de usted.

Es increíble cómo el solo hecho de pertenecer a una misma profesión puede influir en el comportamiento de la gente. Es como si el hecho de ejercer la misma profesión motivara un acercamiento familiar.

Aquella mentira mía, aquella pequeña estafa, me sirvió para que el teniente me autorizara a ir a la casa habitada por los mandos, quitar la mesa, fregarles los platos y los cubiertos y llevarme, a cambio, el sobrante de las comidas en una lata. Con la lata llena de comida llegaba a la casa medio derrumbada donde estábamos alojados y la repartía, pero apenas nos llegaba para dos cucharadas por individuo, así que tomamos una decisión: que cada vez que llegara con la lata de comida fuesen dos los que

comieran. Así lo hicimos, de esta manera, al menos dos comían en abundancia, aunque fuese de forma alterna.

En una de aquellas visitas a la casa, al entrar a buscar la comida vi al prisionero que se había declarado culpable de la voladura del puente Berlanga; le habían quitado los pantalones y estaba arrodillado sobre garbanzos y cuando intentaba descansar apoyándose en los talones, un sargento le daba una patada en los riñones. Se había meado y se había cagado encima, despedía un olor que no se podía soportar. Me extrañó que aquel teniente, al que yo había tomado un gran afecto, permitiera esta tortura, pero no dije nada, pensé que como prisionero lo mejor que podía hacer era cerrar la boca y así lo hice, pero aquella imagen se me quedó grabada para siempre. Y lo que más me dolía era pensar que esto ocurría cuando ya no estaba al mando del campo aquel comandante de la Guardia Civil, que diezmaba hombres sin inmutarse.

Al teniente le caí bien; después de todo, ¿qué le importaba que él fuese el subdirector de un banco y yo un simple botones¿: los dos estábamos en lo mismo y es posible que él, antes de llegar a subdirector, hubiera sido botones como yo.

Para sacarme de aquella casa destruida en la que era necesario dormir sobre las baldosas, me propuso ponerme a trabajar en la oficina que tenían instalada en la casa de mandos, pero argumenté que yo no tenía un gran conocimiento de cómo manejar una máquina de escribir. Esta vez no le estaba mintiendo. Aceptó mi disculpa y me destinó a Intendencia, donde se almacenaban los alimentos destinados a la tropa que estaba bajo su mando y los destinados a los prisioneros.

Aquel puesto me fue de mucha utilidad, no sólo para mí, sino para mis compañeros de cautiverio, para aquellos que hasta el día de mi destino al almacén de Intendencia habían compartido conmigo la casa medio derribada y los puñados de algarrobas robados a los caballos de la Guardia Civil.

En el almacén de Intendencia había apiladas latas de conservas de todas clases, aceite y legumbres. Yo entre el pecho y la camisa me metía algunas latas, que después distribuía entre mis compañeros, a los que ya nunca les faltaba comida. También, día a día, fui sacando de aquel depósito alpargatas, que fueron sustituyendo los trapos con que mis compañeros se cubrían los pies.

Años más tarde, siendo artista, en una de mis actuaciones en Radio Madrid, a través de los micrófonos le pedí disculpas al teniente Alcorta por aquel engaño. No sé si en ese momento me estaría escuchando, pero fue un gran alivio para mí aquella confesión.

Mi estancia en el campo de prisioneros duró varios meses. En ese tiempo no había tenido ninguna noticia de nada ni de nadie. Supe, supimos, alguien nos dijo, que la guerra había terminado, que la habíamos perdido, pero nada más. A causa de ese no saber nada, mi regreso a la paz estaba lleno de una gran incertidumbre acerca de lo que iba a ser mi futuro y qué me iba a encontrar en mi casa, si mis abuelos muertos o mis abuelos vivos, pero enfermos.

Mi llegada fue recibida con risas y lágrimas, muchos vecinos y amigos habían dejado su vida en el frente y de mí hacía más de cinco meses que no tenían noticias. Mi regreso significaba algo así como un milagro. Tan sólo una vez durante toda la guerra estuve herido en el frente de Madrid y no de gravedad.

Mi primera intención fue irme hasta Valencia y reencontrarme con la familia Benavides, y de manera muy particular con Encarna. Pero cuando llegué las cosas habían cambiado. Su padre, que antes de la guerra era comisario de policía, ahora era el gobernador civil de Valencia. Encarna tenía novio. Todo ese cambio y mi condición de

rojo tal vez me originarían serios problemas. Lo mejor que podía hacer era regresar a Madrid. Así lo hice.

Intenté reinsertarme en mi trabajo como mecánico. Gracias a uno de los encargados del taller, el señor Emilio, que me apreciaba como persona y me consideraba como profesional, conseguí recuperar mi puesto; pero en Boetticher y Navarro se respiraba un ambiente extraño. El señor Guido, el padre de mi amigo Gustavo, se había ido con su familia a Alemania apenas comenzar la guerra. Había un nuevo ingeniero, de nombre Amadeo, que era, me dijeron, un individuo sospechoso. Dedicaba más tiempo a investigar el comportamiento político de los obreros que el profesional. Su acoso y sus preguntas eran el menú cotidiano, aunque las hacía en un tono amable, como si se tratara tan sólo de una curiosidad: "¿Dónde has estado durante la guerra? ¿En qué frentes has combatido¿" Y un sinfín de preguntas que justificaban el recelo de los obreros. Aquello, más que una fábrica, parecía una comisaría.

Mi tío Manolo, que había trabajado muchos años en Boetticher y Navarro, uno de los mejores oficiales, y que había sido durante la época de la República delegado de la UGT, fue detenido y conducido a una prisión, de la que salió en libertad con una tuberculosis que algunos meses más tarde fue la causante de su muerte. Yo, en parte, iba a correr la misma suerte, aunque sin contraer la enfermedad.

Una noche llamaron a la puerta de mi casa. Una pareja de la Guardia Civil preguntó por mí, me esposaron y me llevaron a la cárcel de Yeserías sin ningún tipo de explicación. Hasta el año 1951 no supe el porqué de aquella detención.

Unos días después me trasladaron a una prisión de Carabanchel, que antes había sido reformatorio y que habían habilitado como cárcel. No teníamos celdas, nos hacinábamos en unas galerías donde nos asignaron un espacio de dos baldosas de anchura por individuo, y en un generoso rasgo de humanidad nos dieron a cada uno para cubrirnos una manta, de las que se utilizaban en el ejército. Dos días después del ingreso, nos desnudaron, se llevaron nuestra ropa y las mantas, luego nos afeitaron la cabeza, trajeron unos cubos llenos de zotal, nos hicieron levantar los brazos y empapando escobas en el zotal nos refregaron todo el cuerpo, desde la cabeza a los pies, y nos dejaron sobre las baldosas de la galería que tenían dos dedos de zotal encima. Ahí dormimos esa noche, desnudos sobre el zotal, apretándonos unos contra otros para sentir en nuestros cuerpos algo de calor. A la mañana siguiente nos trajeron la ropa que habían metido en unas calderas de agua hirviendo, dijeron que para

desinfectarlas y evitar el entonces llamado piojo verde. Era del todo imposible reconocer nuestra ropa, el color de algunas había teñido el color de otras. Era tan intenso el frío que cuando dejaron la ropa amontonada y dijeron que cada uno buscara la suya, nos abalanzamos sobre aquellas prendas irreconocibles, cogiendo cualquiera, sin importarnos si era o no la nuestra, lo importante era protegernos del frío. Yo me abalancé sobre un abrigo gris, que debió pertenecer a algún chófer de una familia rica. El abrigo tenía botones dorados y estaba abierto por la parte de atrás desde la cintura hasta abajo. Como no tenía calzoncillos, cada paseo mío por la galería provocaba que se abriera aquella ranura y se me viera el culo. Eso hacía que me piropearan y me aplaudieran. ¡Qué fenómeno tan curioso se produce en los hombres! Ahora, en la distancia de tantos años, me asombra que en aquella situación tan dramática aún hubiera sentido del humor. Es posible que estas situaciones trágicas

hayan influido en mí para dedicarme al humor. No lo sé. Tan sólo es una reflexión. Los zapatos también los habían hervido junto con la ropa y el intento de calzarnos fue inútil: aquellos zapatos sólo hubieran servido para calzar niños de cuatro o cinco años. Estuvimos paseando descalzos sobre el zotal de la galería y sobre la tierra

del patio hasta que de nuestra casa nos trajeron calzado, a los que teníamos familia en Madrid, naturalmente. Los demás siguieron descalzos.

Nos daban de comer una vez al día y siempre lo mismo, cáscaras de habas cocidas con agua y un poco de sal, sin más. Nos sorprendía que en nuestros platos sólo depositaran las cáscaras de las habas flotando en aquel agua verdosa.

--¿Y las habas?

--Las habas son para los enfermos.

Las cáscaras de habas no alcanzaban para todos, así que en el momento que llegaban con la perola y la ponían en medio de la galería, nos matábamos por ser los primeros en llegar a la fila. Ni Ovidio, un preso corpulento al que habían nombrado jefe de galería, era capaz, golpeándonos con un palo grueso en la cabeza, de poner orden. Ni a golpes paraba nadie a aquellos hombres hambrientos. Nos acercábamos hasta la perola, metíamos el plato de aluminio y sacábamos las cáscaras de las habas, que devorábamos. A algunos presos, entre ellos me cuento yo, nos traían de nuestra casa algo de comer; recuerdo a mi abuela, con una fiambrera llena de arroz con caracoles, un arroz blanco sin ningún condimento y unos caracoles capturados en algún solar de los que había cerca de nuestra casa. Los que no tenían quien les trajera nada pedían las cáscaras de las naranjas, que devoraban con avidez.

Nos estaba prohibido leer ni tener ningún juego de entretenimiento, pero nos inventamos un parchís. Metimos un pañuelo en el agua, lo escurrimos, lo pusimos sobre las baldosas y con un lápiz, de aquellos llamados de tinta, dibujamos las rayas y los cuadros del parchís, hicimos dados con miga de pan y como fichas usábamos los botones de las mangas de las chaquetas. Cuando llegaba algún vigilante recogíamos todo y guardábamos el pañuelo en algún bolsillo.

Al anochecer nos formaban en fila, y en pie firme, con el brazo en alto al estilo nazi, nos hacían cantar el Cara al sol. Mientras cantábamos, alguno de la fila se desplomaba. Nos estaba prohibido prestarle ayuda. Sólo cuando terminábamos de cantar el Cara al sol y después de los gritos de "¡España! ¡Una! ¡España! ¡Grande! ¡España! ¡Libre! ¡Viva Franco! ¡Arriba España!", se podía levantar al que se había derrumbado. Estaba muerto. La disentería hacía estragos cada día. Después, los muertos eran cargados en un carro tirado por una mula que los llevaba no sabíamos dónde. También nos obligaban a cantar el himno creo que de los requetés. Aquel que decía:

Por Dios, por la Patria y el Rey,
lucharon nuestros padres.
Por Dios, por la Patria y el Rey,
lucharemos nosotros también.
Lucharemos todos juntos,
todos juntos en unión,
defendiendo... (no recuerdo qué).

Nosotros, no sé si como una burla, un desafío, una rebeldía, o simplemente una diversión, y hasta es posible que se tratara de una terapia para curar nuestra amargura, le habíamos cambiado la letra y cantábamos muy bajito, entre dientes:

Por el vino el coñac y el ojén,
lucharon nuestros padres,
Por el vino el coñac y el ojén,
lucharemos nosotros también
lucharemos todos juntos,

todos juntos en unión,
defendiendo el anís del Mono
y el coñac Napoleón.

A pesar de nuestra debilidad nos llevaban a construir la que más tarde iba a ser la actual cárcel de Carabanchel. Ahí trabajábamos durante toda la mañana y después, a comer las cáscaras de habas.

Otra cárcel improvisada

Semanas después me trasladaron a la prisión de Torrijos, que al igual que la de Carabanchel era una prisión improvisada; ésta en un convento. De mi casa me traían papel y lápiz y cuando salíamos al patio, yo me entretenía en dibujar los edificios de la calle de Juan Bravo, algunas veces dibujaba chistes con unos personajes de grandes narizotas que yo había creado. Una mañana en que yo dibujaba, se acercó a mí uno de los presos y me preguntó:

--¿Eres dibujante?

Le dije que no, que sólo era aficionado desde muy pequeño, desde que iba al colegio. él me mostró un dibujo, era un niño con una cabra junto a un árbol.

--A mí también me gusta dibujar. Este dibujo es para mi Manolito.

Y se retiró. No hablamos más. Cuando pasaron unos minutos se me acercó otro de los presos y me dijo:

--¿Sabes quién es ese que ha estado contigo?

--No.

--Es Miguel Hernández, el poeta.

Yo le había conocido, en alguna ocasión en que, como Rafael Alberti, había ido al frente de batalla a recitarnos poemas, pero el Miguel Hernández que yo había conocido en Somosierra, en Paredes de Buitrago, no tenía ningún parecido con este Miguel Hernández, ahora demacrado, enfermo y destruido por el sufrimiento y las humillaciones.

Por otra parte, mi falta de cultura no me daba posibilidad de conocer la dimensión poética de mi compañero de cautiverio. Fue necesario que pasaran muchos años para poder leer Viento del pueblo.

El 23 de julio de 1939, el Gobierno dicta un decreto según el cual: "Los que no hayan sido juzgados en el día de la fecha quedan en libertad".

Y por ese decreto salí de la prisión de Torrijos y por esa misma puerta y por ese mismo decreto salió Miguel Hernández.

Mi intención era volver de nuevo a mi trabajo como mecánico, pero no en Boetticher y Navarro, aun sacrificando la comodidad que suponía para mí, ya que me bastaba con cruzar la calle para incorporarme al trabajo, lo que evitaba la incomodidad de tener que llevarme la comida como hacían todos, ya que en hora y media que teníamos para comer no les era posible desplazarse hasta sus casas; tampoco tenía que madrugar, me bastaba con levantarme media hora antes de que sonara la sirena de entrada al trabajo, pero sospeché que mi detención y la de mi tío Manolo habían sido motivadas por una denuncia de aquel nuevo ingeniero de nombre Amadeo, y como no me merecía confianza trabajar con el riesgo que suponía mi condición de "rojo", traté de tomar otro camino.

Mi tía Palmira, casada con mi tío Antonio, tenía un hermano, que era, sin ninguna duda, aparte de un gran piloto en acrobacia aérea, el mejor mecánico de aviación que había en España, Mariano Perea. Tan buen mecánico que como durante la guerra había sido coronel en jefe de la base de "hidros" de Cartagena, fue condenado a pena de muerte, pero por su gran calidad como mecánico le conmutaron la pena de muerte, a condición de que se hiciera cargo de Construcciones Aeronáuticas. (Era tan buen mecánico que cuando el Plus Ultra en su viaje hacia Buenos Aires tuvo una avería en Portugal fue Mariano Perea quien se tuvo que desplazar, porque Rada, que figuraba como mecánico, no tenía ni idea de cómo reparar aquella avería. Lo hizo Mariano Perea, pero como tantas otras cosas de nuestra historia, esto nunca se contó). Por supuesto, tenía que presentarse a la Guardia Civil cada quince días y no tenía pasaporte.

Me puse en contacto con él y me explicó que para entrar a trabajar en esta empresa, que pertenecía al Estado, era imprescindible acompañar la solicitud con un certificado de buena conducta extendido por la Guardia Civil. Por supuesto que ni se me pasó por la cabeza solicitar el certificado, sabiendo que mi paso por las prisiones constaba en los ficheros; pero por otra parte, no quería renunciar a esta oportunidad que se me brindaba de trabajar al lado de Mariano Perea y salir del acoso a que me tenía sometido el tal Amadeo. Uno de mis compañeros de trabajo, de apodo El Tiralíneas por su gran habilidad en el dibujo, me dio la solución, que aunque arriesgada era la única posible. Fui al cuartel de la Guardia Civil y pedí un impreso de certificado de buena conducta, se lo llevé a El Tiralíneas, le pedimos a Vargas, otro compañero nuestro que tenía un certificado auténtico con el que pensaba ingresar en la Marconi, que nos lo prestara por un par de horas. El Tiralíneas lo puso

delante de él y con un lápiz de aquellos llamados de tinta, muy bien afilado, hizo una falsificación exacta del sello de la Guardia Civil, luego colocó encima un pañuelo húmedo, falsificó la firma y solamente un gran experto hubiera podido distinguir entre uno y otro certificado. Creo que es muy importante señalar que El Tiralíneas tenía un solo ojo, el otro lo había perdido en el taller, en una de aquellas bromas que se acostumbraban a gastar: se estaban tirando virutas de hierro y por evitar que le dieran agachó la cabeza, con tan mala suerte que se clavó en el ojo derecho una broca que estaba puesta en un taladro.

En este momento, cuando escribo esto, quisiera recordar el nombre de aquel habilidoso muchacho que hizo aquello por mí, pero la costumbre de llamar a los compañeros por su apodo y los años transcurridos lo hacen imposible. Desde estas páginas quiero darle las gracias por lo que hizo.

Aunque en Construcciones Aeronáuticas pretendieron asignarme la categoría de aprendiz de cuarto grado, que era la que tenía al comienzo de la guerra, como durante el tiempo que estuve en Boetticher y Navarro me había interesado en aprender, observando y preguntando a los mejores profesionales, me sentía capacitado para ser más que un aprendiz de cuarto grado, y exigí una prueba como especialista de primera. Me pusieron la que entonces era la más complicada: hacer un piñón helicoidal. Me salió perfecto y en mucho menos tiempo del que me habían dado para terminarlo.

El trabajo en Construcciones Aeronáuticas era muy duro, no por las ocho horas de la jornada, sino por el desplazamiento diario.

Para llegar a la estación de Atocha, de donde salía el tren para Getafe, me tenía que levantar a las cinco y media, mal desayunar y caminar hasta la glorieta de la Iglesia, coger el primer metro que pasaba a las 6.20, bajar en Atocha y coger el tren que nos llevaba hasta la estación de Getafe, desde donde había que andar más de un kilómetro para llegar a los talleres. El regreso suponía el mismo recorrido, a la inversa. El resultado era que cuando llegaba por la tarde -ya de noche en invierno- a mi casa, el

cansancio y el sueño me tenían destruido. Pero trabajar en aquellos talleres que pertenecían al Estado tenía algunas ventajas que no tenían en otros talleres privados: nos daban cada semana diez kilos de patatas que en mi casa se hervían con tomates y algunos boquerones y nos servían para, durante algunas noches, salir de la rutina de los chicharros, las gachas de harina de almortas, el puré de San Antonio y los boniatos, que eran el plato del día de los españoles de

familia humilde.

Los sábados por la tarde, que hacíamos semana inglesa y no se trabajaba, me compraba un pan de higo de cuarto kilo, almendras, pipas, bellotas y castañas pilongas, y con todo ese arsenal de alimentos extraños me metía en el cine Chueca, donde ponían cinco películas, lo que significaba entrar en el cine a las tres de la tarde y salir a las diez de la noche.

Los domingos con la bicicleta y los amigos, a dar la vuelta al Hoyo de Manzanares o a subir el puerto de la Morcuera y por las tardes a bailar, al Barceló o al Metropolitano, y el lunes de nuevo a Getafe. Y otra vez el madrugón y otra vez el metro y otra vez el tren. Aunque el trabajo resultaba molesto por el obligado, largo y pesado viaje diario, el estar al lado de Mariano Perea me compensaba, ya que gracias a su ayuda yo estaba cada día más capacitado para llegar a ser un mecánico de primera, con la posibilidad de elegir más adelante el lugar de trabajo y hasta exigir un sueldo que me permitiera ayudar a mis abuelos, y lo más importante, recuperar los tres años perdidos durante la guerra.

Aquello fue solamente otro intento frustrado de rehacer mi vida.

En 1940, el Gobierno dicta una ley en virtud de la cual, las mujeres cuya edad esté comprendida entre los diecisiete y los treinta y cinco años tienen que cumplir seis meses de servicio social obligatorio, so pena de no poder acceder a ningún cargo público, no poder salir al extranjero ni presentarse a ninguna oposición, y los jóvenes que no han combatido en las filas del ejército nacional tienen que trabajar seis meses sin ningún tipo de remuneración o salario, para reconstruir la "España, Una, Grande y Libre", que se grita en cada acto público. Como al presentarme declaré que durante la guerra había sido chófer de la DECA y me cuidé de no mencionar mi primer año de guerra, en el que había combatido en el 5º Regimiento a las órdenes de Líster, ni que cuando estábamos a punto de caer prisioneros de los moros rompí mi carnet de las Juventudes Socialistas, lo único valioso que podía aportar para el cumplimiento de los seis meses de trabajo, impuestos por el mencionado decreto,

eran mis cualidades como mecánico y chófer.

Cumplí esos seis meses en un cuartel de la calle Santa Engracia esquina a Ríos Rosas, en un servicio que llamaban de recuperación. Mi trabajo consistía en salir con un camión grúa a determinadas carreteras y traer los vehículos que estuvieran abandonados. Me asignaron un ayudante de apellido Soriano, que era, como yo, uno de los vencidos y que también seguía fiel a la ideología que nos llevó a combatir contra las tropas franquistas.

Cada mañana, apenas había amanecido, salíamos por la carretera que nos era asignada por los mandos. La de Andalucía, la de Extremadura, la de Burgos o la de Valencia. Nuestra misión era recorrer la carretera asignada y cuando encontrásemos algún vehículo abandonado, engancharlo en la grúa y llevarlo a Villaverde, donde había un amplio terreno destinado a depositar en él todo tipo de vehículos, no importaba en las condiciones que estuviera. A pesar del tiempo transcurrido desde el final de la guerra aún eran muchos los coches, camiones y algunas motos que estaban abandonados en las cunetas de muchas carreteras, todos ellos averiados. Soriano y yo enganchábamos el vehículo a la grúa y volvíamos de regreso a Villaverde. En aquella época era muy difícil

conseguir algún tipo de recambio para los turismos o los camiones. Un día que traíamos un camión Dodge colgado de la grúa, de regreso hacia Villaverde paramos en un pequeño pueblo y entramos en un bar a tomar algo. Se nos acercó un individuo que en voz baja nos propuso que le vendiésemos las dos ruedas gemelas del camión. No lo pensamos mucho, convinimos el precio y se las vendimos; nos pagó por las dos ruedas seiscientas pesetas, trescientas para Soriano y otras trescientas para mí. A partir de ese día, nuestro peregrinar en busca de vehículos fue un negocio rentable. El Gobierno nos daba únicamente cama y comida, pero la venta de accesorios nos permitía ayudar a la familia. Un día eran dos ruedas, otro día era un carburador o dos faros, otro día un radiador. Llegamos a vender una moto con sidecar. Pienso que aparte del dinero que ganábamos con aquellas ventas y con aquellos transportes, sentíamos un placer morboso robando a los que nos habían condenado.

El segundo marido de mi madre, Ramón Sanmartín, había muerto durante la guerra, o antes, no lo recuerdo bien; ella y mis cinco hermanos de madre, dos varones y tres hembras, que vivían en la calle de ávila, eran todos pequeños, ninguno trabajaba, únicamente mi hermana Paula, la que me seguía en edad, estaba colocada en La España, una fábrica de bombones de la calle de Santa Engracia, porque en una posguerra en la que era necesario para conseguir la comida la cartilla de racionamiento y cuando en los bares, para endulzar aquel simulacro de café hecho con cebada, te daban un caramelo porque no había azúcar, paradójicamente se fabricaban bombones y pasteles. Sería muy complicado estudiar el comportamiento en las dictaduras para entender esta sinrazón. Para mí, lo único importante era que mi trabajar gratis en ese improvisado cuartel de Recuperación me permitía robar latas de atún o de sardinas, pan y embutidos, y llevárselo a mis hermanos, que lo devoraban todo.

Se cumplieron los seis meses de castigo y de nuevo al trabajo. Pero como la vez anterior, por poco tiempo.

Franco quería reunir un ejército numeroso porque estaba dudando si entrar en la guerra mundial o no, sobre todo tras la victoriosa guerra relámpago alemana y la declaración de guerra de Mussolini a Francia y Gran Bretaña.

Franco y sus ministros estaban entusiasmados y ansiaban entrar en la guerra. Tanto era así que el ministro Vigón viajó a Berlín con una carta de Franco a Hitler en la que el general se comprometía a entrar en la guerra a cambio de que Hitler le concediera la anexión del Oranesado de Argelia más la expansión en el Sahara, la incorporación de todo Marruecos y la absorción del Gabón francés por la Guinea española.

Para contar con ese ejército numeroso, llamó a filas a varias quintas, a las que denominaron cariñosamente de "zona liberada", entre ellas la del 40, a la que yo pertenecía.

Me llegó una citación ordenándome que me presentara en la caja de reclutas del paseo del Pacífico para el sorteo.

Me tocó el Regimiento de Infantería Toledo. Eso de Toledo me sonó bien, no estaría muy lejos de mi casa; pero las denominaciones militares son tan insólitas que el Regimiento de Infantería Toledo no estaba en Toledo, estaba en Zamora. Algo así como si la torre inclinada de Pisa estuviera en Burgos. Yo no tenía la menor idea de en qué lugar de España estaba Zamora. La busqué en un mapa y la encontré. Por suerte, los cartógrafos no se parecen a los militares y cuando hacen un mapa ponen las ciudades donde deben estar.

Cuatro días después del sorteo nos metieron en un mercancías como si fuésemos ganado y nos llevaron a Zamora.

En el cuartel no había camas, solamente unos caballetes de hierro con unas tablas alargadas y sobre esas tablas unas delgadas colchonetas y una manta. Nos llamó

la atención que no hubiera camas ni literas. Se nos explicó que el Regimiento Toledo estaba arrestado, porque no sé en qué guerra o en qué batalla habían perdido o se habían dejado arrebatar la bandera por el enemigo. Supongo que sería en la guerra de Marruecos, porque si donde se dejaron arrebatar la bandera fue en la guerra de Filipinas, el arresto debía ser a cien años y un día. La cuestión es que el arresto seguía vigente. También había un mulo arrestado porque le había dado una coz a un teniente y le había roto varias costillas. En el ejército no existen las distinciones, lo mismo se arresta a un recluta que a un mulo. Por cierto, que el mulo vivía como los dioses, porque como estaba arrestado no podía hacer nada y se pasaba la vida en la cuadra del cuartel, donde todo lo que le estaba permitido hacer era comer,

beber agua y cagar.

En el ejército suelen pasar las cosas más absurdas. Había, apenas cruzar la puerta de entrada del cuartel, un pequeño paseo con algunos bancos a los lados. A la hora de relevar la guardia, se colocaba el centinela en la puerta principal, otro centinela en la puerta por la que entraban los camiones, el centinela de los calabozos y los de las garitas, situadas en cada una de las esquinas de la tapia de ladrillos que había alrededor del cuartel y que permitían vigilar el exterior; aparte de éstos, había otro que vigilaba, fusil al hombro, uno de los bancos que estaban al costado del paseo, para que nadie se sentara en él. Un día llegó un general a pasar revista y al observar que junto al banco había un centinela, preguntó:

--¿Y este soldado qué hace aquí?

El oficial de guardia dijo:

--Es el centinela del banco.

El general con actitud solemne, como correspondía a su alta graduación, y disimuladamente divertido miró al oficial de guardia, al tiempo que decía:

--Ese centinela lo mandé poner yo cuando era teniente coronel hace siete años, porque el banco estaba recién pintado y creí necesario ponerlo para que nadie se manchara el uniforme, pero supongo que ya se habrá secado la pintura.

En resumidas cuentas, desde hacía siete años, siempre que se hacía el relevo, sin que nadie preguntara por qué, se colocaba en aquel banco un centinela que no permitía que nadie se sentara en él.

Pero no quiero olvidar algo que ocurría y que posteriormente se contaba como un chiste, pero que era una realidad. En la puerta de atrás del cuartel, por donde entraban los camiones, estaba el famoso rótulo de "Todo por la patria". De vez en cuando, un brigada o un sargento se acercaba hasta el centinela de aquella puerta y le decía:

--Voy a tirar una bolsa por encima de la tapia, pero tú no has visto nada. ¿De acuerdo?

--Sí, mi brigada (o "sí, mi sargento").

Y tiraban por encima de la tapia una bolsa con, supongo, latas de conserva, patatas o cualquier otra cosa que no podían sacar por la puerta principal. Afuera siempre había alguien esperando para recoger el envío.

Y ahí es donde un día, uno de los soldados, que había sido testigo de varios de aquellos envíos aéreos, dijo:

--Ya tengo mis dudas. No estoy seguro de si en el letrero de la puerta pone "Todo por la Patria" o "Todo por la tapia".

Los primeros días de cuartel fueron duros. Otro afeitado de cabeza. Por suerte esta vez no hubo zotal como en la prisión de Carabanchel, sólo una ducha. Nos dieron un uniforme y unas botas, que a unos les estaban grandes y a otros no les entraban en

los pies. Hacíamos intercambios en el patio hasta encontrar algo que más o menos tuviera nuestra medida. El día que nos dieron nuestra primera hora de paseo, cuando me vi reflejado en la luna de un escaparate, me costó un gran esfuerzo reconocerme, no sabía si reírme o echarme a llorar. Estoy plenamente convencido de que el afeitado de cabeza y lo ridículo del uniforme tenían como único objetivo hacernos un lavado de cerebro, para borrar nuestra personalidad y el resto que nos pudiera quedar de ideología antifranquista, al mismo tiempo que nos preparaban para la humillación con los gritos de los mandos. Si no era suficiente el grito usaban como elemento de persuasión la bofetada sonora, tremenda, mucho más humillante que los

gritos. Una de las cosas que más me asombraban era la habilidad que tenían los sargentos para meter el brazo en la formación y colocar aquella bofetada sonora en la cara de alguno que estaba en la fila de atrás. Pero es justo reconocer que los oficiales también gozaban de un gran sentido del humor, particularmente los sargentos. Apenas llegamos al cuartel y una vez que nos habían afeitado la cabeza y nos habían puesto aquel uniforme ridículo, nos formaron en el patio; un sargento, acompañado del cabo primero, decía:

--Los que sepan conducir que den un paso al frente.

Y unos cuantos daban ese paso al frente. El sargento seguía:

--Los que manejen la pluma, un paso al frente.

Y otros cuantos que daban ese paso al frente.

--Muy bien, los que saben conducir a este lado y los que manejan bien la pluma a este otro lado. Los demás rompan filas.

Rompíamos filas. A los que sabían conducir les daban una carretilla y una pala para que cargaran tierra o los excrementos de los caballos que había en el suelo de las cuadras. A los que manejaban bien la pluma, una escoba para limpiar los retretes; pero antes de darles la carretilla o la escoba, para que la broma fuese más graciosa, les daban una pinza de tender la ropa y les decían:

--Esto para que lo uséis mientras estáis conduciendo o mientras escribís.

La humillación en el ejército siempre está latente. La humillación en el ejército nace de algunos mandos, generalmente de los de menor graduación, y se transmite a los soldados veteranos, que la ejercen con los reclutas que cada año se van incorporando a cumplir con sus servicios a la patria. La maldad, al igual que la viruela y el sarampión, es contagiosa. En los cuarteles son muchos los que se contagian de esa maldad. O tal vez la llevan dentro y se les despierta para practicarla con los más débiles o los más ignorantes; se llaman novatadas a un sinfín de crueldades.

A las tres y media de la noche, cuando los quintos estaban descansando de todo el esfuerzo que había supuesto la instrucción y todo el inútil quehacer cuartelero, un grupo de veteranos, uno de ellos disfrazado de sargento, iban despertando uno a uno a los quintos, al tiempo que les decían:

--Vamos, muchacho, que son las tres y media, a mear.

--Es que no tengo ganas.

--¡Vamos, vamos, a mear! ¡Son órdenes del coronel!

Y con un frío de cero grados, se les sacaba al patio en calzoncillos, se les hacía mear en formación y después se les llevaba de nuevo a la cama. Otra de las bromas consistía en hacer con una caja de cartón y unas maderas una especie de cámara fotográfica, parecida a la que usaban los fotógrafos en aquel entonces en las plazas y en los parques. Uno de los veteranos se disfrazaba con un guardapolvos oscuro y otros se ponían en el gorro galones de sargento o estrellas de teniente. Y con la "cámara" instalada se iba despertando a los quintos. Se les buscaban las poses más ridículas, les hacían sonreír y apretando una pera de goma que iba instalada en la caja, en cuyo frente

había un tubo de cartón de los rollos de papel higiénico, les hacían las fotos para "el carnet de permisos". Tanto la caja como el tubo de cartón y las patas de madera que hacían de trípode estaban pintadas de color marrón y el que se hacía pasar por el fotógrafo imitaba a los de los parques, tapándose la

cabeza con un trapo negro. Había una novatada o una broma que era de una tremenda crueldad. Era la que se les hacía a los que durmiendo se les manifestaba, ¡vaya usted a saber por qué extraño soñar!, un estado de erección. A éstos les ataban en el miembro el extremo de una cuerda y el otro extremo lo ataban a una pata de hierro de las que servían de soporte para sujetar las tablas y la colchoneta, luego le metían entre los dedos de los pies un papel de fumar y le prendían fuego con una cerilla. Al llegar el fuego a los dedos los infortunados trataban de saltar de la cama, entonces, la cuerda que unía el miembro en erección al hierro se encargaba de producir el, me imagino, terrible dolor.

Este tipo de bromas las había padecido yo hacía años durante mi época de aprendiz en Boetticher y Navarro.

En mi primer año como aprendiz en Boetticher y Navarro me cogieron entre varios individuos del taller y a los gritos de "¡Vamos a salársela!" me sujetaron fuertemente, me tumbaron en el suelo, me desabrocharon la bragueta al tiempo que lanzaban sonoras carcajadas, y mientras unos me sujetaban, otro mantenía abierta mi bragueta; por ahí me echaron azufre, aceite, escupitajos, serrín, petróleo, tierra y todas cuantas porquerías tenían a mano. Después me soltaron, sin parar de reír. Esta imagen tan humillante, aún, a pesar del tiempo transcurrido, no la he podido borrar de mi memoria. Lo peor de todo es que me hicieron vengativo y a cada uno de ellos les respondí, sin ningún remordimiento, con tremendas crueldades, con el deseo de que muriesen todos a mis manos.

A uno de ellos, que tenía por costumbre dormir la siesta sentado en una silla, le colocaba azufre en polvo cerca de los pies y le prendía fuego con una cerilla. Las emanaciones del azufre le levantaban unos dolores de cabeza terribles y cuando lo comentaba, para mí era un placer escucharle. Otro de los que habían participado en la broma, apodado Caraolla, al terminar la jornada de trabajo tenía la costumbre de lavarse las manos en un cubo lleno de agua. A ése le puse debajo del cubo un cable eléctrico pelado y cuando metió las manos para lavárselas recibió tal descarga que estuvo a punto de morir como los condenados a la silla eléctrica. A otros les metía en el bocadillo que llevaban para comer a media mañana un buen puñado de pimienta picante que previamente había preparado en mi casa, moliendo unas guindillas que nos mandaban unos parientes de Jaén. A todos ellos les llegó mi venganza.

A uno de los encargados, el señor Eugenio, que como era costumbre en aquella época disfrutaba dándome pescozones o capones cuando no acertaba a darle la herramienta que me había pedido, le hice verdaderas perrerías; a ése que cuando entraba al trabajo se descalzaba y muy ordenadamente dejaba los zapatos en un rincón de la nave donde el piso era de madera, se los clavé con clavos de cinco centímetros de largo. No se pueden imaginar el cabreo que le entró a la hora de intentar calzarse. Por muchos esfuerzos que hacía no era capaz de arrancar los zapatos del suelo. Lo mismo que hacían otros, él tenía la costumbre de dar una cabezada después de comer hasta la hora de comenzar el trabajo de la tarde. Usaba boina. Yo, muy sigilosamente le ataba una cuerda al rabo de la boina, el otro extremo de la cuerda lo ataba a una de las poleas que se paralizaban durante la hora de la comida. Cuando dos minutos antes de comenzar la jornada de la tarde, el trabajador que ponía en marcha las

poleas que movían toda la maquinaria subía el interruptor, la boina le salía disparada de la cabeza y era de lo más divertido seguir su recorrido por todas las poleas

que movían las máquinas. Pero ese tipo de venganzas se quedaron en mis años de aprendizaje. En el cuartel me limité a tomar parte en las bromas que no fuesen ni agresivas ni humillantes. De siempre he tenido un gran respeto por la gente ignorante, por los que por su condición humilde no han tenido acceso a la cultura. Una de las cosas que más satisfacción me dio durante la guerra fue enseñar a leer y a escribir a los analfabetos. De ahí que nunca fuese partidario de ninguna de las bromas cuarteleras si éstas suponían una humillación hacia el muchacho recién llegado del pueblo. Tan sólo intervine en un par de ellas y lo hice porque me brindaban la oportunidad de crear un personaje y probar mis cualidades de actor.

Durante la guerra teníamos en la compañía un cuadro artístico y me gustaba aquello. Tal vez porque ya intuía mi vocación como actor. La primera actuación la hice en un burdel regentado por una mujer a la que llamaban La Patata.

El burdel de La Patata

Fue al principio de incorporarnos al servicio militar. Me vestí con aquel uniforme tan ridículo que nos habían dado y que unido a la cabeza rapada nos daba un aspecto deplorable. Nos pusimos de acuerdo varios amigos, preparamos todo con mucho cuidado. Me pusieron unas gafas de miope y debajo del brazo un paquete con ropa sucia. Al atardecer nos fuimos al burdel de La Patata, mis compañeros llamaron a la puerta, les abrieron y entraron. Tal como habíamos acordado, yo me quedé fuera. Al poco tiempo se abrió la puerta del burdel y apareció La Patata en persona y con ella algunos de mis compañeros. La Patata me cogió de un brazo al tiempo que me decía:

--Vamos, entra. No te quedes ahí. Hace mucho frío.

Y verdaderamente lo hacía, los burdeles estaban al pie de la muralla, junto al río.

Yo me resistía. Y poniendo voz de retrasado mental, le mostré el paquete de ropa sucia que llevaba bajo el brazo y dije:

--¿Es verdad que aquí lavan ustedes ropa?

La Patata sonrió:

--Claro que lavamos ropa, hijo. Aquí lavamos todo. ¿Cómo te llamas?

Y con la misma voz de retrasado mental que al principio, dije:

--Manolín.

--¡Manolín! Pero entra, te vas a enfriar.

Y entré. En un salón con un banco de madera en todo su alrededor estaban las mujeres del prostíbulo. Me senté y con la mirada baja comencé a morderme las uñas. Mis compañeros me daban en la mano, al tiempo que decían: "¿Quieres dejar de morderte las uñas¿"

Estaba todo preparado. Cuando ellos entraron y mientras yo me quedaba fuera esperando, habían preparado el terreno. Habían dicho:

--Hemos traído con nosotros a un quinto medio gilipollas. Le hemos dicho que en esta casa lavan ropa. Tiene mucho dinero. Le mandan giros de su casa cada mes, pero todo se lo gasta en bocadillos y en pasteles.

De esta manera, cuando yo entré, ya me tenían hecha la ficha: "Un quinto medio gilipollas que recibe muchos giros y todo se lo gasta en bocadillos y en pasteles".

La Patata me soltó a bocajarro:

--¿Nunca te has acostado con una mujer?

--No, señora.

--¿Y te gustaría?

--Pues no lo sé, señora.

Lo de "señora" les divertía mucho a las mujeres del prostíbulo.

--¿Te gusta alguna de las que hay aquí?

Miré por encima de las gafas y como si me muriese de vergüenza señalé a una que estaba enfrente de mí.

--La de colorao.

Hubo una carcajada colectiva.

--Esperanza, le gusta Esperanza.

Y Esperanza se acercó hasta mí, me cogió de un brazo y me dijo:

--Vamos.

La seguí por una escalera, llegamos a la habitación, mientras se desnudaba señaló hacia un bidé que había en un rincón y me dijo:

--Lávate.

--Si nos hemos duchado ayer.

Se desconcertó.

--¿Y eso qué tiene que ver?

--Que estoy limpio.

--Digo que te laves el pito.

Y se metió en la cama. Yo me lavé el pito.

--Vamos, ¿qué esperas?

Dije:

--Es que yo no he ido nunca con ninguna mujer y no sé si voy a saber.

--Ven que yo te enseñaré. Métete en la cama.

Ya iba a meterme en la cama sin quitarme el pantalón.

--Quítate el pantalón.

En aquella época los soldados llevábamos un pantalón que terminaba en forma de polaina llena de botones. Me los desabroché y cuando me iba a meter en la cama, me dijo:

--Quítate las gafas.

--Es que si me las quito, luego no veo para abrocharme los botones.

Esperanza empezaba a impacientarse con tanta torpeza.

--Bueno, es igual, no es necesario que te quites los pantalones, te los bajas y ya está.

Me bajé los pantalones, me acosté sobre ella, abrí las piernas hasta donde me lo permitía el pantalón a medio quitar y puse una pierna a cada lado de su cuerpo, como si Esperanza fuese una bicicleta. Me dijo:

--No, rey, no es así, la que tiene que abrir las piernas soy yo. Tú te tienes que colocar entre mis piernas.

Le dije:

--Mire señora, me lo he pensado mejor, le doy estas ciento cincuenta pesetas que tengo, pero no me quiero acostar con usted porque mi novia es muy celosa y si se entera de que me he acostado con una mujer, me deja.

Me miró. Noté que estaba entre morirse de risa o compadecerme.

--Está bien, Manolín, como tú digas, pero no me tienes que dar nada.

Se vistió.

--Lo que le pido es que no comente nada de esto con mis compañeros, se reirían de mí.

--No, no les comentaré nada. Al revés.

Estuvimos charlando algunos minutos, mientras se vestía me fue enseñando fotos y estampas que tenía colocadas en un espejo.

--éste es mi novio, ésta es mi hija, que vive con mis padres en Cuenca, ésta es la Virgen del Carmen, que le tengo mucha devoción. Y éste es San José, que también le tengo devoción. éstos son mis padres, que son los que me cuidan a mi hija.

Y así, con su comentarme quién era cada cual pasaron unos veinte minutos. Bajamos. En el salón se formó una algarabía.

--Bien, Manolín. ¡Bravo, Manolín!

Y preguntaron a Esperanza:

--¿Qué tal?

--Una fiera.

Creció la algarabía. Cuando nos fuimos, La Patata me despidió en la puerta.

--Ven cuando quieras, Manolín. ésta es tu casa.

--Sí, señora. Muchas gracias, señora.

Antes de cerrar la puerta la oí decir:

--Pobre. Me llama señora.

Fue una actuación la mía digna de un actor de primera. Y más porque mis compañeros creyeron que yo había hecho el amor y Esperanza no me había cobrado nada por ello. Me hice el tonto. Aunque durante la noche y recordando a Esperanza, no pude evitar masturbarme.

La segunda vez que participé en una broma fue en el cuartel. En aquella broma, yo era ya el chófer del coronel.

Piojosos y sarnosos

Había un lugar destinado a los que tenían piojos o sarna. Como el día del burdel de La Patata, me puse unas gafas de miope que me prestaron; uno de mis compañeros, que tenía el mismo apellido que la mujer de Juan Ramón Jiménez, Camprubí, pero que en lugar de llamarse Zenobia se llamaba Francisco, Paco para los amigos, catalán, que lucía bigote y que pertenecía a la quinta del 39, ya con su veteranía, se puso una bata blanca como si fuese un teniente médico, me llevó hasta la sala donde se amontonaban los piojosos, los que tenían sarna o ladillas. Me vistieron de recluta. Yo llevaba aparte de las gafas y cara de imbécil, una pesada plancha de aquellas antiguas de carbón y en la otra mano una jaula sin nada dentro. El Camprubí me llevó hasta la sala y me metió en ella. Yo caminaba entre aquella gente que estaba tirada por el suelo sin fijarme en nada, tan sólo pendiente de la jaula y la plancha, intentando guardar el equilibrio y tropezando con unos y otros.

--¿Qué te pasa? ¿Estás ciego?

--¿Será gilipollas? ¡Pues no me ha pisao...!

Yo pedía perdón al tiempo que dejaba caer la plancha.

--¡Pero coño! ¡Que nos va a matar este gilipollas! ¿Será cabrón?

Recogía la plancha y dejaba caer la jaula.

--¡La madre que lo parió! Ahora la jaula. ¿Pero cómo se puede venir a la mili con una jaula? ¿Será gilipollas?

Así estuve durante algún tiempo, hasta que el Camprubí fue a buscarme.

--Vamos, Gila, fuera, que ya te han dado el alta.

Para aquella gente mi marcha fue una liberación.

Las bromas en este nuestro país, tienen en casi todas las ocasiones una gran maldad. Y si no, lean:

Un grupo de amigos tenían la costumbre de reunirse en la casa de uno de ellos a jugar al dominó; Mariano que no participaba en la partida se quedó dormido. Apagaron todas las luces y siguieron poniendo fichas sobre la mesa mientras decían: "A blancas y cincos", "El cinco seis", "El seis doble y cierro", al tiempo que hablaban golpeaban con fuerza las fichas sobre la mesa. Mariano se despertó y como oía hablar y seguir con el juego, preguntó:

--¿Qué pasa?

--¿Qué pasa, dónde?

--Aquí. No veo nada.

--No jodas. ¿Cómo no vas a ver?

--Que no veo, coño, que no veo.

--Pero, ¿cómo que no ves?

--Como que no veo nada. ¡Me cago en mi padre, me he quedado ciego!

Y gritaba desesperadamente:

--¡Me he quedado ciego! ¡Me he quedado ciego!

Encendieron la luz y se mataron de risa, pero el susto que se llevó Mariano le tuvo al borde del infarto.

Otra broma, famosa en la España de la posguerra, fue la de la guindilla. Una noche, un grupo de amigos salieron de un cabaret, uno de ellos cogió una gran borrachera. Los amigos, en lugar de llevarle a su casa, le llevaron a uno de aquellos pisos donde se concertaban citas y que estaban al cuidado de una señora, propietaria del piso. Metieron al borracho en una habitación, le desnudaron y después de untarle con una guindilla en el culo, le dieron a la dueña del piso trescientas pesetas y dejaron sobre la mesilla de noche un billete de cien pesetas. Le dieron las instrucciones a la dueña:

--Cuando se despierte, dígale que anoche vino con un señor de pelo canoso, con gafas, que estuvo dos horas y que después de pagar la habitación se fue, y que encima de la mesilla le dejó este billete de veinte duros para él.

A la mañana siguiente, el individuo se despertó con gran escozor en el culo. Miró a su alrededor y no reconocía el lugar. Se levantó, abrió la puerta y gritó:

--¿Dónde estoy?

Apareció la dueña de la casa de citas.

--Anoche vino usted con un hombre de unos cincuenta años, canoso, con gafas. Estuvo aquí dos horas con usted y luego se marchó. Ahí en la mesilla le ha dejado un billete de cien pesetas para usted.

Al día siguiente los amigos lo encuentran en la tertulia y le preguntan:

--¿Dónde te metiste anoche? Estábamos en el cabaret y te fuiste con un señor de pelo canoso con gafas.

Pueden imaginar la situación del individuo. Despertarse en una casa de citas, desnudo, con aquel picor en el culo, le hizo sospechar que con su gran borrachera, alguien, un maricón, había aprovechado la circunstancia y se lo había llevado a aquella casa de citas, donde lo había violado, porque aquel picor en el culo no era normal. Le tuvieron intrigado durante varios días y cuentan que cada vez que veía a un hombre de pelo canoso con gafas lo miraba con recelo, pensando si habría sido ése el violador. Por supuesto que él no contó nada a los amigos, se inventó una excusa:

--Sí. Es que me encontré con un amigo del barrio y seguimos la juerga hasta que amaneció.

Cuando le contaron la verdad, lo de la guindilla en el culo y lo de la casa de citas, los hubiera matado uno a uno.

Este nuestro país ha sido siempre el país del humor negro, tal como lo demuestran ese tipo de bromas.

Mis abuelos tenían en la cocina de la buhardilla una estufa hecha con un bidón grande que funcionaba con serrín. Como mi abuelo hacía unos meses que estaba enfermo y no trabajaba y en la casa el único hombre que había era yo, al tener que estar cumpliendo con el servicio militar me era imposible ayudarles. El único que disponía de serrín para la estufa era mi tío Mariano, que era dueño de un gran taller de carpintería en Tetuán de las Victorias. Mi abuelo, que había cumplido con creces los setenta años y con una bronquitis crónica, era el encargado de subir a buscar el serrín con un carrito de mano. A mi tío Mariano nunca se le ocurrió pensar en el esfuerzo que suponía para su padre subir a buscar el serrín desde Zurbano hasta Tetuán, o si lo pensó le debió de importar un carajo. Mi abuelo, hombre muy trabajado, cayó enfermo. Recibí un telegrama en el cuartel en el que me comunicaban que me pusiera en camino, que mi abuelo estaba muy grave. Me dieron cuatro días de permiso.

Cuando llegué a mi casa, mi abuelo estaba a punto de morir. Me senté en la cama junto a él, me apretó las manos con fuerza, como si me quisiera transmitir la energía que él estaba por perder y me pidió que hiciera compañía a mi abuela. Apenas hacía un par de horas de mi llegada, cuando se presentó la mujer de mi tío Mariano, traía con ella una fuente tapada. Entró en la casa y dijo:

--Le traigo al abuelo una merluza hervida y algo de fruta.

Me acordé de los viajes de mi abuelo con el carrito a buscar el serrín y recordé que durante mi ausencia nunca se habían acercado a saber si mis abuelos necesitaban algo. Me incorporé, y le dije a mi tía, la gallega, la que estaba casada con mi tío Mariano.

--Demasiado tarde. La ayuda la necesitaban antes, durante todo el tiempo que yo no lo pude hacer, ahora ya es demasiado tarde, así que puede meterse la merluza en el culo.

Se fue con su merluza. Dos horas más tarde se presentó el marido, mi tío Mariano. Se encaró conmigo y me dijo:

--Tú eres un chulo mal nacido que estás viviendo en esta casa por caridad.

Pensando en mi abuelo que podía escucharnos, dije:

--Vamos fuera y repítame lo que me acaba de decir.

Y salimos fuera, al pasillo.

--Ahora, aquí, repítame lo que me ha dicho.

--Te lo repito. Eres un chulo mal nacido que...

Mi tío Mariano era un hombre de gran estatura y fuerte pero yo, a mis veintidós años, podía derribar una mula de un puñetazo, se lo di a él en el mentón y cayó redondo, sin conocimiento.

Salieron los vecinos. En el pasillo se armó un verdadero alboroto. La gallega gritaba:

--¡Asesino! ¡Asesino! ¡Ha matado a mi marido!

Lo ocurrido le llegó a mi abuelo y me pidió por favor que saliera de la casa hasta que la cosa se calmara. Le obedecí y me fui a dar un paseo. Volví un poco antes que amaneciera. Mi abuelo seguía grave, agonizaba. Murió.

Como el día que terminaba mi permiso era fiesta por ser el 1 de enero, retrasé mi incorporación para hacer un día más de compañía a mi abuela. Me presenté el día 2. El sargento Camba, un repugnante enano con galones, apenas me vio entrar en el cuartel, me ordenó que me fuera al calabozo. No era mi intención desobedecer sus órdenes, pero antes de ir al calabozo, quise subir a la compañía a dejar la maleta, aquella

maleta de madera que mi abuelo me había hecho con tanto cariño. Apenas había dado unos pasos cuando me sujetó por el hombro, al tiempo que gritaba:

--¿No te he dicho que vayas al calabozo?

--Sí, mi sargento, voy a dejar la maleta y después me iré al calabozo.

Me cogió por un hombro, me zarandeó y me gritó de nuevo:

--¡Si yo digo al calabozo, es al calabozo!

Y me cogió de la chaqueta tirando de mí, al tiempo que me arrancaba la maleta de la mano. No me pude contener, de lo más profundo de mí surgió la rebelión contra aquella agresión, que significaba una humillación más que se sumaba a las que venía padeciendo desde que había sido prisionero de los moros. Le eché las manos al cuello, lo derribé y con el odio que tenía acumulado, mezclado con el dolor por la muerte reciente de mi abuelo, lo sujeté con una mano en el cuello y la otra en la nuca y le metí la cabeza en una de las muchas escupideras de madera con serrín que había en el suelo, y ahí se la estuve restregando hasta que mis compañeros pudieron sujetarme. Tal vez de manera inconsciente, se estaba reencarnando en mí la historia de mi padre cuando tiró al sargento por las escaleras del Cuartel de la Montaña. Tuve suerte. El alférez que estaba de guardia ese día, aparte de ser un hombre de carrera, era una gran persona y se limitó a considerar mi reacción consecuencia de

venir de enterrar a un ser querido. No obstante, me clavaron un mes de calabozo, lugar que visitaría después en muchas otras ocasiones.

En el mes de calabozo iban incluidos trabajos forzados durante la mañana y la tarde, como tirar del rodillo de piedra para allanar el campo de baloncesto, que era de tierra. El rodillo de piedra era pesado y se necesitaba un gran esfuerzo para moverlo; pero mi orgullo aumentaba mis fuerzas y cuando el sargento levantaba la vista de una enciclopedia de segundo grado, con la que aquel sargento de cuchara, imagino, trataba de convertirse en un hombre culto, yo movía aquel rodillo con una sola mano, como si fuese un chico tirando de un camioncito de juguete; esto al sargento le ponía muy furioso, lo notaba en su mirada. También, como castigo, tenía que limpiar las cuadras y cepillar las caballerías, con el riesgo que supone si se desconoce el comportamiento de estos animales. Había en la cuadra del cuartel una mula a la que llamaban Guillermina y a la que todos le teníamos terror por sus coces y sus mordiscos. El único que la podía manejar era un gitano de nombre Emilio, a quien

llamábamos Chocolate. Otro de los trabajos forzados consistía en cavar hoyos profundos para plantar árboles. El sargento Camba me vigilaba, al tiempo que leía su enciclopedia. Entró un coronel, el sargento se cuadró, hizo el saludo militar, el coronel me vio picando y preguntó:

--¿Qué hace este soldado?

Y el sargento sin ningún pudor y a pesar de tener la enciclopedia en la mano, contestó a la pregunta:

--Está haciendo hoyos de un metro cúbico de hondos.

Y se quedó tan fresco.

Había, aparte de este repugnante sargento Camba, un capitán, cuyo nombre por fortuna he olvidado, que estaba empeñado en ascenderme a cabo y que dedicaba horas a intentar convencerme de que mi futuro estaba en la carrera militar. Después de varias conversaciones, le dije:

--Mi capitán, le agradezco su interés por mí, pero yo amo mi profesión de mecánico y quiero seguirla cuando me licencien.

él insistía en que yo podía llegar a ser un gran militar y prestar grandes servicios a la patria. Le dije:

--Mi capitán, yo creo que hay muchachos que viven en pueblos donde la vida es muy dura y estoy seguro de que cualquiera de estos muchachos sería muy feliz con la proposición que usted me hace a mí.

¡En qué hora le dije aquello! Debió tomarlo como un insulto al ejército.

A partir de entonces me tomó un odio mortal, buscaba cualquier ocasión para castigarme o humillarme. Bastaba un botón mal abrochado o poco brillo en la hebilla del cinturón o en las botas para que me prohibiera el paseo.

Y un día, me preparó lo que él pensaba que iba a ser el castigo más grande de todos.

Había un boxeador en el cuartel, un gran muchacho alicantino, de apellido Rodas, que se estaba preparando para un combate con un boxeador de otro regimiento.

El capitán me mandó llamar y con una sonrisa, me miró y me dijo:

--Veo que eres un muchacho fuerte. Te voy a dar una misión. ¿Conoces a Rodas, nuestro boxeador?

--Sí, mi capitán.

--Bueno, pues te nombro su sparring. Mañana a las nueve de la mañana en el gimnasio.

--Sí mi capitán, como usted mande.

--Te puedes retirar.

--¡A sus órdenes, mi capitán!

Yo tenía algunas nociones de boxeo, porque de chico lo practicábamos en uno de los muchos solares que había en mi barrio, pero eso no era suficiente para enfrentarme a un profesional. Tenía una sola cosa a mi favor, mi físico. El haber manejado camiones de diez o quince toneladas, la carga y descarga de munición, la tala de árboles y mis veinte años me habían dotado de unos brazos fuertes, un tórax amplio y anchos dorsales. No es que fuese un gladiador romano, pero estas cualidades físicas y algún conocimiento que tenía del pugilismo me dieron ánimos para enfrentarme como sparring a un boxeador que tampoco era El bombardero de Detroit.

Y empezamos el primer entrenamiento. Pensé que sería un entrenamiento normal, pero observé que Rodas me golpeaba como si en ello le fuera la vida o estuviera peleando por el campeonato mundial. El capitán sonreía y hasta disfrutaba cada vez que Rodas me golpeaba. No sé por qué intuí que detrás de esos golpes había un deseo morboso en el capitán de que yo recibiera un castigo por mi negativa a seguir la carrera militar. Recordé que en el boxeo, cuando uno de los púgiles lanzaba un directo, el contrario, haciendo un juego de cintura, agachaba el cuerpo y el directo se perdía en el vacío. Nada mejor que amagar el directo y lanzarlo abajo, al vacío. ¡Mano santa! Amagué con la mano izquierda, metí la derecha abajo, donde suponía pondría su cara en la esquiva, fue un golpe corto y seco, le alcancé en el mentón y Rodas cayó al suelo en un knock out del que no se levantó hasta pasados un par de minutos. Al capitán se le cambió el color de la cara, dio media vuelta y abandonó el

gimnasio. Días después, el propio Rodas confirmó mis sospechas. Me confesó que había recibido órdenes del capitán de que me golpeara sin piedad. Le pedí disculpas por mi golpe. A partir de ese día fuimos grandes amigos y me convertí en su sparring, pero sin ningún tipo de violencia, sólo la que se necesitaba para su preparación de cara a futuros combates.

Años más tarde, estando trabajando en el club Castelló, el portero entró para anunciarme que había un capitán que quería saludarme y me dio el nombre que, como digo, afortunadamente he olvidado. Le dije al portero:

--Dígale que yo no le quiero saludar.

El portero, tratándose de un militar, se quedó dudando unos instantes, pero como vio que se lo decía en serio, salió y se lo dijo. Nunca más volvió a aparecer.

Para los que habíamos hecho la guerra, el tener que hacer la instrucción, manejando el fusil de manera totalmente distinta a la que nos habían enseñado en el ejército o en las milicias de la República, resultaba muy complicado. Y lo peor vino cuando tuvimos que jurar bandera. Estuve a punto de decir que yo ya había jurado una, pero mi amigo Casillas, que como yo había sido voluntario en el 5º Regimiento de Líster, me aconsejó que no dijera nada. Así lo hice.

Fueron semanas muy duras, las primeras vividas bajo las órdenes de unos militares que nos seguían considerando comunistas, rojos.

Aprovechando que jugaba bien al fútbol, intenté ingresar en el equipo del regimiento, pero había en él jugadores de primera, algunos de ellos, o casi todos, profesionales, y no me aceptaron. Algo tenía que hacer para evadirme de los servicios de cocina, guardia y demás obligaciones cuarteleras, como limpiar los retretes o cepillar a los mulos. Afortunadamente, aparte de jugar al fútbol, era buen nadador y una de las misiones que teníamos los que nadábamos bien era llevar al río a los reclutas que no sabían nadar y enseñarles. Una vez en el río, los tirábamos de un empujón y si no flotaban, había que sacarlos antes de que se ahogaran. Cosa nada fácil en el río Duero, de aguas turbias color marrón.

Decían que alguien había tirado al fondo del río, en aquellas aguas turbias, la cabeza de una estatua de Calvo Sotelo y que al que la encontrara le daban quince mil pesetas. Para poder llegar hasta lo más profundo del río en busca de aquella cabeza, nos lanzábamos al agua desde el puente por el que pasaba el ferrocarril, a una altura de aproximadamente veinte metros, una altura peligrosa, pero si encontrábamos la cabeza valía la pena correr el riesgo; nunca ninguno dimos con ella, supongo que estaría clavada en el barro o que tal vez las corrientes del río se la habrían llevado hasta Portugal.

En ese tirar y sacar del agua a los que no sabían nadar, el alférez que tenía a su cargo el equipo de natación vio en mí cualidades para entrar en el equipo, le expliqué que a mí lo que mejor se me daba eran los saltos de trampolín, que de chico había aprendido con Mariano García de Lapuerta. Fuimos a Valladolid, a la piscina Samoa, y me estuve entrenando varios días. Dentro del campeonato había tres saltos obligatorios, el ángel, la carpa y el tirabuzón, pero estos tres saltos, que yo dominaba a la perfección puntuaban muy poco, por lo que el alférez me incitó a practicar saltos más complicados, como el puntapié a la luna con medio tirabuzón, el ángel de espaldas con doble mortal y otros muchos que ahora mismo no recuerdo. Los saltos se hacían desde la palanca de seis metros o desde el trampolín de diez metros. Durante los entrenamientos, cuando ensayaba un nuevo salto, a veces caía de espaldas golpeándome con el agua en los riñones; tenía el cuerpo amoratado. El alférez me

dio la solución: durante los siguientes entrenamientos hice todos los saltos con un jersey de lana gruesa y un calzoncillo largo, eso amortiguaba los golpes. Al final, logré realizar los saltos más difíciles, que eran los que más puntuaban. En la competición participaban los regimientos de Castilla y León, Valladolid, Zamora, Toledo, Segovia y Salamanca. Gané el campeonato en esa modalidad. También competí en la prueba de fondo, la de los tres mil metros, y aunque no quedé campeón, hice un buen papel. También pertenecía al equipo de natación mi amigo Camprubí, que era un gran estilista.

Para la prueba de braza el alférez había elegido a un zoquete que apenas sabía nadar, pero que tenía unas manos como dos palas y en cada brazada avanzaba cuatro metros, pero si mientras nadaba se le pegaba al cuerpo alguna hoja de los árboles que

rodeaban la piscina, dejaba de nadar para quitársela de encima. Entonces el alférez le gritaba desde la orilla:

--¡Vamos, vamos! ¡No te entretengas!

El cateto aquel, que no oía nada, se hurgaba el oído con el dedo meñique y preguntaba:

--¿Qué dice, mi alférez?

--¡Que dejes las hojas en paz y que nades, coño!

--Sí, señor. ¡A sus órdenes!

Y el cateto metía las manos como si fueran dos palas, daba cuatro brazadas y ya estaba a la altura de los primeros. Pero si volvía a tocarle una hoja, no lo podía superar, dejaba de nadar para quitarse la hoja de encima.

Al alférez se lo llevaban los demonios.

Durante los entrenamientos esto no tenía mucha importancia, lo malo fue que hizo lo mismo el día del campeonato y por su culpa perdimos la prueba de relevos.

Había otra prueba, más dura que ninguna. Tirarse a la piscina y cruzarla a nado llevando puesto el uniforme, el correaje con las tres cartucheras llenas de balas, el casco y el fusil. A algunos había que sacarlos cuando estaban a punto de ahogarse con toda aquella parafernalia, que pesaba muchos kilos. Yo pasé aquella prueba con una muy buena puntuación.

Esto que estoy contando no tiene otra finalidad que justificar a lo que se puede llegar, con tal de no cumplir con las tareas humillantes a que éramos sometidos los jóvenes en los cuarteles en aquel entonces. Es posible que se tratara de un castigo, por haber luchado contra las tropas nacionales, lo que puedo asegurar es que la tarea a cumplir, fuese cual fuese, era ordenada a gritos o con bofetadas o con castigos. De ahí que yo buscara cualquier medio para dejar de ser un simple soldado raso de "zona liberada".

Pero se acabaron los campeonatos y otra vez me tuve que incorporar a la dura y humillante tarea cuartelaria.

De nuevo la guardia, la cocina, la imaginaria, a limpiar los retretes, a cepillar los mulos.

Y "¡A sus órdenes!" y "Sí, mi comandante" y "Sí, mi teniente" y "Sí, mi sargento".

Y cuando menos lo esperaba, me llegó la suerte. Sólo unas semanas después de mi incorporación a filas, estaba a punto de licenciarse la quinta del 37. Yo había hecho amistad con el chófer del coronel, que se llamaba de apellido Monedero, que pertenecía a la quinta del 37 y que era, como yo, de Madrid. Le había ayudado varias veces en trabajos mecánicos. El haber manejado durante la guerra camiones y mi profesión de mecánico me dieron la oportunidad de prestarle esa ayuda, al tiempo que me brindaron la posibilidad de marginarme de la repugnante rutina cuartelera. Monedero, antes de licenciarse, habló con el coronel Ferrero y, con gran disgusto por parte del capitán que a toda costa quería hacer de mí un militar de carrera, ocupé el puesto que dejaba vacante mi amigo Monedero.

Ser chófer del coronel me daba ciertos privilegios que no tenían otros soldados. En primer lugar, mi uniforme era distinto. Traje azul marino y gorra de plato con insignia y barbuquejo plateado. En las horas del paseo, yo era, comparado con el resto de la tropa, un almirante de Marina. Por otra parte, el coronel dio la orden de que no se me cortara el pelo al rape como era obligatorio. Mis conocimientos, tanto de conductor como de mecánico de profesión, motivaron que, aparte de hacerme cargo del Plymouth

Cuatro Carabelas del coronel, me hiciera cargo del mantenimiento, y a veces de la conducción, de alguno de los cinco camiones del parque móvil del regimiento y de una moto italiana, marca Benelli, de nueve caballos, con la que yo hacía de enlace en las maniobras, esos simulacros de guerra que se inventan en el ejército para justificar su existencia. Con aquella moto, por aquellas carreteras de tierra, tragando polvo, pasaba junto al coche del alto mando y me entregaban desde

la ventanilla un papel enrollado, que decían que eran las órdenes que debía entregar al mando de las tropas que "combatían en primera línea". No creo que exista nada más estúpido que unas maniobras. Recuerdo que cuando a mi amigo Miguel Boán le tocaba participar en alguna, apenas daban la orden para empezar el simulacro de un combate, se dejaba caer al suelo. Entonces uno de los mandos se acercaba hasta él y le gritaba:

--¿Qué coño hace usted, imbécil?

Y mi amigo Miguel con la mayor naturalidad del mundo decía:

--Es que me ha alcanzado una granada enemiga.

El teniente o el capitán, o lo que fuese el mando, decía:

--¡Qué granada ni qué hostias! ¡Levántese y avance como los demás!

Y mi amigo Miguel me decía:

--Pues vaya una guerra de mierda, que no hay heridos ni muertos ni nada.

A veces estaba debajo de un camión, reparando alguna avería, lleno de grasa hasta los pelos y me llegaba la orden de que era la hora de llevar al coronel Ferrero hasta su casa. El coronel vivía a menos de un kilómetro del cuartel; pero tenía que lavarme, ponerme el uniforme azul marino y la gorra para llevarle, regresar de nuevo y seguir reparando la avería.

Por las noches salíamos con los camiones a buscar alubias, llegábamos a los pueblos de Zamora o de León y de las casas del pueblo nos sacaban uno o dos sacos de alubias que cargábamos en el camión y así, de pueblo en pueblo y de casa en casa, llenábamos el vehículo hasta arriba y regresábamos al cuartel cuando empezaba a amanecer. Para dirigir esta operación venía al mando de los camiones un brigada aficionado a la caza; siempre viajaba conmigo en la cabina del camión. Al amanecer, cuando veníamos de regreso, el brigada preparaba su escopeta, siempre dentro de la cabina del camión. Su debilidad eran las avutardas, esa ave pesada y de vuelo corto. En la provincia de Zamora hay, o había en aquella época, muchas de ellas, lo que, como se dice ahora, para aquel brigada era una gozada.

Hacía unos instantes que había amanecido, una avutarda levantó el vuelo, el brigada intentó asomar la escopeta por la ventanilla y como la medida de la cabina no le permitía apoyar la culata de su escopeta en el hombro, se limitó a colocarla sobre el hombro, valga la redundancia. Apretó el gatillo o los gatillos y la avutarda salió ilesa, pero yo recibí un culatazo en plena mandíbula. No me desmayé, para que no dijera que era un maricón en lugar de un soldado hecho y derecho, pero perdí el control del camión, nos fuimos a la cuneta (a la mierda, diría yo), el camión volcó, los sacos de alubias se desparramaron por el campo y supongo que la avutarda desde el aire nos hizo una pedorreta. Con un frío de tres puñetas tuvimos que esperar a que otro de los camiones nos sacara de allí. No perdí la dentadura de milagro, pero me quedó la cara como la del anuncio de no sé qué pasta de dientes. Y yo recordaba lo que dijo aquel miliciano al que llevamos en el camión desde Sagunto hasta

cerca de Valencia, cuando el cerdo en las curvas le derribaba: "No me han matado en la guerra y este cabrón de brigada casi lo consigue".

En 1941 el Gobierno publicó un decreto por el cual se proclamaba de interés nacional la fabricación de gasógenos adaptables a vehículos de motor; y, por supuesto, los primeros gasógenos los destinaron al ejército.

Llegó al cuartel un individuo, no sé si ingeniero o no, que nos explicó el funcionamiento del gasógeno. La cosa no era muy complicada: el gasógeno, que iba adosado a un costado del camión, funcionaba como la estufa de la sala de espera de cualquier estación de pueblo, con papeles, trapos, leña y carbón. Nos explicó que había dos clases de gasógenos, los de tobera húmeda y los de tobera seca, los primeros necesitan agua y los segundos no.

El manejo de cualquiera de los dos gasógenos hacía que nuestro aspecto fuese el de un fogonero de un tren o el de un minero de una mina de carbón.

Y así, cuando estaba con la cara y las manos negras fue cuando me llegó la orden de que tenía que llevar al coronel a su casa, y otra vez a lavarme y a ponerme el uniforme y la gorra con insignia y barbuquejo plateado, para que el coronel no tuviera que caminar ese kilómetro escaso que había desde el cuartel hasta su casa.

Todos los días el recorrido era el mismo, del cuartel a su casa y vuelta al cuartel. Esto se repetía mes a mes y día a día.

Sabiendo que la cosa era así, tres amigos míos que estaban a punto de licenciarse, para no pasar por la puerta con el riesgo de que les cortaran el pelo que ya lo tenían crecidito, me pidieron que les sacara escondidos en el maletero del coche. Se llegaron hasta el garaje donde guardaba el coche y se metieron en el maletero. Les advertí que no hicieran ruido. Puse el coche en marcha y llegué hasta la puerta del cuartel, donde como era costumbre me esperaba el coronel. Apenas habría avanzado quinientos metros cuando el coronel se asomó por la ventanilla y dijo:

--¡Qué día tan hermoso, Vicente!

Porque ya me lo había advertido Monedero: "Te llamará Vicente. A mí me ha estado llamando Vicente año y medio".

Fue inútil que yo le repitiera docenas de veces que me llamaba Miguel. Y aunque me decía: "¡Ah, sí, es verdad, que te llamas Miguel!", a los cinco minutos volvía a llamarme Vicente. Como a mí me importaba tres carajos el ejército y el coronel, me daba lo mismo que me llamara Vicente que Manolo, Faustino, Alejandro o Indalecio.

--Sí, mi coronel, un día muy hermoso.

--Los campos deben estar preciosos. Se me está ocurriendo una cosa. Antes de llevarme a casa vamos a dar un paseo por el campo. ¡Hace tanto tiempo que no voy...!

--¿Y hacia dónde quiere que vayamos?

--Da lo mismo, Vicente, tú coge una carretera cualquiera y cuando lleguemos a un campo paras.

--Sí, mi coronel.

Y así lo hice.

--Por ahí, por ese camino, métete por ese camino, Vicente.

Y yo obedeciendo órdenes me metía por un camino de tierra y polvo.

--Para aquí.

Y paraba. El coronel se bajaba y como si estuviera contemplando un cuadro de Van Gogh, miraba hacia el horizonte.

Al rato decía:

--Bueno, vámonos.

Pero antes de llegar a Zamora veía otro camino y decía:

--Métete ahora por ese camino, que quiero ver cómo están los viñedos.

Y otro camino lleno de baches, tierra y polvo, y dentro del maletero mis tres amigos.

Estuvimos más de una hora recorriendo los campos. Yo estaba convencido de que cuando abriera el maletero me encontraría con tres cadáveres.

Cuando dejé al coronel en su casa, me metí en una calle solitaria. Abrí el maletero, y no estaban muertos, estaban irreconocibles, se les había mezclado el sudor con el polvo y más que soldados parecían estatuas. No hubieran durado media hora más.

Otra de las ventajas de ser el chófer del coronel era que no dormía en ninguna galería. Había en el centro del patio del cuartel un pequeño edificio que tenía ducha y cuarto de aseo, me asignaron un lugar para dormir y guardar mi ropa, ahí sí había camas; no sé por qué causa ese pequeño edificio se había librado del arresto que le había sido impuesto al regimiento por el asunto de la bandera. Ese lugar privilegiado era amplio y lo compartía con un escultor catalán llamado Celestino Roig Artigas, y con un gran pintor, de nombre Miguel Andrés y que firmaba sus cuadros con el nombre de Miguel Boán, ese que en las maniobras decía que había sido alcanzado por una granada enemiga y que ya he mencionado. La convivencia con ellos fue para mí algo fuera de serie. Miguel Boán me enseñó a dibujar retratos al carbón y me enseñó la mezcla de los colores. Miguel Boán era, sobre todas las cosas, un excelente retratista. Por descontado que todos los mandos del cuartel le usaban para que les

hiciera retratos al óleo de sus mujeres o de ellos mismos. Entre Miguel Boán y yo existió una amistad que duró muchísimos años. Miguel Boán, que acababa de perder a su padre, por el que sentía adoración, refugiaba su dolor en el vino y algunas noches, cuando ya todos dormían en el cuartel, le apetecía una jarra y me chantajeaba. Me decía:

--Si me consigues una jarra de vino, te hago un retrato de tu abuela.

--Pero Miguel, ¿sabes qué hora es?

--Yo sé que si tú te lo propones lo consigues.

Y yo me acercaba hasta la Intendencia y convencía al que estuviera de guardia para que me diera una jarra de vino. Miguel cumplía con su palabra y me hizo un retrato al óleo de mi abuela, de una foto que yo tenía. Aún está en mi casa ese retrato y un par de cuadros más que me cambió por jarras de vino con azúcar, le gustaba que tuviera azúcar.

Lo que más asombro me producía es que nunca le vi borracho, nunca. Lo que sí le produjo el vino fue una tremenda úlcera de estómago que le hacía padecer terribles dolores. A Miguel le encargaron pintar en el cuartel del Garellano en Bilbao un fresco en la pared, de unos quince metros de larga, que representara el paso del Garellano por el Gran Capitán y sus tropas. Miguel me llevó con él y, subidos en unos andamios, pintamos aquel enorme mural, y digo pintamos porque a mí me encargó pintar las lanzas de los muchísimos soldados que se veían en el fondo del mural. El otro artista, Celestino, el escultor, como buen catalán era poco comunicativo, pero además de un gran escultor, era un excelente compañero. Alguien me contó que después de terminar el servicio militar se fue a trabajar y a vivir a Venezuela. Nunca más supe nada de él.

También se alojaban en aquel pequeño edificio los jugadores del equipo de fútbol, Marín, Rubio, Campos..., los de baloncesto y los del equipo de natación en el que estaba mi amigo Camprubí. Había una muy buena relación con aquella gente y una muy buena complicidad a la hora de evadir órdenes de los superiores. Nos tapábamos si alguno salía sin permiso o no se presentaba a la hora de pasar revista.

La vida resultaba allí más llevadera, no daba la sensación de prisión que daban las galerías. Gozábamos de unos beneficios que no tenía nadie en el cuartel. Yo, en aquel lugar donde disponía de algún tiempo libre, seguía dibujando aquellos chistes con

personajes de enormes narizotas. El ejército era una gran fuente de inspiración para aquellos chistes del absurdo, alguno de los personajes se apoyaba siempre en uno bajito que le hacía las veces de bastón (creo que de manera inconsciente o consciente, no lo sé, yo trataba de señalar la humillación del poderoso hacia el débil). Un día, no sé cómo, cayó en mis manos un ejemplar de La Codorniz. Me gustaba aquel estilo de humor, que tenía mucho que ver con el que yo hacía en mis dibujos y en algunas cartas que había escrito, antes de la guerra, a los hijos del diputado Luis Bello cuando estudiaban en El Escorial. Eran cartas del absurdo. Después de haber leído detenidamente el ejemplar de La Codorniz se me ocurrió la idea de

mandarle a Miguel Mihura, director en aquel entonces del semanario, un dibujo. Era un soldado con cara de bestia que llevaba atada a las riendas la cabeza de un caballo. El caballo estaba al fondo, de pie pero sin cabeza y el soldado con cara de bestia le decía al oficial que estaba junto a él: "Mi capitán, se me ha roto el caballo". Metí el dibujo en un sobre y se lo mandé a Mihura, con una nota que decía: "Le mando este chiste, si le gusta, me lo publica y si no le gusta, me lo firma por detrás, ya que soy un gran admirador de usted". A los pocos días recibí una carta donde me decía: "No solamente me ha gustado su chiste, sino que me gustaría que colaborase usted en nuestro semanario". Y así lo hice, aunque por miedo a airear mi apellido, firmaba mis dibujos con el seudónimo de XIII, en números romanos. A partir de ese día me hice colaborador fijo de La Codorniz.

Creo de justicia dedicar parte de mis aguafuertes a la ciudad de Zamora, donde me inicié en el arte de la radio y el teatro.

Todas las tardes, a la hora del paseo, tenía que pasar por la puerta de Radio Zamora que estaba instalada en una planta baja. El estudio de Radio Zamora era tan pequeño que se hacía necesario salir a la calle de vez en cuando a tomar un poco de aire. La puerta de la emisora siempre estaba abierta y en esa puerta siempre había alguien, un locutor, un técnico, un administrativo... Yo sentía una gran curiosidad por conocer cómo era el funcionamiento de una emisora, y un día, al pasar, me animé a preguntar a un hombre joven que estaba en la puerta si podía entrar a verla. No sólo me permitieron entrar, sino que me mostraron todo el funcionamiento, tanto de su parte técnica como de su sistema de programación. Entablé conversación con Vicente Planells, un catalán que había hecho el servicio militar en el Regimiento Toledo el mismo donde yo estaba, y que al licenciarse había ingresado en la radio como locutor. él me fue presentando a los demás componentes del equipo, me identifiqué

como el dibujante y escritor de La Codorniz que firmaba sus escritos y sus dibujos con el seudónimo de XIII, y no sólo me dijeron que mis dibujos y mis artículos eran de lo más divertido, sino que me propusieron trabajar para ellos haciendo algún programa.

Teniendo en cuenta que yo estaba cumpliendo el servicio militar, la cosa no era tan sencilla, pero como ocurre en todas esas pequeñas capitales de provincia, existía eso que ahora llaman tráfico de influencias.

El director de la emisora habló con el propietario, el propietario habló con el presidente de la Diputación, éste habló con el gobernador militar y el resultado fue que el coronel me autorizó a que dispusiera de las tardes libres, a dormir fuera del cuartel y a vestir con ropa de paisano fuera de las horas de servicio.

Me instalé en una pensión en la calle de los Herreros; de esta manera, por las mañanas podía cumplir con mis obligaciones en el cuartel y dedicar las tardes y las noches a la radio.

Pasaron varios días, escribí cuatro programas, los llevé a la emisora y su lectura resultó tan divertida que no solamente los aceptaron, sino que me integraron en el equipo artístico de la emisora. Se radiaron mis programas, que tuvieron mucho éxito de audiencia.

Como se trataba de una emisora pequeña y éramos poca gente, se hacía necesario alternar los trabajos: a veces hacía de locutor, a veces tenía que hacerme cargo del control, abrir y cerrar el micrófono y poner aquellos famosos discos dedicados que decían: "De Carolina Mateo Meneses para su madre Agustina Meneses, con muchísimo cariño, en el día de su cumpleaños". "Para Lupe con mucho cariño, de quien ella sabe". "Para Ana Cifuentes de su padre Antonio Cifuentes Jiménez". A mí me llamaba mucho la atención que dijeran de su padre y añadieran el nombre y apellidos como si la tal Ana Cifuentes tuviera varios padres, pero la cosa funcionaba así. Otras dedicatorias eran: "Para Porfirio de quien él sabe" o "Para Angelines Chopera de quien ella sabe". Detrás de aquellos, "de quien él sabe" y "de quien ella sabe" se ocultaban gentes que estaban casadas y tenían sus amantes. Después de leer todas las dedicatorias decíamos: "Para todos ellos Mi sombrero, por Pepe Blanco".

Teníamos en la discoteca de la radio cerca de dos mil discos; pero la gente siempre que solicitaba uno para dedicárselo a sus padres con mucho cariño o a su abuela en el día de su cumpleaños, solicitaban los mismos discos: Mi sombrero de Pepe Blanco, El emigrante de Juanito Valderrama, Santander de Jorge Sepúlveda o Dos gardenias de Antonio Machín; de ahí no pasaban, aunque algunos en un alarde de cultura musical solicitaban Las bodas de Luis Alonso o El sitio de Zaragoza.

Las prostitutas también dedicaban Mi sombrero o El emigrante, siempre con el final anónimo, "Para Fulano de Tal, de quien él sabe". A aquellos prostíbulos asistía toda la gente joven de Zamora y dentro armaban juergas que duraban hasta el amanecer. Mis múltiples trabajos sólo me dieron la oportunidad de asistir a una de aquellas juergas y no me resultó nada divertida. Nunca más volví, pero llegué a conocer a todas las mujeres del prostíbulo por su constante venir a pedir discos dedicados. En aquella capital, donde todos se conocían, los prostíbulos que estaban pegados a la muralla eran el lugar idóneo para que los visitaran algunos hombres de buena familia, los mismos hombres que iban cada domingo a la misa de dos de la iglesia de San Torcuato.

Por cada uno de los discos dedicados la gente pagaba cinco pesetas, que eran destinadas al asilo de ancianos. No obstante, la reiterada repetición de Mi sombrero, El emigrante y Santander, lo de los discos dedicados empezó a resultarnos de lo más insoportable. Había en la discoteca de la emisora, esto ya lo he dicho, pero lo repito, cerca de dos mil discos. Se me ocurrió una idea que transmití a Herminio Pérez, director de la radio, y que aceptó gustoso. Se trataba de hacer un programa de quince minutos diarios con el título De Pepe Blanco a Wagner. Y así, de esa manera, fuimos dando a conocer a los oyentes la gran cantidad de discos de que disponíamos y al mismo tiempo divulgábamos la música clásica, que desde hacía tiempo dormía en la discoteca de la radio. Creo que fue una buena idea. Después de tres años de guerra la gente se había desconectado por completo de la cultura, yo entre ellos porque habiendo dejado el colegio a los trece años y habiendo comenzado la guerra con

diecisiete, toda mi cultura musical se limitaba a lo que me habían enseñado los frailes de la Inmaculada Concepción, a cantar como solista del coro aquello de "Corazón Santo tú reinarás" y lo otro del Corazón Divino. Lo que quiere decir nada aprovechable para los veinte años que acababa de cumplir al terminar la guerra. Y mi incultura no se limitaba solamente a lo musical, también en literatura mis conocimientos eran muy limitados, lo mismo que en la pintura o en cualquiera otra de las bellas artes. Nadie en mi familia tenía conocimientos para transmitirme cultura ni inquietudes. Y

cuando de chico el gobierno de la República prodigó las bibliotecas públicas, aunque iba con mucha frecuencia a una que había en la calle de San Opropio, mi edad me incitaba tan sólo a leer Pinocho contra Chapete.

Radio Zamora, esa emisora de andar por casa, tenía un pequeño saloncito donde se recibía a la gente que venía a solicitar los discos, un diminuto control donde estaban instalados los platos para poner los discos, un locutorio también pequeño, la discoteca, con aquellos discos de pasta que se rompían si se caían al suelo y que cuidábamos con gran delicadeza, y al fondo un despacho donde Herminio trabajaba y organizaba los programas.

En la torre del campanario, que estaba a la entrada de la iglesia, habían hecho su nido las cigüeñas y como la gente los domingos no era muy dada a madrugar, la misa con más clientela era la misa de las dos. La iglesia era pequeña y se acumulaba tanta gente que algunos quedaban en la puerta sin poder entrar. Don Clemenciano, que aparte de ser el párroco de la iglesia de San Torcuato era el asesor eclesiástico de la emisora, desde el púlpito, de vez en cuando, interrumpía su sermón para decir:

--Que se corran los de delante para que haya sitio para todos.

Y añadía:

--Vamos, correrse para adentro que a los que están en la puerta les caga la cigüeña.

Y la gente obedecía y hacían hueco para que a los que estaban fuera no los cagara la cigüeña. Después, don Clemenciano seguía hablando de los apóstoles y de todo lo demás.

Había en todo Zamora un solo policía de tráfico, que estaba situado delante de la emisora, en el cruce de la avenida de Portugal con la calle de Santa Clara. La mujer del guardia urbano venía a traerle un bocadillo a su marido y nos pedía por favor que la dejáramos entrar a darle la teta a su hijo en el pequeño saloncito dedicado a recibir a las visitas. Le daba de mamar al niño y se cubría la teta con un pañuelo, para que si entraba alguien no se la vieran. Era una especie de emisora con mezcla de refugio.

Aparte de los programas habituales o cotidianos, emitíamos obras de Oscar Wilde y de otros autores, por supuesto, leídas, y en noviembre Don Juan Tenorio. También en esas emisiones me daban un papel.

Había en mí una gran inquietud por seguir manteniendo esa relación con mis compañeros de radio, acercarme a su cultura literaria y musical, pero me resultaba fatigoso y complicado alternar la radio con mi servicio en el cuartel, a pesar del permiso para dormir fuera y tener las tardes y las noches libres.

En la emisora terminaba muy tarde y a las ocho de la mañana tenía que presentarme en el cuartel. Pero era tan grande mi interés por salir de la mediocridad que aguanté el sacrificio día tras día. Creo que valió la pena.

En mi primer libro, que publicó la Editorial D.I.M.A. en 1966, escribí, a modo de prólogo:

Yo he recorrido a pie el camino gris de la vulgaridad y he sentido el cansancio de no ser. He pasado por encima de aquellos que, no teniendo valor para llegar al final, se tumbaron a dormir su cobardía, arropándose con los harapos descoloridos de lo fácil. He luchado noches enteras con el sueño y la fatiga y he vencido la incultura, que sabiendo de mi humilde cuna trataba de clavar su garra en mi cerebro.

He llegado al final de este camino y he penetrado en el valle donde, escrito en cada puesta de sol, está el nombre de los que fueron algo.

Si al dejar de ser materia y abandonar este valle, no consigo que mi nombre se escriba junto al suyo, al menos me iré con la satisfacción de saber quiénes fueron y haberles comprendido.

La dueña de la pensión donde yo dormía tenía cuatro hijos, un varón que estaba casado y tres hijas solteras; me hice novio de una de ellas, cinco años mayor que yo, pero esto no me preocupaba demasiado. Los inviernos de Zamora son muy fríos y cansado de pasar frío en nuestros paseos diarios, le propuse el matrimonio. Nos casamos por la Iglesia, en una boda sencilla, sin más invitados que la familia de ella. En la pensión se nos asignó una habitación para nosotros solos. Yo comía en el cuartel y cenaba y dormía en la pensión.

Seguía cumpliendo con mis obligaciones como chófer del coronel y por las tardes en la radio, donde me sentía el hombre más feliz del mundo. Para mí, aquella emisora era la universidad.

Pero parece ser que mi buena suerte estaba en una constante lucha con mi mala suerte. Habían transcurrido cuatro años desde mi llegada a Zamora y mi integración en la radio cuando se produjo un intento de invasión por el Valle de Arán. Se trataba de unos cuatro mil hombres organizados por los comunistas exiliados, los llamados maquis. Por este motivo, nos llevaron de Zamora a Barcelona para incorporarnos a las tropas que, a las órdenes de los generales Yagüe, Moscardó y Monasterio combatían en el Pirineo.

Nos instalaron en el cuartel de Intendencia de La Ciudadela, y tal como me había sucedido en otras ocasiones, mi condición de conductor me abrió la posibilidad de conducir un camión, con la misión de llevar alimentos a los soldados que combatían en el Valle de Arán contra los maquis. Mis viajes con el camión me llevan a Sort, Balaguer, Viella y La Bonaigua.

Atrás se han quedado Zamora, mi uniforme azul marino y la gorra de plato con insignia y barbuquejo plateado. Y lo que es más triste, me han alejado de mis compañeros de la radio.

En el cuartel de La Ciudadela tengo oportunidad de hacer amistad con otros soldados que cumplen allí su servicio militar como voluntarios; casi todos ellos pertenecen a familias pudientes de toda Cataluña. Unos tienen fábricas de tejidos en Sabadell y Tarrasa y otros son dueños de negocios importantes. Yo, por el contrario, no tengo posibilidad de ganar ningún dinero, pero mi veteranía como soldado me ha agudizado el ingenio para conseguirlo. Hago amistad con el cabo furriel, que es el encargado de asignar los servicios de guardia, de imaginaria, de cocina y demás desagradables obligaciones cuarteleras. Me pongo de acuerdo con el cabo y juntos organizamos un negocio rentable. él se encarga de que los días festivos estos servicios le sean asignados a alguno de los soldados con buena posición económica. El cabo me informa de a quién le ha asignado ese día el servicio de guardia o el de cocina, me acerco a la víctima, y al tiempo que me cepillo cuidadosamente las botas y saco brillo a la hebilla del cinturón, dejándome caer, le comento que ese día tengo un plan, él, en cambio, se lamenta de su mala suerte. Y entonces es cuando le propongo que yo le puedo suplir si me paga. él, llamémosle soldado rico, me pregunta cuánto me tiene que pagar, fijamos el precio y hacemos el negocio. De ahí le doy la mitad al cabo furriel y de esta manera gano para mi cine, mi tabaco y hasta para enviar a mi casa algunas pesetas. Había días muy especiales en los que el precio de la sustitución se subía por las nubes, como el día de San Jordi o el día de la Merced, y no digamos nada si se trataba

de las Navidades o del fin de año. Por supuesto que después el cabo furriel me liberaba del compromiso pasándole el servicio a algún recluta novato.

Mi abuela durante la guerra había ahorrado algún dinero, para que cuando se terminara yo tuviera, al menos, para comprarme alguna ropa. El dinero de la zona republicana fue invalidado por el Gobierno de la dictadura y los ahorros de mi abuela no sirvieron para nada. De ahí mi interés en ganar algo para ella, que para poder subsistir fregaba las oficinas de Boetticher y Navarro, con la dureza y el esfuerzo con el que las mujeres fregaban en aquella época, de rodillas. De ahí también que yo no tuviera ningún remordimiento a la hora de engañar a los que tenían dinero.

Por aquel entonces, salió a la calle una nueva revista titulada ¡Hola!, que entonces se hacía tan sólo con tinta de color azul. Llevé unos dibujos al director y le gustaron, comencé a trabajar para la revista cada semana, para una página de humor en la que incluían cuatro dibujos míos. No recuerdo cuánto me pagaban por aquella colaboración, pero suponía disponer de algún dinero extra para mis gastos.

Otras veces, para ganarme algunas pesetas, me iba al barrio chino y me acercaba a los "trileros". Yo, de chico, cuando iba a dar el "queo" al campo de las calaveras les había caído simpático a los que se dedicaban a ejercer el "trile" con las cartas, y no solamente llegué a conocer el truco, sino que aprendí a manejar las cartas igual a como lo hacían ellos. En mi casa y en el barrio con los chicos, practicaba el "trile" con la frase que era el lema de los trileros: "La mano es más rápida que el ojo". Decía que para ganarme algunas pesetas me iba al barrio chino, me acercaba a los "trileros", aflojaba los labios para que mi cara tuviera aspecto de muchacho de pueblo, hacía de espectador un buen rato y finalmente apostaba cien o doscientas pesetas. Siempre adivinaba dónde estaba la carta (en aquella época los "trileros" no hacían el "trile" sobre una caja de cartón o una rústica mesita plegable, sino sobre las baldosas de las aceras) y para que no me la cambiaran, ponía la

punta del pie sobre la carta que yo había elegido. Seguramente se dieron cuenta de que aquello no era normal. Una tarde, después de haberles ganado, me siguieron. Ninguno llevaba navaja, pero me arrinconaron contra una pared y me dijeron:

--Escucha, chaval, si alguna vez tienes hambre o necesitas comprarte una cajetilla nos pides dinero; pero no se te ocurra nunca más jugar con nosotros.

Y así fue. Nunca más me acerqué a ellos. Si alguna vez no tenía más remedio que pasar por donde estaban, me limitaba a saludarles con una sonrisa.

Acostumbraba a ir a un bar donde tenían una gramola mecánica y me deleitaba escuchando a Bonet de San Pedro y los Siete de Palma, cantando Raskayú o aquello de: "¡Oh, Susana! no llores más por mí, que yo un beso grande te daré, cuando vuelva junto a ti". Nunca imaginaba que con el correr de los años iba a compartir escenarios con Bonet de San Pedro.

No siempre me libraba de hacer el servicio de guardia, algunas veces no era posible, y lo que más me entristecía era hacer de centinela en el palacio de Montjuïc, donde estaban presos muchos que, como yo, habían luchado contra el franquismo. Y un poco más arriba el castillo donde habían sido fusilados Goded, Fernández Burriel y Companys. El haber pasado de estar preso a vigilar una prisión me hacía avergonzarme de mí mismo.

Se lo comenté al cabo furriel y se las ingenió para que nunca más tuviera que hacer la guardia en aquel lugar.

No sé si el cabo furriel, Carlos Soto, vive, ni sé si alguna vez llegará a leer esto, pero desde aquí quiero darle las gracias por liberarme de aquella obligada pero vergonzante misión. ¡Gracias Soto!

Si hacer la guardia en el palacio de Montjuïc era trágico por el recuerdo de los fusilamientos, hacer guardia en las garitas que estaban situadas en las aceras, a los costados del cuartel, tampoco resultaba agradable.

Durante las dos horas que duraba la guardia, algunas mujeres, tal vez casadas y con hijos, hambrientas, que no prostitutas, se acercaban al centinela y a cambio de algo de comida le masturbaban o practicaban el sexo oral. En la posguerra para comer valía todo.

La playa de la Barceloneta, llamada de San Sebastián

En verano y aprovechando nuestros días libres de servicio íbamos a la playa llamada de San Sebastián. No sé cómo será ahora, pero en aquel entonces los soldados nunca tenían éxito con las mujeres, salvo que éstas fuesen sirvientas. A nosotros, a mis amigos y a mí, nos gustaba un grupo de chicas que los días festivos eran asiduas de la playa; a mí, en particular, me gustaba Soledad, una chica no muy guapa, pero elegante, culta, simpática y con mucha personalidad.

No llegamos a ser novios, pero sí muy buenos amigos. Es algo que me gustó de Barcelona, que se podía hacer amistad con gente de distinto sexo sin que esto obligara a una relación amorosa. Soledad era muy aficionada a la lectura y a la música y de eso hablábamos con frecuencia. Mi paso por la radio me permitía desenvolverme en estos dos temas, cosa que antes me hubiera sido de todos modos imposible. Algunos días iba a esperarla a la salida del trabajo. Trabajaba en una tienda de bolsos de la calle Muntaner. Caminábamos hasta su casa en la calle de Aragón, por la que entonces pasaban los trenes en desnivel por el centro de la calle. Aparte del ruido, las locomotoras soltaban un humo negro que teñía de luto la fachada de los edificios.

Los catalanes, con su tenaz rebeldía contra la dictadura, lograron mantener en las playas la libertad de que se bañaran hombres y mujeres en el mismo lugar. Esto que a los jóvenes hoy les puede parecer insólito no lo es, ya que durante varios años las playas estuvieron divididas por una separación hecha con un tejido de alambre de dos metros de altura, que nacía en el principio de la playa y se internaba hasta bastantes metros dentro del mar. Los matrimonios tenían que bañarse por separado, las mujeres con las niñas se bañaban a un lado de la alambrada y los hombres con los hijos varones en el otro lado. Cuando llegaba la hora de comer se arrimaban a la alambrada y se hablaban como presidiarios.

Como en esas fotografías que veíamos en el Blanco y Negro de los años veinte, era obligado el bañador completo para los hombres y para las mujeres el de faldita.

Años más tarde, en un alarde de libertad, la dictadura permitió a los hombres usar el "Meyba", la prenda con la que Fraga Iribarne se bañó cuando el asunto aquel de la bomba de Palomares. Al contrario de lo que pensaban los moralistas de la dictadura, el "Meyba" era una prenda más escandalosa que el bañador normal, porque no se ajustaba bien, y cuando dabas un paseo por la playa siempre te encontrabas algún señor tumbado en la arena, tomando baños de sol y enseñando las pelotas, que se le salían del bañador.

Las playas eran vigiladas por los guardias urbanos en las capitales y por la Guardia Civil en los pueblos de la costa, y era obligatorio para las mujeres ponerse un albornoz al salir del agua, y si alguna mujer joven se atrevía a usar un bañador escotado sin faldita, le caía una multa, aparte de tener que abandonar la playa.

En la dictadura se cuidaba mucho la moral. La Iglesia había hecho causa común con el Gobierno, o a la inversa, y si la policía sorprendía a una pareja de novios

besándose, podía pasar de una multa a una denuncia por inmoralidad. Y lo más triste es que muchos españoles hacían causa común con la dictadura; era frecuente que si ibas en taxi con tu novia o tu mujer y se te ocurría darle un beso, el taxista, mirando por el retrovisor, dijera:

--Eso en la cama, en mi taxi, no.

Era muy común, cuando teníamos algún problema con alguien, que nos soltara aquel amenazante:

--Usted no sabe con quién está hablando.

Si alguna tienda dedicada a la venta de ropa interior para mujeres ponía en el escaparate un sostén o unas bragas y tenía la mala suerte de que pasara un cura y viera el sostén o las bragas, la denuncia del cura era suficiente motivo para que al dueño del negocio le obligaran a retirar aquella inmoralidad del escaparate. Solamente en el llamado barrio chino se podían ver medio ocultos algunos preservativos, que llamaban para dulcificar la cosa gomas profilácticas.

La Iglesia tenía un poder igual al del Estado. La blasfemia era motivo para detener y retener a cualquier ciudadano con graves consecuencias. Recuerdo un cartel que estaba colgado en la pared de un bar de Bilbao, detrás de la barra, muy a la vista, decía: "Se prohíbe blasfemar sin motivo". Nunca he sabido si este cartel estaba escrito en serio o era un cachondeo de ese gran sentido del humor de los vascos.

Resultaban divertidos y al mismo tiempo indignantes los cortes que hacían en las películas. Recuerdo una anécdota motivada por uno de esos cortes. En una película, cuyo título no puedo recordar, el galán y la dama estaban en un pajar. En el momento que el galán se disponía a besar a la dama se producía un salto violento y aparecía la pareja, ahora separados, pero con la ropa llena de pajitas. Ella le decía: "¿Por qué lo has hecho¿" Y él respondía: "Porque te amo". En ese momento se escuchó la voz gritona de uno que estaba en el anfiteatro:

--¿Qué es lo que ha hecho?, porque nosotros no lo hemos visto.

El cine fue una carcajada.

En los cines, antes de empezar la película sonaba el himno nacional que, con la misma habilidad que Franco mezcló la camisa azul de los falangistas con la gorra roja de los requetés, habían compuesto mezclando el Cara al sol con el himno de los requetés. Era obligatorio ponerse en pie, levantar el brazo al estilo nazi y mantener esa posición en silencio durante el tiempo que duraba el himno.

En Barcelona estaba prohibido hablar en catalán. Si a alguien se le ocurría decir algo en esa lengua, bastaba con denunciarle. Franco había dictado un decreto para desterrar todo idioma que no fuera el castellano. Todos los comercios que tuvieran nombre francés o inglés tenían que cambiar su nombre. A los "petit swiss" hubo que llamarles los "pequeños suizos", al hotel Saboy se le impuso el nombre de hotel Saboya, y Capitolio por Capitol.

Como en el cuartel disponía de muchos días libres y seguía necesitando dinero para ayudar a mi abuela, me acerqué hasta la fábrica de motores Elizalde del paseo de San Juan. Me presenté como mecánico especialista de primera, me pusieron una prueba como fresador, la misma que me habían exigido en Construcciones Aeronáuticas: hacer un piñón helicoidal; aquello fue coser y cantar y pasé a alternar mi trabajo de mecánico con mi servicio militar en Intendencia. En aquel entonces, que era difícil encontrar gente capacitada para el trabajo, me autorizaron a trabajar los días que no tuviera ninguna obligación que cumplir en el cuartel, y de esta forma pude alternar mi trabajo con el servicio militar.

Pero tal como me ha ocurrido durante toda mi vida, en ese alternar los momentos buenos con los momentos malos, de nuevo me llegó la mala suerte. Me

destinaron fijo a la guarnición de Sort. Desde allí tenía que abastecer a los soldados que estaban destinados en el Valle de Arán. Se acabó Elizalde, la playa de San Sebastián, mis charlas y paseos con Soledad, el cine Diana, donde en la oscuridad tan sólo se veía la silueta de los hombres porque las prostitutas estaban junto a ellos, pero agachadas, practicando el sexo oral. Adiós a Bonet de San Pedro y los Siete de Palma y adiós a Barcelona, una ciudad a la que yo había empezado a amar de manera apasionada.

Los meses iban pasando muy lentamente, de vez en cuando me daban una semana de permiso. El tren llegaba sólo hasta Balaguer. La única manera de poder llegar desde el Pirineo hasta Balaguer era hacer dedo y pedir al chófer de algún camión que me permitiera subir sobre los troncos con que iban cargados estos camiones. No era fácil sujetarse a unos troncos cubiertos con una resbaladiza lona y atados con fuertes cuerdas. El frío hacía que las manos se debilitaran y no tuvieran la fuerza que necesitaban para aferrarse a alguna de aquellas cuerdas que sujetaban los troncos, pero a esa edad y en esas circunstancias se posee una energía que milagrosamente lo supera todo.

En uno de esos permisos, sobre un camión cargado de troncos y con las manos entumecidas por el frío, llegué a Balaguer ya muy entrada la noche. Aquel día había caído una gran nevada y las calles estaban cubiertas de nieve. Busqué dónde hospedarme hasta la mañana siguiente que salía el tren para Barcelona, vi una pareja de la Guardia Civil y les pregunté dónde podría encontrar una pensión. Me indicaron el lugar. Fui hasta la pensión, llamé, abrió una señora y le dije si tenía una cama disponible. Cuando estaba a punto de responderme, llegó un teniente de la Legión que, al igual que yo, buscaba un lugar para pasar la noche. La señora nos dijo que sólo disponía de una cama. Como me habían enseñado en el ejército que antes que los soldados están los oficiales, le dije al teniente que se quedara él a dormir y que yo buscaría otra pensión. El teniente preguntó a la señora si la cama era grande. La señora dijo que sí, que era una cama muy grande, de matrimonio. El teniente quedó

unos instantes pensativo:

--¿Y si nos acostamos los dos en la misma cama? -y añadió-: Ya lo hemos hecho muchas veces durante la guerra.

Como vio que yo dudaba, dijo:

--A menos que tengas algún inconveniente en compartir la cama con un oficial.

Esto último me descolocó. Acepté. Ninguno de los dos nos desnudamos, lo único que hicimos fue descalzarnos. Nos metimos en la cama. Apenas me había dormido cuando sentí en mi entrepierna la mano del teniente, haciendo disimulados esfuerzos para desabrocharme la bragueta. No dije nada, me levanté, me calcé, cogí mi macuto y mi manta y me fui hasta la estación. Hacía un frío de muerte, pero no me entraba en la cabeza lo que me había ocurrido. Durante el tiempo que estuve en Barcelona, mis amigos y yo íbamos al cine Diana de la calle de las Tapias donde las prostitutas nos masturbaban; lo que no podía entender es que un teniente de la Legión fuese maricón. No me entraba en la cabeza. Ya me había ocurrido algo parecido en la prisión de Torrijos, un día que nos obligaron a confesarnos. Apenas me arrodillé, el cura me metió la mano en la entrepierna, me desabrochó los botones y me metió mano en la bragueta; pensé que en una prisión, con mi etiqueta de comunista, rojo, si le armaba

un escándalo al cura o le daba un puñetazo en la boca, podía decir que yo le había agredido y esto hubiera supuesto para mí, como rojo, un castigo nada recomendable. Le dejé que me toqueteara a su gusto hasta que quiso. Lo del cura lo entendí, pero lo del teniente me era más difícil de comprender, tal vez por esa idea que uno tiene de la virilidad de los militares y más aún si son de la Legión. De cualquier modo, mientras temblaba de frío en la estación pensaba si no hubiera sido más práctico

dejar que el teniente me masturbara que soportar aquella temperatura. Después de todo, no iba a quedarme embarazado por ello.

A la mañana siguiente, tal como estaba previsto, subí en el tren, con el temor de que en ese mismo tren viajara el teniente, pero por suerte no fue así. Llegué a Barcelona donde cogí otro tren que me llevó a Madrid.

Mi abuela, desde la muerte de mi abuelo se sentía muy sola, estaba muy delicada, apenas comía ni dormía. Sus hijos estaban casados y yo cumpliendo un interminable servicio militar. Tomé una determinación. No regresé a Sort de mi viaje de permiso. Me fui a Zamora y me incorporé a mi trabajo en la radio y a mi matrimonio, que si ya era poco apasionado, con mi alejamiento se había enfriado totalmente. Nunca más volví al Pirineo, ni al ejército, ni me detuve a pensar en las consecuencias. En el ejército no debieron notar mi ausencia y si la notaron yo ni me enteré, tal vez pensaron que me habían matado los maquis. Al igual que mi padre, me hice desertor.

Después de unos días de haberme incorporado a mi trabajo, me fui a Madrid. Regresé a Zamora llevando conmigo a mi abuela. Pero estaba muy enferma, padecía demencia senil. Cada vez que miraba hacia el río Duero decía:

--Ya no quiero seguir viviendo, me voy a tirar al Sena.

No sé de dónde le venía la imagen del Sena, tal vez de habérselo oído comentar a mi tía Capilla cuando venía de París. Y tenía que estar pendiente de que no se acercara al río, que pasaba muy cerca de mi casa. Lo consulté con dos de los mejores neurólogos, que me aconsejaron que la llevara de nuevo a su casa, que el estar fuera del lugar donde había pasado la mayor parte de su vida, donde había criado a sus hijos, agravaba su enfermedad. La llevé nuevamente a la buhardilla donde nací y donde viví mi infancia y parte de mi juventud. En la buhardilla vivía mi tío Ramón, el menor de sus hijos que ya no era guardia de asalto y que se había casado con una alcohólica. Lo que les voy a contar puede parecerles insólito, pero es una realidad. Mi tío Ramón y su mujer habían tenido un hijo cuando vivían en Málaga; un día, ella, la mujer, salió de compras con el niño y se le perdió. Nunca más apareció. Lo que me producía más asombro es que cuando contaban que se les había perdido el

niño, lo contaban como si lo que habían perdido fuese un pañuelo o un paraguas.

Antes de regresar a Zamora llevé a mi abuela a López Ibor. Después de la consulta me dijo que la única solución para sacarla de su demencia era provocarle un electroshock pero que tenía el corazón muy débil y corríamos el riesgo de un paro cardíaco; me negué y lo único que hice fue rogar a mi tío que la cuidara y si se ponía peor que me avisara. Yo no sabía entonces que mi tía era alcohólica, me enteré mucho tiempo después.

Regresé a Zamora con la tristeza de haber dejado a mi abuela en aquella buhardilla donde ya no se respiraba la felicidad de cuando yo era niño y le leía los sucesos de los periódicos, donde ya no había jaulón con canarios ni la orza con las aceitunas ni el banco de carpintero de mi abuelo.

El dueño de Radio Zamora, Jacinto González, era también propietario del bazar Jota. Su hermano Luis tenía una librería en la calle de Santa Clara, la Librería Religiosa. Como yo disponía de poco dinero, le pedía prestada a Luis una escalera con la que conseguía llegar hasta lo más alto de las estanterías, buscando libros que por estar tan escondidos y a tanta altura eran prácticamente inalcanzables, libros de la editorial Espasa Calpe que costaban cuatro pesetas y que permanecían ocultos. Ahí descubrí a Chejov, a Averchenko, a Pushkin, a Tagore, a Selma Lagerloff, a Ramón Gómez de la Serna, a Julio Camba, a Dostoyevski y otros muchos escritores hasta entonces para mí

desconocidos, obras que devoré noche tras noche y que fueron despertando en mí una gran curiosidad y un gran interés por la literatura. En mi juventud sólo había leído a Zane Grey, a Emilio Salgari, a Julio Verne y varios escritores más, todos ellos de aventuras.

Como lo que ganaba en la emisora era muy poco y lo que me pagaban en La Codorniz era una miseria, Jacinto, el propietario de la emisora, me propuso un trabajo extra. Vender aparatos de radio por los pueblos, porque pensaba, con razón, que si tenía una emisora y no tenía oyentes, era difícil que aquel negocio funcionara. Así, con una pequeña furgoneta me lancé por los pueblos del interior a vender aparatos de radio, aquellos aparatos de radio llamados de capilla por su forma exterior. Vendí bastantes, pero no era fácil, la gente de los pueblos durante la posguerra eran gentes muy desconfiadas con los desconocidos, y aunque yo les mostraba una credencial del bazar Jota, la cosa no era fácil. No obstante, manejándome con eso que mi abuela llamaba labia, conseguía que me dejaran hacerles una demostración hasta convencerles de que aquel era el aparato ideal para hacerles compañía en las largas y frías noches del invierno. Me pasaron, por supuesto, cosas insólitas.

Intenté venderle una radio a una señora y me preguntó:

--¿Esta radio toca jotas?

--Sí, señora, y pasodobles y zarzuelas. Toca de todo.

--Es que si no toca jotas no me interesa, porque mi marido es de Aragón y lo único que le gustan son las jotas.

Traté de sintonizar una emisora que estuviera tocando una jota. Ni Radio Zaragoza. Y no le pude vender la radio porque según ella aquel aparato no tocaba jotas, que era lo único que le gustaba a su marido.

Y ésta no fue la única.

En otro pequeño pueblo, le vendí una radio a una mujer viuda. Y después de vendérsela y explicarle el funcionamiento, le dije:

--Cualquier problema que tenga, me llama por teléfono a Radio Zamora y yo se lo resuelvo.

A los pocos días me llamó.

--La radio que usted me vendió no se entiende nada. La música se oye bien, pero cuando hablan no se entiende nada.

Me fui hasta el pueblo. Enchufó la radio. Había música.

--¿Lo ve? Ahora se oye bien, pero espere a que hablen.

Y cuando finalizó la música habló el locutor, en francés.

--¿Se da cuenta? No se entiende nada.

La señora no había movido el botón del dial y lo tenía siempre en la frecuencia de aquella emisora francesa. Se había limitado a conectarlo y darle volumen.

Otra señora a la que le había vendido una radio vino a verme a la emisora.

--A la radio que usted me vendió se le ha salido un "talego" y no funciona.

--¿Qué "talego"?

--Uno que tiene por la parte de abajo.

Aquello del "talego" me intrigó. Al día siguiente fui al pueblo, la señora señaló hacia la radio.

--¿Lo ve? Hemos ido a cambiar la radio de sitio y se ha salido ese "talego".

El "talego" a que se refería la señora era un condensador electrolítico que iba sujeto por dos cables y que estaba forrado por una tela parecida a la arpillera. Puse el "talego" en su sitio y la radio funcionó con normalidad.

En muchas ocasiones tenía que reparar alguno de los aparatos que había vendido, pero como yo no tenía ni idea de electrónica me costaba Dios y ayuda encontrar la avería. Me llegó una publicidad donde anunciaban un curso de radio por correspondencia. Era de la escuela Maymò, de Barcelona. Me matriculé, hice el curso y me fue muy útil para mi trabajo y aunque no disponía de mucho tiempo libre, me presté a ayudar a Mauricio Ladoire, que era quien había montado y puesto en marcha la emisora de Zamora y que estaba a cargo de los talleres de servicio que tenía la Philips. Con el curso de la academia Maymò y mis prácticas junto a Mauricio Ladoire, conseguí ser un experto en radio.

Tenía un amigo llamado Manolo, de buena familia, y digo de buena familia porque eran gente de dinero, al que cariñosamente llamábamos Cachirulo. Se hizo socio capitalista y en una de las habitaciones de mi casa (yo había abandonado la pensión de la calle de los Herreros y había alquilado un piso en la avenida de Portugal, cerca de la emisora) Cachirulo y yo montamos un taller de reparaciones electrónicas, combinamos el Gil de Gila y el Man de Manolo y al negocio le pusimos de nombre Gilman.

Y más trabajo

Además de mi trabajo en la radio conseguí colaborar en el diario Imperio, un periódico local de la llamada prensa del Movimiento. En el periódico dibujaba un chiste diario y publicaba un artículo de humor, titulado "Cartas a mamá". Eran unas cartas que un niño escribía a su madre, lamentándose de todas las cosas que no funcionaban en la ciudad, el mal estado de los parques o las plazas, los colegios, etc. Por descontado, que nada de hacer crítica alguna dirigida al Movimiento Nacional. Las críticas que se hacían en aquellos años tenían que limitarse a los ayuntamientos o entidades privadas, de ninguna manera al Gobierno ni a ninguno de sus miembros. Pensé que no era mal camino el ser periodista, pero me dijeron que solamente había dos posibilidades de entrar en la Escuela de Periodismo: tener el bachillerato terminado o trabajar cinco años en un periódico como meritorio, sin sueldo. Esta última condición era la única que estaba a mi alcance y fue la que elegí. Todas las

noches al terminar en la radio me metía en el periódico, donde realizaba todos los trabajos propios de la confección de un diario, titulares, redacción, corrección, etc. Como mi meritoriaje en el periódico era sin sueldo y con lo que ganaba en la radio, mis colaboraciones en La Codorniz y la venta de aparatos de radio me alcanzaba únicamente para sobrevivir, don Teodoro, encargado de los almacenes Siro Gay, me dio una recomendación para trabajar en el Servicio Nacional del Trigo, donde él tenía influencia. Era una especie de sindicato o cooperativa por la que obligatoriamente tenían que pasar todos los agricultores a vender sus cosechas de trigo y harina, que después eran distribuidas por el país.

El jefe y contable de la oficina era falangista y cada primer viernes de mes nos hacía ir a confesarnos y comulgar. Además de ser muy católico, era muy gordo y sudaba hasta en invierno. A mí me causaba asombro verle raspar y corregir los libros de contabilidad, que trampeaba, pero en la iglesia, cuando íbamos a tomar la comunión, ponía las manos juntas y la mirada baja, tal vez pensaba en si las raspaduras que hacía en los libros de contabilidad eran pecado o no. Llevaba puesto un enorme escapulario con un cordón dorado de no sé qué congregación. Era muy aficionado a los crucigramas, pero tenía una forma muy particular de resolverlos: si la pregunta era pañuelo, él ponía como respuesta mocos y si la pregunta era monte, él ponía Toledo,

supongo que porque había oído hablar de los montes de Toledo. Por supuesto que en el tiempo que trabajé con él en aquella oficina no resolvió ni un solo crucigrama.

El ordenanza, que al igual que el jefe era de Falange, tampoco era ninguna lumbrera, no porque fuese falangista, sino porque había nacido así. Un día se rompió el cristal que había sobre la mesa, le llamé y le dije:

--Acércate a la cristalería y encarga un cristal para la mesa, de un metro cuarenta por cincuenta.

Cuando habían transcurrido unos instantes volvió para preguntarme:

--El uno cuarenta, ¿es de largo o de ancho?

No quise complicarle la vida.

--De largo.

Y lo anotó en un papel para no confundirse.

Como el periódico cerraba a las cinco de la madrugada y la oficina comenzaba a las nueve y media, tenía pocas horas para descansar porque, aparte del trabajo, a la salida de la oficina me esperaba la emisora hasta la hora de entrar en el periódico y a veces la reparación de algún aparato de radio.

El trabajo era duro y sacrificado, pero también lo era la posguerra y no había otra forma de salir adelante que haciendo este sacrificio que, aun siendo un sacrificio, a mí me fue muy útil para adquirir una más o menos pasable cultura.

Había durante aquellos años un gobernador civil, de nombre Luis Serrano de Pablo, con el que hice amistad. Serrano de Pablo tenía un gran sentido del humor y, sobre todo, un gran sentido de una sociedad mejor equilibrada en lo referente a los pobres y los ricos. Serrano de Pablo me llevaba con él a recorrer algunos pueblos de la provincia durante mis días libres.

Serrano de Pablo se enteraba dónde, en qué lugar, había alguien que fuera acaparador estraperlista.

Llegábamos a la casa en cuestión, a ese lugar donde el dueño tenía almacenados litros y litros de aceite, garbanzos, alubias, patatas y otros alimentos que después vendía a precios abusivos, aprovechando el hambre de la posguerra. Serrano de Pablo, que se hacía acompañar por una camioneta del Gobierno Civil, con dos policías como testigos, intervenía en nombre de la autoridad y previo recibo firmado por él como gobernador civil. Todos los alimentos destinados al sucio negocio del estraperlo se cargaban en la camioneta y volvíamos a la capital. Una vez en Zamora, íbamos a los barrios donde vivía la gente más necesitada. Serrano de Pablo y yo golpeábamos suavemente la puerta y a quien saliera a abrir le preguntábamos:

--¿Cuántos son ustedes de familia?

--Pues mi marido, yo y cuatro niños. En total seis.

--Pues tome usted, aquí tiene queso, garbanzos, patatas, aceite, alubias y pan. No nos tiene que pagar nada, es un regalo que les hace un estraperlista.

Serrano de Pablo más que un gobernador civil, parecía un Robin Hood.

En una ocasión fuimos a un pueblo que por primera vez iban a tener luz eléctrica. Para este acontecimiento fuimos los de la prensa, los de Radio Zamora, el alcalde, Luis Serrano de Pablo como gobernador civil y para la bendición de este gran acontecimiento, el obispo. El alcalde dispuso una gran comida para después del acto de inauguración. Se hizo la luz con gran regocijo de todos los habitantes del pueblo, el obispo impartió su bendición y el alcalde nos invitó a una comida. El obispo bendijo la comida y después nos sentamos a comer. Luis Serrano de Pablo a la derecha del obispo y el alcalde del pueblo a la izquierda. Nadie decía nada, nadie hablaba. Comenzamos a comer en silencio. Al alcalde debió parecerle una descortesía no decirle nada al señor obispo y como para hacerle un halago le dijo:

--Su ilustrísima está más gorda.

Aquella frase estuvo a punto de provocarnos la carcajada, pero todos apretamos los dientes y contuvimos nuestro impulso.

Cuando llegó a Zamora la película Gilda, el obispado y la censura no autorizaban su estreno. Varios falangistas jóvenes amenazaron con quemar el cine si se estrenaba la película. Luis Serrano de Pablo en su función de gobernador civil, no sólo autorizó la película sino que puso vigilancia policial, por si los falangistas intentaban boicotear el estreno. No pasó nada, nadie se escandalizó durante la proyección de la película, ni hubo un solo orgasmo en todo el cine cuando Rita Hayworth se quitó el guante.

El equipo de fútbol de Zamora estaba en segunda división y cada vez que venía algún equipo visitante, algunos jóvenes y otros menos jóvenes lanzaban pedradas a los jugadores del equipo contrario o al árbitro, que siempre tenía que salir custodiado por la policía. Serrano de Pablo dio con la fórmula ideal para terminar con aquel gamberrismo. Cuando había partido distribuía entre los espectadores varios policías que vigilaban a los hinchas y cuando alguno lanzaba una piedra, le detenían y le sacaban del campo; después, durante un mes o dos, según la gravedad de la agresión, cada domingo estaban obligados a presentarse en el Gobierno Civil media hora antes de que empezara el partido. No se les hacía nada, por el contrario se les invitaba a café, y al finalizar el partido se les dejaba salir del Gobierno Civil. Aquel sistema acabó con el gamberrismo en el fútbol.

Cuando álvaro de Laiglesia empezó en La Codorniz su "Cruzada contra el triste", Luis Serrano de Pablo organizó en Zamora la primera exposición de humor de la posguerra. En ella colaboramos todos los componentes de La Codorniz, y por invitación de Luis Serrano de Pablo todos estuvieron en el acto inaugural.

Creo que Serrano de Pablo hubiera sido un buen jefe de Estado. Mi amistad con él fue muy grande y aunque había estado en la División Azul y nuestra ideología era opuesta, le tuve un gran respeto y un gran cariño.

El 21 de enero de 1950, los que hacíamos Radio Zamora organizamos en el cine Barrueco un espectáculo pro campaña de invierno. Se trataba de recaudar fondos a través de la radio para conseguir mantas y ropa de abrigo para la gente necesitada.

Me encargaron la organización del espectáculo y la composición del programa.

Cocktail 1950
Sábado 21 de Enero de 1950 a las Diez y Media de la noche
Presentación Del Mejor Espectáculo Musical y Humorístico del Año
organizado por
Vicente Planells y Miguel Gila de Radio Zamora
Pro Campaña de Invierno
Precios populares Butacas 5 y 3 pesetas.
(Lo que cuesta una lechuga)

Fue mi primera actuación en un escenario. Improvisé un monólogo absurdo, el público se divirtió muchísimo y a mí aquello me dio la señal de que tal vez en un escenario era donde estaba mi futuro. Ser actor o artista, tanto me daba una cosa como otra.

Ya durante la guerra, con el cuadro artístico de la compañía, habíamos hecho funciones de teatro en el frente. La vocación por el teatro estaba latente en mí desde muchos años atrás. Y en el pequeño orfanato, que era la casa en que vivían mi madre y

mis hermanos, yo me disfrazaba y les hacía funciones de teatro que improvisaba con gran regocijo de todos. Me ponía una bata de mi madre, un delantal y un pañuelo en la cabeza y con una escoba en la mano barría el suelo y hacía los comentarios de una portera criticando a los vecinos.

Mis hermanos se lo pasaban en grande con aquellas "funciones".

Lo del periodismo empezaba a resultarme muy sacrificado, porque me robaba muchas horas de sueño, aunque por otra parte me era muy útil para adquirir cultura.

Desde que había finalizado la guerra mi única meta era recuperar los años perdidos.

Yo le giraba dinero a mi tío Ramón, para mi abuela. Pasaron dos meses y como no me llegaban noticias me fui hasta Madrid. Cerca del portal de la casa en que había transcurrido mi niñez estaba la tienda del señor Andrés. En la puerta estaba su mujer, la señora Edelmira, la saludé, me saludó. Noté en su forma de hacerlo algo especial. Le pregunté cómo estaba, me dijo que muy bien:

--Aquí estoy de permiso, a ver a mi abuela.

La señora Edelmira tartamudeó para decirme:

--Tu abuela murió hace tres semanas.

Ni siquiera subí a la buhardilla. ¿Para qué? La buhardilla ya no tenía la tos de mi abuelo, ni jaulón con canarios, ni orza de aceitunas, ni banco de carpintero. Di media vuelta y me dirigí a la estación.

Manuela Reyes se cansó de subir y bajar aquellas escaleras de vecinos pobres, sin ascensor, y se cansó de lavar ropa y de pensar en aquella hija que se fue sin llegar a ser mujer, y de regar los tiestos, y se cansó de estar sola desde que murió mi abuelo y de ir todos los domingos a la casa de sus hijos, ya casados, a comprar con golosinas los besos de los nietos.

Manuela Reyes murió. En el azul de sus ojos se hizo de noche y se fue con su fatiga, dejando huellas de ruido antiguo en los desgastados escalones de madera de la casa de vecinos pobres.

Mi tío Mariano se había vengado de aquel día en que, con mi abuelo a punto de morir, le di un puñetazo en el mentón y le noqueé. Mi tío Mariano sentía por mí un gran desprecio desde que mis abuelos, después de la muerte de mi padre, me acogieron como un hijo más. Mi tío Antonio obedecía lo que ordenaba Mariano. Mi tío Manolo, el mejor de todos como ya he dicho, había muerto de tuberculosis, contraída en una de las muchas prisiones del franquismo, y el último de ellos, el que estaba viviendo en la buhardilla y se había casado con una alcohólica, era un pobre diablo también sometido a lo que dijera su hermano mayor, y lo que dijo su hermano mayor fue que no me avisaran de la muerte de Manuela Reyes, mi abuela, mi madre para mí.

Regresé a Zamora. Me sumergí en mi trabajo.

En Zamora seguía haciendo programas de humor, transmitía partidos de fútbol desde La Coruña, Trubia, Palencia, Valladolid y desde León cuando el equipo de Zamora jugaba contra la Cultural Leonesa, donde jugaba César, el que años después fue un gran delantero en el Barcelona y en la Selección Nacional. Algunas veces, me era imposible hacerlo desde el campo de fútbol, porque me apedreaban, así que opté por transmitir los partidos desde la ventana de alguna casa vecina al campo, usando unos prismáticos. También me tocó transmitir procesiones de la Semana Santa de Zamora, sin duda una de las más auténticas e impresionantes que he vivido, y comedias desde el palco proscenio del teatro Nuevo. Generalmente, las compañías que pasaban por Zamora llevaban un amplio repertorio de obras que cambiaban a diario. Era costumbre

transmitir alguna, para que la gente se animara a ir al día siguiente al teatro. Gracias a trabajar en la radio tuve la oportunidad de conocer actores y actrices a los que admiraba, José Bódalo y Eugenia Zúfoli, a la familia Ozores, a Valeriano León y Aurora Redondo, y muchos más a quienes por mi trabajo como locutor tenía que entrevistar en la emisora o en los entreactos.

Una de las compañías que con más frecuencia trabajaba en Zamora era la compañía de Mariano Ozores y Luisa Puchol. Los tres hijos, Mariano, José Luis y Antonio, formaban parte de la compañía, Mariano como administrador y José Luis y Antonio como actores; también como actriz iba Conchita, la que después sería la mujer de José Luis. Yo había dejado de firmar mis chistes y mis artículos de La Codorniz con el seudónimo de XIII, ya me atrevía a firmar con mi apellido. Cuando los Ozores se enteraron de que yo era Gila, el de La Codorniz, se llevaron una gran alegría. Desde ese día nos hicimos grandes amigos, y de manera muy particular José Luis, al que cariñosamente llamaban Peliche, y yo.

Edgar Neville y Conchita Montes

Estaban por estrenar una comedia de un autor francés, traducida por Edgar Neville, titulada El tren de París; de Madrid, al estreno vendrían Edgar Neville y Conchita Montes. Nos avisaron de la hora a que llegarían a Zamora, contratamos unos músicos de pueblo, buscamos una alfombra larga, metimos en una caja alrededor de cien moscas vivas, preparamos un discurso y nos acercamos hasta la entrada a Zamora a esperarlos. Cuando vimos el coche de Edgar salimos a la carretera y les hicimos una señal para que se detuvieran. Paró el coche y le pusimos la alfombra hasta donde estaban los músicos. Antonio Ozores gritó:

--¡Soltad las moscas mensajeras!

Y abrimos la caja, las moscas salieron volando y los músicos comenzaron a tocar un pasodoble. Edgar y Conchita, pisando la alfombra, llegaron hasta donde estaban los músicos José Luis hizo una seña, los músicos dejaron de tocar y José Luis les leyó el discurso de bienvenida escrito en un rollo de papel higiénico.

Aquello fue muy divertido y a mí me sirvió para conocer personalmente a Conchita Montes, que en La Codorniz hacía el "Damero maldito" y que más tarde, a mi llegada a Madrid, me prestó su ayuda y hasta me ayudó a comer en muchas ocasiones. Tengo siempre un grato recuerdo de Conchita Montes y un enorme agradecimiento por todo lo que hizo por mí.

El estreno de El tren de París fue todo un éxito.

A partir de entonces mi amistad con la familia Ozores fue en aumento.

Cada vez que la compañía de Mariano Ozores y Luisa Puchol hacía teatro en Zamora, Peliche, Antonio y yo íbamos de pesca. Pescar en el Duero nos divertía mucho, porque llevábamos queso, pan y lombrices y aunque el pan y el queso era para nosotros, a veces lo poníamos en el anzuelo, porque los peces no le entraban a las lombrices, y después, cuando teníamos hambre, nos preguntábamos qué sabor tendrían las lombrices, que aunque nunca las comíamos, como tocábamos las lombrices y el queso con las manos, ya el queso sabía a lombrices y supongo que a los peces las lombrices les sabrían a queso.

Algunos años después, Franco se enteró de que existía un pez de río al que llamaban lucio, del que decían que era muy bravo y difícil de pescar, y dio la orden para que en el río Tajo, a su paso por Aranjuez, se echaran millares de alevines de lucio; pero la impaciencia del Caudillo por pescar aquel pez de río, motivó que ordenara que se

utilizaran lucios traídos de no sé dónde, ya de un tamaño considerable. Alguien, con el deseo de hacer feliz al Caudillo, mandó acotar el río con unas redes metálicas en unos dos kilómetros, de manera que los lucios no podían salir de aquella prisión. Y así, cuando el Caudillo iba a la pesca del lucio le aconsejaban que lo hiciera en aquel lugar. Sacaba cantidades fabulosas.

Peliche y yo nos hicimos muy amigos de Mariano, el guarda encargado de vigilar el coto. Mariano nos avisaba el día que el Caudillo no iba de pesca y nos daba permiso para que pescáramos nosotros, pero era tal la cantidad y la facilidad con que sacábamos los lucios que llegamos a aburrirnos.

Nuestro pescar juntos, como nuestra amistad, duró muchos años.

En agosto de 1966, viviendo ya en Argentina leí una noticia publicada en España, en la que se decía que el Caudillo había pescado una ballena de veinticinco toneladas, y treinta y seis ballenas dos semanas más tarde. Me acordé de los lucios y pensé: "Eso es que en el Cantábrico le han hecho un coto para pescar ballenas". Pero sigo con Zamora y la radio.

Un día nos llegó un nuevo aparato a la emisora llamado magnetófono, que no funcionaba, como más tarde lo haría, con cinta magnética; éste funcionaba con un fino hilo de acero que se enredaba cada dos por tres. Con este extraño aparato se podían grabar programas y transmitirlos después en diferido a través de la emisora. Aquello fue para todos nosotros algo tan emocionante como años más tarde sería la llegada del hombre a la luna.

Hicimos algunas pruebas hablando por el micro; pero no encontrábamos la forma de borrar lo que habíamos dicho.

Jacinto González y todos los componentes de la emisora nos reunimos aquella noche para celebrar la aparición de aquel misterioso y avanzado aparato. Jacinto quería que estuvieran presentes en el estreno de aquel instrumento el obispo de Zamora, el gobernador civil, el alcalde y el presidente de la Diputación. Llamaron del obispado y nos comunicaron que el obispo no podía asistir y que nos enviaba sus disculpas y su bendición.

Fue mejor que el obispo no asistiera al acto, ya que al no conocer bien el manejo del nuevo aparato, no habíamos sido capaces de borrar lo que sin darnos cuenta habíamos grabado y cada vez que lo poníamos en marcha salían un "joder", un "mierda", o un "me cago en la leche", que era lo que habíamos dicho mientras intentábamos descubrir cómo se manejaba aquella cosa para nosotros desconocida. No obstante, celebramos la fiesta. Me pidieron que improvisara algún monólogo divertido. Me daba mucha vergüenza ya que había gente que no era del equipo de la radio. Para quitarme la vergüenza me dieron a beber una copa de oloroso, y como me seguía dando vergüenza, me dieron otra copa y otra y otra. Acabé con una borrachera impresionante. Me sentía morir y traté de llegar a mi casa. Esa noche llovía de una manera tremenda. Yo llevaba paraguas y como el camino era corto pensé que llegaría a mi casa y en la cama se me pasaría todo en un momento, pero inesperadamente el paraguas se cerró sobre mi cabeza y con mi borrachera, todo lo que se me ocurrió pensar es que me había quedado ciego. Golpeándome contra las paredes y los árboles, por ese milagro que conduce a los borrachos, llegué a mi casa, me acosté y después de varios vómitos, mientras la habitación daba vueltas a mi alrededor me quedé dormido sobre la cama hasta el día siguiente que me desperté con un dolor de cabeza espantoso. ésta fue mi segunda borrachera después de la de las Navidades en el frente de Somosierra.

Pasaron unos días y se celebró el cumpleaños de Pedro Ladoire, nuestro técnico, responsable de coordinar los botones y las palanquitas que hacían posible las transmisiones. Esa noche, sin haber probado una gota de vino, me animé y, como ya

había hecho en otras ocasiones, improvisé un monólogo absurdo y disparatado que todos los que llenaban el estudio celebraron con carcajadas.

Serrano de Pablo, que estaba presente en la fiesta, me alentó para que dejara Zamora y me fuese a Madrid, argumentando que mis cualidades de actor y de humorista merecían un lugar con mayores posibilidades para triunfar. Y así lo hice.

Me fui a Madrid el 19 de marzo de 1951, el día de San José. En El correo de Zamora Herminio, director de la radio y gran amigo, publicó lo siguiente:

Adiós a un humorista

Miguel Gila se ha ido.

Un gran humorista y un gran amigo acaba de alejarse de nuestro lado. Es posible que recuerde a Zamora como nosotros en realidad le recordaremos siempre, con mucho cariño.

Miguel Gila se ha ido deprisa, inesperadamente, casi sin dar tiempo para una despedida. Acaso, como buen humorista, odia las cosas tristes y sabe que las despedidas siempre lo son. Nosotros desde aquí, desde estas páginas donde él nos sorprendió con su humor lleno de ironía, queremos dedicarle unas palabras de adiós porque queremos a Miguel Gila y creemos que los zamoranos, todos, le debemos gratitud por algo que cada día es más difícil conseguir; por los muchos ratos de optimismo, de risa, de buen humor, porque con sus chistes y artículos, tanto en La Codorniz como en el diario Imperio, con sus monólogos del absurdo, llenos a su vez de un gran contenido humano, y sus historias a través de los micrófonos de Radio Zamora, supo llegar a todos.

Gila es único, tiene un temperamento de humorista completo. Posee chispa, ingenio rápido, dotes extraordinarias de observador, facultad para ver el lado cómico de todas las cosas, hasta de las más trágicas. Y para que nada le falte es un sentimental, un hiperestético, se conmueve ante los dramas de la vida vulgar. En el fondo, Gila es triste o lo parece. Posiblemente le haya marcado muy profundamente la guerra y otros muchos sufrimientos que no comenta. Pero ese afán y ese deseo de luchar contra ese drama interior y contra el drama exterior que todo lo ahoga, es lo que transforma a Gila en el escritor ingenioso y en el humorista original y regocijante. Porque el humor de Gila no se limita a una sola faceta, sino que es amplio y dilatado en extremo, abarca desde el chiste hasta el artículo, el cuento, la actuación divertida y el monólogo que provoca una carcajada tras otra. En el diario, en el semanario y en la radio, Gila realizó una labor tan extensa como acertada: La vieja

chismosa, En el infierno, Anoche soñamos que... y Radio Cocoliche son títulos de programas que él creó, impuso y popularizó rápidamente porque estaban animados por su gran facilidad para hacer reír.

Es posible que así como no olvidamos nunca a quienes nos hacen pasar malos ratos, dejemos caer en el olvido a quien nos regaló muchas horas de risa, divertimiento y satisfacción. Esperamos que en el caso de Miguel Gila no sea así. Y esperamos también que muy pronto nos lleguen noticias de su triunfo por el Madrid de su infancia, porque Miguel Gila tiene dotes sobradas para triunfar en todas partes lo mismo que triunfó aquí. Y así se lo deseamos muy de veras.

De ninguna manera podré olvidar nunca a aquellos con los que durante años compartí tantas horas y tantos días, porque, entre muchas otras cosas, de ellos y con ellos aprendí a valorar la amistad, a adquirir la cultura que me había sido negada en mi infancia, por haber nacido en una familia humilde y tener que desgastar mi juventud en una guerra y porque, si bien esa ciudad histórica fue, durante casi los cuatro años de

servicio militar obligatorio, un cúmulo de humillaciones por parte de la mayoría de los mandos militares, nunca mientras viva podré olvidar a la gente de la radio y del periódico. Desde aquí, gracias a Herminio, a Vicente Planells, a Carmina, a Pedro Ladoire, a Timoteo, a Rufo, al resto de compañeros de trabajo, a Luis Serrano de Pablo y a todos con quienes compartí aquellos años, porque gracias a ellos pude recuperar mi buen humor de cuando chico. ¿Cómo olvidar todas las cosas divertidas y compartidas con esta gente? ¿Cómo olvidar todo lo que con ellos

aprendí? Imposible. Durante toda mi vida estarán presentes en mi memoria. Se me hizo muy duro abandonar Zamora, donde tenía grandes amigos, donde había aprendido tantas cosas, donde la gente me quería, pero tomé la decisión que me había recomendado Luis Serrano de Pablo y me fui a Madrid.

Madrid

Mi llegada a Madrid no fue de lo más esperanzador. Mi mujer no quiso correr aquella aventura y se quedó en Zamora. Me alojé en una pensión cercana a la estación del Norte y al acostarme noté que algo extraño andaba por mi cabeza, encendí la luz y le di la vuelta a la almohada. Un enjambre de chinches corrían despavoridas al haber sido descubiertas. No grité ni di saltos, porque después de una larga guerra, un campo de concentración y tres prisiones, pocos bichos me podían sorprender; pero ante la imposibilidad de dormir en aquella cama, abandoné la pensión que ya había pagado y fui a sentarme en un banco de la estación del Norte. Allí, acurrucado y apoyando la cabeza en mi maleta, en aquella maleta de madera que mi abuelo me había hecho con tanto cariño y esmero y que aún conservaba como una reliquia, dormí hasta que se hizo de día. Me instalé en otra pensión de la calle de San Bernardo, donde no había lujo pero sí limpieza. Sólo para dormir, las comidas las haría en la

calle. Esto fue lo que concerté con la dueña de la pensión.

A los pocos días de estar en Madrid, fui a la redacción de La Codorniz y me presenté a Fernando Perdiguero, que era el encargado de confeccionar y armar cada ejemplar que salía a la calle. Perdiguero, al igual que yo, publicaba sus artículos con seudónimos, Hache, Cero, Tiner y otros que después de tantos años me es imposible recordar. Sus seudónimos se debían, alguien me lo comentó, a que Perdiguero al término de la guerra había sido encarcelado y condenado a pena de muerte, que luego le conmutaron por la de treinta años de prisión y de la que nunca supe cómo pudo salir. Durante la República había dibujado en los periódicos con el seudónimo de Mena. Nunca me lo contó, pero tal vez durante la guerra tuvo algún cargo político o militar en el ejército rojo. Es posible que algo de esto fuese la causa de su condena. Siempre, y esto lo aprendí de mi abuelo, he sido enemigo de investigar en la vida de la gente.

Perdiguero y yo hicimos buena amistad y como yo no tenía nada que hacer durante las mañanas, iba a la redacción de La Codorniz y le ayudaba a buscar y recortar fotos de revistas antiguas, para que con ellas pudiera ilustrar los artículos de Mihura, de Tono, de Edgar Neville, de Wenceslao Fernández Florez y de los demás colaboradores del semanario. Los conocimientos adquiridos durante mi meritoriaje en el diario Imperio de Zamora me fueron muy útiles para ayudar a Perdiguero a confeccionar los ejemplares de La Codorniz.

En aquella época, el equipo de Humoristas, tanto literarios como gráficos, fue sin duda alguna el mejor que se haya podido reunir en ninguna época. (Escribo humoristas con mayúsculas porque desde el invento de la televisión, los que cuentan chistes o hacen imitaciones también se hacen llamar humoristas; tal vez la

denominación de imitadores, caricatos, narradores de chistes o cómicos les suena a algo peyorativo, cosa que no comparto, porque ha habido grandes genios de esas facetas, que ni son indignas ni son vergonzantes. Hay narradores de chistes y hay imitadores que lo hacen a las mil maravillas, pero rechazan cualquiera de estas calificaciones y sienten, o creen, que son más importantes si son denominados humoristas. Está bien, cada uno es cada uno y cada quién es cada quién, pero cuando hablo de humoristas hablo de Edgar Neville, de Jardiel Poncela, de Ramón Gómez de la Serna, de Evaristo Acevedo, de Wenceslao Fernández Florez, de álvaro de Laiglesia, de Julio Camba o de

Fernando Perdiguero, con su incalculable variedad de seudónimos. Esto en el terreno literario. Y en el género que podríamos definir como mixto, Mihura y Tono, que escribían y dibujaban humor, y en el humor gráfico, Enrique Herreros, Chumy Chumez, Jaén, Nacher, Munoa, Tilu, Mingote con su "Pareja siniestra"). Después se fueron integrando otros de gran valía, como José Luis Coll, que es un maestro en el manejo de la ironía y el humor y que es capaz de escribir artículos conmovedores, los dibujantes Mena, Serafín, Puig Rosado, Abelenda, Forges y algunos más que ahora mismo no recuerdo, pero igualmente importantes. De cada uno de ellos rescato algún chiste gráfico, pero entre los que más me impactaron hay uno de Forges: apoyada en un mostrador de una mercería con aspecto de principio de siglo hay una vieja de luto, con toquilla, y arriba de ella un rótulo que dice: "Mercería La Moderna". Puede parecer ingenuo, pero a mí el contraste del dibujo con el rótulo me pareció una

genialidad de un realismo poco común.

Perdiguero, que sabía de mi mala situación económica y que, aunque nunca hablamos de política, tenía ideología de izquierdas, manejaba eso que ahora llaman tráfico de influencias y me publicaba más dibujos que a otros colaboradores. Por cada dibujo me pagaban doce pesetas, y un poco más por los artículos. Con esto me alcanzaba para pagar la pensión y comer una vez al día.

Paradójicamente, en un pequeño despacho, el único que había en la pequeña redacción, estaba álvaro de Laiglesia, de muy distinta ideología a la de Perdiguero. álvaro había estado en Rusia con la División Azul, aunque no creo que la política le interesara mucho. Más bien creo que su ir a Rusia fue como mis excursiones de muchacho a La Pedriza. Digo esto porque intentar analizar la ideología de álvaro sería complicado y yo creo que hasta inútil. Una de las ideas de álvaro de Laiglesia para darle frescura a La Codorniz fue, en combinación con Fernando Perdiguero, dedicar cada semana una página del semanario a parodiar las cabeceras las secciones habituales, el estilo e incluso la tipografía de los periódicos y las publicaciones nacionales más importantes. Fernando Perdiguero, que era un gran periodista y al mismo tiempo un genial humorista, experto en el arte de parodiar a sus colegas, consiguió que aquella página fuese una delicia para todos los lectores de La Codorniz. Las

parodias cayeron muy bien cuando pertenecían a diarios o semanarios de empresas privadas. Fue parodiado con éxito el conservadurismo del ABC, el catolicismo del Ya y el futbolismo del Marca; pero cuando le llegó el turno al diario Arriba, La Codorniz vivió uno de los momentos más críticos de su historia.

La parodia se titulaba "Abajo". Y junto a esta cabecera que imitaba la tipografía del Arriba, se reproducía también un simulacro del emblema falangista que ilustraba la primera página de aquel diario, en el que se había sustituido el yugo por un plato y las cinco flechas por cinco cucharas; en los textos se copiaba el estilo, ampuloso, confuso y triunfalista que había creado el periódico nacionalsindicalista. "Abajo" cayó como una bomba entre los lectores de Arriba y los falangistas en general. Un grupo de ellos llegó hasta la redacción de La Codorniz, donde estaban sólo la secretaria y el ordenanza. Los falangistas destruyeron el despacho del director y rompieron todo lo que

encontraron a su alcance. álvaro de Laiglesia recibió orden de presentarse sin excusa ni pretexto en el despacho del gobernador civil, que era al mismo tiempo jefe provincial del Movimiento. Y aquí viene mi duda sobre la ideología de álvaro de Laiglesia. ¿Cómo se entiende que cuando un hombre que ha

estado en la División Azul, en el momento que es llamado por el gobernador civil, que era al mismo tiempo jefe provincial del Movimiento, se dé el siguiente diálogo¿:

El gobernador civil le dice a álvaro:

--Es intolerable, camarada, la burla que has hecho de los símbolos de la Falange.

Y álvaro le responde:

--Usted perdone, pero yo no soy camarada, ni admito por lo tanto que me tutee.

--¿Pero tú no estuviste en la División Azul?

--No señor. Yo estuve en la División española de voluntarios.

Lo cuenta álvaro de Laiglesia en su, creo que último libro, La Codorniz sin jaula, publicado por la editorial Planeta en 1981. Y añade: "Así fue como se llamó en realidad [División española de voluntarios] la unidad mandada a Rusia y cuyo voluntariado era muy variado. Es cierto que predominaban en ella los falangistas, lo que fue aprovechado por Falange para que fuera conocida como División Azul, pero yo fui uno de los numerosos voluntarios que no pertenecían al Partido y que declinó el honor de ser afiliado gratuitamente con rango de militante por el hecho de haber estado en la División". Estoy convencido de que el comportamiento personal de cada uno es lo que hace que la gente nos coloque la etiqueta de hombre de derechas o de hombre de izquierdas, aunque no lo pregonemos en discursos políticos. Pero esto sería un tema a analizar en otro tipo de literatura, que podría entrar en lo filosófico o en lo psicológico, y yo sólo pretendo contar mi paso por la vida. Por tanto,

sigo.

álvaro, que había entrado en La Codorniz con pantalón corto, se hizo cargo de la dirección después de que Miguel Mihura renunciara, porque, según sus propias palabras, aquello de tener que ir a un despacho era como ser un empleado de Correos. Cada semana, los colaboradores le llevábamos nuestros trabajos a álvaro, que con una total indiferencia, sin mirarlos y sin ningún comentario los metía en un cajón de su mesa. Ni una mirada al trabajo, ni una sonrisa que sirviera de estímulo. No sé cómo sería la reacción del resto de los colaboradores, pero a mí esta actitud me hacía sentirme un estúpido. Al principio me resultaba deprimente, después me acostumbré a su forma de actuar y acabé aceptando su comportamiento, como supongo harían el resto de los colaboradores.

Todos los trabajos que hacíamos para el semanario, daba lo mismo si eran dibujos que si eran artículos de humor, tenían que pasar obligatoriamente por el Ministerio de Información y Turismo para ser debidamente censurados y sellados al dorso. Herreros, que era el encargado, casi en la totalidad, de dibujar las portadas, se divertía trampeando a la censura. Cuando La Codorniz ya estaba en los quioscos, Herreros como un niño travieso nos preguntaba:

--¿Veis algo inmoral en la portada?

La examinábamos con detenimiento. Era una playa llena de gente donde una señora gorda le decía al marido: "Que sea la última vez que te olvidas en casa el cubito y la palita". Repasábamos con atención la portada. Nada. Entonces, Herreros nos daba una lupa, nos señalaba un lugar determinado de la portada y en una roca de la orilla se veía a un señor masturbándose, pero tan diminuto era el dibujo que sólo con la lupa era

posible distinguirlo. Herreros se divertía burlándose de la censura. Herreros, Edgar Neville y Tono eran niños grandes.

Tono era muy aficionado a los inventos, se pasaba horas delante de una mesa desarmando relojes o haciendo unos extraños ventiladores, tenía una gran habilidad para manejar las tijeras y el papel recortando animalitos que luego pintaba de colores. En una ocasión me llamó por teléfono y me invitó a su piso de Rodríguez San Pedro. Acababa de llegar de París donde había pasado unos días con Neville. Llegué a su casa y lo primero que me dijo, después de saludarnos, fue que apagase la luz, la apagué y con una luz diminuta alumbró uno de aquellos relojes que acostumbraba a desarmar.

--Mira -me dijo-, es un destornillador que tiene luz, funciona con una pila y si te quedas a oscuras, con este destornillador no tienes ningún problema para seguir trabajando. ¿Qué te parece?

--Es una maravilla.

Y con la mayor naturalidad del mundo, me dijo:

--Y Edgar, como ha vendido el palacio de la calle de Almagro, se ha comprado el juego completo, que son cinco destornilladores.

Así de tierno era Tono.

Edgar Neville era conde de Berlanga de Duero, después del bachillerato había estudiado la carrera de Derecho, que acabó en Granada al mismo tiempo que Federico García Lorca, al que desde aquel entonces le unió una gran amistad, pero la abogacía no le gustaba ni le divertía. Animado por el genial Ramón Gómez de la Serna colaboró en Buen humor, ingresó en la carrera diplomática y fue destinado a Washington; cuando le concedieron vacaciones, en lugar de volver a España se fue a Hollywood. La curiosidad por el cine había prendido en él. Se hizo amigo de los grandes actores del momento, como Charles Chaplin, Douglas Fairbanks, los Barrymore... En Hollywood se había iniciado el cine en idioma español, López Rubio se llevó entre otros a Tono, que me contaba que todo lo que él había hecho en Hollywood era guisar y hacer tortillas de patatas.

Entre todos los humoristas de entonces había una gran amistad, pero la de Tono y Edgar era especial, era la amistad del niño rico con el niño pobre, que juegan y comparten sus juguetes. Tono era el de la pelota de trapo y Edgar el del tren eléctrico.

En una ocasión en que iban de viaje hacia Málaga, conduciendo Edgar, éste atropelló a una gallina, a los pocos kilómetros atropelló a un conejo. Tono con su gran sentido del humor, le dijo: "Ahora lo que tienes que atropellar es un poco de arroz".

Por los años sesenta, Mingote filmaba una película en súper ocho, que se titulaba La vuelta al mundo en ochenta espías. En ella, cada uno de los "espías" que él había elegido entre sus numerosas amistades, recibía un mensaje, que le llegaba por el conducto más absurdo: o salía de un grifo de la cocina o aparecía en una lata en un solar. Fui con Tono a que rodara su escena, y puse la radio del coche, estaban radiando un partido de fútbol, era en una época en que los nombres de los jugadores eran Santa María, San José, Jesús, La Petra. El locutor decía: "San José se la pasa a Santa María, Santa María intenta despejar y Jesús corta la jugada y le pasa la pelota a La Petra". Tono escuchaba con mucha atención, de pronto me dijo:

--Están radiando un partido de fútbol desde el cielo. Lo que no imaginaba es que La Petra estuviera en el cielo.

El humor de Edgar era más ácido. Cuando se hablaba de los pobres, Edgar decía:

--Algo habrán hecho para ser pobres.

Cada año se internaba en una clínica de adelgazamiento pero se escapaba, se metía en un restaurante de lujo y se hartaba de comer y cuando regresaba a la clínica les contaba a los que estaban internados todo lo que se había comido.

Cuando Edgar murió en abril de 1967, Tono le escribió una carta en ABC.

Querido Edgar:

Ahí va esta carta. La última. Pero no te alarmes. No voy a decirte que tengo un nudo en la garganta y que me salen las letras torcidas y que se me humedecen los ojos. No. Esta carta es como las de siempre. Como las que tanto te divertía recibir cuando estabas en Malibú o cuando te escapabas a Londres o a París en busca de aquellos "inventos" que tanto nos gustaban y nos entusiasmaban a los dos. ¿Te acuerdas de aquel "pelapatatas" que trajiste de Bélgica¿...

Nunca nadie en tu casa peló con él una patata, pero tú y yo acabamos con todas las patatas que encontramos a mano y nos lo pasamos "bomba".

Pero esta vez, Edgar, te has ido demasiado lejos. Acaso porque los que te hemos rodeado en las últimas horas no hemos sabido encontrar el invento que necesitabas para retrasar tu viaje. ¡Qué burros! ¿Verdad? O tal vez porque a ti, con ese ansia de verlo todo y de estar en todas partes, se te había metido en la cabezota la idea de ver cómo era la otra vida.

Si es así, feliz viaje. Puede que en ella encuentres el invento definitivo. El que sirve para todo y que ya hace inútiles todos los demás inventos.

Un abrazo.

Tono

El compartir tertulias y mi amistad con estos genios del humor fue para mí una experiencia inolvidable.

Pero quiero seguir con mi recuerdo.

Todas las tardes un grupo de escritores, poetas, pintores, dibujantes y músicos, gente con inquietudes pero sin horizonte para exponer sus trabajos o sus ideas, todos bohemios, nos reuníamos en el café Varela de la calle Preciados y compartíamos charlas exponiendo nuestras preocupaciones, nuestras ideas y nuestros proyectos. Ninguno teníamos ni para el café. Por gentileza del dueño del Varela, amante de la bohemia, pagábamos con un dibujo o con un poema, que luego era enmarcado por él y colgado en las paredes del café.

Pasaba el tiempo y yo seguía sin encontrar un lugar dónde desarrollar alguna actividad que me permitiera ganarme la vida. Se me ocurrió hacer una visita a Matías Prats, entonces locutor de Radio Nacional de España. Matías me recibió con toda la caballerosidad que le ha caracterizado siempre, le hablé de mi intención de entrar como locutor en la emisora, me hizo una prueba en uno de aquellos telediarios que la gente seguía llamando "el parte".

Cuando terminó la prueba, Matías me dijo que no lo había hecho mal pero que notaba en mi forma de hablar un cierto tono provinciano y que mi castellano no era perfecto, que dedicara un tiempo a ejercitar la vocalización y que volviese en quince días para hacer una segunda prueba. Me sorprendió lo del acento provinciano, porque si en algún lugar de España se hablaba bien el castellano era en Valladolid, Salamanca y Zamora, pero...

Nunca sabrá Matías Prats, o sí, lo importante que fue para mí el que no me aceptara como locutor, porque después de aquel día me llegaría algo que ni esperaba, pero que iba a ser de ahí en adelante mi soñado futuro.

Por los años cincuenta había una hermosa y lamentablemente desaparecida costumbre. Cuando alguna obra de teatro conseguía alcanzar las quinientas representaciones, se celebraba un llamado fin de fiesta, en el que actuaban artistas de distintos géneros como homenaje a la compañía que lograba llegar a esas quinientas representaciones. Esto, aparte de ser un gran estímulo para los componentes de la compañía, motivaba al público a asistir a la función especial, ya que en ella no sólo disfrutaban de la obra que cumplía quinientas representaciones sino que tenían oportunidad de ver la actuación de artistas famosos de géneros tan variados como el flamenco, la música, el ballet o la magia. También era costumbre que los componentes de la compañía recitaran algún poema o interpretaran un monólogo.

Yo les había escrito a Conchita Montes y a Ismael Merlo un diálogo del absurdo, donde un individuo trataba de atracar a una señorita que estaba sentada en el banco de un paseo y, finalmente, la señorita convencía al atracador para que hiciera unas oposiciones para ingresar en Correos.

Hicieron este diálogo en un fin de fiesta y fue muy celebrado por el público, aunque mi nombre como autor no fue mencionado ni figuró en el programa.

Se iban a celebrar en el teatro Fontalba de Madrid las quinientas representaciones de una revista musical titulada Las cuatro copas, de la que eran principales intérpretes Antonio Casal, ángel de Andrés y Marujita Díaz.

Don Tirso Escudero, empresario del teatro de la Comedia, teatro que yo frecuentaba mucho debido a mi amistad con Edgar Neville y Conchita Montes, me llamó y me pidió que escribiera un monólogo al estilo de los que escribía en La Codorniz para que en esa noche del fin de fiesta lo interpretara Antonio Casal.

Aún faltaban varios días para esta celebración. Me cobijé en el café de La Elipa, en la calle de Alcalá, donde Jardiel Poncela escribía sus obras del absurdo. Sobre la mesa de mármol, como era costumbre en él, lapiceros de varios colores, una goma de borrar, tijeras, una regla y un frasco de goma arábiga. Me hizo un hueco y ahí, sobre esa mesa de mármol, frente a un café y una jarra de agua escribí, no un monólogo, sino cuatro.

Le llevé los monólogos a don Tirso y él a su vez se los dio a Antonio Casal.

Yo, que en aquel entonces no tenía más ingresos que lo que me pagaban por mis colaboraciones en La Codorniz, esperaba con ansiedad el resultado de aquel mi primer trabajo para el teatro.

La decepción fue tremenda. Don Tirso me dijo:

--Le he dado los monólogos a Casal, los ha leído y me los ha devuelto porque dice que son un disparate.

Se me vino el mundo abajo. De nuevo al café Varela de la calle Preciados a seguir compartiendo bohemia con Paco el Huevero, Evaristo Acevedo, Carlos Clarimón, Antonio Mingote, Linares Rivas, que llevaba con él la brocha, el jabón y la maquinilla y se afeitaba en el cuarto de aseo del Varela, y el resto de bohemios, y de nuevo a pagar mi café con un dibujo para decorar las paredes del café. Antes de la tertulia nos reuníamos para ir a comer un plato de lentejas y una naranja a una taberna de la calle de las Conchas. Su precio era de una peseta veinticinco céntimos incluido medio panecillo y jarra de agua. A veces, cuando alguno no disponía de dinero compartíamos entre dos las lentejas, la naranja, el pan y la jarra de agua, y después de tan suculento menú nos instalábamos en el café Varela donde una orquesta de señoritas que actuaba sobre un entarimado nos llenaba de melancolía con su música clásica, que nada tenía que ver con las lentejas; pero eso sí, no nos faltaba nuestro

café, que como ya he dicho pagábamos con un dibujo o un poema. Todos estábamos enamorados de aquellas señoritas jóvenes que tocaban el violín, el piano y el violonchelo.

Por la noche, cuando ya era la hora de comenzar la primera función me fui hasta el teatro de la Comedia donde Conchita Montes, Rafael Alonso, Pepe Franco, Pedro Porcel y Manolo Gómez Bur interpretaban Ninotchka.

Terminada la última función y sin dinero para el autobús me fui andando desde el teatro de la Comedia de la calle del Príncipe hasta el barrio de Prosperidad, donde Antonio Mingote, conocedor de mi situación económica, generosamente me había cedido una habitación en su piso. Y ahí, con los pies doloridos de caminar, me descalcé, me dejé caer sobre la cama y pasados unos instantes tomé conciencia de que no podía desaprovechar esta oportunidad de entrar en el mundo del teatro.

Algunas noches, en el piso de Mingote, había algo para comer; una chica, creo que de nombre Carmina, tal vez enamorada de alguien de aquel piso, puede que de Carlos Clarimón, nos guisaba unas lentejas o unas patatas, que Mingote traía del cuartel donde "trabajaba" de teniente, y digo que trabajaba de teniente porque yo no he visto nunca un teniente menos teniente que Mingote, pero, por lo general, la mayoría de los días me dormía con el estómago dando gritos.

Tal vez fue el hambre lo que me dio valor para luchar por conseguir un lugar en el mundo del espectáculo.

El teatro era desde hacía mucho tiempo mi gran vocación. Formando parte del grupo artístico de Radio Zamora había interpretado a través de los micrófonos obras de Oscar Wilde, de Calderón de la Barca y de Valle Inclán; al mismo tiempo que trabajaba como locutor, tenía que transmitir, en aquella época era costumbre, obras de teatro desde un palco proscenio; ahí fue donde con motivo del estreno de El tren de París nació mi amistad con Edgar Neville, con Conchita Montes, con Peliche y con su hermano Antonio, a quien cariñosamente llamaban Pirulo.

Tumbado sobre la cama, contemplando el techo de la habitación, repasé mi situación y tomé la determinación de hacer cualquier cosa menos sucumbir tan sólo porque a un actor no le hubieran gustado mis monólogos. Después de varios años escribiendo y dibujando en La Codorniz yo tenía una idea muy clara del humor. Releí los monólogos una y otra vez y llegué a la conclusión de que aquellos monólogos absurdos suponían para cualquier actor salirse de lo clásico y esto era un riesgo que pocos se hubieran atrevido a correr.

Yo, por mi parte, no tenía nada que perder y sí mucho que ganar. Tomé una determinación. Jugarme a cara o cruz el éxito o el fracaso. Lo que no podía hacer era quedarme en la mediocridad.

La noche que se celebraban las quinientas representaciones, fui al teatro Fontalba con una bolsa en la que llevaba un uniforme de soldado de Infantería de los años veinte y un fusil de madera que había alquilado en Cornejo.

Se hizo la función número quinientos de Las cuatro copas, que presencié desde un palco. Al finalizar la representación, Fernando Sancho, que hacía de maestro de ceremonias, comenzó a presentar a los distintos participantes del fin de fiesta: Maite Pardo, Tita Gracia, Marianela de Montijo, Josele, Dicky Biondi...

Esto ocurría el 24 de agosto de 1951, en un verano caluroso. Con un teatro lleno, como dicen en el ambiente artístico, hasta la bandera.

Mientras Fernando Sancho iba presentando a los participantes en aquel fin de fiesta, yo, disimuladamente, fui descendiendo hasta el foso, me vestí con la ropa de militar y llegué hasta la concha del apuntador.

Aprovechando una pequeña pausa entre una y otra actuación y mientras Fernando Sancho aplaudía a uno de los participantes, saqué medio cuerpo fuera, tomando contacto con aquel clima cálido. Eché una mirada hacia arriba y sentí un extraño y al mismo tiempo morboso placer por haberme atrevido a esta aventura, que era un desafío conmigo mismo, para saber si mi vocación se podía hacer realidad o era únicamente un sueño.

Mi idea, desde hacía tiempo, era encontrar un camino en una posguerra de vencedores y vencidos, siendo yo uno de los vencidos.

Había pasado tantos miedos y tantas humillaciones en la guerra, en el campo de prisioneros de Valsequillo y en las cárceles de Yeserías, Carabanchel y Torrijos que salir por aquella concha de apuntador me pareció algo tan simple como bostezar. Había superado tantos riesgos que este desafío no me impresionaba, aunque de alguna manera se trataba de una salida de lo más parecida a un parto. Salir por aquella concha de apuntador era como nacer a una vida nueva con el riesgo de que resultara un aborto, pero estaba dispuesto a todo. Llevaba muchos meses, desde marzo, intentando introducirme en algo que tuviera que ver con mi vocación. Nadie me daba una oportunidad. En Radio Madrid, donde había pedido repetidas veces que me hicieran una prueba, mientras esperaba la respuesta a mi petición, por el hueco de la puerta veía a Manuel Aznar, director entonces, rechazar con ademanes despectivos todos mis proyectos. Pero aquello fue tan sólo un añadido más a las humillaciones y quiero directamente ir a los hechos que motivaron mi ingreso en el teatro.

Decía que al salir de la concha del apuntador sentí un extraño y morboso placer de enfrentarme a aquella gente, que ni me conocía ni sabía de qué diablos iba a hablar. Era, por supuesto, sorprendente ver salir por la concha del apuntador a un soldado de Infantería de los años veinte.

Fernando Sancho me miraba entre divertido y sorprendido, como si no diera crédito a lo que estaba viendo. Me apuntalé bien sobre el escenario, y me llegó el murmullo divertido de la gente. Y ahí, en ese momento, en voz alta, para que se me escuchase bien, le pregunté a Fernando Sancho:

--Por favor, ¿la calle de Serrano?

Fernando quedó descolocado por unos instantes, sujetando la carcajada. Por fin reaccionó y me dijo:

--Perdón, ¿cómo dice?

--¿Esto no es la salida del metro de Goya?

Como si lo tuviéramos estudiado Fernando me siguió la broma.

--No. Esto es el teatro Fontalba.

Y dirigiéndome al público comencé con voz tímida el relato de mi monólogo.

--Les voy a contar por qué estoy aquí. Yo trabajaba de ascensorista en unos almacenes y un día en lugar de apretar el botón del segundo piso apreté el ombligo de una gorda y me despidieron. Me fui a mi casa y me senté en una silla que teníamos para cuando nos despedían. Entonces llegó mi tío Cecilio con un periódico que traía un anuncio que decía: "Para una guerra importante se necesita soldado que mate deprisa". Y dijo mi abuela: "Apúntate tú que eres espabilado". Y dijo mi hermana: "Pero tendremos que comprarle un caballo". Conque fuimos a comprar el caballo y no los vendían sueltos, tenían que ser con carro y basura. Y dijo mi mamá: "Vas a llenar la guerra de moscas, es mejor que la hagas a pie, pero limpio".

El teatro se convirtió en una carcajada detrás de otra, yo sentía que iba creciendo a medida que recibía la respuesta del público ante el absurdo de mi monólogo. Aquellas carcajadas significaban para mí la posibilidad de salir triunfante de aquella mutilación que había sido para mi juventud la Guerra Civil y sus consecuencias.

Pero es mi intención en este relato hablar únicamente de lo que ocurrió esa noche en el teatro Fontalba y del giro que se iba a producir en mi vida. Seguí con el monólogo:

--Entonces, mi mamá me hizo una tortilla de escabeche y me fui a la guerra. Cuando llegué estaba cerrada. Había una señora en la puerta que vendía bollos y torrijas y le pregunté: "¿Usted sabe si ésta es la guerra del 14?" Y me dijo: "ésta es la del 22, la del 14 es más abajo". Y dije: "¿Usted sabe a qué hora abren¿" Y me dijo: "No creo que tarden mucho porque ya han tocado la trompeta". Entonces me senté en un banco con un soldado que no mataba porque estaba de luto y cuando abrieron la guerra entré, pregunté por el comandante y me dijeron: "No está porque ha ido a comprar tanques y latas de albóndigas para el ejército", así que me esperé y cuando llegó el comandante, dije: "Que vengo por lo del anuncio del periódico, para matar y atacar a la bayoneta y lo que usted mande". Y me dijo: "¿Qué tal matas¿" Dije: "Pues de momento flojito, pero cuando me entrene..." Y me preguntó: "¿Traes cañón¿" Y dije: "No. Yo creí que la herramienta la ponían ustedes". Y dijo: "Es mejor cada

uno el suyo, así el que rompe, paga". Dije: "Yo lo que traigo es una bala que le sobró a mi abuelo de la guerra de Filipinas. Está muy usada, pero lavándola un poco..." Y dijo el capitán: "¿Y cuando se te acabe la bala, qué¿" Y dije: "Pues voy a por ella, la traigo y disparo otra vez". Y dijo el comandante: "Es mucho jaleo, no vamos a parar la guerra cada cinco minutos para que tú vayas a buscar la bala". Y dijo un sargento que era bajito por parte de padre: "¿Y si la ata con un hilo, dispara y tira del hilo y se la trae otra vez¿" Y dijo el capitán: "¿Y si se rompe el hilo, qué? Perdemos la bala y el hilo". Y dijo el comandante: "Además esa bala es muy gorda para los fusiles nuestros", y dijo el sargento bajito: "Pero limándola un poco". Y el comandante le llamó imbécil y le arrestó a siete días de calabozo.

A esta altura del monólogo, el teatro era una carcajada gigante. En la medida que iba creciendo el absurdo, crecía la reacción del público que llenaba el teatro.

El monólogo era interrumpido con aplausos y carcajadas. Yo sentía como si me estuviera descargando de todos los sufrimientos y humillaciones, porque si el ejército se había servido de la disciplina y la obediencia para rebajarme como ser humano, ahí estaba yo, en lo alto de un escenario armado con la ironía y la burla, ridiculizando la pretendida solemnidad que ellos intentaron inculcarme durante años. Ahí estaba yo, disparando contra la guerra, contra los que la organizan y arrastran a los jóvenes que durante meses, y en aquel entonces años, se ven obligados a llevar un uniforme y obedecer unas órdenes vejatorias.

Seguían las carcajadas. Y mi monólogo seguía adelante:

--Me dieron un fusil y seis balas y me dijo el capitán: "¡Hale, ponte a matar! Aquí se mata de nueve a una y de cuatro a siete". Y estaba yo matando, tan calentito con mi tortilla y mi fusil y dijo el comandante: "¡Prepárate que vas a ir de espía!" Me pusieron una minifalda, una blusita de seda, una peluca rubia con tirabuzones y unos zapatos de tacón alto y me fui donde estaba el enemigo y dije: "¡Hola!" Y me dijo el centinela: "¿Qué quieres¿" Dije: "Soy Mary Pili, que vengo a por los planos del polvorín". Y me dijo: "Tú hace poco que trabajas de espía, ¿no¿" Dije: "Desde esta mañana". Y me dijo: "Te lo he notado por los pelos de las piernas. Así que le dices a tu comandante que ni hay planos ni nada de nada, que para eso estamos en guerra". Y volví a mis trincheras y le dije al comandante que no me habían querido dar los planos. Y dijo: "No importa, déjalos, que arrieros somos y en el camino nos encontraremos". Conque me puse a matar y me llamó el coronel: "Vete otra vez

donde el enemigo y que te den el avión", porque como nos llevábamos bien con el enemigo con un avión nos arreglábamos todos, ellos bombardeaban los lunes, miércoles y viernes y nosotros los martes, jueves y sábados, y los domingos se lo

alquilábamos a una agencia de viajes, para cubrir gastos. Me fui donde el enemigo y dije: "Que soy el espía de esta mañana, que de parte de mi coronel que hagan el favor de darme el avión". Y me dijo el capitán enemigo: "Dile a tu coronel que ahora no os podemos dar el avión, porque se ha quedado antiguo y le vamos a poner un grifo para que sea de propulsión a chorro". Y dije: "No importa. Me ha dicho mi comandante que me lo lleve como esté". Y me lo llevé, pero le habían roto la hélice. Y dijo mi comandante: "Eso nos pasa por buenazos que somos. Pues ahora vas y los bombardeas a pie, para que aprendan". Me pusieron una bomba debajo de cada brazo, me fui hasta las trincheras enemigas y me dijo el centinela: "Pero, ¿ya estás otra vez aquí, Mary

Pili? ¡Qué pesada! ¿Y qué quieres ahora¿" Y dije yo: "Que vengo a bombardear". Y dijo el capitán enemigo: "¡A ver si vas a dar a alguien, gracioso!" Y dije: "A mí no me diga nada, yo soy un mandado y lo único que hago es obedecer las órdenes de mis superiores". Y me dijo: "Pues apunta para donde no haya nadie". Y dije: "Más vale que se calle, porque ustedes el jueves le han dado un cañonazo a una señora que no es de la guerra y a un niño que estaba jugando en una plaza, que lo he leído en los periódicos". Y me dijo: "Oye, cuando estamos en guerra no nos vamos a andar fijando si son soldados o son paisanos". Y dije: "Bueno, a mí no me venga con historias, a mí me ha dicho mi comandante que les tengo que bombardear y como soy un mandado, pues eso". Pero como en el Servicio de Inteligencia me habían dicho que en el ejército enemigo había un soldado que era huérfano, me dio pena matarle y tiré la bomba en un charco para que no explotara y no maté a nadie. Y cuando volví dijo mi

capitán: "¡A buenas horas vienes! Se ha acabado la guerra". Y dije: "¿Qué ha pasado¿" Y dijo él: "Que nos han pedido la licencia de armas y como llevamos tanto tiempo de guerra estaba vencida y hasta que no la renueven no podemos seguir. Así que vete a tu casa y cuando la empecemos otra vez te llamaremos". Y por eso estoy aquí, de camino a mi casa, a esperar hasta que empiece la guerra otra vez.

Intenté salir del escenario, el público en pie, mezclaba carcajadas con aplausos ininterrumpidos. No recuerdo las veces que tuve que salir a saludar. Fernando Sancho me empujaba una y otra vez a boca de escenario. Yo no podía dar crédito a lo que estaba viviendo en aquel teatro lleno a rebosar, adornado con mantones de manila colgando de los palcos y la gente en pie aplaudiendo, sin dejarme abandonar el escenario.

Al día siguiente, los periódicos se hicieron eco de lo sucedido. En las páginas de espectáculos se comentaba el extraño fenómeno de mi absurda aparición y del sorprendente y diferente estilo de humor, hasta ese momento desconocido en los teatros.

Pero no pasó nada. La cosa se quedó ahí. Volví a mis tertulias del café Varela, a mis dibujos y artículos para La Codorniz y a mis visitas al teatro de la Comedia donde Conchita Montes me invitaba a cenar y aunque alguna vez acepté la invitación, muchas noches le decía que ya había cenado y se repetía con el estómago vacío, mi caminata hasta el barrio de la Prosperidad.

Pasaron algunos días y fui al teatro Fontalba a saludar a Antonio Casal y ángel de Andrés. Este último me invitó a una sala de fiestas de verano, que había en El Retiro, llamada Pavillón. Esa noche se despedía El Trío Calaveras.

Una vez terminada la actuación de El Trío y después de los aplausos de despedida, el presentador dijo: "Señoras, señores, tenemos el gusto de tener entre nosotros a uno de los mejores actores cómicos del país. ¡ángel de Andrés!" La gente aplaudió, ángel de Andrés se puso en pie y alguien gritó: "¡Que nos cuente algo!"

Y con aplausos intentaron que ángel de Andrés subiera al escenario, pero ángel dijo:

--Yo estoy muy visto, pero tengo la suerte de que esta noche me acompañe un muchacho que hace algunos días formó un alboroto en el teatro Fontalba y me gustaría que fuese él quien nos contara algo divertido.

Aplausos y obligada subida por mi parte al pequeño escenario. Como en el teatro Fontalba, no tenía ningún monólogo memorizado, así que otra vez a correr el riesgo de la improvisación. No recuerdo con exactitud qué fue lo que conté. Era algo donde explicaba que yo había trabajado de gángster en Chicago, que fui para colocarme de guardaespaldas con Al Capone y que como ya tenía dos, me colocó de guardamuslos de su mujer, una rubia que gastaba un treinta y cinco de pie y un setenta y dos de sostén, que me hicieron una prueba, para ver si yo tenía madera de gángster. Me mandaron a asaltar una farmacia y que cuando le dije al farmacéutico: "¡Venga, la pasta!", me preguntó: "¿Profidén o Colgate¿" Y dije: "Pues no me ha dicho nada mi jefe", conque volví a la guarida, estaba Al Capone en un sillón y le fui a dar un beso y me dijo: "Ni beso ni nada. Estás despedido". Luego me perdonó y me dijo: "Te voy a dar una última oportunidad. Toma este paquete, vete a la Quinta Avenida y cuando pase el presidente se lo tiras". Conque fui a la Quinta Avenida y estaba llena de gente con banderitas. Me puse en mitad de la calle, se me acercó un policía y me dijo: "No se puede estar aquí porque va a pasar el presidente". Y dije: "Es que yo soy el que va a tirar la bomba". Y me dijo: "Si es así, bueno, porque los hay que se ponen para estorbar". Y dije: "Yo no. Yo en cuanto tire la bomba me voy". Conque me esperé y cuando vi pasar un coche tiré la bomba y eché a correr. Cuando llegué a la guarida, estaba Al Capone con una cara... Y digo: "¿Qué pasa¿" Dice: "¿Que qué pasa¿, que has destrozado el coche que rifaban para los huérfanos de ferrocarriles. Así que haz el favor de irte y no aparecer más por aquí". Luego me metí en otra banda pero no se parecía nada a la de Al Capone, así que lo dejé.

Esto no es exactamente lo que conté esa noche en Pavillón, pero fue más o menos algo así. Se trataba de contar mis experiencias como gángster.

La cuestión es que la gente lo recibió con carcajadas y un gran aplauso.

Volví a la mesa y la orquesta comenzó a tocar música de baile. Estaba con nosotros un representante de artistas, Paco Bermúdez, que en ese momento hablaba con el propietario de Pavillón, a quien yo conocía desde niño, porque entonces era el chófer de la dueña de Wateler, en Abascal entre Zurbano y Fernández de la Hoz, una señora ya anciana con quien se casó y que murió al poco tiempo dejando como herederos de su fortuna a su hijo Sabino y al que había sido su chófer, don Ricardo, que montó los Jardines Abascal y terminada la guerra, Pavillón. Don Ricardo no me reconoció, habían pasado muchos años.

Era imposible que después de tantos años recordara que yo era uno de los chicos que, metiendo un alambre con un gancho en la punta por las ventanas que daban a las cocinas del Jardín Abascal, le robaba las croquetas. Pasado el tiempo, le recordé cosas divertidas de cuando él era chófer en Wateler y llevaba un Ford de tracción delantera.

Mi primer contrato

Paco Bermúdez y don Ricardo, el dueño de Pavillón, se sentaron a la mesa con nosotros. Ya habían hablado. Paco Bermúdez me dijo: "Te quiero presentar al dueño del local". Nos saludamos:

--Don Ricardo quiere hacerte una proposición. Si quieres trabajar en esta sala, te hace un contrato y está dispuesto a pagarte setecientas cincuenta pesetas.

Hice mis cálculos y me resultaba más cómodo ganar cuatrocientas veinte en La Codorniz, sin horarios ni presiones, que setecientas cincuenta en Pavillón, con la obligación de hacerlo a diario.

Mi respuesta fue clara:

--No. Dile que no me interesa.

Don Ricardo quedó descolocado y le dijo a Bermúdez:

--No lo entiendo, le estoy ofreciendo setecientas cincuenta pesetas diarias y me dice que no le interesa.

En mi estómago se produjo la misma sensación que se produce en uno de esos ascensores de bajada rápida. ¡Diarias! ¡Setecientas cincuenta pesetas diarias!

¿Cómo hubiera podido imaginar que hablaban de setecientas cincuenta pesetas diarias? Suponía que hablaban de un sueldo mensual.

Simulé meditar unos instantes, como para no delatar mi ignorancia en lo del pago y acepté el contrato.

Los monólogos que había escrito para Antonio Casal los había roto y tirado a la basura, así que tenía que correr el riesgo de, como ya había hecho en el teatro Fontalba, improvisar, no tenía otra opción. No podía dejar aquella oportunidad. Para mí no era complicada la improvisación. A fin de cuentas mis monólogos y mis dibujos semanales en La Codorniz no eran el fruto de una elaboración sino el resultado de escribir en un papel aquello que se me ocurría. Esto era lo mismo. Se trataba de iniciar un monólogo y según las reacciones del público ir puliéndolo hasta darle una forma continuada y conseguir la carcajada, sin pausas, y con cada frase sorprender a la gente.

Por supuesto yo no tenía ni ropa ni calzado para presentarme en una sala de la categoría de Pavillón ni de ninguna categoría, de manera que cuando el dueño me dijo que si necesitaba algo, no tuve ningún pudor en pedirle dos mil pesetas de anticipo.

Un sastre me hizo un traje gris con solapas de tipo esmoquin, y en las manos llevaba un sombrero verde, como apoyo para crear mi interpretación de personaje ingenuo y tímido, como si lo que contara fuese una realidad dicha por un muchacho sin experiencia de lo vivido. Para iniciar mi actuación lo haría contando una absurda historia de mi vida y seguiría con el monólogo de la guerra que tan buen resultado me había dado en el teatro Fontalba, luego haría otro monólogo contando mi vida en la banda de Al Capone. Con esos tres monólogos cubriría el tiempo de mi actuación.

Para poder trabajar, era necesario, en aquel entonces, conseguir un permiso de la Dirección General de Seguridad. Con algo del dinero que me había sobrado del anticipo subí en un taxi y dije: "A la Dirección General de Seguridad". En la Puerta del Sol le dije al taxista que me esperara un momento, que sólo iba a recoger unos papeles. En aquella época se podía hacer, el taxi aparcó en la calle de Carretas y me fui decididamente a las oficinas de la Dirección General de Seguridad. Me dijeron que me sentara en un banco de madera y esperé. El policía que me había tomado los datos, nombre, apellidos, fecha de nacimiento, nombre de mis padres, domicilio, etc., etc., entraba y salía por la puerta de una oficina repetidas veces, y cada vez que lo hacía le mostraba al otro policía, al que vestía uniforme, unos papeles que estaban en una de esas carpetas de cartulina barata. Pasaban los minutos y yo pensaba en el taxista que, confiando en mi palabra, estaría esperando mi regreso.

Finalmente, se me acercaron dos policías que me dijeron: "Acompáñanos". Y me bajaron a un calabozo donde se hacinaban borrachos, maleantes y todo un panorama de delincuencia. Aquello para mí significaba volver al pasado. Ni siquiera me dijeron el porqué de mi detención. Pedí, es decir, no pedí, allí no se podía pedir, supliqué, llegada la noche, que me dejaran hacer una llamada telefónica. Me lo autorizaron. Llamé a don Ricardo, el dueño de Pavillón y le expliqué lo que me había ocurrido. A la mañana

siguiente se presentó con Pablo Argote, un abogado amigo suyo y hombre eficaz que, después de salir fiador, me sacó del calabozo. Aquello quedó así. En mi ficha constaba un término que nunca he sabido catalogar: "Desafecto al Régimen". Y según me comentó Argote, había una denuncia contra mí por haber hecho un registro al principio de la Guerra Civil en la casa de la amante del chófer de Ruiz de Alda, cosa incierta, ya que lo único que yo había hecho fue, obedeciendo órdenes de un

grupo de milicianos, bajar con otro muchacho de mi edad, Pedro Tabares, elegidos a bulto, un cajón de madera desde la casa de la mencionada señora hasta el coche de los milicianos. El cajón, me enteré finalizada la guerra, contenía un fichero de Falange que la amante del chófer de Ruiz de Alda ocultaba en su casa.

Y llegó la noche, el momento de iniciarme como un posible profesional en el humor hablado. No tenía ningún temor. Estaba muy seguro de mí y por otra parte, si no gustaba, tampoco se iba a acabar el mundo. Antes de salir hice un repaso de los monólogos, me di un poco de colorete en los carrillos, el dueño, don Ricardo, me deseó suerte y salí. El público me recibió con un gran aplauso. Yo estaba obligado a corresponder. Me situé frente al micrófono y frotando mis manos por el ala del sombrero verde con todo el aspecto de un hombre tímido dije:

--Como ustedes no me conocen, les voy a contar la historia de mi vida, que es muy triste, pero como no tengo otra se la cuento. Yo tenía que nacer el 24 de abril, pero no pude nacer en esa fecha porque era domingo y estaba todo cerrado, así que me esperé unos días y nací un jueves, que era un día laboral y ya estaba todo abierto. Mi mamá, como todos los jueves, había ido a la peluquería para hacerse la permanente, que es lo que se hacían en aquella época todas las señoras los jueves. Y estaba con la cabeza metida en el secador cuando se me ocurrió nacer. Mi mamá, con el ruido del secador, no se dio cuenta que había dado a luz, pero una señora que estaba en el sillón de enfrente dijo: "¿Es de usted este niño¿" Y dijo mi mamá: "¡Ay sí, qué tonta! Pues si no llega a ser por usted... vamos, que ni me entero". Mi mamá se puso muy contenta, me dio un baño con champú, me envolvió en una revista y me llevó a casa para que me conocieran. Cuando llegamos estaba solamente mi abuelita,

que se llamaba Basilio porque cuando nació creyeron que era niño, porque mis bisabuelos eran gente de campo y en aquella época, la gente del campo era muy ignorante y no sabían distinguir a los niños de las niñas, sólo sabían distinguir los toros de las vacas, porque las vacas tienen tetas y los toros no. Sólo cuando los hijos eran mayores, si tenían barba sabían que era varón y si no tenía barba era hembra. O sea que cuando bautizaban a una criatura le ponían el nombre a bulto, unas veces acertaban y otras veces no. Por eso mi abuela siendo una mujer se llamaba Basilio. No se lo pudieron cambiar, y aunque el párroco del pueblo dijo que si lo solicitaban al Vaticano tal vez el Papa les concedería el cambio de nombre, a mi bisabuelo le pareció muy complicado y por eso mi abuela se siguió llamando Basilio toda la vida. Lo único que pudieron hacer, dentro de su condición de gente humilde, fue que cuando se dirigieran a ella, la gente en lugar de llamarla señor Basilio, la

llamaran señora Basilio, y así ya se sabía que era mujer y no un hombre. Aunque tampoco importaba mucho, porque casi toda la gente del pueblo era igual de ignorante, el alcalde se llamaba María del Carmen y su mujer se llamaba Demetrio. En el pueblo ya estaban acostumbrados a este cambio de nombres y no les importaba nada. Bueno, pues como les decía, cuando llegamos a casa sólo estaba mi abuela Basilio y no le pudimos decir que yo era su nieto, porque era muy sorda, así que murió sin enterarse. Mi papá estaba en Marruecos matando moros y le escribimos una carta diciéndole que había nacido yo. Se puso tan contento que sacó la cabeza de la trinchera para contárselo

al enemigo y el enemigo le pegó un tiro en la frente. Ahí se nos complicó la vida. Mi mamá, al quedarse viuda, se tuvo que colocar de marina mercante en un barco noruego. Yo viajaba siempre con ella, porque me tenía que dar la teta y cambiarme los pañales. Hacíamos viajes que duraban meses. Llevábamos melones desde

Villaconejos a Turquía, en Turquía cargábamos cangrejos para Australia y en Australia alcachofas para Panamá. Y así pasaban meses y meses. Mi mamá trabajaba mucho porque como era la única mujer de la tripulación, tenía que fregar el barco con jabón y un cepillo de raíces, hacer la comida, limpiar el polvo con un plumero, coserle los botones al capitán y cuando llegábamos a un puerto ella iba a la compra. Como en el barco no había cunita, yo dormía en un cajón, un día que llevábamos un cargamento para Zamora, como en Zamora no hay mar, nos metimos por el río Duero, con tan mala suerte que chocamos con unas raíces y el barco se fue a pique. Mi mamá, el capitán y el resto de la tripulación no pudieron llegar a la orilla y se ahogaron. Los cuerpos los encontraron unos pescadores portugueses en Oporto. Yo tuve más suerte, como estaba durmiendo en el cajón, el cajón se quedó flotando y el río me llevó aguas abajo, como a Moisés en la cestita. Me recogió un mendigo que se llamaba

Aurelio y que estaba lavándose los pies en la orilla. El mendigo me vendió a unos condes que tenían una gran fortuna. Con ellos viví algunos años, pero querían que estudiara la carrera de Ingeniero Naval y como yo me había quedado huérfano por culpa de un barco, me escapé y me alisté en la Legión Extranjera, donde llegué a ser cabo primero. Me licencié y ya me dediqué a trabajar en esto, que es lo que a mí me gusta.

La gente se divirtió mucho con esta historia de mi vida.

Mis actuaciones en Pavillón duraron seis semanas. El éxito era cada día mayor. Se iba corriendo la voz y los periódicos publicaban constantemente notas sobre mi trabajo como el fenómeno del humor. Alfredo Marqueríe, Oberón y otros muchos críticos me dedicaban en las páginas de espectáculo grandes elogios. Y supongo que también muchos, atraídos por la curiosidad, llenaban cada noche Pavillón. Pero a pesar de que ganaba un buen sueldo, a pesar de los muchos elogios de la gente y de la prensa, a pesar de los aplausos de cada noche, yo sentía que aquello no era lo que yo soñaba. Aquello no tenía nada que ver con el teatro. Tenía la sensación de que, a cambio de dinero, estaba divirtiendo a gente que nada tenía que ver con el pueblo. Tenía la impresión de haberme vendido a los que disfrutaban de una dictadura que les permitía comprar con su dinero mi humor. Aquello no era lo que yo ansiaba. Por eso, a pesar de que el sueldo que me pagaban era grandísimo, el trabajo en la sala de

fiestas no llenaba mis inquietudes. Sentía que aquello no tenía nada que ver con el escenario de un teatro porque, aun con el gran respeto que me tenían los camareros y toda la gente de la sala, se hacía inevitable que sirvieran las mesas durante mi actuación, como también era inevitable que mientras actuaba se levantaran los de alguna mesa para recibir con abrazos y alegría a unos amigos o parientes recién llegados a la sala. Yo, que no tenía memorizado ningún monólogo y la media hora de actuación la hacía con improvisaciones, no podía evitar que aquel movimiento me hiciera perder a veces el hilo de lo que estaba contando.

El trabajo era gratificante porque setecientas cincuenta pesetas eran mucho dinero en 1951, aparte de que la risa constante de los espectadores y los comentarios de la prensa eran estimulantes. Pero cada noche, al ir a dormir, dentro de mi cabeza estaba la idea fija de ser actor. Gracias a mi trabajo logré no solamente dejar de comer lentejas en la calle de las Conchas, sino que pude cenar todas las noches. Los hermanos Merino, actores, directores y productores de cine, me consiguieron un piso en la calle Carranza 3, en la glorieta de Bilbao, que decoré a mi gusto. Mi mujer dejó Zamora y se vino a vivir conmigo.

El teatro

Estaba a punto de estrenarse una revista musical llamada Pitusa, escrita por Fernández de Sevilla y Tejedor, con música de Moreno Torroba. Una revista escrita para Virginia de Matos, una vedette entonces muy cotizada. Vino a verme Ramón Clemente, representante de la compañía, que estaba preparando su estreno. Me habló de un contrato para formar parte del espectáculo.

Primero haríamos gira por provincias y en el mes de octubre debutaríamos en Madrid. Me dijo que escribiera diálogos para irlos ensayando durante la gira con Virginia de Matos y los actores, diálogos que cuando debutásemos en Madrid serían incluidos en el espectáculo. Me entusiasmé con la idea. Estaba convencido de que ahí iba a poder desarrollar mis inquietudes de actor y de autor. Fijamos el sueldo, cuatrocientas pesetas diarias, y la duración del contrato, tres meses con opción a prórroga, dos funciones al día y tres los domingos. Considerando que tendría que pagarme la pensión en cada localidad, imaginé que con cuatrocientas pesetas de sueldo muy poco era lo que iba a poder ahorrar; pero mi gran vocación por el teatro y la seguridad de que esto iba a ser el principio de una gran aventura me animaron a firmar el contrato. Estaba conforme con todo lo que en él se señalaba, pero exigí añadir una cláusula nada común. Si algún domingo estábamos trabajando en alguna capital y por la tarde el Real Madrid jugaba contra el equipo de aquella capital, yo no haría la función de tarde. Les pareció algo rara esta cláusula, pero la aceptaron. Y estando en Bilbao jugaba el Real Madrid contra el Athletic y acogiéndome a la mencionada cláusula, no hice la función de tarde. Aquello no le gustó nada a la madre de Virginia de Matos; pero un contrato es un contrato. Fui presentado a los componentes de la compañía: Pepe García Noval, primer actor y director, Manolo Domínguez Luna, el galán José María Labernié, el galán cómico Pepito Vilar, la primera actriz Laura Alcoriza, la actriz cómica Adela Villagrasa y la dama joven Lolita Vilar.

Desde el primer día se me asignaron dos intervenciones de diez minutos, una en la primera parte y otra después del descanso, a mis dos intervenciones las llamaban cortinas, porque durante mi actuación cerraban una cortina y mientras yo decía mi monólogo cambiaban el decorado para la siguiente escena. Me preparé los tres monólogos que más o menos ya dominaba, el de la guerra, con nuevos elementos del absurdo, el de la historia de mi vida, que fui puliendo con el correr de los días, y el tercero donde contaba mi vida de gángster en Chicago dentro de la banda de Al Capone.

El debut lo hicimos en el teatro Circo de Zaragoza el 11 de octubre de 1951.

Había en Zaragoza un café llamado Zalduba, o Salduba, no lo recuerdo con exactitud, donde todas las tardes, a la hora del café, se reunían en una tertulia los críticos, empresarios y aficionados a comentar los estrenos. Por supuesto que también acudían los actores a leer y comentar las críticas de los periódicos, y de una manera muy particular la de El Heraldo de Aragón, cuyo crítico Pablo Cistué de Castro podía, si el espectáculo no le gustaba, hacer temblar la taquilla.

Por suerte la crítica fue, no diría que muy buena, pero sí amable. Sin hacer grandes elogios, habló bien de Virginia de Matos, de los actores y de las actrices, y al final de la crítica escribió un comentario que decía:

Párrafo aparte merece el humorista Gila, que nos sorprende con una faceta originalísima, con una gracia extraordinaria. Sus dos actuaciones fueron seguidas entre

estruendosas carcajadas y aplausos. Sin duda alguna es un artista que va a hacerse muy popular.

Lo del párrafo aparte, a la madre de Virginia de Matos no le gustó nada. Y para evitar que se pudiera repetir, como teníamos un contrato vigente, lo único que se le pasó por la cabeza de madre de la vedette fue decirle a Ramón Clemente, representante de la compañía, que no me anunciara en los carteles. A mí, eso de que me anunciaran o no en los carteles me tenía sin cuidado. Yo tenía una meta fija, que era conseguir que se pusieran en escena alguno de los diálogos que yo había escrito, lo que significaba para mí entrar en el mundo del teatro. Después veríamos. Al que no le hizo ninguna gracia lo de suprimirme en los carteles fue a Ramón Clemente, que intentó persuadir a la madre de la vedette de que anularme de los carteles era tirar piedras contra su propio tejado. También, en honor a la verdad, la propia Virginia, que era una muchacha encantadora, intentó convencer a su madre para que mi nombre figurase en la cartelera. No lo entendió. Las madres de las vedettes, salvo

algunas excepciones, no están muy sobradas de masa gris.

El siguiente debut fue en Barcelona donde, siguiendo la orden de la madre de Virginia de Matos, yo no figuraba ya ni en el cartel de la fachada del teatro y mucho menos en la propaganda de prensa.

Como mi nombre no figuraba en los carteles, la gente a la salida comentaba: "Hay un cómico que cuenta unos monólogos que te meas de risa". Pero ninguno de los espectadores sabía el nombre de ese cómico, unos decían Pila, otros Mila o Lila.

Pero de la misma manera que en Zaragoza Cistué de Castro había dicho que yo merecía un párrafo aparte, a don Luis Marsillach, padre de Adolfo, también se le ocurrió escribir esto:

Gila merece párrafo aparte. Gila, muy conocido por sus artículos y dibujos de humor en La Codorniz, es un estupendo, un genial humorista con un estilo personal, originalísimo y único. ¡Hay que ver cómo se ríe el público! Y siempre con trucos de buena ley, porque la gracia de Gila es tan ingenua como de buen gusto. Gila fue, sin lugar a dudas, el que recibió los mejores aplausos. Y es justo porque es el que más divierte y agrada al público. él representa más de la mitad del éxito que obtiene el espectáculo.

Si lo del párrafo aparte no le gustó nada a la madre de Virginia, imaginen lo de los mejores aplausos y lo de más de la mitad del éxito. Esto motivó que en la compañía se crease un clima extraño. Afortunadamente no hubo ni una sola crítica mala, por el contrario todo fueron elogios para la música de Moreno Torroba, para los autores del libro y para los componentes de la compañía. La revista musical no pasaba de ser una más de las que se hacían durante la dictadura, pasada por la censura y sellada debidamente para ser autorizada a representarla en un escenario. No es que no me halagara que la prensa me dedicara párrafos aparte, pero cada vez que esto ocurría, el clima se iba enrareciendo, no con la gente del elenco, gente toda maravillosa con la que compartí viajes en incómodos trenes.

Hicimos Bilbao, Santander, Oviedo, Gijón, La Coruña y otros teatros del norte, siempre con las mismas críticas y los mismos resultados.

Para mí lo más preocupante era que, tal y como habíamos hablado a la hora de firmar el contrato, los diálogos que yo había escrito para compartir con Virginia o con los actores de la compañía no sólo no se estrenaban nunca, sino que ni siquiera había la más mínima intención de ensayarlos. Lo hablé con Ramón Clemente y trató de convencerme con el argumento de que si todo iba bien como lo veníamos haciendo, para qué cambiar. Así que como si fuera subido en un tranvía, dije: "En la próxima me apeo". Y después de actuar en Vigo dejé la compañía de Virginia de Matos.

Volví a mis visitas al teatro de la Comedia donde reponían una comedia de Tono y Mihura, que había sido estrenada en el María Guerrero en 1943, dirigida por Luis Escobar, comedia que había sido rechazada por Somoza, Tirso Escudero y Arturo Serrano, titulada Ni pobre ni rico sino todo lo contrario, en la que José Luis Ozores hacía el papel de un pobre llamado Gurripato. La obra de Tono y Mihura era disparatada y divertida. Se trataba, si mal no recuerdo, de un hombre enamorado al que una mujer no quería aceptar como marido porque era muy rico, y para que esta mujer le amara decidía hacerse pobre y gastaba toda su fortuna en comprar inventos que no servían para nada. Así consiguió hacerse muy pobre, pero la mujer de la que estaba enamorado ahora no le quería porque era muy pobre, y él trataba de conseguir dinero para conformar a la mujer amada. Fundó una asociación de mendigos que, desde una improvisada oficina, pedían limosna por medios burocráticos. El jefe de los pobres que se llamaba Gurripato, lo hacía José Luis Ozores. Como, aparte de Gurripato, había otros pobres que formaban parte de esa asociación de mendigos, me lancé como espontáneo a interpretar uno más de los pobres que eran amigos de Gurripato y así, de esa manera, aunque sin sueldo ni contrato tuve la oportunidad de trabajar en un escenario y aprender como actor, aparte de lo divertido que me resultaba vestirme de pobre. Había una escena en que los pobres eran invitados por unas marquesas a merendar, y los pobres se metían los panecillos en el pantalón. Peliche, que nunca usaba calzoncillos, una noche tenía abierta la bragueta y por ella le asomaba un panecillo, en voz baja le dije: "No te quiero alarmar, pero se te ve la pilila por la bragueta". Asustado dio media vuelta y de espaldas al público se sacó el panecillo de la bragueta y se la abrochó.

Los días que actué en Ni pobre ni rico sino todo lo contrario me lo pasé en grande, aparte de ir adquiriendo confianza en el escenario.

En otra ocasión nos fuimos al teatro Maravillas, donde actuaba Celia Gámez, pasamos a saludarla y después nos metimos en uno de los camerinos y nos vestimos con la misma ropa de las chicas del ballet, nos maquillamos, nos pusimos unas pelucas y salimos en el conjunto, intentando imitar a las chicas; Celia notaba que algo extraño estaba pasando, que aquello no era como todos los días, mientras cantaba miraba disimuladamente al conjunto, pero no entendía el porqué de la risa de los espectadores. Al finalizar el número y abandonar la escena se armó una algarabía en el pasillo donde estaban los camerinos. Y ahí Celia nos descubrió. Era el 28 de diciembre, día de los Inocentes y la broma fue celebrada hasta por la propia Celia que, antes de empezar el segundo acto, nos sacó al escenario, aún vestidos de chicas del conjunto, y nos presentó al público.

Dentro de las dificultades que imponía la dictadura para divertirse, cosas como ésta hacían llevadera la vida de posguerra.

Algunos meses más tarde, Peliche actuaba en el teatro de la Comedia, del que era empresario don Tirso Escudero. Entre función y función comíamos algo en el camerino, después proyectábamos películas de 16 milímetros, anulábamos el sonido del proyector y en un magnetofón doblábamos a los personajes de la película con toda clase de disparates que se nos ocurrían. No era fácil encontrar una actriz que se prestara a tomar parte en aquel juego del doblaje. Por suerte, a Concha Velasco le pareció una idea divertida y entró a formar parte de nuestro grupo de gente con ganas de pasarlo bien y era Concha Velasco la que se encargaba de doblar las voces femeninas. Una de las películas que más nos divirtió doblar fue San Ignacio de Loyola. También doblábamos Nodos, en los que aparecía el Caudillo inaugurando un pantano o en algún acto protocolario. Se anulaba la voz del locutor comentarista y le poníamos frases y diálogos absurdos que luego sincronizábamos. Aquel juego era de lo más

divertido. Con mucha concentración seguíamos los movimientos de Franco y si se llevaba la mano a la gorra, uno de nosotros decía: "Me voy a quitar la gorra porque la tengo puesta desde ayer y como se me encogió el día del desfile..." Como Franco no se quitaba la gorra, cuando apartaba su mano, el encargado de doblarle decía: "Y si no, ¡qué coño!, no me la quito que para algo soy el Caudillo". Después con el proyector y el magnetófono sincronizábamos el movimiento de los labios y la acción, y escuchar aquellos doblajes hacía que nos matáramos de risa. A cada acción de Franco o de algún ministro o militar le poníamos frases absurdas. También doblábamos películas pornográficas que teníamos en 16 milímetros, poniéndoles diálogos totalmente disparatados y que nada tenían que ver con las escenas de la película. En casi todas ellas los protagonistas eran un actor muy flaquito y una actriz muy gorda. Creo que, como en la época de La traca y El cencerro, había una muy mala intención de

burlarse de los curas y del voto de castidad. Había una donde el actor flaquito era un cura que metía a la gorda dentro de la sacristía, le levantaba la falda, él se levantaba la sotana, hacía que ella se agachara, la gorda obedecía y mientras el cura, con las dos manos en el culo de la gorda la penetraba, ella, la gorda, le decía algo que, como estaba filmada en cine mudo, no se sabía qué era. Nosotros en el doblaje le pusimos un diálogo de lo más normal, que para nada se correspondía con la situación que mostraban las imágenes.

Gorda: --Pues sí, padre, ayer no pude venir porque tuve que acompañar a mi cuñada al médico.

Cura: --¿Y qué es lo que tiene su cuñada?

Gorda: --Pues no lo sabemos, padre, que desde hace varias semanas le duele mucho la cabeza.

Cura: --¿Me ha traído usted la receta que le pedí de las alcachofas a la mallorquina?

Gorda: --Sí, padre, la tengo en el bolso, cuando terminemos de hacer esto que estamos haciendo se la doy.

Cura: --No sé si me va a creer usted, doña Palmira, pero lo estoy pasando muy bien.

Gorda: --Usted no sabe cuánto me alegro, padre. Yo también lo estoy pasando muy bien.

Ver, después de doblada, la película y escuchar, en una situación como la del cura y la gorda, unos diálogos tan naturales hacía que nos partiéramos de risa.

Después de la función nos íbamos a mi piso de la calle de Carranza y revelábamos fotos o armábamos aparatos de radio, hasta que comenzaba a amanecer y a través de la ventana veíamos pasar los carros de los traperos que iban a buscar las basuras. Manolo, el sereno, nos traía pan calentito de la tahona y churros recién hechos.

Era invierno, Pavillón estaba cerrado. Había en la calle de Castelló casi en Goya, una sala pequeña, pero a la que iba la gente de categoría, que se llamaba el Club Castelló. Alguien me habló de la posibilidad de trabajar en aquella sala. Yo no tenía muchas ganas de volver a las salas de fiesta, pero me invitaron a conocerla y me gustó. Era una sala pequeña, pero puesta con muy buen gusto.

Aun así, no me decidía a tomar una determinación, seguía con el veneno del teatro dentro de mi cuerpo y ahora que había pisado los escenarios del teatro Circo, del Poliorama, del Pereda de Santander, del María Guerrero y del de la Comedia, volver a meterme, de nuevo, en un pequeño local, a divertir a la gente pudiente, me daba cien patadas en la barriga, pero la necesidad es la necesidad. Con Virginia de Matos no había ahorrado ni una peseta, porque durante el tiempo que duró la gira pensé que después de todo lo que había padecido años atrás, me merecía algún tipo de compensación y en

cada ciudad donde hacíamos la función, en lugar de buscar una pensión barata, me iba al mejor hotel y en lugar de comerme un bocadillo en una taberna como hacían algunos, me iba a los restaurantes donde se comía bien, y el piso de Carranza había que pagarlo cada mes. De ahí que no ahorrara ni una peseta. Cuando el dueño del Club Castelló me habló de dos mil pesetas diarias pensé que me estaba

tomando el pelo. Ese dinero no lo ganaba en aquella época ni un ministro.

--¿Por cuánto tiempo firmamos el contrato?

Los contratos siempre me han parecido algo absurdo que nada tienen que ver con el arte. Dije:

--Firmamos una semana y si las cosas marchan bien, seguimos y si no funciona, lo dejamos.

--De acuerdo.

Un apretón de manos y el trabajo en el Club Castelló quedó confirmado.

En el Club Castelló se repitió la historia de Pavillón. Lleno cada día, carcajadas constantes, un sueldo envidiable, pero nada más. Mi soñar con el teatro seguía estando pendiente. No obstante, durante el tiempo que estuve en el Club Castelló, fui ampliando mi repertorio. El trabajo en solitario se me hacía duro y, en aquel momento, buscaba la posibilidad de encontrar algún actor o actriz cómica que compartiera conmigo las actuaciones. Por muy poco tiempo y por una sola vez trabajé en pareja con José Luis Ozores, en Morocco. Pero aquello fue solamente para divertirnos durante unos días, sin proyecto de continuidad. Actuábamos en función de improvisaciones, con las que el público se divertía y nosotros mucho más. Una vez finalizado aquel contrato José Luis volvió al teatro María Guerrero a hacer El amor de los cuatro coroneles de Peter Ustinov y yo seguí con mis salas de fiesta, trabajando en solitario. Seguía buscando alguien con quien compartir mi trabajo, ya que me

resultaba pesado y aburrido el trabajar solo; pero si es difícil conseguir una buena relación de pareja entre hombre y mujer en el terreno amoroso, pensaba lo complicado que sería encontrar alguien con quien compartir el trabajo, para poder dejar los monólogos que me obligaban a permanecer estático ante un micrófono, algo que nada tenía que ver con mis inquietudes de actor. Después de varias noches de darle vueltas a la cabeza, se me ocurrió que la única forma posible de establecer un diálogo sin recurrir a una segunda persona era haciendo mi trabajo con un teléfono, de manera que la otra persona con quien yo establecería una conversación estaría al otro lado de la línea. Creo que fue el gran hallazgo.

Basándome en el teléfono, inventé varias llamadas del absurdo. Un bombero que trabajaba por cuenta propia y llamaba a una casa preguntando si tenían algún incendio, un cirujano de cirugía estética que llamaba a una señora que quería quitarse años y a la que le decía: "No, señora, por ese precio yo no le puedo quitar años, le puedo quitar días, o sea que si hoy es miércoles, le dejo la cara del martes pasado"; una llamada a un amigo al que tenía que dar el pésame porque el abuelo iba en una moto y en la carretera había un cartel que decía: "Bache peligroso" y él había leído: "Pase saleroso", se metió en el bache y se mató. Cada vez que intentaba darle el pésame me daba risa, de manera que me era imposible acompañarle en el sentimiento. Y como es de suponer, no dejé mi personaje del soldado haciendo una llamada al enemigo, en la que le preguntaba si iban a atacar por la mañana o por la tarde, que si nos podían prestar el tanque porque el nuestro tenía sucio el carburador, y

una conferencia a Toledo, para decirle a mi mamá que estaba en África en un safari y contarle que había visto un leopoldo, o un leonardo, o un leopardo que era como el gato del señor Andrés, pero que en lugar de comer sardinas comía negros, que los hipopótamos eran como la tía Adela, pero sin la faja, que a mi papá le había comido una

pierna un cocodrilo porque se puso los prismáticos al revés y dijo: "Anda, una lagartija", que las cebras eran como borricos con pijama de rayas... El invento del teléfono me abrió muchas más posibilidades creativas y gracias a él fui aumentando el número de mis monólogos hasta una cantidad insospechada. Pero yo seguía pensando cada noche que lo mío no era la sala de fiestas, lo mío, lo que a mí me gustaba y lo que quería lograr era estar arriba de un escenario. Y lo logré.

Una noche, me llamó el empresario del teatro Fontalba, donde yo había hecho mi primera aparición en público:

--¿Tú no tendrás escrita alguna obra de teatro que sea musical?

Quedé unos instantes pensativo. él añadió:

--Es que Las cuatro copas ya está agotada y me gustaría estrenar algo nuevo. Se me ha ocurrido pensar que tal vez tú tendrías algo escrito.

Le dije que sí, una gran mentira, pero no iba a dejar pasar esta nueva y muy interesante ocasión de meterme en el teatro. Lo terrible fue que él me preguntó: "¿Me la puedes traer mañana¿" No podía decir que no, había que seguir mintiendo para salir con éxito de aquella oportunidad única desde mi llegada a Madrid. Significaba convertirme en autor, lo cual suponía cobrar el diez por ciento de los ingresos por taquilla, más el prestigio.

--Está bien. De acuerdo, mañana se la llevo.

Tengo momia formal

Yo no tenía una idea muy clara de cómo se armaba una obra de teatro. Esa noche, en el café Gaviria, coincidí con Eduardo Manzanos, que tenía un gran conocimiento sobre el mundo del cine y el teatro, le comenté lo ocurrido y mi compromiso adquirido con Conrado Blanco. Manzanos tenía la oficina y vivía en el mismo edificio del café Gaviria. Subimos a su casa preparamos una buena cantidad de café, me senté ante la máquina de escribir y a las siete y media de la mañana tenía escrita la revista a la que pusimos el título de Tengo momia formal. Sólo nos faltaban los números musicales. Fuimos a ver a Augusto Algueró padre y le pedimos algunas músicas que fueran pegadizas. Las fue sacando de un cajón, donde, según las malas lenguas, archivaba partituras que compraba a precios muy bajos a compositores que necesitaban dinero para sobrevivir. Algueró se sentó al piano y fue tocando varias melodías, Manzanos y yo elegimos las que nos parecían las mejores y allí mismo sacamos el

"monstruo" de cada una de ellas, para después con ese "monstruo" escribir las letras definitivas.

Las hicimos en un par de horas. Tal como había quedado con Conrado Blanco le llevamos la revista. Se la quedó para leerla en su casa y nos citó para el día siguiente. Manzanos y yo acudimos a la cita en la casa de Conrado y nos dio, no sólo su visto bueno sino la enhorabuena porque habíamos hecho algo fuera de lo común y del estilo trillado de todas las revistas escritas hasta ese momento.

Eran, siguiendo mi estilo, historias absurdas, con diálogos también absurdos. Se la leímos a Antonio Casal y tal como había ocurrido cuando don Tirso Escudero le llevó mi monólogo para el fin de fiesta, la revista no le gustó nada, alegó que era un disparate. Aquello me recordó lo que le había pasado a Miguel Mihura cuando le llevó a Valeriano León su comedia Tres sombreros de copa, que "no sólo no le gustó sino que le pareció la obra de un demente". Conrado Blanco por el contrario la encontró muy divertida y sobre todo muy original. Recuerdo sus palabras: "Con esta obra pueden

ocurrir dos cosas, o que la gente queme el teatro o que sea el éxito más grande de la historia de la revista. Lo que tengo claro es que no se parece a nada de lo que se ha escrito en este género hasta ahora". Y añadió: "Yo la quiero producir y correr el riesgo". También, curiosamente, Conrado Blanco dijo las mismas palabras que José Juan Cadenas, empresario del teatro Alcázar cuando Mihura le llevó su

comedia a Valeriano León, aunque ésta no se llegó a estrenar.

Antonio y ángel quedaron en dar una respuesta al día siguiente. Su respuesta fue: ¡No!

Los periódicos se hicieron eco de lo sucedido. En una entrevista que le hizo el periodista Córdoba a ángel de Andrés, el titular decía: "A mí, Gila me parece extraordinario pero la obra no nos iba". Y en la entrevista, entre otras cosas, decía: "La verdad es que la obra no está escrita pensando en Antonio Casal y en mí. Creemos que no nos va. Tal vez sea una opinión equivocada nuestra. ¡Ojalá les dé mucho dinero!"

A Conrado Blanco y a Rafael Enamorado, empresarios del teatro, les gustaba mucho aquella cosa que habíamos escrito Manzanos y yo. Les gustaba el texto, les gustaba la música y querían correr el riesgo, cambiar el género de la revista, que se estaba quedando anticuado. Tenían una fe ciega en una renovación del género. Ante el rechazo de Casal y de ángel de Andrés, Conrado Blanco me hizo una pregunta que me dejó paralizado unos instantes:

--¿Te atreverías a hacerla tú?

¿Cómo perder aquella oportunidad? Mi sueño podía hacerse realidad.

Mi respuesta fue contundente:

--Sí.

Los personajes importantes eran tres actores y una vedette que reuniera cualidades de actriz. Conrado Blanco me preguntó:

--¿Se te ocurren algunos nombres?

Dos los tenía en mi mente desde que escribí el texto de la revista. Como si la hubiera escrito para ellos.

--José Luis Ozores y Lina Canalejas.

A José Luis le había visto trabajar docenas de veces y teníamos, tanto en la profesión como en nuestra vida particular, el mismo sentido del humor. A Lina también la había visto trabajar y aparte de su físico, tenía un dominio de la comicidad que me gustaba. Necesitaba otro actor que fuese capaz de decir en un escenario unos diálogos tan disparatados y realizar unas acciones tan absurdas. Recordé a uno que me pareció que era el más, o el único, capaz de formar parte de esta aventura.

En una ocasión, cuando aún era locutor en Radio Zamora, hice un viaje a Madrid para resolver algunos asuntos familiares. Por la noche me metí en el Price, en la plaza del Rey, a ver el trabajo de un cómico llamado Alady, del que me habían hablado muy bien. Yo no conocía a Alady, ni siquiera sabía cuál era su estilo de humor. Me senté en mi silla como espectador. El presentador anunció por el micrófono la aparición de Alady y el público le recibió con un aplauso. Alady, que llevaba una peluca pelirroja, comenzó a contar algunos chistes. Apenas había iniciado su actuación se escuchó una voz en la parte de arriba del Price:

--¡Hay bombón helado Frígoli! ¡Bombón helado Frígoli!

Todos los espectadores miramos hacia el lugar de donde había salido la voz. Un vendedor de helados, joven, vestido de blanco, con gorro, llevando colgada del cuello la caja de los helados, bajaba y subía por el pasillo que separa las sillas sin dejar de vocear: "¡Hay bombón helado Frígoli! ¡Bombón helado Frígoli!" Alady hizo un breve silencio y de nuevo comenzó a contar chistes, pero cada vez que lo intentaba era interrumpido por el vendedor de helados. El público ya empezaba a sentirse molesto con

el vendedor, unos chistaban para que se callase y otros le gritaban. Yo estaba indignado con él, pensaba en la falta de respeto hacia un artista que está ante el público. Alady se dirigió a él directamente:

--¿Quieres hacer el favor de callarte? Estoy trabajando.

Y el vendedor de helados le contestó:

--¿Y qué cree usted que estoy haciendo yo?

Hubo risas entre el público. El vendedor de helados dijo:

--Además, eso que hace usted lo hago yo mejor, y más cosas que usted no sabe hacer.

Alady le miró y dijo:

--¿De verdad?

--¡Hombre, claro!

--Baja aquí a la pista a ver si es verdad.

El vendedor de helados ni lo dudó. Bajó a la pista, dejó la caja de helados en el suelo, se acercó al micrófono y no solamente contó chistes graciosos, sino que silbó, cantó y bailó claqué. El público se volcó en aplausos. Entonces me di cuenta de que era un número preparado, pero hasta ese momento había creído que el personaje era un auténtico vendedor de helados.

Su nombre era y es Tony Leblanc. Me pareció el único capaz de arriesgarse a subir al escenario con aquella revista absurda.

Le di los nombres a Conrado Blanco: José Luis Ozores, Tony Leblanc y Lina Canalejas.

Conrado quedó en hablar con ellos.

Quedamos en leerles la obra, o la función, que decían Tono y Mihura.

Tanto José Luis como Tony y Lina, después de la lectura de la revista, se mostraron entusiasmados con la idea de ser los protagonistas.

Decían, se comentaba, no sé si será cierto, que Conrado Blanco estaba enamorado de Marianela de Montijo. El ballet de Marianela fue elegido por él mismo.

Hacía falta otro cuerpo de baile para que interpretaran los números musicales de Algueró y Montorio, ya que el ballet de Marianela tenía sus números propios que nada tenían que ver con el texto de la revista y una de las cosas que más había cuidado yo al escribirla era que todos los números musicales formaran parte del argumento, que se integraran en el texto. De ninguna manera quería caer en el tópico de todas las revistas que había visto hasta entonces, en las que los números musicales eran traídos de los pelos, totalmente descolgados del argumento. Mi intención estaba bien clara, cada número sería parte de la historia. De esta forma no se rompía la continuidad del espectáculo, se ganaba en agilidad y hasta, tratándose de unas historias y unos diálogos absurdos, en credibilidad. Ese segundo ballet se formó con Marilín de Lagunar como primera bailarina y veinte seleccionadas mujeres jóvenes, a las que en las revistas denominaban tiples y vicetiples. Este ballet sería el

encargado de interpretar los números musicales que formaban parte del texto.

Hicimos varios ensayos y decidimos estrenar el 18 de julio, por ser un día festivo, coincidiendo con la conmemoración de los trece años del glorioso Movimiento Nacional. No pudo ser. El 12 de julio me llegó una notificación comunicándome que me presentara al día siguiente en el Palacio Real, donde me esperaba Fernando Fuertes de Villavicencio, jefe de la Casa Civil del Generalísimo. Así lo hice. Fernando Fuertes me comunicó que el día 18 tenía que actuar en la fiesta que Franco daba cada año a todos los miembros de los distintos cuerpos diplomáticos en el palacio de La Granja. Imposible decir que no. Me citó para el día siguiente, para que le dijera qué es lo que pensaba contar en mi actuación. Al día siguiente, a la hora señalada, me presenté en su

despacho del Palacio Real y allí, de pie, ante su gran mesa le conté el monólogo de la guerra y el de la historia de mi vida. Salvo pequeños detalles que me anuló, el resto fue aprobado, citándome para el ensayo el día 17.

Precisamente el día que tenía yo el ensayo general de Tengo momia formal con los actores, con decorado, vestuario, ballet y orquesta, así que ese día no me di por aludido. Fernando me llamó por teléfono preguntándome por qué no iba al ensayo, le expliqué que tenía el ensayo del teatro con toda la compañía y los músicos y que no había ido a ensayar porque como él ya sabía lo que iba a contar y yo no necesitaba orquesta, no creía necesario hacerlo, que lo único que necesitaba era un micrófono y una luz concentrada. No me dijo nada. Colgó. Media hora más tarde vinieron a buscarme en un coche una pareja de la Policía Armada y me llevaron a La Granja a hacer el ensayo.

Tuvimos que aplazar el estreno de la revista hasta el día 23.

El 18 de julio hice mi actuación en La Granja. En el programa decía: "Gila, una guerra de mentira". El título fue idea de ellos.

Como el escenario estaba muy alto, los focos muy fuertes y los espectadores muy lejos, ni siquiera me enteré de si Franco se divirtió o no. Supongo que sí, porque volvieron a llamarme varios años más. Aquellas actuaciones gratuitas para gente que a mí me caía muy mal, me hinchaban las pelotas. (Para que no me llamaran más, me inventé un truco. Como Fernando Fuertes iba con bastante frecuencia a los teatros de revista, cada vez que me lo encontraba le decía: "¡Qué pena que este año no voy a poder ir a La Granja porque en esa fecha tengo contrato en Barcelona!" Y de esa manera me libré de tener un puesto fijo cada 18 de julio. De todas maneras, no pude evadirme de alguna actuación más. También me tocó hacer los festivales que organizaba doña Carmen Polo para la campaña de invierno en el teatro Calderón. Y otros para no sé qué en el palacio de El Pardo).

Sigo con el estreno de Tengo momia formal.

Estrenamos el 23 de agosto. Se levantó el telón y el ballet de tiples y vicetiples con Marilín de Lagunar al frente hizo su primer número, el de apertura. El decorado era la cubierta de un barco, las chicas vestidas de sofisticados marineros cantaron:

Boga, boga, marinero
boga, boga sin cesar
que en el puerto a ti te espera
un amor a quien besar.

Terminado el número dio comienzo el prólogo. En la cubierta del barco había un par de barriles y un gran cajón. De uno de los barriles salía un polizón, José Luis Ozores, muy bien vestido con una cesta de merienda y un termo bajo el brazo. Del cajón salíamos dos polizones más, Tony y yo, que vestíamos ropas de pobres. Nos dábamos a conocer. José Luis nos contaba que era la primera vez que viajaba en un barco como polizón y que su mamá le había preparado una tortilla de patatas, una barra de pan, dos plátanos y un termo con café con leche para que no pasara hambre en su primera experiencia como polizón, porque él era de una familia muy rica. Tony y yo intentábamos convencerle para que sacara la tortilla y la comiésemos entre los tres, porque llevábamos varios días en el barco sin probar bocado. Nos costaba convencerle y cuando ya lo habíamos logrado, nos sentábamos, él sacaba la tortilla, la ponía sobre un mantelito, nos daba una servilleta a cada uno, Tony y yo nos disponíamos a disfrutarla y entonces José Luis decía:

--Estoy pensando que si comemos ahora, a la noche no vamos a tener hambre.

Y volvía a guardar la tortilla en la cesta.

Con aquellos diálogos y aquella situación, el público era una carcajada detrás de otra. Recuerdo las palabras que José Luis Ozores nos dijo en voz baja:

--Esto funciona. Están en el bote.

Como aquel polizón no soltaba la tortilla, nosotros, ya curtidos, le proponíamos un trato. Si nos dejaba comer la tortilla, a cambio le contaríamos las aventuras que habíamos vivido en todos los puertos donde habían anclado los barcos en que habíamos viajado como polizones. José Luis accedía al trato y Tony y yo le contábamos seis historias que eran las que formaban el total del espectáculo.

Eran seis historias diferentes. Una en el fondo del mar, donde un marino, un capitán y un grumete hablaban con Neptuno porque tenían un problema, se les había hecho un agujero en el barco y hacía aguas. Le preguntaban a Neptuno si él no tendría un corcho. En esa historia metimos un número musical donde las sirenas se quitaban la cola de pescado, la colgaban de una cuerda de tender ropa y cantaban y bailaban el número musical. La segunda historia ocurría en el interior de un castillo donde unos científicos o sabios locos, al mejor estilo del doctor Frankenstein, habían conseguido el elixir del rejuvenecimiento. Metían en una máquina a un almirante de Marina y después de apretar palancas y botones, salía de la máquina un niño vestido con marinerita de las usadas para hacer la Primera Comunión. Después metían a una anciana en una silla de ruedas y manejando de nuevo los botones y las palanquitas abrían la puerta de la extraña máquina y aparecía una hermosa vedette que cantaba y

bailaba otro de los números.

La siguiente aventura transcurría en el interior de un panteón egipcio. Entraba un arqueólogo, que observaba con curiosidad los jeroglíficos que estaban en las paredes, y detrás del arqueólogo entraba un pobre que se colocaba a sus espaldas y le decía:

--Ande, señor, deme una limosna.

El arqueólogo se encaraba con el pobre.

--¡Pero qué pesado es usted! Ya le he dicho que no tengo suelto. Se lo dije en Londres, se lo dije en el tren, se lo he dicho en el camello y usted erre que erre.

--Lo que pasa es que usted no me quiere dar la limosna.

Y el arqueólogo indignado, decía:

--¡Pues muy bien. No se la quiero dar!

Y decía el pobre:

--Pues podría habérmelo dicho la primera vez que se la pedí y me hubiera ahorrado los viajes.

Otra de las historias se desarrollaba en un barco pirata donde se necesitaban piratas y a los que se presentaban para cubrir las plazas se les pedía un certificado de mala conducta, otro donde figurara que tenían antecedentes penales y por último una foto donde se les viera dándole una patada a un pobre.

En ésta se escuchaban diálogos como:

--Todos a las jarcias. ¿Tenemos jarcias?

--Sí, señor. Muchas jarcias.

--De nada.

En la que más nos divertíamos era en la que transcurría en el saloon de un pueblo del oeste americano, durante la conquista de aquel territorio. Tony, José Luis y yo éramos tres temidos forajidos, rápidos con el revólver. Los tres formábamos una banda de la que Tony era el jefe. Entrábamos en el saloon, nos sentábamos en una mesa, pedíamos una baraja y decía Tony:

--Vamos a jugar a las siete y media.

Y decía yo:

--Jefe, estoy pensando que como ya es muy tarde, en lugar de jugar a las siete y media tendríamos que jugar a las cuatro y veinte.

Después de discutir unos instantes jugábamos una partida de tute. El jefe me decía:

--Tú das.

Yo barajaba las cartas y hacía el reparto. Tony me miraba las cartas y me decía:

--Dame el as de oros y el caballo de copas y el tres de espadas y el rey de bastos...

Yo le iba dando las cartas que me pedía, y como sólo me quedaba una en la mano, se la daba también.

--Tome, jefe. Yo juego sin cartas.

Comenzábamos la partida. José Luis ponía una carta sobre la mesa. Yo me miraba la mano como si tuviera en ella las cartas, dudaba unos segundos y miraba a Tony, buscando su consejo para decidirme por la carta que debía poner sobre la mesa. Tony me miraba y con complicidad me hacía un gesto para indicarme que sí, que esa era la carta apropiada. Yo hacía como si pusiera la carta sobre la mesa. Entonces Tony ponía una de sus cartas y decía: "¡Las cuarenta! ¡Y veinte en bastos! ¡Y veinte en espadas! ¡Y veinte en oros! ¡Y las diez de últimas!"

Y se llevaba todas las cartas.

Yo, en las pistoleras, en vez de llevar pistolas, llevaba dos cepillos de la ropa y cada vez que Tony, el jefe, ganaba, yo sacaba los cepillos y se los pasaba por la camisa, al tiempo que decía:

--¡Cómo domina el juego, jefe!

José Luis llevaba un bigote, de esos que se sujetan a la nariz con una pinza de alambre. Cuando habíamos jugado un par de partidas, José Luis decía:

--Yo no tengo más dinero, pero me juego el bigote.

Por supuesto, Tony se lo ganaba y José Luis se lo quitaba de la nariz y se lo daba a Tony, diciendo:

--No sabes lo que me cuesta desprenderme de este bigote. Me lo dio mi padre al morir. Me acerqué a su lecho de muerte y me dijo: "Hijo mío, me muero. Cuida de tu madre y de mi bigote".

Cada vez que poníamos una carta sobre la mesa golpeábamos con fuerza, como para intimidar a los otros. En uno de esos golpes, Tony simulaba que se había hecho mucho daño y lloraba. José Luis y yo intentábamos consolarle. Pero no dejaba de llorar y decíamos:

--Es que como no ha dormido siesta.

--Es que como está con los dientecitos...

En ese momento entraba en el saloon el nuevo sheriff, que era una mujer, Lina Canalejas, nos miraba, se apoyaba en la barra y pedía un zumo de tomate con mucha ginebra.

Tony la miraba y decía:

--A ésta me la cargo yo.

Y decía yo:

--Déjeme a mí, jefe, que yo conozco muy bien las tretas del sheriff

Y comentábamos que tenía muchas tretas. Y cada vez que hablábamos de las tretas, alegando que casi todas las mujeres tenían muchas tretas, en una dictadura con una censura tan rigurosa la gente se mataba a reír.

La gente reía sin parar. Debo confesar que aparte de que el texto tuviera gracia, el trabajo de esos dos grandes actores que estaban a mi lado en la difícil prueba, fue importantísimo, ya que no era fácil interpretar aquellas situaciones absurdas. Lina

Canalejas fue también una de las razones del éxito, porque aparte de ser una bellísima mujer, era una actriz sensacional.

Y no menos importante fue el trabajo de Antonio Ozores, de Vilches, tío de los Ozores, y del resto de los componentes de la compañía. Gracias a todos ellos conseguimos que aquello funcionara a teatro lleno todos los días, a pesar de que el Fontalba tenía cuatro pisos y hacía un calor difícil de soportar.

Las críticas de la prensa fueron todas sensacionales. Sería una pedantería publicar todas, pero también sería una ingratitud hacia los que se tomaron la molestia de escribirlas no reproducirlas aquí. Porque estas críticas también fueron parte importante del éxito.

Conservo varias, ya que fue mi debut como actor y autor, y me han servido de estímulo para seguir trabajando con entusiasmo, pero reproduciré una sola. La firma Leocadio Mejías y dice:

Tengo momia formal

Gila y Manzanos, subtitulan, "tontería con música" su Tengo momia formal, estrenada con gran éxito en el teatro álvarez Quintero.

Conque tontería, ¿eh? ¡Pues esa tontería es nada menos que una fórmula nueva en el género! Algo distinto a todo lo hecho hasta hoy, que da al traste con el viejo y mugriento recetario al uso, en el que la revista se concebía como una serie de mamarrachadas, unas chicas más o menos presentables, más una sucesión de telones de colorines y unos cuantos "números musicales ad hoc" para rellenar hasta cubrir dos horas de espectáculo, cerrando siempre con la inevitable escalera del "apoteósis final", por la que baja el elemento femenino en orden de categorías.

Gila y Manzanos traen a este campo un mensaje inédito, que sorprende y hasta emociona tiernamente. ¡Lo que ya es difícil! ¿Que en qué consiste? Pues en eso, "en dar en el clavo" con la difícil facilidad de la sencillez, jugando a la ligera y por las buenas con elementos tan antiguos como la humanidad misma, la ternura y la gracia ingeniosa de un Gila que produce en el espectador el efecto fulminante de una potente glándula de Voronoff.

He aquí una revista sin grotescos maridos cornudos, sin equívocos que, por reiterados, el espectador adivina de antemano, y sin chistes fáciles, es más, no hay chistes, sólo diálogos y situaciones ingeniosas que en todo momento sorprenden al espectador, y ahí está el mayor mérito de esta nueva fórmula de la revista.

Dos compositores han compuesto la música de la obra, Montorio y Algueró.

Augusto Algueró es una especie de nigromante de la música moderna, se zambulle en lo más profundo de su propia inspiración. El maestro Montorio, gordo, jovial y fino como su música, heredero directo del maestro Alonso, mezcla su vena de inspiración a la de Algueró en las partituras de esta revista para un resultado feliz.

El trío Gila, José Luis Ozores y Tony Leblanc componen la auténtica vedette de esta revista.

Tony Leblanc lleva sobre su interpretación el peso del argumento de la obra, es el papel más difícil, José Luis Ozores tiene el papel más brillante y el de Gila es el más sencillo y menos socorrido. Los autores han sabido hacer el reparto con un gran conocimiento teatral y con una honradez poco frecuente. A los tres por igual corresponde el triunfo alcanzado. De ellas, Lina Canalejas, elegante, fina y además de excelente vedette una gran actriz, capaz de dar la réplica a estos tres fenomenales actores. Marilín de Lagunar, bailarina de exuberante belleza, con una feminidad que centra en ella el interés del público y que recibió merecidamente muchos aplausos.

El delicioso ballet de Marianela de Montijo pone sus pinceladas de buen gusto en esta revista que ha coreografíado, con el arte y experiencia que caracterizan sus creaciones, el popular maestro Monra.

Hubo grandes ovaciones al término de cada cuadro y al final, cuando se bajó el telón, hubieron de levantarlo repetidas veces, porque la gente en pie, sin abandonar sus butacas, aplaudió y ovacionó merecidamente a los autores y a los intérpretes. Y es que Tengo momia formal es de una originalidad sorprendente.

Leocadio Mejías

Todas las críticas coincidían en señalar que Tengo momia formal no tenía nada que ver con ninguna de las revistas escritas y estrenadas hasta entonces.

Era impresionante, en pleno verano y en una época en que no se conocía el aire acondicionado, ver ese teatro de cuatro pisos lleno a rebosar.

Se había cumplido mi sueño y no sólo como actor sino como autor.

Aparte de que la gente se divertía muchísimo, nosotros, todos los que hacíamos la revista disfrutábamos con nuestro trabajo. Era estimulante escuchar las carcajadas del público con cada una de las situaciones, y para nosotros interpretar aquellos personajes era tan grato como lo era para los espectadores. La revista era divertida en su totalidad. No voy a reproducir, porque ni siquiera lo recuerdo, cómo era todo el texto de la revista, salvo las cosas sueltas que les he contado, lo que importa es comentar cómo nos divertíamos nosotros. Algunos días nos cambiábamos los papeles para que nuestro trabajo fuera más entretenido y no caer en la monotonía de lo repetido, que podía llegar a cansarnos. Yo hacía a veces el papel de José Luis y él hacía el mío o José Luis hacía el de Tony y Tony el de José Luis. Fue una experiencia que años más tarde, cuando me dediqué de lleno al teatro, pensé que sería buena para los actores: el cambio de papeles dentro de una misma obra. Sería, creo yo, una manera de agilizar la facultad de los actores para incorporar un personaje.

Después de la función de la noche organizábamos campeonatos de futbolín en un bar de la calle de San Bernardo, y cuando cerraban este bar, nos trasladábamos a los bajos del Palacio de la Música, donde seguíamos hasta las siete de la mañana. Aquellos partidos de futbolín en los bajos del Palacio de la Música, los practicábamos clandestinamente porque según órdenes de la Dirección General de Seguridad estaban prohibidas las reuniones y aquello, aunque fuese para jugar al futbolín, era una reunión que en la mentalidad de los que vigilaban la salud de la dictadura podía convertirse en una reunión política, o en una conspiración para derribar el régimen. En un par de ocasiones nos sorprendió la policía y estuvimos a punto de ser detenidos: nos costó Dios y ayuda hacerles entender que todo lo que hacíamos era jugar al futbolín.

Las noches en la dictadura eran muy vigiladas. En Madrid había algunos lugares que cerraban tarde, como La India en la calle de la Montera, Somosierra en la calle de Fuencarral u Ontanares en la calle del Príncipe. Buscábamos entonces lugares donde se pudiera comer o beber algo, pero había que hacerlo muy sigilosamente, ya que la policía vigilaba con mucho celo que nada estuviera abierto durante la noche. En la calle de Malasaña, frente al teatro Maravillas, había un lugar donde nos servían algo después de las dos; pero era necesario entrar por el portal acompañados del sereno y dar alguna contraseña para que abrieran. Y si durante el tiempo que estábamos allí se escuchaban pasos fuera del local, el dueño nos hacía una seña y quedábamos inmovilizados con el vaso de leche en la mano, temblando de terror hasta que el ruido se

alejaba. Había otro lugar en álvarez de Castro, también con entrada por el portal, que el sereno nos abría, no sin antes asegurarse de que no era

vigilado. Los únicos lugares autorizados a permanecer abiertos después de las tres o las cuatro de la mañana estaban fuera de Madrid. Allí nos encontrábamos la gente del teatro. La Venta de La Peque, en la Dehesa de la Villa, donde cada noche asistían Paco Rabal, Fernando Fernán-Gómez y otros muchos de nuestra profesión. En esos lugares nos daban sopas de ajo o algo de jamón; Villa Rosa en la Ciudad Lineal, Villa Romana en la cuesta de las Perdices o Manolo Manzanilla, en la carretera de Madrid a Barcelona, donde al igual que en la Venta de La Peque podíamos reponer fuerzas después de nuestro trabajo. Y al final, cuando estaba a punto de amanecer, terminábamos en la churrería San Ginés. Pero lo nuestro era el futbolín.

Con el dinero que ganamos con Tengo momia formal nos compramos nuestro primer coche. Tony Leblanc se compró, no estoy seguro, creo que un Austin, los hermanos Ozores un Citroen de aquellos que llevaban los faros muy juntos y que ellos bautizaron con el nombre de Don Anselmo, yo compré un coche inglés marca Alvis con el volante al lado derecho. Por las noches íbamos al parque del Oeste y ahí les enseñaba a conducir a los tres hermanos Ozores, a Mariano, a José Luis y a Antonio. Después, cuando ya cada uno teníamos nuestro coche, algunas noches íbamos a casa de los Ozores, unas veces con el mío, otras con el suyo y a veces en el de algún amigo. El sereno que nos abría la puerta no sabía distinguir entre un modelo de coche y otro. Cada vez que llegábamos con un coche distinto, si el coche en que habíamos llegado la noche anterior era de color azul y el de la noche siguiente era de color negro, nos decía:

--¿Por qué lo han pintado de color negro?

Nosotros nos limitábamos a decirle:

--Porque ya estábamos cansados del color azul.

Al día siguiente llegábamos con un coche de color rojo y de nuevo el sereno miraba el coche y decía:

--¿Otra vez lo han pintado de otro color?

--Sí, es que el negro era muy triste y el azul estaba bien, pero no nos terminaba de gustar, por eso lo hemos pintado de rojo.

Para aquel sereno lo único que diferenciaba un coche de otro era el color.

Mi relación matrimonial se había deteriorado. Durante mis giras teatrales y mi trabajo en las salas de fiesta tenía relaciones con otras mujeres. Mi mujer lo sabía, pero más despierta que yo, no me hacía ningún comentario; consciente de que nuestro matrimonio se iría a pique en cualquier momento, había ido juntando dinero y "compramos" un piso en General Zorita; pero yo le tenía un cariño muy especial a mi pequeño piso de Carranza y como nuestra relación era muy fría, de mutuo acuerdo decidimos vivir cada uno en una casa. Ella en Comandante Zorita y yo en Carranza. Cuando le cuento a alguien que yo me casé porque estaba harto de pasar frío, creen que es una broma, pero ése fue el motivo real de mi boda en Zamora. Creo que nunca hubo amor, hablo de pasión. De haber estado enamorado de mi mujer no hubiera tenido relación con ninguna otra, y, como digo, las tuve con bastante frecuencia.

Más allá de mis relaciones con algunas mujeres del teatro, yo disfrutaba con la amistad de Peliche y Pirulo, José Luis y Antonio. Vivir solo en mi piso de Carranza me daba libertad para hacer lo que me daba la gana. Algunas veces, cuando venía de viaje, me acercaba a Comandante Zorita y dormía allí; pero un día, una criada que tenía mi mujer me dijo:

--Señor, mientras usted duerme la señora le registra la cartera y le saca de ella dinero. Por favor, no le diga nada, pero no quiero que si echa usted en falta ese dinero, crea que he sido yo.

A partir de entonces no volví nunca más por Comandante Zorita.

José Luis Ozores tenía montado un tren eléctrico en su casa, y para que el tren tuviera mayor recorrido había hecho un agujero en la pared de su dormitorio, de manera que el tren salía a otra habitación, daba una vuelta y regresaba. Peliche era de una inteligencia muy superior a la de cualquier persona normal, no sólo por lo que he contado de este tren, sino porque era capaz de cortando unos tubos hacerse un órgano como el de una iglesia. Llegó a inventar un futbolín extraño. Un futbolín que consistía en una mesa con desniveles. De la bota de cada uno de los futbolistas salía una presión de aire que empujaba una pelotita de corcho, que hacía las veces de balón. Para que de la bota de cada futbolista saliera ese chorro de aire que empujaba la pelotita de corcho, cada futbolista tenía una perita de goma, que en las farmacias se venden con el nombre de peras para enemas, de modo que cada futbolín llevaba veintidós peritas de goma y había que apretarlas, sabiendo a qué jugador

correspondía cada una de esas peras. Los inventos de Peliche eran ingeniosos pero muy complicados. Ustedes no se pueden imaginar la cara del farmacéutico cuando le pedíamos veintidós peras para enemas. Cuando nos aburrimos de armar aparatos de radio, nos dedicamos a revelar fotografías, pero como Peliche no se quitaba el cigarro de la boca, cuando estaba a punto de salir una hermosa ampliación se le caía la ceniza encima del papel, trataba de apartar la ceniza con la mano y movía el papel que habíamos colocado sobre la mesa de la ampliadora, con lo que resultaba imposible sacar una ampliación en perfectas condiciones. Todo esto nos producía ataques de risa. Había una gran afinidad en nuestra forma de ver las cosas y una gran identidad en nuestro sentido del humor. éramos dos chicos grandes que estábamos recuperando parte de nuestra niñez perdida.

El material para nuestro laboratorio fotográfico improvisado en el cuarto de baño de mi piso de Carranza lo comprábamos en la tienda de fotografía que tenía, en la calle del Carmen, nuestro gran amigo Emilio Díaz y que se llamaba, como es de suponer, Casa Díaz.

Un día, entrando a comprar material para nuestro revelado fotográfico, Peliche me dio una patada en una pierna. Y con el sentido del humor que usábamos diariamente, le dije:

--¿Por qué me das una patada? Yo no te he hecho nada. Si quieres que acabemos con nuestra amistad, me lo dices, pero no hace falta que me pegues.

José Luis quedó pensativo unos instantes, se miró la pierna y me dijo:

--¿Sabes que me ha pasado algo muy raro? Se me ha ido la pierna para el lado derecho.

Yo no entendía qué era lo que me quería decir y me lo explicó de manera más clara y detallada.

--Yo quería bajar este pequeño escalón y al intentarlo, se me ha ido la pierna hacia la derecha.

Aquello, que en un principio no parecía tener ninguna importancia, fue el comienzo de una esclerosis que iría en aumento con el correr del tiempo, hasta postrarle en una silla de ruedas. Era tan fuerte su estado de ánimo que llegó a filmar algunas películas padeciendo ya su enfermedad.

Y siguió con la resignación y la fe en que se iba a curar. Recuerdo que en una ocasión me dijo:

--Si unos hombres han conseguido llegar a la luna, ¿cómo no se va a inventar un medicamento que me cure a mí?

Lamentablemente no fue así. Aquello siguió en aumento hasta el final. Yo vivía ya en Argentina cuando por la prensa me llegó la triste noticia de su muerte. Estaba actuando en un programa semanal del Canal 13, Sábados circulares de Mancera. Le pedí a Pipo Mancera, que era el productor y director del programa, que me diera la posibilidad de no trabajar en el programa ese día, ya que la muerte de José Luis Ozores me había creado un estado de dolor profundo y no me sentía con ánimos para hacer humor. Pipo lo entendió y durante el programa se lo hizo saber al público asistente. Aunque hay una norma entre los artistas que dice: "El espectáculo debe continuar", Pipo Mancera me liberó de este compromiso. No sé si alguna vez leerá esto que estoy escribiendo, pero nunca olvidaré su gesto.

Pero volviendo atrás en la memoria y recordando aquel Tengo momia formal, debo confesar que fue gratificante mi primer trabajo como autor y actor. Lamentablemente, Tengo momia formal duró poco por esas pequeñas cosas estúpidas que se acostumbran a usar en el teatro, el tamaño de la letra en la publicidad y en los carteles, el orden en que van situados los nombres, etc., etc., ¡fue una pena!, pero aquello sólo duró varias semanas.

Y de nuevo a la sala de fiestas.

Me contrataron en Valencia, en la terraza Rialto, propiedad de don Luis y doña Alma, aunque era ella, doña Alma, la que manejaba el negocio. La terraza Rialto estaba enfrente de los jardines llamados Los Viveros.

En Valencia como en Madrid, mi presentación fue un éxito y doña Alma estaba empeñada en que prorrogase mi contrato, que era de quince días a un mes, pero en el mismo lugar trabajaba una cantante italiana, que era la que había cantado para la película Arroz amargo la canción aquella que simulaba cantar Silvana Mangano, que se hizo muy famosa, la de "Ya viene el negro zumbón, bailando alegre el bayón". Me enamoré de aquella cantante y cuando terminaron mis quince días de contrato, sin decir nada a nadie, me escapé con ella a Italia, concretamente a Rímini.

Nadie en absoluto sabía que yo me había ido a Italia y mucho menos que estaba en Rímini. Vivía en una casa particular, no quería dejar huellas de mi escapada, por lo que no me alojé en ningún hotel.

En Rímini me dedicaba a pasear y disfrutar del Adriático, a conocer la República de San Marino; para mí era una gran novedad poder visitar un país comunista.

Un día la dueña de la pensión me dijo que tenía una llamada de España. ¿Cómo era posible? A nadie, absolutamente a nadie le había comentado este viaje. Fui hasta el teléfono. Al otro lado alguien me dijo:

--Le llamo en nombre de don Juan March, desde Palma de Mallorca.

Tardé unos instantes en reaccionar. Pensaba que se trataba de alguna broma, pero ¿quién podía gastarme una broma, si yo no había comentado con nadie aquella escapada?

--Perdón, ¿cómo dice?

--Le llamo desde Palma de Mallorca de parte de don Juan March, que quiere que venga usted a actuar a la puesta de largo de su nieta.

No podía decir nada más tonto, dije:

--Es que estoy en Italia.

--Sí, ya lo sabemos. Mañana irá a recogerle un coche que le llevará hasta el aeropuerto de Florencia, de allí a Roma le llevará una avioneta y en un vuelo regular vendrá usted a Palma. En el aeropuerto le estará esperando un coche. Por su caché no se preocupe.

Y me colgó.

Yo no tenía ganas de regresar a España. Estaba viviendo una muy hermosa aventura, pero, tal vez porque viviendo en una dictadura se me había olvidado el uso de la libertad, lo mismo que me pasaba cuando me llamaban para actuar en el palacio de La Granja, no supe negarme. Al día siguiente vino el coche a buscarme, me llevaron al aeropuerto de Florencia, de ahí a Roma y de Roma a Palma de Mallorca.

Juan March en persona me saludó y me comentó que su nieta le había pedido que uno de los regalos en su puesta de largo fuese una actuación mía.

También, aparte de mi actuación, actuaba el mago Cartex con quien ya había compartido alguna vez escenarios, un cantante francés que no recuerdo su nombre, pero que estaba de moda, pero lo que más me impresionó fue el poder que tenía don Juan March: no sólo me había traído a mí desde Italia, había traído en un avión privado un grupo de negros de una tribu de no sé qué lugar de áfrica, que bailaron sus danzas rituales. Una vez finalizado el espectáculo fueron devueltos a su lugar de origen.

La cena fue espléndida y no sólo para los invitados. En la calle, fuera del castillo donde se celebraba la fiesta, había más de sesenta mesas llenas de comida y champán para la gente que pasara por allí y quisiera comer o beber.

Me pagaron, en aquel entonces, treinta mil pesetas, y por el mismo sistema que me habían traído me llevaron de regreso a Rímini, donde estuve un mes.

En Italia me tradujeron dos de mis monólogos al italiano y actué en una sala de verano con gran éxito; pero aquello se terminó. Como me pasaba siempre que intentaba establecer una relación con una mujer, el hecho de estar casado en un país donde no estaba permitido el divorcio, ni siquiera la separación, era la causa de que la relación, por falta de futuro, se viniera abajo. Y así fue. Aquello fracasó y yo regresé a España.

Volví a mis visitas al teatro de la Comedia y a mis reuniones con Peliche, con don Tirso Escudero, gran aficionado a la fotografía, y con Gustavo Pérez Puig, director del TEU de Madrid, a quien le hablé de la obra de Mihura, Tres sombreros de copa. Y aunque Miguel Mihura se resistía a que aquella comedia, que decía estaba muerta, fuese puesta en escena, Gustavo Pérez Puig logró convencerle y Mihura dio la autorización, pensando que la comedia se iba a representar un solo día por un grupo universitario. Pero aquello no sería así, sería algo que a Mihura le sorprendió, se estrenaría en el teatro Español y fue un gran éxito. Interpretaron la obra jóvenes actores: José María Prada, Agustín González, Fernando Guillén, Agustín de Quinto, Lolita Dolf, Pilar Calabuig y en el papel de Dionisio, Juanjo Menéndez, magníficamente dirigidos por Gustavo Pérez Puig. Esto ocurría en el mes de noviembre de 1952, es decir, veinte años después de que Mihura escribiera la comedia. Aquella

comedia de la que Valeriano León dijo que había sido escrita por un demente.

En enero de 1953, la madre de Virginia de Matos, tal vez ilusionada por el éxito de Tengo momia formal, me pide que escriba una revista para Virginia.

A mí, eso de trabajar en solitario siempre me ha resultado muy aburrido; le hablé a Mihura de la petición que me había hecho la madre de Virginia y le dije que si quería que la escribiéramos juntos. Yo había hecho una pequeña historia en unas cuantas cuartillas. Mihura no tenía ganas de escribir nada, pero le atraía que se tratara de una revista, en la que iban a actuar aparte de la vedette, un ballet de chicas jóvenes y en la que además habría canciones y música. Muy particularmente, le entusiasmaba la idea de las chicas, porque de todo lo que a Miguel le gustaba, lo que más eran las jovencitas.

Escribimos la revista, que titulamos Con su camisita y su canesú. La terminamos en menos de una semana y fuimos a leérsela a su casa. La madre de Virginia estaba tumbada en un sofá tapada con una manta, nos dijo que estaba resfriada. Junto a la madre estaba Virginia y una señora, parece ser que de la familia, que era la

encargada de cuidar a la enferma. Mihura y yo nos sentamos junto al sofá, saqué el texto que habíamos escrito y Miguel me dijo que lo leyera yo.

Empecé a leer: "Salón de un palacete del duque de Castuera. A la derecha..."

En ese momento sonó el timbre. La señora que estaba junto a la madre de Virginia salió a abrir. Entró una mujer. La madre de Virginia nos dijo:

--Es mi hermana. ¿Le importaría empezar?

Y empecé a leer de nuevo: "Salón de un palacete del duque de Castuera..."

El timbre de la puerta sonó de nuevo. La señora que estaba junto a la madre de Virginia salió a abrir. Ahora el que entró fue un hombre.

--Es un amigo de la familia, Gila. ¿Le importaría empezar para que lo oiga él también?

Y otra vez: "Salón de un palacete del duque de Castuera. A la derecha..."

Y cada vez que intentaba leer, sonaba el timbre y llegaba alguien nuevo.

A todo esto, la madre de Virginia tosía y estornudaba sin parar. No era fácil leer con tanto timbre, tanta tos y tanto estornudo. Ya éramos al menos nueve o diez personas, contando los que habían ido llegando de uno en uno.

Cuando ya parecía que no iba a venir nadie más, a la madre de Virginia le dio un ataque de tos y tuve que interrumpir la lectura. Mihura se levantó y me dijo:

--Vámonos, porque esta señora es tonta y nos va a pegar la gripe.

Y nos levantamos y nos fuimos ante el asombro de los concurrentes. Yo me quedé frío con aquella salida de Mihura; pero él era así, directo, tajante.

Después, en la calle, me dio un ataque de risa. Por supuesto que no hubo lectura ni estreno.

Siempre había sentido una gran admiración por Miguel Mihura, pero desde ese día mucho más. Hasta que no superé la barrera de los sesenta nunca he sido capaz de enfrentarme directamente con algún compromiso no deseado. Me ha costado muchos años aprender a decir no y a que cuando me preguntan: "¿Por qué¿", contestar: "Porque no".

Barcelona

Durante los meses de verano, el Club Castelló, como todos los clubs de Madrid, cerraba sus puertas. Recibí una llamada de Barcelona para trabajar en una sala de fiestas, Jardines Casablanca, una sala de verano al aire libre situada en la carretera de Sarriá frente al campo del Español, muy cerca de Piscinas y Deportes. En la sala había una orquesta que tocaba música de baile. Luego daban paso a las atracciones y después venía lo que entonces llamaban el alterne o el descorche. Como en la dictadura estaba prohibido que en los cabarets llamados salas de fiestas hubiera mujeres que alternaran con los clientes, la única manera de eludir esa ley era montarle un número a cada una de las chicas y así, presentarlas como si se tratara de artistas de variedades, y una vez finalizada su actuación podían aceptar la invitación a la mesa de alguno de los clientes. Se suponía que las invitaban como admiradores de su trabajo artístico. Al terminar la música de baile apagaban las luces de la

sala, encendían los focos del escenario y un presentador iba dando los nombres de los diferentes artistas que formaban el espectáculo de variedades. Aquello más que la presentación de un espectáculo parecía un pase de lista de un cuartel: "Señoras y señores, Jardines Casablanca tiene el honor de presentar a todos ustedes su espectáculo de variedades". La orquesta tocaba eso que llaman una fanfarria y el presentador iba nombrando a los artistas que iban a actuar en el espectáculo: "Paquita González,

Milagros Herreros, Lola Marañón, Olga Luna, Pepita la de Jerez, Las hermanas Karina, Lupe Mestre, Queta Almansa, Pilar Trujillo, Sandra Quinteros, Manolita Orense y como broche de oro ¡el genial humorista, Gila!" La orquesta tocaba una fanfarria de despedida y cuando el presentador se iba, volvía a sonar la orquesta, ahora con el Bolero de Ravel, Las bodas de Luis Alonso, La Danza del Fuego o la jota de la Dolores, y las artistas iban haciendo su número hasta que llegaba el momento

en que yo aparecía en el escenario.

Finalizado el espectáculo, las artistas aceptaban la invitación de algún admirador, y se sentaban con él a tomar lo que las chicas llamaban un cóctel, que no era otra cosa que agua con algo de limón o vaya usted a saber qué, aunque había clientes, nuevos ricos, vividores del estraperlo de posguerra, que intentaban emborrachar a las chicas ejerciendo un machismo propio de su condición de patanes venidos a más. Estos patanes disfrutaban obligando a las chicas a tomar bebidas alcohólicas, que tenían que beber si querían ganarse el porcentaje que el propietario de la sala les daba por cada alterne o descorche. Se le llamaba alterne a las copas y descorche a una botella de champaña.

Cuando anclaba en Barcelona algún barco de la flota americana, la barra de los Jardines Casablanca se llenaba de marinos que ponían dólares debajo del vaso y cada vez que se lo llenaban de nuevo, el camarero de la barra sacaba un par de dólares de debajo.

A mí, personalmente, la presencia de aquellos marinos, que se repetía con bastante frecuencia, me daba cien patadas en la barriga, porque como no me entendían, lo único que hacían era hablar a gritos con las chicas, lo que arruinaba mi actuación.

Tenía que encontrar una solución para terminar con aquello. Me era de todo punto imposible decir que guardaran silencio durante mi actuación y mucho menos poner un letrero en la puerta prohibiendo la entrada a los marinos americanos. Y encontré la solución. Cada día antes de salir al escenario me enteraba de algo que tuviera que ver con alguna de las chicas y durante mi actuación hacía un comentario divertido sobre la chica en cuestión. Esto hizo el milagro. Cuando yo salía a actuar, las chicas estaban con sus cinco sentidos esperando ver a quién de ellas iba dirigido esa noche mi comentario. Era inútil que los marinos intentaran hablar, las chicas les hacían guardar silencio. Aquello fue un hallazgo. A partir de esta idea mis actuaciones eran escuchadas sólo con un ruido, el de la risa.

Barcelona era en la época de la posguerra la ciudad más rebelde a la dictadura impuesta por el franquismo. Los catalanes, aun con su envidiable aferrarse a sus raíces, estaban como todos los españoles sometidos a las órdenes y los decretos del Gobierno franquista, pero, con todo, escapaban con una gran astucia al sometimiento.

En ningún lugar de España había la "libertad" que había en Barcelona. La vida nocturna y los teatros burlaban las leyes dictadas por el Gobierno franquista. En ningún lugar de España había tantas salas de fiestas de distintas categorías, lujosas salas de fiestas como Rigat en la céntrica plaza de Cataluña, Follies en la Rambla, el Cortijo, La Masía, y otras no menos importantes, pero con alterne, como Bolero, Río, Jardines Casablanca y La Moga. Aparte de las salas de fiestas había en Barcelona varios "moblés", como Pedralbes, La Casita Blanca, El Trébol y otros muchos lugares para el placer, y también los domicilios de las "madames", que eran las que actuaban como celestinas en los cabarets y que disimulaban su condición vendiendo rosas, por eso eran conocidas como las floristas.

Mi trabajo en Barcelona se convirtió en algo habitual cada año. Don Antonio Astell, propietario de Jardines Casablanca, me contrataba cada verano un par de meses, y durante el invierno actuaba en otros locales, en Río, en Emporium y en La Bodega del

Calderón, que estaba situada en los bajos del teatro Calderón, como muchos otros teatros ya desaparecido.

Durante el día, todas las mañanas iba a Piscinas y Deportes y seguía practicando mis saltos de trampolín y la natación.

La gente del toro

En aquellos años, en Barcelona eran muy frecuentes las corridas de toros. Venían a torear Julio Aparicio, El Litri, Victoriano Valencia, Antonio Chenel Antoñete. Los toreros se hospedaban en el hotel Arycasa, ya desaparecido, y comían en El Canario de la Garriga, frente al hotel Ritz. Los toreros venían acompañados de sus cuadrillas, sus apoderados y algunos ganaderos, como los Cembrano. También en algunas ocasiones traían con ellos al enano Marcelino, un enano de cuarenta años con una estatura de aproximadamente un metro y que aparte de tener voz de niño, vestía ropa de niño, pantalón corto y chaquetita. Los toreros decían que si el enano iba a la corrida les daba "mal fario", por eso cuando se disponían a salir del hotel hacia la plaza de toros, al enano Marcelino lo subían en lo alto de un armario y lo dejaban allí. Mientras se celebraba la corrida, el enano pedía socorro a gritos, pero inútilmente porque en el hotel ya estaban advertidos y nadie le bajaba del armario.

El enano Marcelino era un apasionado de Julio Aparicio. En una ocasión en La posada del Mar, en la Gran Vía, se entabló una conversación sobre la fiesta de los toros. El padre de Manolo Caracol, que padecía bocio muy abultado bajo el lado derecho de la barbilla, decía:

--¡Aquellos toreros de mi época, El Guerra, Frascuelo, Joselito! ¡Esos eran toreros! ¡Con aquellos toros de quinientos kilos y aquellos pitones afilaos...!

Y Marcelino, el enano, decía desde abajo con su voz aflautada:

--Pues Julio Aparicio es muy bueno.

El padre de Caracol agachaba la cabeza, miraba al enano y seguía.

--¡Ese Lagartijo! ¡Qué muletazos!

Y el enano volvía a lo suyo.

--Pues Julio Aparicio es muy bueno.

Y esto se iba repitiendo. En un momento determinado, el padre de Caracol miró al enano, se tocó el bocio y dijo:

--¿Te quiés callá, coño? Que se va a creé esta gente que se me ha caío er burto.

El padre de Caracol es uno de los personajes que debería figurar en la antología de grandes hombres de la historia de España. Cuentan que durante la guerra estaba con alguien de la familia en la Gran Vía de Madrid cuando empezaron a sonar las sirenas anunciando la llegada de aviones. Como hizo todo el que caminaba por la calle en ese momento, se metió en la estación del metro. Los aviones empezaron a bombardear. Pasaban una vez, dejaban caer sus bombas y se retiraban. Cuando la gente se disponía a salir del "refugio", los aviones daban otra pasada descargaban de nuevo sus bombas y la gente otra vez al metro. Los aviones habían comenzado a bombardear a la una de la tarde y cuando eran las tres y media seguían bombardeando. Cuentan que el padre de Caracol salió del metro, se llevó las manos a la boca y mirando a los aviones gritó:

--¡Pero ustedes no almuersan!

Algunos veranos, los Cembrano junto con Manolo Navarro, el Yagüe y otras gentes del toro, me invitaban a su finca de Plasencia, donde acostumbraban a gastar bromas muy pesadas. Una de aquellas bromas era que cuando ya nos habíamos acostado -dormíamos en una habitación grande seis u ocho invitados- nos metían en la habitación

un becerro o una vaquilla que nos embestía a nosotros, a las camas, a las maletas y a todo lo que hubiera en el dormitorio. Cuando hacía mucho calor, la cena se hacía en el río. Ponían una mesa y sillas dentro del río en un lugar donde nos llegaba el agua por la cintura y sentados, pero vestidos, cenábamos servidos por camareros uniformados que llevaban guantes blancos.

Muy cerca de la finca de los Cembrano había otra finca, propiedad de un matrimonio que, al contrario que los Cembrano, eran gente seria. Un día nos invitaron a comer.

Los Cembrano me vistieron de cateto, con un traje de pana y una boina y me dijeron que me adelantara a ellos y entrara en la casa yo solo. Así lo hice.

Cuando llegué a la casa, me recibió la señora. Al verme se sorprendió. Le lancé a bocajarro, imitando la voz de los gañanes de pueblo:

--¿No han llegao entoavía ésos?

La señora estaba entre sorprendida y asustada.

--¿Quién?

--Pos quién van a ser, los Cerbanos esos, que man dicho que minvitaban a comer aquí.

La señora, cada vez más asustada, dijo:

--Pase, pase usted.

Y me llevó al comedor. La mesa estaba puesta a todo lujo, me senté y señalando hacia un recipiente donde había salsa mayonesa, dije:

--Pos como no vengan pronto, yo me mojo pan en la salsa esa, porque dende ayer que no he comío ná.

La señora estaba ya al borde del infarto cuando aparecieron los Cembrano con Antoñete, el Yagüe, Manolo Navarro y con ellos el marido de la señora, que descubrieron la broma y me presentaron.

Le pedí disculpas a la señora, no le había gustado nada la broma.

De cualquier manera, estas actuaciones improvisadas me servían como ejercicio para ir enriqueciendo mi soñado trabajo de actor.

Ese cateto que yo incorporé muchas veces en mi repertorio, lo había aprendido de un primo mío que era del pueblo de mi madre. El pueblo donde nació mi madre, en la provincia de ávila, tenía un nombre hermoso, como de romancero, se llamaba y se llama Villa del caballero de Mombeltrán. Allí nació también mi primo, que se llamaba igual que el hermano de mi madre, Crescencio, pero que le llamaban Crece. Era un gran admirador mío. Cada vez que venía a Madrid me hacía una visita, y yo le tiraba de la lengua para oírle hablar, porque cada vez que abría la boca y me contaba algo era un espectáculo.

Una mañana llegó a mi casa, serían las nueve y media, yo me había acostado muy tarde y estaba muerto de sueño, me levanté, le abrí la puerta y entró, con su boina, que no se la quitaba ni para dormir. Tenía en la cabeza una pequeña calva y eso le creaba un gran complejo. Yo me metí en la cama, él se sentó junto a mí y me dijo:

--He trabajao en una cinta.

--¿Qué?

--Que he trabajao en una cinta, en una penícula.

--¡No me digas!

--Sí, el alcalde nos dijo si nos queríamos ganar cuarenta duros, total por correr dos leguas. ¡Me cago en Dios! Nos las hicieron correr cuarenta veces. El tío de las gafas decía: "Que no vale. A empezar otra vez".

El tío de las gafas era Stanley Kramer y la película El gran cañón, con Sofía Loren, Frank Sinatra y Cary Grant. Yo empecé a tirarle de la lengua:

--¿Y qué tal la Sofía Loren?

--No vale ná, primo, las tetas mu gordas, toa la cara pintá, pero eso sí, tiene mu buenos sentimientos, allí a uno, total porque se ahogó, le dio quince mil pesetas a la familia, y ni trabajaba en la cinta ni ná, era un pastor que andaba por allí con las ovejas, pero ya te digo, las tetas mu gordas y mu pintada la cara.

Y siguió:

--A nosotros, a los de la Villa, nos estrozaron las ropas, luego nos las dieron nuevas, y a los de San Bartolo [San Bartolo es un pueblo cercano a la Villa y entre los mozos de los dos pueblos se llevan a matar] les pusieron unos levitones y unos gorros atravesaos. ¡Me cago en Dios! Cuando dijo el de las gafas: "¡A por los franceses!" y nos dimos cuenta que eran los de San Bartolo... Tuvieron suerte porque las escopetas no tenían balas, que si no los matamos todos. A mí me pusieron en to lo alto de la muralla, al sol, porque a los questabámos al sol nos pagaban más que a los questaban a la sombra. ¡Hostias! Cuando dijo el de las gafas: "A volar la muralla", y yo en to lo alto. Me pegó un témpano en la cabeza, y menos mal que era de corcho, que si no, ni lo cuento.

El Crece era un personaje increíble, de él aprendí todas las artimañas y todo el manejo de las palabras y los tonos de los mozos del pueblo que después me sirvieron para crear un personaje. En otra ocasión, yo estaba trabajando en La Parrilla del Rex y vino mi primo el Crece a Madrid. Le invité a que viera mi actuación. Llegamos a La Parrilla y ya a la entrada hubo la primera bronca. El portero le dijo a mi primo que se quitara la boina. Mi primo no entendía nada.

--¿Que me quite qué?

--La boina, no puede entrar con la boina.

Mi primo se quedó pensativo unos instantes.

--¿Y por qué no puedo entrar con la boina?

--Porque no está permitido.

--¿Y usté por qué coño lleva puesta una gorra?

Yo no decía nada, observaba a los dos, portero y primo, a ver cómo acababa la cosa.

--Es que yo soy el portero y la gorra es parte de mi uniforme.

--Pues yo trabajo en el campo y la boina es parte de mi uniforme, y vengo con mi primo y como no me deje entrar le meto un hostiazo que...

La cosa ya se iba poniendo fea. Convencí a mi primo para que se la quitara al entrar y cuando ya estuviese dentro se la pusiera. Lo hizo, pero muy a regañadientes, mientras murmuraba: "¡Pero coño, ni que esto fuera una iglesia!"

Se sentó y vio mi actuación, cuando terminé me acerqué hasta donde estaba él esperándome. Tenía puesta la boina. Se levantó para irnos y yo dejé en la mesa un billete de veinticinco pesetas. Mi primo me miró con asombro:

--¿Qué es eso?

--Una propina.

Cogió el billete y me lo metió en el bolsillo de arriba de la chaqueta.

--Pero, ¿qué haces? Esta gente tié su sueldo.

Volví a dejar el billete sobre la mesa y él me lo volvió a meter en el bolsillo de la chaqueta.

--Déjale una peseta, pero cómo le vas a dejar cinco duros. ¿Estás loco? Y tuve que esperar a que estuviera de espaldas para dejar el billete sin que me viera.

Mi primo Crece era y es todo un personaje.

En una ocasión fui al pueblo con un coche usado, que yo había comprado de segunda mano, era un coche americano como los que sacan los gángsters en las

películas, pero que se caía de viejo. Cuando llegué al pueblo, todos los mozos hicieron corro alrededor del coche:

--¡Joder, vaya coche que sacomprao el Miguel el de la Jesusa!

Más adelante, cuando compré el MG deportivo fui al pueblo a hacerles una visita. Paré el coche en la plaza, mi primo se me acercó y de una manera muy confidencial me llevó aparte y me dijo:

--Te van mal las cosas, ¿no?

--No. ¿Por qué lo dices?

--Paece que te veo con el coche más pequeño.

Hablar con él y escucharle era más divertido que ir a un cine o a un teatro. Pero lo que más me llamaba la atención era el amor que tenía por su boina. Resulta curioso el cariño que le toman algunas gentes a la boina. En 1984 actuaba yo en la sala de fiestas del casino de Madrid. Antes de la actuación fui a saludar a unos amigos que estaban en la sala, en una mesa cercana había dos hombres jóvenes con dos mujeres, también, como ellos, jóvenes, los dos hombres tenían la boina puesta. El maître se acercó y con mucha educación, en voz baja, les dijo:

--Por favor, ¿podrían quitarse la boina?

Contestación de uno de ellos:

--¡Vete a tomar por culo!

Pero sigo con Barcelona. Por los Jardines Casablanca desfilaban artistas que venían a ver mis actuaciones, uno de los más asiduos era Jorge Mistral con el que hice una gran amistad, y al que seguí viendo años después en México y en Buenos Aires. Y los que no se perdían nunca mis actuaciones y que se divertían mucho con mi humor eran Luis Mariano y Antonio el bailarín. También era muy frecuente la visita de algunos jugadores del Barcelona: Ramallets, Biosca, Basora, César... De todos ellos guardo un gran recuerdo.

En Barcelona yo era feliz. Conchita Montes tenía alquilado para todo el año un pequeño chalet en la calle Ríos Rosas, que habitaba tan sólo cuando hacía teatro en Barcelona, que era muy de tarde en tarde. Conchita, que fue siempre generosa conmigo desde que nos conocimos por primera vez, me cedió el chalet, alegando que así estaría más cuidado. Era un lugar tranquilo con un jardín con limoneros y plantas. Junto al chalet, en la misma calle, estaba el gimnasio de Blume. Me apunté al gimnasio y como deporte elegí la barra fija. Hice una gran amistad con Blume padre y con Blume hijo.

Por las tardes la gente del cine y del teatro nos reuníamos a tomar café y a jugar al dominó en el café Zurich con Tato Romero Marchent, Ulloa y otra gente de la profesión. Y por las noches al café La Luna en la plaza de Cataluña, lugar de encuentro de actores, directores, escritores, guionistas, dobladores, donde al igual que en el café Gijón de Madrid se comentaban los estrenos de teatro o los rodajes de películas.

En 1956 grabé dos discos single, de aquellos de 45 revoluciones, que años después fueron mi pasaporte para todos los países de América Latina.

Tánger

Mi segunda salida al extranjero (la de Italia había sido la primera) fue el 22 de marzo de 1957. Fui contratado para trabajar en una sala de Tánger. Aquello para mí era la gran aventura fuera de España. Al llegar a Tánger y cuando me disponía a presentar el pasaporte, me llamó la atención que hubiera dos ventanillas, una normal y la otra que tenía un rótulo que decía: "Artistas y prostitutas". Por esa ventanilla, con aquel cartel

vergonzante, cuando años más tarde fui con mi compañía a trabajar al teatro Cervantes, tuvieron que pasar las chicas que trabajaban en la compañía. Me hospedé en el hotel Pasadena. En el hotel había una joven ascensorista con la que hice amistad y coqueteé. Desde mi separación buscaba la compañía de una mujer, sentía verdadera necesidad de tener junto a mí una mujer, sentir el contacto de mi mano con su brazo. Por la noche, cuando terminaba su trabajo en el hotel, la acompañaba hasta su casa. Para hacerlo tenía que bajar por el zoco y cruzar la

kasbah. La ida, como la hacíamos del brazo y hablando se me hacía corta y entretenida; pero el regreso era para mí una tortura. Tenía que transitar por aquellas calles estrechas y oscuras cruzándome con moros de pisada silenciosa. De vez en cuando miraba hacia atrás. Siempre tenía uno de aquellos personajes caminando a mis espaldas. Sentía su aliento en mi cuello y aunque aquella chica me gustaba, busqué una disculpa para dejar de acompañarla. No sé por qué, tenía el presentimiento de que en alguno de aquellos regresos me iban a apuñalar por la espalda. Aquella relación se enfrió y no llegó a nada que no fuese charlar en el hotel.

En Tánger conocí a los hermanos Salama Benatar, uno de ellos, Pepe, estaba casado con Marita, que había sido azafata de una compañía de aviación, creo que de la TWA.

Los Salama eran muy respetados en Tánger. Pepe y Marita tenían dos niños gemelos y el día de su cumpleaños me invitaron a su casa. Yo les hice a los niños una función de marionetas, aparte de alguna actuación imitando a los payasos. Los chicos se divertían mucho. Tanto fue así que después, todos los años me invitaban al cumpleaños de los gemelos.

Pepe Salama tenía una flota de barcos que faenaban por las costas de África. Un día me invitó a una "levantada" de atún. Llegamos hasta la costa de Agadir, ciudad que, años después, en 1960, fue destruida por un terremoto. Ahí presencié una "levantada" de atún. Cuando los marinos subieron las redes, repletas de atunes que saltaban y daban grandes coletazos en un intento de saltar hacia el mar, el capitán del barco tiró su gorra sobre los peces, miró su reloj y dijo:

--Esa gorra vale diez mil pesetas.

Era el premio para cada uno de los marineros si sacaban los atunes en un tiempo que él calculaba y que los marineros ya conocían. Aquel espectáculo me quedó grabado para siempre. Aparte de la emoción que experimentaba viendo a aquellos hombres luchar con los atunes, pude presenciar algo que no era común, aunque el capitán me dijo que ya había ocurrido alguna otra vez. Entre los atunes gigantes había uno que había muerto atravesado por un pez espada, que a su vez había muerto como consecuencia de no poder abrir su boca, cerrada dentro del atún.

Pepe Salama me preguntó si era aficionado a la pesca. Le dije que sí. Salama ordenó que al día siguiente pusieran a mi disposición el Quincho. Yo pensaba que el Quincho sería una barca con motor. Al otro día, tal como habíamos acordado fui hasta el puerto. Yo buscaba con la mirada el lugar donde pudiera estar anclado el Quincho. Casi me caigo de espaldas al verlo. El Quincho era un barco con más de veinte marineros, aparte del piloto y el capitán. Me dieron una caña gigante con un reel de acuerdo con la caña, me sentaron en una silla con brazos, en la popa. Me sentía ridículo y al mismo tiempo imaginaba que era el Caudillo pescando en el Azor.

No pesqué mucho, pero salí airoso gracias, por qué no decirlo, a la ayuda de un marinero que me habían colocado como auxiliar.

Marita, la mujer de Pepe, era muy respetada por los habitantes de Tánger, no importaba su raza ni su color. Por donde pasaba Marita se hacía notar un respeto que se detectaba en la mirada y en la inclinación de cabeza de todos los que circulaban por las

estrechas calles de la ciudad. Una noche quiso que yo viviera una nueva experiencia, me puso una chilaba y fuimos a un fumadero de kif. Estuvimos cerca de dos horas dentro de aquel lugar donde el humo y el olor se podían cortar con un cuchillo. Aquel fumadero de kif, como la "levantada" del atún, fue para mí una experiencia inolvidable. Durante el tiempo que estuve en Tánger me sentía un Humphrey Bogart en Casablanca. Hacía un año que Tánger había dejado de ser zona internacional. Después, los Salama Benatar se vinieron a vivir a Madrid. Guardo un grato recuerdo de ellos.

Ignacio F. Iquino, director y productor, con estudios propios, me llamó y me dio un papel en una película titulada El golfo que vio una estrella. El protagonista era Pepito Moratalla, un niño que más tarde se dedicó al doblaje. El mío era un papel breve, pero yo sentía una gran curiosidad por saber cómo era el cine. Después trabajé en Los gamberros, con Rafael Romero Marchent, Pedro Osinaga, Julián Ugarte, José Sazatornil y Miguel ángel Valdivieso, aunque en esa película mi personaje ya era más importante, no era el protagonista. Hice varios papeles en distintas películas como Sitiados en la ciudad, Sor Angélica, Tres huchas para oriente. Gracias a trabajar con Iquino tuve la gran suerte de compartir una película con Fernando Fernán-Gómez, a quien yo admiraba desde hacía muchos años, y aunque la película que hicimos juntos, ¿Dónde pongo este muerto¿, fue una película muy mala, dirigida por Pedro Ramírez, el solo hecho de compartir el rodaje con Fernando valió la pena. En

otra película, también muy mala, que se titulaba Sucedió en mi aldea tuve oportunidad de trabajar junto a un actor español que había formado parte de la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza y que en Hollywood fue protagonista de Su última noche, Wu Li Chang, Cheri-Bibi y otras muchas películas y que, dicen, llegó a ser tan importante como los Barrymore o Chaplin. Se llamaba Ernesto Vilches y murió en el Hospital Clínico de Barcelona, en el mayor de los olvidos, después de haber sido atropellado por un taxi cuando estaba a punto de entrar al café La Luna en la plaza de Cataluña, aquel lugar de reunión y tertulia de los actores después de la función de noche. Un año más tarde hice otra película, titulada El Ceniciento, donde ya me dieron el papel de protagonista con Marujita Díaz, María Martín y Armando Moreno, quien años más tarde se casaría con Nuria Espert y que tuvo la feliz idea de abandonar esa profesión absurda que en este país y en aquella época era el

cine. Coincidía el rodaje de la película con la carrera de coches valedera para el campeonato del mundo que se celebraba en el circuito de Pedralbes. Ignacio Iquino, con su habitual manejo del oportunismo, aprovechó la carrera para filmar una más de las estúpidas secuencias de la película. Yo, es decir, mi personaje, convertido en nuevo rico por haber acertado una quiniela, llevaba a María Martín, mi novia en la película, a presenciar la carrera desde la mejor tribuna. En un momento determinado, en un alarde de ingenio del director, uno de los coches participantes en la prueba perdía una tuerca, y yo -siguiendo el ingenio del directorabandonaba la tribuna y bajaba a la pista a recoger la tuerca. Los coches pasaban junto a mí a una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora; aproveché una frase que usaba mi abuela cuando yo hacía algo mal o me caía en la calle: "Es que vas a lo loco". Y ahí, en la película, al pasar los coches, yo decía: "Es que van a lo loco, es que

conducen a lo loco" (frase que años más tarde se haría popular entre la gente y que fue hasta usada para una canción). Supongo que el productor junto con el guionista pensarían que esta situación estúpida serviría para que, cuando la película se estrenara, el público se cayera de las butacas de risa. Pero no hubo ni un solo accidente por ese motivo. La película fue como todas, un intento más para hacer que la gente olvidara la dura realidad que se estaba viviendo en el país y, una vez más, la utilización de mi

popularidad para ganar dinero en las taquillas. Con el Dúo Dinámico como protagonistas filmamos Botón de ancla, en color, una nueva versión de la película que habían hecho Jorge Mistral, Antonio Casal y Fernando Fernán-Gómez y que como todas las películas que ensalzaran al ejército español era subvencionada por el Gobierno. La película se rodó en la Escuela Naval de Marín. Para el rodaje de la película nos prestaron, incluido el piloto, un helicóptero americano de la

base de Rota. Me hice amigo del piloto y siempre que acabábamos el rodaje me llevaba con él y sobrevolábamos Combarros, sin lugar a dudas uno de los pueblos más originales y bellos que he conocido de Galicia, con sus casas edificadas sobre las piedras. Pero aquel piloto, como todos los norteamericanos, tenía un sentido del humor muy particular.

Durante el vuelo pasábamos por un campo de fútbol y el piloto me decía: "Voy a meter un gol", enfilaba el helicóptero hacia una de las porterías y cuando estábamos a punto de llegar, tocaba el mando y nos elevábamos a gran velocidad verticalmente. Aquello me producía en el estómago unas tremendas ganas de vomitar. Hice también un papel en El Presidio una película que se filmó en la cárcel Modelo de Barcelona y que, como todas, tenía la misión de ensalzar la vida durante la dictadura. Se trataba de mostrar que en la cárcel, los presos vivían muy bien gracias a la llamada "redención por el trabajo".

En resumen, lo único positivo que saqué con mis actuaciones en cine fue el compartir mi trabajo con actores admirados por mí. Y otra de las cosas más positivas que saqué de mis experiencias en el cine fue que uno de los directores, Juan Lladó, un hombre con problemas físicos, no sé si de nacimiento o por alguna enfermedad, muy aficionado a la música de jazz, que a mí me gustaba mucho, me descubrió a los que de ahí en adelante iban a ser mis ídolos del jazz: Gerry Mulligan, Chet Baker y Dave Brubeck. Después intervine en otra película de la que era protagonista Angelillo, el cantante de flamenco a quien yo había conocido en mi primera visita a Buenos Aires. En ella trabajaba también Pepe Isbert, un hombre entrañable con el que disfruté durante el rodaje y mucho más en el doblaje, donde no solamente se dormía sino que roncaba.

Yo alternaba el cine con mi trabajo en Palma de Mallorca. Cada día, al atardecer, después de finalizado el rodaje, subía en un avión que me llevaba a Palma de Mallorca, trabajaba en Titos y a la mañana siguiente salía en el primer avión para Barcelona, a seguir rodando la película.

Esto era así a diario. Los aviones eran los Bristol ingleses, aquellos de dos motores que habían sido usados en la guerra europea. Si no había asiento, subía a la cabina de los pilotos por una pequeña escalera que separaba a los pasajeros de la tripulación. Cada vez que terminaba el rodaje llamaba al aeropuerto y preguntaba por Zaragoza o Cueto, que eran los jefes. Les preguntaba si había algún vuelo preparado para salir en dirección a Palma. Me decían que sí, pero que me diera prisa que el avión estaba a punto de despegar. Hablaban con el comandante Pombo y éste, con el avión ya en la pista, me esperaba. Ahora, cuando tengo que hacer algún vuelo y soy víctima de tanto control, recuerdo con nostalgia a todos aquellos amigos, empezando por José Luis de Ceballos, director general de Iberia, de Pombo, de Zaragoza, de Santiago Aragoneses, de Bellisco, de Cueto y de tantos y tantos amigos que anteponían su amistad a cualquier reglamento.

Había en Iberia un comandante, Castillo, que se divertía gastando bromas a las azafatas o a los pasajeros. Se metía en el lavabo del avión con una pastilla de chocolate, se untaba un dedo de chocolate y lo pasaba por la pared varias veces, marcando rayas marrones. Salía del lavabo, llamaba a una de las azafatas y le decía:

--Señorita, ¿ustedes no ponen papel higiénico en el baño? Venga conmigo.

La llevaba hasta el lavabo y señalaba la pared:

--Porque eso es mierda.

Y ante el asombro de la azafata, pasaba el dedo por el chocolate, se lo metía en la boca y decía:

--Es mierda, pruebe.

La cara de la azafata se ponía lívida, hasta que Castillo le aclaraba que se trataba de una broma.

En otra ocasión viajaba en el avión un obispo. Cuando el avión estaba en vuelo de crucero a dos mil metros de altura, una de las azafatas se acercó al obispo y le dijo que el comandante tendría mucho gusto en que pasara a la cabina. El obispo se levantó y se metió en la cabina de los pilotos. A los pocos instantes salió Castillo y se colocó en el pasillo. Fue una casualidad, pero el avión entró en un cúmulo de nubes y comenzó a moverse y a dar subidas y bajadas bruscas, los pasajeros no decían nada, pero en la cara de todos se reflejaba el terror. El comandante Castillo dijo en voz alta:

--Si es que no tenía que haberle dejado los mandos al obispo. No sabe manejar un avión.

La gente aterrorizada miró al comandante y alguien dijo:

--¿Pero lleva el avión el señor obispo?

Se armó un gran alboroto entre los pasajeros:

--Por favor, coja usted los mandos, este obispo nos va a matar.

El comandante Castillo se metió en la cabina, cerró la puerta y como si se tratara de un milagro, el avión dejó de dar saltos.

Cuando salió el obispo de la cabina, los pasajeros le miraban como para abalanzarse sobre él y matarlo. El obispo se sentó con una sonrisa.

Lo del comandante Castillo más que bromas eran gamberradas. Si hay gente que tiene terror a volar, con aquel comandante estoy seguro de que no volverían a hacerlo en su vida.

Si hoy los vuelos en avión son el medio más seguro de viajar, en los años de la posguerra era muy arriesgado, ya que aunque los pilotos eran gente de toda confianza, no lo eran los aviones, comprados de segunda mano y sin radar. Hace cincuenta años que viajo en aviones y les puedo asegurar que en los años cincuenta volar en aquellos aparatos era una aventura.

En una ocasión, en un viaje que hice a Tetuán, en Marruecos el avión se dejó el tren de aterrizaje a la entrada de la pista y aterrizamos con la panza del avión, que después de dar múltiples tumbos se salió de la pista, y fuimos a parar a un campo. Cuando miré por la ventanilla lo único que vi fueron unos cardos gigantescos y alguna chumbera.

Para cruzar en avión la cordillera de los Andes hacia Chile, el avión, necesariamente, tiene que volar por un hueco entre el Aconcagua y la montaña del lado opuesto. Este viaje lo he hecho docenas de veces y si el día es claro y con sol, el paso por entre las dos gigantescas montañas cubiertas de nieve es de una belleza increíble; pero si por el contrario las nubes no dejan ver, es como conducir un coche con los ojos vendados. En otra ocasión, en un viaje de la Ciudad de México a Acapulco, cuando ya estábamos a punto de aterrizar se desató una gran tormenta de relámpagos y truenos, se apagaron las luces de Acapulco y por consiguiente las de la pista de aterrizaje, el piloto elevó el avión y estuvimos dando vueltas en medio de la tormenta. A través de las ventanillas se veían los rayos pasar de una nube a otra, ascender o descender. En el asiento junto al mío viajaba un mexicano clásico, con su gran bigote, la cara se le había puesto de color amarillo verdoso, las manos las

llevaba agarrotadas en los brazos del asiento, un sudor frío le perlaba la frente, le pregunté:

--¿Es la primera vez que viaja en avión?

Y me respondió:

--¡Y la última, señor!

Todo esto lo cuento para aquellos que me dicen: "¡Qué profesión más bonita la tuya! ¡Lo que viajas!"

Y esto que voy a decir lo he repetido cientos de veces. Una de las más grandes satisfacciones que me ha dado mi profesión, ha sido la de poder acercarme y hasta llegar a tener amistad con gentes a las que admiraba hacía tiempo. Si bien es cierto que El Ceniciento fue una más de las tantas películas estúpidas que filmé, gracias a este rodaje conocí a Juan Manuel Fangio, que ese año ganaba su tercer campeonato del mundo. Me subió en su bólido y con él dimos una vuelta al circuito de Pedralbes.

Debo reconocer que después de haber padecido la guerra y las prisiones, inconscientemente caí en la trampa de la vanidad, sumándome con mis películas al juego de pan y circo impuesto por el franquismo.

Y digo esto porque nada de lo que hice en el cine tuvo un ápice de ideología. Tan sólo una película, El hombre que viajaba despacito, dirigida por Joaquín Romero Marchent, resultó ser una película interesante, a pesar de estar realizada con muy bajo presupuesto, en la línea del cine neorrealista italiano de Vittorio de Sica y su Ladrón de bicicletas, El techo y otros títulos con un contenido de denuncia y crítica hacia la miseria de los marginados.

Vale la pena hablar de Joaquín Romero Marchent, Tato o Tatín para los amigos. Era algo especial, tanto en el trabajo como en la amistad. Tenía y supongo que lo seguirá teniendo, un carácter muy particular. Quiero, a modo de ejemplo, citar un par de anécdotas de Tato.

En una ocasión, estando en un café, había un individuo desafiando a quien quisiera echar un pulso con él, nadie le hacía caso, el individuo insistía. Era tenaz en su desafío y lo decía a gritos, como para avergonzar a todos los que estábamos en el bar, donde el silencio tan sólo era roto por el individuo. Finalmente Tato, cansado de escuchar a aquel fanfarrón, se acercó hasta donde estaba, se sentó en una silla frente a él, apoyó el codo sobre la mesa y le dijo al fanfarrón:

--Con esta mano te voy a echar un pulso; pero como me ganes, con esta que me queda libre te voy a romper la nariz.

El fanfarrón se quedó callado, se levantó, salió del bar y no le volvimos a ver.

En otra ocasión, en el café La Luna, estaba una novia de Tatín esperándole, un individuo se sentó junto a ella y trató de, como se dice ahora, ligar. Entró Tato que venía de rodar, llegó hasta la mesa y sin mediar una palabra cogió la jarra de agua que había sobre la mesa, la levantó y la fue vaciando lentamente en la cabeza del individuo, que quedó como una sopa.

Con Tato Romero Marchent, además del trabajo, compartí una gran amistad y creo que más allá del trabajo y la amistad, el haber hecho la única película importante de todo mi quehacer cinematográfico.

Una oportunidad perdida

Tuve la oportunidad en una ocasión de hacer una película donde hubiera podido tener un trabajo importante como actor. Estuve cenando con Ladislao Vajda y con Andras Laszlo, director y guionista, respectivamente, de una película para la que

habían pensado en mí como protagonista junto a Pablito Calvo. La película estaba basada en un cuento de Laszlo y se titulaba Mi tío Jacinto. Yo estaba en la cumbre de la popularidad y Pablito Calvo acababa de tener un gran éxito con Marcelino pan y vino. Me dieron el guión, lo leí y me pareció excelente. Después de haber hecho tanta basura era mi oportunidad de triunfar en el cine. Pero no me acompañó la suerte. Se reunieron los componentes de la productora y cuando Vajda me propuso como protagonista, lo rechazaron, argumentando que mi popularidad como humorista podía hacer que la gente se quedara con mi humor y esto le restaría ternura al personaje de Pablito Calvo. Por más que Ladislao Vajda insistió en que me quería como actor y no como

humorista, la productora no aceptó la propuesta y le dieron el papel a un gran actor, Antonio Vico. Vajda se quedó con la paja en el ojo y me invitó a cenar en un restaurante de la calle La Luna, y allí me contó lo ocurrido en la productora. Vajda, que tenía mucha fe en mí como actor, no tuvo otro remedio que aceptar lo acordado por los productores y a modo de disculpa o de compensación, me dio un pequeño papel en la película.

Años más tarde, la historia se repitió. Luis Berlanga iba a filmar una película titulada Plácido. Y me habló para que yo hiciera el personaje protagonista. En esa época yo estaba en el teatro Calderón de Barcelona haciendo con Tony Leblanc éste y yo, Sociedad Limitada, una revista de la que éramos intérpretes y autores. Luis Berlanga me propuso que alternara el teatro con la película, pero como la filmaba en Lérida y yo trabajaba en Barcelona, suponía tener que desplazarme todos los días hasta Lérida y regresar para hacer las dos funciones de teatro. Pensé, y así se lo dije a Berlanga, que hacer las dos cosas era correr el riesgo de que ninguna saliera bien. Lo entendió y lamentó que no la hiciera yo; pero fue muy gratificante que un director de la talla de Berlanga hubiera pensado en mí, no ya como humorista sino como actor. Años más tarde, en una de las páginas del libro Berlanga. Contra el poder y la gloria, hablando de Plácido, dice: "En este film había un gran problema,

y es que yo, para el personaje de Plácido, no quería llevar a los clásicos que hay en nuestro país para este tipo de personajes, a los que se supone que son los indicados. Desde hacía mucho tiempo quería llevar, para un personaje así, que no es un tipo cómico, a Gila; creo que Gila es un animal cinematográfico, en el sentido filmológico de esta palabra, y que tiene que ser un actor de cine estupendo. Digo actor de cine, no cómico. Pero su situación en la revista le tenía comprometido en las fechas de rodaje y no pudo ser".

Han pasado varios años desde que se filmó la película hasta lo que Berlanga dice en su libro, pero a pesar del tiempo transcurrido lo dicho por él me gratifica de mi frustración en esa faceta artística que es el cine. Creo que salvo Vajda y Berlanga, el resto de productores y directores me usaron a sabiendas de que por mi popularidad, mi nombre en la cartelera de un cine era rentable. Salvo El hombre que viajaba despacito, nunca tuve la oportunidad de hacer una película que me estimulara a seguir interesado por el cine y perdí, por completo, el poco interés que tenía por esta faceta del arte.

Mi última película la haría años más tarde, viviendo en Argentina. Era el protagonista Palito Ortega y yo el coprotagonista. A pesar de mi rechazo por el cine, acepté este papel porque la película se filmaba en la selva cerca de las cataratas del Iguazú, en territorio paraguayo, y en mi afán de conocer lugares extraños me interesó la idea. Cuando llegue el momento contaré mis experiencias o mis aguafuertes vividos en aquella selva.

Un día me llamaron de Radio Madrid, de la emisora donde había intentado entrar al llegar y en la que su director, Manuel Aznar, ni me recibía. Pero la cosa había

cambiado, ahora la empresa Profidén quería promocionar sus productos con un programa de Gila. Llegamos a un acuerdo en el dinero a cobrar por programa. Fijamos los días de la semana en que se emitiría y, con José Luis Pecker como presentador, lo pusimos en marcha. Aquello fue un acontecimiento. A la hora de la emisión se paralizaba el país. En aquella época, cuando aún no existía la televisión, en los bares tenían un aparato de radio sobre una repisa y los días que yo salía al aire, que era los miércoles y los viernes, en el bar ponían un letrero en un lugar visible que decía: "No se vayan que hoy hay Gila". El programa se emitía a las nueve y media de la noche y era tan grande el interés de la gente en escucharlo que los que iban al cine entraban cuando estaba a punto de empezar la película. Mi programa coincidía

con la hora del NODO. Como la gente por escucharme no entraba al cine hasta que yo terminaba, vino una orden del gobernador civil de Madrid obligando a la radio a que la emisión de mi programa fuera adelantada media hora. Así, el NODO podía ser presenciado por los españoles enterándose de las hazañas de nuestro Caudillo como cazador o pescador, y de cómo funcionaban los comedores de Auxilio Social, atendidos por señoritas voluntarias de familias nobles o pudientes.

En la radio tenía mi censor, al que tenía que presentar escrito, cada miércoles y cada viernes, lo que iba a contar a través de los micrófonos. En cada programa hacía un monólogo distinto. Un viernes se me ocurrió interpretar uno basado en un preso que llamaba por teléfono a su casa desde la cárcel, diciendo que no le esperaran a cenar porque le habían condenado a treinta años y un día y se les iba a enfriar la cena. Después añadía: "Para que no tengáis que llamarme a través de la centralita, os voy a dar mi número de preso y así me llamáis directamente. Toma nota. Tengo el número 52187*.

Como era habitual, le pasé el monólogo al censor, lo leyó y me dijo:

--Este monólogo no lo puede usted decir.

Me sorprendió.

--¿Y por qué?

Tal como era costumbre en estos individuos, su contestación fue breve y concisa:

--Porque no.

--Pero dígame por qué.

--No tengo que darle ninguna explicación. Le digo que este monólogo no lo puede usted decir y basta. Repita alguno de los que ya haya hecho otro día. De los que ya han sido autorizados.

--Es que no quiero repetir ningún monólogo.

--Usted verá lo que hace. Bajo su responsabilidad. Yo cumplo con mi deber, así que haga lo que quiera.

Lo comenté con José Luis Pecker, por si tal vez, sin darme cuenta, en el monólogo había alguna palabra malsonante o alguna crítica en contra del Gobierno. Lo repasamos, no había nada. El monólogo, como todos los que había hecho hasta entonces, era ingenuo, absurdo y limpio. José Luis y yo llegamos a la conclusión de que no podía pasar nada y comencé con el monólogo. El censor estaba en la cabina de los técnicos, apenas dije las primeras palabras, los técnicos, por orden del censor, me desconectaron el micro y pusieron el disco de la película Lilí. Me pusieron treinta mil pesetas de multa, tres semanas de suspensión de trabajo y retirada del pasaporte, de aquellos pasaportes que decían: "Valedero para todos los países, excepto Albania, Mongolia Exterior, República Popular de Corea, Rusia y todos los países satélites". Nunca he podido comprender por qué el Caudillo pensaba que los españoles teníamos ganas de viajar a Corea o a Mongolia Exterior, cuando ir a Perpignan o a

Biarritz ya era el no va más. En fin, ¡vaya usted a saber!

Lo único que constaba en el escrito que me llegó del Ministerio de Información y Turismo era que se me imponía este castigo por haber desobedecido al censor. Pero yo seguía sin saber el porqué de aquel castigo. Siempre he sentido la necesidad de saber el porqué de las cosas y como esto no estaba claro me fui al ministerio a que me lo aclarasen. Por supuesto que no me recibió el ministro Arias Salgado, me recibió una especie de secretario con cara de seminarista. Colocó sobre la mesa, para que yo lo leyera, un periódico. En la primera página había un titular que decía: "En España no hay presos políticos". Y ahí el individuo con cara de seminarista me dijo que en mi monólogo trataba de desmentir la noticia publicada en la prensa el día anterior, diciendo que yo era el preso número 52187. Confieso que aquella respuesta me desconcertó. No me quedó otro remedio que salir de allí con el asombro.

Ya me había ocurrido algo parecido en mi primera gira de teatro con la compañía de Virginia de Matos. En el monólogo que yo contaba la historia de mi vida, estaba aquella parte en que yo decía: "A mi papá le metieron en la cárcel por cuernicidio, y se escapó un domingo por la tarde que estaba lloviendo y no había taxis y gritó: ¡Estoy libre! y se le subió un señor encima y le dijo: Lléveme a los toros". Me sorprendió que todo esto estuviera tachado por el censor. Cuando vino al teatro a ver el ensayo, me acerqué a él y le pregunté:

--¿Por qué me ha tachado esto de cuando mi padre se escapó de la cárcel?

Y con gran asombro por mi parte, me dijo:

--Es que eso de que se le suba un señor encima a su padre...

Lo dijo con muchos puntos suspensivos. Al principio no caí en la cuenta, pero después de meditarlo durante unos instantes saqué la conclusión de que para aquel censor, el que a mi padre se le subiera un señor encima significaba, o que mi padre era maricón, o que lo era el señor que se había subido encima de mi padre.

Con los censores me ocurrieron muchas cosas absurdas que iré contando más adelante.

Mis actuaciones en la radio me dieron una gran popularidad y a modo de ejemplo les cuento algo que me ocurrió en un pequeño pueblo. Un verano que viajaba en dirección a Andalucía, me di cuenta que se me estaba terminando la gasolina; como no encontraba un surtidor, me metí por una carretera muy estrecha y de tierra hasta llegar a un pequeño pueblo, donde había una de esas bombas de gasolina que se manejaban a mano. Toqué el claxon y salió un hombre en mangas de camisa con boina. El hombre de la gasolinera se quedó mirándome y me dijo:

--Usted es Gila.

Y llamó a su mujer:

--ángeles, mira quién está aquí, Gila.

En aquella época en España no había televisión y en aquel pueblo, ni periódico ni revistas. Me llamó la atención que aquel hombre, en aquel pueblo perdido, me reconociera. Le pregunté:

--¿Y usted por qué sabe que yo soy Gila?

El hombre señaló con el dedo hacia mi pecho:

--Porque lo lleva escrito ahí, en la camisa.

En aquel entonces me hacía las camisas un camisero amigo y tenía la costumbre de bordar en el bolsillo mi apellido.

Me resultaba extraño que me hubiera reconocido tan sólo por haber escuchado mis actuaciones en la radio, pero me aseguró que siempre que actuaba en la taberna del pueblo se reunían alrededor de la radio, como hacen ahora cuando televisan un partido de fútbol.

En la radio hice una gran amistad con Manolo Bermúdez y con Eduardo Ruiz de Velasco, que se llamaban artísticamente Pototo y Boliche, y con Joaquín Portillo y Luis Sánchez Polak, conocidos como Tip y Top, que manejaban un humor del absurdo muy divertido. Con ángel de Echenique, con Pepe Bermejo, con Morales y los actores que protagonizaban las novelas de Guillermo Sautier Casaseca: Teófilo Martínez, Pedro Pablo Ayuso, Juanita Ginzo, Matilde Conesa...

La temporada de la radio es para mí inolvidable, después de cuarenta años de aquello aún hay gente que lo recuerda. Creo que la razón no es otra que la necesidad que había de reír, porque a pesar de haber transcurrido doce años desde que terminara la guerra, aún quedaban muchas heridas abiertas. No había desaparecido el dolor de los vencidos, tampoco las represalias de los vencedores. Terminada la guerra europea, el régimen franquista había sido repudiado por la opinión pública de la mayoría de los países y no sólo por la opinión pública sino por los gobiernos. Y aunque Franco negaba su vinculación y su simpatía por las potencias derrotadas, su régimen dictatorial aislaba a España de cualquier tipo de ayuda. Julián Besteiro, condenado a cadena perpetua, había muerto en la cárcel; Companys, que había logrado pasar a Francia, fue detenido por la Gestapo y entregado a las autoridades franquistas, que lo fusilaron. En las improvisadas prisiones de la dictadura muchos condenados

por el régimen esperaban una libertad que no les llegaba nunca. Las cartillas de racionamiento estuvieron vigentes hasta junio de 1952. El general Larrazábal en su libro Los datos exactos de la Guerra Civil dice que de 1939 a 1945 fueron ejecutados aproximadamente veintiocho mil presos. La risa, por tanto, era entonces moneda de uso poco común.

Al finalizar la guerra o unos días antes, muchos pudieron salir hacia el exilio. Algunos como Manuel Azaña, Largo Caballero y Antonio Machado murieron fuera de España. Años más tarde, en mis viajes a América tuve oportunidad de conocer a varios de estos exiliados que habían sobrevivido.

A pesar de las dificultades por las que atraviesa el país, en 1953 se pone en funcionamiento la Seat y fabrica los primeros coches, el 1400, un coche con licencia de la Fiat italiana que se utiliza como coche oficial y algunos para servicio de taxi. Pero nuestro nacionalismo no nos permite depender de nadie. Los españoles, según asegura nuestro Gobierno, tenemos ingenio y capacidad para fabricar vehículos. La Pegaso lanza una serie limitada de coches deportivos con carrocería italiana que causan asombro en el extranjero. También estamos capacitados para fabricar vehículos llamados utilitarios. Y sale al mercado un coche llamado Biscuter, que más que un coche parece una zapatilla de aluminio, con tres marchas hacia adelante y sin marcha atrás. Hasta ese entonces, los únicos coches de marca extranjera que hay en el país son algunos que quedaron después de la guerra y que son conocidos con el nombre de Haigas, porque los que tienen posibilidad de comprarlos son gentes que han

hecho dinero en el mercado negro conocido como estraperlo, generalmente gente inculta que dicen "haiga" en lugar de "haya".

El Biscuter no tuvo mucho éxito, creo que la razón es que ir subido en uno de esos vehículos resultaba ridículo y provocaba la burla de los españoles, tan dados a las bromas. La salida al mercado de este coche orgullo del Gobierno nacional, me dio la oportunidad de hacer uno de mis monólogos. Llamo por teléfono y pregunto:

--¿La Biscuter Company Corporeision? ¿Que si es la fábrica de autos bajitos? ¿Está el ingeniero? ¡Que se ponga! (Y hago un comentario: "Será un enano"). ¿Es usted el ingeniero? Bueno, verá, es que quiero comprarme un coche y quería alguna información. El que hacen ustedes, ¿tiene motor o hay que hacer el ruido con la boca? O

sea, tiene su motor y todo, ¿no? ¿Y cuántos caballos de fuerza tiene? O sea, un borrico. ¿Y con qué anda, con gasolina o con pienso? ¿Y lleva radiador de agua? Un escupitajo. ¿Y el freno qué tal es? ¿Hidráulico? O sea, un agujero en el suelo y freno con el tacón del zapato. ¿Y cuántas marchas tiene? La para alante. ¿Y marcha atrás? Y si voy a Valladolid y me paso, ¿qué? No, déjelo. ¿Sabe qué voy a hacer? Me compro dos, uno para ir y otro para volver. ¿Y cuánto cuesta? ¿Y poniendo yo el material, no me saldría más arreglado de precio? Lo digo porque tengo yo una lata vacía de jamón de York que raspándole la marca y poniéndole unas rueditas... Sí, sí, sí.

Bueno pues entonces compro ése, pero necesito que me hagan algunas reformas. En el portaequipajes o sea en la maletita, ¿qué le cabe? ¡Unos alicates y un destornillador! Bueno, pues me lo amplía para bocadillo de anchoas por si voy de viaje al extranjero, porque con ese coche se puede ir a Roma, ¿no? ¡Facturándolo! No, capota no le ponga, me pongo la boina. Bueno, hágamelo cumplidito por si llueve y encoge que no me apriete en los sobacos. Eso es, que me quede algo de margen. Bueno, muy bien. ¿Hace falta instancia al Ministerio de Comercio? Nada, ¿no? O sea, un telegrama corriente. "Auto quiero. Besos, yo". Y ya está. Bueno, señor inventor, que usted lo invente bien. Adiós.

Al poco tiempo de salir al mercado, y antes de que yo lanzara al aire mi monólogo, vino a verme un directivo de la fábrica en que hacían el Biscuter. Me preguntó cuánto les cobraría por hacerme una foto con un Biscuter para publicarla en la portada de varias revistas. Le pedí, creo recordar, doscientas mil pesetas que en aquella época era una fortuna. Me dijo:

--¿Pero cómo le vamos a pagar doscientas mil pesetas por hacerse una foto?

Y yo le contesté:

--Por la foto, sólo les cobro cincuenta mil, el resto es por lo que pensará la gente que me vea con un Biscuter.

El hombre se enfadó mucho. Creo que no tenía sentido del humor.

Cada circunstancia, cada acontecimiento me daba motivo para crear un monólogo. Siempre cuidaba de no dar nombres ni datos que pudieran ser considerados como agresión al Gobierno o a su sistema, pero procurando, dentro de la vigilancia a que nos tenía sometidos la censura, decir algo que el público captara como crítica a la dictadura.

Tres años más tarde, se fabrica en España el 600, que siendo un coche de pequeño tamaño, al menos tiene el aspecto de un coche. Y da tan buen resultado que aún hoy, después de casi cuarenta años, siguen funcionando por nuestras ciudades.

No obstante, había quien tenía coches para vender. Eran coches antiguos que habían sido reparados y a veces repintados para su venta. Recuerdo que en los anuncios del periódico se decía: "Coche marca Citroen en buen estado, con mechero eléctrico". Yo tenía mi coche inglés, marca Alvis, un coche de dos plazas, digno de una exposición de coches antiguos. Con él me estuve manejando durante algún tiempo, pero no había viaje que no me diera algún problema. El sistema de carburadores de campana era motivo de constantes averías.

En los primeros años de la década de los cincuenta, el Ministerio de Comercio importaba coches de algunos países europeos, que concedía a quienes, previa instancia, demostraran necesitarlos. A esto se llamaba, nunca supe por qué, que te concedieran un coche por la rama. Cuando trabajaba en el Club Castelló, fue a ver mi actuación el entonces ministro de Comercio, don Manuel Arburúa. Después de la actuación entró al camerino a felicitarme y aproveché la ocasión para decirle:

--¿No habría posibilidad de que usted me concediera un coche normal? Es que el que tengo es muy viejecito y se me para siempre en Jaén.

A don Manuel le hizo gracia mi forma de pedirle el coche, pero no me dijo nada. Veinte días después me llamaron del ministerio para decirme que pasara a recoger el coche que me había sido concedido: era un Ford Zephir inglés, a estrenar. Pero mi condición de nuevo rico y todos los sufrimientos pasados durante la guerra con aquellos camiones rusos me desataron el deseo de hacerme con un coche deportivo. Había en un concesionario del paseo de Recoletos un MG deportivo, un coche rojo de dos plazas. No recuerdo con exactitud, pero creo que su precio era de trescientas cincuenta mil pesetas, cantidad fabulosa en aquella época. Vendí el Ford y me compré el MG.

Era un coche que en aquel entonces llamaba la atención, al extremo de que cuando salía del teatro, alrededor del coche había decenas de personas contemplándolo. Y al ver que el coche tenía la marca MG había quien comentaba que era un coche fabricado para Miguel Gila.

Mi cuñado ángel, casado con mi hermana Adela, era el encargado de tenerme el MG a punto. Tenía un taller de mecánica en sociedad con sus dos hermanos, Luis y Santiago, en la calle de Jaén en Cuatro Caminos; Peliche y yo le llevábamos nuestros coches a reparar, y acostumbrábamos a ir a un bar de Estrecho que se llamaba Casa Marín, donde tenían la mejor cerveza de Madrid y donde nos daban de aperitivo unas hermosas y ricas anchoas. íbamos con el MG, que llamaba la atención. A ese bar iba Paco Salamanca, a tomar su cañita antes de ir a comer, siempre vestido como un dandi. Ni Peliche ni yo éramos elegantes en el vestir, digamos que más bien éramos desidiosos, lo que menos nos gustaba era usar traje y no digamos corbata. Cuando Peliche tenía que hacer una película íbamos a ver a Paco Salamanca. Peliche le miraba el traje que llevaba puesto y le decía:

--Salamanca, ese traje me quedaría de perlas para la película que tengo que rodar.

Y Salamanca no tenía ningún problema en prestarle el traje.

Mi amistad con Salamanca sigue viva. Hoy ocupa un cargo importante en unos grandes almacenes, pero sigue siendo la misma persona encantadora que conocimos en Casa Marín. Voy a visitarle con bastante frecuencia y siempre recordamos aquella época.

Con aquel MG me ocurrió algo curioso que vale la pena contar. Hacía poco que se habían inaugurado los pasos de peatones y algunos semáforos. A la gente, acostumbrada al silbato de los guardias urbanos, a los que llamábamos guardias de la porra, le costaba trabajo adaptarse a esta novedad en el tráfico, hasta el punto de que para educar en el respeto de esos pasos de peatones, y como corresponde a una dictadura, si a alguien se le ocurría cruzar una calle y no lo hacía por el paso de peatones, el guardia de la porra le ponía una multa de cinco pesetas. Uno de esos pasos estaba situado, y aún sigue ahí, en la entrada a la Gran Vía, subiendo por Alcalá. Existía en Madrid la costumbre de regar las calles con mangueras; la Gran Vía aún no estaba asfaltada, el suelo era de resbaladizos adoquines. Yo estaba parado con el MG en ese paso de peatones, se puso en verde el semáforo y fue como cuando en el hipódromo se da la salida a los caballos: todos los coches que estábamos en fila

arrancamos al mismo tiempo. Al llegar a la altura de Chicote, un hombre con boina cruzó la calle, corriendo por delante de todos los coches; yo iba por la derecha, muy pegado a la acera, y a mi izquierda una fila de coches, el hombre de la boina consiguió esquivar a todos menos a mí, no tuvo tiempo de llegar a la acera de Chicote. Cuando le vi, pisé el freno, pero con aquellos adoquines resbaladizos recién regados, mi coche patinó y cuando me di cuenta, el hombre de la boina estaba sobre el capó, pegado al parabrisas, con la boina puesta y como no sabiendo por qué estaba ahí. Por suerte, como el MG era muy bajito en su parte delantera hizo la labor de una pala, y así, de esa

manera, el hombre fue tan sólo golpeado en las piernas. Me bajé inmediatamente, lo subí en el coche y lo llevé a la casa de socorro. Seguía con la boina puesta, no se le había movido de la cabeza, como si la llevara pegada. El hombre, mientras nos dirigíamos hacia la casa de socorro, me decía:

--Las personas, mal comparao, semos como los animales. ¿Usted conoce las ovejas?

--Bueno, sí, no mucho, pero las conozco.

--¿Usted sa fijao que las ovejas tienen un nervio tal que aquí?

Y se señalaba la corva de la pierna.

--Pues no me he fijado muy bien, pero sí, creo que tiene un nervio tal que ahí.

--Bueno, pues como le decía, las personas, mal comparás, semos como las ovejas y a mí me parece que usted ma jodío el nervio ese que le digo.

Llegamos a la casa de socorro y el hombre, con la boina puesta, les explicó al médico y a la enfermera lo del nervio de las ovejas, que les sirve, decía él, para andar y para correr, y volvió a repetir que yo le había jodío el nervio ese.

Afortunadamente no tenía nada grave, sólo el hematoma del golpe. Le vendaron la rodilla y lo llevé hasta su casa. Me pareció que eran gente humilde, les di quince mil pesetas y les dejé mi nombre y dirección.

El hombre debía tener alrededor de sesenta y cinco años, más o menos, pero por ser un hombre de campo tenía en la cara y en las manos arrugas que le habían venido con años de anticipo.

Los hijos, viendo que el atropellador era Gila, debieron pensar que me podrían sacar una fortuna y me llevaron a juicio.

El hombre se presentó con muletas. Seguramente, los hijos, asesorados por el abogado, lo disfrazaron de inválido para que al juez le diera mucha pena. No era la primera vez que esto me pasaba; ya cuando mi ex mujer me llevó a juicio, a pesar de tener abrigos de visón y de garras de astracán, asesorada por Concha Sierra, fue disfrazada de pobre, con un abriguito de paño barato que le debieron prestar.

Lo más divertido de aquel juicio fueron las declaraciones de los abogados. Según la versión del suyo, el hombre estaba esperando el autobús en una parada y yo me metí en la acera y me lo llevé por delante. Y según la versión del mío, yo estaba parado y el hombre se metió debajo del coche. Ninguno de los dos abogados decía la verdad. Yo fui el que le dio al juez la versión exacta de cómo había sido. Y otra de las cosas divertidas del juicio fue que el hombre de la boina le repitió al juez lo del nervio de las ovejas.

--Porque yo creo, señor juez, que este señor ma jodío el nervio -y añadió-, y ahora no me voy a poder subir a los árboles.

Era su gran preocupación, que ya no se iba a poder subir a los árboles. Y pensaba yo si no habría atropellado a Tarzán.

Total, una indemnización de treinta mil pesetas, el pago, de las costas del juicio y final.

Seguí trabajando en las salas de fiestas y en el teatro; por supuesto, cuando estaba en Madrid no podía librarme de mi actuación el 18 de julio en el palacio de La Granja y antes de las Navidades, en el teatro Calderón en la campaña de invierno que doña Carmen Polo de Franco organizaba para ayudar a los pobres. El Caudillo y su Gobierno eran muy dados a practicar la caridad, los artistas éramos los que poníamos el trabajo, a veces un trabajo que nada tenía que ver con nuestra profesión, como meternos en la jaula de los leones en el circo, experiencia que me tocó vivir junto a Tony Leblanc y Pepe Isbert.

Las actuaciones en el palacio de La Granja, como en el teatro Calderón eran, por supuesto, de favor. Muchos de los artistas que participaban en estos dos lugares se sentían orgullosos de haber sido elegidos para estos actos. En el palacio de La Granja, cuando finalizaba el espectáculo, nos llevaban a una sala donde después de hacernos una foto con Franco, que el fotógrafo Campúa nos cobraba a precio de oro, Franco nos regalaba una pitillera de plata o una pulsera con el escudo de la Casa Civil del Generalísimo y todos felices, menos Sara Montiel. Cuando estábamos en el salón reunidos con los diplomáticos, militares y demás invitados, Sara, después de rebolear un collar que le habían regalado, dijo:

--¡Qué collar tan bonito! ¡Estos los venden en Sepu!

Nadie dijo nada, pero seguro que a cada uno de los que estábamos en la mesa se nos atragantó el canapé.

Había quien solicitaba una foto de Franco, que, dedicada por él, recibían unos días más tarde con un marco de plata. Muchos artistas tenían en su camerino la foto de Franco dedicada, tal vez, supongo, para impresionar a las visitas. A mí aquello me parecía tan ridículo que un día, en una tienda de esas que venden artículos religiosos, compré una estampa grande de San Antonio y le puse una dedicatoria que decía: "Para mi amigo Gila con un fuerte abrazo de su amigo San Antonio". La enmarqué y en cada lugar donde actuaba la ponía sobre el tocador del camerino. Cuando entraba alguien a pedirme un autógrafo, mientras lo firmaba, por medio del espejo observaba la cara de asombro de los que habían entrado a pedirme el autógrafo. Miraban aquel San Antonio, leían la dedicatoria y no puedo imaginarme lo que pensarían al salir del camerino. Tener una fotografía de San Antonio dedicada por el propio santo no se consigue así como así.

Después de hacernos la foto y de saludar al Caudillo, nos daban un pequeño ágape y era deseo de los diplomáticos y militares que las artistas más jóvenes se quedaran a tomar unas copas con ellos y a bailar. Había en esos bailes citas para días posteriores que algunas de las chicas aceptaban, más por miedo a las represalias que por deseo propio, y si alguna se negaba era borrada del privilegio que, según ellos, significaba actuar para el Caudillo.

En la última de las actuaciones que hice en el palacio de La Granja, posiblemente por las muchas actuaciones benéficas en las que yo había intervenido, incluidas las organizadas en el teatro Calderón por doña Carmen Polo, las fiestas de La Granja, y otras que se celebraban en el palacio de El Pardo, Franco me nombró Caballero de la Orden del Mérito Civil, que por cierto, nunca he sabido qué quiere decir, ni para qué sirve, pero cuando me dieron la noticia, me la dieron como si me hubieran concedido el premio Nobel. Hasta tuve que poner cara de contento. Con motivo de este nombramiento ocurrió algo que después me hizo pensar si aquello no me traería algún problema; afortunadamente, Franco lo aceptó con una sonrisa. Les cuento.

Para ir a actuar a La Granja, había que hacerlo con traje oscuro y corbata. En uno de mis muchos viajes de trabajo a Tánger compré un corte de alpaca inglesa, se lo llevé a mi sastre para que me hiciera un esmoquin, con idea de estrenarlo en esa fiesta anual del 18 de julio y que después me sirviera para todas las fiestas o acontecimientos importantes a los que tuviera que asistir. Mi sastre se esmeró y me hizo un esmoquin digno de un aristócrata. Al nombrarme caballero de la Orden del Mérito Civil, el Caudillo en persona me tenía que colocar la medalla en la solapa. Llegó el momento solemne de la imposición. El Generalísimo me esperaba con la medalla en la mano. Me acerqué hasta él, le saludé y me dispuse a ser condecorado. Franco intentó colocarme la medalla en la solapa del esmoquin. Parece ser, deduzco, que la punta de la aguja o del imperdible con que se sujetaba la medalla estaba algo torcida. Lo intentó una vez y no pudo, volvió a intentarlo de nuevo y tampoco, otro

nuevo intento y la aguja que no entraba en la tela. Yo veía peligrar aquella tela de alpaca y se me ocurrió decirle:

--Excelencia, le van a echar el toro al corral, lleva tres pinchazos.

Después de haberlo dicho, deseé que me tragara la tierra. Por suerte y tal vez porque había muchos presenciando aquel acto, el Caudillo aceptó el chiste con una sonrisa. No obstante, después de aquel día y durante bastante tiempo estuve preocupado, esperando que mi atrevimiento tuviera consecuencias desagradables, tal vez no por él, sino por la gente que le rodeaba. Aunque pensaba que por mi parte no había habido ninguna falta de respeto, las reacciones de Franco eran imprevisibles.

En 1955 me concedieron la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes al Mérito Artístico. Por suerte, esta medalla no tenía imperdible para la solapa, me la colgó del cuello José Luis Ozores. Me dijeron que la posesión de esa medalla me otorgaba el título de excelentísimo señor, y alguien me comentó que también lo otorgaba la del Mérito Civil. Eso de ser excelentísimo señor no me ha servido para nada, ni siquiera siéndolo por duplicado, pero suena bien.

Desde 1951 hasta 1956, repartí mi trabajo entre el teatro, el cine y varias salas de fiestas, en Pumanieska de Bilbao, en Casablanca, Fontoria, Morocco, Pasapoga, Pavillón, Jardines Florida, de Madrid, y en Barcelona, Follies, Río, La Bodega del Calderón y más adelante, cada verano, con don Antonio Astell, que me contrataba toda la temporada de verano para su Jardines Casablanca. Aparte del placer que me proporcionaba mi trabajo tuve la oportunidad en todos esos años de compartirlo con artistas a los que yo admiraba, como Luis Mariano, Antonio Machín, Juanito Segarra, Lorenzo González, Enrique Guitart, Guillermo Marín, José María Rodero, Paco Rabal y otros muchos.

En marzo de 1956 mi entonces representante, Juan Hernández Petit, que además de ser mi representante era periodista, me habló de la posibilidad de actuar en Buenos Aires.

Yo acababa de grabar con la casa Odeón un disco de aquellos llamados entonces de cuarenta y cinco revoluciones y que más tarde denominarían con el nombre de singles, por una cara un monólogo de guerra y por la otra "África y sus leopoldos", aquel del safari. Parece ser que el disco había causado un gran impacto en Argentina y por esa razón me ofrecieron un contrato de un mes, que incluía seis actuaciones en radio, una actuación nocturna diaria en una sala de fiestas llamada King, otra salida diaria en el teatro Nacional de la calle Corrientes y dos programas semanales en la televisión. El trabajo era duro, pero acepté el desafío. Me preocupaba la televisión, en España aún no funcionaba este medio de difusión. Yo estaba tranquilo con respecto a la radio, al teatro y a la sala de fiestas, la televisión para mí era desconocida. éste era un medio por el que yo sentía una gran curiosidad, pero lo más importante de todo es que hasta ese momento, en toda mi vida había tenido la

oportunidad de viajar al extranjero, salvo mis viajes a Marruecos; aunque ni Tánger ni Ceuta ni Melilla ni Tetuán ni siquiera Alcazarquivir me parecieron nunca el extranjero. La idea de viajar a América me entusiasmó, y al mismo tiempo acepté como un desafío la oportunidad de probar si mi humor tenía dimensiones internacionales o era un humor de andar por casa.

Hicimos el viaje en un DC4. Un viaje de más de treinta horas, ya que el avión tenía que poner combustible cada poco tiempo de vuelo y donde había tierra, aunque fuera un tiesto, aterrizaba a repostar.

Buenos aires

Mi llegada a Buenos Aires ya de entrada fue divertida. El señor que la televisión había enviado a recogerme al aeropuerto me acompañó hasta el policía encargado de sellar los pasaportes, y dijo:

--Este señor es Gila, el humorista que viene de España.

Llevaban muchos días anunciando por radio y prensa mis actuaciones en Buenos Aires.

El policía me regaló una sonrisa, al tiempo que preguntaba:

--Así que, ¿usted es el famoso humorista que tanto vienen anunciando estos días?

--Sí, señor.

--¿Y cuál es su gracia?

--Pues me visto de soldado y llamo por teléfono al enemigo.

--Muy bien, ¿pero su gracia cuál es?

--Pues esa, que hablo con el enemigo.

--Sí, si eso lo entiendo, pero lo que quiero saber es su gracia.

El hombre de la televisión me lo aclaró:

--Quiere saber tu nombre y apellidos.

Hacía muchísimos años que yo no asociaba lo de la gracia con el nombre y los apellidos.

A pesar de que en Argentina se habla nuestro idioma había muchas palabras que eran distintas, así que antes de mi actuación me informé de cuál podía sonar mal para evitarla. Me hablaron del verbo "coger". En Argentina "coger" significaba y significa "joder", tenía que decir "agarrar", que a mí me sonaba fatal. Pero las normas son las normas y había que adaptarse.

Llegó el momento de enfrentarme a las cámaras de televisión. Antes de empezar el programa, apenas había entrado en los estudios, se me acercó un señor bajito y se presentó:

--¿Señor Gila? Soy el encargado de la risa.

Creí no haber entendido.

Y me mostró un tablero luminoso en el que se podía leer: "Aplausos, Risas, Silencio".

Y añadió:

--Usted me dice cuándo quiere que se ría la gente, yo aprieto este botón, se enciende el luminoso de Risas y la gente se ríe.

Aquello me causó más gracia que sorpresa o tal vez las dos cosas en igual medida. Le miré y le dije:

--Escuche, señor, si usted apretando ese botón hace que la gente se ría, ¿me quiere explicar para qué me han traído a mí desde España?

--Es que aquí en la televisión trabajamos así.

--Mire, señor -dije-, es que si usted aprieta el botón yo no voy a saber si la gente se ríe porque les hace gracia lo que yo cuento o porque usted aprieta un botón. Es mejor que no apriete ninguno y así yo sabré si lo mío funciona o no funciona.

Lo aceptó, pero no de muy buena gana. Creo que tenía un concepto muy elevado de su cometido en la televisión. Lo habló con el director y el director me entendió.

A mí, acostumbrado a enfrentarme con las cámaras cinematográficas, aquello no me causó ninguna impresión. Hice mi programa de televisión y la gente se divirtió, aunque con algunas lagunas. Y tal como estaba convenido en el contrato, por la noche debuté en la sala de fiestas King. Mi debut, acostumbrado a escuchar las risas del Club

Castelló o de cualquier otra sala de España, fue un fracaso total, nadie entendió mi humor; aquello sí me preocupó, aún me quedaban tres semanas de contrato; no obstante, modifiqué en parte mis monólogos para que mi humor disparatado fuese para ellos más entendible. Creo que lo conseguí, porque en las noches siguientes la reacción del público, aunque no al ciento por ciento, mejoró bastante. No llegué a tener amigos en Buenos Aires, con tanto trabajo era imposible hacer otra cosa que no fuese comer, dormir y trabajar. Tan sólo pude hacer amistad con Ethel Rojo que trabajaba también en el King y con su novio, Horacio Barba, con el que mi amistad

siguió y sigue viva, aunque no nos veamos con frecuencia, a pesar de vivir los dos en Barcelona. Con ellos iba a cenar después de la actuación y me animaban para que no arrojara la toalla.

De todo lo que estaba firmado en el contrato me faltaban por cumplir mis actuaciones en el teatro Nacional. Dos días antes de mi debut, Carlos Petit, el empresario, me citó en su despacho y me dijo:

--Antes de que salga usted al escenario le quiero advertir que de todo lo que se hace en este teatro, los derechos de autor los cobro yo.

Le respondí:

--Yo soy menos ambicioso que usted, yo solamente cobro los derechos de autor de lo que yo escribo. Es decir, de mis monólogos.

--Pues lamento decirle que no va a debutar en mi teatro.

--Pues yo lamento decirle que no me importa nada.

Y no debuté en el teatro Nacional, lo que para mí fue un alivio, ya que me quitaba un trabajo de los cuatro que había firmado y eso no reducía para nada la cantidad de dólares a cobrar fijada en el contrato, porque mi contrato era con una casa que fabricaba zapatos, Calzados Tomsa, que hacía zapatos con alzas, para que los bajitos parecieran más altos. A mí me regalaron un par y efectivamente parecía más alto, pero después de caminar una hora, quería que me amputaran los pies. Preferí seguir con mi estatura.

No obstante, a pesar de mi problema con Petit, se me presentó la oportunidad de actuar en el teatro y fue precisamente en el teatro Nacional.

Se celebraba un homenaje a ángel Labruna, que cumplía sus bodas de plata como jugador de River Plate y fui invitado para actuar en su homenaje. El éxito en el teatro fue grandioso y creo que Petit, visto mi éxito, debió arrepentirse de no haberme dejado, aun con la pérdida de los derechos de autor.

Alguien me dijo que la causa de que yo no hubiera tenido éxito en Buenos Aires era porque Petit, empresario del teatro Nacional, en uno de sus viajes a Madrid estuvo viendo una actuación mía y la copió para después pasársela, como si fuera idea suya, a un cómico al que llamaban Don Pelele, y que este cómico había hecho mi guerra; aunque, por supuesto, había un gran abismo entre el plagio y el original -la copia nunca puede superar a la creatividad-, la sorpresa del monólogo quedó difuminada por la imitación. Este cómico, Don Pelele, se acercó en una ocasión a saludarme, me tendió la mano y la mía no se movió. Se quedó, como dicen en Argentina, "pagando". Años más tarde compartí con Don Pelele el escenario del teatro Astros y me contó que Petit le había dado aquel monólogo diciendo que había sido escrito por él. Don Pelele me pidió disculpas y yo se las acepté.

Durante mi primera visita a Buenos Aires tuve ocasión de conocer cómicos sensacionales, como Dringue Farías, Castrito, Fidel Pintos, Pepe Arias y otros muchos de los que escribiré en su momento. Ahora, lo único que he querido es recordar el fracaso que supuso mi primer viaje a América.

Volví de nuevo a España y después de un breve y merecido descanso formé una nueva compañía, no sé si de variedades o de revista. Como todas las que había hecho anteriormente, la obra estaba basada en sketches, un ballet, números musicales, aparte de alguna atracción como el Trío Guadalajara y el ballet flamenco de los hermanos Marcos.

Con esta compañía volvimos a nuestros viajes por España y Marruecos. Las actuaciones en Marruecos se iniciaban en el teatro Cervantes de Tánger y de ahí a Tetuán, Melilla, Ceuta, Larache y Alcazarquivir. En aquella época estaba de moda el "plexiglás" y cuando alguien se enteraba de que ibas a Tánger, te encargaba un impermeable o unas botas de agua o cualquier cosa, lo importante es que fuese de "plexiglás". Nosotros, José María Laso de la Vega y yo, comprábamos cortinas para el teatro, que en España no había. Las metíamos en uno de los cestos con el vestuario de la revista que llevábamos en el camión, con el riesgo de que nos las quitaran al pasar la aduana. Para ganarnos la simpatía de los encargados de la aduana, les ofrecíamos invitaciones:

--¿Cuántas invitaciones quieres para el estreno?

Y el moro:

--Diez. Una pere mé y nove per mis nove moqueres.

--¿Y tú?

--Yo dotce. Una pere me y oncte per mes oncte moqueres.

Y así, el día del estreno el teatro estaba lleno de moros con sus oncte moqueres, sus nove moqueres, sus catorce moqueres y sus secte moqueres.

La poligamia de los moros nos jodía el estreno, pero a la hora de pasar la aduana hacían la vista gorda y eso nos compensaba.

Las tournées resultaban divertidas, pero no así los censores. Mi constante lucha con los censores de cada localidad empezaba a resultar pesada.

Cada censor tenía su criterio personal de la moral, aunque no sé por qué extraña deformación sexual, para todos había una obsesión común: había que taparles los glúteos y los senos a las chicas del ballet. Como esto era habitual en las giras, la sastra de la compañía llevaba preparados retales de tela y con ellos se añadían los centímetros que el censor creyera suficiente para no caer en el delito de inmoralidad establecido por el Ministro de Información y Turismo.

Pero si cada censor tenía su criterio personal sobre la moral, también tenía su chantaje.

El censor de Valencia me autorizaba el espectáculo si yo le presentaba alguna chica con la que se pudiera acostar.

Como yo me negaba a hacer de celestina, me exigía que antes del estreno le pasara la obra completa a él solo para dar su visto bueno. Como yo estaba curtido en estas lides, ya traía el libro, los dibujos del vestuario de las chicas del ballet y las letras de las canciones autorizadas y selladas por el Ministerio de Información y Turismo, con lo que me negaba a pasarle a él la función, lo único que le permitía era presenciar un ensayo y comprobar si todo lo que se hacía y se decía en el espectáculo era lo que ya venía censurado y sellado de Madrid; pero se negaba a este convenio, argumentando que él era el único responsable de la censura en Valencia, y en un toma y daca teníamos que ir postergando el estreno, hasta que el empresario del teatro Apolo, el señor Alegre, conseguía convencerle. Entonces, el señor Calatayud, apellido ilustre del censor, daba su visto bueno. Se lo había repetido en muchas ocasiones:

--Si usted quiere acostarse con alguna de las chicas, cuando termine la función, se lo propone y si acepta, suya es.

El censor de Zaragoza me prohibió el estreno porque después de asistir a un ensayo alegó que se decían cosas en el escenario que no estaban ni autorizadas ni escritas en el libro que habíamos presentado en Madrid. Esto era normal, ya que a medida que íbamos haciendo el espectáculo, le cambiábamos alguna cosa que no funcionaba bien para que saliera todo más divertido.

Como el que nos llevó la orden de no estrenar era un empleado del censor, me fui al despacho del jefe de censura. Llegué justo en el momento que salía de la oficina acompañado de sus empleados. Traté de hablar con él, para que me aclarase cuál era la razón por la que no me autorizaba el estreno, no solamente no me escuchó sino que, dándome un empujón en el hombro, me dijo:

--Yo no tengo nada que hablar con usted.

Sé que fue un error por mi parte, pero nunca he podido soportar una agresión gratuita, me salió mi lado rebelde y le encajé un puñetazo que lo derribó. Aquello me trajo graves consecuencias. Tuve que hacer un viaje a Madrid, jugándome la vida en el coche, a una velocidad muy superior a la normal, por unas carreteras estrechas, mal señalizadas y con curvas muy pronunciadas, llegar hasta el Ministerio de Información y Turismo y hacer lo que se llamaba un pliego de descargos, lo que no evitó una nueva retirada del pasaporte y una fuerte multa que me llegó dos meses más tarde. No obstante pudimos estrenar que era de lo que se trataba. Aunque debo confesar que las constantes retiradas de pasaporte no me resultaban nada gratas, ya que me impedían viajar a Francia, donde tenía posibilidad de comprar los libros que aquí estaban prohibidos y que pasaba por la frontera debajo del asiento del coche, con el terror de ser descubierto por los carabineros en la aduana.

Gracias a esos pases a Francia había conseguido conocer los poemas de Alfredo Varela, los de Blas de Otero, los de Marcos Ana, Calibán de Bartolí y otros muchos libros que me ayudaron a entender mejor el significado de la Guerra Civil.

Pero siguiendo con la censura, el censor de Barcelona era más tolerante. Como el empleo de censor no estaba remunerado -esto puede parecer absurdo, pero los censores eran vocacionales, defensores voluntarios de la moral de la dictadura-, pues bien, decía, el censor de Barcelona para ganarse la vida vendía libros por los teatros y bastaba comprarle una enciclopedia o un diccionario para que autorizara el estreno, sin ningún inconveniente.

Con este luchar contra la mente enfermiza de los censores, se me despertó una especie de instinto combativo.

Estaba prohibido por Arias Salgado, ministro de Información y Turismo, sacar mujeres al escenario en las capitales con un número de habitantes inferior a ciento cincuenta mil. Tengo la sensación de que el ministro Arias Salgado desconocía que en marzo de 1729 durante el reinado de Felipe V, el breve papal Exponi había absuelto a los españoles de la prohibición de ver teatro. Yo creo que Arias Salgado, amparándose en el poder que le daba su cargo, como ya había hecho la Iglesia en el siglo XVII, luchaba por la total desaparición del género teatral; es posible que, al igual que la Iglesia de ese siglo XVII, viese en el teatro un espacio abierto y libre para ejercer la crítica o dar a conocer conceptos que se consideraban perniciosos para la salud espiritual de los fieles. Es más, pienso que Arias Salgado, como había hecho la Iglesia en aquel siglo, trataba de destruir el teatro, por entender que era el teatro y no otra cosa la causa de todos los males naturales que repercutían

en la moral y el comportamiento religioso de los españoles. Aparte de no permitir mujeres en las capitales con menos de ciento cincuenta mil habitantes, había lugares como Pamplona o Burgos en los que el género teatral de la revista estaba prohibido.

Esto de los ciento cincuenta mil habitantes me dio una idea para vengarme de los censores.

Yo llevaba en mi compañía un ballet francés con mujeres jóvenes, guapas y con un cuerpo envidiable. En Eibar no llegaban a los ciento cincuenta mil habitantes. Cuando estaba a punto de comenzar la función, con el teatro lleno por completo, hablé con las chicas del ballet y les dije que se quedaran en los camerinos.

Apenas se levantó el telón, salí al escenario y dije:

--Traigo conmigo un ballet de veintiséis mujeres, pero la censura me ha prohibido que las saque a escena, parece ser, me ha dicho el censor, que ustedes no están preparados para ver mujeres ligeras de ropa, pero como yo a estas señoritas, que además son profesionales, les pago su sueldo cada semana, quiero que trabajen, así que las voy a sacar, pero como no puedo ni quiero desobedecer a la censura su vestuario no será el que habitualmente sacan en el espectáculo. Les pido disculpas de antemano.

Hubo un murmullo entre el público. Entré a los camerinos y les dije a las chicas que se vistieran de calle y se pusieran sus gabardinas o abrigos y que hicieran los números musicales vestidas. Las francesas del ballet no entendían nada pero me obedecieron y cuando la orquesta comenzó a tocar y salieron a bailar vestidas de calle, creí que los vascos de Eibar iban a quemar el teatro. Se armó la de Dios es Cristo.

Esta maldad la repetí en Mérida, alegando que el censor de Badajoz me había dicho que en Mérida no estaban preparados para ver mujeres con ropas ligeras. El alcalde de Mérida que estaba entre el público pidió su coche, me dijo que le acompañara, llegamos a Badajoz, buscó al censor, lo encontró en un bar y le dio un par de bofetadas; luego me dijo: "Bajo mi responsabilidad, saca usted el ballet". Empezamos la función una hora y pico más tarde. La gente esperó pacientemente y se hizo la función con el ballet vistiendo su ropa de revista. Esta función me costó otra multa y otra de las muchas retiradas del pasaporte.

Ya estaba harto de viajes y de constante lucha con los censores, tenía unas ganas tremendas de disolver la compañía y empezar algo nuevo, algo distinto, tal vez una comedia, pero por otro lado pensaba en las treinta personas que llevaba conmigo y que se iban a quedar sin trabajo; así, día a día, lo fui alargando.

Y seguí luchando contra los censores y viajando de un lado a otro sin apenas respiro. En las giras se trabajaba un día o dos en cada lugar, se hacían dos funciones y al terminar la última había que desmontar todo el decorado y trasladarlo a la siguiente plaza, viajar de noche, llegar a la nueva localidad cuando ya estaba amaneciendo y por la mañana montar de nuevo el decorado y ensayar con la orquesta, que se formaba con músicos de la localidad, a excepción del director, el pianista y el batería, que eran fijos en la compañía.

A mí me gustaba el cine como espectador, pero trabajando a diario y con dos funciones, sin día de descanso, no había posibilidad de ver ninguna película. Por regla general, en los pueblos que trabajábamos lo hacíamos en teatros que eran cines, pero que en algunas ocasiones lo utilizaban como teatro. Como en esos pueblos se hacían, como mucho, dos días de función, nos poníamos de acuerdo con el encargado de la cabina, hacíamos una colecta entre todos los componentes de la compañía, juntábamos unas pesetas, se las dábamos al hombre de la cabina y después de la función nos pasaba la película que iban a estrenar cuando nos fuésemos. ésta era nuestra única oportunidad de ver cine.

Si la lucha con los censores era dura, nadie puede imaginar lo que era la lucha con los músicos de cada localidad. Uno era peluquero, el otro era empleado del ayuntamiento, el otro trabajaba en una farmacia, ninguno se dedicaba a la música, salvo cuando llegaba una compañía de zarzuela, de revista o de variedades.

En una de las giras teníamos que actuar en un pueblo de Ciudad Real.

Citamos a los músicos a las once de la mañana y a esa hora estaban en el teatro todos los componentes de la orquesta. El maestro o director que llevaba yo conmigo, cuando ya estaban en el foso, les dijo:

--Por favor, los instrumentos de cuerda en este lado y los instrumentos de viento en este otro.

Se incorporó un trompeta y dijo:

--Yo me siento en este lado.

Y señaló el lugar que el maestro había asignado para los instrumentos de cuerda.

El director, de muy buenas maneras, le dijo:

--Perdone, pero ahí se sientan los de cuerda.

Se ve que el de la trompeta era cabezón.

--Pues yo me siento aquí, lo diga quien lo diga, porque siempre que viene alguna compañía de zarzuela, éste es mi sitio.

A todo esto, yo, desde el escenario, trataba de ordenar el ensayo. Y el de la trompeta insistiendo:

--A ver si ahora van a decirme a mí dónde me tengo que sentar.

Me acerqué a boca de escenario y le dije:

--Escuche, señor, el maestro tiene su forma de dirigir la orquesta y no creo que le cause a usted ningún trastorno sentarse donde él le dice.

Y como digo, se ve que el trompeta era cabezón.

--Pues o me siento en mi sitio o me voy, porque al fin y al cabo yo soy peluquero y no vivo de esto.

Y con su trompeta bajo el brazo inició la retirada por el pasillo. El del contrabajo hizo causa común con el de la trompeta y algunos más trataron de abandonar el teatro.

Durante la dictadura estaban prohibidas las huelgas y aprovechando esta coyuntura, dije:

--Muy bien, ¿se van? Pues yo también. Iré a ver al gobernador civil y le haré saber que ustedes se declaran en huelga.

Aquello fue mano santa. Dieron media vuelta, abandonaron su retirada y se sentaron donde el maestro les había dicho.

A las siete de la tarde empezamos la función, apenas iniciar el primer número musical aquella orquesta sonaba que dañaba los oídos y de manera muy particular el trompeta. No me pude resistir, hice parar la orquesta y me dirigí directamente al trompeta.

--Con razón decía usted esta mañana que no vive de esto.

Los demás componentes de la orquesta no pudieron evitar la risa. El de la trompeta se levantó y se fue por el pasillo del patio de butacas. No sé si él era o no el responsable directo de aquel desafinamiento, pero a partir de su salida aquello mejoró.

Seguimos haciendo la gira, luchando con los censores y con los músicos.

Y si este luchar con censores y con músicos se hacía duro y pesado, había que añadirle la de los horarios que la dictadura imponía para cuidar la moral de todos los españoles. Los espectáculos tenían que terminar, como muy tarde, a la una de la noche, ni un minuto más ni un minuto menos, a la una en punto de la noche. Esto que no era muy estricto en las grandes capitales, sí lo era en las de segunda categoría. En una de las giras actuamos en Palencia; yo cerraba el espectáculo con uno de mis monólogos del absurdo, el público aplaudía y gritaba: "¡Otra! ¡Otra! ¡Otra!" Yo salía a saludar y de nuevo me metía para que bajaran el telón, la gente no dejaba de pedir otra. El policía

que había enviado el gobernador civil me dijo que de ninguna manera se me ocurriera alargar el espectáculo, que ya era la una y tenía que terminar. A pesar de la insistencia del público, el policía argumentaba que si salía de nuevo al escenario a contar algún otro monólogo, me costaría una multa y tal

vez la suspensión del espectáculo para el siguiente día. Ahí se me prendió la lamparita. Salí de nuevo al escenario y cuando pararon los aplausos, dije:

--Querido público, escuchen, por favor -se hizo un silencio-. Si por mí fuese, me estaría con ustedes hasta el amanecer, pero aquí, entre cajas, hay un policía del gobierno civil que me lo prohíbe.

No pueden imaginarse la que se armó en el teatro y particularmente a la salida, donde más de quinientas personas esperaban al policía con la sana intención de lincharle. No sé cómo hizo para escapar de allí, pero se fue. Cuando salí del teatro la gente me siguió aplaudiendo y es que en Palencia, como en todos los lugares de España, estaban hasta las pelotas de la dictadura, aunque los miedos sólo dejaran poner de manifiesto este sentir de la gente en determinadas ocasiones, como ésta que les cuento.

Yo tenía clavada la espina de mi fracaso en Buenos Aires y el deseo de volver a América se hizo en mí un desafío, pero cada vez que comentaba la idea de disolver la compañía, en todo el elenco se detectaba un clima de tristeza. Eran más de treinta artistas que se iban a quedar sin trabajo. Me costó un gran esfuerzo tomar la determinación. Les hablé de mi cansancio y de la necesidad de renovar el espectáculo y lo entendieron. La compañía se disolvió, con la promesa de que más adelante, pasado algún tiempo, volvería a rehacerla. Con el correr del tiempo se había convertido en una gran familia.

Me tomé un par de meses de descanso, luego mis necesidades económicas me llevaron otra vez a las salas de fiesta.

En noviembre de 1957, bandas armadas marroquíes penetran en territorio de Ifni, atacando a las guarniciones fronterizas. Madrid decide reforzar aquel territorio. La Legión y un batallón de paracaidistas luchan contra las fuerzas armadas marroquíes. Me llaman de la Casa Civil de Franco y me piden que vaya a Sidi Ifni a pasar las Navidades y el fin de año junto a las tropas que combaten en aquel territorio, y con Carmen Sevilla, la cantante Elder Barber y un trío canario, nos meten en un Junker y nos llevan hasta Marruecos. Allí, en las trincheras, pasamos los días festivos, divirtiendo a los soldados que en esos días tan señalados estaban alejados de sus familias. Cuando volvíamos se nos vino encima una tormenta que estuvo a punto de partir en dos el avión. Hicimos escala en Sevilla. Desde allí telefoneé a mi cuñado ángel y le pedí que fuera a buscarme con el coche.

No me disgustaba el hecho de haber tenido que pasar unas Navidades y un final de año en Marruecos. Me sentía satisfecho de haber divertido a los que, obedeciendo órdenes de sus superiores, tenían que estar defendiendo un lugar donde no había más que lagartos, tierra y piedras, pero al mismo tiempo me sentía usado por la dictadura para cualquier festival que se celebrara en el país o, como en este caso, fuera del país. Aunque muchas veces no era el Gobierno el que me llevaba a trabajar gratis. En muchas ocasiones lo hacía yo voluntariamente, porque me estimulaba trabajar para los niños en un hospital de Málaga, donde los había escayolados desde el cuello hasta los pies, o en el sanatorio de tuberculosos de Bilbao, o en la cárcel de mujeres de Yeserías, aunque para mí aquella cárcel no tuviera buenos recuerdos.

Creo que la satisfacción más gratificante que me ha dado mi profesión es haber escuchado la risa de gentes que viven momentos de amargura.

En noviembre de 1958, una noche, al finalizar mi actuación en Pasapoga, donde estaba trabajando, me dijeron que había dos señores que tenían mucho interés en hablar conmigo. Estaban en uno de los palcos que había junto al escenario.

Los dos señores en cuestión eran Goar Mestre, propietario del canal de televisión CMQ de La Habana, y Emilio Azcárraga, propietario a su vez de Televisa y de la emisora de radio XEW de la Ciudad de México. Los dos estaban interesados en contratarme para México y La Habana.

Mi experiencia en Buenos Aires tenía dos vertientes: por un lado, el poco éxito conseguido y por otra parte, mi orgullo profesional. Estaba convencido de que mi humor no tenía más fronteras que las del idioma. De todas maneras y para no repetir lo ocurrido en Argentina, les propuse hacer un contrato de una sola semana y si las cosas funcionaban bien, lo iríamos alargando. Aunque ellos decían estar convencidos de que mis actuaciones iban a ser un éxito, yo les hice entender mis temores y lo aceptaron. Firmé un contrato para debutar en México, en el que se incluía actuaciones en televisión, en una sala de fiestas de muy buen nivel y en un programa de radio. El mismo contrato y las mismas condiciones para Cuba. Por este contrato cobraría dos mil dólares semanales, más viajes y hotel para mí y para mi representante. Fijamos la fecha para el mes de mayo de 1959, dando tiempo a que hicieran promoción en los medios de comunicación de cada país.

Como quedaban varios meses hasta el viaje a México, hablé con Laso de la Vega y quedamos en que él se haría cargo de la programación y yo de armar el espectáculo, escribir el libro y elegir los decorados. Monté de nuevo la compañía de variedades con nuevos sketches. Y para ganar tiempo contratamos al ballet Niza de Montecarlo, que ya venía con sus números montados y traía su propio vestuario, lo que nos ahorraba el tener que formar un ballet, con el complicado y costoso problema de encargar la ropa, buscar las músicas, ensayar con el coreógrafo y todo ese lío que comporta la parte musical. Como era costumbre en mí, contraté a los mismos actores que habían trabajado siempre conmigo, actores que formaban parte de lo que meses atrás fuera esa gran familia artística unida: Villena, Lebrero, Eugenia Roca, el ballet de baile español que estaba compuesto por los hermanos Marcos y sus mujeres y una vedette de nombre Merceditas Llofríu, hija de un representante de artistas. Esta vedette era la única novedad en la compañía.

Con este nuevo espectáculo, antes de presentarnos en Madrid y a modo de ensayo general, debutamos en Toledo, después hicimos Talavera de la Reina y de ahí, y ya con conocimiento de que aquello iba a funcionar, después de hacer algunos cambios en los textos, debutamos en el Calderón de Madrid. Me había integrado de nuevo en el teatro, en lo que a mí me gustaba. El espectáculo en Madrid duró tres meses.

Al terminar en el Calderón hicimos una gira por distintas localidades del país y como era costumbre en las giras, Marruecos.

En España se puso en marcha la televisión, con un alcance de cincuenta y cinco kilómetros. Hice algunas actuaciones, muy pocas y muy breves. No me gustaban aquellas actuaciones donde me marcaban los minutos exactos que tenía para mi intervención. El estar pendiente de los minutos no me daba posibilidad de introducir en mis monólogos el ritmo y las pausas necesarias.

En una de las actuaciones, cuando estaba frente a la cámara, un individuo se situó agachado junto a la cámara: movía la boca y abría y cerraba los dedos en forma de tijeras, señalándome que cortara. Yo seguía actuando y el individuo cada vez con más insistencia me indicaba que cortara mi actuación. Así lo hice. Cuando pregunté qué pasaba, me explicaron que tenían que conectar con el Vaticano, que iba a hablar el Papa.

"Papa" es lo que intentaba decirme aquel individuo con su movimiento de labios. ¡Cómo puñeta adivinarlo!

Seguía amando el teatro. En esta compañía hice amistad con el mayor de los hermanos Marcos, que era buen nadador. Nos compramos unos rifles muy sencillos con una goma elástica y su correspondiente arpón, unos pies de pato, un tubo para respirar y unas gafas submarinas y con estos útiles tan precarios nos lanzamos a la pesca submarina. Por no haber turismo ni estar invadida la costa en aquellos años, se encontraban llisas, sargos, escorbais, meros y algún pulpo pequeño; nuestra captura de peces no era demasiado afortunada.

Un día que estábamos trabajando con la compañía en Cartagena, un oficial de la Marina que la noche anterior había estado presenciando la función, nos invitó a Marcos y a mí a asistir a unas pruebas que se iban a realizar en la base de submarinos. Dos hombres rana se iban a meter en el interior de un submarino, después dejarían que el agua lo inundara y probarían si el acualung que llevaban a sus espaldas era capaz de mantenerlos vivos y con posibilidades de salir del submarino. Se hizo la prueba y lo consiguieron. Los dos hombres que habían realizado este ejercicio, con una botella metálica a sus espaldas y un aparato que se colocaba en la boca, al que llamaban regulador, eran el comandante Cousteau y Dumas. Antonio Marcos y yo quedamos extasiados con aquel experimento y como a los dos nos gustaba la pesca submarina, aunque la hacíamos sin ningún aparato, a pulmón, solamente con aquel rifle precario que nos habíamos comprado hacía unas semanas, después de asistir a aquella

prueba de Cousteau y Dumas pensamos en cómo conseguir una de aquellas botellas y su correspondiente regulador. Nuestro primer intento lo hicimos con una botella metálica vacía, de las que se usan para apagar incendios, que logramos que nos regalaran en el parque de bomberos de Murcia. En el camerino, entre función y función, Antonio y yo nos hacíamos el regulador de entrada y salida del aire con un llamado pico de pato, que permitía expulsar el aire sin que entrara agua, nos hicimos unos atalajes de linoleum y nos lanzamos a nuestra primera inmersión, que fue un rotundo fracaso. No logramos que aquel invento funcionara bien. Tragábamos agua y apenas podíamos sumergirnos a una profundidad de dos metros. Por suerte, en una de nuestras actuaciones en Tánger, fuimos hasta un campo donde estaba almacenado todo el material del Subplus inglés, que había sido adquirido por los árabes al término de la guerra mundial. Pregunté por el encargado o jefe del desguace. Nos lo presentaron y

por una de esas casualidades que tiene la vida, también este hombre había estado la noche anterior viendo nuestro espectáculo y nos reconoció; se deshizo en elogios y nos invitó a recorrer el campo de desguace. Allí había desde aviones hasta machetes. Todo aquello lo estaban desguazando para sacar el plomo, el cobre, el bronce y cada una de las materias que por separado les iban a ser de utilidad. A mí, como mecánico de aviación me angustiaba ver como a golpes de martillo destruían los aparatos de a bordo de los aviones. De pronto, como algo milagroso, aparecieron ante nosotros los equipos de los hombres rana canadienses bibotellas, reguladores, snorquers y todos los elementos necesarios para hacer inmersión. Nos regalaron dos bibotellas con sus reguladores y cuatro cinturones de seguridad de los usados por los pilotos de guerra, que adaptamos a los bibotellas, y con estos ya casi profesionales equipos nos dedicamos a la pesca submarina. Yo, con la idea de disfrutar de aquel

equipo, hablé con José María Lasso de la Vega y arregló la programación de la gira de la compañía por todos los pueblos y ciudades de la costa del Mediterráneo. Hicimos nuestra primera inmersión en Benidorm, entonces lugar despoblado y en el que no había más que un hotel. Nos sumergimos a veinte metros de profundidad. Sólo

aquellos que han tenido la oportunidad de hacer submarinismo pueden tener una idea de lo que significa bajar hasta el fondo de un mar, saltar de un promontorio a otro con un pequeño impulso. Me senté en el fondo y miré hacia arriba, hacia la superficie. Era lo más parecido a un techo de plata iluminado por el sol. Pequeños peces curiosos nadaban a mi alrededor. Como en el mar, a partir de los quince metros de profundidad, desaparece el sentido de la orientación, para saber dónde estaba la superficie nos atamos a la muñeca una pelotita de ping pong y para salir nos bastaba con seguir la dirección que nos marcaba la pequeña pelotita.

Toda nuestra gira teatral era, como dije anteriormente, por capitales o pueblos de la costa. Y si íbamos a Palma de Mallorca, hacíamos cuartel general en Palma y cada día trabajábamos en un pueblo: Porto Cristo, Sanyí, Felanix, Pollensa, etc. También hacíamos la isla de Menorca: Mahón y Ciudadela. Y después de la función de noche, esperábamos al amanecer para sumergirnos y practicar la caza o la pesca submarina, que de las dos maneras se definía el ejercicio de este deporte, si es que se trata de un deporte.

En Palma de Mallorca conocimos a Guillermo Pol. Guillermo tenía una de esas lanchas mallorquinas que funcionan con gasoil y que son muy seguras, pero muy lentas. Era un gran profesional de la pesca submarina y tenía todos los elementos necesarios para la pesca, aunque él bajaba a pulmón. Era un superdotado. Cada vez que se sumergía en el mar, nosotros desde la barca le esperábamos y siempre teníamos la sensación de que no iba a salir nunca, que se había quedado en el fondo. Su resistencia bajo el agua era increíble. Lo mismo que su conocimiento del fondo de todo el entorno de la isla. íbamos en su lancha desde Palma Nova hasta cala de Mosca. El marinero llevaba el control de la lancha, nosotros, Antonio Marcos y yo, íbamos arriba y Guillermo agarrado a una cuerda que se sostenía en la popa de la pequeña embarcación, siempre con la cara sumergida en el agua, asomando solo el snorquer. De pronto, Guillermo nos hacía una seña, parábamos la barca, se sumergía y salía con un pulpo en la mano que dejaba dentro de un cubo con agua de mar. Cuando subía a la barca, miraba al pulpo que estaba en el cubo y decía:

--Si tenemos este pulpo aquí durante todo el día se nos va a morir.

Y lo echaba al fondo del mar. Transcurría todo el día, en cala de Mosca pescábamos meros, sargos, escorbais, llisas y otros peces. Al regreso, ya cuando el sol se estaba ocultando, Guillermo, al llegar al lugar donde había dejado caer el pulpo, decía:

--Un momento.

Se sumergía en el mar y después de varios minutos salía con el pulpo en la mano, como si lo hubiera dejado guardado en un cajón. Guillermo se conocía el fondo del mar que rodeaba toda la isla de Palma como si fuera el pasillo de su casa.

En Ciudadela nos dimos de cara con un tiburón. Guillermo hacía gestos que yo no entendía, el tiburón se alejó; al salir, le pregunté por qué le hacía gestos al tiburón y me respondió:

--Le llamaba cobarde.

Y dije yo:

--Pues demos gracias a Dios que no te ha oído.

Pescamos un mero de cuarenta kilos de peso, que por la noche nos asaron en el horno de una panadería y que comimos todos los de la compañía. En aquella época, en la que no había turistas, era muy fácil encontrar meros de ese peso a veinte o quince metros de profundidad y apuntarles con el rifle sin que intentaran huir. Como aquello me parecía un asesinato, cambié el rifle por una cámara de fotos. En un viaje que hice a Ceuta compré la cámara submarina inventada por el alemán Hank Hass; llevaba dentro

una Rolleiflex. A partir de ese día me dediqué a la fotografía submarina. Luego me hice amigo y socio del CIAS de Valencia; con los submarinistas de esta entidad y ya con mi carnet del CIAS, en el que figuraba como escafandrista autónomo, combinaba mi trabajo del teatro con el de la investigación submarina. También hice amistad con los que formaban el CRIS, grupo submarinista catalán que estaba formado por Atmedlla, Vidal, Vendrell y algunos más de los que lamento no recordar

sus nombres, ya que con todos ellos pude disfrutar localizando pecios y sacando de ellos ánforas romanas y frascos de vidrio fenicios con perfume en los pueblos de la Costa Brava.

También sacábamos coral de la bahía de Rosas. Fueron muchos años los que disfruté bajando a las profundidades, no sólo del Mediterráneo, también en el Cantábrico, en Zarauz, Guetaria y otros lugares de las costas del norte. Posteriormente, tuve oportunidad de practicar el submarinismo en México: en Quintana Roo, en Baja California y en Isla Mujeres. Ahí en ese país hermoso que es México hice mi última inmersión en Acapulco. Ya para entonces poseía un equipo completo, aparte de mi bibotella, tenía todos los elementos para fotografiar en el fondo y hasta un compresor con filtro de carbón para cargar las botellas. Años más tarde, cuando por un empacho de dictadura decidí vivir definitivamente en América y desmonté mi piso de Barcelona, me deshice de todo. Sentí una gran tristeza al hacerlo. Se lo pasé a mi amigo Ricardo, el de El Abrevadero.

Seguí durante algún tiempo con el espectáculo musical. Las cosas iban muy bien, tanto desde el punto de vista artístico como económico; pero eso de viajar de pueblo en pueblo y el constante pelear con el censor de cada lugar iban agravando mi empacho de dictadura. Cada vez que comentaba la idea de disolver la compañía de nuevo volvíamos al clima de tristeza vivido en otras ocasiones. Les advertí de mi compromiso con México y Cuba, y llegamos al acuerdo de mantener la compañía hasta la fecha en que debía viajar a América.

Como quedaba mucho tiempo hasta el viaje a México, continuamos haciendo gira por ciudades y pueblos. Escribí nuevos sketches y nuevos números musicales, pero con los mismos actores que formaban parte de lo que desde hacía meses era esa gran familia artística.

México

Y llegó el mes de mayo en que tenía que viajar a México para cumplir con mi compromiso adquirido en Pasapoga con don Emilio Azcárraga. Antes de mi viaje a México, José María Lasso arregló con el ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria tres actuaciones del espectáculo que servirían como final y disolución de la compañía y como homenaje en mi despedida de España. Las actuaciones serían al aire libre, sin ningún tipo de decorado, ya que se trataba de actuar en las fiestas de primavera que se celebraban en Las Palmas en esas fechas.

En el aeropuerto del Prat había dos aviones que nos llevarían hasta Canarias, dos aviones iguales, dos DC4. En uno de los aviones viajaría el equipo de gimnastas de Joaquín Blume, también contratados para hacer una exhibición, en el otro avión viajaríamos todos los componentes de mi compañía.

El avión en que habían de viajar los atletas salía dos horas antes que el que nos habría de llevar a nosotros. Joaquín Blume, a quien yo conocía del gimnasio de la calle Ríos Rosas, se me acercó y me dijo que si no me importaba cambiar de avión, porque al ser ellos de Barcelona tendrían un poco más de tiempo para despedirse de sus familias.

A mí me daba lo mismo. Así, la gente de la compañía y yo volamos en el primer avión, en el que debería haber viajado Blume. Estábamos cenando en el hotel, cuando nos llegó la noticia. La reproduzco tal como se publicó en la prensa:

Se malogra un prodigioso gimnasta

La fatalidad priva a España de un gran gimnasta, un magnífico deportista en el que justificadamente estaban puestas las esperanzas olímpicas. A media tarde de este luctuoso día, en el pico del Telégrafo, en la serranía de Cuenca se ha estrellado un avión de pasajeros, sin que haya ningún superviviente.

Entre las víctimas se cuenta Joaquín Blume. También han muerto en el accidente los gimnastas Pablo Muller, José Aguilar, Raúl Pajares y Olga Solé, así como la esposa de Blume, María José Bonet.

El viaje emprendido en Barcelona con dirección a Canarias, para participar en una exhibición gimnástica, tiene pues este trágico final.

Se me hizo duro el trabajo aquellos pocos días en Las Palmas. Me costó un gran esfuerzo practicar el humorismo. El accidente me dejó sumido en una gran tristeza, tenía dentro de mí una cierta sensación de culpa por haber accedido al cambio de avión. Aún muchos años después de aquella tragedia sigo pensando si el destino había querido que a mí no me pasara nada, si el destino había señalado ese día para Blume.

Esto es algo que he guardado conmigo durante muchos años. Sólo ahora, en este momento y aquí, lo hago público. Fue un acuerdo entre Blume y yo; ni sus gimnastas, ni sus familiares, ni la gente de mi compañía supieron de él.

Desde Las Palmas, junto con mi representante, iniciamos el vuelo hacia México. Como México, en adhesión a la República española y enemigo de la dictadura franquista, no tenía relaciones diplomáticas con España, para conseguir el visado de entrada a México y el permiso de trabajo tuvimos que hacer una primera escala en Lisboa, donde nos esperaba el cónsul de México, que nos facilitó todos los papeles necesarios; hicimos una nueva escala en Nueva York, donde estaríamos cuatro o cinco días. Juan Hernández Petit, mi representante, estaba separado de su mujer, que vivía en Nueva York con sus dos hijos. Juan aprovecharía esos días para estar con ellos y yo para conocer Nueva York.

En el aeropuerto cogimos dos taxis, Hernández Petit iría a vivir a la casa de su mujer, con la que, a pesar de la separación, tenía muy buena relación, yo a un hotel. El taxista que me llevaba era de Puerto Rico con lo que me ahorré el esfuerzo de usar el inglés como idioma.

En aquella época yo viajaba siempre con mi Rollei colgada del cuello.

Pasábamos por la catedral de San Pablo y le pedí al taxista que parase un momento, que tenía el deseo de hacer un par de fotos. Preparé mi Rollei y después de buscar un buen encuadre apreté el disparador por dos veces. Cuando me volví, mi mano que buscaba la manija de la puerta quedó en el aire. El taxi había desaparecido llevándose todo mi equipaje. Por suerte, llevaba conmigo el pasaporte y el dinero. Era domingo, fui a hacer la denuncia a la policía. Me preguntaron si al subir al taxi no me había fijado en el documento que el taxista llevaba en el respaldo del asiento donde figuraba su nombre y apellidos, su número de licencia y una foto del conductor. Lamentablemente, no se me había ocurrido.

Estuve paseando por Nueva York, acompañado por los hijos de Hernández Petit, que nos llevaron a conocer lo que ellos consideraban más típico y más interesante. La Quinta Avenida, calle de los desfiles, de las mansiones, de los hoteles y de los

rascacielos. La avenida Madison, con sus numerosas tiendas y por supuesto el Empire State Building, donde desde el piso 102 uno siente que es King Kong con Fay Wray en una mano. Me impresionó Manhattan, con sus miles de anuncios eléctricos que iluminan la noche con una intensidad mágica y surrealista. Me impresionó Nueva York, pero como turista. Creo que aunque me hubieran brindado la oportunidad de quedarme a vivir en aquella ciudad, no lo habría aceptado. Durante el tiempo que estuve en Nueva York me sentí más hormiga que hombre.

El avión que nos llevaba de Nueva York a México hacía escala en Santo Domingo. Aprovechando la escala bajamos a estirar un poco las piernas, entramos en el bar del aeropuerto a tomar algo y se nos acercó un individuo de baja estatura que traía un sobre en la mano. En un correcto y simpático acento mexicano, me preguntó:

--¿Señor Gila?

--Sí.

--Soy periodista mexicano, me llamo Pérez Verduzco y llevo la página de espectáculos del diario Ovaciones.

--¡Ah, mucho gusto!

Y me acercó el sobre.

--Este sobre es por si usted quiere depositar en él algunos dólares para los huérfanos del periodismo.

Como me vio cara de sorpresa, añadió:

--Es porque nos gustaría hacerle buenas críticas de su debut en la Ciudad de México.

Me sentó como una patada en la barriga. Era algo parecido a lo del encargado de la risa de Buenos Aires, pero peor intencionado. Le miré fijamente y le dije:

--Escúcheme, señor. Sin ánimo de ofenderle. Tengo la intención de saber si el humor que yo practico funciona en México por mí mismo y no por las críticas favorables que me puedan hacer a cambio de ningún donativo.

Quedó algo descolocado, pero de inmediato me dijo:

--No es para mí, es para los huérfanos del periodismo.

--Lo entiendo; pero desde la muerte de mi padre he tenido a mi cargo cinco huérfanos, que aparte de ser huérfanos son hermanos míos, paridos por la misma madre.

Mi respuesta no debió gustarle nada, me miró y se mordió los labios, luego se encogió de hombros, como dándome a entender que yo mismo me lo había buscado, y se alejó con el sobre en la mano.

Cuando volvimos al avión para seguir el viaje, el tal Pérez Verduzco viajaba con nosotros. Durante el tiempo que duró el vuelo no dejó de mirarme con una sonrisa socarrona.

El vuelo desde Santo Domingo a la Ciudad de México duraba dos horas, así que aproveché para dar una cabezada. La hora de llegada a México era muy intempestiva, el aterrizaje se haría a las cuatro de la madrugada.

México era para mí, lo iba pensando durante mi intento de cabezada, algo así como esos regalos que nos hacen por Navidad, que vienen envueltos en un papel de vistosos colores, con un lazo dorado. Estaba seguro de que dentro de aquella caja de regalo había algo desconocido, pero al mismo tiempo hermoso.

No había estado nunca en México, pero era como si lo conociera de una vida anterior. Adivinaba su fuerza, su colorido, su enorme personalidad, la más fuerte de todos los países de habla hispana. No me equivoqué.

Desde la ventanilla del avión, México era un ascua de luces; a pesar de la hora tan avanzada, se podían ver sus avenidas iluminadas y la gran inmensidad de esa ciudad.

Minutos más tarde, en la letra de la canción escuché, "Guadalajara en un llano, México en una laguna." ¡Qué laguna!

El avión hizo su aterrizaje a las cuatro y media de la mañana. Un grupo de periodistas de la radio se acercaron hasta el avión con sus micrófonos. Al asomarme a la puerta y colocarme al borde de la escalerilla de bajada, escuché la música de los mariachis que tocaban Las mañanitas, Guadalajara y otras rancheras populares de México. No atinaba a bajar por la escalera del avión, la emoción paralizaba mis piernas. Es una imagen que recuerdo y recordaré toda mi vida. Me parecía demasiado aquel recibimiento.

Mientras los periodistas me iban haciendo preguntas llegamos hasta los mariachis; les rogué a los periodistas que me dejaran disfrutar de aquella música. Me dedicaron varias canciones que me hicieron olvidar todo mi cansancio y tomar conciencia de que estaba realmente en México, que no era un sueño. Nunca he sabido por qué, pero ese país estaba muy arraigado a mi vida. Recordaba la ayuda que nos habían prestado durante la Guerra Civil, su acogida a los exiliados políticos, que gracias a ellos y a su entonces presidente, Cárdenas, se habían librado del fusilamiento y de las cárceles franquistas. Sentí algo que no había sentido en Argentina; pisar aquella tierra, para mí, que vivía en una dictadura, era como zambullirme en una libertad desconocida.

El camino desde el aeropuerto hasta el hotel era bastante largo, pero a mí me parecía corto. Aquellas pequeñas casas con fachadas pintadas con colores vivos, azul, naranja, rojo, violeta. Aquello no tenía nada que ver con los pueblos que yo estaba acostumbrado a ver en Castilla, esos pueblos tan tristes, de color terroso.

Nos hospedaron en el hotel Insurgentes, en la avenida del mismo nombre, que cruza México de norte a sur, ya estaba amaneciendo. El sol, aún débil, penetraba en la habitación. Busqué la cinta de la persiana. No había. Sólo una leve y transparente cortina blanca por la que penetraba la luz. Era algo así como dormir en la calle. Acostumbrado a nuestros hoteles y a mi casa, yo no era capaz de entender cómo se podía dormir con aquel sol sobre la cama. Pero era tan grande el cansancio que me quedé dormido, como alguna vez lo había hecho en alguna playa.

Dormí muy pocas horas, tenía una gran ansiedad por salir del hotel para tomar contacto con las calles y las gentes de aquella ciudad. El cambio de horario y la altura de la ciudad me habían afectado como si hubiese tomado alguna droga estimulante.

Mis primeros paseos por la Ciudad de México me llenaron los ojos de colorido. Me asombraba la fuerte personalidad de la gente que caminaba por las calles, los puestos ambulantes donde vendían carnitas, tamales, rodajas de piña natural, los sillones de los limpiabotas, decorados como si fuesen tronos de un rey medieval. En cada uno de los mexicanos que se cruzaban en mi camino había un fuerte colorido, tanto en su piel como en sus rasgos y sus ropas. Quedé prendido en aquel tránsito de gentes tan diferentes y tan iguales.

Como me habían robado las maletas en Nueva York, me había quedado con lo puesto, y no tuve más remedio que comprarme alguna ropa. Fui a una sastrería y me encargué un traje negro para mi trabajo, algunas camisas y, para la calle, un pantalón y una chaqueta de sport. Cuando ya había encargado el traje, las camisas y el pantalón, le dije al sastre:

--Ahora necesito que me haga una chaqueta.

El sastre me miró de una manera muy particular. Después me preguntó:

--¿Usted es español?

--Sí, señor.

--¿Y es la primera vez que viene a México?

--Sí, señor.

--¡Ya!

Aquellas preguntas y la forma en que me las formuló me dejaron intrigado. Se lo comenté a uno de los locutores de XEW. Me dijo:

--No tiene importancia porque eres español, pero imagínate que yo llego a España, entro en una sastrería y le digo al sastre: "Ahora necesito que me haga usted una paja."

Desde aquel día, mi principal objetivo era vigilar las palabras que, aunque pertenecían a nuestro idioma, tenían un sentido distinto. Ahí me enteré que era feo mentar la palabra madre, que lo correcto era decir mamá. Porque los mexicanos son muy dados a decir cuando están furiosos: "¡Te rompo la madre!"

Mi contrato para actuar en México, tal como yo había acordado con don Emilio Azcárraga, era de una semana y si las cosas funcionaban, hablaríamos de prorrogar; si lo mío no funcionaba, no había compromiso de continuidad por ninguna de las dos partes. En el contrato se estipulaba una actuación diaria en El Afro, una sala de fiestas propiedad de Agustín Barrios Gómez, que más adelante sería embajador de México en Canadá, y de Jorge Almada, que caminaba apoyándose en un bastón porque alguien le había dado un tiro en una cadera, cosa común y nada extraña en aquel país donde se llevaba el revólver como se lleva una pluma o un bolígrafo. El mismo contrato me comprometía a hacer una actuación de quince minutos en Televisa, el canal propiedad de don Emilio Azcárraga, y una actuación diaria en XEW, emisora de radio también propiedad de don Emilio.

Don Emilio, amante de su emisora de radio, odiaba la televisión y me eximió de ese compromiso; sólo haría la radio y la sala de fiestas.

Mi único disco, que había editado con Odeón, era uno de los llamados de cuarenta y cinco revoluciones. En esa época no existía otro sistema de grabación. En las emisoras de México y de Cuba se difundieron con mucha frecuencia los dos monólogos que lo componían, y causaron un gran impacto. Y esos dos monólogos fueron los que me abrieron de par en par las puertas de América Latina. Igual que en el teatro Fontalba, el público se sintió sorprendido por este nuevo estilo de humor. En México y en Cuba se repitió la curiosidad por conocer en directo a este humorista que hacía en una guerra algo tan absurdo y disparatado como llamar por teléfono al enemigo y preguntarle a qué hora pensaban atacar y que si iban a venir muchos, que si habían disparado un cañonazo el jueves y que si nos podían prestar el cañón un par de días, que el nuestro se ha atascado porque el teniente ha metido la cabeza dentro para ver si estaba limpio y ahora le pillan las orejas a contrapelo y no sale. O mi

llamada por teléfono a mi casa desde áfrica donde había ido de safari y contaba que había visto un hipopótamo, que era como la tía Mercedes pero sin la faja.

Todas estas cosas dichas con la mayor naturalidad hacían que la gente que las escuchaba se divirtiera muchísimo.

De cualquier manera, faltaba comprobar si la gente se lo pasaría igual de bien en mis actuaciones de cara al público.

Y llegó la noche de mi debut en El Afro.

En el pequeño camerino que me habían asignado adopté la actitud de los toreros antes de la corrida; sin estampas de santos ni vírgenes, pero en una total concentración, me dispuse a hacer mi primera presentación. La sala estaba llena por completo, no había una sola mesa, ni siquiera una silla libre.

Desde el camerino se escuchaban las voces de los que llenaban la sala.

Terminó la música de baile. Un locutor salió al escenario y después de un toque musical de los que se acostumbran a realizar en las presentaciones, se acercó al micrófono y dijo: "Traído directamente de España, en exclusiva para la sala Afro

tenemos el gusto de presentar a ustedes en su primera actuación en la Ciudad de México, al humorista más original de los últimos tiempos. Señoras y señores, ante todos ustedes y para todos ustedes, ¡Gila!" Y salí al escenario. El aplauso fue unánime, y luego del aplauso vino la expectación.

En una percha, detrás de una pequeña mesa en la que me habían instalado el teléfono, descansaban mi casco de bombero, mi salacot de safari, una bata de médico, una boina y algunos otros elementos que serían utilizados para el cambio de personaje en cada uno de mis monólogos. Mi presentación la hice con mi uniforme de soldado de artillería y mi casco. Apenas dije mis primeras frases cuando la sala de El Afro era una carcajada detrás de otra, a veces interrumpidas con aplausos. Pasé de un monólogo a otro con tan sólo el cambio de algún elemento identificador, el de bombero, el de cirujano, el gángster, el paleto de boina, el safari, y aquello fue un reír sin parar y aplausos que no me dejaban retirarme del escenario.

Ni por asomo se me hubiera ocurrido pensar que la risa de los mexicanos iba a superar la de mi país. Pero les doy mi palabra de que fue mayor.

La gran sorpresa para mí fue que al finalizar y una vez en el camerino, entraran a felicitarme gente como Pancho Córdova, Alfonso Arau, Manolo Fábregas y otros actores y directores de cine, y la mayor de las sorpresas: recibir un abrazo de Mario Moreno, el Cantinflas que yo admiraba. De Cantinflas tengo un recuerdo inolvidable. En los años ochenta, yo actuaba en la sala Cleofás de Madrid, Cantinflas había venido a España para hacer no sé qué trámites. Cuando entré en la sala el jefe de camareros me dijo:

--Ahí está don Mario que ha venido a verle.

Me acerqué a la mesa y nos abrazamos. Me dijo:

--Dentro de cinco horas me voy para México, pero no he querido irme sin darte un abrazo.

Se quedó a ver mi actuación, que le dediqué, y luego nos despedimos. Fue la última vez que nos vimos. Su muerte me afectó mucho. Era, aparte de un cómico genial, una persona encantadora.

Al día siguiente de mi debut, toda la prensa de México me dedicó grandes elogios. Sería una pedantería por mi parte dar a conocer la totalidad de las críticas que se hicieron de mi debut, pero al mismo tiempo, sería una ingratitud no mencionar alguna de ellas, que me sirvieron de estímulo para más adelante, en muchas otras ocasiones, trabajar en México, ciudad que siempre me recibió con un gran cariño y un gran respeto. Cito alguna:

Anoche se presentó en El Afro.

Cargó Gila con su teléfono y disparó con él, festivamente, a toda la concurrencia. Habló y habló hasta por los codos. Milagro de la palabra. "En el principio fue el Verbo", que dice el Génesis. Humorismo bueno. Sentido de la medida.

La cosa, no descubrimos nada, es realmente difícil, porque se trata de algo distinto que decir chistes.

El recitador de chistes no suele ser chistoso.

Se trata de hablar de las cosas diarias que nos ocupan o preocupan.

Se trata de comentar hechos. Analizar tipos. Clavar el dardo o estilete de la conversación sobre las personas o los acontecimientos que nos salen al paso cada día. Y clavar ese estilete, el de la lengua, con gracia clara, transparente, gracia que tiene sabor humano.

Sí señor, ya está entre nosotros Gila que nació en "Madrid, Madrid, Madrid", que diría y cantaría don Agustín Lara. Ya está aquí, el héroe festivo de esa ex villa de

corte a la que cantaron Mesonero Romanos, don Benito Pérez Galdós y tantas otras plumas preclaras de aquellas latitudes. La comunidad de la lengua y de las costumbres, la identidad humorística de uno y otro hemisferio de habla española, todo eso y bastante más convierte a Gila en un vecino de nuestra inmensa urbe. Un vecino más al que entendemos y aplaudimos por sus grandes dotes de humor y talento.

Y eso es lo que sucedió anoche en El Afro con el señor Gila, cuya vida guarde Dios muchos años para solaz de las masas que hablan español.

Y tal como estaba convenido me tocó hacer el programa de radio en la emisora de don Emilio Azcárraga, que dirigía Othón Vélez.

En México era muy complicado conseguir un taxi. No tenían taxímetro que marcara el importe de los viajes, se hablaba con el taxista y se convenía el precio a pagar desde tal a tal lugar. Los taxis me recordaban a los confesionarios: alguien paraba un taxi, metía la cabeza por la ventanilla y yo tenía la sensación de que le estaban confesando al taxista todos sus pecados. De ahí que el primer día que tenía que actuar en la radio, a pesar de haberme puesto de acuerdo con el taxista en el precio, no pude evitar el llegar a la radio cuando faltaban cinco minutos para que comenzara el programa. La publicidad que se había hecho con respecto a mi actuación había despertado un gran interés, tanto en el público como en los muchos periodistas que esperaban este debut. Don Emilio Azcárraga me preguntó la razón de este retraso. Le expliqué lo complicado que había sido para mí encontrar un taxi. Llamó a uno de sus empleados.

--¡Orale, Pancho! No más termine el señor Gila su actuación te me vas con él y que le den un carro.

--Cómo no, don Emilio.

Terminé mi actuación y con el tal Pancho fuimos a un lugar donde había una cantidad enorme de coches.

--Señor Gila, ¿qué carro le gusta?

Elegí un Fiat 1100.

Cuando llegué al día siguiente a la radio, don Emilio me preguntó:

--¿Ya te dieron el carro?

--Sí, don Emilio.

Y desde la ventana le mostré el Fiat.

Don Emilio llamó de nuevo al tal Pancho.

--Osté me dirá, don Emilio.

--Te dije que al señor Gila le dieran un carro, no una carcacha.

--Pos él fue quien lo eligió, don Emilio.

--Ya se me está llevando de vuelta esa carcacha y se me trae un carro de a de veras.

--Sí, don Emilio -y añadió esa expresión mexicana que tanto me gusta y que después oiría con mucha frecuencia-: Como de rayo.

Y Pancho obedeciendo órdenes se llevó el Fiat. Cuando terminé de actuar y salí a la calle, el tal Pancho me llevó hasta un Chevrolet Impala, de color azul. A mí, acostumbrado a los coches europeos y muy particularmente a mi MG aquello me pareció un edificio.

--Aquí está su carro.

Con ese Impala dediqué muchas horas a visitar lugares de las afueras de México D. F. La capital me la recorría a pie para tener un contacto más directo con sus gentes y sus costumbres.

Las emisiones de radio se hacían con público presente. La radio fue un trabajo sencillo para mí. Tenía, según lo estipulado en el contrato, una actuación diaria de quince minutos. En la radio se repitió el éxito de El Afro; aunque el público que asistía a los programas no eran gente muy preparada, las actuaciones en radio fueron muy elogiadas: ésta fue una de las muchas críticas que me hicieron:

El resorte de la conquista ha sido el resorte que ha movido la voluntad de los hombres desde tiempos inmemoriales. Conquistar tierras, dinero, fama, amor.

El prototipo del hombre conquistador de tierras, al menos para nosotros, es Hernán Cortés. Este hombre audaz, que valiéndose algunas veces de armas no recomendables, se adueñó de vidas y haciendas aztecas.

En el amor, al que reconocemos mayores conquistas es a don Juan Tenorio, hombre de capa y espada, para quien no había mujer que estuviera fuera de su alcance.

Rockefeller ha sido sin duda el mayor conquistador de dinero del que tenemos memoria. Y conquistadores de fama hay tantos que de momento no recordamos a ninguno. Aunque es cierto aclarar que no siempre se necesita tener mucho saber, ni mucha habilidad para conquistar fama y dinero.

Un nuevo conquistador ha llegado a México y se trata de un conquistador de simpatías que responde al nombre de Gila.

Gila es español como Hernán Cortés, es simpático como debió ser, de haber existido, don Juan Tenorio. No sabemos si es rico, aunque suponemos que no lo será como Rockefeller, y es famoso porque su humor es distinto a todos los conocidos.

Nosotros les recomendamos que sintonicen su radio y escuchen a Gila, este conquistador de simpatías, en la seguridad de que, igual que nos ocurrió a nosotros el primer día que le escuchamos, se sorprenderán.

Es posible que cayera en la pedantería si citara todas las críticas que se me hicieron en la prensa, pero de manera muy particular quiero rescatar una, publicada cuando ya llevaba varios meses actuando en la radio y que creo es la que más me estimuló, porque ya no se trataba de una crítica a unas primeras actuaciones que pudieron sorprender sino a toda una labor continuada de muchas semanas, día a día.

En el Boletín de Radio y Televisión, le preguntaban a Othón Vélez, gerente general de la emisora XEW:

--¿Cuáles han sido los acontecimientos importantes en la radio durante el año 1959?

--Hasta el momento dos.

--¿Cuál el primero?

--En orden cronológico la visita del señor Eisenhower, presidente de los Estados Unidos.

--¿El segundo de los acontecimientos?

--Haber presentado en los estudios de la XEW al humorista español Gila. Un hit dada la personalidad del artista, poco propicio a salir de su país, y al éxito de auditorio conseguido con su humor tan personal.

Esto, dicho por el máximo responsable de la emisora, me estimuló más, si cabe, que las críticas de la prensa.

Y cinco días después de mi debut en El Afro, en un diario escribían

Esta semana, Firmamento se dedicó a trasnochar. Y por ese trasnochar, pudimos registrar que la presentación de Gila en El Afro fue la premiére más sensacional que haya habido durante años en ninguna otra sala de México.

El Afro estaba totalmente lleno. No menos de treinta mesas adicionales hubo que colocar y hasta sobre la misma pista de baile se colocaron mesas para los que querían ver y oír a Gila, el humorista español que con sus discos conquistó en México, en pocos meses, una popularidad asombrosa, que pocas veces alcanzó ningún artista extranjero. La presentación de Gila no defraudó la expectación que había despertado.

Su personalidad es tan arrolladora como el interés que despertaron sus discos. Tiene un humor muy espontáneo, como se demostró cuando el público le pidió que dijera alguno de los monólogos que conocemos por discos. él accedió gustoso y se vio que su gracia no es una gracia exclusivamente recitada, siguiendo un patrón escrito, puesto que aun tratando el mismo tema, como esa su guerra tan particular, el recitado fue distinto, con otros nuevos golpes de humor y conservando sólo algunos de los que más gracia tienen, pero recitándolos con una gran calidad de actor. Tuvo que estar actuando durante más de una hora, en medio de sonoras carcajadas y clamorosos aplausos que interrumpían constantemente su recitación. Tenemos la sensación de que Gila va a ser para Agustín Barrios Gómez, aparte de una fuente importante de ingresos, un descanso en la programación de la sala, que normalmente, hasta la llegada de Gila, cada semana tenía la difícil complicación de tener que buscar una

atracción nueva. Nos atrevemos a diagnosticar que El Afro con Gila tiene asegurado el lleno por mucho tiempo.

Todo esto significaba para mí un renacer, no sólo en lo artístico, que ya era para mí muy importante, sino al mismo tiempo sentir la sensación de que a muchos kilómetros de distancia había dejado una dictadura que me había despojado de los pocos bienes logrados con mi trabajo y mi esfuerzo, ya que en mi separación matrimonial los jueces le habían dado a la que hasta 1953 fue mi mujer, lo poco que yo había logrado. El piso de Madrid, una casa en Palma Nova, en Mallorca, y un pequeño chalet en Benicasim, en la Costa de Azahar, construido en un terreno que me había regalado la Diputación de Castellón de la Plana con la condición de edificar un chalet, y por supuesto, todo lo que había en el interior de esos lugares, incluidos mis objetos personales. Y por si fuera poco, me obligaron a pasarle una pensión mensual de cincuenta mil pesetas para alimentos, incluyendo un año de anticipo y un año de atrasos. Como yo no disponía de dinero para hacer frente a esta condena, me

embargaban mi sueldo en todos los lugares de España en que trabajaba. Me embargaron la cuenta del banco, que no era importante, la cuenta de la casa discográfica, y la de la Sociedad General de Autores. Lo que se llama, hablando claro y en cristiano, me dejaron en pelotas. La única forma de conseguir algún dinero para sobrevivir era que algún empresario no tuviera ningún inconveniente en hacer dos contratos, uno digamos que legal, para hacer frente a los embargos y otro falso para mí. Yo con ese mi continuo viajar de un lado a otro, siempre fuera de Madrid, no pude o tal vez ni quise buscarme un buen abogado que defendiera mis intereses. Ella puso el caso en manos de una muy buena abogada, de nombre Concha Sierra. La nombro para si alguna mujer quiere dejar en pelotas a su marido, recurra a esta ilustre letrada, aunque ahora sin dictadura, lo tiene, me imagino, más complicado. Espero que con su triunfo judicial siga durmiendo feliz. Yo lo soy cada día más gracias a aquella

condena, porque seguramente, de no haber sido por ella, no me hubiera animado a lanzarme a la aventura del exilio y no hubiera tenido la oportunidad de saborear el éxito y la felicidad y lo que es más importante, haber crecido como hombre y como

artista. Por todo ello, desde estas páginas: ¡Gracias, Concha Sierra! De cualquier manera, aunque me habían despojado de mis pocos bienes, me quedaba la posibilidad de seguir con mi trabajo y con el éxito, y para mayor satisfacción a once mil kilómetros de España. De ahí que mi triunfo en México tuviera un muy elevado valor económico y moral. Suponía para mí salir de la depresión motivada por los jueces y las leyes de la dictadura franquista y comenzar a vivir una nueva vida en un país libre.

Los domingos no se trabajaba en El Afro. Como en todos los países del mundo, los domingos sirven para disfrutar del ocio. Yo particularmente aborrezco el ocio y los domingos.

Los domingos han sido siempre para mí tristes, largos y aburridos; ya cuando de niño, mi familia me levantaba apenas amanecía, me cargaban una mochila a las espaldas y me metían en un tren, donde nos amasijábamos con otros excursionistas hasta La Pedriza. Una vez allí, caminábamos durante un par de horas para encontrar un "buen sitio", y después de buscar el "buen sitio", siempre nos parecía "mejor sitio" el que habíamos visto antes, entonces mi abuelo, que era como si dijéramos el Hernán Cortés de las excursiones domingueras, daba la orden de vuelta atrás, pero cuando llegábamos al "buen sitio" que habíamos visto antes, ya estaba ocupado por una señora gorda, el marido y un par de niños. Esto nos ocurría cada domingo, y acabábamos por acampar en el peor lugar, donde no había más sombra que la de algún cardo borriquero. Luego nos bañábamos en un río de treinta centímetros de profundidad por metro y medio de ancho, y después de comer una tortilla compartida con algunas hormigas, dormíamos un poco de siesta, tratando de matar a bofetadas a las moscas, y cuando ya empezábamos a estar a gusto, me cargaban a las espaldas las sartenes y vuelta al tren a amasijarnos. Los únicos domingos divertidos eran los que llovía mucho, porque no salíamos de casa y jugábamos al parchís. Ahora, al cabo de los años, los domingos me siguen pareciendo largos, tristes y aburridos. No obstante, los domingos en México tienen un atractivo muy particular; basta acercarse al bosque de Chapultepec y ver el hermoso colorido de las gentes, o ir a Xochimilco, lugar donde se unieron Emiliano Zapata y Pancho Villa en diciembre de 1914 y de donde salieron cincuenta mil zapatistas y villistas hacia el Palacio Nacional, en el que se harían una foto famosa para la historia de México en la que Pancho Villa muestra una sonrisa socarrona y a su lado, con gesto reprimido, Emiliano Zapata, que sostiene un puro en su mano izquierda y sobre las piernas el sombrero de charro.

Conocí y me hospedé en la hacienda de Vistahermosa, una hacienda en la que se había hospedado Hernán Cortés.

No voy a escribir sobre la historia de México, porque ya lo han hecho, mejor que lo haría yo, grandes escritores, como el antropólogo norteamericano Oscar Lewis en Los hijos de Sánchez, o Bruno Frei en El sable de papel, o el gran reportero alemán Egon Erwin Kisch en Descubrimientos de México. Cualquiera de estos grandes escritores, tanto mexicanos como exiliados de distintos países, ya han escrito sobre México más de lo que yo pudiera escribir.

Terminó la semana de contrato en México. Ahora me faltaba cumplir la semana que había firmado con Goar Mestre para actuar en La Habana. Pero dado el éxito que tenían mis actuaciones en México, y como en el contrato había una cláusula en la que se decía que en caso de estar de acuerdo ambas partes, el contrato se iría prorrogando semana a semana, don Emilio Azcárraga no estaba dispuesto a dejarme ir. El propio Azcárraga habló con Goar Mestre para decirle que yo continuaría en México.

Si bien es cierto que yo tenía muchas ganas de conocer Cuba, también es cierto que aún no estaba muy claro si la revolución de Fidel Castro iba a ser un éxito duradero

o si Estados Unidos trataría de que fracasara. Parte de la mafia americana tenía sus ojos puestos en Cuba y existían conspiraciones para convertir aquella isla, con el visto bueno del dictador Batista, en un lugar privilegiado para el juego, la prostitución y la droga, y no correr así el riesgo que suponía la evasión de impuestos en Estados Unidos o sufrir la negativa de algunos Estados a autorizar este tipo de negocios, por lo que no me pareció mala la idea de una espera hasta mi debut en Cuba.

Mi representante, Hernández Petit, era franquista hasta tal extremo que en una de las paredes de su casa de Madrid tenía enmarcado el último parte de guerra, escrito de puño y letra de Franco, y que había sido leído -yo diría que gritado- por Fernando Fernández de Córdoba el día 1 de abril de 1939.

Don Emilio Azcárraga, que aborrecía a Franco, le puso de apodo a Petit El Caudillito. A mí, por el contrario, me llamaba cariñosamente Comecuras. Nunca supe el porqué de aquel sobrenombre. Don Emilio me había tomado un gran afecto, no sólo como artista, sino como persona. Me dijeron, no sé si esto era cierto o no, que yo tenía un gran parecido con un hijo suyo al que habían matado en una discusión, disparándole con un revólver desde un coche. La cuestión es que don Emilio no quería que me fuese y me prorrogó el contrato por seis semanas más de las concertadas en un principio.

A mi representante no le gustó nada la idea de aquella prórroga. él tenía su trabajo como periodista en España y deseaba regresar. Yo, por el contrario, no tenía ganas de volver a la dictadura. En México había empezado a respirar la libertad. Las librerías, como El Sótano, del paseo de la Reforma, y otras muchas, que me permitían el acceso a tantos y tantos libros prohibidos en España, y el poder expresarme sin miedos, me habían abierto puertas que durante muchos años me habían estado cerradas. Aunque debo confesar que la libertad, de forma egoísta, la usé sola y exclusivamente para mí. No sé si fue a causa de mis éxitos y de mi popularidad o como consecuencia de la constante persecución por parte de los juzgados o por haber sido moldeada mi juventud dentro de un régimen dictatorial, lo cierto es que olvidé mi ideología y fue como si España hubiera desaparecido de mi vida y ya no existiera. La pérdida de todo lo que había ganado con mi trabajo y la constante persecución de

que era objeto empezaba a resultarme muy molesta, incluso me quitaba las ganas de crear nuevos monólogos, y hasta de trabajar. De ahí que, aparte de haber encontrado en México el agujero por donde escapar de la dictadura, no tuviera ningún interés en regresar a España por razones personales. Para mí, México era el lugar ideal para comenzar una nueva vida. Petit, por el contrario, estaba ansioso por volver a España para seguir con su trabajo como periodista y, como es lógico, estaba loco por volver al ABC. Por otra parte, cuando firmamos el contrato en Pasapoga aún no se había producido la revolución cubana. A Petit no le gustaba la idea de ir a La Habana, ya en manos de Fidel Castro. Su interés por volver a España me pareció lógico, pero yo estaba dispuesto a continuar en México. No obstante, aún seguimos juntos algunas semanas.

En vista de la prórroga del contrato, para evitarme gastos y la incomodidad de vivir en un hotel, Emilio Azcárraga Milmo, hijo de don Emilio, me consiguió para esas seis semanas un pequeño chalet en alquiler, propiedad de una amiga suya, en la calle Río Amazonas, cerca de El Afro y del paseo de La Reforma.

Me alegré de la prórroga del contrato, porque seis semanas me darían la oportunidad de conocer México con más profundidad, ya que en sólo siete días era imposible tener una idea clara de cómo era el país y su gente. Y como mi idea era quedarme para siempre, se me hacía necesario ese conocimiento.

Me instalé en el chalecito de la calle Amazonas como si ya fuese para toda la vida. Tenía el chalet una pequeña terraza con hierba y allí me mandé instalar una barra

fija para seguir practicando los ejercicios que hacía en el gimnasio de Blume durante los largos períodos de trabajo en Barcelona.

Echevarría, presidente de la ANDA, el sindicato de actores de México, me invitó a visitar las instalaciones de su sindicato con él; además de uno de sus hijos, venían un grupo de jefes de distintos departamentos y algún periodista. Me causó asombro el funcionamiento de aquel sindicato, su organización. Uno de los fundadores había sido Mario Moreno. Tenían un completo servicio médico, biblioteca, el teatro Jorge Negrete y hasta una guardería. También contaban con un gimnasio completo. En el gimnasio había una barra fija, no pude sustraerme a la tentación: salté, me colgué de la barra e hice varios ejercicios. Sentí, ya lo había notado en la barra que había instalado en el pequeño chalet, que a pesar de estar acostumbrado me faltaba la respiración. La altitud a la que está Ciudad de México requiere un esfuerzo muy superior al que habría que realizar en cualquier ciudad de España.

En el grupo venía un fotógrafo. Al día siguiente, la prensa publicó una fotografía y un pequeño artículo con un titular que decía: "Gila, además de ser un genial humorista, es un atleta consumado."

Mi popularidad iba creciendo a gran velocidad. Cada día en la prensa se publicaba algo que hablaba de mí, en la radio y en la televisión se me hacían entrevistas. Una de ellas, así me lo advirtieron, era comprometida por la fama que tenía el entrevistador de poner en aprietos a los entrevistados; finalizada la entrevista, él se ponía el cinturón de campeón. Había hecho de aquel programa una especie de cuadrilátero de boxeo para noquear a todos los que subían a pelear con él. Aquel entrevistador se llamaba Paco Malgesto. Ya, de entrada, el apellido no era muy estimulante. Me llegó el día, es decir, la noche de subir al cuadrilátero, y comenzó el combate. Además de sentido del humor, he tenido siempre un gran dominio de la ironía y así, manejando el humor y la ironía, en el segundo asalto ya tenía al entrevistador contra las cuerdas. Le gané el combate por KO, lo que aumentó mi fama y mi popularidad. Uno de los que más se alegraron con mi victoria fue precisamente don Emilio

Azcárraga.

Uno de los locutores de la radio sabía -no sé quién se lo había dicho, tal vez Hernández Petit- que yo practicaba judo en Madrid y que había llegado a cinturón verde. Me llevó de visita al Narvarte Judo Club, que él y un grupo de amigos acababan de fundar. Les mostré la insignia del club donde yo practicaba en el paseo de Recoletos. Me dijeron que ellos aún no tenían distintivo y me preguntaron si yo, como dibujante, les podía hacer un escudo representativo del club. Se lo hice, les gustó mucho y se lo quedaron como emblema. Me hicieron socio honorario del Narvarte Judo Club y seguí practicando el judo, cosa que había dejado de hacer en España, al mismo tiempo que ganaba amigos.

También me hice muy amigo de todos los pelotaris vascos que jugaban cesta punta, Salsamendi, Larrañaga, Orraziola y otros muchos de los que lamentablemente no recuerdo sus nombres. Todos ellos gente sensacional, vascos de alma. Casi todos los días iba al frontón México. Me gustaba el ambiente, los gritos de los corredores de apuestas. Me gustaba el golpear de la pelota contra el cemento de las paredes y la agilidad de aquellos vascos para que, cuando regresaba la pelota, después de haber golpeado en la pared o en las paredes a una velocidad casi imposible de seguir con la vista, quedara clavada en la cesta que llevaban atada a su muñeca, y después, con un golpe de brazo acompañado de un "agggg", lanzarla de nuevo contra la pared; los gritos de los corredores cuando iban perdiendo los azules o los rojos, y las apuestas, que subían o bajaban en favor o en contra. Todo aquel ambiente me resultaba emocionante.

Los mexicanos tienen un concepto más elevado que el nuestro de la amistad. Los españoles somos muy dados a decir que somos amigos de alguien por el hecho de haber tomado café juntos cuatro veces o compartir la misma profesión. Cuando un mexicano habla de su "cuate" quiere decir mucho más que "amigo", de ahí que no sea nada fácil en México tener "cuates", y sí sea posible, en cambio, tener amigos. Yo no tenía ninguno en aquella época, tal vez por culpa mía, porque tampoco sentía inquietud alguna por ello; me limitaba a la relación con la gente que trabajaba conmigo, pero sólo y exclusivamente durante el trabajo. Después, cada uno tomaba su camino. Y el mío era siempre el de conocer, en solitario, las costumbres y el comportamiento de la gente que habitaba este país.

México es un país con una tremenda y envidiable vitalidad. Sus gentes y sus costumbres tienen una garra difícil de definir. A mí me sorprendía todo: sus dichos, sus comidas, su música, su folclore. Todo en México tiene una fuerte personalidad que ni siquiera los conquistadores con sus armas, ni sus más cercanos vecinos, Estados Unidos, con su poder adquisitivo, han podido cambiar. Hay en México y en los mexicanos un pasado que sigue vivo. Sus culturas, que trataron de exterminar los conquistadores con la espada y los curas con la cruz, siguen arraigadas en el pueblo. Aparte de mi interés por la gente y la ciudad, se me despertó una gran curiosidad por saber de las distintas culturas anteriores a la llegada de los españoles, y a medida que fui conociendo la de los mayas, los toltecas y los aztecas, fui descubriendo el sinfín de barbaridades cometidas por los llamados conquistadores. Entendí entonces que muchos mexicanos no nos acepten con agrado a los españoles. A pesar de

los años transcurridos desde la conquista, para muchos mexicanos cada español sigue -o seguía- representando a quienes acompañaban a Hernán Cortés. Por eso, y de manera despectiva, nos llaman "gachupines". Yo conseguí superar este apodo despectivo de una manera muy sencilla: cuando llegaba a un lugar donde los presentes eran mexicanos, imitando su música en el habla, decía:

--¡Aquí les llegó su gachupín!

Y esto los desarmaba.

Tal vez por esta forma mía de no sentirme agredido, a los mexicanos les caí bien. Y en México no existe el término medio, o les caes padre, que dicen ellos, o les caes gordo.

Otra de las razones por las que me gustaban los mexicanos era porque son trabajadores, pero no ambiciosos; hablo de la mayoría, del pueblo en general, más allá de los pocos poderosos, que los hay. A propósito de lo que digo, y como ejemplo, hay dos anécdotas que definen el carácter de los mexicanos y su felicidad en ganarse la vida, pero sin hacer ningún esfuerzo, por ¿cómo lo explicaría¿... por no hipotecarse a cambio de nada.

En Ciudad Juárez, ciudad fronteriza con Estados Unidos, hay un mexicano que teje con juncos cestitas de mimbre, que después vende al público. Se acercan dos norteamericanos y descubren que esas cestitas son ideales para el transporte de las fresas que ellos cultivan. Se acercan al hombre y le preguntan:

--¿Qué cuesta cada cestita?

Y el mexicano, responde:

--A siete pesos, señor.

--Y si le compramos mil, ¿a cuánto nos las cobra?

El hombre queda unos instantes pensativo.

--¿Mil?

--Sí.

--Pos a diez pesos, señor.

--¿Cómo? Si te compramos una, nos la cobras a siete pesos y si te compramos mil, ¿a diez pesos?

--¡Híjole! No es lo mismo hacer una cestita que hacer mil.

Y otra más:

Un chico de unos doce años está vendiendo naranjas en un improvisado y pequeño puesto en Nogales, lugar fronterizo también con Estados Unidos. Hace un calor de castigo, son las tres de la tarde. Se acerca un gringo:

--¿A cómo vendes las naranjas?

--A dos pesos la media docena, señor.

Al gringo le causa pena ver a aquel muchacho bajo aquel sol de las tres de la tarde:

--Está bien. Te las compro todas.

--No, señor, todas no se las puedo vender.

--¿Por qué?

--Porque si vendo todas las naranjas, aluego ¿qué hago yo?

Esta forma de ver la vida que tienen los mexicanos me atraía. Trabajar, sí, pero sin grandes ambiciones, ganando lo necesario para vivir, y basta.

Las noches en El Afro eran todo un éxito. La gente lo llenaba a tope y todo el mundo, incluidos los dueños, me decía que por primera vez en la historia de esta sala un hombre había conseguido llenarla cada día. Tan sólo una pareja de cómicos, Sergio Corona y Alfonso Arau, o cantantes famosas como Olga Guillot, Celia Cruz o Chavela Vargas habían tenido éxito en El Afro. Y nadie, por supuesto, había trabajado más de dos semanas. Lo mío, decían, era como un milagro. Es posible, pienso, que tal vez la causa de este fenómeno es que, aunque mis monólogos trataran el mismo tema, cada día los sometía a una improvisación que hacía que la gente repitiera. No lo sé con certeza, es sólo una suposición.

Los pelados

Una de las cosas que más me divertían eran los pelados, esos pequeños y pícaros golfillos que lo mismo vendían lotería, que diarios o la araña de la suerte que había que colgar en el retrovisor del coche.

A la entrada de la emisora había uno que vendía el diario Ovaciones, un diario de la tarde, en el que escribía la columna dedicada al espectáculo aquel Pérez Verduzco que en mi escala de Santo Domingo me había pedido un donativo para hacerme una buena crítica de mi debut. Los pelados tienen su manera particular de llamar la atención de la gente para que les compren, incluso inventando noticias que después no se encuentran en el periódico.

--¡El descarrilamiento del tren de Veracruz! ¡Secuestraron a la esposa del gobernador de Chiapas!

Cualquier cosa son capaces de inventar para llamar la atención de los compradores. A mí, aquel pelado, que durante el día iba a la escuela y por la noche vendía diarios para ayudar a la familia, me cayó simpático. Y para que no se llevara ningún diario de vuelta ni pasara horas en la puerta de la emisora, al entrar le compraba todos los periódicos, me metía en la emisora y se los vendía a locutores, técnicos o artistas.

Lo que más me divertía de los pelados era su forma de hablar. Hablaban igual que Cantinflas. Una de dos, o los pelados imitaban a Cantinflas o Cantinflas hablaba imitando a los pelados.

Había otro pelado que vendía lotería a la salida de El Afro (la lotería en México se sortea a diario). Cuando yo terminaba de trabajar se me acercaba, me mostraba un décimo de lotería que tenía en la mano y, como para que yo supiera que era el último que le quedaba, me decía:

--¡Orale, señor Gila! ¿Que no me va a comprar el huerfanito? ándele, pa que se quite de pobre y cuando le toque se me va a Perís, y se me lleva una señorita pa que no se me vaya solo al Molán Rus ni al Lido.

Yo no me podía evadir del acoso y menos con aquella manera de hablar tan peculiar. Cuando le compraba el décimo, metía la mano en uno de los bolsillos y sacaba cuatro o cinco más.

--Mire, señor Gila, mejor me compra éstos y así cuando le toque pos se me hace más rico quel Rockefeler ese que le dicen, y tira la carcacha (se refería al Chevrolet Impala) y se me compra un carro de a de veras.

Nunca me tocaba la lotería, pero por el encanto de escuchar a aquel pelado merecía la pena la inversión.

El ingenio de los pelados y la velocidad para reaccionar ante cualquier situación quedan reflejados en esta anécdota, que no es un cuento ni un chiste.

En los cines de México es normal que cuando ya ha comenzado la película entre alguno gritando:

--¡Gustavo! ¿Dónde andan?

--Acá no más, en la fila siete.

--¿En la fila qué?

--En la fila siete, pendejo.

Y el que entró dando gritos llega hasta donde están sus amigos, se sienta junto a ellos y nadie dice nada. En México no hay cines de estreno, ni de reestreno, al menos en aquel entonces. Por orden del Gobierno mexicano, la entrada tiene el mismo precio en todos los cines, ya sean los del centro como los de barrio. En los cines comen chocolatinas, papas fritas, rodajas de piña con chile, helados y hasta tamales. Cuando la película está a la mitad, llega el silencio.

Una tarde, a la mitad de una película de suspense se produjo uno de esos silencios. Un pelado que estaba en el anfiteatro se tiró un pedo sonoro que hizo temblar las paredes del cine. Por supuesto se armó el gran alboroto, algunos reían y otros, indignados, pedían a gritos que echaran a la calle a aquel puerco. Apenas pasaron dos minutos y cuando ya en el cine se había hecho de nuevo el silencio, se escuchó el grito de otro pelado:

--Dice mi cuate que lo disculpen.

Y de nuevo se armó la de Dios.

Pero sigo con los pelados.

En mayo de 1959, los rusos llevaron a México una exposición. Hacía casi dos años que habían puesto en órbita el Sputnik I y luego el Sputnik Ii con la perra Laika a bordo. Y aunque en febrero de 1958 los norteamericanos lanzaron el Explorer I, los rusos sentían el orgullo de haber sido los primeros en lanzar un satélite al espacio. En aquella exposición estaba la cabeza del cohete que había lanzado el primer Sputnik; aparte de esta pieza, que demostraba el avance de la ciencia y la técnica soviética, había otros tipos de cosas, como una muy moderna maquinaria agrícola, diversos objetos hechos en las fábricas de la Unión Soviética, algunos trabajos de artesanía y entre otras muchas cosas más, unas vitrinas repletas de sellos de correos de distinto diseño y de hermosos colores.

En el centro de la exposición habían instalado una pequeña tarima con un micrófono. Subió a la tarima un ruso bien vestido con traje y corbata, se acercó al micrófono y dijo en un perfecto español:

--En nombre del Gobierno de la Unión Soviética estoy aquí para responder a todas las preguntas que me quieran hacer.

El único adulto que estaba presente delante de la tarima era yo. A mi lado, un grupo numeroso de pelados.

Supongo que aquel hombre venía preparado para responder a las preguntas que le hicieran sobre el comunismo y, en particular, de las ventajas del régimen comunista sobre el régimen capitalista de otros países; pero a nadie en Rusia se le ocurrió pensar que los que le iban a hacer las preguntas eran los pelados. Primera pregunta de uno de los pelados:

--Oiga osté, señor ruso, ¿en Rusia existe la prostitución?

El ruso quedó unos instantes pensativo.

--No. En Rusia el amor ni se compra ni se vende.

Y dijo uno de los pelados, muy contento:

--¡Ay, mano! ¡A poco lo regalan!

Segunda pregunta:

--¿Qué combustible usan pa lanzar los Espunis?

--No puedo responder a esa pregunta. Eso pertenece a la Academia de Investigaciones y Ciencias de Moscú, y si tiene mucho interés en saberlo, debe escribir una carta a dicha Academia donde pueden darle alguna referencia. Yo no estoy ni capacitado ni autorizado para responder a esa pregunta. Lo siento.

El pelado que había hecho la pregunta se limitó a mirar al ruso y dijo:

--¡Qué ruso tan grosero!

Se hizo un breve silencio, hasta que otro de los pelados lanzó una nueva pregunta:

--¿Y por qué tienen en Rusia el telón de acero?

Contestación del ruso:

--En Rusia no tenemos telón de acero, la prueba es que en estos días en Moscú está actuando un ballet folclórico mexicano.

El pelado:

--Y pos ¿qué tiene que ver el folclore con el telón?

Uno de los pelados, tal vez en un alarde de adulto le hizo una pregunta más profunda:

--Y dígame, señor ruso, ¿cuál es el salario medio de un obrero en Rusia?

El ruso quedó algo desconcertado con esta pregunta. Tardaba en responder. Otro de los pelados, amigo del que había hecho la pregunta, dijo:

--No se haga pendejo, contéstele.

Y el ruso, con algo de inseguridad, pero habilidoso contestó:

--El salario medio de un obrero cualificado en la Unión Soviética es de seiscientos veinte rublos, como el cambio del rublo con relación al dólar es de dos a uno, en favor del dólar, haga la transferencia a pesos y le saldrá el salario exacto.

Al pelado ahí se le pelaron los cables. Intentó hacer el cálculo mentalmente y pasaban los minutos sin encontrar el salario en pesos.

Otro de los pelados le dijo al que había hecho la pregunta:

--Ora si te fregó el ruso, mano.

Pero el pelado que había preguntado lo del salario medio no debió aceptar la derrota y le lanzó una última pregunta al ruso. Señaló hacia las vitrinas donde estaban expuestos los sellos de correos y preguntó:

--¿Y pa qué quieren tantas estampillas si no sescriben con naide?

La carcajada de los pelados fue unánime. Después de esta última pregunta se alejaron de la tarima. Yo también. Seguí curioseando y, como me ha sucedido en muchas ocasiones, la suerte me llevó sin darme cuenta hasta uno de los mexicanos por el que yo sentía una verdadera devoción, don Lázaro Cárdenas, uno de los presidentes más querido por los mexicanos por la orientación obrerista de su Gobierno, por la protección decidida que otorgó a los trabajadores del campo y por la absoluta honestidad de su administración. Yo, sin ser mexicano, tenía con él una deuda de gratitud. Me acerqué y le saludé:

--Me va a disculpar don Lázaro. Soy uno de los perdedores de la Guerra Civil española. Tan sólo quiero darle las gracias por su ayuda y por todo lo que ha hecho en favor de los exiliados españoles. En nombre mío y en el nombre del resto de los que perdimos la guerra, muchas gracias.

Me miró y vi en sus ojos un reflejo de emoción. Le tendí la mano y él la estrechó entre las suyas.

--No tiene por qué darme las gracias, señor, hice lo que era mi deber.

Durante unos segundos seguimos con el apretón de manos. Yo tenía un nudo en la garganta y un llanto contenido. Después, él siguió su camino y yo el mío.

Por razones de mi profesión he vivido momentos felices y he tenido vivencias emocionantes que iré contando en su momento, pero creo que ésta fue la más emotiva de todas.

Las balaceras

No sé cómo será la cosa ahora, pero en aquella época, cada mexicano iba cargado con su 45 o su 44, calibre arriba, calibre abajo, lo mismo da.

Una de las noches que estaba actuando en El Afro, entró un individuo y después de recorrer las mesas con la mirada, sacó un revólver y comenzó a disparar. Se armó el gran desparramo. La gente se tiró al suelo y se ocultó bajo las mesas, yo me escondí detrás de una de las dos gruesas columnas que había a los costados del pequeño escenario, los músicos, que cada día se quedaban detrás de la cortina de fondo para escuchar mis actuaciones, se tiraron bajo la tarima. Las balas silbaban y rebotaban en las paredes. Cuando el individuo descargó su revólver, se acercó a una de las mesas, cogió del pelo a una mujer, supongo que la suya, la levantó y la sacó de El Afro a empujones. El hombre que estaba con ella se esfumó. Finalizada la balacera, los meseros pusieron en orden las mesas y los silloncitos, recogieron los vasos rotos, y después cada espectador volvió a ocupar el lugar que tenían antes de la balacera, el presentador salió de no se sabe dónde, se acercó al micrófono y con la

mayor naturalidad dijo:

--En nombre de la empresa, les pedimos disculpas por la interrupción y ahora, señoras y señores, sigue el espectáculo.

Y me cedió el micrófono. A mí aún me temblaban las piernas, pero la naturalidad con que la gente volvió a ocupar el lugar que tenían antes de la balacera me liberó del susto y, como cada día, la gente se divirtió con mi actuación.

ésa fue la primera balacera, luego sería testigo de algunas más, pero las dejo para su momento, ahora me limito a relatar los hechos que tienen que ver con el uso cotidiano del revólver.

Para salir de El Afro era necesario subir una escalera en forma de ele. Muy cerca de la salida había una puerta por la que entraban los meseros, camareros, que les

llamamos nosotros. Era una puerta de vaivén que tenía un cristal rectangular en el centro para ver si alguien entraba o salía y no tropezarse.

Una noche, al finalizar mi trabajo, me disponía a salir a la calle. Cuando había subido unos cuantos escalones se me acercó un individuo y me dijo:

--Gila, baja conmigo a tomar una copa.

Me disculpé.

--Muchas gracias, agradezco la invitación, pero me están esperando, otro día le acepto la copa, pero hoy me es imposible.

El individuo, aparte de su aspecto de hombre medianamente elegante, olía a whisky que tiraba de espaldas.

No le gustó mi respuesta. Sacó un revólver y me lo puso en el estómago.

--Si yo digo que bajes a tomar una copa, bajas a tomar una copa.

Me serené.

Yo tenía la costumbre de llevar siempre conmigo un cuaderno, porque si se me ocurría algo de actualidad, que fuese válido para mi trabajo, lo apuntaba para no olvidarme.

--Está bien, señor, bajaré a tomar la copa pero si usted me lo permite voy a entregar este cuaderno en el control de los meseros.

Y subí el otro tramo de la escalera hasta llegar a la puerta. Entré, el individuo me había seguido. Me acerqué a la mesa donde el capitán de los meseros tomaba las órdenes de las mesas y le conté lo que me pasaba. Me dijo que esperara un rato hasta que se fuese, pero yo no estaba dispuesto a que nadie me avasallara. Me acerqué a la puerta de vaivén y vi la cara del individuo arrimada al cristal que hacía de mirilla, seguramente vigilando que yo no me escapara, tomé impulso y di una fuerte patada a la puerta: el individuo cayó rodando por las escaleras y yo aproveché para irme a la calle, llegar hasta mi coche y huir.

A la noche siguiente me dijeron que el individuo en cuestión estaba muy borracho, que era policía gubernamental y que anduviera con cuidado. Don Emilio Azcárraga se enteró del incidente y me puso dos guardaespaldas, pero no los necesité, el individuo no apareció nunca más.

Una de las virtudes de los mexicanos es que no son mal hablados. Si están a punto de una pelea, pueden llegar a decir: "Te rompo la madre" o "Chinga a tu madre" o "Jijo de la chingada", pero nunca el "Hijo de puta" o el "Me cago en la puta madre que te parió", que tan normal es entre los españoles. Y, por supuesto, jamás la blasfemia.

Buñuel, en una ocasión en que coincidimos en los estudios Churubusco, hablando de los mexicanos, me había dicho: "Si alguna vez algún mexicano te apunta con un revólver, le miras fijamente y le dices: "¡Yo me cago en Dios!" y ten la seguridad de que al mexicano se le cae el revólver al suelo".

Es posible que Buñuel, que conocía México mucho mejor que yo, tuviese razón, pero yo por las dudas las pocas veces que me encontré en esta situación lo resolví como dice la canción de Paul Anka: "A mi manera".

Me faltaba tiempo para corresponder a tantas invitaciones. Cada día me llamaban de algún lugar.

Me invitaron a una charreada. Me impresionaron aquellos charros, con sus trajes bordados en plata, los botones también de plata a los costados de los pantalones, sus enormes sombreros, al igual que los trajes, bordados en plata. Me explicaron que aquello se denominaba "competencia de jaripeo". Los charros entraban al galope sobre sus caballos y cuando estaban a punto de llegar al final de la pequeña plaza, frenaban en seco el caballo, que después de elevarse sobre sus patas traseras, caracoleaba. Luego llegó el "coleadero". Los jinetes galopaban cerca de un toro, lo sujetaban por el rabo y

con un rápido movimiento de su brazo, lo derribaban. Después, la hazaña máxima, que consistía en saltar desde un caballo de silla a otro salvaje. Pero lo que más me impresionó fue la entrada de las "generalas", muchachas jóvenes con sus trajes típicos, a lomos de hermosos caballos blancos. Todo esto con el fondo musical de los mariachis.

Otro día me invitaron al Rancho del Artista. Entrar en aquel lugar era como retroceder un siglo en la historia. El interior del rancho, regentado por don Pancho Cornejo, conservaba, y espero que lo siga conservando, todo el sabor del México anterior a la conquista. La piedra de sus paredes y el colorido de las plantas recordaban la época de los aztecas. Y en un lugar debajo de un arco de piedra, Tláloc, el dios de la lluvia, ordenador de las cosechas. Con don Pancho aprendí mucho sobre la historia de México. Me explicó que los mixtecos eran guerreros temibles y conquistadores, me dijo que la palabra tolteca significaba "hombre civilizado" o "artista", por oposición a chichimeca que quiere decir "bárbaro" y "nómada". él sentía una gran admiración por los mayas.

El Rancho del Artista vivía del turismo, pero conservaba una gran pureza en su folclore, que estaba basado en danzas anteriores a la conquista. Los tarahumaras, tribu primitiva de México que me contaba don Pancho, aún siguen creyendo que los animales les enseñaron a danzar. Entre las danzas que se hacían por placer del propio don Pancho estaba la del ruturubí ("pato salvaje") y la del yumarí ("ciervo"). Luego, para no espantar a los turistas yanquis, ya que eran éstos quienes hacían posible que el rancho pudiera mantenerse, don Pancho tenía un ballet que interpretaba bailes típicos de Veracruz y del interior de México, el huapango, la jarana o la sandunga. En ese momento era cuando don Pancho me cogía de un brazo y me llevaba a sentarnos en un lugar donde tenía, a modo de despacho, una vieja mesa de madera y dos sillones de mimbre. Allí, en aquel lugar silencioso, tomábamos tequila mientras me hablaba de los mayas, que eran su pasión.

Los dibujantes gráficos más importantes de México celebraron una comida en mi honor en un restaurante típico: Arias Bernal, Ley, Facha, Guasp, Freire y Rius (este último y yo fundaríamos más adelante un semanario de humor). En su momento hablaré de Rius y de su trabajo, vale la pena hacerlo. Ahí, en ese restaurante, probé por primera vez la comida típica mexicana, las quesadillas, las enchiladas, el mole de guajolote, el elote y las tortillas de maíz con un poco de sal, enrolladas con guarnición de picadillo de buey, uvas, almendras, tomates, pimientos verdes, alcaparras y cebollas. A esto le llamaban tacos, pero tacos los que soltaba yo cada vez que el picante me ponía al borde del llanto. ¡Joder con el chile que lo parió! Sudaba por todas partes y tenía la sensación de que me estaban clavando agujas en el cráneo. De todos modos la comida fue muy alentadora para mí por el hecho de que fuesen los humoristas gráficos los que me hicieran ese homenaje, porque más allá de mis

actuaciones, lo que más amo es el dibujo humorístico, que sigo y seguiré practicando.

Hubiera sido feo por mi parte no aceptar las invitaciones que me ofrecían. Debía corresponder con agradecimiento, puesto que todas las comidas se celebraban en mi honor, por eso, a pesar de no estar preparado para comer aquello, hice grandes esfuerzos y llegué incluso a elogiar la cocina mexicana, que no digo que sea mala, sino que hay que haber nacido en México para comerla. En cada comida recordaba cuando de chico le daba una mala contestación a mi abuela y me refregaba una guindilla por la lengua, aquel castigo de mi abuela, comparado con las enchiladas, me parecía un helado de vainilla.

En la casa discográfica Gamma, filial en México de Hispavox de España, había un coronel de apellido Brambila que cantaba con el seudónimo de Capitán Chinaco. Tenía una editora de música cerca de los estudios de la televisión. Nos hicimos amigos. Me dijo que cada año celebraba una comida en la que reunía a todos sus hijos. Me invitó. Cuando entré en el restaurante vi una mesa con una gran cantidad de chicos de todas las edades. Brambila me los iba presentando. Estos tres son de la Ufemia, estos dos de Amelia, estos cuatro de la Güera, y así hasta llegar por encima de unos veinte, según calculé. En México, luego me enteraría, era normal lo que llamaban "la casa chica", esa casa donde muchos mexicanos tienen otro hogar. Esto está reflejado en el interesante libro del antropólogo Oscar Lewis Los hijos de Sánchez, que ya he citado, o en su Antropología de la pobreza. Pero no les voy a entretener, quiero tan sólo hacer hincapié en lo que contaba con respecto a las comidas.

Nos sirvieron las enchiladas; apenas me llevé una a la boca, sentí que me brotaban ampollas en los labios y lágrimas en los ojos. Sentado junto a mí estaba uno de los hijos de Brambila, de unos diez años de edad. Como le veía comer con tanto entusiasmo, cuidando de que no se diera cuenta mi amigo Brambila, le pasaba mis enchiladas al niño. Me asombraba ver cómo se comía aquello con la mayor naturalidad. Yo había visto que en los semáforos de la capital, cuando se detenían los coches, se paraba un muchacho o un hombre, se metía en la boca un buche de gasolina, prendía fuego a una antorcha, se la ponía delante de la boca y dando un fuerte soplido provocaba una gran llamarada. Bueno, pues el niño de Brambila hacía lo mismo, pero con las enchiladas.

Casi todas las noches cenaba en El Afro, el mesero que se encargaba de mi cena era conocido con el apodo cariñoso de Chulín; él fue quien me recomendó la carne a la tampiqueña, y cada noche cenaba esa carne, a la que Chulín se encargaba de suprimir el picante. A Chulín lo recuerdo con cariño, yo le decía que era mi mesero de cabecera y esto le llenaba de orgullo.

Alguien, refiriéndose al PRI, me dijo que México era la única dictadura que cambiaba de dictador cada seis años; no intento valorar lo que aquel mexicano me dijo, de lo que estoy seguro es de que el entonces presidente, Adolfo López Mateos, era muy querido: nacionalizó la industria eléctrica mejoró el nivel de vida de los trabajadores y modificó la Constitución a fin de asegurar a los trabajadores una participación en los beneficios de las empresas, y modificó también la ley electoral, con objeto de permitir que los partidos pequeños estuvieran representados en la Cámara de Diputados.

México ha tenido siempre, y sigue teniendo, grandes boxeadores, sobre todo en los pesos mosca, gallo y ligeros. López Mateos era muy aficionado al boxeo y gran admirador de Becerra y de El Ratón Macías. Este último iba a Estados Unidos a pelear por la corona de campeón del mundo. Le había brindado a López Mateos su victoria. Cuando regresó a México con el título, el presidente organizó una comida para celebrar el triunfo. Fui invitado personalmente por López Mateos a esta comida, como invitado de honor. Tuve, pues, la oportunidad de conocerlo personalmente, y -lo mismo que me había pasado con Lázaro Cárdenas- después de la comida hablamos largo y tendido de cómo era la vida en la dictadura española y, cómo no, de boxeo. Yo le hablé de Fred Galiana, uno de los púgiles importantes de España. Le conocía y lo admiraba. Yo también lo admiraba.

La mordida

En México era muy común la "mordida". Lo complicado era saber lo que había que dar en concepto de mordida, según el delito y según el rango del policía, agente de inmigración, empleado del Estado o inspector de aduanas. Hice con mis amigos más allegados un "curso intensivo" y en muy pocas horas me puse al corriente del importe de la mordida en cada uno de los casos: saltarse un semáforo, mal aparcamiento, fallo en algún faro del coche... Yo escribía en aquel entonces mis experiencias para, pasado cierto tiempo, publicarlas en algún semanario humorístico. Me habían hablado de lo terribles que eran las comisarías y quise comprobarlo in situ.

La policía motorizada de México es, sin lugar a dudas, la mejor del mundo. Presencié una demostración y vi cómo subidos de pie sobre el sillín de la moto los agentes disparaban sus rifles o sus revólveres y hacían blanco en unas botellas colocadas a más de cuarenta metros de distancia; y vi subirse sobre dos motos a catorce policías formando una torre humana y, al igual que hacían con los caballos en las charreadas, saltar de una moto a otra en marcha y, en las pruebas con sidecar, levantar la moto sobre sus dos ruedas: el policía que iba en el sidecar metía su cuerpo debajo del sidecar y, a gran velocidad, rozando el suelo, recorrían muchos metros; pero lo más impresionante es que estas demostraciones las hacían en campos llenos de maleza o en sembrados.

Y como yo tenía un interés muy especial en conocer una comisaría, un día en que iba camino de Cuernavaca, poco antes de llegar a la salida de la avenida de los Insurgentes vi a dos motoristas parados a un lado de la avenida. De manera intencionada me pasé un semáforo en rojo. A los pocos minutos ya tenía a los dos motoristas al costado de mi coche haciéndome señas de que parase. Obedecí. Uno de ellos bajó de la moto, se acercó a la ventanilla y después de un saludo me dijo:

--¿Me da su permiso de conducir?

Se lo di. Valía únicamente para Europa. El motorista dibujó una sonrisa en su rostro. Después me dijo:

--Por favor, ¿me da la documentación del carro?

La saqué de la guantera y se la di. Me la devolvió de inmediato al tiempo que me decía:

--Está bien, señor. Váyase.

Yo tenía interés en conocer la comisaría.

--Escuche, agente, he cometido una infracción y merezco que me haga la denuncia.

Fue inútil. El agente insistió.

--Váyase, señor.

Yo seguía buscando la fórmula para que aquel policía me llevara a la comisaría, siempre cuidando el respeto. Por lo que me habían dicho mis amigos, me pediría la mordida y si no se la daba me llevaría hasta el comisario, donde la mordida subiría de precio. Mi idea era, cuando el agente insinuara lo de la mordida, negarme a ello y que me llevara a la comisaría. Así se cumpliría mi deseo de visitarla. Pero me fallaron los argumentos. El policía dijo:

--¡Váyase, señor! No queremos pleitos con don Emilio.

Ahí estaba el misterio. La documentación del coche estaba a nombre de don Emilio Azcárraga, y como más adelante me informaría, en México había intocables. No logré ir a la comisaría.

Algunos domingos por la mañana, a petición del gobernador de México, actuaba en La Alameda, al aire libre, para la gente del pueblo que no tenía medios para entrar en El Afro. Esta gente no me prestaba mucha atención, pero como aquello era gratis me aguantaban.

Entre las muchas fiestas que se celebran en México hay una que llaman "el día del soldado". Ese día se dedica a los soldados mexicanos. En la plaza de toros se organiza un festival y en ese festival intervienen cantantes, mariachis, grupos de danza y se torean becerros. Me llegó la petición del gobernador para actuar en este festival, en el que estaban Amalia Mendoza La Tariacuri, Lola Beltrán, Miguel Aceves Mejías y, para la faena taurina, Rovira, el valiente matador que compartiera muchos años cartel con Manolete y Arruza, otro torero del que no recuerdo su nombre y Cantinflas. Mario quería que yo toreara con él al alimón. He tenido muchos amigos toreros, pero a mí nunca me han gustado los toros ni como espectador, ni cuánto menos torear. Le dije que no, que yo me limitaría a hacer uno de mis monólogos, y así fue. Después de torear Rovira y el otro matador, salió Cantinflas, que tenía un estilo único de torear, un estilo que hacía que los cincuenta mil soldados que

llenaban la plaza de toros de México, la más grande del mundo, se retorcieran de risa. Actuaron después varios mariachis y luego me tocó salir a mí.

Me habían colocado un micrófono en mitad del ruedo. Imagino que visto desde arriba de la plaza yo sería lo más parecido a una hormiga. Pensé si no hubiera sido menos arriesgado torear un becerro que lo que iba a hacer. De cualquier manera ya no tenía más remedio que enfrentarme a aquel público, con tan sólo un micrófono y un teléfono. Recurrí a un monólogo de guerra y, aunque hasta donde yo estaba no me llegaba ni la risa ni la reacción de los soldados, por sus caras adiviné que aquella guerra tan absurda que yo contaba les divertía. Acostumbrado a mis actuaciones en una sala de fiestas o en un teatro, aquello era un desafío. Por suerte, lo pude superar. Cuando terminé, cantaron Lola Beltrán, Amalia Mendoza y Miguel Aceves Mejías.

Por aquella actuación me regalaron una gran placa de plata que tiene un hermoso grabado, hecha por artesanos mexicanos, que aún conservo.

Se me hacía muy cuesta arriba acostumbrarme a las comidas mexicanas, como ya he dicho, ya que aunque lo advirtiera de antemano, era inevitable que me las sirvieran con chile, que a ellos les parecía que no picaba; aunque yo, con mi mejor voluntad, quería amoldarme al país y por supuesto a sus costumbres, no lograba adaptarme a las comidas.

Había un restaurante con atracciones en la calle de Londres, llamado El 77, del que era propietario Pepe Garrido, un andaluz de Córdoba, casado con la Quica, que era la encargada de la cocina. Ahí se servía comida española, por lo que me decidí a comer en El 77. Hice mucha amistad con Garrido y con la Quica, que me preparaba lo que a mí me apeteciera, una paella, un cocido o una tortilla de patatas. Fue mi salvación. A este restaurante iban todos los toreros españoles que toreaban en México. El 77 durante el día era tan sólo restaurante, pero por la noche se convertía en un comedor especial que llamaban El Patio Faroles, de corte andaluz, daban cenas al tiempo que pasaban atracciones. Había un conjunto de baile español fijo y después actuaban artistas españoles. Nati Mistral era la que lo hacía con más frecuencia, y con un gran éxito.

Me llamaba la atención la enorme afición de los mexicanos a escuchar poesías. Una de las atracciones que tenían más éxito eran los recitadores. Me dejaba atónito la atención con que se escuchaba aquello de "Me lo contaron ayer las lenguas de doble filo, que te casaste hace un mes y me quedé tan tranquilo".

Durante el recitado no se escuchaba el vuelo de una mosca. Yo, que no le tenía afición a aquellos ripios, aprovechaba para ir al baño. Al único que me gustaba escuchar era a Mario Gabarrón, gran recitador, que recitaba a Lorca o algún poema de un poeta granadino de nombre Manolo Benítez Carrasco, con el que llegué a tener una gran amistad, autor de "Cuando pasa el toro", "Toros en el cielo", "Mi barca", "El perro cojo" y muchos más, todos ellos de una gran calidad.

Arriba, al final de unas pequeñas escaleras, estaban los baños. Me llamó la atención que ninguno tuviera puerta. En el recorrido para buscar uno desocupado iba viendo a los hombres, sentados o en cuclillas sobre la taza del retrete, con su elegante traje y su corbata de seda natural, haciendo en equilibrio esfuerzos para defecar. Le pregunté a Pepe Garrido por qué los retretes no tenían puerta y me dijo que era para evitar que entraran a drogarse. No lo entendí, pero cuando yo tenía esa necesidad tenía que hacer lo mismo. Lo curioso era que a veces alguien iba buscando un retrete vacío y al pasar frente a uno ocupado por un conocido se detenía y le saludaba: "Buenas noches, licenciado", y el que estaba sobre la taza en cuclillas decía: "Muy buenas don Raúl", y después de intercambiar algunas palabras seguía con sus esfuerzos.

Pepe Garrido estaba muy orgulloso de su local. "Aquí -me decía- viene la gente más selecta de México". Cuando me lo estaba contando, en el pasillo que iba desde la entrada hasta El Patio Faroles, entró un señor elegantemente vestido, se desabrochó la bragueta, se sacó el pito, se acomodó y comenzó a mear en la pared forrada de terciopelo rojo. Lo mismo Pepe que yo estábamos asombrados. Finalmente Pepe le dijo:

--¿Qué hace, licenciado?

El licenciado siguió meando hasta el final, se la sacudió y exclamó:

--No aguantaba más.

En México fui testigo de las cosas más insólitas.

A medida que pasaban los días yo iba haciendo amigos, pero mi condición de abstemio hacía que el alternar con aquella gente resultara de lo más aburrido; por otra parte yo estaba necesitando tener relación con alguna mujer, sentir el contacto de una piel femenina.

Entre los muchos artistas que actuaban conmigo en la radio, había dos hermanas cantantes de rancheras. Se llamaban las hermanas Alba. Me enamoré de una de ellas, Yolanda, la más joven de las dos. La invité a cenar en un lugar del paseo de La Reforma, pasando el bosque de Chapultepec, es decir, fue ella quien me indicó el lugar, yo no lo conocía; al estilo de algunos lugares de Estados Unidos, unas jóvenes camareras colocaban una especie de bandeja mesita en la ventanilla del coche, tomaban la orden, traían hasta el coche lo pedido y ponían todo sobre aquella mesita o bandeja. Yolanda tenía un padre muy mexicano, muy cuidadoso de sus dos hijas, y cada vez que íbamos a alguna parte teníamos que hacerlo con el temor de ser vigilados por aquel hombre, que según Yolanda era de un carácter temible. Yolanda tenía un rostro hermoso, ojos grandes y oscuros y el pelo negro y brillante, sus facciones eran muy indias. Tal vez fue esto lo que más me atrajo de ella, aparte de su voz, su

forma de hablar y su gran sentido del humor. Cada vez que nos besábamos me decía: "¿Qué me diste, gachupín, que me traes de un ala¿"

Seguíamos saliendo, unas veces en mi coche y otras en el de ella, pero siempre a escondidas. Llevábamos juntos varias semanas y nuestro amor iba en aumento día a día, pero no pasaba de los besos, apasionados, pero besos. Yolanda cuidaba su virginidad y yo respetaba su deseo de conservarla. Le había contado mi situación en España y cómo las leyes españolas no autorizaban el divorcio, que había existido en la época de la República, pero que había sido abolido por el Gobierno de la dictadura. Buscábamos la manera de poder casarnos. Hablamos con varios abogados y la única solución que encontraban era que yo pidiera en México asilo político y adquiriera la nacionalidad mexicana, entonces sí nos podríamos casar. Yo estaba muy enamorado, dispuesto a todo con tal de casarme con ella, pero me asustaba la idea de cerrarme las puertas de mi país. En España tan sólo había dejado un pequeño piso de alquiler, algunos libros y muy pocas cosas de valor, pero ¿y si el trabajo me fallaba en

México? En España tenía posibilidad de seguir trabajando, mientras que lo de México, a pesar del éxito, estaba por consolidarse. Tenía que haber otra salida. Cuando hablaba con alguien de este asunto, me decían: "Bueno, la dictadura no va a durar toda la vida". Y yo pensaba: "Ni mi noviazgo con Yolanda tampoco". Algunos abogados me aconsejaban que me casara por lo civil y que salvo en España, en el resto de los países el matrimonio sería válido, pero yo pensaba que si en España se enteraban de que me había casado en México, me declararían bígamo y mi regreso resultaría complicado. Pasaba el tiempo y no resolvíamos nada.

Había varios hombres enamorados de Yolanda, entre ellos un locutor de XEW, de apellido Pikering, y era inevitable cuando estábamos cerca de él, que disimuláramos nuestra relación.

Una de las noches que estaba actuando en El Afro, vi a Yolanda, sentada con dos mujeres y dos hombres. Adiviné que uno de aquellos hombres, el más corpulento con bigote, muy a lo Pancho Villa, era su padre, la mujer que estaba junto a él la mamá, la más joven era su hermana a quien yo conocía de la radio, el otro, un señor con traje azul marino y corbata, me era desconocido. Seguí con mi actuación, pero no me salió tan brillante como otros días, estaba nervioso. Cuando terminé, se fueron.

Al día siguiente, en la radio, le pregunté a Yolanda quién era aquel del traje azul marino. Era el delegado de Iberia en México, tenía treinta años más que Yolanda y, lo mismo que yo, estaba separado, pero decía, o les había dicho a los padres de Yolanda, que estaba apunto de recibir de un día para otro la nulidad del matrimonio por medio del Vaticano. Querían que Yolanda se casara con él, porque decían que era un buen partido para su hija.

Por supuesto que Yolanda no le quería. Yolanda me quería a mí.

Pensé que lo del Vaticano era un invento de aquel "viejo asqueroso". Yo estaba en las mismas condiciones que aquel individuo para casarme con Yolanda. Tenía la intención de hablar con el padre y ponerle al tanto de nuestra relación. Yolanda me pidió que lo dejara para más adelante, que esperásemos un poco más a ver si los abogados nos daban una solución.

A los que hacíamos el programa de radio en XEW nos dieron dos semanas de descanso para hacer un espectáculo en vivo por varios lugares de la provincia. El grupo se componía de un ballet folclórico, un cantante de rancheras, gordo y grande al que llamaban El oso negro, y para la comicidad dos payasos y yo. También venía Yolanda con un mariachi. (La hermana de Yolanda se había casado y el dúo se deshizo; no obstante, Yolanda, con un mariachi, siguió cantando).

Nuestro primer lugar de trabajo fue Tampico, donde los pájaros caían de las ramas de los árboles muertos por el calor. Durante el día se hacía imposible salir a la calle, debía haber unos cuarenta grados de temperatura y una humedad del cien por cien. De todos modos, Yolanda y yo éramos muy felices sin sentirnos vigilados. Y aquí, en Tampico, vino la segunda de las balaceras que les comentaba.

El espectáculo se hacía en una cancha de baloncesto toda de cemento, sin techo, al aire libre. Después de la actuación del ballet folclórico, cantó Yolanda, con el mariachi; cuando acabó, salieron los payasos. Uno de ellos tenía un agujero en la parte de atrás del pantalón, el otro con un micrófono imitaba el ruido de los pedos y entonces el del agujero en el pantalón se agachaba y sincronizado con el ruido, por aquel agujero soltaba harina o polvos de talco. La gente que llenaba la cancha de baloncesto se revolcaba de risa a cada pedo de los payasos. Yo tenía que salir a continuación y, viendo el éxito que tenían con sus pedos, pensaba qué iba a pasar conmigo. Los payasos terminaron su actuación con una salva de aplausos y salí yo. Me situé en el escenario y comencé uno de mis monólogos. Aquella gente, con los pelos lacios sobre las cejas, me

miraban como a un bicho raro. Yo no escuchaba ni una risa. Era como si estuviera hablando en ruso. Miraba sus caras y no podía creer

que estuvieran vivos. No hubo durante mi actuación ni una sonrisa.

El director que venía con nosotros nos había dicho que al finalizar el espectáculo nos agarrásemos de la mano y todos en línea saludáramos al público. Efectivamente, terminamos la actuación y cogiéndonos de la mano saludamos al público. Por la inclinación que hice para el saludo, y no atreviéndome a dar la cara por mi fracaso, lo único que veía eran mis pies. De pronto, comenzó una balacera. Disparos de revólver, balas que chocaban contra el cemento y silbaban cerca de mi cabeza. Pensé que los disparos iban dirigidos a mí. No había gustado mi actuación y estaban indignados conmigo. Esperaba de un momento a otro que uno de aquellos disparos me alcanzara en el corazón y mentalmente comenzaba a despedirme de México, de mi exilio y de la posibilidad de rehacer mi vida. Era una forma estúpida de morir. Cuando terminaron los disparos, me aclararon el porqué de aquella balacera. El llamado Oso negro tenía la costumbre, cuando terminaba su actuación, de disparar al aire con dos

revólveres que llevaba en su cinturón charro. El público que conocía su costumbre también disparaba con sus revólveres en señal de júbilo, es decir, que la cosa no iba contra mí. De todos modos me pareció una manera extraña de festejar un éxito artístico la de disparar con revólveres.

Después de Tampico fuimos a San Luis Potosí, Guanajuato, San Miguel Allende, Querétaro, Guadalajara, Acapulco y Cuernavaca. Fui modificando algunos monólogos, haciéndolos más entendibles, basándome más en los chistes que en el contenido y eso supuso una mayor aceptación por parte de la gente de esos lugares. Todo iba mejor, pero de todas maneras yo estaba deseando volver al Distrito Federal. Lo único positivo de aquella gira era que a Yolanda y a mí no nos vigilaban y fuera de las horas de trabajo teníamos tiempo para darle mayor dimensión a nuestra relación siempre, como dije al principio, respetando su virginidad, cosa nada fácil para mí, que con cuarenta años recién cumplidos mis necesidades sexuales no eran fáciles de contener. Y supongo que para ella tampoco. Siempre nos quedábamos en el límite del orgasmo.

A mí esta situación empezaba a resultarme incómoda, por lo que, cuando regresamos al Distrito Federal, decidí tomar una determinación.

Me armé de valor y fui con Yolanda hasta su casa.

El padre no estaba, Yolanda me presentó a su madre, una mujer encantadora, que escribía poemas y tenía un gran conocimiento no sólo de la poesía, sino de la literatura en general. Me dejó leer algunos de sus poemas, que encontré hermosos, pero como la mayoría de las mexicanas estaba sometida al machismo del marido, hombre de una cultura totalmente opuesta a la de su esposa. Aunque esperábamos la llegada del cabeza de familia, me adelanté a contarle a la madre de Yolanda mis intenciones de casarme con su hija, mi situación en España y los trámites que habíamos puesto en manos de varios abogados, con la seguridad de que íbamos a encontrar el camino a seguir para solucionar nuestro problema.

Cuando llegó el padre me puse en pie y le saludé; se quitó el sombrero, lo arrojó en un sillón y de una manera cortante me dijo:

--¡Señor, váyase!

Y mis intentos de hablar con él fueron inútiles. Abrió la puerta y con un ademán de su mano me indicó la salida.

No obstante, Yolanda y yo nos seguimos viendo, siempre por supuesto a escondidas, como dos delincuentes. Yo no estaba dispuesto a renunciar a aquel amor y seguí hablando con abogados, pero aquello no tenía fácil solución. Yolanda no entendía

que habiendo una separación de cuerpos y bienes, yo no pudiera rehacer mi vida; yo tampoco lo entendía, pero una dictadura es una dictadura y la alianza de Franco con el clero obligaba a muchos españoles que estaban en la misma situación que yo a optar por la única solución: vivir en pareja con el riesgo de ser denunciados y condenados por adulterio o por amancebamiento, según esa otra agresiva definición.

No sé si aquello era ya una cuestión de cabezonada por mi parte o era que aquel amor iba en aumento día a día. Al terminar el programa yo la acompañaba hasta cerca de su casa y después de un rato, nos despedíamos.

En el pequeño chalet donde yo vivía tenía una mujer mayor que hacía la limpieza, cuidaba las plantas y me hacía algo de comer para que yo no me tuviera que ir a un restaurante. De toda la vida el comer solo me ha producido una gran depresión. La mujer, una auténtica india, venía cada día, menos los domingos, que iba a visitar a un hijo que vivía en un barrio a las afueras de la capital.

Los domingos me quedaba solo en el chalecito, leía los diarios y veía la televisión o escuchaba la radio. Me daba una gran pereza salir a la calle a la hora de comer y, como la mujer no estaba ese día, sacaba algo de la nevera y me preparaba alguna comida ligera. Un domingo me dio por hacerme una paella. Cuando tenía todo dispuesto, sonó el teléfono.

--¿Dígame?

Yo no me había acostumbrado aún al "¡Alo!" Era Yolanda.

--¿En qué andas, gachupín?

--Estoy por hacer una paella.

--¿Una paella? ¿Sin mí? Espérame tantito, que ya estoy ahí, como de rayo.

Y colgó.

A los quince minutos estaba en mi casa. Nos besamos. Se sacó los zapatos y se puso unas zapatillas mías, se quitó la gabardina, se puso un delantal de cocina, tiró el bolso sobre un diván y nos metimos en la cocina.

No hacía media hora que estábamos en la cocina cuando sonó el timbre de la puerta. A Yolanda se le cambió el color de la cara. A mí también.

Nunca, ningún domingo, venía nadie a mi casa. Adivinamos que se trataba del padre de Yolanda. No nos equivocamos. Fui a la puerta y arrimé el ojo a la mirilla, a través de ella vi la cara y el bigote del mexicano que a su vez era padre de Yolanda. Dije:

--¡Un momento, por favor!

Yolanda, precipitadamente, recogió sus zapatos, su bolso y su gabardina y a una velocidad increíble la subí a la terraza. Al final de la escalera, a modo de techo, había un tejadillo plano, la alcé hasta el tejadillo y bajé rápidamente, recorrí con la mirada el salón por si en la huida se había dejado algo. Luego me acerqué hasta la puerta y abrí. El padre de Yolanda ni me saludó. Yo sí, le dije:

--Buenos días. ¿Qué desea?

--Vengo a darle a usted tres balazos.

El revólver le asomaba por arriba del pantalón. Respiré profundamente para relajarme, señalé un pequeño sillón que había cerca de la puerta de entrada.

--Me parece muy bien, pero antes de recibir los tres balazos me gustaría saber el motivo.

Debía venir cansado o nervioso, porque, cosa extraña, se sentó. Yo también lo hice, en una silla, que acerqué para tener mi cara junto a la suya. Ahí tampoco pensaba cagarme en Dios como me había aconsejado Buñuel. Ahí pensé que estando tan cerca de él, tan pronto echara mano al revólver, le daría un frentazo en la cara que le destrozaría la nariz. Tan sólo era una cuestión de reflejos. él miraba por encima de mi

hombro. Yo no le quitaba los ojos de encima. Cualquier intento de sacar el revólver iba a suponer un golpe mío con la frente que le reventaría la nariz. Después, ya veríamos en qué terminaba la cosa.

--¿Está aquí mi hija?

--No, señor.

--¿Puedo mirar?

--No me gusta que nadie curiosee mi intimidad, pero si no se fía de mi palabra, puede mirar.

Recorrió el departamento de arriba abajo y subió hasta la terraza. Por suerte no descubrió el tejadillo donde estaba Yolanda. Después salió. Me asomé disimuladamente por uno de los ventanales y le vi meterse en su coche, que estaba aparcado en la acera de enfrente, pero no lo puso en marcha ni se movió.

Subí hasta la terraza y ayudé a Yolanda a bajar del tejadillo. Estaba aterida de frío. Había llovido durante toda la mañana y el tejadillo estaba muy mojado.

Por fortuna, Yolanda había tenido el acierto de no venir con su coche, había venido en taxi.

Pasaban las horas y cada vez que nos asomábamos al ventanal, el hombre seguía dentro del coche, sin moverse. No nos cabía la menor duda de que estaba convencido de que su hija estaba en mi casa. Y anocheció. Yo no encontraba la manera de sacar a Yolanda de allí. Su padre no se había movido del lugar. Me vino una idea a la cabeza: pedir ayuda a mis amigos los pelotaris. Llamé por teléfono al frontón y me puse al habla con Salsamendi.

--Quédate tranquilo, que yo te lo resuelvo.

Yo confiaba en los vascos, pero no veía cómo iban a resolver aquella situación.

Como media hora más tarde escuché en la calle el alboroto de varios individuos que gritaban y cantaban. Eran los pelotaris. Subieron cantando, les abrí y les planteé mi situación. Lo resolvieron ingeniosamente. Le pusieron una gabardina azul marino, muy distinta a la de Yolanda, se recogió el pelo y le colocaron una boina, le colocaron una botella de ginebra en la mano y después de un rato salieron todos en grupo, cantando una canción vasca, y yo con ellos. éramos como doce. El padre de Yolanda nos vio salir, pero ni por asomo se imaginó que uno de los pelotaris era su hija. Llegamos hasta la calle Río Lerma, Yolanda se quitó el disfraz, subió en un taxi y se fue a su casa. Yo me fui con los pelotaris hasta el frontón.

Les digo la verdad. ¡Los vascos son unos tíos cojonudos!

Al día siguiente, lunes, Yolanda no fue a la radio. Sabiendo el carácter violento de su padre imaginé lo peor: una paliza. Tampoco vino el martes. Esto me tenía muy preocupado. ¿Cómo podía saber qué había pasado? En la emisora nadie me daba noticias del porqué de su ausencia. Fui al despacho de Othón Vélez y le conté lo sucedido el domingo y mi preocupación por la ausencia de Yolanda. Othón Vélez no sabía la razón de aquella ausencia. La única noticia que tenía era que había llamado la mamá de Yolanda diciendo que en un par de semanas no iría a trabajar.

Aquello aumentó mi preocupación. De alguna manera, me sentía culpable de lo que le hubiera ocurrido.

Yolanda tenía una prima, casada, que vivía en una calle muy cercana a Río Amazonas. Ella estaba al corriente de nuestra situación y varias veces nos habíamos visto en esta casa. Supuse que tal vez tuviera noticias de Yolanda. Me acerqué hasta allí y le expliqué mi preocupación.

No le había sucedido nada, simplemente que su padre la había mandado una temporada con unos familiares a Durango, lejos de la Capital Federal.

Me sentí culpable de aquel destierro y pensé que lo mejor era terminar con la relación. Sabía que no me iba a ser fácil, pero pensé que con el correr del tiempo se nos iría olvidando.

Para salir de aquello quería encontrar algún otro tipo de relación femenina, pero ¿cómo? No tenía la menor idea. Sin embargo y sin proponérmelo me llegó.

Muchas noches asistían a El Afro mujeres que yo sabía que trabajaban para una casa de citas, que no era un prostíbulo. Eran modelos y chicas que hacían publicidad para la televisión, pero si algún hombre las veía y le gustaban, por mediación de la dueña de la casa de citas, tenía acceso a ellas. El precio a pagar era alto, pero los caprichos hay que pagarlos.

La dueña de la casa de citas y dos de sus mujeres, Norma y Tomy, iban a El Afro con bastante asiduidad. Ningún hombre con ellas. Una de las noches, al terminar mi actuación, me mandaron al camerino una nota con el capitán de los meseros invitándome a su mesa. No era costumbre mía compartir mesa con ningún cliente, salvo que éste fuese un amigo o un conocido que me mereciera confianza. Ya había tenido la experiencia con el policía que me puso el revólver en el estómago y no quería que esta situación se repitiera, pero como se trataba de mujeres y, según el propio capitán de los meseros, muy "chulas", no pude o no me quise resistir a la tentación. Me lavé la cara, me vestí de persona normal y me acerqué a la mesa. El capitán no me había mentido, las dos mujeres eran hermosas, en particular Tomy, la más jovencita; Norma, ya era algo mayor, y hasta la dueña de la casa de citas, Esther, era una mujer muy atractiva. Nos tomamos un whisky en las rocas, que es la traducción del

whisky on the rocks de los norteamericanos (ya les contaré mi anécdota con el whisky en las rocas, ahora sigo con Esther, Tomy y Norma). Cuando cerraron El Afro me invitaron a la casa de Esther. Acepté la invitación. Estaba necesitado de una relación sexual y tal vez se me presentaba en esta ocasión. Llegamos a la casa. Una casa en una planta baja, amueblada con una gran elegancia. Tenía un patio cubierto por un techo de cristales de colores, que si durante la noche ya resultaba vistoso, durante el día la luz solar le daba al salón, lleno de plantas exóticas, un colorido que ni el más famoso de los pintores hubiera sido capaz de plasmar en un lienzo. Recordé La Casita Blanca, Pedralbes, El Trébol y todas las casas que yo había conocido en Barcelona, y comparándolas con aquello, me parecieron barracas de feria. Cuando llegamos había algunas chicas más, todas ellas guapas y elegantes, no había ni un solo hombre. Todas, solas o acompañadas, habían pasado por El Afro. Me pidieron

que les contara algo divertido. Yo nunca, salvo aquellas improvisaciones que había hecho en Radio Zamora, había vuelto a contar nada divertido, así, en frío, y en aquel ambiente me sentía incapaz de contar nada gracioso. No obstante, me lo pidieron con tanta insistencia que les improvisé un par de monólogos que ni recuerdo, pero las chicas se lo pasaron en grande.

Estuvimos hablando y escuchando música hasta que amaneció. Yo estaba por irme para mi casa de la calle Amazonas. Esther me pidió que me quedara. No en calidad de cliente, sino como invitado. Me quedé.

La cama era muy amplia, nos acostamos en ella Tomy, Norma y yo. Aquella fue una noche feliz.

Norma tenía novio, Tomy no, así que empecé a salir con ella. Tomy era lo menos parecido a una mexicana, sus ojos eran azules, su pelo rubio y su piel rosada. Es posible que el pelo fuese teñido, pero el color de los ojos y el color de piel eran naturales. No era muy culta, pero tenía la gran virtud de hablar poco, lo que significaba que era inteligente.

Me acostumbré a ir con bastante frecuencia a la casa de Esther. Todas las chicas eran agradables y simpáticas. Cuando alguna vez venían hombres, por lo general con cargos políticos, a celebrar una fiesta, Esther me subía a una habitación en la parte alta de la casa, donde yo me dedicaba a escribir o a leer. Desde aquella habitación privada podía escuchar las risas de los hombres y de las chicas, la música y todo lo que pasaba en el salón. Cuando me entraba el sueño, apagaba la luz y me dormía hasta el día siguiente, en que después de desayunar me iba a mi casa de la calle Amazonas. Tomy vivía con una hermana casada. Algunas noches la llevaba hasta la colonia Narvarte donde vivía su hermana, su cuñado y varios sobrinos.

Entre Tomy y yo no había ningún tipo de compromiso, nos unía únicamente la amistad y nuestra relación sexual. Nunca me aceptaba ni un dólar. Tan sólo, esto es lógico, las invitaciones a comer o cenar. Algunas noches se quedaba a dormir en mi casa.

Los sábados no se trabajaba en El Afro y nos íbamos a algún hotel de Cuernavaca o a Acapulco.

Tal vez aquella relación no conducía a ninguna parte, pero tampoco me obligaba a ningún tipo de compromiso. Yo seguía trabajando. Ella hacía su vida y a mí no me preocupaba en absoluto. Era, como se diría hoy, un amor descafeinado. Pero estaba visto que en México la tranquilidad era tan sólo temporal. Una de las paredes que daba a la calle en la planta baja, donde estaba la habitación en la que algunas noches me quedaba a dormir con Norma y Tomy en la casa de Esther, estaba hecha con cemento y ladrillo visto, hasta una altura de un metro y medio, más o menos, y el resto de la pared hasta arriba estaba hecha con esos ladrillos cuadrados de cristal muy grueso que dejan entrar la luz, pero que no se ve a través de ellos. He visto alguno de esos ladrillos de cristal, cuyo nombre desconozco, servir de cenicero en algún despacho.

Una noche que estábamos durmiendo tranquilamente, escuchamos gritos en la calle:

--¡Jija de una chingada! ¡Sé que estás acostada con un hombre! ¡Te rompo la madre! ¡Jija de una chingada!

Norma se incorporó en la cama. Tomy y yo también. Tomy dijo:

--Es Alfredo.

Y comenzó una balacera contra los cristales que hacían de pared. El tal Alfredo era el novio de Norma y estaba completamente borracho. Por suerte las balas no atravesaban los cristales gruesos, pero los disparos sonaban como cañonazos. Se levantó Esther, me hizo una seña, cogí precipitadamente mi ropa y mis zapatos y la seguí hasta aquella habitación secreta, donde me ocultó.

Cuando le abrieron la puerta, el tal Alfredo había vaciado los tambores de sus revólveres, porque no llevaba uno, llevaba dos. Desde la habitación donde Esther me había metido podía escuchar a Alfredo. Por ese milagro que produce el alcohol en los borrachos, había pasado de los tiros al llanto. Ese llanto de los borrachos que los transporta a la niñez. Abrí la puerta muy sigilosamente apenas dos centímetros, arrimé el ojo y vi a Alfredo que lloraba abrazado a Norma.

De la misma manera que el padre de Yolanda me había hecho desistir de las visitas, en esta ocasión desistí de ir a la casa de Esther. Hablé con Tomy y le dije:

--Cuando quieras que nos veamos, vente a mi casa.

Ese día terminaron mis visitas a la casa de Esther; Tomy siguió viniendo a mi casa.

Ya estábamos a finales de junio y a pesar de que El Afro seguía lleno cada noche, en México, como en España, los meses de julio y agosto son meses de

vacaciones. Algunos mexicanos se van a Cuernavaca o a Acapulco y otros, los más ricos, viajan a Estados Unidos o a Europa.

Quedé con Agustín Barrios Gómez y su socio en continuar después de los dos meses de vacaciones.

El mes de julio lo pasé en Acapulco, en un hotel que estaba en la misma playa, y ahí fue donde me pasó lo del whisky en las rocas. Yo acostumbraba a bajar a la playa y me situaba en un lugar donde había una pequeña cala de arena blanca y limpia. Aunque el hotel tenía piscina, me gustaba mucho más estar en aquella playa casi solitaria. Tenía para mí una hamaca, una sombrilla, un sillón de mimbre y una pequeña mesa. Por lo general dedicaba mucho tiempo a leer y también a escribir. Omar, el mesero que se encargaba de servir a los clientes que estaban en la playa, se acercó y me dijo:

--¿Qué le sirvo, señor Gila?

--Tráeme unas almendras o cacahuetes y un whisky.

--El whisky, ¿lo quiere en las rocas?

--No, aquí en la mesa.

--Sí, ya sé, pero ¿lo quiere en las rocas?

Cerca de donde yo acostumbraba a instalarme cada mañana había unas rocas, en las que yo observaba a las iguanas, que iban de un lado a otro o se quedaban quietas a la espera de algún insecto.

--No, Omar, el whisky lo quiero en la mesa.

Omar se dio cuenta de que yo estaba confundido.

--Perdone, señor Gila, aquí al whisky con hielo le decimos whisky en las rocas.

Me reí de mi torpeza. ¿Cómo era posible que después de tantos meses en México no me hubiera enterado de que al whisky con hielo se le denominaba de esa manera?

--Creí que querías servirme el whisky ahí, donde las iguanas.

Omar se echó a reír y se fue a buscarme la orden, que dicen en México.

En Acapulco conocí a un submarinista llamado Castillo, le expliqué que yo hacía fotografía submarina y me invitó a hacer con él inmersiones en la bahía de Acapulco. Me prestó un bibotella y un regulador que para mí era desconocido. Tenía un solo y delgado tubo para respirar. Bajábamos al fondo de la bahía. Castillo era un gran buceador. Llegábamos hasta donde hay sumergida una imagen de la Virgen de Guadalupe, donde lo mismo que hacen en Roma en la Fuente de Trevi, las parejas de enamorados dejan caer monedas que van a parar a los pies de la virgen. En las aguas de Acapulco era muy común cruzarse con tiburones que, decía Castillo, no atacan, pero de todos modos a mí me impresionaban.

Ahí, en Acapulco, con Castillo se me despertó de nuevo mi afición por el submarinismo y compré, traído de Los ángeles, un compresor para cargar las botellas y un equipo completo de inmersión.

Viendo mi entusiasmo por el submarinismo, Castillo me habló de un lugar que era único en el mundo, se llamaba Isla Mujeres en Quintana Roo.

Quintana Roo está en el extremo opuesto de Acapulco, pero Castillo me hablaba con tanto entusiasmo de aquel lugar que le invité a que me llevara, corriendo yo con los gastos. Fuimos en avión hasta Mérida, allí alquilamos una avioneta particular que nos llevó hasta Puerto Juárez y de allí en un transbordador hasta Isla Mujeres. El nombre de Isla Mujeres, me contó Castillo, es en recuerdo a las numerosas esculturas de diosas mayas, pero de esa época lo único que queda es el templo en ruinas Ixchel al norte de la isla.

Las inmersiones en las aguas de Isla Mujeres sólo se pueden ver en un sueño. Estuvimos sumergiéndonos varios días.

Todo aquello me hacía olvidar el resto de mis cosas de México, incluidas las mujeres, a pesar del nombre de la isla. Y lo que es más importante, la dictadura que había dejado en España.

Regresamos a Acapulco. Hacía años que yo no disfrutaba de unas vacaciones y, por supuesto, ninguna comparable a aquélla.

Algunos días me iba hasta La Quebrada a ver lanzarse desde arriba de las rocas a los clavadistas. Y yo, que durante el servicio militar había participado en los saltos de trampolín, me sentía un ave de vuelo bajo comparado con aquellos muchachos que se lanzaban al mar desde aquella enorme altura, sin más incentivos que las monedas que recibían de los turistas.

Un día, sentí dentro de mi cabeza un zumbido parecido al de un secador de pelo. El zumbido era permanente y hasta me molestaba para dormir. Me asusté, nunca antes me había pasado algo así. Esperé varios días para ver si se me quitaba, pero aquello iba en aumento. Aquel zumbido no me dejaba ni dormir ni pensar, era constante; me fui a que me viera un médico y el médico me derivó a un otorrino. Me puso dentro de cada oído un pequeño tubo de cristal, que con una goma transparente iba hasta un aparato que puso en marcha. Dentro de mis oídos estaban acumuladas todo tipo de algas marinas y otras especies del fondo del mar, además de barro y arena, creo que desde mi primera inmersión. Todo aquello salió por los pequeños tubos y a partir de ahí desapareció el zumbido. No olvido el nombre del doctor: Ramírez Fuentes. Desde aquí, desde estas páginas, gracias, doctor.

Hemingway

Días más tarde regresé a la Capital Federal y me integré de nuevo en mi trabajo en la radio, en El Afro y en la televisión.

Me llovían ofertas de varios lugares para trabajar una vez terminara mi compromiso con El Afro; pero Goar Mestre, desde Cuba, le pedía a don Emilio Azcárraga que me dejara cumplir el compromiso que tenía adquirido de trabajar en La Habana. No obstante, don Emilio y Agustín Barrios Gómez querían que siguiera trabajando para ellos.

El trabajo se me iba haciendo monótono y ya no sabía de dónde sacar monólogos para cubrir mis actuaciones diarias, particularmente las de la radio, que me obligaban a un constante cambio cada día. Se lo hice saber a Othón Vélez y conseguí que las actuaciones en lugar de ser diarias, fuesen tan sólo dos semanales; eso me alivió bastante.

También estaba cansado del trabajo diario en El Afro, lo hablé con Barrios Gómez y quedamos en hacer una última semana, de despedida. Don Emilio quería que siguiera en la radio aunque fuese únicamente con las dos actuaciones semanales, pero Goar Mestre me quería llevar a Cuba, ya había hecho mucha publicidad anunciando mi debut y los meses habían ido pasando.

Así, terminé mis actuaciones en El Afro, en la radio y en Televisa y me dispuse a enfrentarme a un nuevo desafío: Cuba.

Llegué a Cuba el 28 de octubre del mismo año 1959. Me presentaron en una rueda de prensa, después me llevaron a la emisora de radio y finalmente al canal de televisión de CMQ, propiedad de Goar Mestre. Me alojaron en el hotel Hilton.

La revolución cubana estaba en plena euforia. En el hotel era mayor el número de empleados que el de huéspedes.

La Habana me impresionó mucho, aunque de manera distinta a México. También en La Habana la gente tenía una gran personalidad. Lo que más me llamaba la atención, lo digo sin ningún rubor, era el culo de las mulatas, su forma graciosa de caminar, así como los personajes típicos que encontraba por la calle. Lo que peor llevaba era el calor. Salir del Hilton, con el aire acondicionado, a la calle, con aquel calor sofocante, me producía una pereza que sólo era capaz de superar mi curiosidad. Recordaba cuando alguna vez mi abuelo me habló de la guerra de Cuba y pensaba en el calor que debió pasar en aquel país.

Me incorporé a la televisión y actué en el programa El Show de la alegría. Aquel espectáculo consistía en un desfile de cantantes, ballets y orquestas y, por lo que me dijeron, era el más importante de América Latina.

Lo mismo que en México, mi actuación fue muy bien recibida; lo mismo pasó en la radio, en un programa con gente joven que después de presenciar el espectáculo radiofónico, bailaban en la emisora los bailes típicos de Cuba.

En Cuba no conocía a nadie. Por las mañanas me dedicaba a recorrer sus calles más típicas y a alegrar mis ojos con los hermosos culos de las mulatas. Iba hasta el puerto y hablaba con alguien a quien no conocía de nada. Unos estaban muy contentos con Fidel Castro, otros, los menos, no lo estaban.

Los domingos me quedaba en el hotel viendo televisión y añorando México. La televisión era muy aburrida, sobre todo en lo referente al deporte. Los cubanos habían importado de Estados Unidos los dos únicos deportes que yo ni entendía ni me gustaban: el béisbol, donde uno lanzaba una pelota y otro le daba con una garrota, luego soltaba la garrota y corría como perseguido por la policía, y el rugby, ese juego que se practica con un balón con forma de melón, donde unos individuos corpulentos se empujan y se lían a golpes con el que corre con el melón en la mano.

Estaba convencido de que Cuba iba a ser para mí un lugar aburridísimo y tanto era así que estaba dispuesto a cumplir con la semana de contrato que había firmado con Goar Mestre y regresar a México. Pero mi éxito iba en aumento e Ignacio Vaillant, hombre de confianza de Goar Mestre, me iba convenciendo para prolongar por algunas semanas más mis actuaciones.

Una mañana que estaba durmiendo, en la calle comenzaron a sonar los cláxones de cientos de coches y al mismo tiempo los gritos de la gente en la calle. Me vestí y bajé.

Una multitud recorría la avenida más importante de La Habana dando gritos desaforados, saltando de alegría, un hombre joven me cogió del brazo.

--¡Apareció Camilo, chico, apareció Camilo!

Yo no tenía la menor idea de qué Camilo me hablaba, ni siquiera sabía quién era Camilo. Estaba tan alejado de la política que ni me di cuenta que se refería a Camilo Cienfuegos, que había desaparecido volando en una avioneta y que desde hacía varios días era buscado desesperadamente. Pero supuse que se trataba de alguien muy importante, para despertar en los cubanos aquella alegría que había en las calles de La Habana.

Una tarde, en el hall del Hilton conocí a un oficial muy destacado del ejército revolucionario. Era, como la mayoría de los cubanos, hijo y nieto de gallegos. Mientras tomábamos café hablamos de muchas cosas. De Galicia, de la revolución cubana y como cosa natural que me ha sucedido en todos los países donde estuve, la clásica pregunta:

--¿Qué te parece La Habana?

Me van a perdonar mi obsesión, pero no pude contenerme, y le dije:

--Un país muy interesante, pero lo que más me atrae es el culo de las mulatas.

--¿Cómo te gustan¿, ¿delgadas¿, ¿gorditas¿, ¿altas¿, ¿bajas?

--No lo sé. Me gustan todas.

--Está bien. Todas no te las puedo conseguir, pero esta noche, a eso de las nueve, vas a ir a esta dirección que te apunto y preguntas por Inés.

Me apuntó una calle, un número y un piso.

A las nueve menos cuarto estaba preguntando por Inés. La tal Inés me hizo cruzar un comedor lleno de gente, que sentada en el suelo, frente a un televisor, escuchaban un discurso de Fidel Castro. La tal Inés me llevó hasta una habitación, me trajo una botella de cerveza fría, me dijo que esperase y cerró la puerta. No habían transcurrido veinte minutos cuando se abrió la puerta y aparecieron en ella tres mulatas de muy distintas dimensiones anatómicas. Pensé que el oficial del ejército revolucionario me mandaba tres para elegir la que más me gustara, pero se desnudaron las tres y se tumbaron sobre la cama. Ahí, en esa cama, pasamos toda la noche, calmando la sed y el calor con botellas de cerveza fría que nos subían por una ventana con un cubo atado a una cuerda. ésta fue para mí una nueva experiencia sexual.

En CMQ conocí a Gabi, Fofó y Miliki que tenían un programa fijo en la televisión. También tenían un circo propio. Me invitaron a su casa. Vivían en unas hermosas casas que estaban a las afueras de La Habana. Me ofrecieron una comida de amistad y juntos recordamos cosas de España. Como me pasaba a mí, no sabían cómo iba a ser la Cuba de Fidel Castro, y como yo, estaban desconcertados con respecto a su futuro. Me hizo muy feliz compartir con aquella familia numerosa y simpática una comida y una larga sobremesa. Ahora cuando veo a Emilio Aragón, no puedo imaginar que es aquel chico de unos cuantos meses que tuve sobre mis rodillas.

Seguían pasando los días, todo era muy confuso, la revolución cubana era muy reciente y se estaban haciendo cambios importantes.

Me llevaron una noche al Tropicana, me asombró el espectáculo, el lugar, el lujo y la belleza de las mujeres.

Una mañana en las oficinas de Iberia me encontré con Antonio Ordóñez.

--¡Gila! ¿Qué haces en Cuba?

--Estoy trabajando en la televisión y en la radio.

--¿Dónde vives?

--En el Hilton.

--¿En el Hilton?

--Sí.

--Pero tú debes ser el único cliente.

--Pues sí, mucha gente no hay.

No me hubiera sorprendido encontrarme con Antonio Ordóñez en México, en Colombia o en Perú, pero en La Habana que no había corridas de toros... Le pregunté:

--¿Y tú qué haces en La Habana?

--Estoy pasando unos días de vacaciones con Hemingway. Es un viejo muy interesante. ¿Te gustaría conocerle?

--Por supuesto que sí.

Antonio Ordóñez me llevó hasta La Vigía, la casa que Hemingway tenía en La Habana. El viejo Hemingway estaba escribiendo a máquina, escribía de pie, con la máquina de escribir en una estrecha mesa alta adosada a la pared.

Antonio Ordóñez le dijo que yo era el humorista español más importante del siglo. Hizo tantos elogios de mí que me sentí avergonzado ante un hombre de la dimensión literaria de Hemingway.

El viejo me invitó a un daiquiri, que era su bebida preferida, un cóctel que se hace con ron Carta Blanca, zumo de limón verde, hielo picado y azúcar en polvo, todo ello batido. Cuando el hombre que hacía de "mucamo" lo estaba preparando, recordaba aquellas bombas que nos enseñó a hacer El Campesino durante la guerra.

--Si no le importa, preferiría un whisky.

--Está bien. Fulano [no recuerdo el nombre], traéle un whisky al señor.

Y aunque sabía que me iba a sentar como una patada en el hígado, no podía decir que no a aquel hombre importante y corpulento del que yo había oído hablar tanto durante la Guerra Civil, donde estuvo como corresponsal de prensa. Hablamos de la Guerra Civil y de algunas fechas y datos que él no tenía muy claros.

Dos días más tarde, Antonio se volvió para España; yo quise volver al hotel, pero el viejo Hemingway estaba muy interesado por lo que le iba contando respecto a la Guerra Civil española y más que nada lo que se refería a los campos de prisioneros y a las improvisadas prisiones del franquismo durante la posguerra.

Me invitó a que me quedara con él y su mujer a vivir en La Vigía unos días más. Accedí. Cada mañana, el viejo Hemingway tenía la costumbre de dar lo que él denominaba un pequeño paseo. El pequeño paseo consistía en caminar de seis a ocho kilómetros por el monte. Creí que aquellos paseos iban a terminar conmigo, pero mientras caminábamos íbamos charlando, y aquellas charlas eran para mí como un curso de filosofía. Aprendí mucho escuchando al viejo Hemingway. éramos afines en muchas cosas, excepto en la fiesta de los toros, de la que él era un apasionado y que a mí no me gustaba en absoluto.

La Vigía estaba muy alejada de la televisión y de la radio, mientras que desde el Hilton sólo tenía un pequeño paseo a pie. Me volví de nuevo al Hilton. Estuve tan sólo dos semanas viviendo en la casa de Hemingway, pero durante esas dos semanas aprendí mucho de aquel viejo corpulento, amante de los Sanfermines y del daiquiri.

En el canal de televisión no me pagaban. Según órdenes del gobierno de Fidel Castro, no se podían sacar dólares de Cuba. El sueldo que me tenían que pagar por mi trabajo en radio y televisión tenía que ser controlado por una administración dependiente del Ministerio de Economía cubano, podía cobrarlo en pesos cubanos, pero como mi contrato se había hecho en dólares, el cobro se me complicaba. Podían en el canal, bajo cuerda, pagarme en dólares, pero corría el riesgo de que al salir de La Habana me hicieran un registro y me quitaran todo por evasión de divisas. Todo esto me lo hicieron saber en CMQ, por lo que decidí no seguir por más tiempo en La Habana. Me dieron mil dólares como anticipo, para que pudiera viajar, y el resto quedó pendiente hasta que en el Ministerio de Economía decidieran qué hacer con los dólares que faltaban para el pago total de mi contrato, que ya ascendían a doce mil.

Ya me disponía a salir de Cuba rumbo a México cuando me enteré de que en el comedor del hotel Hilton estaban Fidel Castro y el Che Guevara comiendo una paella.

Llamé por teléfono a mi amigo el coronel Matos y le dije que me iba de Cuba a México y que antes de salir tenía un gran interés en conocer a Fidel y al Che Guevara. Matos me dijo que esperara, que venía al hotel. Así fue, al poco rato llegó Matos, que me presentó a Fidel y al Che Guevara, más que como humorista como un combatiente que había luchado en el ejército rojo durante la Guerra Civil española junto a Líster. No obstante, Fidel había visto alguna actuación en la televisión y valoró mi trabajo como humorista, cosa que me gratificó. Me impresionó el Che Guevara, su voz, su físico, la totalidad de su persona. Había en él algo mágico.

Les expliqué cuál era mi situación respecto a mi contrato de trabajo y la imposibilidad de sacar los dólares de Cuba.

Fidel lo habló con el Che Guevara como un caso muy particular, fuera de lo común. Yo no era un terrateniente que pretendía llevarme mi capital, era tan sólo un trabajador que trataba de cobrar mi sueldo. Así intenté aclarárselo. Fidel llamó a uno de sus ayudantes y le dijo que tomara nota de mi domicilio en Madrid. Le dije que yo me iba a México y que no sabía si volvería a Madrid, pero como mi contrato para actuar en La Habana se había firmado en España las divisas no podían ir a México. Me prometió que haría lo imposible por resolver mi problema.

Cuatro años más tarde, cuando ya lo daba por perdido, a través del Banco de Escocia en Madrid me llegaron nueve mil dólares, supongo que eran los doce mil menos los impuestos. Fidel había cumplido su palabra.

Los Agachados

Regresé a México en febrero de 1960.

Agustín Barrios Gómez, al irme a Cuba, había cubierto toda la programación de El Afro y como mi contrato incluía la sala, la radio y la televisión, ya no era válido. Por otra parte, como al hacer el contrato los gastos de viaje y estancia habían corrido a cargo de don Emilio Azcárraga -era una exclusiva-, en el contrato había una cláusula, aparte, según la cual yo no podía trabajar en México hasta después de un año.

Lo único que conservaba era mi chalecito de la calle Río Amazonas. Había tenido el acierto de dejar a una persona de confianza encargada de pagar el alquiler y los gastos de luz, agua y teléfono. Así las cosas, volví a mi chalecito, pero sin ningún horizonte de trabajo, al menos en lo que se refería al Distrito Federal.

Yo había hecho una gran amistad con una pareja de baile español, un matrimonio encantador, Manolo Arjona y Anita, y Manolo me consiguió, fuera de la capital, algunas actuaciones aisladas para la casa Osborne. Gracias a Manolo Arjona podía seguir viviendo. No tenía coche, el Impala se lo había devuelto a don Emilio Azcárraga cuando me fui a Cuba, pero me las arreglaba para ir de un lado a otro andando o en taxi.

Un día coincidí en la librería El Sótano con Rius, uno de los varios dibujantes que me habían agasajado con una comida. Rius además de un gran dibujante, era un hombre con una ideología envidiable. Cada semana hacía un cómic que en lugar de decir estupideces o cosas sin importancia, tenía un contenido capaz de hacer que la gente sencilla, la gente del pueblo, estuviera al corriente de todo lo que significaba el poder de los políticos, el poder de los capitalistas y la miseria del pueblo.

Rius, defensor del pueblo mexicano y enemigo de Estados Unidos y de todos los regímenes dictatoriales o capitalistas, hacía, ayudado por unos muy buenos colaboradores, un cómic semanal titulado Los Agachados. Los "agachados" eran la gente del pueblo a merced de los poderosos. La acción se desarrollaba en un imaginario pequeño pueblo de México que se llamaba San Garabato, con los personajes necesarios para desarrollar una historia llena de crítica y de ideología revolucionaria: el gobernador, un científico alemán, un intelectual, un policía leal al gobernador, un estudiante, dos beatas chismosas, un cura con su sacristán, un borracho y un joven indio ignorante llamado Calzoncín, que simbolizaba al joven que no entiende nada, pero trata de averiguar el porqué de las cosas. Por el precio de un peso y veinte centavos, la gente que no tenía acceso al lenguaje, para ellos complicado y difícil de entender de los libros, se podía enterar a través de Los Agachados de todo lo que

ignoraban. Yo conservo con un gran cariño y, por qué no decirlo, a veces como fuente de información, muchos ejemplares. Creo que sus títulos son lo suficientemente

claros como para adivinar el contenido. "Aguántese obrero o se disgustan los patronos", "¿Dos iglesias católicas¿", "¡El dólar y otras porquerías!", "Franco y Dios S. A.", "Los Rockefeller", "¿Qué conviene más, comprarse un coche o comprarse un burro¿", "La truculenta historia del capitalismo", etc., etc. Y publicó varios libros con el mismo sistema que los comics Cuba para principiantes, Cristo en carne y hueso, El garrote vil y muchos más, todos ellos con un importante contenido ideológico. Como muestra de lo que publicaba Rius, reproduzco un párrafo de un gran periodista publicado en un diario mexicano:

Soy un convencido de que Rius con sus Agachados ha hecho una labor política y social mucho más importante que la que ha sido capaz de hacer cualquier ministro de los que han desfilado por nuestro Gobierno durante varias décadas.

Rius y yo buscamos un colaborador y encontramos a Almada, otro dibujante mexicano. Montamos la redacción en mi casa. Allí trabajamos muy duro, ya que escribir, dibujar y componer un semanario con tan sólo tres personas era muy sacrificado. Al semanario le pusimos de nombre La Gallina. Tal vez en homenaje a La Codorniz. Al semanario no le poníamos fecha, tan sólo el número. Para mí era muy divertido aquello. Sin apenas darme cuenta me había convertido en editor. El semanario funcionaba, pero no tenía la difusión que esperábamos. No conseguíamos un buen distribuidor y por otra parte, mantener un semanario sin publicidad es imposible. De todos modos, como no tenía fecha, los números sobrantes los mandábamos a Cuba. Cuando llegamos al número nueve hicimos una portada exactamente igual a la de Life en español, con un muy pequeño rótulo arriba que decía: "Este no es el LAIF en español, es La Gallina en mexicano". La gente se acercaba a los quioscos y, confundidos por la portada,

en lugar de comprar Life, compraban La Gallina. Aquello nos creó un grave problema. Los editores de la revista Life nos pusieron un pleito y nos pedían un dinero que no teníamos. Tuvimos que cerrar el semanario, pero los pocos números que salieron a la calle valieron la pena.

Si bien es cierto que yo había ganado mucho dinero en México, los gastos superaban a los ingresos y eso iba mermando mi capital, por lo que me vi en la necesidad de regresar a España.

Circunstancialmente, o por culpa del destino, vaya usted a saber, apareció de nuevo Yolanda, que había regresado a la Capital Federal. Le anuncié mi regreso a España y me pidió que hiciera los trámites para resolver mi situación matrimonial de nuevo. Se me despertó el amor por aquella india que dejaba en México. Le prometí que al llegar a España hablaría con un abogado que hiciera lo imposible por aclarar mi complicada situación. Fue a despedirme al aeropuerto. No había mariachis como a mi llegada, pero allí, agitando su mano, estaba ella, tal vez soñando con algo que por más que yo lo intentara no se iba a conseguir.

Cuando el avión se elevó camino de España, por mi mente pasó la película de mi estancia en México y, no me avergüenzo, lloré.

El regreso

Para mí, volver de nuevo a España era lo más parecido al regreso a una prisión de la que había estado en libertad provisional durante varios meses. No tenía ningún temor en cuanto a mis posibilidades de trabajo, pero después de haber gozado de la libertad, estaba seguro de que me iba a resultar muy duro reinsertarme de nuevo en la dictadura.

En México se habían quedado la posibilidad de rehacer mi vida y el amor de una mujer que, estaba convencido, desde España me iba a ser imposible recuperar. Era como si todo lo vivido perteneciese ya, en propiedad, al pasado. Tomé conciencia de ello y me dispuse a enfrentarme a la realidad de un presente y a la lucha por conseguir un futuro, convencido de que no iba a resultarme nada fácil, pero no me quedaba otra solución que afrontarlo y seguir peleando con las dificultades que me salieran al paso.

Mi piso de Carranza estaba lleno de la misma soledad que cuando me fui. Me producía una gran depresión aquel piso sin el calor de nadie. Los mismos libros que había dejado al irme, sin haber sido leídos por nadie, los cuadros y las fotos tenían la misma edad que cuando los dejé. Mi rincón de trabajo y el salón con chimenea de leña que daba a Carranza tenían el mismo olor. Sentía la sensación de que el tiempo se había detenido y que mi paso por México y Cuba eran solamente el sueño de una larga noche, del que acababa de despertar. Todo aquel pasado se había transformado en un presente totalmente distinto.

En aquel lugar, donde vivía mi soledad, se iba acumulando la depresión.

Para evadirme de aquella depresión me iba al café Comercial en la esquina de Fuencarral y la glorieta de Bilbao. Allí, con un café y una jarra de agua sobre la mesa de mármol, escribía y recordaba mis vivencias de México. También las de Cuba, pero estas últimas con menos entusiasmo. Lo de Cuba tal vez había sido tan sólo una aventura, no me había calado hondo, ni siquiera me había conmovido en su parte ideológica. Mi conversación con Fidel Castro y el Che Guevara, aparte de breve, no había tenido carácter político, se había limitado a mi petición de que me fuesen pagados los dólares que se me debían y a comentar mi participación en la Guerra Civil española. Sabía que los cubanos se habían liberado de Batista, un dictador al servicio de Estados Unidos, pero no me dio tiempo a identificarme con el pueblo ni a medir la dimensión política de la revolución cubana, que tan sólo cumplía unos cuantos meses. Tal vez hubiera necesitado al menos un par de años para conocer en

profundidad el alcance de aquella revolución. Lo de México había sido un constante e intenso vivir y el fracaso de no haber conseguido realizar mi sueño de quedarme allí para siempre.

En el Comercial algunos días compartía mesa con Evaristo Acevedo, que escribía para La Codorniz "La cárcel de papel", y con Rafael Azcona, que después sería uno de los guionistas de cine más importantes del país. Yo había dejado de colaborar en La Codorniz por un enfrentamiento con álvaro de Laiglesia, un enfrentamiento tonto, pero que motivó mi final como colaborador del semanario. En una entrevista que le hicieron a álvaro en un periódico de Madrid dijo que yo era un producto de La Codorniz. Quizá estúpidamente, porque no creo que álvaro de Laiglesia lo dijera con mala intención sino con el orgullo de saberme popular. Salí al paso de esta declaración diciendo que yo era el producto de un espermatozoide de mi padre y que La Codorniz era tan sólo unas hojas de papel en blanco que llenábamos varios humoristas, entre ellos yo. Creo que no estuve acertado en mi respuesta, pero ésta, que aparentemente no tenía ninguna trascendencia, le sentó muy mal a álvaro de Laiglesia y me

dio de baja como colaborador. álvaro era un hombre muy especial, ya había tenido un enfrentamiento con Miguel Mihura cuando en un intento de darle un giro a La Codorniz, con una sección de crítica llamada por él "¡No!", le pidió a Miguel Mihura un artículo para el semanario y Mihura le respondió con una carta diciendo que no escribía el artículo, porque quejarse del precio del pimentón y de todas esas cosas era algo que se lo escuchaba diariamente a una tía suya, sin necesidad de comprar una revista y que cuando le dio a su hija en matrimonio (se refería a La Codorniz), lo hizo con la intención de que hablara de las hormigas, de las vacas y de los gitanos. álvaro le

contestó diciendo que Mihura era uno de esos padres que casan a las hijas por dinero y luego se quejan si les va mal en el matrimonio. No fue esto exactamente, pero por ahí iba la cosa, más o menos. El caso es que Mihura y álvaro estuvieron distanciados por un tiempo, hasta que intervinieron en aquella desavenencia

Edgar Neville, Tono y Herreros, que calmaron el pequeño huracán promovido por la carta de Mihura.

De todas formas yo seguía dibujando, porque me gustaba y porque no quería, por mi dedicación al espectáculo, perder la práctica del dibujo.

Tenía que trabajar. El dinero de México lo había gastado y el de Cuba se había quedado en La Habana.

Yo no tenía representante desde que había terminado con Hernández Petit en México. Estábamos rodando en un cuartel de tanques El hombre que viajaba despacito, película dirigida por Joaquín Romero Marchent, tal vez la única película digna que hice, cuando conocí a Luis Méndez, que estaba haciendo el servicio militar y era sobrino de un importante jefe de producción de cine. Luis Méndez se ofreció para ser mi representante, quizá pensando en mí para una futura continuidad en el cine. Acepté y se hizo cargo de mi representación artística. Luis Méndez estaba muy conectado con el cine, pero el cine para mí significaba únicamente una manera más de ganar dinero, pero nunca he tenido vocación de cineasta. Alguien me contó que allá por la década de los cuarenta, a un torero famoso -me dijeron que se trataba de El Guerra, pero no creo que fuese él ya que había nacido en 1862, no importa, lo importante es que se trataba de un torero famoso, sea El Guerra, El Gallo o Belmonte- le

propusieron hacer una película sobre su vida. él no era partidario de hacer otra cosa que no fuese torear, que era lo suyo, pero su apoderado, a fuerza de insistir, le convenció. El día que daba comienzo el rodaje de la película, a las siete de la mañana se presentaron a buscarle para el rodaje. El torero famoso miró el reloj y viendo la hora que era se negó a levantarse. El apoderado le dijo:

--Maestro, tenemos firmado un contrato.

Y el torero, con la mayor naturalidad del mundo, dijo:

--Ya lo puedes romper. Una profesión que no da para levantarse después de las diez, no puede ser buena.

Y no hizo la película. Yo pensaba lo mismo que aquel famoso torero. Tanto es así que no sé si, más que por vocación, me hice artista para no tener que madrugar. Después de haberme liberado de aquellos madrugones de mi época de mecánico, se me hacía muy duro levantarme a las siete de la mañana y que me llevaran a un campo lleno de moscas, comer un bocadillo y una naranja a las once de la mañana, y aquel constante: "Secuencia ocho, toma doce" y "Que no ha salido bien" y "Esperad un momento que pasen esas nubes". Aparte de que desconozco cuál es la razón de que las películas que, se supone, transcurren en invierno se rueden en verano y las que transcurren en verano se rueden en invierno, lo que significa morir de un golpe de calor o cagarse de frío, siempre he sentido por el cine un gran rechazo. Me entusiasma como espectador y hasta es posible que me hubiera gustado ejercerlo como director, o como guionista, pero nunca como actor. No he nacido para ser actor de cine, creo que

es una profesión artística que requiere, aparte de una gran vocación, un gran sacrificio, para el que yo no estoy capacitado, lo que me hace sentir un gran respeto por los que lo hacen.

El primer contrato que me consiguió Luis Méndez fue en una sala llamada El Biombo Chino. Era el año sesenta y aquel trabajo empezó a resolver de alguna manera mis necesidades económicas. Miguel, el dueño de El Biombo Chino, era muy aficionado a los toros, incluso había sido novillero. Un día me propuso torear un becerro

en Segovia. Me pagarían cincuenta mil pesetas. A pesar de mi amistad con los toreros y de haber pasado algunos días en la finca de los Cembrano, yo no tenía ni la menor idea de lo que era torear. Me convencieron de que la cosa era muy sencilla, que me echarían un becerro de sesenta kilos, que aunque me diera un revolcón no pasaría nada grave. Así, con esas observaciones y pensando en conseguir cincuenta mil pesetas, me presté a torear, pero se hacía necesario tener algún conocimiento de tauromaquia. Me llevaron a una finca cerca de El Escorial, me dieron un capote y durante varios días estuve ensayando con un becerrito el arte taurino. Y llegó el día de la

corrida en la plaza de toros de Segovia.

Me había alquilado un traje de luces, un capote de paseo y en el Citroen de Luis Méndez llegamos a Segovia, donde me esperaba la afición. En aquella becerrada toreaban también El Bombero Torero y su cuadrilla. Yo cerraría el espectáculo. Tenía un ayudante, de nombre Santitos, un personaje conocido en todo Madrid, que había sido "chorizo" y que cuando le preguntaban cuánto tiempo había estado en la cárcel, él preguntaba: "¿En qué país¿" Conocía las cárceles de Francia, de Alemania, de Italia y las de España. Hablaba francés, italiano y alemán. Había sido chófer de Laso de la Vega y peón de confianza de algunos toreros, era bajito, barbilampiño y sordo, siempre con gorra de visera y hablaba en caló. Cuando me traía en un papel la cuenta de lo que había gastado se podía leer: "Trujas 12 calas. Roda para ir a por los trujas 23 calas. Tralla del peluco 28 calas". Y así con su manejo del caló me entregaba las cuentas. Cuando se enteró de que yo iba a torear se llevó una de las

mayores alegrías de su vida. Tenía un gran respeto por todo lo que tuviera que ver con la fiesta de los toros. Cuando llegamos a Segovia nos alojaron en un hotel, y Santitos, tal como mandan los cánones taurinos, cuando terminamos de comer me dijo:

--Maestro, tírese en la cama y duerma una siesta. ¿A qué hora le llamo?

Le pregunté:

--¿A qué hora empieza la corrida?

--A las cinco.

--Muy bien. Despiértame a las siete.

Y se fue. Volvió de inmediato.

--Maestro, si la corrida empieza a las cinco, ¿cómo le voy a despertar a las siete?

--Porque a las siete ya habrá terminado la corrida.

Santitos quedó desconcertado con mi respuesta. Era tan devoto de la fiesta taurina que no entendía mi humor.

--Está bien, despiértame a las cuatro.

--De acuerdo, maestro.

Ya me llamaba maestro como si yo fuese Antonio Bienvenida.

Y llegó la hora de ponerme el traje de luces. Yo, que conocía esa devoción de Santitos por la tauromaquia, de manera intencionada, le cambiaba el nombre a todas las prendas de mi traje de torear. Santitos se emberrinchinaba cuando a la taleguilla la llamaba la cazadora, a las medias los calcetines rosa, a la montera el gorro y a las zapatillas las alpargatas de torero. Se ponía furioso y me rectificaba: "La taleguilla, maestro; las medias, maestro; la montera, maestro". Finalmente terminé de vestirme. El Citroen de Luis Méndez tenía en la parte trasera uno de esos asientos que llamaban "ahí te pudras", y sentado en ese asiento, de manera que me viese el público, llegamos a la plaza de toros y entramos.

Había un ambiente como si se tratara de un mano a mano entre Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín.

Mi salida con el resto de los que iban a participar en la lidia, acompañada de un pasodoble, levantó el aplauso de toda aquella gente que llenaba la plaza. Me situé detrás de la barrera. Sonó el clarín, se abrió una puerta y apareció el becerro. El Bombero Torero y su cuadrilla hacían con aquel becerro cosas insólitas, desde saltar por encima cuando les embestía, a darle agua con un botijo. Viendo aquello y escuchando las carcajadas del público y los constantes olés, empecé a pensar qué haría yo para estar gracioso. Llegué al convencimiento de que lo único que me podía salvar era la palabra, pedí un micrófono y desde un burladero hice un comentario divertido sobre lo que iba a hacer con el becerro. Cuando terminaron su faena los de El Bombero Torero me tocó salir. El becerro tenía un solo cuerno, el derecho, pero a mí me daba la impresión de que tenía los dos, pero que alguien había empujado el de la izquierda para que le saliera por el lado derecho un solo cuerno, largo y

afilado. Hubiera dado cualquier cosa por deshacerme de aquel compromiso, pero la cosa estaba firmada, la plaza llena y no había forma de evadirme, así que con la cara de color verde aceituna y un tremendo cagazo me lancé al ruedo. Extendí el capote como había visto hacer a los grandes toreros y grité: "¡Eh, toro!" El becerro me miró como diciendo: "¿Qué mierda querrá este gilipollas¿" Tomó carrerilla, se vino hacia mí, y aunque alargué el brazo como mandan los cánones taurinos, me golpeó en la mano con la testuz. A punto estuvo de que la mano se me desprendiera del brazo. Sentí un dolor tan fuerte que me dieron ganas de tirar el capote y ponerme a llorar, pero en la plaza se escuchó un olé colectivo y eso me animó a seguir en pie. Por segunda vez dije, ya muy crecido: "¡Eh, toro!" Y otra vez el becerro que me miró. Esta vez como pensando: "¿Pero otra vez este gilipollas¿", y de nuevo emprendió una carrera hacia mí. Tuve tiempo de levantar el capote y le di un pase y otro y

otro y dos más y el de pecho, la gente aplaudía entusiasmada. Yo esperaba que después de aquella faena saliera un picador y acabara con el becerro, pero aquello era sin picadores. Me acerqué a la barrera y Santitos me cambió el capote por la muleta y una espada. Como hacía algo de viento, Santitos mojó el pequeño capote rojo con agua del botijo. Aquel trapo rojo con un palo que en la punta tenía un clavo afilado y un estoque de madera, debía pesar como doce kilos. Por más esfuerzos que hacía para levantar aquello no lo conseguía, lo tenía pegado al cuerpo, y cada intento duraba unos segundos. El becerro debió adivinar mi dificultad para sujetar aquellas cosas, creo que hasta vi en sus ojos una sonrisa como si pensara: "Te vas a enterar"; tomó carrera y se vino hacia mí, creo que con exceso de velocidad. ¿Cómo pasó junto a mí? Ni lo sé. Cerré los ojos y sentí el aire desplazado por su pasada, la repitió y una de dos, o sentía compasión por mí o tenía mal sentido de la

orientación, porque milagrosamente no me llevó por delante. La gente entre divertida y emocionada, más divertida que emocionada, aplaudía y gritaba olés. Santitos me dijo desde la barrera: "Vamos maestro, acabe la faena" y me cambió el estoque de madera por uno de verdad. Ya me habían explicado dónde tenía que clavar el estoque, pero sólo en teoría. Cuando me disponía a matar, vi en las primeras filas del tendido un aficionado con ganas de saltar al ruedo. Tenía en la mano un bocadillo. Le grité:

--Te cambio el bocadillo por el estoque.

Y entusiasmado saltó al ruedo, le di el estoque, él me dio el bocadillo y mientras me lo comía, él se encargó de matar al becerro. Tal vez el público pensó que aquello estaba preparado, el caso es que nos salió bien y fuimos muy aplaudidos. Lo peor vino después. Llegamos a Madrid a la hora en que yo tenía que empezar mi actuación en El Biombo Chino. Méndez no encontraba un hueco donde aparcar y finalmente tuvimos que dejar el coche en la calle de Princesa. Tuve que ir corriendo desde Princesa, cruzar la plaza de España, subir por la Gran Vía y entrar en Isabel la

Católica, donde estaba El Biombo Chino, con el asombro de la gente que no podía imaginar qué hacía un torero corriendo por la Gran Vía. Miraban hacia atrás, tal vez pensando que me seguía un toro o la Guardia Civil. No me dio tiempo a cambiarme de ropa, así que sobre la marcha me tuve que inventar un monólogo taurino. La gente se divirtió mucho con aquel monólogo y yo salí bien parado del trance. Compré un traje de torero y un capote de paseo y seguí haciendo aquel monólogo que a la gente le había divertido tanto. Años después, cuando estaba rodando con Fernando Fernán Gómez en Barcelona ¿Dónde pongo este muerto¿, una noche que estábamos en la estación de Francia, había entre la gente que nos rodeaba un muchacho joven. No llevaba abrigo y le castañeteaban los dientes de frío. Por su rostro adiviné que era mexicano.

--¿Eres mexicano?

--Sí, señor. De Yucatán.

La noticia había sido publicada en los periódicos, y me dije: "Dos jóvenes han viajado de polizones desde Venezuela hasta Madrid, ocultos en el tren de aterrizaje de un avión de pasajeros, uno de ellos ha muerto, éste es el que ha sobrevivido". Uní mi amor por México con mi tristeza por aquel muchacho que no dejaba de tiritar. Le invité a comer algo en el bar de la estación, se comió tres bocadillos, pero no dejaba de tiritar, se me ocurrió una idea. Le dije al hombre de la barra que le pusiera un carajillo doble.

--¡Tómate esto!

Estaba caliente, pero se lo volcó de un trago y se le acabó la tiritona.

--¿Cómo estás?

--¡Ora sí, ya ni frío siento! Me hizo bien el sacachismes ese que me dio.

Después hablamos, le pregunté con qué intención había venido a España. Me dijo que quería ser torero, que lo hacía bien y esperaba una oportunidad. No tenía dónde dormir. Tal vez porque yo había vivido una experiencia parecida cuando en 1951 llegué a Madrid, le llevé a una pensión y le dejé allí con el encargo de que la cuenta me la pasaran a mí. Le compré varios números de El Ruedo, le regalé algo de ropa, le di una carta para los Cembrano y le saqué un billete de tren para Mérida. Al año siguiente recibí un pequeño cartel de toros donde, junto a otros dos novilleros, venía anunciado El Tigre de Yucatán, y con el pequeño cartel de la novillada una carta hermosa, en la que me daba las gracias por lo que había hecho por él y donde decía que le pedía a la Virgen de Guadalupe me diera salud y mucha suerte. Nunca volví a saber nada de El Tigre de Yucatán.

El capote de paseo se lo regalé a Manolo Montolíu, gran persona, con el que coincidí en algunas ocasiones y sin lugar a dudas uno de los mejores banderilleros. Murió en Sevilla de una cornada en el corazón.

éste y yo, Sociedad Limitada

A pesar del éxito que tenía en El Biombo Chino, yo seguía añorando el teatro. Se me ocurrió una idea que me pareció sensacional. Formar una compañía de revista con Tony Leblanc. Se lo comenté y le gustó la idea. Tony por sí solo era capaz de llenar un teatro, yo también, de manera que si nos juntábamos los dos, la fuerza sería mucho mayor. En su chalet y en muy pocos días escribimos el libro. Se trataba de sketches y números musicales. Para cubrir la parte femenina contratamos como vedette a Katia Loritz, una alemana no muy buena actriz, que apenas sabía bailar y mucho menos cantar, pero que con su acento extraño en el hablar y su espléndido cuerpo estábamos seguros de que iba a ser de gran impacto; como segunda vedette contratamos a Carmen

Apolo y como vedette cómica a Lina Morgan. Yo nunca la había visto trabajar a Lina Morgan, pero Tony me habló de ella como una vedette cómica excelente que, aparte de bailar y cantar, tenía un gran dominio de la comicidad.

A la revista le pusimos el título de éste y yo, Sociedad Limitada.

Nos hizo la música el maestro Montorio, la ropa la diseñó Ruppert y la hizo Maribel, la coreografía estuvo a cargo de Alberto Portillo. Estrenamos en el Calderón de Madrid. El espectáculo fue un éxito. Creo que el secreto estaba en que siempre había en el escenario alguien con fuerza para provocar la atención y la risa del público. Unas veces éramos Tony y yo, otras Lina y Tony, o Lina y yo, o los tres juntos. Lo importante es que nunca faltaba alguien que provocara la risa. Los sketches eran de un humor absurdo. No voy a contar todo lo que era el espectáculo, pero sí quiero dejar constancia de cómo el absurdo calaba en el público y de qué manera aquel tipo de revista era acogida con carcajadas, como ya había pasado diez años antes con Tengo momia formal. Después de terminar el ballet el número de presentación, se abrían las cortinas y aparecía el decorado de un viejo castillo. Entrábamos Tony y yo vestidos de mendigos. Y hablaba Tony, me decía:

--¿Lo ves como no es un hotel?

Y decía yo:

--¿Y tú por qué lo sabes?

--Porque en la puerta de los hoteles hay un portero con una gorra y aquí hay una armadura. Además en los hoteles hay números en las habitaciones.

Yo miraba hacia arriba y decía:

--Mira, un murciélago.

--¿Y qué es un murciélago?

--Un pájaro de Murcia, que viene a ser como si dijéramos un ratón, pero de aviación. Yo es que de animalogía entiendo mucho.

--¿De animaloqué?

--De animalogía, la ciencia que estudia los animales. Yo te desarmo un Diplodocus y te digo el carpo, el metacarpo, el policarpo, la taba...

--¿Y qué es un Diplodocus?

--Un conejo antiguo. Un conejón que puedes hacer con él una paella para cinco mil personas.

--¿Y dónde haces la paella? ¿En el estanque de El Retiro?

--En la Albufera de Valencia, que no tienes que llevar el arroz.

--Ya sé lo que es esto, un castillo antiguo. Los castillos antiguos, casi todos, tienen eco. Vamos a probar, verás. ¡Manolo!

Y se escuchaba dentro una voz que decía:

--¿Quéééééééé?

Y seguía Tony:

--Lo ves. Esto es un castillo de la época cuartenaria.

--¿De la qué?

--De la época cuartenaria. De cuando el rey Cuartenio, que estaba casado con Ana la Coja.

--Pero vamos a ver, que yo me entere. ¿Ana la Coja no era la mujer de Felipe el Hermoso?

--No Alejo, tú quieres decir Juana la Loca, que no tiene nada que ver con Ana la Coja, y no estaba casada con Felipe el Hermoso, estaba casada con Felipe II, que fue el que le dijo a Pedro el Cruel la célebre frase de: "No es más quien es más, sino el otro". Porque Felipe II no era manco, el que era manco era Cervantes que perdió un brazo en la batalla de Lepanto.

--Y con los follones que hay en las batallas, como para encontrar el brazo, joo...

--ése sí que tenía frases ingeniosas. Escucha ésta: "En un lugar de la Mancha..." ¡Toma frase!

Yo me quedaba un poco sorprendido y después de unos segundos, decía:

--¡Y la intención que lleva! ¡Anda que no lleva intención!

Y nos sentábamos en un banco. Tony decía:

--Yo es que de frases sé mucho. Escucha ésta: "¡Cuarenta siglos nos contemplan!" ¿Quién dijo esta frase?

--El arquitecto de las obras de Atocha.

Y el teatro se venía abajo de la carcajada, porque las obras de Atocha llevaban dos años y no se terminaban nunca. Seguía Tony:

--¡Pero qué ignorante eres! Esa frase la dijo el general Prim en la batalla de Guadalcanal. Si es que no sabes nada de nada. Ni sé por qué pido contigo.

Y con estos diálogos absurdos la gente no paraba de reír.

Nos sentábamos en un banco, y mientras yo me cosía un calcetín, Tony hacía punto de lana con dos agujas.

En un momento yo salía de escena y regresaba comiéndome una manzana.

Tony me decía:

--¿Me dejas que le dé un mordisquito?

Yo le ofrecía la manzana y Tony le daba un mordisco.

--¡Qué mal sabe esta manzana!

--Es que es de cera, la he cogido de un frutero que hay a la entrada.

Arrastrada por un hilo, cruzaba el escenario una araña gigante.

--Oye, Alejo. ¿Eso es una araña o es un Volskwagen? -decía Tony.

--Es una araña hembra -contestaba yo.

--¿Y por qué sabes que es hembra?

--Porque las arañas macho llevan en la barriga un rebobinador que es con el que tejeden.

--¿Con el que te qué?

--Con el que tejeden.

--¡Madre mía, lo que te había entendido!

--Del verbo tejer, yo tejedo, tú tejedes y el tejo... te je...

--Alejo, deja el verbo que te veo en comisaría.

Cruzaba la escena un jorobado.

--¡Anda, Cuasimodo! Le voy a pedir un autógrafo.

Y Tony salía de escena. Yo seguía en el banco cosiéndome el calcetín, y entraba Lina Morgan, vestida de niña de colegio, se sentaba a mi lado y me decía:

--Yo vivo en este castillo, mi papá es un monstruo y mi tío, el de la joroba, también es un monstruo, y mi abuelita tiene un ojo en la frente.

Y decía yo:

--Mi abuela tiene la dentadura en un vaso, pero sólo cuando se acuesta.

--¿Tu familia también son monstruos? -preguntaba Lina.

--Hombre, somos feos, pero monstruos...

Toda la revista estaba llena de situaciones y diálogos absurdos, con los que la gente se reía sin parar. El éxito de taquilla era tan grande que si algún amigo quería venir a vernos, nos costaba Dios y ayuda poder conseguirle una entrada. Trabajábamos a lleno diario.

Un poco antes de finalizar la primera parte rompíamos nuestra Sociedad Limitada de Mendigos Unidos, para cada uno pedir por su cuenta. Al comienzo de la

segunda parte aparecía yo con un contrabajo, hecho con maderas de cajones y alambres, y voceaba:

--¡El descarrilamiento del correo de Chinchorra! ¡La huerfanita víctima del marqués! ¡El crimen de Cascajuelos!

Por el otro lado del escenario aparecía Tony con una caja al cuello:

Tony: --¡Hay bollitos de leche! ¡Hay bollitos de leche!

Yo: --¡Hay huerfanitas! ¡Hay descarrilamientos! ¡Hay crímenes!

Tony (sin inmutarse): --¡Hay bollitos de leche! ¡Al rico bollito de leche!

Yo: --¡Al rico crimen! ¡Envenena a su mujer con un bollito de leche!

Tony --¡Hay bollitos de leche! ¡Ay qué leche de bollitos!

Después de varios pregones hacíamos las paces y nos uníamos para pedir juntos.

Adoptamos un sistema para conocer la opinión de los espectadores, al margen de lo que dijeran los críticos. La noche del estreno, a la salida del teatro, pusimos en el hall de entrada a un periodista amigo con una grabadora, para que la gente que había asistido al estreno dijera qué le había parecido el espectáculo. Y aunque al día siguiente las críticas fueron unánimes en comentar que el espectáculo había sido un éxito, a nosotros nos interesaba conocer lo que opinaba la gente de la calle. No voy a reflejar las críticas sensacionales que se hicieron en toda la prensa, pero sí reproducir la opinión de uno de los muchos espectadores a los que se les preguntó, a la salida la noche del estreno, qué opinaba del espectáculo:

Don Ramón Pardo. Comerciante

Es la fórmula ideal del buen humor. Yo me he reído muchísimo, sobre todo en esa escena del banco cuando Gila se cose los calcetines y Tony teje un jersey. Es difícil encontrar una vis cómica mas concentrada, expresiva y a la vez inocente, que esta original versión de lo que supone el humor escénico.

Los diálogos y los monólogos tienen las más acertadas líneas de unas caricaturas vivas de momentos y costumbres.

De las dos partes del espectáculo acaso prefiero la primera, la que se desarrolla en ese viejo castillo. Es verdaderamente ingeniosa y muy bien manejada por los tres encargados de la comicidad, aunque casi todas recaen en Gila y en Tony Leblanc, no hay que olvidar la gracia de Lina Morgan, que tiene una comicidad que encaja de maravilla en el humor que contiene todo lo que se dice en el espectáculo, aparte de una gran personalidad.

Katia Loritz es un buen contraste con la aparente seriedad de los dos artistas. Su magnífica figura centra todo el conjunto del cuadro de baile, en el que ha habido un gran acierto de conjunto.

Me ha parecido excelente la música y la coreografía, y el vestuario muy vistoso y con mucho colorido.

Creo que ya lo he dicho todo, pero quisiera añadir que la unión de Gila con Tony Leblanc ha sido un acierto y más aún con la incorporación de Lina Morgan.

Finalizamos en el Calderón y fuimos a Barcelona. Aquello funcionaba a las mil maravillas. No quiero pasar por alto uno de los espectadores de excepción que tuvimos en Barcelona y que se lo pasó en grande, Mario Moreno Cantinflas, al que yo no veía desde que estuve en México. El éxito era arrollador y los beneficios de taquilla fabulosos. Después de pagar la nómina, nos quedaban limpias, a cada uno de nosotros, más de doscientas mil pesetas, que en el año sesenta era mucho dinero. De Barcelona fuimos a Andalucía. En todos los lugares la gente se divertía muchísimo, pero aquello no duró mucho tiempo. Tony estaba muy ilusionado con producir y dirigir una película que tenía escrita, Una isla con tomate. Disolvimos la compañía. Fue una pena, porque

Tony y yo, con Lina Morgan, hubiéramos reventado todos los teatros de España, pero me pareció lógico que Tony tuviera ilusión en dirigir una película. Siempre he sentido admiración hacia la gente con inquietudes, y en este caso

concreto Tony quería realizarse como guionista y director, lo que, más allá de la pena que sentía por disolver aquello que funcionaba tan bien, me alegraba por él.

Volví a las salas de fiestas, donde ganaba bastante dinero y el trabajo era cómodo, sin las palizas de los viajes con la compañía de revista, pero el teatro para mí tenía, y sigue teniendo, una magia y un encanto que no poseen ni el cine ni la televisión, sin que esto suponga, de manera alguna, que subestime a los que hacen cine o televisión y que disfrutan y triunfan en estos medios, hablo de mí, de mi gusto personal, así que pensé en crear otra compañía.

Buscaba alguien con quien formar pareja para no tener que cargar con todo el peso del espectáculo.

La nena y yo

Pensé en Mary Santpere, hablé con ella y al igual que me había pasado con Tony, la idea de formar pareja conmigo en un espectáculo le gustó.

Me puse en acción inmediatamente. Escribí los sketches y los presenté para su autorización a la censura. Se me ocurrió una idea que lamenté no haber puesto en práctica antes en otros espectáculos, pero que más adelante seguí utilizando en mis monólogos. Sin venir a cuento, en varias partes del texto ponía una palabra malsonante, pedo, culo, teta, y no fallaba, cuando me entregaban el libro censurado habían tachado tan sólo las palabras que yo, intencionadamente, había escrito. La mirada del censor recorría con avidez lo escrito y desde su mentalidad de censor, tan sólo le saltaban a la vista aquellas malas palabras, el resto le pasaba desapercibido. Fue un truco que de ahí en adelante me dio muy buenos resultados. Necesitábamos una vedette, una primera bailarina y un ballet, algunos actores, los decorados y la música.

Luis Méndez había formado una sociedad con un tal José Frade y los dos se pusieron en movimiento para la organización del espectáculo. Trajeron una vedette, creo recordar que era sueca, llamada Lill Larsson, y como primera bailarina y también vedette a María Dolores Cabo. Como actores contraté a los que ya habían trabajado conmigo en otros espectáculos, actores que conocían muy bien mi forma de actuar y se compenetraban fácilmente conmigo: Villena, Lebrero y Moscatelli; también, en calidad de atracción y algunas veces interviniendo como actores, al trío Los Payadores.

Lo mismo que en éste y yo, Sociedad Limitada, del vestuario se encargó Maribel, con los diseños de Ruppert, y la música la hizo Máximo Barata, que acababa de ganar el primer premio por la música de una canción en el festival de Benidorm. Con él al piano escribí las letras de las canciones.

Como todos los espectáculos que había escrito hasta entonces éste se basaba en sketches del absurdo, en pequeñas historias que tenían, como las comedias, su presentación, su conflicto, su culminación y su desenlace.

Le puse de título La nena y yo.

Los ensayos de baile se hacían en una sala que había en la parte alta del Calderón. Yo subía de vez en cuando a ver cómo iba aquello. Me fijé en María Dolores, me gustaba aquella mujer, aparte de su físico, que era hermoso, había en su cara, y muy particularmente en sus ojos, un algo que dejaba entrever cierta tristeza. Desde ese primer instante despertó en mí una pasión profunda. Aunque me parecía muy joven, no podía, en ningún momento, evadirme de la impresión que me había causado desde el

primer día, intuí que me había enamorado, pero aquel amor resultaba complicado, pues ella estaba casada con un, no diré amigo, pero sí un conocido mío, y eso dificultaba la posibilidad de conseguir aquel amor.

María Dolores tenía dos perritas pinscher, una marrón de nombre Mini y otra negrita, llamada Chufa; yo un perro golfo al que le puse de nombre Cinco, porque lo había encontrado abandonado en el kilómetro cinco de la carretera de Andalucía.

Teníamos los camerinos cerca y de vez en cuando iba a visitarla con el Cinco. Ella tenía a la Mini y a la Chufa siempre vestidas con ropa graciosa, una gabardina o un abriguito de lana de color.

El amor por los perros fue nuestro primer punto de contacto y en torno a él surgieron nuestras primeras relaciones. Yo sentía que mi amor crecía día a día.

Y llegó la noche del estreno. Como todos los estrenos, precipitado y falto de ensayo, pero se estrenó. Y como siempre, como en todos los estrenos, el teatro estaba lleno hasta arriba.

Una de las historias estaba basada en que la criada de una marquesa se encontraba un pobre en la basura, que era yo. La marquesa, que era Mary Santpere, por un antojo que yo tenía en el cuello, descubría que yo era un hijo que ella había tenido con el jardinero hacía muchos años. Era una especie de folletín con mucho humor, porque daba oportunidad a Mary, con su corpulencia, de cogerme en sus brazos y acunarme, como si fuese el niño que había perdido. Al final se descubría que yo no era hijo de la marquesa, que lo que parecía un antojo era una mancha de tinta, y la marquesa me ponía de nuevo en el cubo de la basura.

Otra historia se basaba en que Mary y yo entrábamos en un hotel a celebrar nuestra noche de bodas y mientras Mary se cambiaba de ropa en el baño, yo abría el armario y me encontraba con un ladrón que estaba escondido, hacíamos amistad con el ladrón, que era muy simpático, sonaba el teléfono y lo atendía yo. Era la mujer de Faustino, el ladrón. Yo le pasaba el teléfono y el ladrón hablaba con su mujer. El ladrón decía que su mujer era muy celosa y que pensaba que, en lugar de estar robando, estaba de juerga. Me pasaba el teléfono y yo trataba de convencer a la mujer del ladrón de que era cierto que estaba trabajando. Mary me quitaba el teléfono de la mano y le decía a la mujer del ladrón que estábamos de juerga y que nos íbamos a emborrachar. El ladrón se iba llorando. Mary y yo, que llevábamos puesta una bata, manteníamos este diálogo:

Mary: --¿Dónde te parece mejor que lo hagamos?

Yo: --En el suelo, como los griegos.

Mary: --¿Y no será más cómodo hacerlo en el colchón?

Yo: --Como tú digas.

Poníamos el colchón de la cama sobre el suelo.

Aquello hacía pensar a la gente que se trataba de hacer el amor.

Mary: --Ten cuidado, no me hagas daño, que la última vez me dolió mucho la espalda.

Yo: --Tranquila que tendré cuidado, pero procura abrir bien las piernas.

Mary: --Bueno.

Nos subíamos encima del colchón.

Mary: --¿Has traído el manual¿, porque como hace ya dos meses que no lo hacemos no me acuerdo bien.

En plena dictadura, aquel diálogo predisponía a la gente a escuchar algo picante, o verde, como lo quieran llamar.

Nos colocábamos muy cerca el uno del otro, yo sacaba de un bolsillo el manual, que era un libro de judo. Nos quitábamos la bata, debajo teníamos el traje de judokas. Yo iba leyendo en el libro las distintas "llaves".

Yo: --Kimikojo kamamoko. Con el brazo derecho se coge al contrario por la cintura.

Y trataba de realizar la acción. Le ponía la mano en una nalga.

Mary: --Perdona que te interrumpa, pero la cintura la tengo más arriba.

Así, íbamos repasando las distintas llaves para la defensa personal. Nos enredábamos en el suelo, de manera que al finalizar, yo tenía mi cara colocada en el trasero de Mary.

Yo: --Ahora se trata sólo de un entrenamiento, pero cuando sea una pelea tienes que dar la cara, no lo que estás dando ahora.

No sé si esto era ingenioso o no, lo único que tengo presente es que la gente se divertía muchísimo. No así el censor de Badajoz que, después de ver el espectáculo, levantó un expediente, alegando que en este sketch practicábamos revolcones pornográficos, lo que nos costó una multa.

Otra de las historias era que dos catetos, Moscatelli y yo, entrábamos en la taberna de un poblado vikingo, nos sentábamos, pedíamos un vaso de vino y cuando estábamos tomándonoslo entraba un vikingo con su chaleco de piel y en la cabeza un casco por el que asomaban dos enormes cuernos; Moscatelli y yo le mirábamos los cuernos y, conteniendo la risa, nos dábamos codazos de complicidad. Yo le preguntaba al vikingo:

--Casado, ¿no?

Y el vikingo contestaba:

--Sí, ¿por qué?

Y yo:

--No, por nada, por nada.

Se hacía un breve silencio. Yo le miraba fijamente y decía:

--El caso es que yo le conozco. ¿Usted no ha estado en los San Fermines?

--No.

--¿Y en la Maestranza de Sevilla?

--Tampoco.

--Pues a mí sus cuernos me suenan de algo.

--Yo soy Kaninja, rey de los vikingos. Y tú, ¿estás casado?

--No, señor.

--Pues te vas a casar con mi hija.

--Es que yo no me quiero casar.

--Es que yo quiero que te cases con mi hija y no se hable más.

Moscatelli me decía:

--Es mejor que te cases, porque éste es capaz de darte una cornada y romperte la femoral.

El vikingo, que lo hacía Lebrero, un actor corpulento, que como todos los de la compañía era fijo en cada espectáculo, me cogía del chaleco y decía:

--¿Te vas a casar con mi hija o no te vas a casar?

--Sí, señor, como usted mande.

--Pues no te muevas de aquí que ahora mismo viene.

Se iba y entraba la Santpere, vestida de nena, con una peluca rubia con tirabuzones, una faldita y un lazo en la cabeza; llevaba pintado de negro un diente que simulaba una mella. Estaba horrorosa. Moscatelli se iba.

--Bueno, parejita, os dejo solos.

Mary daba saltitos y cantaba. Luego nos sentábamos en un banco.

Mary: --A mí me trajo la cigüeña.

Yo: --A ti te trajo un buitre.

Mary: --Cuando yo nací murió mi mamá.

Yo: --¡Toma! Y el médico y las enfermeras y todos los que estuvieran presentes en el parto.

Como en la anterior mención al espectáculo éste y yo, Sociedad Limitada, quiero ser breve y no voy a relatarlo totalmente, tan sólo estos fragmentos, para que se den una idea de cómo era, ingenuo y blanco, aunque en éste me reservaba una sorpresa.

Después de haber vivido en México y en Cuba, se había despertado en mí la necesidad de luchar contra la dictadura con las únicas armas que tenía a mi alcance, el humor. Recordé la labor de Rius con sus "agachados" y aparte de los sketches intranscendentes, que sólo pretendían divertir a la gente, escribí uno con un contenido que, posiblemente, pasaría sin que la censura o los censores lo asociaran con la ya muy pesada y larga dictadura, pero con la esperanza de que los espectadores, si no todos, sí algunos, descubrieran en él la crítica que con el humor hacíamos del régimen franquista. Repito que no me importaba si sólo eran unos cuantos los que captaban de lo que se trataba; para mí iba a resultar muy gratificante aquella caricatura de la España de obediencia y silencio que nos habían impuesto y que se me hacía interminable.

Franco, durante los veranos, acostumbraba a reunirse con los ministros en el pazo de Meirás, donde pasaba sus vacaciones. Y en esas reuniones se dictaban decretos, se daban órdenes y se seguía la trayectoria del país.

Escribí una parodia de uno de aquellos consejos de ministros. La acción se desarrollaba en un país imaginario llamado Caldorra. Una mesa camilla hacía las veces de mesa de reuniones y sentado en un sillón muy lujoso, yo hacía las veces de Caudillo, disimulado bajo el título de presidente de Caldorra, aunque con ropa de paisano, más bien de cateto, con la camisa a rayas y chaleco, y en la cabeza, en lugar de una boina, una gorra con muchas grecas doradas, muy parecida a las que usan los dictadores militares de Latinoamérica; además, me puse una banda que me cruzaba el pecho y varias medallas.

Iban entrando los catetos con los que había formado el nuevo Gobierno para después de las vacaciones. El Antolín era el ministro de Educación, porque cuando se daba un martillazo en el dedo en lugar de decir palabrotas, decía: "¡Caramba, me he dado un martillazo en el dedo! ¡Jolín, cómo duele!"; ministro de Asuntos Exteriores, el Julián, que había estado dos veces en Andorra y una en Portugal; ministro de Obras Públicas, el Cosme, que era peón de albañil y sabía tapar agujeros con cemento, y así sucesivamente. Nos reuníamos en el consejo de ministros y yo de entrada decía:

--Me vais a hacer tres pantanos en Cagatortas, dos puentes en Topete de Abajo, tres estatuas mías a caballo, una para la plaza de Moñigales, otra para Cascajos del Duque y otra para la avenida del general Cejilla. Y ahora, ¿tenéis algo que objetar?

Y cuando apenas intentaban hablar, decía yo:

--No empecemos con problemas que me duele mucho la cabeza, que he estado todo el día de pesca, se me ha llevado el aire la gorra y no sé si habré cogido una insolación. Y por hoy doy por finalizado el consejo de hoy. Mañana a las nueve aquí.

--Sí, excelencia.

Y se iban.

Al rato entraba un chambelán, golpeaba en el suelo con un gran bastón y decía:

--Excelencia, acaba de llegar la corresponsal ésa del periódico ése. La digo que pase o la digo que ha salido de caza.

--Está bien, que pase.

Y entraba la corresponsal. Después del saludo decía:

--Perdone, excelencia, pero me envían de mi periódico para que le haga algunas preguntas. ¿Puedo?

--Me duele mucho la cabeza, pero tratándose de un periódico extranjero contestaré a sus preguntas:

--Se dice que en su país hay cientos de presos políticos. ¿Qué me dice?

--Pues sí, hay presos, pero no son presos políticos, están presos porque hacen manifestaciones y rompen un tranvía y les tiran piedras a los policías; un día que le dieron una pedrada a un policía analizamos la piedra y era de origen ruso, o sea, una piedra comunista. Pero le puedo asegurar que en ningún país los presos están como aquí. Tienen permiso para jugar al parchís y dentro de seis meses tenemos el proyecto de instalarles una televisión, para que puedan ver algunos partidos de fútbol y las corridas de toros.

--Se comenta también que los obreros no pueden hacer huelga, aunque el salario no les alcance para comer.

--No, señorita, las huelgas están prohibidas porque si autorizásemos las huelgas los obreros no trabajarían y el país se iría a pique.

--Excelencia, el mundo se pregunta si en un futuro no lejano habrá posibilidad de que en su país exista una democracia. Y si usted está dispuesto a autorizar los partidos políticos.

--En mi país la gente está muy contenta conmigo y a ningún ciudadano se le ha ocurrido pensar en formar un partido político, aunque por mi parte no hay ningún inconveniente, siempre que los partidos políticos piensen y hagan lo que diga yo, que para eso soy yo.

--Se comenta que la censura en su país es muy estricta en todos los medios de comunicación, como en el cine, en la radio, en la prensa, en el teatro y en la literatura.

--Mire, señorita, mi deber, como primer mandatario del país, es vigilar la educación y la moral de mis ciudadanos y no es que haya censura, lo que pasa es que cuido que nadie vaya al infierno, donde yo, gracias a Dios, no he estado nunca, pero me ha dicho el obispo de Sigüenza que el infierno es terrible, sobre todo en verano. ¿Alguna pregunta más?

--No, excelencia, con esto es suficiente para aclarar los entredichos que circulan por el extranjero. Muchas gracias, excelencia.

--No tiene por qué darlas, hija, éste es un país libre.

Después de la entrevista se iba la periodista y yo le hacía un corte de manga.

Es posible que muy pocos espectadores vieran en aquel sketch lo que trataba de decir, a través de aquella caricatura, pero yo, personalmente, lo disfrutaba.

La nena y yo no tuvo el mismo éxito ni la misma repercusión que tuvo éste y yo, Sociedad Limitada porque, aunque Mary Santpere tenía un gran dominio de la comicidad, carecía del sentido de la improvisación que tenía Tony, y eso nos obligaba a manejarnos con lo escrito, por lo que se hacía imposible ir mejorando los diálogos y las situaciones.

Una noche de fin de año

Yo estaba cada día más enamorado de María Dolores y pasaban los días sin que me atreviera a manifestar mi sentimiento, que me desbordaba. Cada noche, al acostarme, me preguntaba por qué me había enamorado de una mujer que no tenía posibilidad de hacer mía. Pero no podía evitar aquella pasión que sentía por ella. Mi amor iba en aumento. Estaba convencido de que era la mujer de mi vida.

Yo estaba escribiendo un libro y algunos poemas.

Como hacíamos dos funciones diarias, entre una y otra función yo me acercaba hasta su camerino y le leía algo de lo que había escrito. Lo hacía porque estaba convencido de que en aquella compañía la única persona capacitada para leer, si lo que yo escribía tenía algún valor literario, era ella. Aparte de su belleza, era inteligente y culta, conocía y había leído libros de autores a los que yo admiraba. Hablábamos de literatura, de pintura y de temas que no se suelen tocar en los camerinos de los teatros.

Sentí que ella también había advertido mi soledad y mi depresión, que se manifestaba no sólo en lo que hablábamos sino en lo que yo escribía.

Una noche la invité con su marido y Luis Méndez a mi piso de la calle de Carranza, aquel piso donde cada noche yo dormía mi soledad. Había cubierto las paredes con madera de pino machihembrada, luego, recordando algún trabajo artesanal de mi abuelo, después de pasarles un soplete, lijé las maderas y con pintura de distintos colores, muy suavemente, las pinté; cuando la pintura se secó las lijé de nuevo y tenían un colorido muy agradable a la vista; atornillados a las maderas había unos pequeños estantes para libros y algunas piezas de cerámica.

En un hueco, en el que había una ventana que daba a un amplio patio de luces, había hecho la imitación de un vagón de tren, con un asiento para tres personas a cada lado y una mesa en el centro. Detrás de uno de los asientos estaba la ventana y detrás del otro un hueco con estantes para libros. Aquel pequeño salón resultaba muy acogedor. En el dormitorio, el cabecero de la cama estaba hecho de tapicería en blanco y negro, y cubiertos por la tapicería tenía dos altavoces empotrados que, conectados a una grabadora me permitían, mientras leía en la cama, escuchar música con el volumen que yo eligiera. El salón grande que daba a la calle de Carranza tenía una chimenea hogar con una pared de ladrillo a la vista. Para la pared de enfrente había comprado troncos de pino del mismo grosor; los mandé cortar a la mitad y los coloqué uno junto al otro, con la corteza hacia afuera, de manera que la pared era lo más parecido a las de una casa de Canadá.

María Dolores elogió el buen gusto y la sencillez con que estaba decorado. Dijo:

--Si algún día tuviera un piso, me gustaría que fuese como éste.

Un calor extraño me subió del estómago a la cabeza. Y en ese momento pensé, aunque no lo dije: "Y si yo tuviera alguna vez un amor, me gustaría que fueses tú".

No lo tenía muy claro, pero yo intuía que ella sentía algo por mí.

Había entre los dos algo en común, nuestra forma de pensar, algo que funcionaba de forma paralela, tal vez sin darnos cuenta, pero que nos iba acercando cada día más. Y lo pudimos comprobar el día de fin de año.

Existía la costumbre en los teatros de España, en la función de noche del 31 de diciembre, de dar a todos los espectadores que asistían al teatro, junto con la entrada, un botellín de champaña y doce uvas, además de serpentinas, y cuando faltaban cinco minutos para las doce de la noche se paraba la función, los actores y las actrices, el cuerpo de baile y demás componentes de la compañía nos situábamos sobre el escenario, con nuestras doce uvas, lo mismo que el público, se conectaba una radio con la Puerta del Sol y cuando daban las doce campanadas, los del escenario y el público comían las uvas y bebían el champaña, luego desde un lado a otro del teatro se iban desplegando las serpentinas, todos nos deseábamos un feliz año nuevo y, finalizando este acto, seguíamos con la función.

Con todos mis respetos a los que disfrutan con estas costumbres, a mí, de toda la vida, me ha parecido estúpido confiar la suerte al hecho de atragantarse con doce uvas mientras un reloj va dando las campanadas. Esa noche, encima de aquel escenario, como era mi costumbre, no me llevé a la boca ni una sola uva; cuando disimuladamente

miré a María Dolores vi que tampoco ella había comido las uvas. Tal vez esto puede parecer un detalle sin importancia, a mí me impresionó.

Después de la función, cuando ya se había ido el público, pusimos música y bailamos. En uno de esos bailes, sin decirnos nada, solamente con el contacto de nuestras manos y de nuestros cuerpos, nuestro amor se hizo realidad. Hay algo en la piel que no hace necesarias las palabras para transmitir un sentimiento. En ese momento, en ese 31 de diciembre de 1961 nos hicimos amantes.

Cumplimos el tiempo de contrato en el Calderón y salimos de gira. Como primera plaza, fuimos a Valladolid.

En Valladolid nos alojamos en el mismo hotel, aunque en distintas habitaciones. La noche se me hizo larga, tenía la sensación de que nunca iba a llegar el día siguiente, para salir hacia Santander, que era donde haríamos la segunda escala de la gira que acabábamos de iniciar.

En Santander estuvimos tres días en el teatro Pereda. El espectáculo había mejorado, se habían ido modificando cosas y los números musicales salían mejor. María Dolores y yo hablábamos mucho, yo viajaba con mi perro, ella había dejado los suyos en Madrid.

La Santpere intentaba ser amiga de María Dolores, es decir, la buscaba constantemente, quería llevarla al cine por las mañanas y esto no era lo peor, lo peor es que Mary estaba obsesionada con que María Dolores comía poco y apenas levantarse le metía en la boca un pastel enorme, que María tragaba con dificultad. En una palabra, la tenía harta y aburrida con su exceso de cariño y protección.

La compañía viajaba en un autocar y en él iba la Santpere, que siempre buscaba la oportunidad de sentarse junto a María Dolores, a la que cada vez que encendía un cigarrillo le hablaba del peligro del tabaco.

A la mañana siguiente de la última función en Santander partíamos hacia San Sebastián para debutar en el teatro María Cristina. Cuando ya íbamos a salir, vi a María Dolores sentada en la entrada del hotel.

Yo había comprado un Mercedes deportivo (aún arrastraba secuelas de mis años pobres). La invité a que hiciera el viaje conmigo en lugar de hacerlo en el autocar donde Mary Santpere no la dejaría fumar o le metería en la boca uno de aquellos pasteles gigantes, creo recordar que se llamaban bambas.

Hicimos el viaje juntos, durante el recorrido hablamos de lo que a cada uno de los dos nos afectaba. Le pregunté por qué el luto. Hacía poco se había muerto su abuela, mamá Lola, que la llamaba, y que para ella había sido la madre, que también había fallecido poco antes que la mamá Lola.

Curiosamente se daba la coincidencia de que los dos nos habíamos criado con nuestras abuelas. Y también, igual que yo, ella se había casado sin amor y no era feliz en su matrimonio. Había tenido la posibilidad de triunfar en el cine con PROCUSA, una productora del Opus Dei, pero se le hacía imposible soportar los constantes acosos de los jefes de producción, de los cámaras y hasta del maquillador, por eso había dejado el cine y se había contratado en el teatro. Yo, ella ya lo sabía, estaba separado de mi mujer hacía años y me era imposible rehacer mi vida en un régimen donde no existía el divorcio y donde era difícil conseguir la nulidad del matrimonio. Estaba condenado a vivir solo, sin derecho a compartir el amor con otra mujer.

Llegamos a San Sebastián y paré el coche cerca del teatro, a la espera de que llegara la compañía con el autocar.

Sin una palabra nos dimos el primer beso, largo, profundo, apasionado.

Esa noche todos los de la compañía dormimos en el hotel María Cristina. No había calefacción y hacía un frío tremendo. En las habitaciones había una chimenea de

leña. Quemamos todas las perchas de madera que estaban en los armarios y así pudimos dormir.

María Dolores y yo nos alojamos en dos habitaciones que se comunicaban. Esa noche, una de las dos habitaciones quedó vacía.

De San Sebastián fuimos a Zaragoza, nos alojamos en hoteles distintos. De Zaragoza fuimos a Vitoria, nos alojamos en la misma habitación. De ahí fuimos a Barcelona. También ahí residíamos en hoteles distintos, pero nuestro amor iba en aumento y se nos hacía necesario vivir juntos. Para ello teníamos que correr el riesgo de ser denunciados por adulterio o amancebamiento. Mi ex mujer temía perder sus ventajas económicas y el otro no se resignaba a perder a su mujer.

Estando en el teatro Victoria a María Dolores se le murió un tío al que quería mucho. Ahogada en llanto, pidió permiso para ir a Madrid. Lo hablé con don Joaquín Gasa, empresario del teatro y no hubo ningún problema en darle permiso. Se fue a Madrid.

Regresó a los dos días, traía con ella a la Chufa, la perrita negra. Había hablado con su marido y le había dicho que no regresaría más con él. Renunciaba a todo, no quería nada, tan sólo su Chufa. él se quedó con la Mini.

A partir de ese día comenzamos a vivir en pareja.

Cuando terminamos en el teatro Victoria hicimos una larga gira por el sur, recorrimos toda Andalucía. Durante la dictadura, resultaba complicado que en los hoteles dejaran que una mujer y un hombre durmieran en la misma habitación si no presentaban el libro de familia. Los libros de registro de los hoteles estaban muy vigilados. Cada mañana un policía se encargaba de revisar el ingreso y la salida de los que se hospedaban en los hoteles. En algunos, como tanto en el carnet de identidad mío como en el de ella decía: "Estado civil: casado", con la disculpa de que se nos había olvidado traer el libro de familia podíamos dormir en la misma habitación; en otros, la única solución era alquilar dos habitaciones y durante la noche, caminar de puntillas por el pasillo hasta llegar a la habitación de uno de los dos. De todos modos, éramos muy felices.

En Sevilla teníamos que debutar en plena Feria de Abril, no había un lugar donde alojarnos, nos buscaron una habitación en una casa particular, pero la habitación parecía más una capilla que un dormitorio, tenía un altar con esa tela blanca de encaje que tienen los altares de las iglesias, llena de candelabros con velas, y en un lado de la habitación, una virgen de tamaño natural que tenía la misma cara que Josita Hernán. Nos pareció que acostarnos en aquel lugar iba a ser imposible. Con la presencia de aquella virgen que no nos quitaba la mirada de encima, no nos hubiésemos atrevido ni a desnudarnos; desistimos de quedarnos allí y la única solución que encontramos fue ir hasta Carmona y buscar un lugar donde vivir el tiempo que estuviésemos en Sevilla. Nos alojaron en una ermita que habían convertido en un pequeño hotel. éramos los únicos huéspedes, el lugar era tranquilo, un pequeño río con cisnes y la casa de los dueños de la ermita. Aunque desde Carmona a Sevilla hay

veintinueve kilómetros, allí estábamos muy a gusto. La única molestia era que cada día teníamos que hacer un viaje de ida y otro de vuelta; pero al mismo tiempo nos compensaba el aislarnos del ruido de la feria.

Cuando llegamos a Carmona ya no se llamaba María Dolores: como tenía la costumbre de bañarse dos veces al día, la bauticé con el nombre de "Pato" y con ese apodo cariñoso seguimos viviendo juntos muchos años.

De Sevilla fuimos a Granada, de Granada a Cádiz, de Cádiz a San Fernando y de ahí a Huelva. Llegamos a Huelva a las cinco de la mañana, cuando ya estaba a punto de amanecer. Nos hospedamos en el primer hotel que encontramos. Serían las siete y

media, apenas nos habíamos dormido cuando escuchamos en la calle unos gritos que nos asustaron. Nos asomamos al balcón y nos dimos cuenta de que justo debajo del hotel había un mercado con los puestos en la calle y que los gritos eran de los vendedores. Imposible dormir, nos vestimos y nos fuimos hasta La Rábida.

El mar estaba tranquilo y aunque la tierra de la playa era de color oscuro, nos acercamos, hacía un día de sol espléndido. Vimos un cangrejo y tratamos de cogerlo; al meternos en lo que creíamos era playa, apenas habíamos dado los primeros pasos aquello comenzó a tragarnos. Lo que nos había parecido arena oscura era lodo que se formaba al bajar la marea. Cada vez que intentábamos salir, nuestro cuerpo se iba hundiendo poco a poco, el lodo nos llegaba a la altura del pecho, yo quería sacarla de allí, pero cada vez que lo intentaba, yo, al igual que ella, me hundía cada vez más en el fango, negro y con un olor apestoso; tuve una idea que resultó: con habilidad conseguí colocar mi cuerpo en posición horizontal, me tumbé sobre el lodo, la agarré de las manos hasta que logré sacarla del fango, luego, siempre muy despacio, nos fuimos arrastrando hasta la orilla. Ni durante la guerra he sentido la muerte tan cerca y tan terrible.

Durante esa gira, me ocurrió algo que aún a esta altura de mi vida no termino de entender. Un día, en el escenario, imitando a Mary Santpere en sus saltitos de nena, me hice daño en una rodilla. Estábamos en un pueblo, como dijo Cervantes, de cuyo nombre no quiero acordarme. Como el dolor de la rodilla era muy fuerte y teníamos que seguir la gira, fui a visitar al médico del pueblo, le expliqué lo que me había pasado y en un alarde de ojo clínico, dijo:

--Esto no es nada, esto es que se le ha enganchado algún tendón -y añadió-: ¿Usted aguanta el dolor?

Dije:

--Bueno..., depende del dolor.

Me dio una toalla y me dijo:

--Muerda esta toalla y levante la pierna.

Y mordí la toalla y levanté la pierna. El médico metió el puño de su mano izquierda en la corva de mi pierna, apoyó la mano que tenía libre en el empeine de mi pie y empujó hacia atrás con fuerza, como si tratara de cerrar una navaja. Sonó un chasquido. Estuve a punto del desmayo. Pocas veces en mi vida había sentido un dolor tan fuerte. En su intento de arreglar el enganche de tendón que su ojo clínico había diagnosticado me hizo una profunda fisura en la rótula, que por suerte no llegó a la fractura total, pero que me tuvo con la rodilla escayolada cuarenta días. Para hacer las funciones, antes de levantar el telón, me tenían que sacar al escenario, me sentaban en un diván y ahí hacía la función. Para poder conducir, cambié el muelle del acelerador y le até una cuerda de manera que cuando quería acelerar, soltaba la cuerda y cuando quería reducir la velocidad, tiraba de la cuerda.

No obstante, seguimos actuando en otras ciudades: Mérida, Almendralejo, Badajoz, Toledo, Ciudad Real, Manzanares...

Cuando terminó la gira, nos fuimos a vivir a mi piso de Carranza. Una noche, serían las cuatro de la madrugada, llamaron a la puerta. Eran dos policías acompañados por el sereno. Yo recordaba lo que una vez dijo Lola Flores: "Es imposible que te sorprendan con un hombre en la cama, porque uno de los dos tiene que levantarse para abrir la puerta". Pero aquello fue muy desagradable. Nos obligaron a vestirnos y nos llevaron a la comisaría de Chamberí, donde un policía, sin quitarse el cigarro de la boca, con los ojos llorosos por el humo, escribió lentamente, a máquina, el testimonio de que estábamos a las cuatro de la madrugada en mi casa. Su marido, que era quien nos había denunciado, hostigado por mi ex mujer, estaba también en la comisaría, pero en un

lugar aparte, donde no le veíamos. María Dolores se desvaneció, cayó al suelo y quedó tendida. Ya le había ocurrido algunas veces en el teatro. Cuando sufría uno de estos desvanecimientos apenas sí respiraba, me acerqué hasta

ella y, como ya había hecho en otras ocasiones, arrimé mi boca a la suya y le hice la respiración boca a boca, soplando con fuerza hasta que conseguí llenar sus pulmones de aire y rompió a respirar. La levantamos, esperamos un rato a que se recuperara y después de firmar la denuncia nos dejaron ir.

Decidimos buscar un abogado que nos diera alguna solución; mientras tanto, cada vez que oíamos el ascensor, temblábamos.

Hablamos con Doroteo López Royo, le pusimos al corriente de nuestra situación. El único recurso que teníamos y que nos propuso fue que le hiciera a María Dolores un contrato como secretaria, con un apartado en el que se especificara que debido a mi profesión, su trabajo como secretaria tendría que estar sujeto a los horarios en los que yo necesitara de su colaboración. Aunque esto era un alivio, no dejaban de perseguirnos y denunciarnos.

Había ese año una gran sequía y en Madrid cortaban el agua a las nueve de la noche y la daban a las seis de la mañana. Habíamos ido a grabar un programa a televisión. Era un sábado, en el piso que estaba encima del mío había un taller de modistas. Terminamos de grabar el domingo a las nueve de la mañana; cuando volvimos a casa, descubrimos que en el piso de arriba habían dejado abiertos los grifos del baño y nos encontramos con la casa inundada, las paredes, los techos, la moqueta y las maderas estaban empapadas, caía agua por todas partes, bajé hasta la portería y le pedí a la portera que subiera a cerrar los grifos, ella tenía llave del taller. La portera era la mujer más imbécil que he conocido en mi vida. Yo la odiaba. Ya les contaré lo que ese odio me llevó a hacerle. Sigo, le dije a la portera que se diera prisa en abrir el piso y cerrar los grifos, me dijo:

--Usted no se extralimite.

¿De dónde mierda sacó aquella palabra y para qué? Nunca lo sabré. Tal vez quiso decir que no me preocupara, pero dijo: "Usted no se extralimite". Me recordó a Ciriaco, un carpintero que me hacía los muebles. Cada vez que yo le preguntaba si me podía poner tres cajones en un mueble, me decía: "No hay preámbulo", o si le decía: "Esta mesa quiero que tenga un largo de un metro veinte", él decía: "No hay preámbulo". A todo lo que yo le proponía respondía con un "No hay preámbulo". Daba igual si tenía que clavar una tachuela o serrar una madera. Su respuesta era siempre la misma: "No hay preámbulo". Hay gente que escucha una palabra, le gusta y la usa para todo. Aquel "Usted no se extralimite" de la portera, era igual al "No hay preámbulo" de Ciriaco. La portera, con toda la parsimonia del mundo, buscó las llaves, subimos hasta el piso del taller de modistas y cerramos los grifos del baño. La mayoría de los cuadros que yo tenía, originales de Segrelles, de Herreros, de Miguel

Boán y de otros pintores, pintados al pastel, a la acuarela o al carbón, tuvimos que tirarlos, y muchos libros, algunos de gran valor, libros que ya no se volverán a editar.

En Madrid se nos hacía la vida imposible. Y sin proponérnoslo nos llegó la suerte. Carmela Ruiz, gran amiga de mi mujer desde hace muchos años hasta el día de hoy, amiga a la que tenemos una gran estima porque siempre que la hemos necesitado ha estado junto a nosotros, nos presentó a Gerardo, un arquitecto al que pedí que reparase el piso y, aprovechando los arreglos, me hiciera algunas reformas. Se trataba simplemente de poner una bañera en lugar de la ducha y un bidé. Para hacer aquellas pequeñas reformas pedí permiso al dueño del piso, que era el propietario de todo el edificio, pero lo hice de palabra y aunque me dio su conformidad, una vez que estaba

arreglado el piso y hechas las reformas, me denunció por haber hecho reformas sin su permiso y me llegó un escrito de un juzgado en el que me daban un mes de plazo para abandonar el piso. Nunca sabrá el propietario del piso el favor tan grande que me hizo con el desahucio.

Nos fuimos a vivir a Barcelona, lejos de las constantes persecuciones y del golpearse con el codo cada vez que entrábamos en algún lugar público. En Madrid, María Dolores era mi querida, en Barcelona era mi mujer.

Pero no puedo pasar de Madrid a Barcelona sin contarles lo que le hice a aquella portera odiosa. Por qué era odiosa sería largo de explicar, les cuento solamente un par de cosas. Cuando alguien venía a mi casa, no le dejaba subir al piso si no llevaba corbata. Seguramente pensaba que era un decreto de la dictadura. No importaba quién viniera a mi casa, si no llevaba corbata no entraba. El que venía a verme tenía que irse hasta un teléfono y llamarme para decirme que la portera no le dejaba entrar. Yo tenía que bajar al portal y después de una bronca con aquella imbécil subir con él.

En otra ocasión vino a traerme un cuadro mi amigo el pintor Miguel Boán. El óleo era una fuente con pescados. Yo no estaba en casa. Miguel le dijo a la portera que le dejaba el cuadro a ella y que me lo diese cuando llegara. La portera miró el óleo y dijo:

--No me puedo hacer cargo de este cuadro porque tengo un gato y si ve los pescados, se puede creer que son de verdad y destrozar el cuadro.

Miguel Boán se tuvo que llevar el cuadro, aunque después me dijo: "Tu portera me ha hecho la mejor crítica que me han hecho de mi pintura".

Una mañana, alguien dejó una cartera con una bomba a la entrada de un edificio oficial de la calle Sagasta, muy cercano a la glorieta de Bilbao; un individuo que pasaba por allí se apoderó de la cartera, tal vez pensando que contenía dinero o algo de valor, apenas había dado unos pasos cuando hizo explosión la bomba que había dentro de la cartera y el individuo salió por los aires hecho pedazos. El estruendo rompió los cristales de algunas ventanas y algunas lunas de escaparate. Desde aquel día, la portera de mi casa además de prohibir la entrada a los que no llevaban corbata, prohibía la entrada a los que llevaran una cartera de mano o un maletín. Se me quejaron varios representantes.

Yo tenía grabada una cinta de guerra que usaba a veces en mis actuaciones. Con un cable largo dejé caer, desde la ventana de mi casa que daba al patio, un altavoz que detuve justo frente a la ventana del dormitorio de la portera y, a las seis de la mañana, puse la grabadora a todo volumen. Sonaban cañonazos y ametralladoras. La portera se levantó despavorida gritando: "¡La guerra, ha estallado otra vez la guerra!" Con mucho cuidado fui tirando del cable y subí el altavoz. Aquel día la portera se lo pasó contándole a la gente que había soñado con la guerra.

Como decía, en Madrid María Dolores era mi querida, en Barcelona era mi mujer. Por desidia y por no afrontar los hechos en su momento, yo estaba lleno de deudas, mi situación económica era un desastre, mi ex mujer me había puesto a la firma cantidad de letras, por el piso, por los muebles y por docenas de cosas más que yo, a veces por dejadez y otras veces por mis viajes, dejaba pasar, lo que significaba amenazas constantes de los juzgados y nuevos embargos de mis contratos de trabajo. Más allá del amor, María Dolores estudió con atención todas mis deudas y me sacó de aquel pozo en que estaba metido. A ella le debo el ordenamiento que hizo de mi vida, ya no sólo en el amor sino en mi situación económica. Desde entonces, nunca he vuelto a firmar una letra ni he tenido ninguna deuda pendiente.

En Barcelona hicimos amistad con varios matrimonios, todos los sábados salíamos a cenar juntos y después íbamos a bailar a Las Vegas. Desde aquí, mi gratitud

por su amistad a Ricardo Carreras, a Esteban, a Cita, a Merche, a Julián, a Sergio, a Antón, a Susi Saporta, y pido disculpas si alguno se me pasa, de todos ellos guardo un grato recuerdo. Por Ricardo Carreras conocí a Luis Bassat, con el que algún tiempo después haría varias campañas de publicidad. Luis Bassat fue, es y será uno de esos amigos que difícilmente se encuentran por el mundo, lo mismo que Carmen, su mujer. Más adelante hablaré de nuestra amistad y de nuestro trabajo en el muy difícil arte de la publicidad; Luis Bassat y yo, aparte de crear un tipo de publicidad hasta entonces desconocido, hicimos, a través de nuestro trabajo, una amistad entrañable. Pero la creatividad de aquellas campañas de publicidad merecen ser descritas con todo detalle. Lo haré en su momento.

María Dolores y yo seguimos haciendo teatro con don Joaquín Gasa, gran persona, educado y honrado empresario, cosa poco común en el mundo del espectáculo.

En el teatro Victoria hicimos El mundo quiere reír, una revista en la que estaban Nicole Blancherí, Aladi, Mary Santpere, Alicia Tomás y Los Yorsis, una pareja de mexicanos que hacían un show excelente, con mucho humor y un gran dominio del baile y la canción, y María Dolores, que con un grupo de bailarines hacía varios números musicales, aparte de su labor como actriz. Doña Carmen y don Joaquín eran como nuestra familia. El Abrevadero, con Ricardo, gran profesional y gran amigo, siempre con un gran sentido del humor, era nuestro lugar de cena diaria.

Como el trabajo con don Joaquín Gasa tenía continuidad, ya que apenas terminaba una revista, comenzaba otra, para no tener que vivir en un hotel alquilamos un apartamento amueblado en la ronda de San Pedro. Y ahí vivíamos felices, hasta que una noche se repitió lo de Carranza, la llamada a la puerta a las cuatro de la mañana y el sereno con los dos policías. A pesar de que les mostré el contrato donde decía que era mi secretaria y estábamos trabajando, los policías hicieron un atestado. Algunas semanas más tarde nos citaron a juicio en Madrid. Nos sentaron en el banquillo, acusados de adulterio y amancebamiento (en la dictadura buscaban nombres que humillaran. A los hijos nacidos fuera del matrimonio se les denominaba "hijos putativos"). Nuestros delitos eran el amancebamiento y el adulterio. ¿Cómo en una dictadura católica se iba a permitir semejante inmoralidad? El fiscal o el juez, no entiendo mucho de juicios, me preguntó:

--¿Se acuesta usted con María Dolores Cabo?

--No, señoría.

Lo de señoría me lo había advertido López Royo.

--Pero le gusta.

--Sí, señoría; también me gusta Sofía Loren y no me acuesto con ella.

Aquel chiste no debió hacerle ninguna gracia a otro de los jueces, o lo que fuera, el que estaba sentado junto al que me hacía las preguntas, porque dijo:

--Ya le has oído, le gusta.

--Que conste en el sumario.

Y después de varias preguntas más, todas ellas absurdas, el juicio quedó listo para sentencia.

Aquella situación nuestra era cada día más insoportable. El embargo de mi salario seguía siendo un hecho, también las trampas para conseguir el dinero de mi trabajo. Tan sólo don Joaquín Gasa nos ayudaba; tanto la Sociedad de Autores como la casa discográfica acataban las órdenes del juez y no me pagaban por culpa del embargo.

Me llegó la noticia de que Goar Mestre había abandonado La Habana y había montado un canal de televisión en Buenos Aires. Le escribí una carta preguntándole si le interesaba mi trabajo en su canal. A los pocos días recibía la contestación diciéndome

que sería un placer tenerme con él y, de alguna manera, compensarme de lo que me había pasado en Cuba. Me mandó un contrato y dos pasajes de avión.

Hicimos el vuelo a Buenos Aires, con una escala que no estaba prevista en Dakar, donde entraron unos negros llevando a sus espaldas unos aparatos de fumigar y con el avión cerrado nos fumigaron, cuando tenía que haber sido al revés, que los pasajeros del avión les hubiésemos fumigado a ellos, porque tenían roña de años.

En Buenos Aires comencé a trabajar en un programa de Virginia Luque, una cantante de tangos muy famosa, dirigido por uno de los mejores directores de Argentina, David Stivel.

Nos hospedábamos en el hotel Alvear. Una noche, María se puso muy enferma. Tenía unos dolores muy fuertes en el vientre. Hablé con la recepción y me mandaron un médico. Después de un reconocimiento a fondo me dijo que no se atrevía a darme ningún diagnóstico, que podía ser del riñón o del hígado, pero que no era localizable la causa de aquel dolor tan fuerte. María Dolores estaba operada de apendicitis, así que descartamos que fuese esa la causa de aquellos dolores. Tenía el vientre muy inflamado y lloraba de dolor.

El médico me preguntó si yo tenía algún inconveniente en que lo consultara con otros profesionales, le di mi visto bueno. Llamó por teléfono y vinieron tres médicos más. Después de un nuevo reconocimiento me dijeron que aquello podía ser muy grave y que se hacía necesario llevarla a un hospital. Llamaron a una ambulancia y la llevamos al hospital Anchorena. Le pusieron una inyección de morfina. No sé si al bajarla en la camilla o en la ambulancia, María Dolores perdió el conocimiento. Una vez en el hospital la tumbaron en una mesa y colocaron un aparato de rayos X sobre ella, a la altura del vientre. Uno de los médicos dijo:

--Es una obstrucción intestinal.

De una obstrucción intestinal había muerto su madre. Yo estaba entre llorar o rezar. Le pusieron un enema, uno de los médicos me iba señalando por dónde iba el líquido espeso del enema y en qué parte del intestino se había hecho una especie de doblez, que era la causa de la obstrucción. Si el enema era capaz de superar aquel doblez estábamos salvados, de no ser así, habría que operar. Yo seguía el recorrido del enema como si fuese una carrera ciclista, avanzaba por el intestino, cuando llegó a la parte doblada en forma de nudo se detuvo unos instantes, que a mí me parecieron un siglo, finalmente el líquido del enema pasó, el intestino se enderezó y después de cuatro o cinco horas de estar en observación, llevamos a María Dolores de nuevo al hotel.

Afortunadamente, en estos países que algunas gentes, despectivamente, llaman países subdesarrollados, hay profesionales de la medicina que ya los quisieran en algunos de esos países que se cuelgan la etiqueta de desarrollados. Desde estas páginas, y aunque no recuerdo el nombre de aquellos profesionales, gracias.

Seguíamos trabajando en el Canal 13.

Ignacio Vaillant, jefe de programación, me propuso que escribiera un programa exclusivo para mí. Preparé uno que titulé La Gilarrisión. En este programa, aparte de algunos actores que hacían conmigo los sketches, cantaban el Dúo Dinámico y actuaba mi mujer como primera bailarina, con un ballet sensacional. Alquilamos un pequeño departamento en el edificio Royce, en la calle de Corrientes, casi en la esquina con San Martín. Buenos Aires no nos terminaba de gustar. Había problemas entre los militares, los colorados y los azules y aparte de eso no habíamos hecho amistad con nadie. Nos pasábamos la vida yendo a los cines a ver todas las películas que en España estaban prohibidas.

Había cuatro cines que cambiaban de película a diario. Salíamos de uno y nos metíamos en otro. Vimos el ciclo de Buñuel, incluida Viridiana, la película que fue

motivo de problemas y finalmente prohibida, el ciclo de Antonioni, el de Fellini, el de Bergman, el de Rossellini y el de Castellani. Veíamos tantas películas desconocidas en nuestra dictadura que el cine se convirtió en una droga. Lo complicado era, acostumbrados al doblaje, ver las películas en versión original, especialmente las polacas, suecas o rusas, sincronizar las imágenes con los diálogos no era nada fácil: o me enteraba de lo que hacían los actores o me enteraba de lo que decían. Aquello hizo que cada noche, antes de acostarnos yo le dijera a mi mujer: "¿Qué película te parece que vayamos a leer mañana¿"

Pero nuestra vida era monótona, no teníamos amigos ni conocíamos a nadie con quien compartir, aunque nada más fuese una comida. Solamente en una ocasión, Ramos, que era el secretario de la embajada española en Buenos Aires, mando una invitación para una cena. Cuando vino a recogernos con el coche y vio a mi mujer, dijo:

--¡Ah! ¿Pero viene su mujer?

--Sí.

--Es que habíamos organizado la cena sin las mujeres.

--Entonces lamento no aceptar la invitación, porque mi mujer y yo acostumbramos a ir juntos a todas partes y a compartirlo todo. Lo siento.

--Está bien. Lo voy a arreglar. Dentro de una hora vengo a buscarles.

Se fue y una hora más tarde, tal como había dicho, vino a buscarnos. En la cena estaban las mujeres de todos.

Me contrataron en Chile para Radio Minería y la televisión. Tuvimos que hacer el viaje por separado. En Aerolíneas Argentinas nos obligaban a llevar a la Chufa en la bodega, con el riesgo de que muriese de frío. Decidimos que hiciera el viaje yo solo, y mi mujer viajase al día siguiente en Iberia donde el jefe, Aragoneses, nos autorizaba a que mi mujer llevara con ella a la Chufa. Yo no me pude quedar porque tenía una rueda de prensa en Radio Minería, de modo que me fui solo. Con todo aquel lío me llevé la maleta de mi mujer y ella se quedó con la mía. La rueda de prensa fue muy comentada porque yo llevaba unos pantalones de mi mujer de color rosa, muy ajustados y un jersey de señora de un azul celeste que rompía los ojos.

Chile, a pesar de que la gente era de lo más agradable, no nos impresionó, era parecido a Logroño. Finalizado el contrato, con bastante éxito en mis actuaciones, volvimos a Buenos Aires, que nos parecía un lugar sin ningún calor afectivo. ¿Quién nos iba a decir que después sería, durante veinte años, la ciudad y el país de nuestra felicidad? ¿Quién nos iba a decir que en Buenos Aires íbamos a tener una hija que nos iba a compensar de todas las persecuciones? ¿Cómo pensar que en España iba a terminar la dictadura? ¿Quién podría suponer que en Buenos Aires íbamos a legalizar nuestra situación, dejando de ser amancebados y adúlteros? ¿Cómo íbamos a pensar entonces que en Buenos Aires se nos iba a dar la oportunidad de casarnos legalmente? ¡En aquel entonces ni lo soñábamos!

De haberlo sabido no nos hubiésemos movido de allí. Pero dejo el futuro para más adelante y sigo con aquel año de 1962.

En la televisión habíamos ganado mucho dinero, no teníamos ganas de volver a España, donde teníamos pendiente la sentencia del juicio a que habíamos sido sometidos. Ya nos había advertido López Royo que nos podían salir cuatro años de cárcel.

Ante el temor de que esta sentencia fuese una realidad, antes de volver a España nos propusimos hacer un viaje alrededor del mundo. Iríamos en primer lugar a Brasil, de Brasil a Nueva York, después a Los ángeles, de Los ángeles a Hawai y de Hawai a donde nos apeteciera.

El viaje de Buenos Aires a Río de Janeiro lo hicimos en un barco de la Armada Real Inglesa, el Arlanza. Como era nuestro primer viaje en barco y los ingleses son una gente extraña, los dos primeros días, de Buenos Aires a Santos, nos los pasamos sin comer, porque cada vez que llegábamos al comedor, en la puerta había un letrero que decía Closed. A mí eso de Closed ya me tenía harto, hablé con el comisario de a bordo y me dijo que se comía de doce a una y se cenaba de siete a ocho, algo insólito para nosotros, los españoles. De todas maneras le pregunté por qué no avisaban a la hora de las comidas. Me dijo:

--Sí que avisamos. ¿Usted no ha escuchado la música que anuncia que ya está abierto el comedor?

Efectivamente, nosotros, a las doce y a las siete escuchábamos una música como de un xilofón, pero ¿cómo íbamos a saber que aquella música avisaba de que estaba abierto el comedor?

Le dije:

--Es que en mi país, cuando tocan la música es para bailar, no para comer.

Tampoco podíamos comer ni beber nada en el bar, porque los dólares que llevábamos eran en billetes de cien y nadie nos cambiaba. Una señora argentina nos prestó unos cruceiros y cuando hicimos la primera escala en Santos, bajamos del barco, y como si en lugar de ser pasajeros del Arlanza fuésemos dos excursionistas de La Pedriza, nos compramos un termo con café con leche (en el barco inglés sólo servían té), un pan, un kilo de jamón, un queso y una navaja y nos pasamos por el culo, con perdón, la música y el Closed.

Desembarcamos en Río de Janeiro. El primer día lo pasamos en Río, con un calor de muerte, al día siguiente nos fuimos a Copacabana, al hotel Presidente, donde se hospedaba la tripulación de Iberia, frente a la playa. Río nos capturó hasta tal punto que en lugar de dar aquella vuelta al mundo que teníamos proyectada, nos quedamos en Río tres meses. Disfrutábamos de todo, algunos días abandonábamos la playa a las siete de la mañana.

Aquella playa llena de gente alegre. En Río se respiraba alegría, hasta los pobres, que los hay en abundancia, eran alegres. La samba y la batucada estaban latentes a cada hora del día o de la noche. Mi afición a la fotografía hacía que nos quedásemos en la playa hasta el amanecer para aprovechar aquella luz hermosa, y al mismo tiempo ideal, para hacer fotos. Veíamos las macumbas que los habitantes de Río colocaban para pedir algún deseo o para quitarse algún mal de ojo. En nuestro viaje a Chile habíamos conocido a Víctor Souto, un aeromozo de Iberia que vivía en Río; él fue quien nos puso en contacto con una persona que nos llevó a presenciar en una favela una auténtica macumba. Los tres meses de Río de Janeiro fueron inolvidables.

Un día nos pasó algo insólito. Estábamos en la playa, apenas había amanecido, no había nadie, la playa estaba totalmente vacía. De pronto salió del mar un hombre vestido, con las ropas empapadas de agua, se acercó a nosotros y nos dijo:

--¿No me han visto? Les estaba pidiendo socorro, estaba a punto de ahogarme.

Me recordó el cortometraje de Polanski, Dos hombres y un armario, ese cortometraje del absurdo en el que salen del mar dos hombres con un armario. Intentan subir a un tranvía y no les dejan, intentan alojarse en un hotel y tampoco se lo permiten, les cierran la puerta en un restaurante. Finalmente, regresan al mar y desaparecen en él con el armario.

Aquel hombre que había salido del mar, con la mayor naturalidad del mundo, nos pidió un cigarrillo; se lo dimos, lo encendió y con su ropa empapada, comenzó a correr a paso ligero por la playa.

Volvimos a España, concretamente a Barcelona, alquilamos un piso vacío en Infanta Carlota, lo amueblamos de manera sencilla y seguimos siendo felices, aunque siempre pendientes de la sentencia. Como es normal en este país, los juzgados son lentos, el tiempo pasaba y poco a poco nos íbamos olvidando de haber sido juzgados. Comencé a trabajar en El Papagayo. En ese local, el encargado de las atracciones y director artístico, conocido cariñosamente como El Chufo, me dijo una noche que si yo tenía algún inconveniente en que hiciera una actuación un cantautor catalán. Parece ser, después lo supe, que era muy popular, pero para mí, que había estado tanto tiempo en México y Argentina era desconocido. Después de mi actuación, salió un muchacho con un jersey color naranja y una guitarra, se colocó frente al micrófono y cantó en catalán unas canciones que me causaron un gran impacto La Tieta, El Drapaire, Per el meu amic, M.en vaig a peu, Ara que tinc vint anys.

Aquel muchacho de aspecto tímido era Joan Manuel Serrat. Como en El Papagayo había un solo camerino, lo compartimos. Me preguntó si me habían gustado sus canciones. Desde esa noche fui un gran admirador de Serrat. Algunos meses más tarde, en otro viaje que hice a Argentina, me llevé un long play suyo en catalán, reuní a un grupo de amigos, entre ellos el dibujante Quino, un locutor de Radio Belgrano, conocido como El Peruano Parlanchín, un gran decorador llamado Aldo Guglielmone, un comentarista de discos y gran musicólogo de apellido Merellano, además de un puñado de escritores y artistas, y les hice escuchar el disco que yo les iba traduciendo. Todos ellos quedaron impresionados.

Don Joaquín Gasa montó otro espectáculo, dejé El Papagayo y María Dolores y yo volvimos al teatro Victoria. Retomamos de nuevo nuestra amistad con aquellos matrimonios con los que salíamos los sábados a cenar a Las Ostras y después a bailar a Las Vegas o a Bocaccio, que se acababa de inaugurar.

En un viaje que hicimos a Madrid por razones de trabajo fuimos al hostal Mayte, donde se reunían Tono, Mingote y varios amigos más. Mayte nos habló de Zarraluqui, un abogado especializado en separaciones y en anulación de matrimonio. Hablamos con Zarraluqui, hicimos un poder para él y otro para un procurador, y aunque estábamos pendientes de sentencia, dejamos en sus manos nuestro problema. Todo aquello suponía un constante gasto, con la incertidumbre de si iba a servir para algo.

En Barcelona, mi mujer se arreglaba el pelo en la peluquería de Llongueras; un día que la estaba esperando en la esquina de la Gran Vía y la rambla de Cataluña, donde estaba la agencia marítima de Italmar, vi en el escaparate una maqueta de un barco de nombre Augustus. Entré en la agencia y pregunté:

--¿Dónde va este barco?

--A Buenos Aires.

--¿Y cuándo sale?

--El domingo

Esto ocurría un jueves.

--¿Quedan pasajes?

--Sí.

Cuando salió mi mujer de la peluquería la llevé hasta el escaparate.

--¿Te gusta este barco?

--Mucho.

--¿Te apetecería hacer un viaje en él?

--Claro que sí.

El domingo siguiente salíamos en el Augustus, rumbo a Buenos Aires.

Nos hospedamos en el hotel Romanelli de la calle San Martín. Acabábamos de llegar. Salimos a dar un paseo por la calle Corrientes, nos metimos en un bar. Se acercó el camarero:

--¿Qué van a tomar?

--Café con leche.

--¿Solo?

--No, con leche.

--Pero, ¿lo quieren solo?

Insistíamos.

--Solo no, con leche.

--Está bien, ¿pero no quieren alguna factura?

Lo de la factura terminó de desconcertarnos. ¿Cómo íbamos a querer una factura por dos cafés con leche? Lo supimos después: en Buenos Aires llaman facturas a las medialunas o "cruasanes", que decimos en España. Son costumbres que con el correr del tiempo fuimos incorporando a nuestro vivir en aquella ciudad.

Aunque en Argentina se hable nuestro idioma, hay, motivado por la gran inmigración de polacos, armenios, rusos, alemanes y en mayor cantidad gallegos e italianos, un lenguaje muy particular, y si le añadimos el lunfardo y lo que ellos llaman el "vesrre", se necesita tiempo para manejar y entender bien el habla porteña. Se necesita tiempo para saber que las pastas son masitas, que los guisantes son arvejas, que las judías son porotos, que el melocotón es un durazno, que el albaricoque es un damasco, que cuando te dicen que se "armó un quilombo" es que hubo lío y que un botón es un policía.

Lo que aquí conocemos como cafeterías, allí se llaman confiterías. Hay una famosa en la calle Florida, cerca de Corrientes, la Richmond, grande, de estilo inglés, que por las tardes se llena de gente que van a tomar el té. En esa confitería, como en otras muchas, cuando pides pasteles, te colocan sobre la mesa una bandeja llena; a la hora de pagar, el mozo cuenta los que has comido y se lleva el resto.

Algunas noches íbamos a la avenida de Mayo, al 36 Billares, un café que estaba abierto las veinticuatro horas. El café era impresionante, llegaba desde la avenida de Mayo hasta la calle Rivadavia, es decir, una cuadra. Más claro: cien metros de bar. Era impresionante el golpeteo de las fichas de dominó sobre el mármol de las mesas y los golpes a las bolas de los billares.

Pero sigo con lo que estaba contando. Cuando estábamos tomando nuestro café, se acercó un hombre.

--¿Usted es Gila?

--Sí.

--¿Le gustaría trabajar en la televisión?

--Bueno, no sé. Acabamos de llegar y teníamos la intención de estar sólo quince días.

Al día siguiente nos llegó un recado de Canal 13 al hotel, querían hablar conmigo. Me ofrecieron trabajo en un programa que se hacía los sábados, Sábados circulares. Pipo Mancera, productor y director del programa, me contrató para todas las semanas que yo quisiera trabajar en su programa. El programa era de ocho horas y en él actuaban artistas famosos de todos los países y el propio Mancera hacía reportajes y entrevistas. Era, sin lugar a dudas, el programa de televisión más importante de toda Latinoamérica. En alguno de los programas llegué a actuar con Marisol, Armando Manzanero, Palito Ortega, Olga Guillot, Charles Aznavour, Anita Edkberg, Rick van Nuter, Tita Merello, Ramona Galarza, Lola Flores, Marco Antonio Muñiz, Nestor Fabián, Verdaguer, Rolando Laserie y Sergio Corona, este último un extraordinario

cómico mexicano, al que había conocido en México cuando formaba pareja artística con Alfonso Arau. Doy estos nombres para que se hagan una idea de la calidad del programa. Y ni una sola grabación, todo en directo.

En Buenos Aires ya habíamos empezado a tener amigos. A través de Quino, hicimos amistad con gente que no tenían nada que ver con el teatro, los mismos que habían escuchado el disco de Serrat -Aldo Guglielmone, Sam Soler, Miguel Brascó, Pupet, Merellano-, todos ellos gente interesante y de una gran cultura, con quienes compartimos reuniones y cenas.

Gente de teatro

Como mi trabajo se limitaba únicamente a Sábados circulares, teníamos libre toda la semana para conocer bien la ciudad. Después de nuestro constante ir a ver cine, se nos despertó curiosidad por asistir al teatro.

Nos acercamos hasta un teatro pequeño, llamado Teatro del Bajo. No conocíamos a nadie. Sacamos nuestra entrada y nos sentamos. El espectáculo se titulaba El grito pelado, el autor era para nosotros, como los actores, desconocido, Oscar Viale, del que años más tarde vimos varias obras y del que llegamos a ser grandes amigos, hasta su muerte en 1994.

La obra la interpretaban dos actores y dos actrices: Ulises Dumont, Julio López, Elsa Berenguer y Amparo López Baeza. Nos quedamos sorprendidos del trabajo de los cuatro. Por primera vez vimos actores que, además de un gran nivel de interpretación, cantaban y bailaban. Nos habían sorprendido tanto que al finalizar el espectáculo entramos a los camerinos a felicitarlos.

En ese momento empezamos a tomar conciencia del gran nivel profesional de los actores argentinos. Es costumbre en Buenos Aires que los actores vayan a cenar juntos después de la función. Nos invitaron y fuimos con ellos. Ese fue nuestro primer contacto con gente de nuestra profesión. Durante la cena hablamos de muchas cosas, se interesaron por el funcionamiento del teatro en España, ya que estaban al corriente de los problemas que había con la censura para poder desarrollar un teatro libre. Esa noche nació una amistad que aún perdura con Ulises Dumont, y al mismo tiempo se despertó en nosotros la necesidad de ver más teatro. Y en ese constante ver teatro descubrimos un actor que nos impactó por su talento, un actor de esos pocos privilegiados que, con su presencia, su decir y su interpretar llenan un escenario, no importan las dimensiones de éste: Alfredo Alcón. Han pasado los años y sigue siendo un fuera de serie. Ser amigo de Alfredo Alcón es otra de las grandes satisfacciones que me ha dado mi profesión.

Había un grupo de actores y actrices que tenían formada una compañía de teatro de la que ellos mismos eran productores y que se denominaban Gente de Teatro. El grupo lo formaban Juan Carlos Gené, Emilio Alfaro, Carlos Carella, Bárbara Mújica, Norma Aleandro, Federico Luppi y Marilina Ross, y como director David Stivel. Hacían un programa en televisión que se llamaba Cosa juzgada y que era algo fuera de lo común. Se trataba de rescatar de los juzgados un hecho sobre el que hubiera habido una sentencia, reconstruían la historia y, en un alarde de interpretación, cada uno de los componentes del grupo interpretaba el papel de la víctima, o del acusador, y por el resultado final se podía deducir si el juicio había sido justo o injusto y si el acusado era culpable o inocente.

Aquel programa nos tenía atrapados cada noche que salía al aire. Era un lujo, tanto de interpretación como de dirección, y de gran interés en su contenido.

Gente de Teatro, aparte de su programa de televisión, hacían una obra en un teatro, titulada Libertad, Libertad, Liber... Fuimos a verla. La obra tenía, aparte de una excelente dirección e interpretación, un contenido ideológico envidiable, particularmente para nosotros, acostumbrados a un teatro convencional. El espectáculo se componía de varias escenas relacionadas con la política y las dictaduras. Una de ellas estaba dedicada al alcázar de Toledo, cuando al general Moscardó le proponen la rendición a cambio de la vida de su hijo. Hecho con simbolismos, más que con la realidad, aquello nos impresionó, como toda la totalidad del espectáculo y el trabajo de los actores y actrices de la compañía. Y tal como habíamos hecho cuando fuimos a ver El grito pelado, al final de la función entramos a saludar a todos los de la compañía, y ahí nacieron nuevas amistades con Emilio Alfaro, con Federico Luppi y Norma Aleandro, con Bárbara Mújica y Juan Carlos Gené, con Carella y Stivel,

amistades que duraron para siempre.

De la misma manera que nos habíamos entusiasmado con el cine la primera vez que fuimos a Buenos Aires, ahora nos entró la fiebre por el teatro. Nunca habíamos visto actores de tanta altura. Vimos Todo en el jardín, con Federico Luppi y Bárbara Mújica. Morir en familia con Gené, Carella y Emilio Alfaro. En el teatro Regina ponían una obra de un autor polaco titulada Tango, en la que descubrimos a otro de los actores grandes de Argentina, Luis Brandoni. Siguiendo nuestra costumbre y empujados por el buen trabajo de cada uno de los que íbamos viendo día a día, entramos a felicitar a Brandoni, y tal como nos había pasado con los otros actores, después de la función fuimos a cenar a Edelweiss, donde cada noche acostumbraban a reunirse la gente del espectáculo. Así, poco a poco y sin apenas darnos cuenta íbamos ganando amigos.

No solamente nos llamaba la atención el trabajo de los actores, también la dirección y el gran nivel de los autores. Asistimos a una obra de una escritora argentina, Griselda Gambaro, titulada El campo, dirigida por Augusto Fernándes, con Lautaro Murúa, Inda Ledesma y Ulises Dumont. Nunca habíamos visto nada parecido. En la calle Florida había un teatro experimental en el que se hacían espectáculos extraños buscando siempre algo nuevo, algo distinto. Vimos varios espectáculos y de todos ellos rescatamos cosas positivas. Pero en todos aquellos con los que íbamos conectando, junto al valor artístico, encontrábamos valores humanos, afectos.

Nuestra vida en Buenos Aires se iba haciendo día a día más hermosa. Habíamos conseguido muchos amigos. Mis actuaciones en los Sábados circulares duraban ya varias semanas, por lo que vivir en un hotel se nos hacía, además de costoso, incómodo, así que nos decidimos y alquilamos un piso amueblado en la calle Arenales. Nuestra vida ahora era más llevadera y nos sentíamos integrados en este nuevo mundo.

No obstante, después de varias semanas tomamos conciencia de que el piso de Barcelona estaba abandonado y en él muchas cosas a las que les teníamos afecto, por lo que tomamos la determinación de regresar a España.

Me comprometí con Pipo Mancera a regresar al año siguiente, dejar alquilado el piso de la calle Arenales y vivir seis meses en Barcelona y seis meses en Buenos Aires. Ya el piso aunque alquilado, olía a nosotros. Habíamos comprado algunas cosas para darle vida. Teníamos muchos libros, un equipo musical, bastantes discos, el televisor, una grabadora de cinta abierta para los ensayos de mis monólogos, la ropa de cama, mantelería, cubertería, aparte de algunos objetos decorativos con los que habíamos roto la frialdad que hay en todos los pisos amueblados, donde lo que aportan los propietarios no tiene otra finalidad que la de rellenar y justificar el precio que se paga por el alquiler.

Regresamos a España, disfrutando de nuestro viaje en barco. Nos instalamos de nuevo en Infanta Carlota. Unas semanas más tarde, don Joaquín Gasa formó otro

espectáculo, que se titulaba Cosquillas a granel, con Mary Carmen Casas Paco Michel, María Dolores Cabo y el ballet Las Vegas. Como en todos los espectáculos en que trabajé, me encargué de escribir los sketches. La crítica fue muy buena y el público disfrutó muchísimo con el absurdo.

Después de finalizar en el teatro Victoria, hicimos galas por distintos lugares del país. En Mallorca, en una sala de la que era propietario Pepe Tous, estuvimos dos semanas. Hicimos la feria de Málaga, en la caseta del Ayuntamiento, con el ballet de Antonio Gades, Jarrito, Fosforito, Faíco y Calderas de Salamanca. Nos hospedábamos en el único hotel que había entonces en Torremolinos, El Pez Espada. En el mismo hotel vivían Antonio Gades y Marujita Díaz. Todas las noches, después de actuar en la feria, íbamos hasta Torremolinos, nos acercábamos a la playa y allí se cantaba y se bailaba hasta que amanecía. Tengo viva la imagen de Gades bailando a contraluz, cuando el sol comenzaba a salir.

Dormíamos hasta tarde, bajábamos y nos íbamos a la playa a comer espetones, y luego a la piscina del hotel. A Gades lo perseguía una periodista extranjera con la intención de hacerle una entrevista, y Gades, que no quería saber nada de la periodista, se bañaba con un gorro de baño de señora, lleno de flores. La periodista lo buscaba sin cesar y no dejaba de preguntar por él. Nunca hubiera imaginado que dentro de aquel gorro de flores, que apenas asomaba a la superficie, iba la cabeza de Antonio Gades.

Aquella gala fue una de las más emotivas que he vivido. Ver a Antonio Gades con un pantalón vaquero y una camisa, bailando sobre las tablas que colocan en la playa para no quemarse los pies, hasta llegar al agua, con aquel sol rojizo del amanecer, mientras Jarrito y Fosforito cantaban por soleares, sin más acompañamiento que las palmas de todos los que estábamos allí, es una imagen imposible de olvidar.

¡Es de suave...!

Durante los veranos nos íbamos a Biarritz donde pasábamos un mes de vacaciones con la libertad de poder comprar los libros que en España estaban prohibidos. Después volvíamos a nuestro piso de Barcelona y de nuevo a hacer galas para poder seguir dándonos los caprichos de viajar.

En Barcelona seguíamos saliendo con los matrimonios amigos a las cenas de los sábados.

Luis Bassat, encargado de la publicidad de Filomatic, me propuso hacer una campaña para las hojas de afeitar. El riesgo era que teníamos que luchar contra Gillette, a sabiendas de que Gillette era la marca más conocida del mercado, hasta el extremo de que cuando le pedíamos a alguien una hoja de afeitar para sacar punta a un lápiz, decíamos: "¿Me prestas una Gillette¿" De siempre me han gustado los desafíos y aquí se me presentaba la oportunidad de afrontar uno que consideraba importante. Luis Bassat, mi mujer y yo, junto con Jordi Ballvé y Puigmiguel, que eran los encargados de la parte técnica, nos pusimos en marcha para crear la campaña. Había una cosa que yo tenía muy clara viendo el tipo de publicidad que se hacía en televisión: teníamos que hacer una publicidad muy directa, en la que la gente no tuviera la menor duda de que estábamos hablando de una hoja de afeitar. Otra de las sugerencias que le hice a Luis y que entendió fue que en lugar de hacer un spot, que podía

llegar a aburrir a la gente, hiciésemos doce, uno para cada mes del año, y de esta manera ir cambiándolos cada mes, con lo que la publicidad cobraría frescura. A Luis la idea le pareció espléndida, ya que si bien es cierto que el costo de filmar doce spots era mayor que el de filmar dos, lo ganábamos en atención a la marca, pero nos quedaba otro

paso importante para lograr nuestro objetivo: conseguir la aprobación por parte de los directivos de Filomatic. Lo conseguimos. Otro de mis objetivos era encontrar una palabra al final del spot que quedara en la gente. Y lo conseguí. Después de cada spot, decía: "¡Es de suave...! ¡Da un gustirrinín...!" Y la frase se quedó en las conversaciones de la calle y en las conversaciones de familia. Si en el fútbol algún jugador le daba una patada a otro y caía al suelo, la gente gritaba: "¡Es de suave...! ¡Da un gustirrinín...!" Si en el teatro o en el cine se daban un beso alguien decía en voz alta: "¡Es de suave...! ¡Da un gustirrinín...!"

En el boxeo, cuando uno de los boxeadores hacía tambalearse al contrario de un directo a la mandíbula, alguien del público gritaba: "¡Es de suave...! ¡Da un gustirrinín...!" Hicimos varias campañas. Con lo que me pagaban por cada una, considerando el valor del peso argentino, mi mujer y yo nos podíamos permitir el lujo de vivir en Buenos Aires como reyes. Después de haber sido perseguidos y haber vivido como dos delincuentes, nos propusimos vivir intensamente la libertad de que disponíamos. En una ocasión en que yo estaba trabajando en la televisión argentina y no podía desplazarme a España, fue Luis Bassat quien viajó a Buenos Aires y allí hicimos los spots. El trabajar juntos tantos años, la gran compenetración en las ideas y el éxito de las campañas, hizo que nuestra amistad con Luis Bassat fuese entrañable.

Los fabricantes de Gillette estaban desesperados porque los habíamos borrado materialmente del mercado. Enviaron un directivo de Estados Unidos, pero, a pesar de algunos cambios que hicieron en sus campañas, nos llevamos el gato al agua. Vista la imposibilidad de competir con Filomatic, no les quedó otra solución que comprar la fábrica: ésa fue la única manera de competir con nosotros. Cuando terminé la campaña de Filomatic hice otra para una marca de cocinas. Puse una condición: yo metería la idea de la campaña en un sobre, si la aceptaban, me pagarían tres millones de pesetas y yo me comprometía a realizar y firmar los spots, si no la aprobaban me pagarían quinientas mil pesetas. A los encargados de la agencia no les gustaba la idea, pero les hice ver que mi tiempo tenía un valor y aceptaron. La marca de las cocinas no era muy afortunada. Estaba compuesta con la inicial de los nombres de los cuatro hijos del fabricante, se llamaba AGNI.

En aquella época si se hacía publicidad, no se podía trabajar en la televisión, y por otra parte, según constaba en mi contrato con Filomatic, yo no podía hacer publicidad hasta después de dos años de terminado el contrato con ellos. No me quedó otro remedio que hacer una campaña con los personajes de los dibujos que yo publicaba en La Codorniz. Mi mujer y yo nos sentamos a trabajar una noche y a la mañana siguiente teníamos terminada la idea, que metimos en un sobre y llevamos a la agencia en las condiciones estipuladas.

La idea de la campaña eran dos personajes, uno alto y otro bajito, que recitaban un poema hablando de una cocina. El alto recitaba el poema, luego le daba un capón en la cabeza al bajito que decía: "Moraleja, compre una AGNI y tire la vieja".

Esta publicidad, aunque no tan divertida como la de Filomatic, era mucho más cómoda, ya que lo único que tuve que hacer fue entregar un dibujo de los personajes y después los de la agencia se encargaron de darles movimiento.

Lo mismo que nos había pasado con Filomatic nos pasó con AGNI: con lo que nos pagaban por la publicidad podíamos vivir cómodamente en Buenos Aires.

Hice otras dos campañas más de publicidad. Una para una financiera que, como suele ocurrir con este tipo de negocios, tuvo problemas con sus clientes, y otra para un spray ambientador de la casa Bayer.

Estas campañas publicitarias duraron cuatro años.

Ya estábamos más tiempo en Argentina que en Barcelona. Veníamos exclusivamente a hacer la publicidad, lo que solía durar un par de meses, y de nuevo a Buenos Aires. Los viajes, sin ninguna prisa y como un placer, los hacíamos siempre en un barco italiano, donde ya éramos conocidos por los comandantes y por la tripulación, que apenas nos veían embarcar venían a nuestro encuentro. Vaya desde aquí mi gratitud a toda la tripulación de la Compañía Naviera Costa, que nos colmaron de atenciones en los más de veinte viajes que hicimos con ellos. Y si la tripulación nos recibía con una gran alegría, no digamos lo que era nuestra llegada a Buenos Aires, infinidad de amigos nos esperaban a la llegada del barco. Había que querer mucho a alguien para ir al puerto a las siete y media de la mañana, que era la hora insólita en que llegaba el barco.

En noviembre acabaron los Sábados circulares de Mancera y me ofrecieron trabajar en un pequeño local de Mar del Plata, llamado Magoya. Por primera vez íbamos a pasar unas Navidades en Mar del Plata. Me habían hablado tanto de esta ciudad que había llegado a aborrecerla, hasta el punto de estar convencido de que no me iba a gustar. ¡Agradable desilusión la mía cuando comprobé que era una ciudad de una belleza que no había visto nunca! Aquellas pequeñas y ordenadas casas, con su jardín, aquellas calles limpias y bien pavimentadas, toda su costa de un verde difícil de describir, largas playas con arena limpia y blanca.

En Magoya tuve la gran suerte de actuar con Susana Rinaldi, Osvaldo Piro y el conjunto vocal Opus Cuatro. Mi amistad con Osvaldo Piro y Susana Rinaldi, más el éxito de mis actuaciones, me hacían sentirme integrado para siempre en Argentina.

En Mar del Plata El Polaco Goyeneche, al que había conocido en un festival en el que actuamos para la policía de tráfico, me presentó a Aníbal Troilo, que actuaba junto a él en otro local; a partir de ese día Aníbal y yo nos hicimos grandes amigos. Siempre he pensado que aunque mi humor ha sido bien acogido durante muchos años, tal vez son exagerados la admiración y el cariño que me daban a diario en Argentina.

Las noches de Mar del Plata son inolvidables, el encuentro de la gente de teatro en los restaurantes cuando finalizaba la función, el bife de lomo, el bife de chorizo con las papas souflés, o la parrillada con el chorizo, la morcilla, los chinchulines, el asado de tira y la ensalada de radichetta con un buen vino de La Rioja, o los tallarines al pesto, las empanadas de carne o la pizza, eran una razón de peso para un encuentro y un abrazo. Y después, el casino, con su gran cantidad de mesas de ruleta con dos paños y los cientos de fichas de distintos colores, las azules, las rojas, las blancas, las marrones y cuando se acababan los colores, seguían las combinadas, las españolas, las uruguayas... Y aquellos croupiers que gritaban con entusiasmo cuando la bolita se alojaba en un número sobre el que había una pirámide de fichas: ƒ "¡Neeeeegrroooo el oooochooooo! ƒ ƒ ¡Cooolorado eeeeeel catooooorce!". ƒ Y una algarabía en los apostadores y el jefe de mesa: "Paso, por favor: por

dos medios un pleno, por ocho cuadros dos plenos", y en un abrir y cerrar de ojos: "Seis plenos las rojas, cinco plenos las azules. Pagado", y de nuevo: "¡No va más!" Y cuando empezaba a hacerse de día: "últimas tres bolas".

Y a la salida:

--Che, ¿cómo te fue?

--Como el culo.

--Y bueno... ¿qué querés?

--Vamos a tomar un feca.

Y de ahí a dormir hasta la hora de ir a la playa.

Sinceramente, la primera vez se nos hizo raro celebrar una Nochebuena y un fin de año en verano, pero llegamos a encontrarlo divertido y agradable. Nos acostumbramos.

Dos hechos fundamentales nos incitaron a tomar la decisión de quedarnos a vivir definitivamente en Buenos Aires. El primero de ellos es que nos comunicaron que ya había salido la sentencia y que habíamos sido condenados a cuatro años y un día de prisión. López Royo nos dijo que teníamos que venir a firmar el perdón. No sabemos qué arreglo había hecho para que firmando ese perdón nos indultaran. La cuestión es que volvimos a nuestro piso de Barcelona, luego hicimos un viaje a Madrid donde nos esperaba López Royo y en un juzgado firmamos unos papeles que supongo eran el perdón. El segundo hecho, fundamental, fue un incidente grave que nos ocurrió una noche en que salimos a dar un paseo con el coche. Cuando íbamos por la calle, en una esquina chocaron dos automóviles, se bajaron de ellos los conductores; por su forma de bajar, visiblemente herido, me pareció que uno de los conductores era un músico amigo mío, llamado Garea. Intenté ir en su ayuda cuando me sujetó por el hombro

un policía armado de aquellos que llamaban "los grises".

--¿Dónde vas?

Ni siquiera un "¿Dónde va usted¿", tan sólo ese autoritario ¿dónde vas?

--A ver si puedo ayudar a uno de los heridos, que creo que es un amigo.

--Tú no tienes que ayudar a nadie, así que quédate aquí, donde estás.

Y me soltó, pero con un empujón que me hizo tambalearme.

--Haga el favor de no empujarme y tratarme con respeto.

Cerca de donde el policía armado me había empujado estaba parado un jeep, y en él, varios policías más. Uno de ellos dijo:

--¡Súbelo aquí, que le vamos a enseñar lo que es el respeto!

El policía me cogió de un brazo. Yo estaba furioso y, como me ha ocurrido toda mi vida, no podía soportar que nadie me pusiera la mano encima, por muy policía que fuese. Esperaba que me soltara. El policía trataba, no sé si por asustarme, de llevarme hacia el jeep. Yo estaba tan indignado por aquel atropello que, de no ser por mi mujer, que me frenó, hubiera respondido a la agresión de aquel hijo de puta y esto, no cabe duda, nos hubiera traído graves consecuencias. Mi mujer, asustada, me decía:

--¡Por Dios, Miguel! ¡Por favor! ¡Vámonos, vámonos!

Y me llevó hasta el coche. Una vez dentro y cuando ya nos dirigíamos hacia nuestra casa, di un puñetazo en el parabrisas que estuve a punto de romperlo. La dictadura empezaba a ser muy molesta para mí. Aquella prepotencia de los policías, aquella agresión sin motivo alguno y aquel abuso de autoridad me calaron muy hondo. Esa noche tomamos conciencia de que lo que hasta ahora era un empacho de dictadura se había convertido en una indigestión. Decidimos cerrar de manera definitiva nuestro piso de Infanta Carlota y vivir en Buenos Aires. Si por alguna razón necesitábamos volver a España, lo haríamos como turistas.

Así, sin comentar con nadie nuestra decisión, como si se tratara de un viaje más de trabajo, embalamos todas nuestras cosas útiles y aquellas a las que les teníamos afecto, nos desprendimos de todo lo que no era imprescindible, le entregamos al dueño del piso las llaves y nos embarcamos en el Federico C.

Nos instalamos de manera definitiva en Buenos Aires. Después de tantos meses viviendo en Argentina teníamos derecho a solicitar la residencia permanente, hicimos los trámites y nos dieron nuestra documentación de españoles con residencia permanente en Argentina.

Aquello cambió nuestra vida. Viviendo a quince mil kilómetros del régimen dictatorial habíamos encontrado el remedio para curarnos de aquella grave indigestión de dictadura y persecuciones.

Ya con la residencia permanente decidimos dejar el piso amueblado de la calle Arenales y alquilar uno vacío. Nos instalamos en la calle Ayacucho. Ahora sólo nos faltaban los muebles.

Hay en Buenos Aires una forma sencilla y al mismo tiempo práctica de amueblar un piso.

Cuando la gente se cansa de tener los mismos muebles y los cambia por otros, ya sea porque no le caben en el nuevo piso al que se ha mudado o porque se cansa de ellos, en lugar de abandonarlos en la calle, llama a alguna casa de subastas y vienen a recoger los muebles, no importa si se trata de una mesa, una nevera, una lámpara de techo, un cuadro, una alfombra o una máquina de coser. Todo es válido para la subasta. Alguien nos puso al corriente de este sistema, nos acercamos hasta Ramos Oromí en la calle Libertad, donde dos días antes exponen lo que va a ser subastado, con los precios de salida, luego es cuestión de ir pujando hasta conseguir lo que se desea a un precio razonable. Vimos los muebles que nos podían interesar y fuimos a la subasta; así, de esa manera tan simple, conseguimos desde los sofás hasta una máquina de escribir Olivetti que durante muchos años me fue muy útil. Ya teníamos nuestro piso y en él las cosas a las que les teníamos afecto. Y lo que es más

importante, teníamos trabajo y amigos.

Seguíamos obsesionados con el trabajo de los actores hasta que descubrimos el porqué de su impecable buen hacer. Todos, incluso los más profesionales, asistían a clases de teatro con la misma modestia que cualquier principiante, sin ningún tipo de vanidad, tan sólo con el firme propósito de irse superando.

Mi mujer y yo decidimos anotarnos a una de estas escuelas o talleres de teatro, que de las dos maneras eran denominadas. Nos anotamos al curso de teatro de Lito Gutkin. Tres días a la semana tomábamos clases de interpretación, de relajación, de memoria emotiva y memoria sensitiva. Esto lo alternábamos con unas clases de expresión corporal de grupo en un local dedicado exclusivamente a esta faceta. Ahí, en ese lugar, encontramos un nuevo amigo que añadir a los muchos que ya teníamos, David di Napoli, uno de los jóvenes profesores que nos daban las clases, con el que desde entonces nos une una gran amistad. Además, yo me anoté a una escuela de canto, donde un profesor catalán me ponía un dedo en el estómago y me apretaba mientras me hacía cantar "mío mío mío mío mí", después me colocaba unos auriculares y me ponía un sinfín de canciones distintas que yo tenía que cantar a dúo con el que lo hacía en el disco.

Todo este quehacer era muy trabajoso, pero al mismo tiempo resultaba muy gratificante. Los ejercicios de improvisación, los de memoria emotiva y la relajación hacían que, sin apenas darme cuenta, mis actuaciones fueran ganando en expresividad, en saber respirar a tiempo y crear las pausas donde eran necesarias, el manejo del cuerpo y la palabra, todo me hacía ir creciendo como actor.

Escribí una obra de teatro a la que titulé Yo escogí la libertad. En aquel piso de la calle de Ayacucho cité a varios actores, todos ellos de un gran nivel, y les leí la obra, que les entusiasmó. Como no teníamos productor, hicimos una cooperativa y nos fijamos unos puntos para cada uno. La música la compusieron Pocho Leyes y El Chango, Farías Gómez. La coreografía estuvo a cargo de Lía Yelín y el decorado lo hizo Citrinowski. Yo me encargué de la dirección y el grupo de actores estaba formado por Oscar Alegre, Adrián Guío, Juan Carlos Boyadjián, Rudi Chernikoff y Rubén Ponceta y el de las actrices por María Dolores Cabo, Betiana Blum y Graciela Futen. El espectáculo era musical y se componía de seis comedias breves del absurdo, todas ellas dedicadas a ridiculizar los programas más estúpidos de la televisión, a los dictadores y a

los militares. El espectáculo tuvo un gran éxito y la gente se lo pasó en grande. Tanto la obra como el trabajo de los intérpretes, así como la

música y la coreografía, fueron muy elogiados por todos los críticos. Estrenamos en el teatro Embassi y ahí estuvimos bastantes semanas.

Guardo un recuerdo muy grato de aquel espectáculo, que era el primero que estrenaba en Buenos Aires y que, como tantas otras cosas de mi vida y de mi profesión, suponía un desafío. Gracias a ese espectáculo nuestra vida se iba enriqueciendo en cantidad y calidad de amigos.

Pasaban los días y sin darnos cuenta íbamos acumulando cosas, algunas necesarias para nuestro trabajo y otras importantes para nuestro estímulo. Pensamos que estar pagando el alquiler de un piso, aparte de resultar costoso, suponía regalar el dinero, así que decidimos comprar uno. Después de buscar muchos, mi mujer (después de nuestra boda vía Paraguay, de la que hablaré más adelante, me puedo permitir decir mi mujer) encontró un dúplex en la calle Juncal, entre Callao y Rodríguez Peña. Lo compramos. El edificio tenía seis plantas más el dúplex que era el piso siete y el ocho.

Cada piso tenía una sola vivienda. Un grupo de amigos habían comprado el terreno y habían edificado en él. Lo que no había era terraza, el techo del edificio estaba embreado. Hablamos con los otros propietarios y nos autorizaron a disfrutar de la terraza. Para poder tener este privilegio tuvimos que embaldosarla y poner en todo su alrededor tela metálica. Lo pusimos, y una ducha para los veranos, además de un pequeño galpón de aluminio y cristal para guardar en él las hamacas, la mesa y las sillas. Tuvimos que hacer una escalera por el exterior para subir a la terraza, pero aquella terraza de catorce metros por seis era un respiro en las noches calurosas del verano. Como el piso estaba decorado entre antiguo y oscuro, hablamos con Sam Soler y él se encargó de hacernos las reformas para convertirlo en algo hermoso donde vivir y trabajar. Desde la terraza, por las noches podíamos ver la Vía Láctea y un sinfín de estrellas del hemisferio sur, para nosotros desconocidas hasta

entonces. Compramos muebles y lo decoramos a nuestro gusto. En el octavo piso del dúplex había un cuarto de baño muy grande, sin bañera, tan sólo con una larga encimera en la que había instaladas dos piletas rectangulares a modo de lavabos; en la parte inferior de la encimera había muchos cajones amplios. Ahí, en ese cuarto de baño, instalé mi laboratorio fotográfico. Y en el salón del piso octavo, también de grandes dimensiones, detrás de mi mesa de trabajo había un pequeño cuarto donde monté mi taller de electrónica. Cuando me cansaba de escribir, revelaba o armaba aparatos electrónicos para darle descanso al cerebro. Hablo de este piso para aquellos que después de un fracaso matrimonial u otro tipo de fracaso caen en la depresión. Quiero demostrar que cuando se tiene espíritu de lucha no hay régimen ni contratiempo que nos hunda. Recuerdo algo que escribí hace muchos años y que llamé mi credo:

Arriesgarse deliberadamente. No cambiar la iniciativa por la espera. No vender la libertad por un plato de comida. Soñar, crear. Ver en el fracaso la obligación de triunfar. Mirar al mundo cara a cara y decir: ¡Lo hice yo! ¡Esto significa ser hombre!

Después de varios meses, Lito Gutkin se fue a vivir a Cuba y se acabaron las clases. Afortunadamente, en Buenos Aires hay varios profesores de teatro importantes, como Alesso, Gandolfo y Fernándes, entre otros. María Dolores se pasó a estudiar con Fernándes, no sólo interpretación, sino también dirección. Mucho más constante que yo, siguió con sus estudios y los amplió a los de psicología. Terminó todos ellos con título y entró a trabajar en la clínica psiquiátrica de Alberto Fontana, como directora de

psicodrama. Yo me anoté a un curso de dirección de cine con Simón Feldman. Todo aquello nos iba enriqueciendo.

Después de seis meses de estudio hice mis primeros pinitos como director, con un corto basado en un cuento de Marco Denevi. Después, con María Dolores como protagonista, realicé un medio metraje, pero esto fue ya en la época de la dictadura militar y el ir a filmar exteriores con una cámara de 16 milímetros hacía que, apenas instalada la cámara sobre el trípode, apareciera un patrullero de la policía a investigar qué es lo que estaba filmando, con el consiguiente interrogatorio.

Matrimonio "Vía Paraguay"

Yo seguía actuando en los Sábados circulares. Pipo Mancera, que estaba al corriente de nuestra situación, nos habló de la posibilidad de casarnos "vía Paraguay".

--Se trata de un matrimonio civil que no os será válido en España, pero sí en el resto de los países.

En el consulado del Paraguay, el 18 de julio del 68, coincidiendo con el treinta y dos aniversario del glorioso Movimiento Nacional, nos casamos. El propio Pipo Mancera y Charito, su mujer, actuaron como padrinos. Nos dieron nuestro libro de familia y nos hicimos las fotos de boda. Aunque en España no estaba autorizado el divorcio, aquel matrimonio era válido para todos los países, menos para España. Aun así, aquel certificado de matrimonio y aquel libro de familia eran más generosos que un pasaporte español, que era válido para todos los países del mundo menos para la Unión Soviética, Corea del Norte, Mongolia y muchos más.

Meses más tarde Antonio Gades actuaba en el teatro Avenida, y con él venía Marisol. Tenían el mismo problema que nosotros, vivían en pareja; Gades, aunque separado, seguía casado con Marujita Díaz y el matrimonio de Marisol, también separada de Goyanes, seguía vigente. Fuimos a cenar juntos, les contamos nuestro casamiento "vía Paraguay" y, actuando como padrinos, María Dolores y yo les conseguimos una boda como la nuestra, válida para todos los países excepto España. Fue un acontecimiento divertido. Supongo que lo único que pretendíamos era combatir las leyes de moralidad impuestas por el franquismo.

Este casamiento nuestro fue el primero de los tres que llevamos a cabo, en un intento de legalizar nuestra vida en pareja. Las dos siguientes bodas se las contaré después. O si no, ¡qué puñeta!, les cuento la segunda y si acaso dejo la tercera y definitiva para más adelante.

Llevábamos dos años sin volver a España. Me llamaron de México, ofreciéndome un contrato para un tablao llamado Gitanerías. Yo tenía mucho interés en que María Dolores conociera México, así que acepté el contrato. Hacía diez años que no había vuelto por México.

El día que llegamos, en Gitanerías celebraron dos acontecimientos: mi vuelta a México y la salida del hospital del dueño, donde había estado un mes internado por los disparos de un 45 que le había hecho un cliente, que era chófer del gobernador del Distrito Federal.

Memo, el propietario del local, me explicó cómo había sido la cosa. Cuando estaba actuando el cuadro flamenco, el del 45 se puso de pie y eso hizo que algunos clientes no vieran el espectáculo, se lo comunicaron al capitán de los meseros y éste, a su vez, se lo comunicó a Memo que, con la mayor de las educaciones, rogó al del 45 que se sentara porque los de las mesas de atrás no veían el espectáculo; el del 45 lo sacó de su pistolera y descargó el tambor del revólver en el cuerpo de Memo, perforándole

los intestinos. Si se averiguaba que lo de los tiros había sido dentro del local, corrían el riesgo de que lo clausuraran. Para evitar el cierre sacaron a Memo a la calle y al llegar la policía y la ambulancia, hicieron ver que lo de los tiros había sido en la calle y que el agresor era desconocido.

Personalmente, lo del señor del 45 me dejó muy preocupado. Ya lo había vivido la primera vez en El Afro y ahora, por segunda vez, un individuo sacaba su revólver y disparaba a quemarropa.

Celebraron una comida y una charreada en una pequeña plaza de toros y por la noche llegó mi esperado debut.

Me había propuesto no decir nada aunque me tiraran huevos podridos, pero no fue necesario; por suerte mi debut fue acogido con grandes carcajadas y aplausos. Se repitió lo de mi primera actuación en El Afro.

En parte como gratificación para mí y en parte como gratitud, reproduzco una crítica hecha por uno de los periodistas más prestigiosos de México:

Gitanerías trajo a Gila y sucedió lo que tenía que suceder, lo que ya había sucedido en su primera aparición, creo recordar que fue en 1959: llevó tanta gente que ya no cabía un alfiler. Y es que Gila es un privilegiado, de un extraordinario talento, de una gran cultura y con una ideología política firme, inconmovible, noble. No es Gila el cómico común cuya única preocupación es el divertimiento. En Gila todo es matemático, predeterminado, justo, cada tranco va a su sitio, cada rompimiento a su lugar, cada pausa llega al vértice de su especialísima geometría. Gila es el comediante más importante que existe en el orbe, por el momento. Su trazo sobre la Casa Blanca, con ese deje de amargura, que aflora entre el buen humor y la visión de la guerra, cobra un tinte amargo pero incisivo. Por desgracia, Gila sólo estará dos semanas en México, pero suponemos que con el correr del tiempo le tendremos de nuevo entre nosotros. Gente como Gila son importantes para traernos esa risa y
esa ternura que día a día nos abandona.

Severo Mirón

Y en ese actuar en Gitanerías me ocurrió una de las cosas más agradables de mi ir y venir de un país a otro.

Mi mujer y yo fuimos a cenar a El Patio Faroles de El 77 de Pepe Garrido. En una mesa estaba cenando Anthony Quinn. Con él había otras personas. Me acerqué hasta la mesa y le dije:

--Señor Quinn, usted no me conoce, pero eso no impide que yo, que hace unos días vi Zorba el griego, le diga que le amo profundamente. ¿Me permite que le dé la mano?

Y Anthony Quinn apretó mi mano con la suya, grande como todo él.

Por la noche, como cada día, fui a trabajar a Gitanerías, terminada la actuación subió el capitán de los meseros al camerino y me dijo:

--El señor Quinn está en la sala y me dice si acepta usted ir a su mesa a tomar una copa.

Bajamos mi mujer y yo del camerino a la sala y fuimos hasta la mesa donde estaba, acompañado de las mismas personas que había en El Patio Faroles. Se puso en pie y tomé conciencia de su gran dimensión como hombre y como actor. Le presenté a mi mujer. Nos cedió un lugar en su mesa y me dijo:

--Tú eres el que esta noche a la hora de la cena me dijiste que me amabas profundamente. Yo también te amo a partir de esta noche. Pocas veces he disfrutado y reído tanto.

Estuvimos hablando y tomando copas hasta las cinco de la mañana. Tengo cierto pudor en escribir las cosas tan agradables que me dijo y los elogios que hizo de mi humor. Me preguntó si no tenía algún disco mío, subí al camerino y le bajé un long play que había grabado en Buenos Aires. Nos hicimos una foto como recuerdo de aquel encuentro y nos firmó una dedicatoria en un extraño castellano, pero que tiene un gran contenido y que conservo como una reliquia.

Es curioso cómo sin darme cuenta, a medida que pasaba el tiempo, iba aumentando mi lista de gente a la que yo admiraba. De ahí que repita una vez más que la mayor satisfacción de mi profesión, más allá de la popularidad y el dinero, ha sido el conocer y hacer amistad con gente de la que era un gran admirador. Aparte de Mario Moreno y de Lázaro Cárdenas, en México había tenido la suerte de conocer a Anthony Quinn. En La Habana tuve oportunidad de conocer a Hemingway, al Che Guevara y a Fidel Castro. En uno de los muchos viajes que hice en barco conocí y me hice amigo del escritor Jorge Amado, autor entre otras obras importantes de Doña Flor y sus dos maridos.

Mi mujer tiene una hermana casada con un americano, de los del norte, quiero decir. Vivían en Arizona, concretamente en Tucson. Finalizado mi contrato en México, pensamos en hacer un viaje hasta Tucson y pasar unos días con nuestros cuñados y sobrinos. La cosa era muy sencilla: comprábamos un coche de segunda mano en México y nos íbamos hasta Estados Unidos. Fuimos a la embajada de Estados Unidos (esto es tonto decirlo, si lo que pensábamos era ir a Estados Unidos, no íbamos a ir a la embajada de Portugal). Bueno, la cuestión es que fuimos a la embajada esa y nos sentamos en una sala donde había más de treinta personas, pedimos la vez, como en la cola de la pescadería, y nos sentamos a esperar. Iban llamando a cada uno de los que estaban en la sala. Mi mujer fue una de las primeras, después de ella iban pasando unos y otros a medida que daban su nombre y a mí me dejaron el último.

--¿Señor Gila?

--Sí.

--Pase, por favor. El cónsul quiere hablar con usted.

Me abrió una puerta y entré. El cónsul tenía mi pasaporte en la mano y sin levantar la mirada me preguntó:

--¿Es usted escritor?

--Sí, señor.

--¿Y qué escribe?

--Bueno, escribo teatro, monólogos, artículos de humor... Depende.

Levantó la mirada y su cara se iluminó.

--Pero Gila, ¿es usted? Disculpe las molestias, pero es obligado por mi parte hacer estas preguntas. He estado seis años en la embajada de Estados Unidos en Madrid y sé quién es usted y a qué se dedica, pero en el pasaporte pone: "Profesión: escritor"...

--Señor cónsul, en realidad soy escritor y dibujante, aunque ahora me dedique a actuar como humorista.

Y después de pedirme de nuevo disculpas me selló el pasaporte, llamó a mi mujer, que me esperaba en la sala, y nos puso en los pasaportes seis meses de estancia en Estados Unidos.

El que yo tuviera en mi pasaporte como profesión la de escritor no era por razones de vanidad, era por culpa de las normas dictatoriales de mi país. Poner en el pasaporte de profesión artista significaba que si estabas actuando en un teatro o en una

sala de fiestas y querías aprovechar, por ejemplo, la Semana Santa para ir a París, o a Londres, o a cualquier otra ciudad del extranjero, era necesario presentar, junto con el pasaporte, un certificado del sindicato vertical de artistas, que por supuesto te era denegado, alegando que si salías al extranjero podías no volver y de esa manera incumplir el contrato con la empresa. Ya me había pasado una Semana Santa que, aprovechando que la sala en que trabajaba se cerraba durante esos días, quise viajar a Portugal y no me dieron el certificado en el sindicato, alegando que tenía un contrato que no finalizaba hasta el mes de junio. Por eso, aprovechando una renovación del pasaporte, me puse de profesión escritor.

Ya con el pasaporte en orden, nos dispusimos a comprar el coche y hacer el viaje por carretera hasta Estados Unidos. Iríamos de la Ciudad de México a Puerto Vallarta y de ahí a Nogales. Lo comentamos con un grupo de amigos y nos dijeron que aparte de ser un viaje largo y tener que atravesar el desierto de Sonora, no podíamos viajar sin un arma, ya que era muy común que en la carretera asaltaran a los viajeros.

--Está bien.

Y fuimos a la calle de Niño Perdido, donde había varias armerías, nos paramos en una de ellas, ojeamos el escaparate y vimos pistolas y revólveres de todas las marcas y de todos los calibres. Entramos. Y con ese miedo que se va acumulando cuando se llevan años en una dictadura, nos acercamos a unas vitrinas donde estaban las armas. Mientras nosotros curioseábamos iban entrando individuos:

--Buenos días, patrón.

--¿Qué.s lo que quiere?

--Ciento cincuenta balas del 44.

Pagaba y se iba. Entraba otro.

--Buenos días, patrón.

--¿Qué.s lo que quiere?

--Cien balas del 45.

Pagaba y se iba.

Por fin nos quedamos solos. No nos quedaba otro remedio que enfrentarnos al hombre del espeso bigote.

--¿Qué.s lo que quieren?

No me salía la voz, carraspeé.

--Verá, señor, vamos a ir de viaje y queríamos comprar una pistolita.

No sé de dónde me salió aquel diminutivo, que comparado con las ciento cincuenta balas del 44 y las cien del 45 resultaba ridículo, pero tal vez, de manera inconsciente, yo con aquel diminutivo me sentía más cómodo.

El hombre ni se inmutó, sacó varios revólveres y pistolas y los puso sobre el mostrador.

Mi mujer y yo miramos aquel arsenal y muy tímidamente dije:

--Ahí en esa vitrina he visto una que me gusta, es de gases lacrimógenos.

El hombre miró hacia la pistola que yo había señalado, luego me miró a mí y dijo:

--¿Qué la quiere, pa un velorio?

No supe qué contestar, por otra parte el hombre ni me dio tiempo. De una patada abrió una pequeña puerta que había en la parte de atrás de la tienda y con un revólver que a mí me parecía un bazuca empezó a disparar contra una lata.

--Esta sí es güena, siñor. No se me va a llevar esa de los gases, que a lo pior se enoja el delincuente por la llorera y a poco les degüelve el llanto con una balacera.

--Está bien, tal vez tiene usted razón, pero nos gusta la de gases.

Y de mala gana nos la vendió.

Por la noche lo comentamos con Pepe Garrido y dijo que el hombre tenía razón y que él nos iba a regalar un arma "como Dios manda". Así fue. Nos regaló una pistola automática Llama de nueve milímetros, con las cachas de plata y dos cargadores.

Pancho Córdova, Alfonso Arau y todos los amigos con quienes comentamos nuestra idea de viajar en coche hasta la frontera de Estados Unidos nos advirtieron de lo arriesgado que era y del peligro que corríamos en caso de tener alguna avería, eso sin contar la cantidad de kilómetros que teníamos que hacer. Lo pensamos detenidamente y optamos por ir en avión hasta El Paso.

En aquella época no existían aún los controles que detectan los metales. Yo, con la prisa del viaje, había metido la pistola que me había regalado Pepe Garrido en una cartera de mano en la que llevaba la documentación, me di cuenta al meter la mano para sacar los pasaportes, ya en Estados Unidos. Teníamos que pasar por el control de la policía de Inmigración. Una larga fila de mexicanos esperaba su turno. Los policías de fronteras les registraban hasta en los agujeros de la nariz. Me temblaban las piernas, pero no le dije nada a mi mujer. Pensé que en lugar de ir a Tucson iríamos a prisión. De pronto, uno de los policías vino derecho hacia nosotros, al temblor de piernas le añadí un sudor frío en la frente. Cuando llegó me saludó con una sonrisa. Yo llevaba en la mano los pasaportes de color verde. El policía me tendió la mano y se los di. En un perfecto castellano dijo:

--Son ustedes españoles. Pasen, pasen.

Y nos cruzó al otro lado de la barrera mientras la cola de mexicanos avanzaba muy lentamente.

Desde El Paso fuimos a Tucson.

Para mí Tucson era como vivir las películas de vaqueros. Por todo este territorio habían pasado los grandes pistoleros del Oeste, esos pistoleros de leyenda, como Billy El Niño y otros muchos, que llegaban hasta Tucson huyendo de los sheriffs y buscando el paso a México.

Nos alojamos en la casa de mis cuñados, Larry y Lolita, que tenían dos hijos, Loren y Mark Anthony. El pequeño de los dos, Mark, me acompañaba a la calle y era el que me llevaba a conocer los lugares típicos del pequeño Tucson. Comenzamos a recorrer todo el territorio, salpicado de enormes cactus de hasta cinco metros de altura.

Resulta imposible estar en Tucson y no sentir curiosidad por su historia. Desde niño, desde que mi abuela me llevaba al cine Proyecciones a ver las películas de Tom Mix, había sentido una gran curiosidad por conocer esos lugares donde dos pistoleros se baten en duelo de revólver en una calle cubierta de barro y demuestran cuál de los dos es más rápido desenfundando. Recuerdo que en una película, al comienzo, una voz en off decía: "En 1883, los buenos iban al cielo y los malos a Tombstone". Y me fui hasta allí, a curiosear.

En 1877, Tombstone era territorio de los indios apaches de Gerónimo y de Cochise. Cuando en ese año el barbudo Schieffelin llegó a las montañas solitarias buscando yacimientos de plata, los soldados de Fort Huachuca le dijeron: "Lo que vas a encontrar aquí es una tumba de piedra". Así, Schieffelin bautizó su primera mina, que descubrió en 1877, con el nombre de Tombstone (tumba de piedra). La noticia del hallazgo de plata trajo a Tombstone aventureros y pistoleros de todo el territorio de Estados Unidos que soñaban con hacerse ricos. Por otra parte, su alejamiento del resto de los Estados y las grandes distancias que había de recorrer la justicia para llegar hasta allí, atravesando desiertos de muchos cientos de millas, así como la cercanía con la frontera de México, hicieron que Tombstone fuese el refugio ideal para aquellos que huían de la ley.

Tombstone es hoy uno de los pocos lugares que se conservan con toda su autenticidad. En Tombstone no sucede como en algunas ciudades de nuestro país, donde se colocan placas conmemorativas en las fachadas de algunas casas diciendo: "Aquí vivió fulano de tal, eminente escritor" o "eminente pintor". Las casas y las calles de Tombstone están llenas de rótulos donde se lee: "Aquí fue muerto por Curli Bill, Marshall White", "Aquí Buckskin Frank fue asesinado por Billy Claiborne", "Virgil Earp, asesinado aquí", "Morgan Earp, asesinado aquí, en el saloon de Bob Hatch.s".

El saloon de Bob Hatch.s está ahí aún, donde estaba; él no, claro, se murió o lo matarían.

Estuve tomando una cerveza en la barra después de cruzar las puertas batientes de la entrada. Dentro, vaqueros que hablan y ríen; pero fuera no habían dejado atado el caballo, sino un Cadillac del 62 o un Chevrolet Camaro último modelo. Los vaqueros ya no llevan revólver.

De todo cuanto se puede admirar, aparte de la horca que aún se conserva como una pieza típica de Tombstone, lo más curioso es el cementerio, donde están enterrados los más famosos pistoleros del Oeste; el cementerio está cuidado, un anciano chino se encarga de que los textos de las lápidas, en rústicas piedras o simples maderas, no se borren con el sol o la lluvia.

Aquí, en este cementerio, no hay un muerto de gripe ni por casualidad. Basta con leer estos epitafios: "Tom McLauri, asesinado el 28 de octubre de 1881*; "Billy Clanton, asesinado en las calles de Tombstone en 1881* y en una sola tumba: "Damn Dowd, Red Sample, Tex Howard, Bill Delaney, Dan Kelly, legalmente ahorcados el 8 de marzo de 1884*; "Aquí yace Lester Moore, cuatro tiros de un 44, ni uno más ni uno menos"; y por si fuera poco, hay un epitafio que dice: "John Heatch, linchado por error". A este último le faltaba debajo del epitafio una frase que dijera: "Usted perdone".

Ya llevábamos en Tucson varios días cuando fuimos a visitar la misión de San Javier. Me llevé la gran sorpresa: uno de los franciscanos que estaba a cargo de la misión era el padre Gema, un zamorano al que conocía de cuando yo vivía en Zamora. Le hablé de mi interés por conocer una reserva india. El padre Gema nos dio toda clase de facilidades y nos acompañó hasta la reserva más cercana a Tucson, la de los indios papagos. Aparte de que era la que estaba más cerca de Tucson, me pareció la idónea para iniciarme en el contacto con los indios, porque aunque quería visitar a los apaches, les tenía cierto temor. Los había conocido a través de las películas, y en las películas tienen un carácter más bien tirando a violento. Hice mis cálculos y me dije: "Si los apaches le cortan la cabellera a los rostros pálidos, los papagos que son unos buenazos, lo único que me pueden hacer es cortarme el pelo al dos con flequillo".

Mientras cruzaba el desierto de Arizona, camino de la reserva, pensaba en cómo les tendría que hablar. Había aprendido el idioma de los indios en algunas películas y era más o menos: "Yo ser Gila, humorista español". "Yo querer hablar con gran jefe". ¿Cómo se llamaría? ¿Ojo de Buitre? ¿Nube Sentada? ¿Toro Agachado? Pero después descubrí que ya no se llaman así, se llaman Richard, Johnny o Shandy.

En lugar de cazar búfalos se dedican a la artesanía -hacen pulseras, collares y sortijas con plata y turquesas-, y a otros trabajos, como la alfarería y los tejidos. La verdad es que si uno no se fija mucho, ni parecen indios ni parecen nada. Visten como el señor Ramón o como mi primo Basilio, pantalón vaquero y camisa de cuadros de colores, se diferencian de la gente de Aldeamugre de los Ajos en que los de Aldeamugre llevan boina y beben agua en botijo. De todas maneras, los indios aún conservan mucho de sus raíces, celebran sus fiestas y en ellas sí visten sus ropas típicas, adornan su cabeza con plumas y se pintan la cara, los brazos y el pecho con colores vivos, pero en lugar de fumar la pipa de la paz, fuman Camel, Marlboro o Winston. Ya no son tan

auténticos como en las películas que yo veía en el cine Proyecciones con mi abuela. Yo creo que con tanto follón como hay en el mundo se han dado cuenta de que fumar la pipa de la paz es perder el tiempo.

Me cuenta el padre Gema:

--La misión de San Javier fue fundada por misioneros españoles en 1870. Los padres de la misión nos encargamos de ayudar a los indios, de organizar su artesanía, de educar a los niños y de acoger a los huérfanos.

Después de visitar a los papagos y ver que son muy campechanos, me arriesgué a visitar Whiteriver, la reserva apache, que está situada en lo que fue el famoso Fort Apache.

La reserva de los apaches es como la de los papagos de San Javier, sólo que en lugar de estar habitada por papagos, está habitada por apaches, que no tienen nada que ver con los apaches de París, que son esos del jersey a rayas, gorra de visera y pañuelo al cuello que chulean a las mujeres en Pigalle. El medio de vida más importante de los indios apaches es la ganadería vacuna, pero, cómo no, siempre explotados por capitalistas que se llevan la mejor tajada.

Para recorrer todas las reservas indias hubiera necesitado siete meses, uno más de los que me autorizaba la visa del pasaporte; solamente en el estado de Arizona hay dieciocho, en las que viven, además de los papagos y los apaches, los covopahuas, los palurt, los hopis, los hualapahis, los mohaves, los navajos, los pimas y los maricopas.

De todas maneras me dio mucha alegría estar con los apaches, porque uno tiene que conocer a la gente en persona y no por lo que te digan en el cine. Al fin y al cabo, los productores de Hollywood están siempre a favor de John Wayne y de Kirk Douglas, que son los que meten el dinero por la taquilla.

Desde Tucson viajamos a Las Vegas; para llegar hasta esta insólita ciudad es necesario cruzar el desierto de Arizona, con un calor asfixiante. Llegamos a Las Vegas cuando estaba amaneciendo.

No me propongo describir cómo es la ciudad de Las Vegas. Ahora, en cualquier agencia de viajes ofrecen tours a precios módicos.

Nos alojamos en un motel. Me llamó la atención que en la cabecera de la cama hubiera una maquinita tragaperras. Pero cuando después de un breve descanso salí a la calle, vi que en cualquier lugar por donde pasaba había alguna de esas maquinitas.

Y en Las Vegas me casé con la misma mujer por segunda vez. Es decir, que si en España era bígamo, ahora era "trígamo". Nuestra boda fue de lo más sencillo. Un cura protestante, dos testigos, mi cuñado y mi cuñada y un fotógrafo. Celebramos nuestro matrimonio en una de esas pequeñas iglesias llamadas chapel, de las que hay en cantidad repartidas por todo Las Vegas. El cura, o cómo lo llamen, nos preguntó si la boda la queríamos con marcha nupcial o sencilla. A mí me pareció que tendría más empaque con marcha nupcial y así la solicité.

Nos pusieron un disco con la marcha nupcial y entramos en la chapel, mi mujer del brazo del padrino y yo del brazo de la madrina. Nos casaron, nos hicieron las fotos de boda, nos ataron en la parte de atrás del coche varias latas y paquetes de detergentes y ahí terminó la ceremonia. Por la noche fuimos a ver a Mickey Rooney y Franky Lein, entramos en varios casinos y después de una semana regresamos a Tucson, de ahí a Los ángeles y de Los ángeles de nuevo a Buenos Aires.

Mientras volábamos de Los ángeles a Buenos Aires en el avión coincidimos con un señor, de apellido Botero, hermano del célebre pintor de gordos y gordas, que tenía una agencia de publicidad, y ahí, en el interior del avión, hicimos un contrato de palabra para hacer catorce programas para televisión. Aprovechando que el avión hacía escala en Bogotá, Botero nos arregló los pasajes y nos quedamos unos días, en los que

grabamos los catorce programas que habíamos fijado en el contrato. Para nosotros fue gratificante conocer un país más de Latinoamérica. Vimos un grupo de teatro independiente compuesto por gente joven, muy interesante, que hacían Tom Payne, visitamos el museo del oro, la catedral de la sal, una catedral hecha en el interior de una mina de sal en la que tanto los altares como las imágenes están esculpidos en sal. En la capital colombiana me pidieron que trabajara en un lugar llamado La Media Torta, un lugar en el campo en forma de circo romano, donde, lo mismo que

en La Alameda de México, se actuaba para la gente que no tenía recursos para asistir al teatro o a los conciertos y donde trabajaban gratis todos los artistas que pasaban por Colombia. Fue una gran impresión trabajar un domingo por la mañana, a pleno sol, con miles de gentes del pueblo, de condición humilde, que disfrutaron con mi humor, pero al mismo tiempo pensaba en la vida que les esperaba al día siguiente. Años después volvería a Colombia, lo mismo que a México, donde estuve yendo cada dos años, siempre con el mismo éxito (modestia aparte).

De todos estos viajes y vivencias enviaba artículos al semanario Triunfo, dirigido por José ángel Ezcurra. Era una forma más de ganar algún dinero para poder seguir viajando por toda América, incluso a lugares donde no trabajaba, pero que sentía curiosidad por conocer, como es el caso de Guatemala, donde la cultura maya dejó huellas imborrables, que aún perduran a pesar de los años transcurridos, esa cultura maya de la que tanto me hablaba don Pancho Cornejo en su oculto rincón de El Rancho del Artista, ante una botella de tequila.

Regresamos a Buenos Aires y nos incorporamos a nuestro trabajo, yo a un lugar de tangos llamado Michelángelo y al teatro de La Cova en Martínez, donde tuve la suerte de compartir escenario con Astor Piazzolla, con Falú, con el cuarteto Zupay, con Marikena Monti y otros muchos artistas de gran altura. Mientras tanto María, mi mujer (en Buenos Aires le habían borrado lo de Dolores y era, como dice el título de un tango, simplemente María), continuó con sus clases de arte dramático, de dirección y su trabajo en la clínica del doctor Fontana.

Humor muy gráfico

Seguíamos viniendo a España una vez al año. Hacía unos días en Florida Park o algunos programas en televisión y regresábamos a Buenos Aires.

El 13 de mayo de 1972 se lanza a la calle una nueva revista de humor, Hermano Lobo, y aunque en ella figura como director ángel García Pintado, el encargado de armar y confeccionar la revista es Chumy Chúmez. José ángel Ezcurra me invita a formar parte del recién nacido semanario y me incorporo en calidad de colaborador a partir del número 2, el que sale a la calle el 20 de mayo, y desde esa fecha formo parte del equipo de humoristas gráficos, con Manolo Summers, Forges, Chumy Chúmez, Ops, Ramón y El Perich. Hermano Lobo no es La Codorniz. Hermano Lobo tiene un estilo y un carácter más acorde con la época, incluso su confección no tiene nada que ver con La Codorniz. En Hermano Lobo ya se empieza a hacer un humor de crítica política y social.

A pesar de que el Gobierno intenta aparentar que se respira cierta libertad en la prensa, ésta es aún una utopía, pero los miedos han disminuido y eso nos permite a los que dibujamos y escribimos en Hermano Lobo hacer, aunque disimuladamente, la crítica política y social de nuestro país. También escriben el admirado y admirable Manuel Vicent, y Antonio Burgos, y otros grandes manejadores de la pluma como Luis Carandell, Paco Umbral y muchos más que se disfrazan con divertidos seudónimos -

Genovevo de la O, Sir Thomas, Perseo, Justiniano, Don Nadie, Memorino-, y escriben esos dos geniales humoristas del absurdo que son Tip y Coll, y que, incomprensiblemente para mí, se "divorcian" cuando más necesitado está este país de humoristas con talento.

Hermano Lobo fue para mí una resurrección, iba a hacer lo que más me gusta, el humor gráfico. No importaba el país donde estuviera trabajando, mis dibujos llegaban siempre a la redacción. Lamentablemente la revista terminó su ciclo en 1976 con un número especial de verano. Creo que fue una pérdida lamentable. En este nuestro país donde impera la mala leche, haría falta un semanario de humor, pero...

En cada uno de mis viajes a España se iba produciendo algún acontecimiento que era señal inequívoca de que las cosas iban a cambiar en nuestro país. Juan Carlos había sido proclamado príncipe de España, Julio Iglesias se casaba con Isabel Preysler y Pedro Carrasco se proclamaba campeón del mundo de los pesos ligeros; la nieta de Franco se casa con don Alfonso de Borbón; vuela por los aires el presidente del Gobierno, almirante Carrero Blanco; son condenados a muerte y ejecutados dos miembros de ETA y tres del FRAP, y el 20 de noviembre de 1975 muere Francisco Franco. El 15 de diciembre de 1976 los españoles van a votar a las urnas, algunos por primera vez, otros tienen que hacer memoria para recordar cuándo fue la última. El 24 de abril de 1979 nace mi hija Malena. El 23 de febrero de 1981 un teniente de la Guardia Civil de apellido Tejero intenta un golpe contra el Gobierno constitucional. En el momento que se produce este hecho yo estoy trabajando en México, también está Lolita, la hija de Lola Flores, mi hija va a cumplir dos años. Ya nos veíamos pidiendo asilo político si el golpe de Tejero lograba su propósito. Por fortuna, aquello fracasó.

Y se legalizó el divorcio, y después de muchos papeleos, primero para conseguir el divorcio y luego para arreglar la boda, mi mujer y yo nos casamos por tercera, última y definitiva vez.

No obstante, después de haber sufrido persecuciones, me alegré de que esta boda se celebrara cuando ya mi hija podía asistir como invitada.

Durante los veinte años que viví en Argentina, gracias a mi profesión tuve oportunidad de conocer otros países, otras dictaduras y otras formas de vida, algunas de ellas nada envidiables. Fueron muchos los aguafuertes vividos en los países de Latinoamérica, donde compartimos miedos y felicidad, fui testigo de golpes militares, de persecuciones, de secuestros y de torturas, donde mi mujer y yo fuimos víctimas de uno de esos secuestros. Trabajé en Bolivia, México, Perú, Guatemala, Paraguay, Venezuela, Colombia... Fui testigo del hambre, de la marginación y de la miseria. Viví experiencias y hechos muy interesantes, que tal vez puedan parecer extraños, pero que son ciertos.

Pero todo esto merece un libro aparte. Por ahora no les quiero cansar. Quiero terminar esta parte de mis memorias antes de que se me olviden, porque ya se sabe lo que pasa con la memoria, que puede llegar un día en que uno se levante y no se acuerde de si se llama Alfonso González Castro y está casado, o se llama Isidoro Martínez Arcos y está soltero.

En prevención de que me pueda ocurrir esto, ya estoy recordando datos y hechos para un nuevo libro con el que conseguiré mostrar, en su totalidad, todos esos aguafuertes que tengo archivados en el desván de mi memoria, para que quede reflejado todo lo que viví en esos países de Latinoamérica donde existe el lujo y la miseria, las grandes mansiones y el chabolismo, donde los que tienen el poder en sus manos no se conmueven ante los que pasan hambre. Donde los militares de alto rango visten uniformes decorados con medallas mientras ponen sus botas sobre el cuello del pueblo.

Pero quiero dejar estas experiencias para contárselas más adelante, porque son vivencias que por su interés merecen un libro completo.

Les espero en ese mi próximo libro.

Fin